# RENEGADOS

MARISSA MEYER

AUTORA BEST SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

Anarquistas y Renegados luchan por el poder. En medio de la batalla surgen los protagonistas que pertenecen a filas opuestas. Por un lado, la anarquista Nova, sobrina del líder Ace, que busca vengar la muerte de su familia y lucha, también, por que los seres humanos logren su autonomía sin depender de los prodigios.

Por el otro, Adrian, que desea hacer justicia donde los Renegados no pueden por sus propias reglas, y en el camino intenta descubrir quién asesinó a su madre, una de las Renegadas originales del Consejo.

Entre la justicia que Adrian persigue y la venganza que busca Nova, se va revelando el mundo interior de estos seres que, aun con sus habilidades extraordinarias, no dejan de ser humanos: sienten prejuicios, atracción, celos, alegría, dolor.

Los dos jóvenes se conocen. Sus almas casi se rozan, sus convicciones tambalean.

En un mundo gótico y siniestro, se revela una historia atrapante y vertiginosa donde la muerte aparece con crudeza, pero también, la ternura, la emoción y el miedo.

Marissa Meyer

# Renegados

## Renegados - 1

ePub r1.0
**NoTanMalo** 25.05.18

Título original: *Renegades*
Marissa Meyer, 2017
Traducción: Jeannine Emery

Editor digital: NoTanMalo
ePub base r1.2

Para Jeffrey,
el primer héroe que tuve alguna vez

# LISTA DE **PERSONAJES**



## LOS RENEGADOS:
## EQUIPO DE SKETCH

MONARCA: **Danna Bell**
Se transforma en un enjambre de mariposas.

SKETCH: **Adrian Everhart**
Puede darles vida a sus dibujos e ilustraciones.

ASESINA ROJA: **Ruby Tucker**
Cuando la hieren, su sangre se cristaliza en armamento; el arma característica es un gancho formado a partir de un heliotropo.

CORTINA DE HUMO: **Oscar Silva**
Crea humo y vapores cuando lo desea.



## LOS ANARQUISTAS

PESADILLA: **Nova Artino**
No duerme nunca y puede hacer dormir a otros con solo tocarlos.

LA DETONADORA: **Ingrid Thompson**
Crea explosivos a partir del aire, que pueden detonar a voluntad.

PHOBIA: **Se desconoce su nombre verdadero**
Transforma su cuerpo y su guadaña en la encarnación de varios temores.

EL TITIRITERO: **Winston Pratt**
Convierte a las personas en marionetas mecánicas que cumplen sus órdenes.

LA ABEJA REINA: **Honey Harper**
Ejerce el control sobre todas sus abejas, avispones y avispas.

CIANURO: **Leroy Flinn**
Genera venenos ácidos que rezuman de la piel.



## CONSEJO DE LOS RENEGADOS:

CAPITÁN CHROMIUM: **Hugh Everhart**
Tiene superfuerza y es casi inmune a los ataques físicos; es capaz de generar armas de cromo.

DREAD WARDEN: **Simon Westwood**
Puede volverse invisible.

TSUNAMI: **Kasumi Hasegawa**
Genera el agua y la manipula.

THUNDERBIRD: **Tamaya Rae**
Genera rayos y truenos; es capaz de volar.

BLACKLIGHT: **Evander Wade**
Crea la luz y la oscuridad y las manipula.



*En el comienzo*
*éramos todos*
*villanos.*

Durante cientos de años, el resto del mundo les temía a los prodigios. Nos perseguían. Nos atormentaban. Nos temían y oprimían. Nos consideraban brujos y demonios, monstruos y abominaciones. Nos apedreaban, ahorcaban y quemaban mientras las multitudes se reunían para observar con ojos crueles, orgullosos de estar librando al mundo de un paria más.

Tenían razón en sentir temor.

Cientos de años. ¿Quién lo habría soportado?

Ace Anarquía lo cambió todo. Reunió a los prodigios más poderosos que encontró y juntos se rebelaron.

Comenzó con la infraestructura. Edificios gubernamentales, extraídos de sus cimientos. Bancos y mercados de valores, reducidos a escombros. Puentes, arrancados del cielo. Autopistas enteras, convertidas en páramos rocosos. Cuando el ejército envió aviones, él los sacó del aire como polillas. Cuando enviaron tanques, los aplastó como latas de aluminio.

Luego fue tras las personas que le habían fallado. Que les habían fallado a todos ellos. Desaparecieron gobiernos enteros. Desmanteló a los organismos de seguridad del Estado. Mató a todos aquellos burócratas hábiles que habían conseguido puestos de poder e influencia a través de sobornos, y lo hizo en una cuestión de semanas.

A los Anarquistas les importaba muy poco lo que viniera después una vez que se desmoronara el viejo orden. Solo les interesaba el cambio, y lo consiguieron. Pronto,

varias bandas de villanos comenzaron a salir arrastrándose de las cenizas de la sociedad, cada una de ellas, sedienta de su propia porción de poder, y no pasó mucho tiempo antes de que la influencia de Ace Anarquía se extendiera por el mundo. Los prodigios se unieron por primera vez en la historia, algunos cargados de ira y resentimiento; otros, desesperados por conseguir una aceptación que nunca llegaba. Exigían un trato equitativo, derechos humanos y protección bajo la ley. Y en algunos países, presas del pánico, los gobiernos se apresuraron por satisfacer sus requerimientos.

Pero en otros países, las rebeliones se volvieron violentas, y la violencia terminó en anarquía.

Surgió el caos, para llenar el vacío que la sociedad civilizada había dejado atrás. El comercio y la manufactura se paralizaron en gran medida. Las guerras civiles estallaron en todos los continentes. Gatlon City quedó en gran parte aislada del mundo, y el temor y la desconfianza que prevalecieron reinarían durante veinte años.

La llaman la *Era de la Anarquía*.

Ahora que ha pasado el tiempo, las personas hablan sobre los Anarquistas y sobre las demás bandas como si fueran la peor parte de aquellos veinte años, pero no lo fueron. Claro, todo el mundo estaba aterrado de ellos, pero, básicamente, te dejaban tranquilo mientras pagaras cuando te tocaba pagar y no les causaras problemas.

Pero las personas, las personas *normales*, fueron mucho peores. Sin regla ni ley alguna, la existencia se convirtió en un sálvese quien pueda para hombres, mujeres y niños por igual. Los delitos o la violencia no tenían ningún tipo de consecuencia; no había nadie a quien recurrir si te golpeaban o robaban. No existían la policía ni las cárceles. Al menos, no que fueran legales. Los vecinos se robaban entre sí. Se saqueaban tiendas y se acaparaban provisiones, y se dejaba que los niños se murieran de hambre abandonados a su suerte. Se convirtió en una pulseada de los fuertes contra los débiles, y da la casualidad de que los fuertes solían ser personas vulgares.

En tiempos como aquellos, la humanidad pierde la fe. Sin tener a nadie a quien admirar, a nadie en quien creer, todos nos convertimos en ratas que gorronean en las alcantarillas.

Tal vez, Ace realmente fuera un villano. O tal vez, fuera un visionario.

Tal vez, no haya mucha diferencia.

De cualquier manera, las bandas gobernaron Gatlon City durante veinte años mientras los vicios y los crímenes se propagaban como aguas residuales dentro de una tubería obstruida. Y la Era de la Anarquía podría haber seguido veinte años más. Cincuenta años más. Una eternidad.

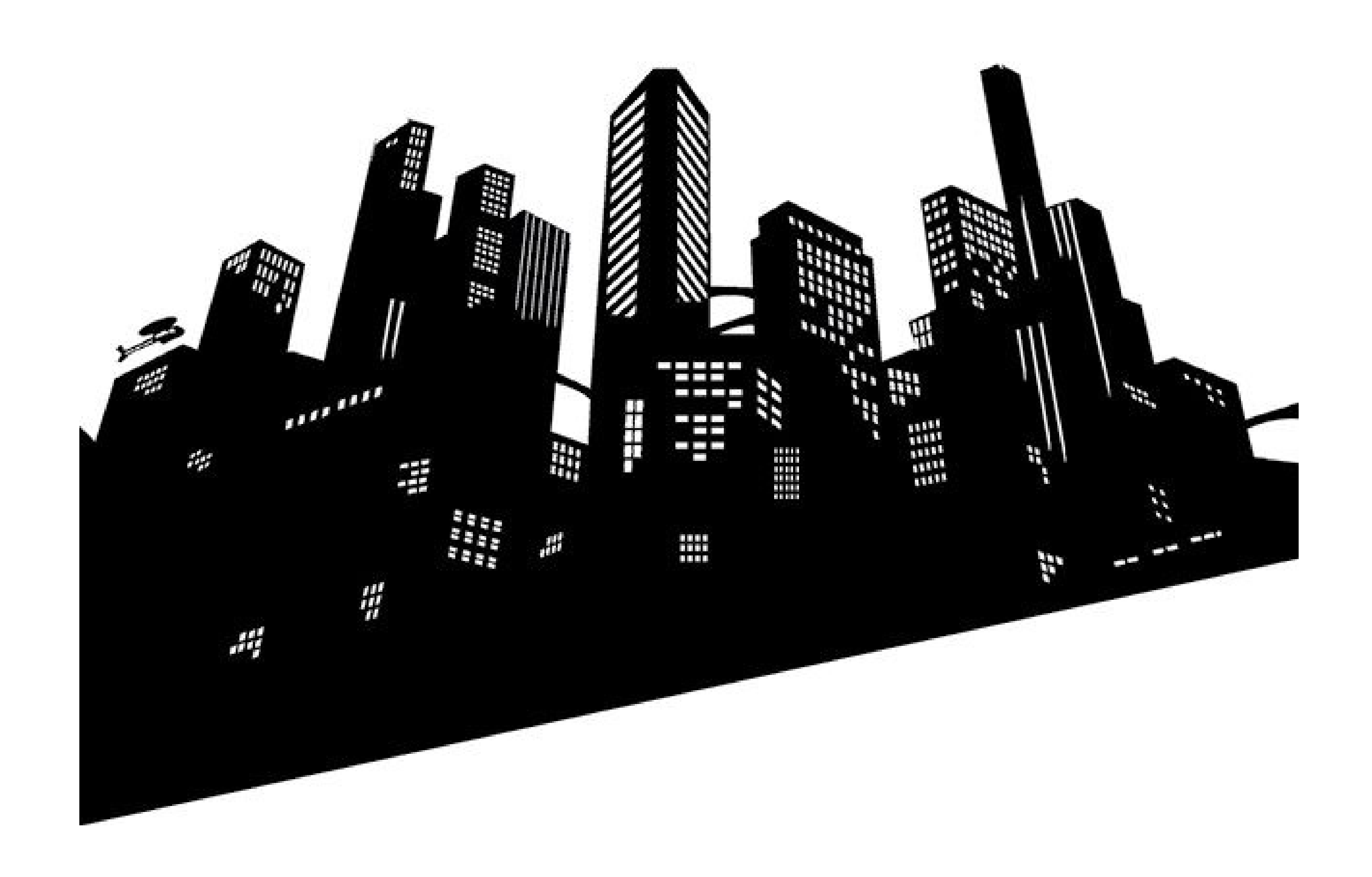
Pero entonces, aparentemente, de un día para el otro… la *esperanza*.

Una esperanza radiante y viva, enfundada en capas y en máscaras.

Una esperanza gozosa y bella, que prometía solucionar todos tus problemas, derramar justicia sobre tus enemigos y, seguramente, en el camino, regañar a algunos peatones imprudentes.

Una esperanza cálida y halagüeña, que alentaba a la gente normal a permanecer adentro, a salvo, mientras ellos lo arreglaban todo. No se preocupen por ayudarse a sí mismos. Ya tienen suficiente entre manos, ocupándose de ocultarse y lamentarse como lo han venido haciendo últimamente. Tómense un día de descanso. Nosotros somos superhéroes. Lo tenemos bajo control.

La esperanza se llamó a sí misma los Renegados.



# Prólogo

Durante varias semanas, Nova había estado recolectando jeringas del callejón que se encontraba detrás del apartamento. Sabía que sus padres se las quitarían si se enteraban, así que las ocultaba en una vieja caja de zapatos, junto con una colección de tornillos, amarres plásticos, cables de cobre, bolas de algodón y cualquier otra cosa que creyera que podría servirle para sus inventos. Tenía seis, casi siete años, y ya se había percatado de lo importante que era ser ingenioso y ahorrativo. Después de todo, no podía hacer una lista y enviar a su padre a la tienda para que le comprara materiales. Las jeringas le serían útiles. Lo supo desde el principio. Conectó un delgado cilindro de plástico a un extremo de una de las jeringas e introdujo el otro extremo del cilindro en un vaso con agua, que había llenado en el lavabo del baño. Levantó el émbolo y aspiró agua dentro del cilindro. Sacando la lengua por entre el espacio donde había perdido recientemente su primer diente, tomó una segunda jeringa y la colocó en el extremo opuesto del cilindro. Luego hurgó en su caja de herramientas, buscando un trozo de cable lo suficientemente largo para asegurarlo al sistema de poleas que había construido encima de su casa de muñecas.

Le había llevado todo el día, pero por fin estaba lista para probarlo.

Acomodó algunos muebles de la casa de muñecas sobre la plataforma del elevador, levantó la jeringa y presionó el émbolo. El agua se deslizó a través del

cilindro, empujando el segundo émbolo hacia arriba y poniendo en marcha una complicada serie de poleas.

El elevador subió.

Nova sonrió. Elevador hidráulico. Un *éxito*.

Un grito de la habitación contigua se entrometió en el momento, seguido por la voz arrulladora de su madre. Nova levantó la mirada a la puerta cerrada de su habitación. Evie estaba enferma de nuevo. Últimamente, parecía estar siempre con fiebre, y hacía días se habían acabado los remedios para darle. El tío Alec debía traer más, pero podían faltar horas para ello.

Cuando Nova oyó a su padre pidiéndole al tío Alec si podía encontrar un ibuprofeno de niños para la fiebre del bebé, pensó en pedirle también gomitas con sabor a fruta, como las que él le había regalado el año pasado para su cumpleaños, o tal vez un paquete de baterías recargables.

Podía hacer muchas cosas con baterías recargables.

Pero papá debió ver la intención fraguándose en los ojos de Nova y le dirigió una mirada que la hizo callar. Nova no supo bien por qué. El tío Alec siempre había sido bueno con ellos —traía comida, ropa y a veces, incluso, juguetes de su botín semanal —, pero sus padres nunca querían pedirle nada especial, por mucho que lo necesitaran. Cuando había algo específico, tenían que ir a los mercados y ofrecer un intercambio, en general, de cosas que fabricaba su padre.

La última vez que su padre había ido a los mercados, había regresado con una bolsa de pañales reutilizables para Evie y un corte desigual encima de la ceja. Fue su mamá quien lo suturó. Nova observó, fascinada viendo que era exactamente como su madre había cosido la muñeca osa cuando se le abrieron las costuras.

Se volteó de nuevo hacia el sistema hidráulico. El elevador distaba un poco de estar nivelado con la segunda planta de la casa de muñecas. Si pudiera aumentar la capacidad de la jeringa o realizar algunos ajustes al sistema de palancas…

Pero del otro lado de la puerta, el llanto siguió y siguió. Ahora las tablas del suelo crujían mientras sus padres se turnaban para intentar consolar a Evie, yendo y viniendo por el apartamento.

Los vecinos comenzarían a quejarse pronto.

Suspirando, Nova apoyó la jeringa y se puso de pie.

En el salón, papá llevaba a Evie en brazos, balanceándola arriba y abajo, e intentando aplicarle un paño frío sobre la frente afiebrada, pero ella lloró aún más fuerte e intentó apartarlo a un lado. A través de la entrada de la diminuta cocina, Nova vio a su mamá hurgando en la alacena, mascullando acerca del jugo de manzana extraviado, aunque todos supieran que no había.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Nova.

Papá se volteó hacia ella, las señales de fatiga ensombrecían sus ojos. Evie gritó aún más fuerte cuando él dejó de mecerla dos segundos enteros.

—Lo siento, Nova —dijo, acunándola de nuevo—. No es justo que te pida que

hagas esto… pero si solo pudiera dormir una o dos horas más… sería bueno que descansara, y para entonces Alec podría estar aquí.

—No me molesta —respondió, extendiendo los brazos para tomar a la beba—. Es fácil.

Papá frunció el ceño. A veces a Nova le parecía que no apreciaba su don, aunque no sabía por qué. Todo lo que conseguía siempre era tranquilizar el apartamento.

Papá se puso en cuclillas y acomodó a Evie en brazos de Nova, asegurándose de que la tomara con firmeza. Se estaba volviendo pesada, ya no se parecía nada a la minúscula beba de siquiera un año atrás. Ahora era puro muslos regordetes y brazos que se sacudían. Sus padres no dejaban de decir que, en cualquier momento, comenzaría a caminar.

Nova se sentó sobre el colchón en el rincón de la habitación y pasó los dedos a través de los rizos suaves de Evie. La beba se encontraba presa de un ataque de llanto. Gruesas lágrimas le rodaban por las mejillas rollizas. Tanto ardía de fiebre que llevarla en brazos era como cargar un horno en miniatura.

Nova se hundió en las mantas y en las almohadas apiladas, y colocó el pulgar contra la mejilla de su hermana, quitándole una de las lágrimas calientes. Dejó que su poder la envolviera. Un pulso suave y ligero.

El llanto cesó.

Los ojos de Evie revolotearon, sus párpados se cerraron, y la boca se abrió con una O temblorosa.

Y así de fácil, quedó dormida.

Nova alzó la vista y vio los hombros de su papá hundiéndose de alivio. Mamá apareció en la entrada, sorprendida e intrigada hasta que percibió a Nova con la bebé acurrucada contra ella.

—Esto es lo que más me gusta —les susurró Nova—. Cuando es completamente suave, dulce y está… en *silencio*.

La expresión de mamá se serenó.

—Gracias, Nova. Tal vez, se sienta mejor cuando despierte.

—Y no tengamos que comenzar a buscar otro lugar para mudarnos —masculló papá—. Charlie ha echado a patadas a personas por mucho menos que el llanto de un bebé.

Mamá sacudió la cabeza.

—No correría el riesgo de enfadar a tu hermano así.

—No lo sé —papá frunció el ceño—. Ya no sé lo que cualquiera haría o no haría. Además… no quiero estar en deuda con Alec más de lo que ya estamos.

Mamá se retiró a la cocina para comenzar a guardar las latas y cajas que había dispersado sobre el linóleo, mientras que papá se dejó caer sobre una silla frente a la única mesa del apartamento. Nova lo observó masajearse la sien un instante. Luego cuadró los hombros y comenzó a ocuparse de un proyecto nuevo. No estaba segura de lo que estaba fabricando, pero le encantaba verlo trabajar. Su don era tanto más

interesante que el suyo: el modo en que jalaba hilos de energía del aire, plegándolos y dándoles forma como si fueran filigranas de oro.

Era hermoso observarlo. Incluso, hipnotizante, ver las tiras resplandecientes saliendo de la nada, haciendo que el aire del apartamento zumbara y luego se aquietara y oscureciera, al tiempo que su padre dejaba que se endurecieran y se convirtieran en algo tangible y real.

—¿Qué estás haciendo, papá?

Él le echó un vistazo. Una sombra cruzó su rostro, incluso mientras esbozaba una sonrisa.

—Aún no estoy seguro —dijo, delineando con el dedo la delicada filigrana—. Algo… algo que espero que rectifique algunos de los grandes daños que provoqué a este mundo.

Entonces suspiró, un sonido cargado que provocó un surco profundo en el rostro de Nova. Sabía que había cosas de las que sus padres no le hablaban, cosas de las que habían intentado protegerla, y lo detestaba. A veces escuchaba a escondidas conversaciones entre ellos, palabras que intercambiaban durante las largas horas de la noche cuando creían que estaba dormida. Susurraban sobre edificios que se desplomaban y vecindades completas que se incendiaban hasta los cimientos. Murmuraban acerca de luchas de poder, del hecho de que no parecía quedar ningún lugar seguro y de la posibilidad de huir de la ciudad. Pero ahora la violencia parecía haber consumido todo el mundo. Además, ¿a dónde irían?

Solo una semana atrás, Nova había oído a su madre decir: «Nos destruirán si nadie los detiene…».

Quiso preguntar acerca de ello, pero sabía que solo obtendría respuestas vagas y sonrisas tristes. Finalmente, le dirían que no era nada de lo que ella tuviera que preocuparse.

—¿Papá? —preguntó de nuevo, tras observarlo trabajar un rato—. ¿Vamos a estar bien?

Una descarga de energía cobriza chisporroteó y se desintegró en el aire. Su padre le dirigió una mirada de aflicción.

—Por supuesto, cariño. Vamos a estar bien.

—Entonces, ¿por qué pareces siempre tan preocupado?

Él apoyó su trabajo sobre la mesa y se inclinó hacia atrás sobre el asiento. Por un instante, a ella le pareció que él estaría a punto de llorar, pero luego parpadeó y la mirada se desvaneció.

—Escúchame, Nova —dijo, deslizándose de la silla e inclinándose en cuclillas delante de ella—: hay mucha gente peligrosa en este mundo. Pero también hay mucha gente buena. Gente valiente. Por difícil que se vuelva todo, tenemos que recordarlo. Siempre que haya héroes en este mundo, hay esperanza de que el futuro pueda ser mejor.

—Los Renegados —susurró ella; su voz, matizada por una inflexión de temor

reverencial.

—Los Renegados —confirmó su padre, con un atisbo de sonrisa.

Nova presionó la mejilla contra los rizos suaves de Evie. Los Renegados parecían estar ayudando a todo el mundo últimamente. Uno persiguió a un ladrón que había intentado arrebatarle el bolso a la señora Ogilvie, y oyó que un grupo de Renegados irrumpió en uno de los depósitos de las bandas y se había llevado toda la comida a un hogar privado de niños.

—¿Y nos ayudarán? —preguntó—. Tal vez, la próxima vez podamos pedirles *a ellos* los medicamentos.

Su padre apartó la mirada y sacudió la cabeza.

—No necesitamos ese tipo de ayuda tanto como otras personas de la ciudad.

Nova frunció el ceño. No podía imaginar a nadie necesitando aquel tipo de ayuda más que ellos.

—Sin embargo —dijo su padre—, cuando los necesitemos, cuando *realmente* los necesitemos, vendrán, ¿sí? —tragó saliva. Sonaba más esperanzado que convencido al añadir—: Nos protegerán.

Nova no lo cuestionó. Eran superhéroes. Eran los buenos. Todo el mundo lo sabía.

Encontró los dedos regordetes de Evie y comenzó a contar cada nudillo mientras repasaba mentalmente todas las historias que había escuchado. Los Renegados, jalando al conductor de un camión de reparto que había volcado; los Renegados, deteniendo una pelea de armas de fuego en un distrito comercial cercano; los Renegados, rescatando a un niño que había caído en Harrow Bay.

Siempre estaban ayudando; siempre aparecían justo en el momento indicado. Aquello era su *ocupación*.

Tal vez, pensó mientras su padre volvía a su trabajo, tal vez solo estuvieran esperando el momento oportuno para aterrizar inesperadamente y ayudarlos también a ellos.

Su mirada se detuvo en las manos de su padre. Lo observó moldear, esculpir, jalar más hilos de energía del aire.

Los propios párpados de Nova comenzaron a cerrarse.

Hasta en sueños veía las manos de su padre, solo que ahora ellas arrancaban estrellas fugaces del cielo, ensartándolas como cuentas brillantes de oro…



Una puerta se cerró con fuerza.

Nova despertó con un sobresalto. Evie resopló y se volteó alejándose de ella. Somnolienta y desorientada, Nova se incorporó y se sacudió el brazo. Se había dormido bajo la cabeza de Evie. Las sombras de la habitación habían cambiado. Se

oían voces bajas en el corredor. Papá parecía tenso. Su mamá murmuraba *por favor, por favor…*

Apartó la manta que le habían puesto encima y la acomodó alrededor de Evie. Luego cruzó por delante de la mesa, donde posaba abandonado un delicado brazalete cobrizo, con un sitio vacío en la filigrana, a la espera de que fuera cubierto con una piedra preciosa.

Cuando llegó a la puerta de entrada, giró la perilla lo más lentamente posible, abriendo solo lo suficiente para escudriñar lo que sucedía en el corredor oscuro.

Un hombre estaba de pie en el rellano de la escalera: la barba incipiente le cubría el mentón, y tenía el cabello claro sujeto en una coleta delgada. Llevaba una gruesa chaqueta, aunque afuera no hacía frío.

Tenía una pistola en la mano.

Su mirada indiferente saltó brevemente a Nova, y ella retrocedió, pero su atención volvió a recaer en su padre como si ni siquiera la hubiera visto.

—Es un malentendido —dijo papá. Se había ubicado entre el hombre y la mamá de Nova—. Déjeme hablar con él. Estoy seguro de que puedo explicar…

—No hubo ningún malentendido —dijo el hombre. Su voz era baja y fría—. Usted ha traicionado su confianza, señor Artino. A él no le gusta eso.

—Por favor —dijo su mamá—. Las niñas están aquí. Por favor, tenga piedad.

El hombre inclinó la cabeza, desplazando la mirada entre uno y otro.

El estómago de Nova se puso rígido de temor.

—Déjeme hablar con él —repitió papá—. No hemos hecho nada. Soy leal, lo juro. Siempre lo he sido. Y mi familia… por favor, no le haga daño a mi familia.

Hubo un momento en que pareció que el hombre sonreiría, pero luego pasó.

—Tengo órdenes bastante claras. No me corresponde hacer preguntas… o tener piedad.

Su padre dio un paso atrás.

—Tala, busca a las niñas. *Ve*.

—David… —gimoteó su madre, moviéndose hacia la puerta.

Apenas hubo dado un paso, cuando el desconocido levantó el arma.

Un disparo.

Nova soltó un grito ahogado. Un chorro de sangre salió disparado hacia la puerta y trazó un gran arco; algunas gotas le salpicaron la frente. Se quedó mirando fijo, incapaz de moverse. Papá gritó y sujetó a su esposa. La volteó en sus brazos. Temblaba mientras mamá jadeaba y se asfixiaba.

—Ningún sobreviviente —dijo el hombre con su tono de voz apenas perceptible y monocorde—. Esas fueron mis órdenes, señor Artino. Usted es el único a quien culpar.

El padre de Nova alcanzó a verla del otro lado de la puerta. Los ojos de él se agrandaron, llenos de pánico.

—Nova, co…

Otro disparo.

Esta vez, Nova gritó. Su padre se desplomó sobre el cuerpo de su mamá, tan cerca que Nova hubiera podido extender la mano y tocar a ambos.

Volteó y entró a los tropiezos en el apartamento. Pasando la cocina, entrando a su habitación. Cerró la puerta con fuerza y abrió el armario de un tirón. Trepó encima de los libros, de las herramientas y cajas, esparcidos en el suelo. Jaló la puerta para encerrarse y se inclinó en cuclillas en un rincón, respirando con dificultad. La imagen de sus padres estaba grabada en sus pensamientos cada vez que cerraba los ojos. Se dio cuenta demasiado tarde de que debió intentar por la escalera de incendios. Demasiado tarde.

Se acordó demasiado tarde…

Evie.

Había dejado a Evie afuera.

Había dejado a *Evie*.

Un jadeo tembloroso se convirtió en un grito horrorizado, aunque intentó reprimirlo. Su mano buscó la puerta del armario. Intentó calcular a qué velocidad podía salir a la sala y regresar, si había posibilidades de arrebatar a la beba sin ser vista…

La puerta de entrada chirrió, y ella se paralizó.

Se llevó la mano de nuevo a la boca.

Era posible que no advirtiera a Evie. Era posible que ella siguiera durmiendo.

Oyó las pisadas lentas y pesadas.

Los tablones del suelo rechinaban.

Nova temblaba tanto que temía que el estrépito de sus huesos la delatara. También sabía que no importaría.

Era un apartamento pequeño, y no había ningún lugar adonde huir.

«Los Renegados vendrán», susurró; su voz, apenas algo más que un soplo en la oscuridad. Las palabras aparecieron espontáneamente en su cabeza pero, de todos modos, estaban presentes. Algo sólido, algo a lo que aferrarse.

*Bang.*

*La sangre de su madre sobre la puerta.*

Gimoteó.

«Los Renegados vendrán…».

Una verdad inspirada en cientos de noticias escuchadas por la radio. Una certeza, elaborada a partir del cotilleo de los vecinos.

Siempre venían.

*Bang.*

*El cuerpo de su padre que se derrumba en el corredor.*

Nova cerró los ojos con fuerza mientras lágrimas calientes rodaban por sus mejillas.

«Los Renegados… los Renegados vendrán».

El llanto agudo de Evie comenzó a oírse en la sala.

Nova abrió los ojos bruscamente. Un sollozo le raspó el interior de la garganta, y ya no pudo pronunciar las palabras en voz alta.

*Por favor, por favor, que vengan…*

Un tercer disparo.

El aire quedó atrapado en los pulmones de Nova.

Su mundo se detuvo. Su mente quedó en blanco.

Se hundió contra el desorden del fondo del armario.

Evie había dejado de llorar.

Evie se había detenido.

A la distancia oyó al hombre recorriendo el apartamento, abriendo los armarios de la cocina y mirando detrás de las puertas. Lento. Metódico.

Para cuando la encontró, Nova había dejado de temblar. Ya no sentía nada. No podía pensar. Las palabras seguían resonando en su cabeza, habían perdido todo sentido.

*Los Renegados… Los Renegados vendrán…*

Iluminada por la luz descarnada de su habitación, Nova levantó los ojos. El hombre estaba de pie encima de ella. Tenía sangre en la camisa. Más tarde, ella recordaría que no hubo arrepentimiento, ni excusas, ni remordimiento.

Nada en absoluto al levantar el arma.

El metal presionó su frente, el mismo lugar donde la sangre de su madre se había enfriado.

Nova levantó la mano y tomó la muñeca del hombre, descargando sus poderes con más fuerza de la que nunca había ejercido.

La mandíbula del hombre se aflojó. Sus ojos se apagaron y rodaron hacia atrás, desapareciendo dentro de la cabeza. Cayó de espaldas, aterrizó en el suelo de su habitación con un golpe resonante, aplastando la casa de muñecas bajo su peso. El edificio entero pareció sacudirse por su caída.

Segundos después, una respiración profunda y tranquila llenó el apartamento.

Los pulmones de Nova se volvieron a contraer. El aire pasó por su garganta con un temblor. Adentro. Y afuera.

Se obligó a ponerse de pie y a secarse las lágrimas y los mocos del rostro.

Levantó la pistola, aunque la sentía incómoda y pesada en la mano, y deslizó el dedo sobre el gatillo.

Se acercó un paso más, aferrando el marco de la puerta mientras salía del santuario del armario. No estaba segura de a dónde debía apuntar. Su cabeza, su pecho, su estómago.

Decidió que lo haría a su corazón. Tan cerca estaba que sentía el roce de su camisa contra los dedos desnudos de los pies.

*Bang. Su madre estaba muerta.*

*Bang. Su padre.*

*Bang. Evie…*

Los Renegados no habían venido.

No vendrían jamás.

«Oprime el gatillo», susurró a la habitación vacía. «Oprime el gatillo, Nova».

Pero no lo hizo.

No podía hacerlo.

Minutos, tal vez horas después, la halló su tío. Ella seguía de pie junto a la figura del desconocido que dormía, ordenándose a sí misma presionar el gatillo. Oyendo aquellos disparos una y otra vez cada vez que se atrevía a cerrar los ojos.

—¿Nova? —Una bolsa de plástico cayó al suelo, con un envase de plástico, de medicina adentro. Nova se sobresaltó y se volteó apuntándole el arma.

El tío Alec ni se inmutó al inclinarse en cuclillas delante de ella. Estaba vestido como siempre: el uniforme negro y dorado; sus ojos oscuros, apenas visibles a través del casco cobrizo que encubría casi todo su rostro.

—Nova… Tus padres… Tu hermana… —bajó la mirada y observó el revólver. Nova no se resistió cuando él lo tomó de entre sus manos. Luego la atención del tío Alec se volvió hacia el hombre—. Siempre creí que podías ser una de nosotros, pero tu padre no me decía lo que podías hacer…

Su mirada volvió a encontrarse con la de Nova. Lástima y, tal vez, admiración.

Al ver cómo la miraba, Nova se derrumbó, arrojándose en sus brazos.

—Tío Alec —sollozó contra su pecho—. Él les disparó… él… él mató…

El tío Alec la levantó en brazos y la acunó contra el pecho.

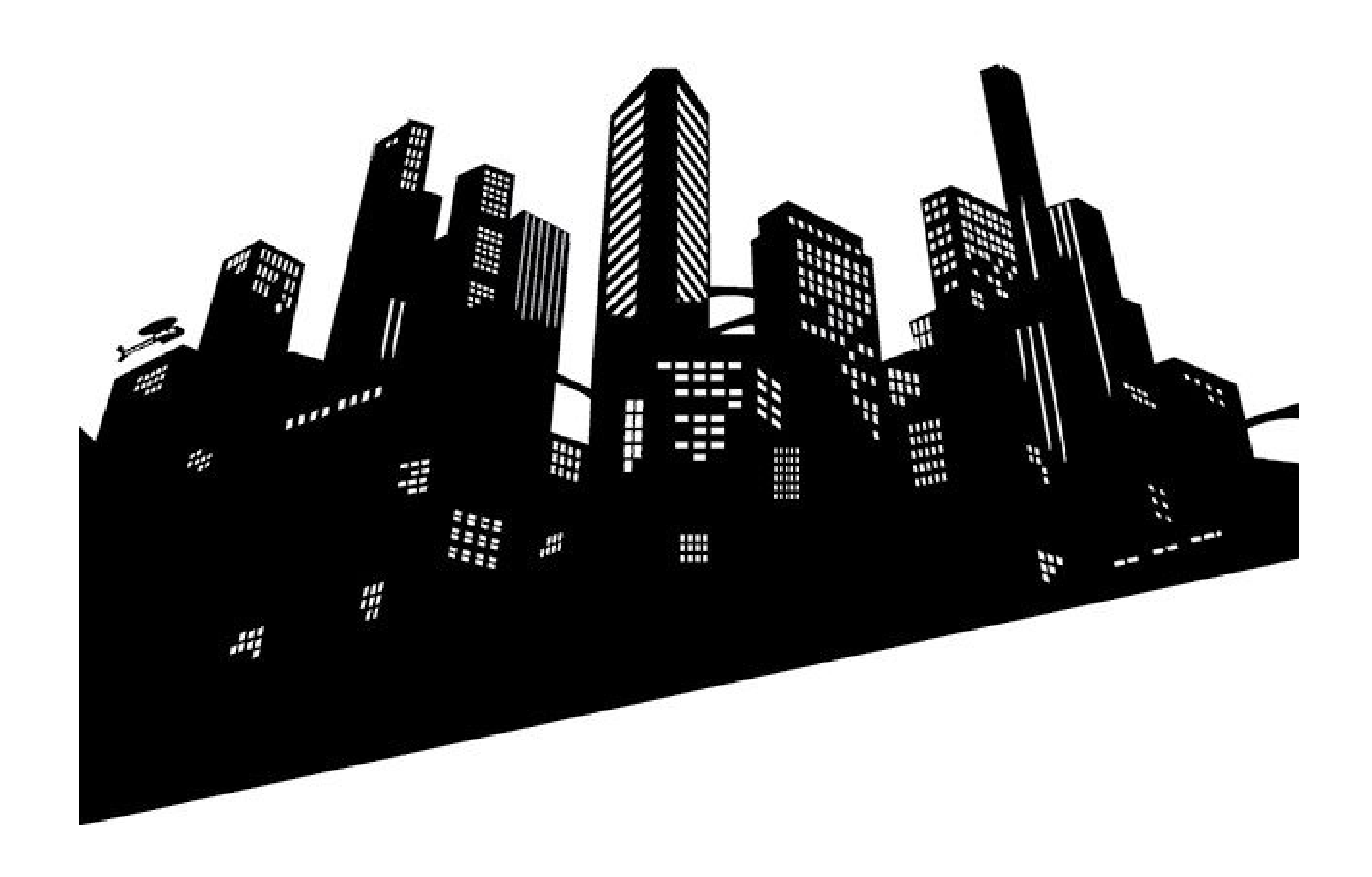
—Lo sé —murmuró contra su cabello—. Lo sé, criatura dulce y peligrosa. Pero ahora estás a salvo. Yo te protegeré.

Apenas lo oyó por encima del alboroto de su cabeza. El tumulto que oprimía el interior de su cráneo. *Bang, bang, bang*.

—Pero ya no puedes llamarme *Alec*, no allá fuera, ¿entiendes, mi pequeña pesadilla? —Le alisó el cabello. La empuñadura del revólver golpeó contra su oreja —. Para el resto del mundo, soy Ace. ¿Entiendes? El tío Ace.

Pero Nova no estaba escuchando. Y tal vez, él lo supiera.

En medio del llanto, la estrujó con fuerza, apuntó el revólver hacia el hombre que dormía y disparó.



# CAPÍTULO 1

*Diez años más tarde*

Las calles de Gatlon desbordaban de falsos superhéroes.

Los chicos corrían por todos lados, vestidos con capas anaranjadas, aullando y sacudiendo bengalas fosforescentes sobre la cabeza o disparándose con pistolas de agua parecidas a las de Tsunami. Hombres adultos se habían enfundado *leggings* azules y se habían pintado hombreras, para copiar la armadura del Capitán. Ahora se hallaban chocando copas dentro de los jardines de cerveza acordonados que se extendían a lo largo de la calle principal. Este año también estaba de moda intercambiar el género. Incontables mujeres se habían presentado con versiones atrevidas del entero característico de Dread Warden, y muchos hombres habían atado a sus espaldas réplicas baratas de las negras alas emplumadas de Thunderbird.

Ay, cómo odiaba Nova el Desfile de los Renegados.

Los vendedores ambulantes hacían lo propio, pregonando de todo: desde varitas cursis que se encendían hasta versiones en peluche del famoso quinteto de los Renegados. Incluso los camiones de comida se hallaban celebrando el tema del día, con pasteles de embudo del Capitán Chromium y cestas de Tsunami de pescado frito

y patatas fritas, y un letrero anunciaba: «pollo rebozado con palomitas de maíz, el favorito de dread warden: ¡compre ahora antes de que desaparezca!».

Si Nova había tenido hambre para empezar, estaba segura de que, a estas alturas, se había quedado sin apetito.

La multitud estalló en una gran ovación. El estruendo de una banda de música se abrió paso entre los chillidos y murmullos. Cornetas, tambores y el martilleo continuo de cientos de músicos sincronizados se desplazaron por la calle. La música sonó más fuerte, ahora justo delante de ellos. Los cañones estallaron por encima, cubriendo a la multitud con papel picado. Los chicos enloquecieron. Los adultos no estaban mucho más cuerdos.

Nova sacudió la cabeza, un tanto decepcionada con la humanidad. Se hallaba parada detrás de la multitud, sin poder ver demasiado del desfile en sí, algo que la tenía sin cuidado. Cruzó los brazos a la defensiva sobre el pecho; los dedos tamborileaban a un ritmo impaciente contra el codo. Ya tenía la impresión de que había estado de pie en aquel lugar durante una eternidad.

De pronto, las ovaciones se convirtieron en un coro de abucheos excitados, que solo podían significar una cosa: la aparición de las primeras carrozas.

Era tradición que las carrozas de los villanos pasaran primero, para incitar de verdad a la multitud, y para recordarle a todo el mundo lo que celebraban. Hoy era el noveno aniversario de la Batalla de Gatlon, en la que los Renegados se habían enfrentado a los Anarquistas y a otras bandas de villanos en un violento combate que terminó con decenas de muertes en ambos lados.

Habían ganado los Renegados, por supuesto. Los revolucionarios de Ace fueron derrotados, y los pocos villanos que no murieron aquel día desaparecieron al pasar a la clandestinidad o, directamente, se marcharon de la ciudad.

Y Ace…

Ace Anarquía estaba muerto, aniquilado por la explosión que arrasó la catedral donde vivía.

Aquel día marcó, de un modo oficial, el fin de la Era de la Anarquía, y el comienzo del gobierno del Consejo.

Lo llamaron *el Día del Triunfo*.

Nova levantó la mirada para observar un globo gigantesco, casi del ancho de la calle, flotando entre los rascacielos. Era una réplica caricaturesca de Cerebro Atómico, que había sido uno de los aliados más próximos de Ace antes de que los Renegados lo mataran unos quince años atrás. Nova no lo conoció personalmente pero, de todos modos, sintió una punzada de resentimiento al ver cómo lo caracterizaba el globo: con la cabeza abotagada y el rostro grotescamente desfigurado.

La multitud rio y rio.

El diminuto transmisor crepitó dentro de su oreja.

—Y así comienza —oyó la voz de Ingrid, irónica y contrariada.

—Que rían —respondió Phobia—. No reirán mucho tiempo más. Pesadilla, ¿estás en posición?

—Copiado —dijo Nova, cuidando de mover los labios lo menos posible, aunque dudaba de que alguien de la multitud estuviera prestándole atención—. Solo necesito saber sobre qué azotea quieres que me ubique.

—El Consejo no ha abandonado aún el depósito —indicó Phobia—. Te avisaré cuando lo haga.

Nova echó un vistazo hacia el otro lado de la calle, a la ventana de la segunda planta de un edificio de oficinas, donde apenas vislumbraba a Ingrid —o a *la Detonadora*, como la conocía el público—, escudriñando a través de las persianas.

Los abucheos de la multitud comenzaron de nuevo, más entusiastas que antes. Por encima de la cabeza de los espectadores, Nova alcanzó a ver una elaborada carroza de desfile. Sobre ella había una versión en miniatura del contorno de la ciudad de Gatlon y, entre los edificios, actores que llevaban disfraces sofisticados, diseñados para parecerse a algunos de los miembros más conocidos de la banda de Ace. Nova reconoció a Rat y a Brimstone, ambos asesinados a manos de los Renegados. Pero antes de que pudiera ofenderse en nombre de ellos, advirtió una figura oscura cerca de lo más alto de la carroza. Una carcajada de sorpresa se escapó de sus labios, aliviando un tanto la ansiedad que había estado acumulándose durante toda la mañana.

—Phobia —dijo—, ¿tenías idea de que iban a exhibir las carrozas de villanos este año?

Se oyó un siseo a través del auricular.

—No estamos aquí para admirar la carroza, Pesadilla.

—No te preocupes. Luces genial allá arriba —dijo, mirando al actor. Se había enfundado una larga capa negra y llevaba una enorme guadaña de plástico con un montón de serpientes de goma pegadas al mango. Pero cuando abrió la capa, en lugar de estar envuelto en sombras, el actor reveló un físico pálido y delgado sin otra cosa que un *slip* de baño color verde lima.

La multitud enloqueció. Hasta la mejilla de Nova se retorció.

—Tal vez, se hayan tomado algunas libertades.

—Creo que me gusta más —dijo Ingrid con un bufido, observando el desfile desde la ventana.

—No deja de inspirar terror —accedió Nova.

Phobia no dijo nada.

—¿Acaso aquello no es…? —comenzó a decir Ingrid—. Oh, por todos los escuadrones de bombas, este año tienen a una Abeja Reina.

Nova volvió a mirar. Al principio, la actriz estaba oculta del otro lado del paisaje urbano, pero luego se colocó ante su vista, y las cejas de Nova se dispararon hacia arriba. La peluca rubia de la mujer era el doble del tamaño de su cabeza, y su vestido

de lentejuelas negro y amarillo no podía ser más ordinario al brillar con la luz de la tarde. El rímel negro le chorreaba por las mejillas, y sujetaba contra el pecho un enorme abejorro de peluche, quejándose del trato injusto a sus pequeños fabricantes de miel.

—Guau —dijo Nova—. En realidad, no es una imitación mala.

—No veo la hora de contarle a Honey —comentó Ingrid—. Deberíamos estar grabándolo.

Los ojos de Nova recorrieron la multitud apiñada por lo que podía ser la milésima vez. Permanecer quieta la ponía nerviosa. Estaba hecha para moverse.

—¿Estás ofendida por que no haya una Detonadora? —preguntó.

Hubo una larga pausa.

—Pues *ahora* sí —dijo Ingrid.

Nova se volteó una vez más hacia el desfile. Se puso de puntillas, tratando de vislumbrar si alguno de sus otros camaradas estaban entre los disfraces, cuando un estrépito sobresaltó a la muchedumbre. La parte superior del edificio más alto de la carroza —una réplica de la Torre de los Mercaderes— acababa de estallar hacia arriba. Una nueva figura emergía, riéndose histérica mientras levantaba las manos hacia el cielo.

Nova cerró la mandíbula con fuerza. La diversión del momento quedó empañada por una oleada de furia.

El disfraz de Ace Anarquía era el más real de todos: el traje familiar negro y dorado, el casco icónico llamativo.

La sorpresa del público desapareció rápidamente. Para muchos, este era el punto culminante del desfile, incluso más atractivo que ver a su amado Consejo.

En pocos segundos, la gente comenzó a buscar las frutas podridas y las coles marchitas que habían traído consigo justamente para esto. Comenzaron a golpear la carroza de los villanos, gritando obscenidades y burlándose de los villanos que iban a bordo. Los actores lo soportaron con asombroso estoicismo, inclinándose tras los edificios y aullando con horror fingido. El imitador de Ace Anarquía soportó lo peor del embate, pero nunca abandonó su personaje, sacudiendo el puño y llamando a los chicos, delante de la multitud, *bribones apestosos* y *pequeñas pesadillas*, antes de introducirse por fin en el hueco del edificio y jalar la tapa sobre sí, y dejar preparada la sorpresa para la siguiente calle de espectadores.

Nova tragó. Sintió que el nudo del estómago se aflojaba una vez que la carroza de los villanos había pasado.

*Mi pequeña pesadilla…*

También él la había llamado así hacía tantos años.

Después de las carrozas, vino un conjunto de acróbatas y un enorme globo de Thunderbird, planeando encima de ellos. Nova vio una pancarta montada en largos palos para sostenerla, que promocionaba las inminentes pruebas de selección de los Renegados.

*Audaz. Valeroso. Justo. ¿Tienes lo que hace falta para ser un héroe?*

Simuló hacer una fuerte arcada; una anciana que pasó cerca le dirigió una mirada hostil.

Un cuerpo se estrelló contra ella. Nova se tropezó hacia atrás, apoyando instintivamente las manos sobre los hombros de una niña y enderezándola antes de caer sobre la acera.

—Oye, ten cuidado —dijo Nova.

La niña levantó la mirada: un antifaz le cubría los ojos, la hacía lucir como una versión más pequeña, flacucha y femenina de Dread Warden.

—¿Qué fue eso, Pesadilla? —preguntó Ingrid en su oído. Nova la ignoró.

La niña se alejó farfullando disculpas. Luego se volteó y se adentró nuevamente entre la muchedumbre.

Nova se ajustó la camisa y estaba a punto de voltearse hacia el desfile cuando vio que la chica se estrellaba contra otra persona. Solo que, en lugar de enderezarla como lo había hecho ella, el desconocido se puso en cuclillas, sujetó el tobillo de la chica y la dio vuelta con un movimiento rápido.

Nova miró boquiabierta al desconocido que acarreaba a la chica, que gritaba y le golpeaba el pecho, de nuevo, en dirección a ella. Él tenía aproximadamente la edad de Nova, pero era mucho más alto, con piel morena, cabello bien corto y gafas de marco grueso. Por cómo caminaba entre la multitud, parecía estar llevando uno de aquellos muñecos de peluche cursi del Capitán Chromium, más que una niña que gritaba y gesticulaba.

Se detuvo delante de Nova, con una sonrisa paciente en el rostro.

—Devuélvelo —dijo.

—¡Bájame! —gritó la niña a su vez—. ¡Suéltame!

Nova desplazó la mirada del joven a la niña y luego echó un rápido vistazo a la multitud circundante. Había demasiadas personas observándolos. Observándola a *ella*. Eso no era bueno.

—¿Qué haces? —preguntó volviéndose de nuevo hacia el muchacho—. Déjala en el suelo.

La sonrisa del joven se tornó aún más serena, y el corazón de Nova trastabilló. No solo porque poseía una de aquellas sonrisas fáciles que hacían desvanecer a otras chicas, sino porque tenía algo inquietantemente familiar. Nova comenzó de inmediato a devanarse los sesos para descubrir de dónde lo conocía y si era o no una amenaza.

—Muy bien, miniurraca —dijo ligeramente condescendiente—, tienes tres segundos antes de que te denuncie y te sancionen. Ahora que lo pienso, estoy bastante seguro de que, en los últimos tiempos, nuestro equipo de limpieza está necesitando un poco de ayuda…

La niña resopló y dejó de forcejear. Su antifaz comenzó a deslizarse hacia abajo, a punto de caerse de su frente.

—Te odio —gruñó y metió la mano en el bolsillo. Al sacarla, la tendió hacia

Nova. Ella extendió la suya a su vez de un modo vacilante.

Un brazalete —*su* brazalete— cayó en la palma de su mano.

Nova se miró la muñeca, donde una tenue marca bronceada indicaba el lugar donde había llevado el brazalete todos los días durante años.

La voz de Ingrid sacudió el interior de su cabeza.

—¿Qué sucede allá abajo, Pesadilla?

Nova no respondió. Apretando el brazalete con el puño, clavó una mirada de ira en la niña, que tan solo la miró furiosa a su vez.

El joven la dejó caer bruscamente, pero la niña rodó con facilidad al golpear contra la acera y se puso de pie de un salto antes de que Nova pudiera pestañear.

—No te denunciaré —dijo el joven— porque estoy convencido de que, en el futuro, tomarás mejores decisiones después de esto, ¿verdad, Urraca?

La niña le dirigió una mirada de desagrado.

—No eres mi papá, Sketch —gritó. Luego se volteó y huyó doblando la primera esquina.

Nova miró al muchacho con los ojos entrecerrados.

—Solo irá a robarle a otro, sabes.

La voz de Ingrid zumbó en su oído.

—Pesadilla, ¿con quién hablas? ¿A quién le están robando?

—… Tal vez, la haga repensar en sus opciones —decía el muchacho. Sus ojos se cruzaron brevemente con los de Nova, y luego descendieron a su puño—. ¿Necesitas ayuda con eso?

Los dedos de Nova se cerraron aún más.

—¿Con qué? ¿Con el brazalete?

Él asintió, y antes de que Nova pudiera advertir lo que estaba sucediendo, le había tomado la mano y comenzado a abrirle los dedos. Ella estaba tan aturdida por la acción que, antes de que se le ocurriera impedirlo, el joven había tomado el brazalete de su mano.

—Cuando era chico —dijo, tomando la filigrana cobriza entre los dedos—, mi mamá solía pedirme que la ayudara con su braza… —hizo una pausa—. Oh, se rompió el broche.

Nova, que había estado escrutando su rostro con perplejidad recelosa, descendió la mirada al brazalete. Su pulso se aceleró.

—¡Esa pequeña mocosa!

—¿Nova? —crepitó la voz de Ingrid—. ¿Te han descubierto?

Nova la ignoró.

—Descuida —dijo el joven—. Puedo arreglarlo.

—¿Arreglarlo? —Intentó quitarle el brazalete, pero él se resistió—. No entiendes. Ese brazalete no es… es…

—No, créeme —dijo, metiendo la mano en el bolsillo trasero y sacando un rotulador negro de punta fina—. Es esta muñeca, ¿verdad? —Envolvió el brazalete

alrededor de la muñeca de Nova, y de nuevo, la sensación de que la tocaran de un modo tan extraño e inesperado la paralizó.

Con el brazalete en una mano, él destapó el rotulador con los dientes y se inclinó sobre la muñeca de Nova. Comenzó a dibujar sobre su piel en el espacio entre los dos extremos del broche roto. Nova miró el trazo: dos pequeños eslabones que conectaban la filigrana y, entre ellos, un broche delicado. Resultaba sorprendentemente ornamentado para ser un dibujo con rotulador y combinaba a la perfección con el estilo del brazalete.

Cuando terminó el dibujo, el muchacho volvió a ponerle la tapa al rotulador, nuevamente con los dientes. Luego acercó la muñeca a su rostro. Sopló: una exhalación suave y etérea sobre la parte interior de la muñeca de Nova. Una oleada de piel de gallina recorrió el brazo de ella.

Entonces, el dibujo cobró vida, saliendo de su piel y adquiriendo forma física. Los eslabones se fusionaron con los extremos del brazalete hasta que a Nova le resultó imposible darse cuenta de dónde terminaba el brazalete real y dónde comenzaba el broche falso.

No, aquello no era completamente cierto. Al observar con más detenimiento, él percibió que el broche que había realizado no era exactamente del mismo color dorado cobrizo, sino que tenía un tinte rosado, e incluso una tenue línea de azul donde el dibujo había cruzado una de las venas bajo su piel.

—¿Y la piedra? —preguntó el joven, volteándole la mano y dando un golpecito con el rotulador sobre el espacio vacío, que alguna vez había sido diseñado para una gema preciosa.

—Eso ya no estaba —balbuceó Nova.

—¿Quieres que te dibuje una de todos modos?

—No —dijo ella, jalando la mano hacia atrás. Levantó los ojos justo a tiempo para advertir un destello de sorpresa, y añadió rápidamente—: No, gracias.

El joven parecía a punto de insistir, pero luego se detuvo y sonrió.

—Está bien —dijo. Volvió a meter el rotulador en el bolsillo trasero.

Nova giró la muñeca a ambos lados. El broche no se movió.

La sonrisa del muchacho adquirió un sutil dejo de orgullo.

Obviamente era un prodigio. Pero también era…

—¿Un Renegado? —preguntó ella, sin esforzarse por soslayar el tono de sospecha.

—¿Un Renegado? —gritó Ingrid—. ¿Con quién hablas, Nova? ¿Por qué no estás…?

La multitud estalló en un nuevo frenesí de gritos y aplausos, ahogando la voz de Ingrid. Una serie de fuegos artificiales salieron disparados desde la carroza del desfile que acababa de emerger, detonando y titilando entre las aclamaciones de quienes observaban.

—Parece que llegaron los titulares —dijo el muchacho, un tanto desinteresado

mientras echaba un vistazo por encima del hombro hacia la carroza.

—Estación oeste, Pesadilla. Estación oeste —chisporroteó la voz de Phobia. La determinación sacudió la espina vertebral de Nova.

—Entendido. El joven volteó de nuevo hacia ella. Una pequeña arruga se formó encima del puente de sus gafas.

Nova dio un paso atrás.

—Tengo que irme —giró sobre sus talones y se abrió paso a través de un grupo de partidarios de los Renegados que llevaban disfraces.

—¡La próxima semana se llevarán a cabo las pruebas de selección de los Renegados! —dijo uno, empujando un trozo de papel en la cara de Nova—. ¡Abiertos al público! ¡Vamos, vengan todos!

Nova hizo un bollo con el volante sin mirarlo y lo metió con fuerza en el bolsillo.

—¡De nada! —oyó que gritaba el muchacho a sus espaldas.

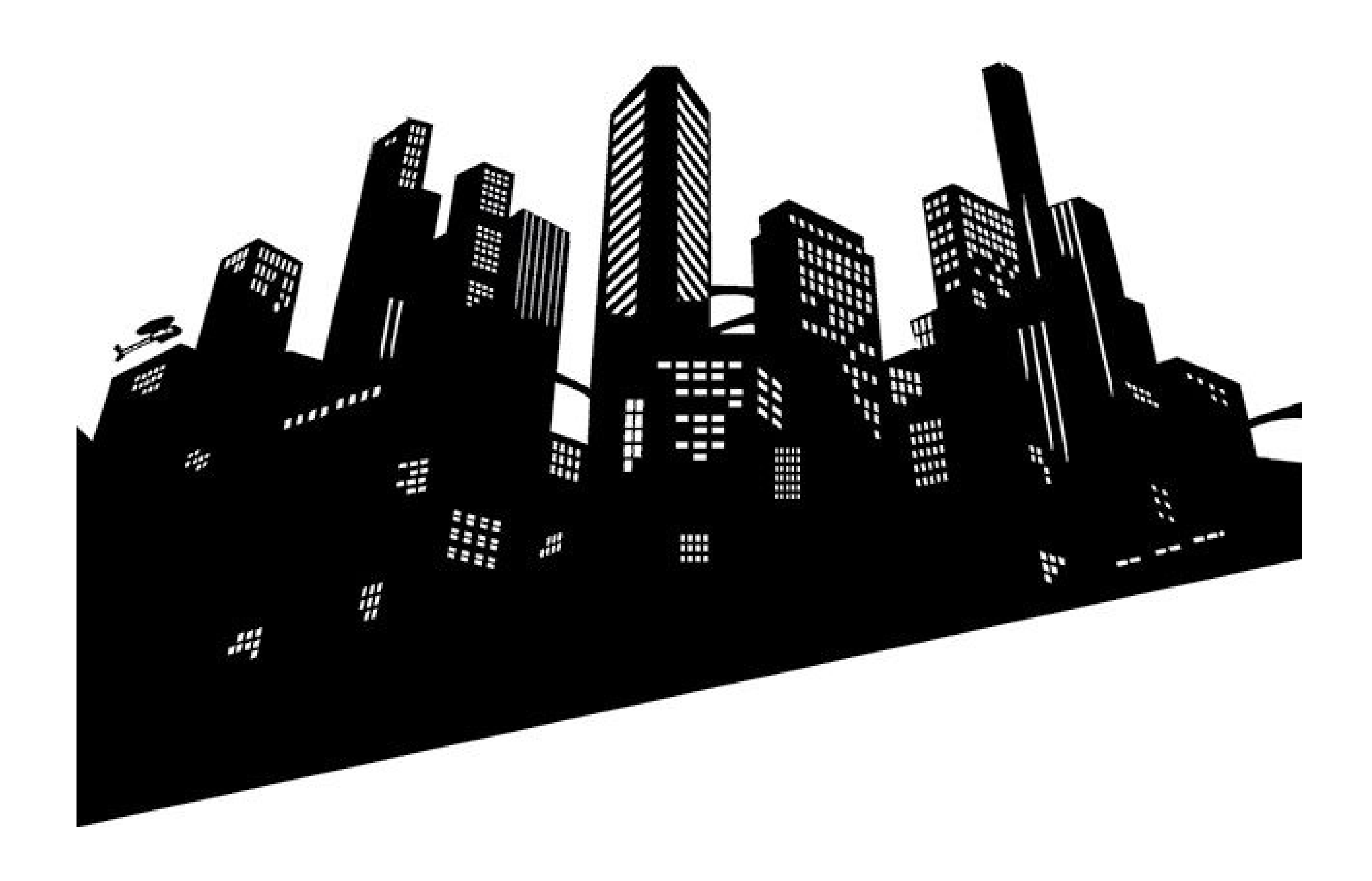
Ella no volvió la vista atrás.

—El objetivo está pasando Altcorp en este momento —dijo Phobia, al tiempo que Nova se deslizaba entre las sombras de un callejón—. ¿Cuál es tu estatus, Pesadilla?

Comprobó que el callejón estuviera vacío antes de levantar la tapa de un contenedor de basura e impulsarse sobre el borde. Allí la esperaba su bolso de lona, apoyado sobre la cima del montón.

—Busco mis pertenencias —dijo, levantando rápidamente el bolso. Volvió a dejarse caer sobre el suelo. La tapa del contenedor se cerró con un estrépito—. Estaré sobre el tejado en dos minutos.

—Que sea uno —dijo Phobia—. Tienes que matar a un superhéroe.



# CAPÍTULO 2

Nova arrojó el bolso sobre su hombro y tomó una de las cuerdas lastradas que había preparado en el callejón la noche anterior. Envolvió la cuerda alrededor del brazo y aflojó el nudo de marinero, soltando la carga que la mantenía sobre el suelo.

Las pesas aseguradas en el extremo opuesto cayeron, y arrastraron la cuerda a través de la polea sobre el tejado. Nova se impulsó de un tirón, tomándola con fuerza mientras pasaba a toda velocidad el muro de hormigón del edificio.

El otro grupo de pesas se estrelló contra el suelo más abajo.

Nova se detuvo con una sacudida, la mano a apenas unos centímetros de la polea y el cuerpo que se mecía en el aire a seis plantas de altura. Arrojó el bolso sobre la azotea, se tomó de la saliente y se impulsó encima de la pared. Cayó en cuclillas y hurgó en el bolso, sacó el uniforme que había diseñado ella misma, con la ayuda de la Abeja Reina. Se colgó el ancho cinturón de armas de la cadera, donde se apoyó cómodamente, equipado con bolsillos y ganchos especialmente confeccionados para todos sus inventos favoritos. Luego, se puso la ceñida chaqueta negra con capucha. Resistente al agua y al fuego, pero lo suficientemente ligera como para no limitar sus movimientos. Subió la cremallera hasta el cuello y dio un tirón a las mangas para que le cubrieran los nudillos antes de jalar la capucha hacia arriba, donde un par de pesas pequeñas cosidas dentro del dobladillo la sujetaban sobre la frente.

El antifaz venía en último lugar. Se trataba de un duro armazón metálico, amoldado perfectamente al puente de la nariz, que desaparecía dentro del cuello alto de la chaqueta, por lo que ocultaba la mitad inferior de su rostro.

Una vez completa la transformación, se inclinó, sacó el rifle y un único dardo envenenado del bolso.

—¿Dónde estás, Pesadilla? —preguntó Phobia.

—Estoy aquí. Casi en posición —se acercó al borde del edificio y miró hacia abajo, donde se desarrollaba la celebración. Aquí arriba estaba más tranquilo; el silbido del viento y el zumbido de los generadores en los tejados amortiguaban el ruido de la multitud. La calle era una confusión de papel picado, colores, globos, disfraces, risas, música y ovaciones.

Nova cargó el dardo en la recámara del rifle.

Ingrid había urdido el plan; su belleza radicaba en su simplicidad. Cuando se lo contó al grupo, Winston se quejó de no ser incluido, pero Phobia había planteado sabiamente que Winston, a quien la mayoría de las personas conocía como *el Titiritero*, no era capaz de hacer que nada fuera simple.

Así que hoy solo estaban ellos tres en el campo. No necesitaban a los demás. Nova tenía un dardo hecho a mano por Leroy Flinn, su propio experto en venenos. Ella solo necesitaba uno. Si fallaba, no tendría una segunda oportunidad.

Pero no fallaría.

Mataría al Capitán.

Una vez que el tiro lo alcanzara, Ingrid, la Detonadora, saldría de su escondite y arrojaría la mayor cantidad de bombas de su línea exclusiva —fabricadas con la fusión de gases del aire— a la carroza del Consejo. Phobia se concentraría en Thunderbird, ya que por lo general esta se lanzaba al aire durante una batalla, lo que le daba una ventaja que, de tan injusta, resultaba frustrante. Habían oído que Thunderbird les tenía pavor a las serpientes, una de las especialidades de Phobia. Confiaban en que los rumores fueran ciertos. En el peor de los casos, la asustaría lo suficiente para que Nova o Ingrid la derribaran. En el mejor: le provocaría un ataque al corazón en pleno vuelo.

Y así terminaría todo. El Consejo —los cinco Renegados originales—, erradicado de una misma vez.

Pero empezaba con el acto de superar la supuesta invencibilidad del Capitán Chromium.

—Eh… ¿Pesadilla?

—Estoy *acá*, Detonadora. Tranquila.

—Sí, alcanzo a verte allá arriba. Pero… estoy casi segura de que Phobia te quería en la estación oeste.

Nova quedó paralizada. Echó un vistazo a la azotea a sus espaldas, luego a la distancia que separaba al edificio del otro lado del callejón, donde aguardaba su otra cuerda con pesas, sin usar. Observó el sol del mediodía con los ojos entrecerrados y

maldijo.

—Dime que no te subiste al edificio equivocado —Phobia arrastró las palabras.

—Me distraje —dijo con los dientes apretados.

Phobia suspiró pesadamente.

—¿No puede darle al objetivo desde el tejado oeste? —preguntó la Detonadora.

—Tal vez tenga una buena aproximación a Tsunami o a Blacklight, pero no al Capitán Chromium —dijo Phobia tras un breve silencio—. La ruta del desfile hará que doblen antes de que lo tenga alineado —titubeó—. Puede acabar con un miembro del Consejo, y tendremos que ocuparnos del resto después.

—Nuestra prioridad era el Capitán —dijo Ingrid—. Toda esta misión se pensó con el objetivo de eliminar al *Capitán*.

—Un Renegado es mejor que ninguno.

—La misión habrá resultado un fracaso de todos modos.

Pasándose la lengua por los labios, Nova miró la azotea de enfrente, calculando la distancia sobre el callejón.

—Tranquilos. Puedo llegar al otro lado. Phobia, ¿cuánto tiempo tengo?

—No el suficiente.

—*¿Cuánto?*

—Diez segundos antes de que la carroza ingrese en tu zona objetivo primordial; luego tal vez, cuarenta y cinco para realizar el disparo.

Nova levantó el bolso de lona y lo lanzó del otro lado de la brecha. Aterrizó con un golpe sordo sobre el tejado opuesto.

La voz de Phobia crepitó.

—Esto parece desaconsejable.

—Deja que lo intente —dijo Ingrid—. Si cae, será su propia culpa.

—No caeré —masculló Nova. Arrojó el rifle sobre la espalda y desató un par de guantes de una argolla sobre el cinturón. Metió las manos dentro y abrochó los puños, sujetándolos bien. Luego presionó los pulgares sobre los interruptores de sus muñecas. Una descarga de electricidad atravesó la tela color negra, que fue formando ventosas presurizadas sobre las puntas de los dedos y sobre las palmas.

Evaluó la distancia una vez más. Retrocedió al extremo más lejano del edificio. Inhaló.

Y corrió.

Sus botas golpearon contra el suelo. El aire pasó silbando junto a sus orejas, echándole la capucha hacia atrás. Apoyó el pie derecho y saltó.

Su estómago chocó contra la saliente del muro de ladrillos del otro lado del callejón. El dolor le atravesó los huesos. Gimió y presionó las palmas contra el hormigón, sujetándose, para no resbalar.

Ingrid soltó un grito estridente en su oído.

Phobia no dijo nada hasta que Nova hubo levantado el cuerpo sobre el tejado este.

—Cuatro segundos para contacto visual.

Nova encendió la presión de sus guantes, dejó que las ventosas desaparecieran dentro de la tela, y volvió a cubrirse con la capucha. Colgó el arma en su espalda y pasó junto al elevador de servicio del edificio, para ubicarse nuevamente en el borde mientras el pulso le zumbaba a través de las venas. Aunque no podía ver la carroza del Consejo, por la creciente excitación de la multitud, advirtió que aquella se acercaba.

Ignorando el dolor punzante donde el estómago había chocado contra la pared, se inclinó sobre una rodilla y acomodó el cañón del arma sobre la saliente de la azotea. Comprobó que el dardo estuviera cargado.

—Lista.

—Bien hecho, Pesadilla —dijo Detonadora.

—Aún no ha hecho nada —replicó Phobia.

—Lo sé, pero ¿acaso no es bueno contar de nuevo con una tiradora en el equipo?

—Tampoco le ha disparado a nada todavía.

—¿Podrían callarse ambas? —gruñó Nova, quitándose los guantes y pasándolos de nuevo por la argolla de su cinturón.

Abajo se avistó la carroza del Consejo. Era una enorme estructura escalonada, con cinco pedestales que salían de un oscuro nubarrón. Literalmente, un nubarrón de truenos y relámpagos, como si se creyeran dioses o algo así.

Mentira. Definitivamente, creían que eran dioses.

Thunderbird —la inimitable Tamaya Rae— se hallaba de pie sobre el primer pedestal, sus enormes alas negras abarcaban todo el ancho de la carroza del desfile. El viento zarandeaba su largo cabello negro, le daba el aspecto de la mascota tallada sobre el mástil de una embarcación. Cada tanto enviaba relámpagos para iluminar aún más la nube a sus pies.

No queriendo ser menos que su camarada, Blacklight se hallaba sobre la segunda grada, disparando fuegos artificiales y luces estroboscópicas destellantes mientras la multitud lanzaba chillidos y gritos ahogados. A Nova, siempre le había dado la impresión de que Evander Wade, con su barba rojiza y su bigote rizado, parecía más un duende de dos metros de altura que un superhéroe, pero decían que tenía una camarilla de seguidores y, aparentemente, los gritos de euforia de la multitud prestaban apoyo a la teoría.

Encima de él, Kasumi Hasegawa quizás no se diera cuenta de que estaba en medio de un desfile. Pero Tsunami siempre lucía así: sumida en su propio mundo, con una sonrisa serena y enigmática en los labios. Si bien se hallaba parada inmóvil y con los brazos extendidos, el flujo de agua lleno de peces que movía entre las manos se agitaba alrededor de ella como una cinta que bailaba hipnóticamente. Un chorro de espuma, agua y peces ángel giraba en espiral, en todas las direcciones.

El cuarto pedestal, a primera vista, parecía estar vacío, lo que significaba que allí estaba de pie Simon Westwood. Y, efectivamente, mientras Nova observaba, Dread Warden apareció titilando en la pose del Pensador. Un instante después, volvió a

desaparecer y reapareció haciendo la parada de manos, que luego se convirtió en una parada de manos con una sola mano. Luego volvió a hacerse invisible. La multitud se reía a carcajadas cuando reapareció, no sobre su propio pedestal, sino sobre la quinta y más elevada plataforma de la carroza, usando sus dedos para darle orejas de conejo al Capitán Chromium.

De pie, uno al lado del otro, eran como el día y la noche. Mientras Simon Westwood tenía la tez color oliva, la barba bien recortada y el cabello oscuro y ondulado, Hugh Everhart, el amado Capitán de la ciudad, era la viva imagen del encanto juvenil, con hoyuelos y el cabello color dorado.

El Capitán Chromium puso los ojos en blanco y echó un vistazo a Dread Warden por encima del hombro. Cruzaron una mirada asquerosamente encantadora.

Nova había sido demasiado chica para saber si el anuncio de que dos de los Renegados originales se habían enamorado había provocado conmoción o escándalo, o si lo anunciaron siquiera. Era posible que simplemente las cosas se dieran así desde el comienzo. De cualquier manera, sospechaba que el mundo había estado lidiando con demasiada destrucción para que realmente le importara en aquel entonces. Hoy en día, el Capitán Chromium y Dread Warden eran prácticamente los favoritos de todo el mundo. Los tabloides siempre estaban especulando acerca de si planeaban adoptar o no otro niño, o si se retirarían del Consejo y se mudarían al trópico, o si un secreto misterioso amenazaba con separarlos.

Pero por sus sonrisas, Nova dudaba mucho de que aquellos rumores tuvieran un gran sustento, lo cual hizo rechinar los dientes de ella.

¿Por qué *ellos* podían ser tan felices?

Adoptó su posición con cuidado, calculando la distancia y el ángulo mientras el arma se volvía tibia entre sus manos.

Dread Warden desapareció de nuevo y regresó a su propio pedestal, dejó al Capitán solo, un rey ante sus súbditos que lo idolatraban. Le resultaba tan familiar a Nova como su propio reflejo. El cabello dorado que se rizaba contra su frente, las hombreras azules que sobresalían de un pecho amplio y musculoso. Una sonrisa irresistible con dientes tan blancos que parecían brillar bajo el sol.

Luego, a medida que las ovaciones de la multitud alcanzaron un *crescendo* ensordecedor, él extendió la mano para tomar el expositor que tenía a su lado. Su mano se envolvió alrededor de una lanza metálica alta y la levantó en alto. En ese momento, estalló uno de los fuegos artificiales de Blacklight, que los envolvió con una luz dorada de tintes cobrizos.

Nova sintió un vuelco en el estómago.

—¿Ese es…?

—No pienses en ello —dijo Phobia.

—Que no piense ¿en qué? —preguntó Ingrid.

Nova tragó, a pesar del nudo en la garganta, sin poder responder.

El Capitán Chromium, amado superhéroe y Renegado adorado, tenía el casco de

Ace Anarquía ensartado en la punta de su lanza. La vara había perforado el cráneo, por lo que fracturó el material color bronce que, alguna vez, el padre de Nova había arrastrado del aire con las propias puntas de los dedos, años antes de que Nova siquiera hubiera nacido.

La voz de la Detonadora se oyó de nuevo a través del casco, un «oh» comprensivo. En ese momento, apareció la carroza. Nova apenas la oyó.

Tenía seis años de nuevo. Estaba asustada, devastada, mirando hacia arriba, a los ojos detrás de aquel casco, arrojándose en sus brazos.

Los Renegados no habían venido, pero él sí. Tal vez, no lo suficientemente rápido para salvar a su familia pero, de todos modos, había venido. La había salvado a *ella*.

—Dije que no pienses en ello —dijo Phobia; su voz, casi un gruñido.

Nova enderezó los hombros.

—No estoy pensando en ello.

Phobia no respondió, pero Nova percibió una respuesta altiva en su silencio.

—Está bien, Pesadilla —dijo Detonadora—. ¿Acaso no estamos haciendo esto por Ace? Utiliza esa ira. Utilízala para vengarlo.

Nova no respondió. El mundo se había quedado quieto. Sereno. Blanco y negro.

Observó a través de la mira telescópica, encuadrando el tiro.

Tenía que ser en el ojo. Si daba en cualquier otro lugar del cuerpo, la punta del dardo se quebraría contra la capa de cromo bajo su piel, y el veneno jamás ingresaría en el cuerpo.

Su puntería debía ser perfecta.

Y lo sería.

Hacía años que se preparaba para este momento.

*Utiliza esa ira.*

No era solo para vengar a Ace, aunque eso podría haber sido un justificativo suficiente. Era también para vengar a su familia, a quien el Consejo podría haber salvado, pero no lo hizo.

Era para revitalizar la visión de Ace. Su sueño de libertad para *todos* los prodigios, no solo para aquellos que estuvieran dispuestos a halagar al Consejo autodesignado y sus leyes autocráticas.

Era porque Nova sabía que el Consejo le estaba fallando a la gente —le estaba fallando incluso ahora—, pero nadie era lo suficientemente valiente para decirlo.

La sociedad estaría mucho mejor sin ellos.

Abajo, la calle pareció quedar en silencio, amortiguada por el propósito que martillaba en su cabeza. El ojo del Capitán entró en foco. De un azul impactante y rodeado de tenues arrugas en la comisura al sonreír. Ya no era joven como cuando había integrado los Renegados. El Consejo estaba envejeciendo, pasando su legado a la siguiente generación.

«Oprime el gatillo», se susurró a sí misma. *Inhala*. Su dedo se apoyó sobre el gatillo.

Estaban envejeciendo, pero aún conservaban todo el poder. Todo el control. Más, tal vez, del que jamás habían tenido cuando rondaban las calles de noche, buscando delincuentes y villanos.

Más que cuando le habían quitado el casco a su dueño legítimo.

*Exhala.*

—Aprieta el gatillo, Nova.

*Los Renegados vendrán.*

Nova se estremeció.

—¿Qué sucede? —preguntó la Detonadora.

—Nada —Nova se pasó la lengua por los labios. Volvió a encuadrar el tiro. La carroza estaba doblando la esquina. Pronto se perdería de vista. Pronto él le daría la espalda, su sonrisa y encanto dirigidos a la siguiente calle de adoradores.

Esta era la mejor oportunidad que tendrían para eliminar al Capitán, y pronto le seguiría el resto del Consejo.

Y mientras los Renegados se daban prisa por reemplazarlos, los Anarquistas surgirían de nuevo. Sin que esta vez intervinieran las bandas de villanos, le demostrarían a la gente de esta ciudad lo que era la verdadera anarquía. La verdadera libertad. La verdadera independencia. Para *todos*.

Lo único que tenía que hacer era oprimir el gatillo.

Un insecto revoloteó en la periferia de su campo de visión; Nova lo alejó con la mano.

Volvió a encontrar su objetivo.

El Capitán se movió, girando la cabeza ligeramente en dirección a ella.

Era el mejor ángulo de tiro que tendría.

Nova comenzó a presionar.

Algo aterrizó sobre la punta del rifle. Nova levantó los ojos, poniendo el foco en una mariposa dorada y negra. Posada en el extremo del cañón, sus alas se abrían y cerraban.

La mirada de Nova se alzó hacia el cielo.

Un enjambre de mariposas monarca formó una nube por encima: cientos, tal vez miles de enérgicas alas amarillas que revoloteaban, agrupándose encima de ella.

—Tenemos compañía.

—¿Renegados? —oyó tras un compás de silencio.

No respondió. La carroza se hallaba doblando. Cinco segundos, tal vez, menos.

Nova miró a través de la mira telescópica, ubicó al Capitán, encontró su cabello perfecto, su sonrisa perfecta, sus ojos azules perfectos…

Un puñado de globos pasó entre ellos, cada uno estampado con la icónica R de los Renegados.

Esperó, detenida en el tiempo, el sudor goteaba por su cuello.

Los globos pasaron.

El Capitán Chromium dirigió la mirada hacia arriba, mirándola casi *directamente*

*a ella*.

Nova disparó.

El Capitán se volteó, apenas a un pelo.

El dardo le golpeó la sien. A través de la mira, Nova vio cómo se quebraba la punta de la aguja.

El Capitán Chromium salió del trance en el que estaba y comenzó a examinar los tejados, a dar órdenes al resto. Nova soltó una catarata de insultos al tiempo que se inclinaba bajo la saliente.

Un gancho rojo se acercó volando desde el costado de su campo de visión, sujeto a un alambre delgado. Se envolvió alrededor del rifle y se lo arrebató.

Nova se paró de un salto.

Una adolescente con la tez pálida cubierta de pecas estaba parada en el rincón de la azotea, con el rifle de Nova en una mano y el brillante gancho rojo en la otra. Llevaba el uniforme de los Renegados: el entero gris oscuro, ceñido al cuerpo desde el cuello hasta las botas, ribeteado en rojo y estampado con una R pequeña sobre el pecho. Su cabello era una mezcla de blanco teñido y negro oscuro, recogido en una coleta enmarañada.

Las mariposas se arremolinaban junto a ella, formando un ciclón hasta que sus alas se tornaron confusas, y luego se materializaron en el cuerpo de una segunda joven, tal vez uno o dos años mayor que la primera. Llevaba un entero gris idéntico, con largas rastas rubias que enmarcaban su rostro.

Asesina Roja y Monarca.

Nova ya las había conocido una vez, cuando intentaron evitar que robara una pequeña farmacia para conseguir suministros que necesitaba Leroy, pero aquella vez habían sido más.

Levantó una ceja.

—¿Dónde está el resto? ¿Emborrachándose en el jardín de cerveza?

Apenas lo dijo, se oyó una campanilla, y la rejilla de metal sobre el elevador de servicio se abrió con un chirrido.

Un tercer Renegado emergió del elevador: un muchacho de tez morena clara y una melena tupida negra. Caminaba con un bastón y tenía una leve cojera. Zarcillos tenues de humo lo seguían por detrás.

Cortina de Humo.

La comisura de la boca de Nova se curvó hacia arriba.

—Eso está un *poco* mejor.

La voz de la Detonadora crepitó en su oído.

—¿Qué sucede allá arriba?

Nova la ignoró.

—Pesadilla —dijo Cortina de Humo, con una sutil inclinación de la cabeza—. Tanto tiempo.

—Estás a punto de desear que hubiera sido aún más —Nova se llevó la mano al

cinturón y desenganchó dos de sus estrellas termodirigidas, un invento en el que había trabajado todo el verano pasado para perfeccionarlas.

Arrojó ambas hacia Asesina Roja, sabiendo lo peligrosa que podía ser con el gancho. Roja las esquivó. Monarca estalló otra vez en un enjambre de mariposas.

Un rayo de humo negro golpeó a Nova en el rostro. Ella se tambaleó hacia atrás, enceguecida.

—Pesadilla, repórtate —dijo Phobia.

Furiosa, Nova llevó la mano al transmisor detrás del lóbulo de la oreja y lo apagó.

Se obligó a abrir los ojos, a pesar del escozor que sentía, y notó una mancha desdibujada color amarillo. De inmediato, Monarca estaba junto a ella. Una rodilla chocó contra el costado de Nova, y esta cayó sobre el cemento, rodando por la fuerza del golpe. Aprovechó el impulso para ponerse de pie de un salto, ignorando el dolor de las costillas, mientras parpadeaba para eliminar las lágrimas calientes que empañaban su visión.

Un objeto curvo la enlazó debajo de la barbilla, comprimiéndole la garganta con fuerza: el bastón de Cortina de Humo. La jaló contra él. Este, aunque no era mucho más alta que ella, disponía sus brazos como dos tenazas, al tiempo que presionaba la mejilla contra el costado de la capucha de Nova.

—Tus días de villana han acabado, Pesadilla.

—Hablas como si hubieras leído demasiados cómics —le respondió ella con desdén.

—Hablas como si fuera algo malo —repuso él.

Nova palpó a ambos extremos del bastón buscando sus manos, pero los guantes de su uniforme se encimaban sobre las mangas, y no había piel vulnerable expuesta.

Cortina de Humo la sujetó aún más fuerte.

—¿Estás trabajando sola?

Delante de ella, Asesina Roja consiguió atrapar con su alambre una de las estrellas de Nova y la arrojó dentro de un conducto de calor. Quedó pegada con un tañido metálico. La segunda estrella regresó volando hacia ella tras ser lanzada sobre el callejón. Giró rápidamente el gancho de rubí que tenía delante, apuñalando la estrella contra el concreto con la punta de la gema, para que no volviera a elevarse.

Jadeando, Asesina Roja arrancó la gema para liberarla y se volteó para enfrentar a Nova y a Cortina de Humo. Comenzó a girar el rubí sujeto con el alambre, como un lazo encima de la cabeza.

Nova hizo un gesto de furia. Tanto trabajo, desperdiciado.

Monarca volvió a su forma, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tengo la impresión de que Cortina de Humo te hizo una pregunta.

—Oh, lo siento —dijo Nova—. Estaba ocupada soñando con tu entierro.

Tomó rápidamente el bastón e impulsó la cadera hacia atrás, lanzando a Cortina de Humo por encima de la cabeza. Este aterrizó sobre la espalda con un resoplido.

Tras arrancarle el bastón de las manos, Nova golpeó la parte de atrás de las

rodillas de Monarca e hizo que se cayera al suelo.

Asesina Roja arrojó la gema hacia Nova. El alambre se enroscó alrededor de su tobillo, la derribó al suelo y la arrastró a través de la áspera azotea. Nova intentó sacar otra estrella del cinturón, pero antes de que pudiera tomarla, Asesina Roja extrajo un puñal, tallado del mismo cristal que su gancho, y presionó la rodilla contra el pecho de Nova. Hundió la punta del puñal en su yugular.

—¿Con quién estás trabajando? —preguntó Asesina Roja, enunciando las palabras con cuidado.

Sintiendo sus propios latidos contra la gema, Nova no pudo evitar sonreír tras su máscara.

—Tu peor pesadilla —dijo, metiendo las puntas de los dedos con fuerza dentro del puño de la bota de Asesina Roja hasta encontrar la piel de su tobillo. Su poder la invadió como una oleada. La hoja de la daga se hundió en su garganta y sintió las primeras gotas de sangre deslizándose por el cuello, pero luego los ojos de Asesina Roja se cerraron y colapsó junto a ella.

Una oleada de neblina blanca y brumosa flotó sobre la azotea. Nova echó una mirada a su alrededor, pero la neblina era demasiado espesa para ver a Cortina de Humo. Incorporándose, desenrolló el cable de su pierna y tomó la daga. Era más liviana que cualquier navaja que hubiera tenido entre manos y parecía tallada de un único rubí, aunque sabía que una piedra preciosa de verdad habría sido mucho más pesada.

Cualquiera fuera el material que usaba Asesina Roja para su arsenal especializado, era cortante, y era todo lo que le importaba a Nova.

Nuevamente de pie, escudriñó a través del manto de humo inodoro, atenta a alguna señal de Cortina de Humo o de Monarca. Tenía los sentidos embotados por la neblina. Habría sido útil contar con gafas infrarrojas. Era un proyecto pendiente.

Divisó una forma oscura: su bolso de lona. Echando una última mirada, se precipitó hacia el bolso y pasó el codo a través de las manillas.

Monarca apareció de la nada, las rastas revoloteaban detrás de sí mientras dirigía un gancho derecho hacia la cabeza de Nova. Esta se inclinó y embistió el hombro contra el abdomen de aquella. La Renegada se dobló hacia delante. Nova dirigió el puñal hacia arriba, pero en el instante en que Monarca sintió que la hoja perforaba la parte superior de su pierna, estalló de nuevo en un revoloteo de alas.

El humo comenzó a despejarse, y Nova alcanzó a distinguir una desvencijada escalera de incendios en el siguiente edificio. Metiéndose el puñal en el cinturón, corrió hacia el borde del tejado y saltó. Atrapó la barandilla de la escalera de incendios y se elevó por encima, para caer sobre los peldaños de metal, que se sacudieron ruidosamente bajo su peso.

La voz de Cortina de Humo atravesó la neblina.

—¡Monarca!

Nova se detuvo lo suficiente para mirar atrás y ver a Monarca reapareciendo. Pero

se derrumbó de inmediato al presionar una palma sobre el corte que tenía en el muslo. La sangre comenzaba a oscurecer la tela gris de su uniforme.

Nova se colgó el bolso del hombro y trepó las escaleras serpenteantes, tomando los peldaños de dos en dos.

Llegó a la azotea y corrió al extremo más alejado.

Estaba a mitad de camino cuando una figura oscura saltó desde la calle, salvando una altura de, por lo menos, seis metros. Nova se detuvo tras un ligero deslizamiento, sus jadeos agitados entibiaban el interior de su máscara.

La figura aterrizó con un estruendo delante de ella.

En lugar del entero gris oscuro, llevaba algo más parecido a una armadura: todos sus miembros estaban protegidos; todos sus músculos, tallados en la rígida carcasa, y su rostro, oculto detrás de un casco con una visera de tinte oscuro. Tenía la R de los Renegados estampada en el pecho, pero la armadura no se parecía a ningún uniforme de Renegados que Nova hubiera visto antes.

Aunque no podía ver sus ojos, sentía que la observaban. Nova dio medio paso hacia atrás, examinando la figura de la cabeza a los pies. No se veía nada de piel, apenas costuras delgadas entre las placas blindadas, que podrían ser vulnerables a ataques más tradicionales.

—Debes ser nuevo por acá —señaló ella.

—Llevo un tiempo suficiente para saber quién eres… Pesadilla —dijo, mirándola con la cabeza inclinada.

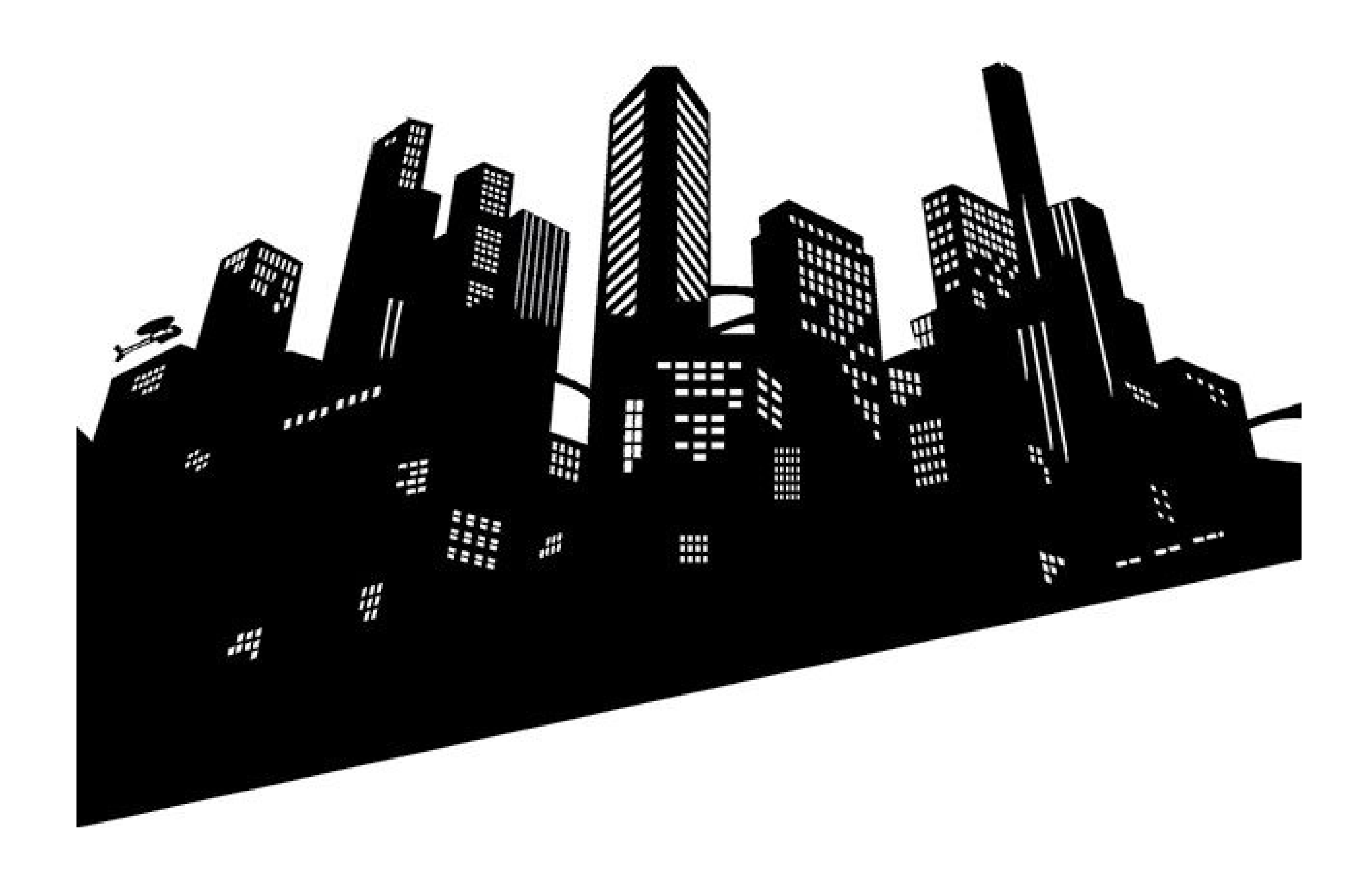
Los dedos de Nova rozaron la parte superior de su cinturón, aunque no tenía certeza de que alguna de sus armas resultara efectiva.

—¿Debería sentirme halagada?

Antes de que la figura pudiera responder, una carcajada aguda resonó en los rascacielos en derredor, y se extendió por las calles y los callejones del centro de Gatlon. Era un sonido áspero, estridente y demasiado familiar.

Nova hizo un gesto de desazón.

—¿Qué hace ese idiota aquí?



# Capítulo 3

El desconocido acorazado volteó la cabeza hacia la carcajada, justo en el momento en que la curva de un globo aerostático apareció elevándose por encima del desfile. Estampado con un motivo de rombos blanco y negro, el globo tenía pintado un enorme símbolo de Anarquista color verde ácido. Su barquilla de mimbre llevaba un ocupante: un hombre con el cabello naranja revuelto, las mejillas pintadas de rojo y profundas líneas dibujadas desde los extremos de la boca hacia el mentón, imitando una marioneta.

El Titiritero se encontraba de pie al borde de la barquilla, con un traje a cuadros, sujetando las barras verticales, al tiempo que el cesto se agitaba y se mecía por debajo.

—¡Renegadoooooos! —gritó con voz cantarina—. ¿Alguien quiere jugar conmigo?

Las ovaciones abajo se convirtieron en gritos de terror, y volvió a cacarear. Extendió una mano hacia la multitud, inclinándose tanto que pareció a punto de caerse de la barquilla.

—De tin, marín, de do, pingüé, cúcara, mácara, títere… *¡fue!*

Ocho resplandecientes cuerdas doradas cayeron en cascada desde las puntas de sus dedos sobre la multitud. Aunque Nova no vio dónde aterrizaron, sabía que estaría

buscando niños entre el gentío que estaba abajo. Quienes fueran tocados por sus cuerdas se transformarían en títeres que él podría controlar. Tras todos estos años, ella aún no sabía si el poder funcionaba solo con niños, o si el Titiritero los prefería porque un niño tonto y rabioso de cuatro años resultaba tan malditamente siniestro.

—¡Te toqué! —gritó—. ¡Tú las traes!

Los gritos se volvieron más fuertes.

—¿Es amigo tuyo?

Nova miró de reojo a la figura blindada.

—No diría eso.

El Titiritero volvió a reírse, y los puños del desconocido se contrajeron más. Nova no podía culparlo por sentirse irritado. Ella tampoco era lo que se dice *la fan principal* de Winston Pratt y, técnicamente, desde que ella tenía seis años, había estado del mismo lado que él.

En un solo movimiento, Nova jaló el bolso de lona delante de ella y hurgó dentro, buscando la pistola lanzarredes que había diseñado a los once años, a partir de una bazuca de juguete. La figura se volvió hacia ella en el preciso instante en el que Nova levantó la pistola, apretó el gatillo y le lanzó por el aire una red de cuerdas de nailon. Sus ocho extremos se extendieron como un pulpo. El desconocido tropezó hacia atrás sorprendido e, instintivamente, levantó una mano para defenderse, al tiempo en que la red descendía sobre él.

Cayó sobre una rodilla. La red lo envolvió, enredándole los brazos y las piernas. El casco se torció hacia uno y otro lado mientras luchaba por quitarse las cuerdas de encima, pero cada movimiento no hacía más que ceñirlas aún más.

—Fue un placer haberte conocido —dijo Nova, arrojando la bazuca nuevamente en el bolso. Pasó corriendo a su lado, explorando la siguiente azotea antes de saltar con agilidad.

—Aún no hemos acabado.

Ella echó un vistazo atrás. El desconocido tenía los hombros hundidos. Envolvió los dedos enguantados alrededor de las cuerdas anudadas, y volutas de humo comenzaron a levantarse entre las puntas de sus dedos.

De pronto, las cuerdas se prendieron fuego. Las llamas rozaron el nailon, tiznando la red de negro hasta que porciones enteras se desmoronaron y se convirtieron en cenizas.

Cuando una porción suficientemente grande se había chamuscado, él abrió un agujero y se liberó de las ataduras, y dejó que el resto ardiera sobre la azotea de cemento.

El joven caminó hacia el borde y, con los ojos entrecerrados, miró a Nova.

Ella esbozó una sonrisa burlona; parecía poco impresionada.

—Otro elemental de fuego. Qué pintoresco. No precisamente una especie rara, pero resulta difícil criticar un clásico.

Él dobló las rodillas, poniéndose levemente en cuclillas, y saltó hacia delante,

impulsando su cuerpo por encima de la cabeza de Nova. Siguió su trayectoria a través del aire, un arco completo que lo llevó a la próxima azotea. Aunque aterrizó con gracia, el peso de su armadura hizo, de todos modos, que el suelo temblara por debajo.

La mueca de Nova desapareció.

Un elemental de fuego con un sofisticado traje antigravedad… o un prodigio con una velocidad y una fuerza superiores que, además, era capaz de quemar cosas… o ¿un superhéroe con ambos poderes? Jamás había escuchado tal combinación.

—No puedes huir de mí, Pesadilla —dijo—. Te llevaré detenida, y responderás por tus crímenes.

—Aunque parece fascinante, tenía otros planes para esta tarde.

Una sombra pasó encima de ellos: el enjambre de mariposas monarca se fusionó lentamente para formar la figura de una chica.

A medida que Monarca se materializó, Nova miró entre ella y el desconocido. Estaba atrapada entre ambos.

No le gustaba estar atrapada.

Monarca frunció el ceño hacia el hombre blindado. A ella le habían envuelto la herida del muslo con una venda improvisada, hecha de una tela cortada color gris.

—¿Quién eres?

El desconocido se quedó callado unos instantes. Nova estaba segura de que, cuando respondió, su voz se había vuelto más profunda, adoptando un aire de superioridad moral.

—Soy el Centinela.

Nova rio.

—¿En serio?

El Centinela inclinó la cabeza en dirección a ella. Nova no supo si había imaginado que el pecho de él se henchía a la defensiva.

—¿Un amigo tuyo? —preguntó Monarca, echando un vistazo a Nova.

Ella apretó la correa del bolso aún más.

—En realidad, no tengo tantos amigos. Además, lleva su marca.

Los ojos de Monarca se estrecharon cuando distinguió la R sobre el pecho de Centinela.

Habiendo perdido interés en la confusión de Monarca, Nova lanzó el bolso hacia la cabeza del Centinela y luego, metió la mano detrás, buscando el puñal rojo. Descargó la hoja en el abdomen de Monarca, pero solo le dio al aire, porque ella volvió a dispersarse en la nube de mariposas. Gritando de frustración, Nova embistió una y otra vez, atrapando al fin una única mariposa, a la que cortó limpiamente por la mitad.

Exhaló y bajó la mirada al ligero toque de polvillo de ala sobre la hoja.

Dos brazos se envolvieron alrededor de ella, inmovilizando sus codos a los costados. Si Cortina de Humo había sido fuerte, este tipo tenía la solidez de un

acorazado.

O tal vez, fuera sencillamente el traje.

Nova apretó la mandíbula y empujó hacia atrás. Él aulló de sorpresa, pero no la soltó, ni siquiera cuando su pie tocó la barandilla inferior que recorría la cornisa del edificio.

Con un último empellón, Nova lanzó a ambos en picado por el costado. Por un instante quedaron suspendidos en el aire; los brazos de él, que la rodeaban con fuerza.

Cayeron sobre la siguiente azotea con un golpe doloroso que reverberó en los huesos de Nova. Algo debajo de ellos quedó aplastado, hecho añicos.

Aunque le dolía el cuerpo, se obligó a bajar rodando de él, empujando los brazos del Centinela para apartarlos, al tiempo que caía temblando sobre una estera de ratán. Nova miró a su alrededor: estaban sobre el pequeño jardín de una azotea, rodeados de muebles de mimbre y plantas en tiestos, una de las cuales estaba atrapada bajo el Centinela. Una fuente de agua borboteaba contra la pared de la que acababan de caer.

Alcanzó a ver el globo del Titiritero flotando a la deriva por la calle. Destellos de luces rojas estroboscópicas iluminaban los costados de los edificios de la avenida principal. Tal vez era Blacklight, intentando distraer al Titiritero con fuegos artificiales y destellos, o Thunderbird, descargando uno de sus relámpagos en un intento de derribar el globo… o de electrocutar al villano. Posiblemente, ambos.

Las mariposas volvieron, formando una nube negra por encima. El Centinela había girado de costado e intentaba levantarse con esfuerzo.

—Oye, Centinela —dijo Nova, apretando aún más el puñal.

Él levantó la vista.

Nova se lanzó hacia él, hundiendo el cuchillo en el espacio entre el pecho y las placas del hombro.

El Centinela rugió y se apartó con un empujón. Cayó desplomado, apoyando una mano sobre el suelo mientras la otra se prendía fuego, envuelta súbitamente en llamas anaranjadas. Tomó impulso con la mano.

Nova se inclinó, echándose la capucha hacia delante en tanto una columna de llamas se extendía sobre su espalda. *Sabía* que añadir una capa ignífuga a su uniforme había sido una buena idea.

Un grito de dolor le llegó a los oídos.

Nova escudriñó, desde las sombras de su capucha, la masa de mariposas que convergían nuevamente en el cuerpo de Monarca. Las llamas habían alcanzado a un grupo de los insectos anaranjados, y las volutas de cenizas restantes parecían derretirse dentro del costado izquierdo de la joven, desde sus costillas hasta su cadera. Su uniforme se hallaba tiznado y humeante, y el hedor innegable de carne chamuscada permeaba el aire.

La escalera de incendios se sacudió ruidosamente al costado del edificio. Cortina de Humo apareció allí, enganchando su bastón con la saliente del tejado, para impulsarse hacia arriba. Jadeaba con pesadez, su cabello oscuro estaba apelmazado

contra la frente mientras asimilaba la escena. Sus ojos se agrandaron.

—¿Monarca?

Un objeto cayó con estrépito a los pies de Nova. La daga de rubí, su hoja oscurecida de sangre.

No se molestó en volver la mirada atrás hacia ninguno de ellos. Volteó y echó a correr de nuevo, escalando la fuente burbujeante de piedra e impulsándose hacia arriba, al tejado de donde habían caído. Alcanzó a oír al Centinela detrás de ella, ordenándole a Cortina de Humo que ayudara a Monarca, y el reclamo incrédulo de aquel, preguntando: «¿Quién diablos eres?».

La barquilla del Titiritero apareció nuevamente flotando ante ellos.

—¡Atrápalo! —gritó Nova.

El Titiritero echó un vistazo en dirección a ella, pero no hizo esfuerzo alguno por intentar atrapar el bolso de lona que Nova había arrojado dentro de la barquilla.

—Buenas tardes, Pesadilla diminuta —dijo Winston—. Qué sorpresa encantadora. Solo salí a… flotar un rato —arrojó la cabeza hacia atrás y comenzó a reír. Las líneas de marioneta de su rostro le dieron un aire aún más aterrador.

Sus manos seguían extendidas sobre la multitud, las vaporosas cuerdas doradas jugaban a costa de los indefensos niños en el suelo. Nova echó un vistazo hacia abajo el tiempo suficiente para ver a una niña con coletas dando un mordisco al tobillo de un hombre canoso… posiblemente, su propio abuelo.

Con un mohín de fastidio, Nova trepó a la saliente de la azotea.

—Arrójame una cuerda.

El Titiritero quedó mudo y la escudriñó con sus gélidos ojos.

—Tienes un acompañante no deseado.

Una mano aferró su codo, haciéndola girar. Los dedos se cerraron alrededor de su garganta, inclinándola hacia atrás, apretando solo lo suficiente para evitar que cayera en picado a la calle.

—Intentaste asesinar al Capitán Chromium —gruñó el Centinela—. ¿Por qué? ¿Quién te lo ordenó? ¿Qué otros planes tienen? —el visor de su casco carecía de toda expresión, pero su voz sonaba enfurecida. Nova imaginó que aún podía sentir el calor de sus llamas filtrándose a través de su guante.

—No hay duda de que ustedes los Renegados hacen un montón de preguntas —dijo. Manchas blancas centelleaban en sus ojos.

El Centinela se acercó tanto que su visor quedó a escasos centímetros de la propia máscara de Nova.

—Será mejor que comiences a responderlas.

—¿Crees que le temo a un neófito pretencioso con traje de juguete?

Los dedos alrededor de su garganta parecieron aflojarse un poco.

—¿Neófito?

—Significa «*amateur*». Obviamente, eres nuevo en esto.

—Sé lo que… —el Centinela soltó un ruido molesto—. Oye, en realidad, no me

preocupa si me tienes miedo o no, pero apuesto a que tienes, por lo menos, un poco de temor de morir, como todos —apretó de nuevo los dedos, y Nova sintió que la empujaban hacia atrás. El cambio fue mínimo, pero lo suficiente para recuperar el equilibrio, la fuerza ligera de la gravedad.

Intentó sobreponerse a la necesidad de aire y se obligó a reír, aunque salió más como un silbido que otra cosa.

—En eso tienes razón —dijo ella con la voz entrecortada—. Pero ya sabes… sin miedo, no hay coraje.

El Centinela retrocedió bruscamente, como si lo hubiera golpeado. En ese mismo momento, Nova extendió el brazo hacia delante y presionó la mano contra el pecho de él, hundiendo los dedos entre la tela rasgada, donde el puñal había penetrado. Se hallaba caliente y escurridizo de sangre. No necesitaba nada más: carne, tejido y un latido que retumbara por debajo.

—¿Qué acabas de…?

Entonces, lo embistió con su poder, un mazo contra su pecho.

Oyó la pausa de su aliento, y quedó inmóvil un momento. Luego la mano que le aferraba la garganta se aflojó. Nova gritó y le sujetó el antebrazo, jalando el centro de equilibrio hacia él mientras este caía hacia atrás y aterrizaba con un estrépito que le sacudió los huesos.

Al bajar la mirada hacia el Centinela, el corazón de Nova dio un brinco dentro del pecho. Aún sentía el vértigo en el estómago cuando, por una milésima de segundo, creyó que se estaba desplomando.

—*Pesadiiiiiilla*…

Frotándose la garganta, se volteó justo a tiempo para atrapar las resplandecientes hebras doradas que le había arrojado el Titiritero. Aunque las piernas le habían comenzado a temblar, Nova hizo un esfuerzo por recobrar los últimos vestigios de fuerza. Envolvió las cuerdas alrededor de su muñeca y saltó, balanceándose sobre la calle, donde la gente se había dispersado y una carroza de desfile había impactado contra una peluquería.

Se impulsó hacia arriba con las cuerdas y entró en la barquilla, cayó redonda sobre el suelo.

—Gracias, Winston —jadeó.

El Titiritero no respondió. Se hallaba concentrado de nuevo en sus títeres, su carcajada enloquecida se elevaba por encima del ruido del quemador de propano que tenían encima.

Una vez que Nova recuperó el aliento, envolvió las manos alrededor del borde de la barquilla e hizo un esfuerzo por ponerse de pie.

Abajo, la calle era un caos. Las cuerdas vaporosas del Titiritero cubrían la calzada, algunas aún estaban envueltas alrededor de las gargantas y de las muñecas de los niños, aunque muchos de sus títeres habían sido descartados y se hallaban desplomados contra edificios o en el medio de la calle. Una cantidad de espectadores

estaban heridos, sus cuerpos despatarrados sobre la acera, seguidos por un reguero de sangre en donde habían intentado arrastrarse para ponerse a salvo. Winston aún tenía a cuatro niños hipnotizados; las cuerdas, como amarras en torno a sus cuellos mientras arrojaban instrumentos de la banda musical a través de los escaparates de las tiendas, hacían trizas las carrozas del desfile y lanzaban comida de la calle a los miembros del Consejo, que intentaban detenerlos sin lastimarlos.

Dread Warden, por supuesto, se había vuelto invisible. Tsunami, en cambio, insistía en atrapar a las marionetas con una gigantesca ola de espuma. Pero a los niños hipnotizados no parecía importarles que pudieran ahogarse y se arrojaban dentro del muro de agua.

Nova buscó al Capitán Chromium, pero no lo encontró en el alboroto.

Y todo el tiempo, la carcajada áspera de Winston no dejaba de resonar sobre la ciudad. Por el júbilo aparente que manifestaba, podría haber estado en un circo.

Nova llevó la mano detrás de la oreja y encendió el transmisor.

—Nova, aquí reportando. Detonadora, Phobia, ¿dónde están?

La voz de Phobia respondió, impasible y seca:

—¿Dónde has estado tú?

Nova echó un vistazo a la azotea, ahora a media calle de distancia, mientras el globo avanzaba flotando sobre la calle. Pero ya no veía a los Renegados ni al Centinela.

—Hice algunos amigos nuevos —dijo.

Un fuerte rugido dirigió su atención hacia arriba: las enormes alas de Thunderbird se extendían contra el cielo azul. Tenía el rostro crispado de furia, y un relámpago blanco crepitaba en una mano.

Nova maldijo.

Winston soltó una risa tonta.

—¡Hola, pajarito!

Thunderbird levantó la mano libre y arrojó la palma hacia el globo. El aire estalló, impulsando el globo hacia atrás. La barquilla se estrelló contra un edificio. Nova golpeó el costado y volvió a aterrizar sobre el suelo.

Winston se levantó, sujetando con una mano la barra vertical mientras jalaba las cuerdas doradas alrededor de los dedos, haciendo que los niños que se encontraban abajo realizaran quién sabe qué.

—No, no, no —dijo con una risita infantil—. No es amable pegarle a la gente. Debes pedir disculpas.

—Suelta ya a esos niños, Titiritero —graznó Thunderbird, levantando el relámpago encima del hombro.

Nova abrió el bolso de lona y tomó la pistola lanzarredes. Exhaló, se inclinó sobre el borde y, usando el costado de la barquilla para estabilizar su puntería, disparó.

Las cuerdas se enroscaron en torno al cuerpo de Thunderbird. Un lado se enredó alrededor de su ala izquierda, y gritó sorprendida. El rayo chocó contra una cuerda, y

se prendió fuego toda la red, chisporroteando por la electricidad.

Thunderbird gritó.

Luego comenzó a caer más y más. Hacia la calle, hacia la acera…

Directamente a los brazos abiertos del Capitán Chromium.

La apoyó sobre el suelo y luego volvió sus ojos azules hacia el cielo. Ya no sonreía. Ya no lucía como un imbécil aclamado, paseando sobre una carroza cursi de desfile.

Sus ojos se cruzaron con los de Nova, y ella tragó.

—¿Qué sucede allá abajo, Detonadora? —preguntó—. Nos vendría bien un poco de ayuda.

—El Titiritero no era parte de esta operación —vino la respuesta lacónica—. Si quiere actuar solo, puede morir solo.

Abajo, el Capitán aferró la lanza metálica que había estado sujetando antes. Nova lo observó despedazar el casco de Ace Anarquía desde arriba y arrojarlo a un lado. El casco cruzó la calle rodando y se detuvo junto a un desagüe pluvial.

—Ahora no es solo el Titiritero —dijo—. ¡Yo también estoy aquí arriba!

—Buena suerte, Pesadilla. Esta misión ha concluido.

El tenue chisporroteo del auricular quedó en silencio.

El Capitán Chromium levantó la lanza sobre la cabeza, como si fuera una jabalina, y la arrojó.

Aunque el globo estaba a cientos de metros suspendido en el aire, la lanza no flaqueó al elevarse directo hacia ella.

Nova la esquivó.

La jabalina chocó contra el calentador del globo con un estruendo ensordecedor y desconectó la línea de propano. La llama chisporroteó y se apagó. La lanza rebotó sobre el metal y cayó de nuevo sobre la calle.

El efecto fue instantáneo. Aunque el globo continuó flotando por el impulso, comenzó a perder altura.

Nova miró alrededor. Habrían podido pasar fácilmente el siguiente grupo de edificios pero, por el cambio de propulsión, dudaba de que ahora pudieran lograrlo. Sin el calentador que entibiara el aire dentro del globo, pronto comenzarían a hundirse y luego, a estrellarse justo en manos de los Renegados.

Winston inclinó la cabeza y escudriñó a Nova.

—Ay, ay.

Nova sostuvo su mirada, estudiando el asunto.

Si perdían un poco de peso, aún podrían salvar la siguiente calle, poniendo suficiente distancia como para huir antes de que los Renegados los alcanzaran.

Volvió la atención hacia su bolso de lona, y hacia todas sus armas e inventos. Todos sus esfuerzos. Todo su trabajo.

Winston gimió empáticamente.

—A veces, tenemos que hacer sacrificios, minianarquista.

Nova suspiró.

—Tienes toda la razón.

Entonces, enganchó el brazo alrededor de los tobillos de Winston y jaló. Este lanzó un chillido, agitando los brazos, y cayó por el borde.

Nova no esperó a que sus gritos se apagaran. Ella misma se trepó a los montantes e inspeccionó el calentador. El globo pasó casi rozando el tejado, dándole apenas tiempo para reafirmar el conducto de propano. Activó varias veces el botón del encendedor, y la llama brotó.

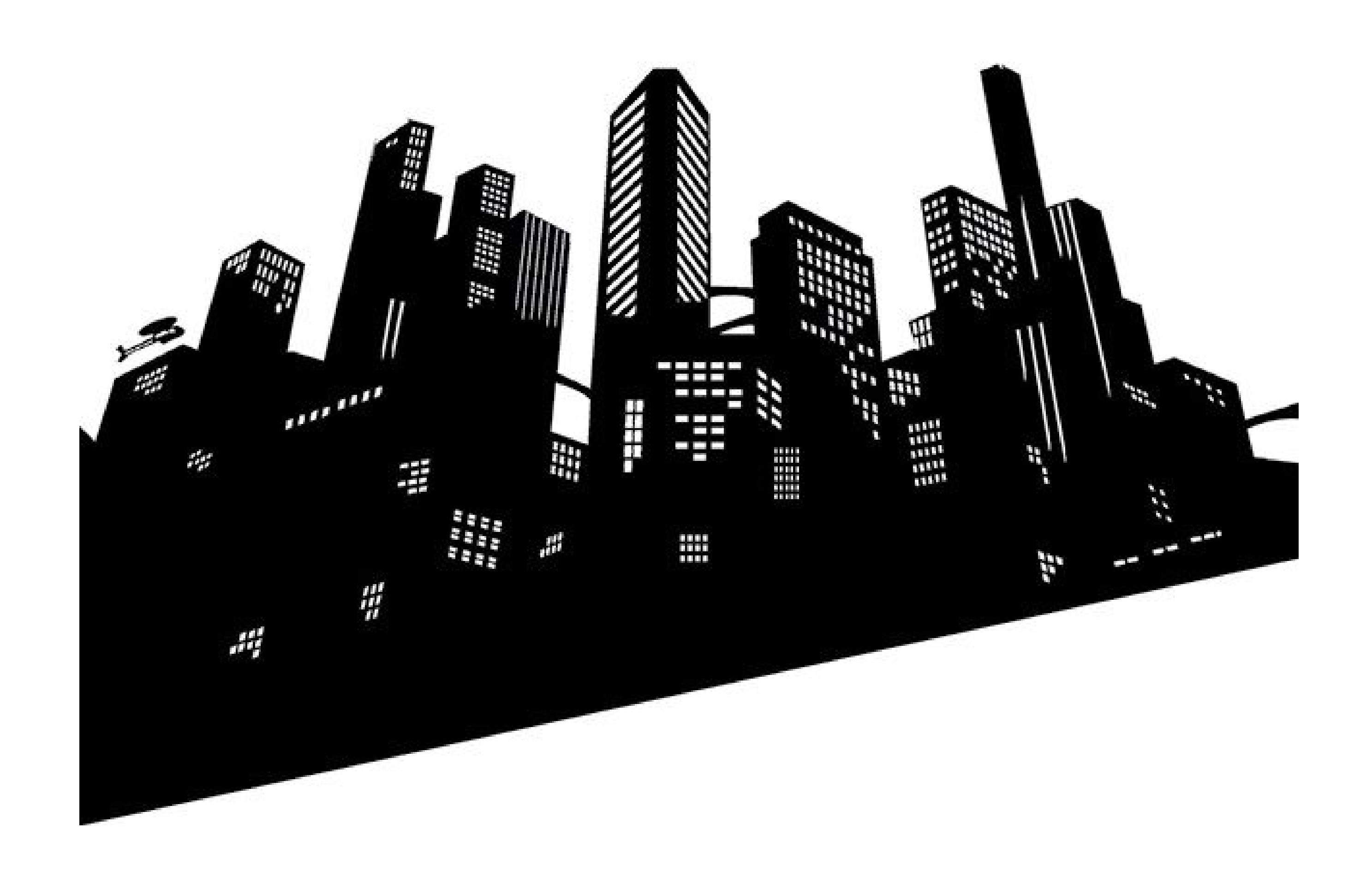
El globo volvió a elevarse hacia el cielo.

Nova soltó un gemido fatigado de alivio y se atrevió a mirar la calle.

El Titiritero había aterrizado sobre una de las carrozas del desfile. Cubierto de papel picado y flores, el Capitán Chromium procedió a jalarlo al suelo.

Winston no peleó. Durante todo aquel tiempo, su mirada se detuvo en Nova, su expresión contraída en la misma sonrisa delirante.

Ella levantó el brazo y saludó.



# Capítulo 4

Adrian despertó como si le hubieran rellenado la cabeza con lana. Gimió e intentó voltearse de costado, pero recordó que seguía con el traje blindado. El duro material se le clavaba dolorosamente en la espalda.

Le dolía todo, pero lo peor era el hombro. Palpitaba, ardía y estaba pegajoso de sangre.

Aún no podía creer que ella realmente lo hubiera apuñalado. No sabía por qué le resultaba tan sorprendente, salvo que… así no luchaban los prodigios. Peleaban con superpoderes y habilidades sobrenaturales, pero aquel había sido sencillamente un golpe bajo.

Tendría que recordarlo para la próxima vez. Pesadilla no seguía las mismas reglas que el resto.

Aunque, por otra parte, tampoco lo hacía él. Ya no. No cuando era el Centinela.

Consiguió sentarse. Aunque seguía siendo de día, estaba oscureciendo y las sombras del edificio contiguo habían eclipsado la azotea. Seguramente, había estado desvanecido, al menos, cinco o seis horas. Tenía suerte de que lo hubiera dejado inconsciente aquí arriba, donde era improbable que alguien lo hallara. Aunque era evidente que nadie lo había tocado, le molestaba imaginar haber estado tumbado y vulnerable durante tanto tiempo.

Tumbado, vulnerable e inútil.

¿Por qué no había venido Oscar a buscarlo? No, aquella era una pregunta estúpida. ¿Por qué habría de hacerlo? Oscar no sabía que Adrian se encontraba tras la coraza del Centinela, y además… Habían herido a Danna y, tal vez, también a Ruby. Oscar tenía otros asuntos de qué ocuparse. Habrían ido directo al cuartel general. Seguramente, seguían allí.

Adrian miró a su alrededor, para asegurarse de que nadie estuviera vigilándolo desde alguna de las ventanas circundantes. Luego presionó los dedos sobre el centro de la pieza pectoral del traje.

La armadura emitió un silbido sordo y se plegó sobre sí misma como un trozo de origami. Se enrolló hacia dentro, rodando sobre sus piernas y brazos hasta quedar del tamaño de una lata aplastada de aluminio. La plegó dentro de la piel sobre el esternón, y subió el tatuaje de la cremallera que había dibujado allí hacía más de un mes.

Comenzó a abrochar la parte delantera de la camisa, pero el dolor que sentía en el hombro era insoportable. Miró hacia abajo. Tenía un tajo en la tela de la camisa, y aunque la compresión del traje parecía haber frenado la hemorragia, con un simple vistazo advirtió que había perdido mucha sangre. Todo el costado del cuerpo estaba húmedo, la tela de su camisa, prácticamente negra donde la sangre se había coagulado. Se preguntó si ese sería el motivo por el cual tenía tanta dificultad para pensar, o si era el resultado de que Pesadilla lo hubiera dejado sin conocimiento.

Tal vez, una combinación de ambos.

La maldijo de todos los modos posibles mientras despegaba la tela de su piel. Luego se maldijo a sí mismo mientras se pasaba la camisa sobre la cabeza.

Aquella muchacha tenía un montón de dispositivos poco sofisticados y un poder que solo funcionaba con el contacto piel con piel. ¿Cómo logró vencerlo?

Hizo una mueca de dolor, reconociendo su propio intento patético de defender su orgullo. Pero ¿a quién estaba engañando? Había subestimado a una oponente que, evidentemente, no debió ser subestimada. Ella era fuerte. Era astuta. Y la mayoría de los dispositivos poco sofisticados que la había visto emplear eran, en realidad, bastante impresionantes.

Sacudiendo la cabeza, comenzó a reír; con ironía al principio, pero luego con más intensidad, realmente divertido. Incluso aunque fuera a expensas suyas.

Y se suponía que él sería el próximo gran superhéroe de la ciudad. «La próxima vez», se susurró a sí mismo. Una promesa.

Seguiría entrenándose. Mejoraría. Y *habría* una próxima vez.

Sacando el rotulador del bolsillo trasero de sus *jeans*, dibujó rápidamente un grifo de agua sobre la cornisa de hormigón de la azotea y jaló el dibujo hacia fuera en las tres dimensiones. Tras abrir el grifo, el agua fría salió a borbotones.

Empleó la mitad limpia de su camisa como un trapo para quitar la mayor cantidad de sangre posible. Una vez limpia, la herida no parecía tan terrible. El corazón le

seguía latiendo, y el brazo, funcionando, así que no debió lastimarse nada demasiado importante.

Tras inspeccionar la herida con detenimiento, colocó la punta del rotulador contra la piel y dibujó una serie de costuras, para unirla con cuidado. Cuando terminó, tapó el rotulador y lo guardó. Cerró el grifo de agua y se sentó, recorriendo con el pulgar el tatuaje sobre el antebrazo izquierdo: una espiral de fuego realizada con tinta negra; sus bordes se fundían con la oscuridad de su propia piel.

Manipulación de fuego. Tal vez, no fuera raro, pero seguía siendo uno de los poderes más codiciados entre los prodigios. Entre aquello, el traje blindado y los resortes que tenía dibujados en las plantas de los pies, había creído poder hacer cualquier cosa, detener a cualquiera.

Pero Pesadilla apenas pestañeó.

No solo eso. *Se burló* de él.

Adrian se puso de pie gimiendo y se armó de coraje para mirar hacia abajo, hacia la calle por donde había pasado el desfile aquella mañana. La celebración había cedido a un silencio sombrío, al tiempo que los equipos de limpieza barrían el papel picado y las envolturas de comida, el vidrio roto, las carrozas destruidas y la mercancía saqueada y abandonada por el ataque del Titiritero.

Pesadilla le había pedido al Titiritero que le arrojara una cuerda. ¿Estarían trabajando juntos? ¿Sería Anarquista?

En cierto sentido, parecía lógico. Era una de las pocas bandas de villanos que no habían terminado de desaparecer durante la última década, y despreciaban a los Renegados más que a cualquiera, especialmente, al Consejo.

Por eso había estado aquí, ¿no es cierto? Había estado yendo tras el Consejo. Había estado yendo tras el Capitán.

Adrian empujó las gafas sobre el puente de la nariz. Abajo en la calle, arrastraban a una pequeña de debajo de un autobús turístico, donde seguramente se había ocultado toda la tarde. Sollozaba histérica e, incluso desde tan arriba, Adrian advertía una cuerda de hilo dorado aún sujeto alrededor de la garganta de la niña. Se preguntó qué la había obligado a hacer el Titiritero.

Apretó la mandíbula.

La identidad de la mayoría de los Anarquistas era conocida hace años. Winston Pratt. Ingrid Thompson. Honey Harper. Leroy Flinn.

Pero *Pesadilla*… era nueva. Un misterio. Y una amenaza.

Al cerrar los ojos, podía verla, apenas un ligero fulgor de sus ojos, visibles bajo la sombra de su capucha. Sin expresión. Sin arrepentimiento. Sin *temor*, incluso mientras pronunciaba aquellas palabras, las palabras que lo habían perseguido durante años. Incluso ahora, no podía estar seguro de si la había imaginado pronunciándolas. De que no hubiera sido parte de un sueño mientras había estado inconsciente.

*Sin miedo, no hay coraje.*

Exhaló un aliento tembloroso. No había sido un sueño. Las había pronunciado.

No podía ser una coincidencia.

«Pesadilla», susurró, y fue como si lo pronunciara por primera vez. La primera vez que articulaba el nombre y significaba algo para él. Ya no era solo una villana más a la que había que detener, otra peste que asolaba la ciudad, a la que había que liquidar. Ahora era alguien que podría tener respuestas.

«¿Quién eres de verdad?».

▮▮▮

Para cuando Adrian emprendió el regreso al Cuartel General de los Renegados, la cabeza se le había despejado casi por completo. Se había dibujado una camisa nueva, con mangas largas, para ocultar los tatuajes. Pero aún sentía las punzadas de dolor en el pecho y en el hombro bajo la tela.

Se abrió paso empujando las puertas giratorias de la entrada principal e hizo una pausa en el rellano que daba al amplio vestíbulo. Se trataba de un enorme espacio de reunión que siempre bullía de actividad, conversaciones y de los pisotones de botas macizas que cruzaban la enorme R incrustada en el centro del salón. Renegados con uniformes grises y rojos pasaban a doctores en batas de laboratorio y se detenían para conversar con administradores en trajes impecables. La gente corría entre los diferentes departamentos, se reunía en grupos, observaba las pantallas que alineaban las paredes, repitiendo escenas del ataque del Titiritero una y otra vez.

A veces, Hugh y Simon bromeaban acerca de los inicios de todo esto en el sótano de Dread Warden. Eran adolescentes, amigos desde la infancia, ambos con poderes extraordinarios, ambos hartos de ver que su ciudad era gobernada por Anarquistas y criminales. Hasta una noche en que decidieron tomar cartas en el asunto.

A medida que sus correrías se volvieron más audaces y públicas, cuatro prodigios más se unieron al equipo de justicieros: Kasumi, Evander, Tamaya y la propia madre de Adrian, Georgia Rawles. La incomparable Lady Indómita.

Fue Evander quien les dio el nombre que consolidaría su lugar en la historia. *Los Renegados*. En aquella época, según tenía entendido Adrian, no tenían dinero, ni cuartel general, ni influencia. Nada, sino una profunda determinación de cambiar el mundo para mejor. Y lo habían logrado todo, subsistiendo a base de macarrones con queso de caja, llevando disfraces baratos que confeccionaban ellos mismos y turnándose para dormir en los sofás apolillados de unos y otros.

Aunque los seis originales eran aún considerados el grupo central que dio origen a los Renegados, su número seguía aumentando: más justicieros se unían a la causa; más prodigios se atrevían a pelear contra los villanos que habían destruido su mundo.

Ahora, al observar el cuartel general, era casi imposible imaginar los comienzos en aquel sótano hacía tantos años. Un par de adolescentes y un deseo de cambiar el

mundo y convertirlo en un lugar mejor.

Y ahora… esto. Ochenta y dos plantas, y ocho subniveles de las instalaciones gubernamentales y de seguridad de Estado más completas del mundo.

Está bien, en realidad, la mayoría de aquellas plantas estaban vacías, pero Hugh solía decir lo contentos que estarían de contar con todo aquel espacio libre cuando tuvieran que ampliarse. Habían construido la torre para que fuera la sede principal de oficinas de un banco internacional o de algo igualmente aburrido, pero ahora alojaba centros de alta tecnología y simuladores de realidad virtual, donde los Renegados podían entrenarse tanto física como mentalmente en una variedad de situaciones programables. Había un depósito de armas completo, donde se conservaba una variedad de armas detrás de una serie de defensas cada vez más impenetrables, además de una planta entera dedicada al almacenamiento y a la conservación de herramientas y artefactos superpoderosos. Dos plantas se ocupaban de la vigilancia de la ciudad y del trabajo de investigación; el centro de llamados, que no tenía descanso; las celdas para alojar a criminales prodigios, que eran demasiado peligrosos para residir en una cárcel común de la ciudad; las áreas de esparcimiento para Renegados fuera de servicio; los laboratorios de investigación; un ala médica de servicios completos; y —el mayor atractivo de todos— la Sala del Consejo en la planta superior, donde el Consejo promulgaba leyes y firmaba decretos para fortalecer la sociedad a la que había librado de la anarquía y para proteger al mundo de otro colapso.

El Consejo se comportaba como si la única dirección que pudiera tomar la sociedad fuera hacia adelante, alejándose de aquellos terribles años de caos y crímenes, pero a veces Adrian tenía la sensación de que la base del orden que los Renegados habían establecido era más precaria de lo que cualquiera admitiría.

Tras enderezarse, emprendió el descenso por la amplia escalinata hacia la planta principal y la atravesó hacia los elevadores, en dirección al ala médica. En algunos de los monitores elevados, apareció una imagen de Pesadilla, que saludaba a la multitud desde la barquilla del globo aerostático, su rostro oculto por la capucha.

Al verla, una oleada de determinación resurgió dentro de Adrian. Su mente comenzó a reproducir el momento cuando la villana lo había apuñalado, nada menos que con el propio puñal de Ruby. Él había perdido el control. Había arrojado aquella llamarada con la intención de dirigirla hacia Pesadilla, pero la furia lo había enceguecido, y ni siquiera había pensado en lo que ella tendría detrás.

La villana lo llamó *neófito* y tenía razón: era el error de un aficionado.

Desde el momento en que él oyó el grito de Monarca, supo que estaba gravemente herida. No se había contenido, y por mucho que quisiera echarle la culpa a Pesadilla por ello, no podía hacerlo. Las llamas provinieron de sus manos: el resultado de un poder que apenas había explorado. Se había comportado de manera arrogante y negligente, y Danna estaba sufriendo las consecuencias.

Cuando llegó al ala médica, vio a Tamaya Rae —Thunderbird— a través de las

ventanillas de la primera habitación. Se hallaba sentada al borde de la cama mientras una sanadora le curaba una de las negras alas emplumadas. Lucía furiosa, aunque él solo alcanzó a oír las palabras: *Titiritero, globo y ¡una patética red de pesca!*

Halló a Danna en la tercera habitación, tumbada de lado, inconsciente. Le habían seccionado casi todo el uniforme, por lo que se revelaban quemaduras extensas sobre el brazo izquierdo y el torso. Tenía una máscara sobre la nariz y la boca, seguramente le llenaba los pulmones de un elixir que impediría que su cuerpo se transformara mientras estaba inconsciente, como a veces sucedía cuando su cerebro cambiaba al modo pelea o huida. Una vez Danna le contó que, de niña, le sucedía con frecuencia cada vez que tenía pesadillas.

*Pesadillas.*

Vaya ironía.

Adrian sintió un vacío en el estómago. No había tenido tiempo de detenerse y ver la gravedad de las quemaduras de Danna durante la pelea, y ahora comenzó a sentir todo el peso de la culpa por lo que había hecho.

Oscar y Ruby también estaban allí, sentados sobre una banca en el rincón. La cabeza de Ruby descansaba sobre el hombro de Oscar. Por un momento, Adrian creyó que Ruby podía estar dormida, pero luego los ojos de ella se despegaron, aturdidos. Vio a Adrian y se incorporó. Un breve destello de decepción cruzó el rostro de Oscar, pero desapareció tan rápido que Adrian creyó que, tal vez, lo había imaginado.

—Oh, *ahora* aparece —dijo Oscar, poniéndose de pie—. Oye, ¿dónde estabas?

—Lo siento —respondió, sintiendo las disculpas hasta la médula—. Recibí su mensaje sobre Pesadilla y me dirigía hacia ustedes cuando apareció el Titiritero y quedé atrapado, intentando poner a un grupo de niños a salvo. Debe haber habido cientos de excursión. Fue un caos —se rascó ligeramente el hombro herido a través de la camisa, sorprendido por lo fácil que fue mentir—. De todos modos, debí haber estado con ustedes. Lo siento tanto. ¿Y Danna…?

Oscar soltó un resoplido frustrado.

—Sufrió quemaduras muy graves por la pelea.

Tendida en la cama, Danna inhaló temblorosamente. Por un segundo el pitido de la máquina sobre la pared se aceleró, luego recuperó su ritmo regular. Adrian se acercó, y se obligó a levantar una de las compresas frías que habían colocado sobre las llagas de ella. Se obligó a ver el daño que había causado.

¿Cuánto dolor había sufrido? ¿O su cuerpo había entrado inmediatamente en estado de *shock*? Tras volver a apoyar la compresa sobre sus quemaduras, frotó el tatuaje de la llama a través de su manga. Aunque hacía semanas que había sanado, imaginó por un instante sentirlo, como si estuviera viva, como si le quemara la piel.

Se volteó de nuevo hacia Oscar y Ruby.

—¿Ya vinieron las sanadoras para verla?

Oscar asintió.

—Sí. Dicen que se recuperará, pero llevará un tiempo. Es muy grave.

—Cuando estamos de patrulla, Danna es nuestros ojos —Adrian se rascó la nuca —. Sin ella, estaremos en una situación muy desventajosa.

—Lo más extraño —dijo Ruby—, es que ni siquiera fue obra de Pesadilla. Eso fue culpa de… —señaló hacia Danna, y luego hizo las comillas en el aire con los dedos— el *Centinela*.

Adrian se estremeció al oír el veneno de su tono. La pequeña parte de él que había querido contarle a este grupo que, de hecho, había estado en la azotea con ellos aquel día desapareció rápidamente.

—¿Quién?

—Un tipo que apareció en la mitad del combate —dijo Oscar—. Se enfrentó a Pesadilla. Tenía una R en el traje, pero… —encogió los hombros— ninguno de nosotros lo ha visto jamás.

Adrian tensó el ceño, confuso.

—¿El Centinela?

—Fue lo que dijo Monarca antes de que la anestesiaran. Creo que era un elemental de fuego —Oscar frunció el ceño—. Pero, definitivamente, no era Reguero de Pólvora.

Reguero de Pólvora era el único elemental de fuego que tenían los Renegados en este momento, por lo menos, en la rama de Gatlon City. Adrian había tomado casi todas sus ideas sobre la manipulación del fuego tras observarlo en las salas de entrenamiento.

Ruby bostezó.

—Tampoco creo que fuera aquel prodigio isleño. El que entrenó aquí el año pasado. Magma, ¿verdad? Este tipo que dice llamarse *Centinela* estaba completamente cubierto, de pies a cabeza. Alguien le tomó una fotografía desde el nivel de la calle, así que están comenzando a circularla para ver si alguien sabe algo.

—También estaba infinitamente dotado para el salto —dijo Oscar— y tenía un traje que parecía sacado de un libro de cómics. Sinceramente, creo que debe haber salido del departamento de Investigación y Desarrollo, como si estuvieran trabajando en un nuevo supersoldado y aún fuera información demasiado confidencial para admitirlo.

Ruby soltó un grito ahogado y se inclinó hacia delante, excitada, como si acabara de descubrir una pista.

—O podría ser un villano disfrazado de Renegado —dijo Ruby—. Tal vez, quiera dañar nuestra reputación. ¡Tal vez, todo sea parte de un plan complejo que llevará a nuestra derrota definitiva!

Adrian y Oscar la miraron.

Ruby encogió los hombros.

—Es una posibilidad, ¿verdad?

—Es una posibilidad —accedió Oscar.

Derrumbándose nuevamente sobre la banca, Ruby arrojó un brazo sobre los ojos, como si este arranque le hubiera quitado los últimos restos de energía. La piedra de sangre alrededor de su muñeca reflejaba la luz de la habitación, encendiendo sus mejillas de un color rosado.

—Esa es mi teoría y no cambiaré de opinión.

—Pero al principio, peleó contra Pesadilla —dijo Oscar—, antes de atacar a Monarca. O tal vez aquello fuera un error. ¿Quién sabe?

—¿Hirieron a alguien más? —preguntó Adrian.

—No —dijo Ruby, ligeramente a la defensiva—. Estamos genial, realmente súper.

—Pesadilla consiguió tocar a Ruby —explicó Oscar—, la durmió —extendió la mano y le dio un golpecito en la cabeza. Era uno de los gestos más torpes que Adrian recordaba haberlo visto hacer jamás, y a veces Oscar podía ser un tipo bastante torpe.

—Soplón —masculló Ruby, alejándolo con una palmada—. Por si alguien quiere saber, en este momento, siento como si me hubieran llenado la cabeza de cemento.

Adrian reprimió el impulso de decir que sabía exactamente cómo se sentía.

—Esta es la cuarta vez en el año que un equipo de Renegados entra en contacto con Pesadilla. No puede estar trabajando sola.

—Huyó en el globo del Titiritero —dijo Oscar—. Tal vez, sea una nueva Anarquista.

—Pero arrojó al Titiritero por la borda —replicó Ruby, levantando un dedo en el aire—. No fue justamente una bienvenida afectuosa.

—Pero ellos son así, ¿verdad? —comentó Adrian—. Incluso cuando se supone que deben estar trabajando juntos, siguen creyendo en pisotear al débil para darles paso a los fuertes.

Oscar encogió los hombros.

—No lo comprendo pero, por otro lado, son villanos. ¿Quién sabe cómo piensan?

—El lado positivo —dijo Ruby, abriendo los ojos y esbozando una sonrisa pícara — es que tengo el arma de Pesadilla.

Adrian levantó una ceja.

—La llevaron arriba para analizarla —añadió Oscar—. Le disparó un dardo al Capitán y estuvo a punto de darle en el ojo —acercó las yemas de los dedos—. También están analizando el dardo. Tal vez, puedan rastrearlo hasta el lugar en donde lo obtuvo.

Adrian apartó la mirada. No sabía cuánta información podían obtener del arma o del dardo que ella había empleado, pero era algo. Era un comienzo.

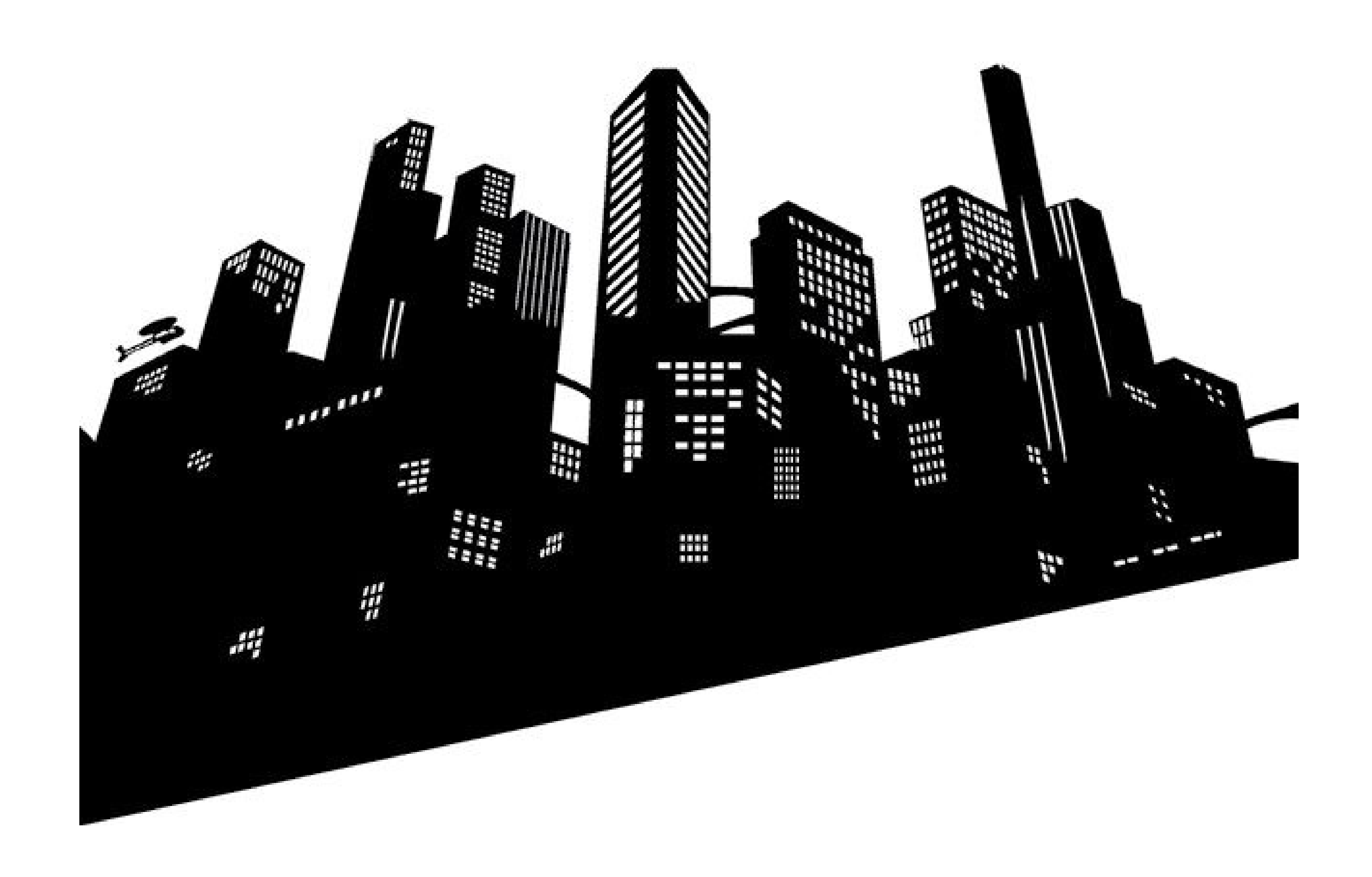
Aquella mañana solo le había importado probar sus habilidades como Centinela. Había estado emocionado por mostrarles a todos lo que podía hacer. Había fantaseado acerca de quitarse el casco de Centinela y revelarse ante su equipo y el resto de los Renegados.

Pero ahora apenas le importaba aquello. Una frase de Pesadilla lo había cambiado

todo.

Tenía que averiguar quién era. Tenía que averiguar lo que ella sabía.

Tenía que encontrarla.



# Capítulo 5

Adrian se estaba volviendo ansioso, aunque no sabía bien por qué. Hacía horas que habían traído a Thunderbird de regreso al cuartel general para que sus heridas fueran tratadas, pero el resto del Consejo aún no había vuelto. A estas alturas se habría enterado de si estaban lastimados, así que no era eso. Tal vez, sintiera curiosidad por saber si les habían contado sobre el Centinela y qué pensaban. Si estaban al tanto de lo que estaba haciendo. Estuvo un tiempo recorriendo el ala médica, comprobando el estado de las víctimas del Titiritero, antes de dirigirse arriba para visitar a Max, que seguramente se sentía, como siempre, desconectado de toda la actividad.

La sala de cuarentena de Max estaba construida dentro de un puente colgante que se extendía sobre la planta principal del vestíbulo. Posiblemente, fuera la sala más elegante del cuartel, casi una *suite* de lujo, con ventanas de suelo a techo que ofrecían una vista al río que cortaba el aliento y con aposentos privados fuera de la vista. El dormitorio principal tenía un baño completo con una bañera, aunque Adrian tenía la sensación de que Max no la usaba tan a menudo. En realidad, no parecía pasar demasiado tiempo allí. Siempre estaba en la sala principal de su recinto. Siempre, trabajando en la ciudad de cristal que había estado construyendo minuciosamente los últimos cuatro años.

Al acercarse a la sala de cuarentena, vio a Max sentado de piernas cruzadas

dentro de su maqueta de City Park, uno de los pocos lugares que aún quedaban con espacio donde sentarse cómodamente. Tenía los ojos fijos en las pantallas fuera de su recinto, observando las imágenes del desfile. Sus dedos jugueteaban con una de las figurillas de cristal que Adrian le había hecho en un momento: un carruaje tirado por caballos, como los que paseaban a los turistas por el parque.

Comenzó como un juego. Max aún era muy pequeño cuando construyeron el área de cuarentena para él, y Adrian se propuso intentar que se sintiera lo más cómodo posible. Había visto lo mucho que a Max le gustaba construir con los bloques de encastre que el Capitán le traía, así que Adrian mismo comenzó a realizarlos, empleando el rotulador para trazar diseños nuevos sobre el cristal y empujarlos hacia el lado de Max.

A medida que creció, el niño empezó a hacer sus propios pedidos. Quería bloques que imitaran altas cúpulas y techos abovedados, o cables que pudiera usar para construir un puente. Antes de que Adrian entendiera lo que el muchacho intentaba conseguir, vio el contorno familiar de la ciudad desarrollándose ante sus ojos.

Ahora Max tenía diez años, y la ciudad miniatura estaba prácticamente completa. Era una maravilla que ocupaba toda la planta de la sala circular. Una réplica casi exacta de Gatlon, creada íntegramente de cristal refulgente. Aunque, como una ciudad real, siempre estaba cambiando. Siempre estaba siendo derribada, reconstruida, modificada y refinada mientras el niño trabajaba para hacerla tan auténticamente parecida a la Gatlon real como pudiera; una ciudad de la cual Max solo podía imaginar ser parte.

Max advirtió que Adrian se acercaba y levantó una libreta para que viera. Había hecho lo posible por dibujar la carroza de desfile del Consejo.

—¿Puedes dibujarla? —preguntó Max, su voz amortiguada por el cristal.

—¿Qué? ¿No me saludas? ¿No me dices lo feliz que estás de que hoy no me haya matado un villano psicótico?

Max bajó la libreta.

—Los informes han estado circulando toda la tarde, concentrados más que nada en Thunderbird, aunque sé que Monarca y algunos otros también resultaron heridos. Además, las noticias están presentando, cada pocos minutos, informes actualizados sobre las bajas entre la población civil —hizo una pausa antes de añadir por si no había quedado claro—: Obviamente, me habría enterado si te hubieran herido.

Adrian emitió un gruñido y se dejó caer sobre el suelo.

—En ese caso, sí, claro, puedo hacerlo, pero la nube no descargará relámpagos reales. Tendrás que usar tu imaginación. ¿También quieres algunos vendedores ambulantes?

Los ojos de Max se iluminaron.

—Sí. Y la carroza de los villanos. Y la banda de música, ¿sí?

—¿A qué me parezco? ¿A una fábrica de figurines? —comenzó a dibujar la carroza, haciéndola lo más detallada posible a partir de lo que recordaba, aunque en

el momento en que apareció, estaba distraído intentando arreglar el brazalete de aquella chica.

Hizo una pausa, la carroza a medio terminar.

Con todo lo que vino después, casi había olvidado a la chica y el modo en que ella lo había mirado cuando él estaba arreglando el broche: no como si su obra fuera lo más asombroso que hubiera visto en la vida, sino como decidiendo si se trataba del truco de un estafador del cual debía recelar.

Tal vez, hoy en día había demasiados prodigios acudiendo en masa a la ciudad. Seguramente, la novedad de ver a alguien con superpoderes estaba desapareciendo.

Terminó de dibujar la carroza y le añadió ruedas, para que Max pudiera empujarla por las calles si quería.

—Toma —dijo. Presionó el dibujo con la mano, imponiendo su voluntad al cristal.

El dibujo comenzó a emerger del costado del muro en donde estaba Max. Una réplica cristalina de la carroza de desfile, con ruedas que giraban y todo.

La ventanilla de cristal en sí no sufrió ningún cambio, y el dibujo desapareció durante la transición.

Max extendió la mano, su rostro tenso por la concentración. La carroza miniatura comenzó a temblar, luego se levantó y quedó suspendida en el aire. Avanzó a los saltos, lentamente, pero a un ritmo constante a través de la ciudad, a lo largo de Raikes Avenue, doblando la esquina hacia Park Way, antes de posarse con un sordo ruido metálico junto a Max.

Este soltó un soplido y abrió los ojos.

—Gracias.

—Creo que estás fortaleciéndote. Eso fue… más estable que lo habitual. Estoy casi seguro.

—No, no lo estoy —dijo Max, con un tono realista que habría disimulado su decepción de prácticamente cualquier otra persona.

—Bueno… algún grado de telequinesis es mejor que nada, ¿verdad? —Adrian se rascó la sien con el extremo del bolígrafo que llevaba tapa—. ¿Quieres figurillas del Consejo encima?

Max sacudió la cabeza.

—Todavía tengo las que me hiciste el año pasado —echó un vistazo alrededor— en algún lugar —su expresión se ensombreció al voltearse de nuevo hacia Adrian—. ¿Es cierto que alguien intentó matar al Capitán Chromium?

Adrian hizo una pausa, pero no había motivo alguno para evitar que Max se enterara. Era un chico inteligente y más observador de lo que convenía. Miraba las noticias mucho más que las películas o los dibujitos. Incluso encerrado en esta prisión de cristal, siempre parecía saber más de lo que sucedía en el mundo que el propio Adrian.

—Sí —dijo—, una villana nueva conocida como *Pesadilla*.

—Ya has peleado con ella antes.

—Yo no. Oscar y el resto tuvieron un cruce con ella hace unos meses, y otros equipos también la han visto.

—¿Por qué querría hacerle daño al Consejo?

Adrian comenzó a garabatear personajes de una banda de música sobre el cristal. Un baterista y uno que tocaba la tuba. Toda una línea de trombones.

—A algunas personas, les gustaba cómo estaban las cosas antes de que los Renegados se hicieran cargo.

—¿Cuando todo el mundo vivía robándose y acuchillándose?

—Yo tampoco lo entiendo. Pero supongo que las personas que se encontraban en el poder, en aquella época, vivían bastante bien, ¿no crees? —sus cejas se fruncieron intentando imaginar las intrincadas espirales de un corno francés. Se rindió, y le dio en cambio una trompeta al músico.

—¿Crees que este tipo nuevo también busca eso? ¿Devolverles la ciudad a los Anarquistas?

—¿El tipo nuevo?

Max levantó la vista a las pantallas. Adrian siguió su mirada, y un estremecimiento le recorrió la espalda. El noticiero mostraba una fotografía del Centinela. Era una imagen granulosa, capturada desde el suelo, que se encontraba treinta metros más abajo, en la que el Centinela se lanzaba de un tejado a otro. Tomada en aquel momento, parecía capaz de volar.

Aunque la calidad de la fotografía era terrible, era la primera vez que Adrian se veía con el traje, y resultó extraño y reconfortante a la vez.

No había manera de darse cuenta de que era él. Era imposible. Nadie debía saber que era él quien había fracasado en atrapar a Pesadilla, quien había herido a Monarca.

—No creo… —Adrian hizo una pausa—. No sabemos si es un villano. Tal vez haya intentado ayudar. Y dicen que lleva una R en el pecho.

—Pero no es uno de nosotros, ¿verdad?

Adrian comenzó a pasarle la banda de música a través del cristal, un músico por vez.

—No lo sé. Oscar cree que, tal vez, sea un arma secreta que están desarrollando arriba.

Un alboroto en la planta principal atrajo la atención de Adrian hacia la luminosa entrada. El Consejo había regresado finalmente, arrastrando al Titiritero entre ellos, envuelto en cadenas de cromo. El Capitán empujó al villano hacia uno de los equipos que aguardaba, dando órdenes para que fuera llevado de inmediato al centro penitenciario. Tsunami los acompañó, con un muro de agua entre las manos, preparada en caso de que Winston Pratt intentara algo. Pero este parecía demasiado deslumbrado para iniciar un ataque, deslumbrado por encontrarse dentro del Cuartel General de los Renegados.

Blacklight le dio una palmada en la espalda al Capitán y a Dread Warden. Incluso

desde aquí arriba, Adrian alcanzó a oír su vozarrón diciendo algo sobre Thunderbird mientras él también se abría paso hacia el elevador.

Adrian se puso de pie. El Capitán Chromium levantó la vista hacia él y su rostro se suavizó, tal vez de alivio, aunque no había habido muchos motivos para que se preocupara. A juzgar por lo que sabía, a jugar por lo que *cualquiera de ellos* sabía, él había estado abajo entre la multitud observando el desfile todo el tiempo, y podía defenderse contra un puñado de niños a quienes les habían lavado el cerebro.

De todos modos, no pudo evitar sonreír a su vez al levantar una mano para dar un saludo de bienvenida.

Se volteó y golpeó dos veces la ventanilla de Max, quien lo despidió con la mano sin levantar la vista. Ya se encontraba ubicando la banda delante de la carroza del desfile.

Adrian descendió a la planta principal. El Capitán avanzó esquivando a la multitud que se había congregado a su alrededor, todo el mundo gritaba preguntas sobre el intento de asesinato, sobre el Titiritero, Pesadilla y el Centinela, pero todas fueron ignoradas. Se dirigió hacia Adrian al pie de la escalinata y lo envolvió en un rápido abrazo antes de apartarse y aferrar sus hombros. Este hizo una mueca de dolor al sentir el tironeo de las puntadas, pero hizo lo posible por disimularla con una sonrisa.

—No estábamos seguros de que estuvieras en el desfile cuando empezó —dijo el Capitán Chromium.

Dread Warden apareció junto a ellos y abrazó a Adrian de costado.

—Nos alegra que hayas regresado a salvo.

Para el mundo, ellos eran Hugh Everhart y Simon Westwood. Superhéroes. Concejales. Miembros fundadores de los Renegados.

Pero para Adrian eran, más que nada, sus papás.

Adrian puso los ojos en blanco.

—Cállense. Me están haciendo pasar vergüenza.

—Y no será la última vez, estoy seguro —dijo Simon—. ¿Estuviste involucrado en la pelea?

Adrian sacudió la cabeza.

—Estaba a unas calles de distancia cuando empezó. Me pasé casi todo el tiempo haciendo de controlador de tránsito para algunos contingentes de niños que venían en autobús.

—Es una tarea difícil —dijo Hugh—, pero alguien tiene que hacerla.

—¿Han comenzado ya una investigación? —preguntó Adrian—. El Titiritero no estaba actuando solo. Tal vez había más Anarquistas allí… y Pesadilla estaba en los tejados —miró a Hugh frunciendo el ceño—. Te buscaba *a ti*.

—Estoy bien —Hugh se rascó la sien. Adrian sabía que allí lo había herido el dardo, pero Hugh no tenía ni un rasguño.

—Lo veo —dijo—, pero de todos modos, hoy trató de asesinarte… y casi lo

logra. *Además*, derribó a Thunderbird. Esta chica… aparece continuamente y, en realidad, no creo que esté trabajando sola.

—Nosotros tampoco —afirmó Simon—. Estamos investigándolo pero, hasta ahora, no hay evidencia sólida de que Pesadilla esté con los Anarquistas ni afiliada a ninguna otra banda, antigua o nueva. Es posible que solo tuviera la suerte de poder usar el globo de Winston para huir convenientemente. Y sin pruebas…

—… Ir tras ellos va contra el código —masculló Adrian sin entusiasmo.

—Si no obedecemos las reglas, entonces seremos igual a ellos —dijo Hugh.

Adrian no respondió. En la época en la que surgieron los Renegados, no tenían que respetar ninguna regla: no había reglas que cumplir. Eran más justicieros que agentes del orden público y, decididamente, no eran *legisladores*. Hicieron lo que debía hacerse para que el mundo fuera un lugar mejor, más seguro. Incluso si ello significaba extorsionar a alguien para obtener información o para infiltrarse en una guarida porque creían que sucedía algo sospechoso, con pruebas concretas o sin ellas.

Había días en los que a Adrian le parecía que las cosas iban mejor así. Cuando los superhéroes solo hacían el trabajo de superhéroes, no de líderes.

Tal vez, por eso le atrajera la idea del Centinela. Ser anónimo era liberador. No tener que rendirle cuentas a nadie confería poder.

Excepto, como lo había demostrado el episodio de hoy, que eso no significaba que no hubiera consecuencias.

—Intenta no preocuparte tanto —dijo Simon, y Adrian advirtió que había estado frunciendo el ceño—. Ya enviamos el arma de Pesadilla para que la examinen. Veremos si descubren algo útil.

—Es solo una villana novata, tratando de ganar algo de credibilidad —añadió Hugh—. Hemos lidiado con seres peores.

Adrian no podía discutírselo. Habían derribado al mismísimo Ace Anarquía, entre incontables otros. Pero aun así, algo le decía que no debían ignorar a Pesadilla. Hasta donde él sabía, aquel único dardo había estado más cerca de derribar al Capitán Chromium que cualquier otra cosa anterior.

Simon levantó la mirada a la pared de pantallas, que alternaban imágenes del Titiritero, de Pesadilla saludando desde la barquilla del globo aerostático y, cada tanto, del Centinela.

Hugh siguió la mirada de Simon, que fruncía el ceño ante la imagen del prodigio acorazado.

—Hablando de investigaciones, ¿qué sabemos acerca de él?

Aunque estaban rodeados por reporteros, asistentes y equipos de patrullaje, nadie respondió.

Adrian se rascó el pecho, donde se ocultaba el tatuaje de la cremallera, donde el Centinela estaba bien guardado.

—Mi equipo lo vio cuando enfrentaban a Pesadilla. El Centinela también iba tras ella.

Hugh lo miró.

—¿Lo vieron emplear alguna habilidad?

—Creo… que sí —tragó saliva—. Oscar creyó que, tal vez, fuera un proyecto del departamento de Investigación y Desarrollo.

—Sería una novedad para mí —masculló Simon—. Hablaré con Oscar y Ruby, veremos qué se nos ocurre —de pronto, un instante de claridad le iluminó los ojos—. Me contaron de Danna. ¿Se encuentra bien?

Adrian se tensó. Aún podía sentir el calor de las propias llamas. Aún podía ver aquellas mariposas tornándose negras y desintegrándose ante sus ojos.

—Los sanadores dicen que se repondrá.

Simon estrujó el hombro de Adrian. Este sabía que debía ser un gesto paternal y reconfortante, pero algo en aquella actitud lo hizo sentir peor. No solo por Danna, sino también porque ya había decidido que no podía contarles que él era el Centinela. Todavía no.

Hugh se volteó, mirando a la multitud.

—Escuchen —dijo con aquella voz profunda y heroica que podría haber hecho que un gusano se pusiera firme—, si alguien sabe algo acerca de este prodigio que dice llamarse *Centinela*, repórtenlo al Consejo. Por lo que sabemos, no es uno de nosotros… —hizo una pausa, y su mirada azul acero atravesó la sala, por si acaso alguien quisiera dar un paso adelante y confesar en ese mismo instante: *¡Vaya, todo este tiempo he sido yo!* Evitando la mirada de su padre, Adrian alzó la vista hacia Max, que los observaba desde la sala de cuarentena.

»… Pero está usando nuestro símbolo y nuestro nombre —continuó Hugh—. Quiero saber sus motivos. Si es un enemigo, quiero saber con quién trabaja. Si es un aliado… quiero saber por qué no está trabajando *con* nosotros.

Se volvió hacia Adrian y mostró su típica sonrisa de Capitán Chromium, la que, incluso después de todos estos años, aún hacía que Adrian sintiera que estaba mirando una fotografía sobre una caja de cereales.

—¿Quién sabe? Tal vez, asista a las pruebas de selección.

—Señor Everhart, señor Westwood —una mujer con una bata de laboratorio y calzado deportivo se abrió paso cruzando el vestíbulo, con una carpeta sujetapapeles —, ¿puedo hablar con ustedes un momento? Hemos obtenido las primeras pruebas de la solución química que estaba dentro de aquel dardo proyectil.

Hugh y Simon se acercaron a ella y comenzaron a caminar en dirección al lugar de donde había venido. Adrian los siguió, fingiendo haber sido invitado, al tiempo que el resto de la multitud se dispersaba.

—Aún no tenemos resultados de la camisa del proyectil —dijo la mujer, volteando una hoja de su carpeta—. Pero la solución era prácticamente idéntica a los venenos que han sido rastreados en Cianuro en el pasado.

—Cianuro —repitió Hugh—. ¿Leroy Flinn?

La mujer asintió con la cabeza.

—Un Anarquista —dijo Adrian.

Hicieron una pausa y se voltearon. Los tres parecían sorprendidos de que siguiera allí.

Suspirando, Hugh se volteó de nuevo hacia la técnica.

—¿Ya han averiguado algo acerca del arma?

Ella comenzó a sacudir la cabeza, pero titubeó.

—No ha sido confirmado, pero tenía marcas de manufactura similares a algunas de las que hemos capturado, pertenecientes a criminales no afiliados. Si tuviera que adivinar, diría que procede del mercado negro.

—Podría ser un traficante nuevo en la ciudad —dijo Hugh, acariciándose el mentón.

—O uno antiguo —añadió Simon— que vuelve al negocio.

—¿A quién le importa de dónde provino el arma? —preguntó Adrian—. Cianuro preparó el veneno y sabemos que es un Anarquista. Entre él y el Titiritero, Pesadilla tiene que estar trabajando para ellos. O… con ellos.

Simon apartó de sus hombros los bordes de su capa.

—Los Anarquistas han estado inactivos durante nueve años. Lo más seguro es que esta muchacha solo sea una prodigio sinvergüenza que intenta hacerse un nombre en las calles.

—No lo sabes —insistió Adrian—. ¿Y qué importancia tiene? Hoy nos atacaron tanto el Titiritero como Pesadilla. Tiene que ser causa suficiente para ir tras los Anarquistas, incluso bajo la autoridad del código.

—No es suficiente para confirmar que Pesadilla sea realmente parte de ellos —en ese momento, Hugh sonrió, y hubo algo tan cálido y amable en ello que Adrian se enfureció, como si su papá estuviera intentando consolarlo tras un día duro en la práctica de *softball*—. Pero tal vez tengas razón. Enviaremos a alguien para investigar a los Anarquistas. Que hagan algunas preguntas, ver qué pueden averiguar.

Adrian sintió un tirón en el párpado.

—¿Por qué no enviarme a mí? *¿A nosotros?* Oscar y Ruby estuvieron en el terreno hoy: a esta altura, saben más sobre Pesadilla que cualquier otra persona. Deja que vaya mi equipo.

—Tu equipo es excelente para el trabajo de patrullaje —dijo Simon—, pero no son investigadores. Encontraremos a alguien con más experiencia para manejarlo.

Adrian masajeó su frente.

—No creo que… Solo me pregunto si otro equipo lo tomará con la seriedad con que debieran. Hoy Pesadilla demostró que era una verdadera amenaza, y si los Anarquistas están involucrados, entonces tenemos que dejar de pensar en ellos como inofensivas ratas de túnel. Incluso sin Ace en el poder, siguen siendo villanos. No podemos estar seguros de lo que son capaces de hacer.

Hugh se rio.

—Te olvidas de con quién estás hablando, Sketch —dijo, usando el nombre de

Renegado de Adrian, y este no supo si era cariñoso o insultante—. Deja que los Anarquistas intenten recuperar el poder de la ciudad. No tienen ni la más mínima posibilidad, con esta *Pesadilla* o sin ella. Seguimos siendo superhéroes, sabes.

Se voltearon y siguieron a la mujer al área de elevadores. Adrian los oyó pasando a otros temas del Consejo: cómo tranquilizar a la gente tras el ataque de hoy, qué hacer con Winston Pratt, y cuál era la mejor manera de rastrear a este supuesto distribuidor de armas del mercado negro.

Adrian los observó alejarse con los brazos cruzados firmemente sobre el pecho. No pudo evitar sentir que Hugh Everhart se equivocaba. Ya no eran superhéroes, no como antes. No porque estuvieran envejeciendo o porque no hubieran estado tanto en el campo de acción desde que habían formado el Consejo y les hubieran delegado la mayor parte de la lucha contra el crimen a los reclutas más jóvenes. Era porque ahora tenían reglas. Reglas que ellos mismos habían creado, pero que, de todos modos, les ataban las manos.

La solución le parecía tan simple, tan evidente. Sabían dónde vivían los Anarquistas. Cada tantos meses, equipos de Renegados allanaban su bastión, para asegurarse de que no estuvieran ocultando armas ilegales, construyendo bombas o urdiendo venenos fatales, como el que se encontró en el dardo. Solo tenían que ir allí y exigir que entregaran a Pesadilla.

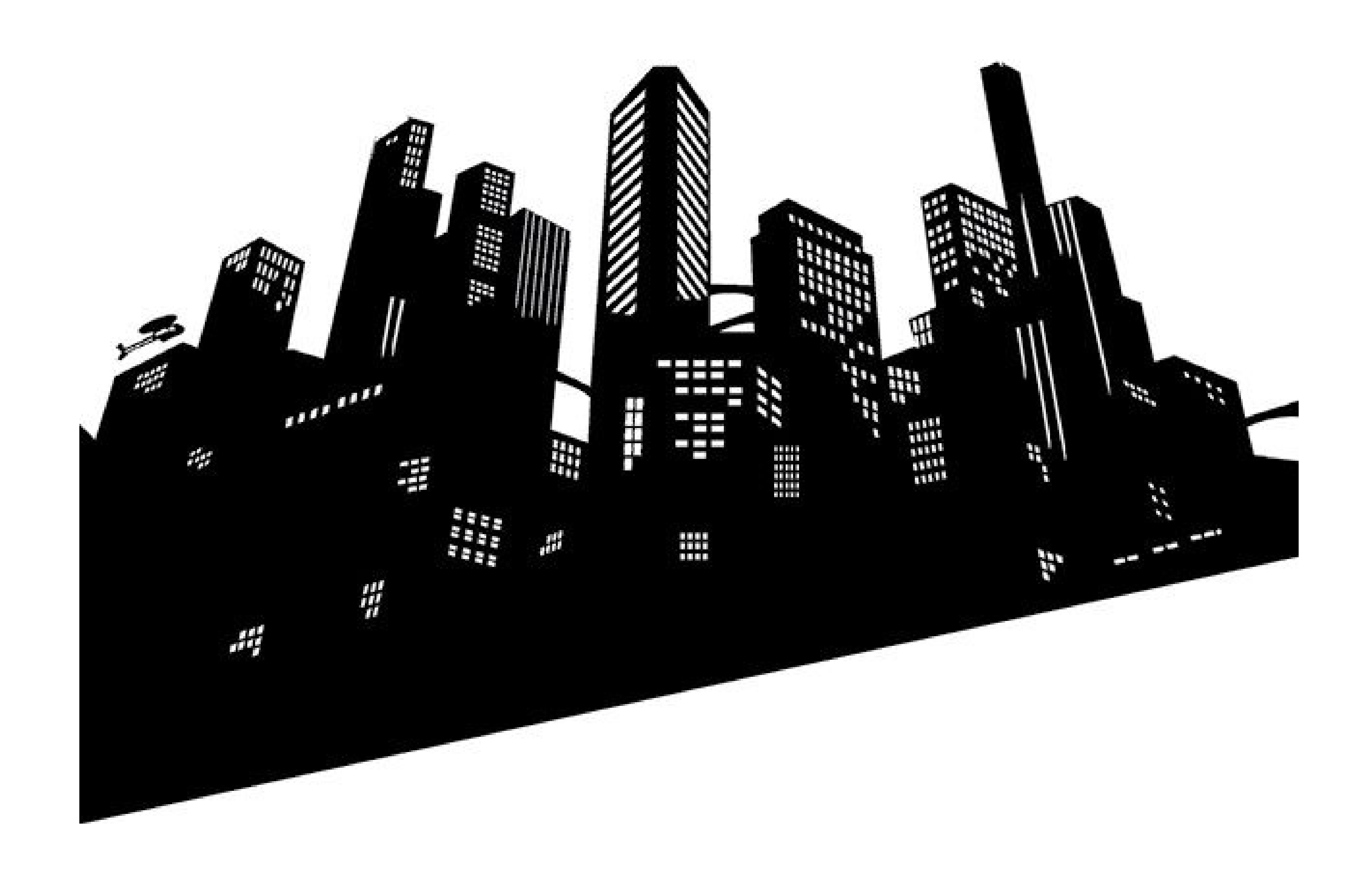
En lugar de ello, enviarían a un equipo que haría… ¿qué? Formular algunas preguntas estúpidas y luego, disculparse amablemente por haberles robado su tiempo.

El Titiritero y Cianuro eran ambos Anarquistas que habían sido leales a Ace desde el comienzo. Las posibilidades de que hoy Winston Pratt hubiera estado trabajando solo le parecían improbables a Adrian. Y resultaba ingenuo pensar que era una coincidencia que Pesadilla se hubiera valido del globo del Titiritero y que el dardo analizado tuviera el veneno de Cianuro.

Si los Anarquistas estaban activándose de nuevo, reclutando a nuevos miembros y tramando contra el Consejo, esta podría ser su mejor oportunidad de detenerlos antes de que la situación se saliera de control.

Porque no podía salirse de control. No de nuevo. Habían pasado nueve años, pero el mundo seguía llevando demasiadas cicatrices por el reinado de Ace Anarquía.

Adrian no estaba seguro de si serían capaces de recuperarse por segunda vez.



## Capítulo 6

El globo chocó contra un edificio justo al sur de Bracken Way. Nova saltó fuera de la barquilla antes que golpeara la acera y desapareció entre las sombras de una calle aledaña. Sabiendo que los Renegados estarían rastreando el globo y buscándola, obligó a sus piernas a recorrer casi tres kilómetros de callejones y patios vacíos hasta que, por fin, pudo caer desplomada detrás de un lavadero y de un restaurante que anunciaba teriyaki y hamburguesas de queso. Se recostó sobre el concreto, mirando a través de las rejillas de la escalera de incendio y de la cuerda para tender la ropa, en la que colgaban interiores y toallas, hacia el ligero destello de cielo entre las fachadas de ladrillo. La grava se hundía en su espalda y le dolían todos los músculos, pero era un alivio quitarse la capucha y el antifaz. Respirar aire fresco, incluso si olía a lubricante viejo y a ajo y, cada tanto, a un tufillo de perro mojado.

Solo cuando vino un perro mojado de verdad y se puso a olisquear alrededor de su cabeza, le apartó la nariz con la mano, se levantó de la acera y comenzó a volver a casa.

A las sombras y a la miseria de la vida cotidiana.

Caminó durante más de una hora antes de llegar a una de las entradas clausuradas del metro. Conectaba con la red de túneles que los Anarquistas habían tomado después de que la victoria de los Renegados los hiciera pasar a la clandestinidad.

Durante los últimos ocho años, el Consejo había estado diciendo que iba a volver a acondicionar y poner en marcha el sistema de metro pero, por lo que veía Nova, no había habido ningún avance. Dudaba de que aquello sucediera en el corto plazo.

Pasó con dificultad el tablero de contrachapado y se deslizó dentro.

A medida que descendía las escaleras, quedó envuelta en la oscuridad. Recién cuando llegó al primer rellano y se volteó hacia el segundo, tomó la delgada linterna del cinturón y la encendió. La luz danzó sobre los trazos familiares de grafitis, los letreros que anunciaban libros que habían estado fuera de circulación hacía mucho tiempo y espectáculos que no habían salido de gira por Gatlon durante más de treinta años.

El sistema de metro se había venido abajo con el gobierno, cuando comenzó la revolución de Ace y los túneles se habían convertido en un refugio para quienes buscaban un solaz del caos que había arriba. Como mínimo, ofrecían protección y anonimato, y eso era algo. Ahora los túneles abandonados les pertenecían a los Anarquistas; al menos este rincón del laberinto, con sus vagones desvencijados, sus vías cubiertas de basura y una oscuridad que parecía permear las mismas paredes.

No habían pasado exactamente a la clandestinidad: los Renegados sabían dónde encontrarlos. Pero hacía años, tras la batalla de Gatlon, Leroy le había ofrecido una tregua al Consejo. Así la llamó él: una *tregua*. Aunque Ingrid dijo que solo era un acto de denigración. Aun así, el Consejo había aceptado sus términos. Los pocos Anarquistas que sobrevivieron tendrían permiso de gozar de este pequeño espacio de autonomía, este simulacro patético de vida subterránea, siempre y cuando no volvieran a emplear jamás sus habilidades contra los Renegados ni contra la población.

Nova aún no sabía qué había pasado por la cabeza de los miembros del Consejo para aceptar la oferta cuando aquel día podrían haberlos reunido fácilmente y metido en prisión. Tal vez, el sentido de superioridad moral que los guio, cualquiera haya sido, desapareció cuando observaron al Capitán Chromium emerger de las ruinas de la catedral con el casco de Ace Anarquía ensartado en su lanza. Tal vez, se compadecieron de los Anarquistas que habían perdido todo tan de golpe: la batalla, su líder, su hogar.

O tal vez simplemente creyeran que, sin Ace, los Anarquistas ya no representaban una amenaza.

Los Renegados seguían visitándolos cada tanto, incursionando en los túneles, para asegurarse de que los Anarquistas no estuvieran ocultando armas ilegales ni «causando problemas» pero, salvo eso, los dejaban más o menos a su suerte.

Nova se preguntó cuánto duraría aquello después de los episodios de hoy y del desastre de Winston en el desfile. Si hubiera sido solo ella, era posible que los Renegados jamás hubieran rastreado el ataque al grupo. Que supieran, ella podía estar trabajando sola. Por supuesto, una vez que Phobia e Ingrid se anunciaran, los Anarquistas habrían sido descubiertos. Pero para ese momento, el Consejo estaría

muerto y no habría importado.

Pero el Consejo no estaba muerto y, si bien era posible que las alianzas de Pesadilla siguieran siendo un misterio, la participación del Titiritero conduciría a los Renegados directamente a ellos.

No debió meterse en ese globo. Aquella decisión solo era una prueba más que los vinculaba.

Si no hubiera sido por aquel tipo nuevo… *el Centinela*… las cosas podrían haber terminado muy diferente.

Nova llegó al nivel inferior de la estación de metro y cruzó el andén. Las ratas se escabulleron cerca mientras descendía de un salto a las vías y se dirigía dentro del túnel. Proyectó el haz de su linterna sobre los muros hasta que divisó el interruptor, aquel que había instalado junto con Ingrid hacía algunos años. Al pulsarlo, una cuerda de tenues bombillas se encendió y parpadeó a lo largo del techo, orientándola hacia su hogar.

Nova apagó la linterna y la dejó caer dentro del bolso; parecía veinte kilos más pesado que esta mañana. Los brazos le ardían por el esfuerzo. Comenzó a sentir cada músculo del cuerpo: cada uno de ellos se encontraba lastimado, extenuado, aullando de dolor.

Treinta metros más adelante del túnel, halló a Ingrid en el andén principal, que estaba cargando cajas de alimentos y provisiones sobre un carrito oxidado de supermercado.

Nova dejó caer el bolso de lona sobre las vías. Ingrid se giró rápidamente, los ojos bien abiertos, pero de inmediato se relajó al verla.

—Me dejaste sola —dijo Nova, apretando un puño sobre la cadera.

Ingrid sacudió una mano delante de ella y se volteó hacia las repisas, tomando paquetes de sardinas y latas de chili.

—Ayúdame a cargar estas, ¿sí?

—¿Como me ayudaste tú a mí?

Ingrid soltó un lamento y se volteó de nuevo, fijando una mirada ceñuda en Nova. Seguía llevando su uniforme de Detonadora: botas altas, pantalones caqui ajustados, una camiseta corta azul y aquellos brazaletes metálicos azules que giraban en espirales a lo largo de su piel color café oscuro, desde sus hombros hasta sus muñecas. La única diferencia de su habitual aspecto de villana ruda era que había recogido hacia atrás su cabello rizado color negro bajo un cintillo de bisutería que, sin duda, se lo había sustraído a Honey.

—Es hora de construir un puente y de superarlo, Pesadilla —dijo Ingrid—. Conocías los riesgos de esta misión, sabías que no habría intentos de rescate si todo se iba al demonio. Pero, oye: tú estás bien, yo estoy bien, Phobia está… —puso los ojos en blanco como si se tratara de una exageración—… no lo sé, ofreciendo una sesión de espiritismo o algo así, ese inútil repulsivo, pero lo que sea, él también está bien. Todos estamos bien.

—Winston no está bien.

—Winston se merece lo que le pasó. ¡Atacar así, justo en pleno centro! Casi consigue que nos maten a todos. Con él deberías estar furiosa en este momento.

Los labios de Nova se curvaron. También estaba enojada con Winston, pero la furia estaba eclipsada por su propia culpa, sabiendo que, en parte, había sido apresado por ella.

—Y ahora tenemos cosas más urgentes con las que lidiar que con aquel cretino —dijo Ingrid—, así que cambia esa cara y lleva este carrito al depósito bajo la línea amarilla —comenzó a arrojar de nuevo provisiones dentro del pequeño coche.

Nova subió de un salto al andén y aventó el bolso de lona sobre los víveres.

—¿Crees que habrá una redada esta noche?

—Puedes apostar a que sí. Los Renegados querrán guerra —apoyó algunas cajas de arroz instantáneo sobre la rejilla inferior del carrito—. Eso es. Podrán incendiar los túneles, pero, al menos, no moriremos de hambre.

Un gemido tenue reverberó contra los muros. Nova volteó la cabeza.

—¿Honey?

Ingrid resopló.

—Está así desde que llegamos. No sé por qué está tan alterada. Tal vez, murió un zángano, no lo sé. Ignórala. Ven, te ayudaré a bajar el carrito a las vías —empujó el coche hacia el borde del andén. Sus ruedillas desvencijadas e irregulares chirriaban en sus oídos—. Te juro que hay días en que me pregunto qué sigo haciendo aquí con tantos fracasados. Honey es una causa perdida. Leroy ya mató demasiadas neuronas con todas esas sustancias que consume. Y Phobia… cada día está más extraño, ¿lo has notado? —Bajó de un salto a las vías y sostuvo la parte de adelante del carrito mientras Nova lo hacía descender con cuidado hacia ella.

—Es posible —dijo, una vez que el carrito hubo descendido sobre las vías— que permanezcas aquí por mí.

Ingrid soltó una carcajada.

—Oh, cariño. Hoy intentaste matar al mismísimo Capitán —chasqueó la lengua pero, por primera vez desde que Nova se encontró con ella sobre el andén, sus ojos se suavizaron—. Tal vez, tú seas la más loca de todos.

—Fue tu idea.

—Justamente.

Para cuando Nova había dejado el carrito de provisiones en el depósito bajo la línea amarilla —un lugar invadido por las cucarachas que, a menudo, era ignorado durante las visitas de los Renegados—, le temblaban los brazos por el esfuerzo de empujar las ruedillas sobre las vías tortuosas. Le alegró llegar finalmente a su propio vagón abandonado y dejar caer el bolso de lona.

Se tomó un momento para preparar una taza de té con la pequeña tetera eléctrica. Era uno de los rituales que regulaba sus días. Aunque el té jamás la ayudaba a dormir o siquiera a calmar demasiado su mente, uno de sus supuestos beneficios, seguía

siendo una señal para su cuerpo de que el día había acabado y de que la noche estaba a punto de comenzar. Le daba la impresión de normalidad, algo tan sencillo y reconfortante como una rutina para ir a dormir, aunque se saltara la parte en la que se iba a la cama.

Con la taza en una mano, regresó a los túneles.

A medida que Nova se acercaba al trastero, los gemidos de Honey se volvían más intensos, sus sollozos eran atenuados solo por el zumbido de sus colmenas.

—¿Honey? —preguntó Nova, empujando con el hombro la pesada puerta de acero para abrirla.

Honey Harper, la tristemente célebre Abeja Reina, estaba pasando por una de sus crisis.

Se había engalanado como cuando las cosas se descontrolaban de verdad, con un grueso y brillante delineador de ojos negro y con los rizos rubios, peinados en una melena que desafiaba la gravedad. De pie, delante de un espejo de cuerpo entero, vestía un traje ajustado que caía como una cascada sobre sus curvas generosas, y alternaba entre admirarse con fascinación y sollozar cubriéndose el rostro con las manos.

Habría sido una imagen perfecta de una estrella de cine de antaño, dramática y vistosa, rayana en lo ridículo… salvo por las abejas.

Además de los escasos muebles de la recámara —una cama deshecha, un tocador, un armario antiguo—, cada milímetro de espacio estaba ocupado por colmenas, nidos y pequeñas criaturas, cuyo zumbido acumulado sonaba más fuerte que una sierra eléctrica. Abejorros dulces y regordetes, abejas melíferas trabajadoras y eficientes, avispones, avispas y las llamadas avispas *chaquetas amarillas*, algunas tan grandes como el pulgar de Nova. Aunque iban y venían dentro de los túneles, siempre había miles aquí dentro, trabajando, construyendo, produciendo. Algunas docenas trepaban sobre el vestido y la piel de Honey, y Nova advirtió que dos habían quedado atrapadas en los mechones de cabello, pegajosos y rociados con laca.

Una vez, Nova le había señalado a Honey que, desde el punto de vista científico, los avispones y las avispas ni siquiera eran abejas, y que no entendía cómo las dominaba si su poder debía ser solo sobre las abejas. Pero la Abeja Reina tan solo había esbozado una sonrisa y le había dado una palmadita en la mejilla.

—Es bueno ser reina —murmuró.

Nova solo era una niña entonces: aquello fue antes de que los hubieran confinado a los túneles.

Cuando los Renegados los derrotaron, Honey fue la que más lo sintió, como si hubiera sido un ataque personal para obligarla a ella junto a sus preciosas súbditas a vivir en estas cavernas oscuras, sin sol. Verdaderamente, había vivido como una reina en aquellos días y, a menudo, fingía que lo seguía haciendo. Nova estaba casi segura de que la férrea negación de Honey hacia su nueva realidad la había sumido en el delirio.

—¿Honey? —volvió a preguntar, esta vez, más fuerte para que la oyera por encima del murmullo.

Honey giró hacia ella, con las mejillas encendidas.

—¿Qué? —preguntó bruscamente.

El maquillaje de los ojos estaba corrido, dejaba oscuros trazos sobre sus mejillas, pero no la volvía menos hermosa sino que, más bien, la hacía lucir como una mujer perturbada a la que había que ayudar. El tipo de mujer a la que muchos hombres intentarían sin duda rescatar si no fuera por la avispa negra que deambulaba sobre su escote.

Al ver a Nova, se irguió todo lo alta que era, para poder escudriñarla desde un lugar de superioridad mientras se recomponía. El espectro de una sonrisa asomó a sus labios brillosos. Jamás llevaba lápiz labial, tan solo se untaba los labios con miel, *el mejor humectante de la naturaleza*, le recordaba a Nova una y otra vez, sugiriendo no tan sutilmente que tal vez a esta le viniera bien.

—Disculpa, querida —dijo Honey con un suspiro. Extendió el brazo para tomar el vaso de martini que se hallaba sobre el tocador, ignorando al abejorro sobre el borde mientras daba un sorbo—. No te oí entrar.

—Descuida. ¿Podrías darme…?

—Creí que estabas fuera. Ha estado todo el día en silencio. ¿A dónde se fue todo el mundo?

Nova rodeó ambas manos a los costados de la taza. Hacía frío en los túneles, y el contacto de sus dedos con el calor que emanaba la arcilla resultaba agradable.

—Al desfile.

Una ceja gruesamente delineada se disparó hacia arriba.

—¿Fue hoy? ¿Cómo salió?

Nova abrió la boca para contarle a Honey acerca del rotundo fracaso de la misión. Pero titubeó y, en cambio, le dijo:

—Tenían a una actriz que te representó en el desfile de villanos.

Honey se sobresaltó. El abejorro se deslizó dentro de su bebida, y ella metió el dedo sin mirar para sacarlo, luego depositó a la criatura empapada sobre el tocador.

—Era realmente preciosa —añadió Nova—. Quiero decir, no tanto como… —hizo un gesto señalando el traje de Honey—… pero aun así, lo hizo muy bien. Era muy elegante. Creo que ni siquiera le arrojaron fruta.

Honey descendió la mirada a su vaso, sus largas pestañas falsas rozaban su mejilla y, durante aquel instante, lució como un retrato. Triste y melancólica. Una reina, apartada de su reino.

—Tal vez, no me hayan olvidado después de todo.

—Oh, vamos —dijo Nova, sacudiendo la bolsa de té dentro de la taza—. ¿Cómo podrían olvidarse de ti?

Una ligera sonrisa trepó a los labios relucientes de Honey, justo en el momento en que una chaqueta amarilla se dirigía hacia ellas.

—Cambiando de tema… —Nova levantó la taza humeante—. ¿Me regalas un poco de miel?

Honey la miró con los ojos brillantes y suspiró.

El té ya estaba enfriándose cuando abandonó la recámara de Honey y se dirigió a la bifurcación de los túneles. Nova pasó otro andén abandonado, un mural de mosaicos quebrados y mugrientos que señalaban la estación de Blackmire Station, y de nuevo se detuvo, reflexiva.

El andén tenía tres carpas de circo de tamaño infantil, cada una apenas lo suficientemente grande para estar de pie adentro. Sus amplias franjas, alguna vez pintadas con vibrantes colores primarios, se habían opacado con años de mugre y polvo. Las carpas estaban conectadas a través de alerones desgarrados de la tela y cosidos entre sí con retazos de viejas bolsas de dormir y sábanas, para formar una especie de carpa palaciega. Pero el cambio más llamativo era que habían reemplazado los banderines con cabezas de muñeca ensartadas, una para cada carpa; sus opacos ojos negros observaban a cualquiera que se atreviera a aproximarse.

Nova apoyó la taza de té y se impulsó hacia el andén. Despegó el alerón delantero de la carpa y se detuvo un momento para que sus ojos se ajustaran a la oscuridad, y su arrugada nariz, al descarnado olor de Winston Pratt, que jamás había sido particularmente aficionado a la higiene personal.

Conteniendo el aliento, se abrió paso entre los restos dispersos de juguetes a cuerda quebrados y los sets de pintura resecos, para dirigirse a la segunda carpa, donde una pequeña cocina infantil de madera fue a su encuentro, la cual rebosaba de comida real y de plástico.

Hurgó en el refrigerador falso y en las alacenas hasta que encontró una bolsa de palomitas de maíz dulces y una barra de chocolate. Metió ambas en los bolsillos.

Por un tiempo, Winston no volvería a buscarlas.

Para cuando llegó al vagón de Leroy, donde brillaba un farol en la ventana, el té ya estaba tibio. Nada permanecía demasiado tiempo caliente en los húmedos túneles.

Nova se acercó a la puerta lateral y golpeó.

—Entra por tu cuenta y riesgo —oyó el saludo familiar.

Abrió con dificultad la puerta de cristal, pintada hace mucho de negro, y entró en el vagón. Leroy, o *Cianuro*, como lo conocía el mundo, estaba ante la mesa de trabajo, midiendo una cucharada de polvo verde y vertiéndolo dentro de un vial lleno de un líquido amarillento. La mezcla crepitó y siseó dentro del tubo.

Levantó la mirada hacia Nova y sonrió, empujándose las gafas de protección encima de la cabeza.

—Tienes un aspecto terrible.

—Justo lo que necesitaba oír, gracias —ella se arrojó sobre un sillón reclinable color café. Aunque el cojín había sido alguna vez el hogar de una familia de ratones y el tapizado de cuerina estaba rasgado en varios lugares, seguía siendo uno de los lugares más cómodos para sentarse en toda la línea con dirección oeste—. ¿En qué

estás trabajando?

—Solo un pequeño experimento —dijo Leroy. Era un hombre regordete, con cabello castaño que siempre se apelmazaba sobre su frente, y un rostro que era un mosaico de cicatrices y descoloramientos por una cantidad de experimentos fracasados a lo largo de los años. Le faltaban tres dientes y ambas cejas, y siempre olía a sustancias químicas pero, de todos los Anarquistas, siempre había sido el favorito de Nova.

»¿Cómo fue el desfile? —preguntó Leroy.

Ella encogió los hombros.

—No matamos al Consejo. O a ningún Renegado, para el caso.

—Qué lástima.

—Aunque creo que, tal vez, le rompí un ala a Thunderbird.

Los ojos de Leroy se iluminaron, impresionados, mientras levantaba el vial. La mezcla que estaba dentro había dejado de burbujear.

—¿Pudiste usar el dardo?

El ceño de Nova se volvió más profundo.

—Lo intenté. No le di.

Leroy musitó, despreocupado.

—Tal vez, la próxima vez.

Nova se recostó hacia atrás y el reposapiés se levantó.

—Apareció Winston.

—¿Ah, sí?

—No estaba en los planes.

—Me imagino.

Nova levantó la mirada a las barras metálicas que se extendían a todo lo largo del vagón; a los mapas amarillentos de la ciudad; al techo, cuyo costado había comenzado a agrietarse.

—Lo capturaron los Renegados —bebió un sorbo de té—. Tal vez, haya sido mi culpa.

Leroy no respondió. Nova oyó los sonidos de su labor. Midiendo, vertiendo, mezclando.

Nova apoyó el té sobre el suelo y luego estiró un brazo hacia arriba y lo dobló detrás de la cabeza, intentando estirar los músculos.

—Seguramente, podría haber salvado a ambos si de verdad lo hubiera intentado.

Leroy le colocó un tapón a uno de los viales y le puso una etiqueta.

—Si hubiera sido más fuerte que los Renegados, no habría quedado en manos de ellos.

Era lógico. Una lógica anarquista. Una lógica cómoda y libre de culpa.

—De cualquier manera —dijo Nova, cambiando de brazo—, Ingrid cree que, posiblemente, los Renegados realicen una redada esta noche para vengarse o, tal vez, para averiguar si alguno de nosotros estuvo involucrado.

—Confío en que estarás bien escondida cuando lleguen.

—Sí, pero… Quizás sea conveniente que guardes algunas de estas cosas.

Los labios de Leroy se torcieron hacia un lado, inmovilizando la mitad del rostro, por falta de uso.

—Aunque te parezca increíble, todo lo que hago acá es perfectamente legal.

Nova no pudo darse cuenta de si bromeaba.

—Sí, bueno, no digas que no te advertí.

—Advertencia debidamente recibida, con mi más sincero agradecimiento —extrajo un recipiente vacío y un embudo de un gabinete que tenía a mano—. ¿Anunciaron las pruebas de selección en el desfile?

—Como si fuera un feriado nacional —masculló Nova. Luego añadió burlona—: *¿Tienes lo que se necesita para ser un héroe?* Uf. Un tormento.

Tomó las palomitas de maíz del bolsillo. La bolsa crujió sonora mientras la abría. Le ofreció a Leroy, pero él sacudió la cabeza.

—El mundo necesita héroes —dijo, bajando las gafas para trasvasar la mezcla a una botella. Hacían que sus ojos lucieran tres veces más grandes.

—Eso nos dicen continuamente —Nova se metió un puñado de palomitas dentro de la boca—. Pero ambos sabemos que el mundo estaría mejor sin héroes. Sin villanos. Sin que ninguno de nosotros se interpusiera con personas normales y felices, ni con sus vidas normales y felices.

Los labios de Leroy se curvaron en una sonrisa sutil.

—¿Alguna vez consideraste postularte?

—¿Qué? —rio ella—. ¿Para ser una Renegada?

—No saben quién eres, qué aspecto tienes —bajó la llama de un quemador y apoyó un envase de vidrio encima—. Serías una espía prometedora.

—Salvo que no hay manera en que pudiera fingir respeto a esos *héroes* arrogantes, pretenciosos, santurrones el tiempo suficiente como para aprender algo útil.

Leroy encogió los hombros.

—Podrías si quisieras.

—Por no mencionar pasar por la instancia de verificación de antecedentes —continuó—. No cualquiera puede unirse a su equipo, sabes. ¿Realmente crees que aceptarían a una muchacha cuyo apellido es *Artino*?

Él sacudió una mano en dirección a ella.

—Obstáculos menores. No cuesta nada conseguir documentos falsificados en esta ciudad. ¿Acaso no somos villanos?

—Veo que has pensado en esto.

Levantó la mirada.

—Solo desde que volvieron a promocionar las pruebas de selección. Ace siempre solía decir que el conocimiento es poder, y tenía razón. Desafortunadamente, hoy en día, los Renegados tienen todo el conocimiento y el poder.

Nova levantó su taza casi vacía y se puso de pie.

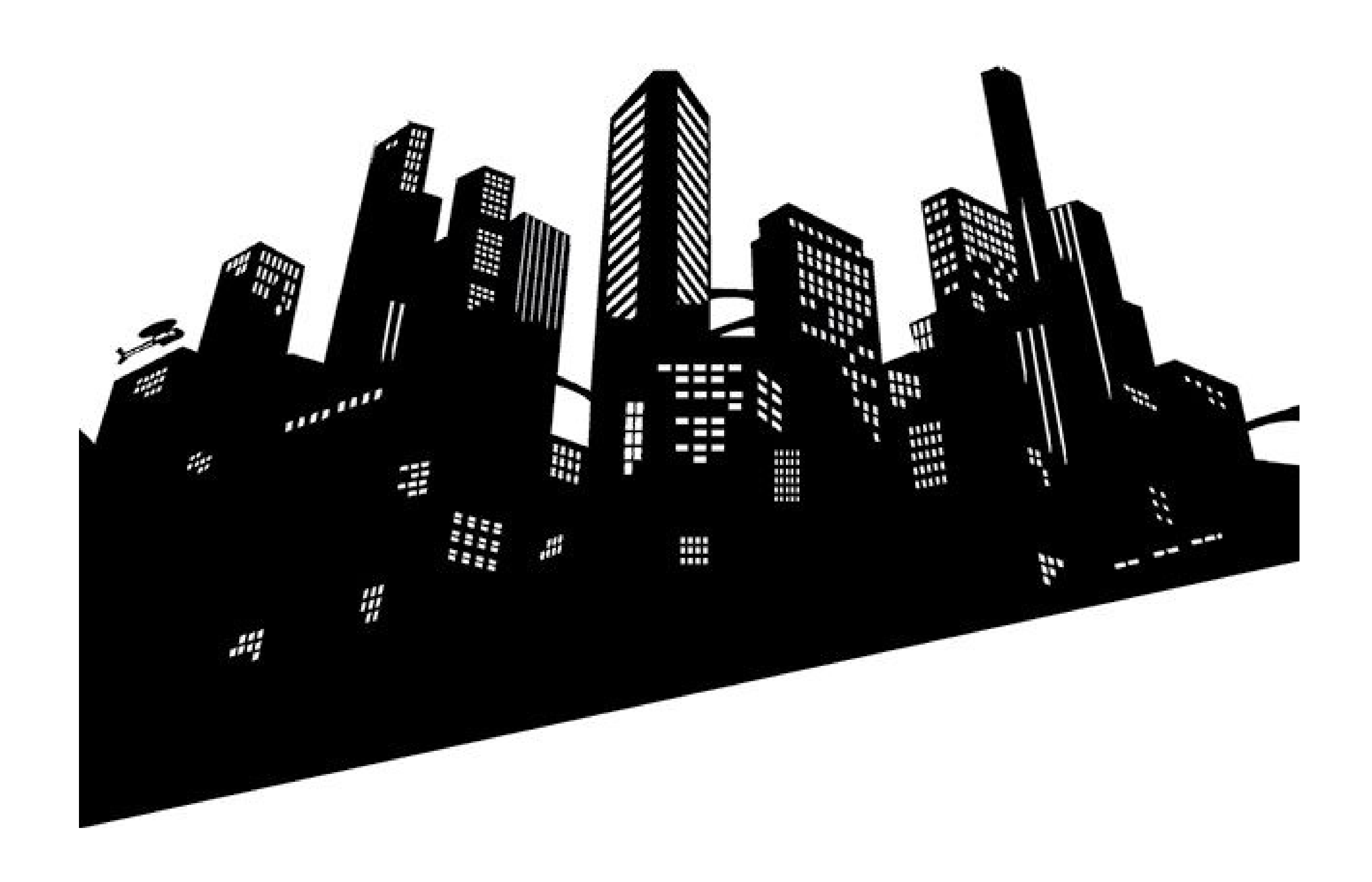
—En ese caso, enviarme a las pruebas de selección sería un plan perfecto. Siempre y cuando mi plan fuera morir.

—Confía más en ti misma, *pequeña pesadilla* —dijo Leroy—. Al menos, yo lo hago.

Nova gruñó.

—Lo pensaré —respondió, empujando la puerta para abrirla—. Y no me llames así.

Leroy tan solo sonrió.



# Capítulo 7

Adrian puso los pies sobre la mesa de café, con un tazón de cereal sobre el regazo. Era lo que comía cuando sus papás trabajaban hasta tarde, un hecho frecuente, y después del día que habían tenido, no esperaba que regresaran pronto a casa.

Tomó el mando de la televisión y encendió las noticias nocturnas. En la pantalla de la TV, aparecieron imágenes trémulas y granulosas del desfile: el video del globo de arlequín del Titiritero, que flotaba a la deriva a través de las calles del centro de Gatlon mientras la multitud gritaba y huía en estampida. La voz de un reportero fuera de pantalla citaba las estadísticas. Las cifras habían aumentado desde que las había escuchado aquella tarde. Ahora decían que había sesenta y ocho heridos, con cincuenta y un civiles que aún estaban internados en el Hospital de Gatlon City, y dos Renegados, incluida la miembro del Consejo, Tamaya Rae, que recibía tratamiento por lesiones en el Cuartel General de los Renegados. Afortunadamente, no había muertos. El agresor, el Anarquista Winston Pratt, conocido para la mayoría como *el Titiritero*, estaba detenido…

Adrian apartó la mirada de las imágenes y apoyó la mano sobre la libreta que tenía al lado. Abrió la cubierta y dio vuelta las hojas con el pulgar hasta que encontró sus dibujos más recientes, los que había garabateado rápidamente apenas llegó a casa, con el recuerdo aún fresco en la memoria.

Mientras masticaba un bocado de cereales, levantó la libreta a la altura de los ojos, examinando los dibujos.

Ideas para un tatuaje nuevo.

No había planeado dibujarse ningún otro, pero siempre pensaba que cada tatuaje sería el último. Y, a menos de dos meses de comenzar este experimento, ya tenía tres, tatuados sobre la piel.

Pero en aquellas azoteas, enfrentado a Pesadilla, había aprendido mucho sobre sus habilidades. O, más bien, había aprendido mucho sobre las habilidades del Centinela.

Allí había potencial. Un gran potencial… lo sabía. La armadura había funcionado tal como lo había pensado, ofreciendo flexibilidad y protección, incluso aunque Pesadilla hubiera logrado encontrar un punto vulnerable en la vestidura.

Y los resortes de sus pies funcionaron a las mil maravillas. La primera vez que se lanzó desde el nivel de la calle hacia una cornisa a tres plantas de altura fue casi como si hubiera remontado vuelo.

Pero el fuego… el fuego era un problema.

Cuando se le ocurrió, parecía una gran idea. De hecho, fue el primer tatuaje que se realizó, incluso antes de saber si de verdad funcionaría. Antes de estar seguro de que el don de sus dibujos podía transferirse a un tatuaje permanente e imbuir a su cuerpo de un superpoder nuevo, absolutamente real.

Todo el mundo quería manipular el fuego. Era un clásico, y tenía tantas aplicaciones: desde encender velas de cumpleaños hasta prender fuego a un depósito entero lleno de estupefacientes ilegales.

No es que se hubiera topado alguna vez con un depósito semejante, pero si lo hiciera, le gustaba saber que podía hacer algo al respecto.

Pero el fuego también era impredecible. Era una fuerza de la naturaleza… salvaje y errática.

Lo que Adrian necesitaba era algo limpio y metódico. Algo que pudiera apuntarse y dispararse sistemáticamente, incluso por él quien, debía admitir, no era el mejor tirador de los Renegados. Necesitaba algo que tuviera muchas menos posibilidades de herir a uno de sus propios compañeros de equipo.

En lo primero que pensó fue en una especie de apéndice de pistola incorporado a la armadura. Pero luego recordó a una chica que había venido a entrenarse al cuartel general hacía unos años: una prodigio que podía disparar rayos delgados de energía, de un nódulo que tenía en el medio de la frente, con el que embestía cualquier objetivo mediante un golpe contundente. La gente se había referido a ellos, mayormente, como *láseres*, pero no es lo que eran. De hecho, Adrian no estaba seguro de lo que *eran*, pero sí sabía que tenían suficiente impacto como para aturdir a un oponente y, a veces, dejarlo inconsciente, sin que quedara ninguna de las pruebas que dejaba una bala. Ni cartucho, ni casquillo, ni herida sangrante.

Era perfecto.

La clave era descubrir cómo incorporar semejante habilidad a la armadura del

Centinela… y qué tipo de tatuaje transmitiría un poder así. A menudo, hallaba irónico que pudiera hacer que cualquier cosa cobrara vida al dibujarla si solo se convencía antes de que aquello tendría sentido en la realidad. Debía tener una estrategia. Ser práctico.

Resortes en las plantas de los pies. Un remolino de llamas en el antebrazo. Una cremallera sobre el esternón que podía abrirse para descubrir una armadura.

Y ahora, un tipo de diodo láser. Un cilindro largo y estrecho, esta vez sobre el antebrazo derecho, que emergería sobre el guantelete del Centinela, ya cargado y listo para disparar…

Apoyó la libreta y masticó otro bocado de cereales.

—*… Y sí, al final atraparon al Titiritero, pero no me parece aceptable que tantos transeúntes resultaran heridos antes de que fuera detenido*.

La mirada de Adrian saltó nuevamente a la televisión, donde dos hombres y dos mujeres, todos pulcramente peinados, se encontraban sentados alrededor de una mesa dentro de un estudio de noticias.

—*¡Exacto!* —dijo uno de los hombres, inclinándose sobre la mesa y señalando un dedo acusador hacia la mujer que había hablado, aunque pareciera estar de acuerdo con ella—. *No resulta aceptable. Se trataba de un acontecimiento público masivo. ¿Dónde estaba la seguridad? ¿Y por qué demoró tanto el Consejo en responder a esta amenaza? Su trabajo es protegernos, pero hoy parecían más preocupados por la mala publicidad que por detener a este loco*.

—*Ahora bien, en defensa del Consejo* —dijo el segundo hombre, levantando ambas manos con un gesto tranquilizador—, *tenemos informes de testigos que señalan que, durante los primeros minutos del ataque, el Capitán Chromium consiguió rescatar a siete niños del control del Titiritero, mientras que el resto del Consejo y algunos Renegados fuera de servicio llevaron literalmente a cientos de civiles a un lugar seguro dentro de edificios aledaños y de aparcamientos* —levantó una mano para silenciar al otro hombre, que intentaba interrumpir—. *Además, esto se condice con lo que el Consejo ha estado diciéndonos desde el día en que los Renegados se convirtieron en una entidad oficial: que siempre se concentrarán, primero, en proteger vidas inocentes* y, segundo, *en lanzar un ataque. Hoy siguieron el protocolo, y merecen mi admiración. No pudo ser fácil con el Titiritero, que se exponía como un blanco tan obvio*.

Adrian acercó el tazón a la boca y sorbió la leche teñida de rosado.

—*Sí* —dijo una de las mujeres—, *pero ¿cuánto daño se podría haber evitado si tan solo lo hubieran detenido?*

El hombre encogió los hombros.

—*¿Y si uno de aquellos civiles a los que condujeron a un lugar seguro hubiera terminado muerto? Jamás lo sabremos*.

—*Pero lo que sí sabemos* —dijo la primera mujer— *es que (víctimas aparte) seguramente, Winston Pratt no habría sido atrapado en absoluto si no fuera por*

*aquella asesina en potencia que lo arrojó fuera del propio globo del Titiritero. ¿Podemos, por favor, hablar sobre el elefante dentro de la habitación?* —extendió los brazos, el rostro desfigurado por la incredulidad—. *¡Pesadilla! ¿Quién es? ¿De dónde salió? No sabemos nada acerca de ella, salvo que hoy casi asesina al Capitán Chromium, derribó a Thunderbird y consiguió eludir una unidad de patrullaje de Renegados en una batalla de tres contra uno. ¿Acaso a nadie le preocupa todo esto?*

—*A mí* —dijo el hombre a su lado—, *pero lo que me preocupa aún más que este ataque solitario (si realmente* fue *un ataque solitario) es que, hasta donde sabemos, podría ser una señal de que habrá más prodigios que comiencen a salir de todas partes, decididos a sembrar de nuevo la destrucción y el caos. Demuestra que es posible que los Renegados no tengan la ciudad bajo control, como quieren hacernos creer. Que nuevos prodigios* malvados *siguen pasando bajo el radar. Y si es así, me gustaría que el Consejo mismo me explicara lo que planean hacer respecto de estas amenazas*.

—*¡Esperemos* —dijo la mujer a su lado— *que tengan un plan mejor para el futuro que el de hoy!*

Adrian arrugó el ceño y tomó el mando de la televisión para apagarla. Se inclinó hacia atrás sobre los cojines del sofá y tomó otro bocado de cereales. En el silencio repentino, el crujido de sus mandíbulas se volvió absurdamente fuerte, el ruido que hacía triturando los pequeños copos de trigo de sabor artificial llenó toda la sala.

Resultaba extraño lo mucho que se parecían las preguntas de aquella periodista a las que habían estado dando vueltas en su cabeza todo el día.

Pesadilla. El gran misterio.

Y ni siquiera conocían el mayor misterio de todos, aquellas palabras que no podía silenciar.

*Sin miedo, no hay coraje.*

Adrian bajó los pies a la alfombra. Apoyó el tazón sobre la mesa de café y tomó su libreta.

Las viejas tablas de madera del suelo de la casa crujieron mientras cruzó descalzo hacia el vestíbulo principal y subió la escalinata de roble a la segunda planta. Se trataba de una antigua casa solariega. En realidad, había sido la mansión del alcalde allá cuando Gatlon City tenía un alcalde. El alcalde y su familia e, incluso, algunos miembros del personal habían sido asesinados en esta misma casa, de hecho, en los primeros días de la Era de la Anarquía. Cuando era menor, Adrian estaba convencido de que los fantasmas seguían rondando las plantas superiores. Por eso rogó que le dejaran convertir el sótano en su dormitorio. Aunque ya no creía en que los espíritus de los muertos siguieran merodeando la casa, a menudo, sentía un escalofrío de aprensión cuando subía a la segunda planta, donde la *suite* principal y una serie de habitaciones de huéspedes se abrían desde el vestíbulo central. De todos modos, rara vez tenía motivos para subir hasta aquí. El sótano, la cocina y la sala eran sus dominios.

Pero lo que necesitaba ver ahora estaba aquí arriba, en el despacho que compartían sus dos padres.

Al llegar al rellano, encendió la luz del vestíbulo, que iluminó las oscuras puertas de madera, las intrincadas molduras de corona, las alfombras orientales descoloridas que recorrían el estrecho corredor.

Cuando sus papás decidieron mudarse, la casa se encontraba en un estado calamitoso. Había sido el blanco principal de saqueadores durante la Era de la Anarquía, pero Simon consideró que esa vivienda tenía demasiada historia para dejar que sucumbiera a un abandono eterno. Era un símbolo de un tiempo diferente: una época civilizada de paz, cuando la sociedad gozaba de orden, reglas y liderazgo.

Así que se habían mudado todos, y desde entonces, estaban restaurándola. Adrian casi no recordaba el mal estado en el que se encontraba en aquellos primeros días, cuando sentía vergüenza por tener que, de hecho, vivir aquí, con sus pilas de basura y colillas, cables pelados que colgaban de agujeros perforados en las paredes, gruesas telarañas y grafitis garabateados sobre toda superficie. Pero no pasó mucho tiempo para que el sueño de sus papás se convirtiera también en el suyo, y a esta altura, había hecho casi tanto como ellos por restaurar el lugar. Por lo menos, sus habilidades se prestaban fácilmente al proyecto. Ante un postigo roto o una balaustrada destruida, lo más fácil era que Adrian sencillamente les dibujara uno nuevo, en lugar de buscar a un artesano que pudiera imitar el trabajo. El resultado fue que sentía tanto orgullo por la casa como podía imaginar que cualquier otro sentiría, incluso si seguía evitando las habitaciones donde habían ocurrido los asesinatos.

Con la libreta bajo el brazo, posó los dedos sobre la puerta que daba al despacho y la empujó, para abrirla. Las bisagras chirriaron. La luz del vestíbulo atravesó las espesas sombras. Adrian extendió el brazo dentro de la habitación y pulsó el botón superior del interruptor *vintage* a pulso, uno de los pocos que seguían siendo originales de la casa. La lámpara se encendió, y las cinco pantallas pequeñas color ámbar tiñeron la habitación de sutiles tonos dorados.

El escritorio en el centro de la habitación era un desorden; la estantería que estaba atrás, igualmente caótica. Organizar la sala jamás parecía ser una prioridad cuando había que dirigir una ciudad. Y si de casualidad tenían algún tiempo libre, sus papás siempre terminaban dedicándose a trabajar en la casa.

Adrian ignoró las pilas aleatorias de papel, archivos y carpetas, revistas, periódicos y correo. Fue directo a la estantería, donde una serie de polvorientos álbumes fotográficos se encontraba entre un diccionario geográfico obsoleto y una radio rota.

Apoyó la mano sobre el lomo de un álbum cubierto con una funda color granate y lo extrajo del estante. El resto de los álbumes se inclinaron hacia dentro, chocando unos contra otros, al tiempo que Adrian se sentaba sobre la gran alfombra. Colocó el álbum encima de su libreta y comenzó a pasar las primeras páginas. Aunque habían pasado años desde que había hojeado este álbum, se dio cuenta de que aún tenía

memorizada la mayoría de las fotos.

Una imagen granulosa de su tercer cumpleaños, sentado en el medio de una pila de cajas y periódicos estrujados que habían sido usados como papel de regalo, con su mamá y Kasumi, sonriendo atrás.

Una fotografía en la que aparecía apoyado sobre la cadera de su madre, de pie delante de una colección de bolsas y cartones que desbordaban de conservas vegetales y cajas de pasta seca. El resto de los Renegados originales también estaban allí, salvo Simon, que seguramente había tomado la foto. Adrian recordó la historia de aquel día: habían liberado con éxito toda esa comida de un depósito en manos de una de las bandas de villanos, que la vendían a civiles hambrientos a precios salvajes.

Después de eso, su madre dejó de aparecer en las fotos. Tras voltear solo algunas páginas más, Adrian mismo pasó de un niño mofletudo a un muchacho delgado de ocho años. Sus papás, parados detrás de él, con las manos sobre sus hombros, sonriendo con orgullo. Él parecía feliz aquel día, aunque era difícil recordar exactamente cómo se sentía. Fue el día en que lo adoptaron oficialmente, más de un año después de la muerte de su madre. Las heridas no habían sanado pero, por algún motivo, completar el papeleo lo dejó con la sensación de que ya no iba a la deriva, aislado de una familia, desconectado de cualquier sentido de pertenencia. En aquel momento, había parecido de una enorme importancia.

Echando la vista atrás, Adrian reconoció que, en realidad, no hubo adopción *oficial* alguna. Evander Wade fue quien redactó el certificado de adopción, ya que no había legislación vigente para ese tipo de cuestiones. A medida que avanzaban, sus papás creaban las leyes. Pero tal vez, notaron la ansiedad de Adrian por no tener una familia que le perteneciera, incluso si lo habían adoptado desde el comienzo. Tal vez, habían sabido lo que un par de firmas y un sello con aspecto oficial significarían para él.

Adrian pasó las fotos de la celebración de la adopción, incluso el certificado con aspecto oficial metido entre las hojas. Un par de cumpleaños más, algunas celebraciones navideñas aunque, a medida que Adrian crecía, los registros fotográficos se volvieron una prioridad menor, y no había casi nada de sus años de adolescente, algo que lo tenía sin cuidado.

De todos modos, no buscaba recordar viejos tiempos.

Por fin, encontró lo que buscaba. Un trozo de periódico, fuertemente doblado y metido en una hoja protectora de plástico cerca del final del álbum. Extrajo la página de la hoja. El papel tenía un ligero tono amarillento, lo cual le pareció extraño. Sin duda, no había transcurrido tanto tiempo… el suficiente para que dejara su huella en los recortes guardados. Había días en que parecía que acababa de suceder.

Sin embargo también había días en los que parecía que había pasado toda una vida. Adrian empujó las gafas sobre la nariz y desdobló el cuadrado de papel recortado del *Gatlon Gazette*, el único periódico local que continuó operando durante la Era de la Anarquía; aunque hubo años en que los periodistas sufrieron la presión de

las bandas para que ellos informaran con bastante poca veracidad sobre algunas actividades.

Sin embargo, Adrian tenía motivos para creer que *este* artículo era completamente cierto.

Una fotografía en blanco y negro mostraba una imagen de ella en su apogeo de superhéroe: los pies, calzados con botas blancas, sobrevolando el suelo; su capa dorada, que se arremolinaba en el aire; su sonrisa brillante y familiar, en el momento en que hacía un gesto al camarógrafo, indicando que todo estaba bien. Todo contrastaba drásticamente con el titular en la parte superior, impreso en ásperas letras mayúsculas:

Lady Indómita muerta, asesino desconocido.

Tras tantos años, Adrian no había esperado que las palabras lo afectaran tanto. Había leído este artículo tantas veces que no creyó que siguiera doliendo verlo. Había asumido la muerte de su madre. Se había adaptado a una vida sin ella. Había aceptado que, cualquiera fuera el villano que la había asesinado, seguramente había sido derribado el Día del Triunfo, y él tendría que conformarse con aquel pequeño acto de justicia, incluso si el misterio de su asesino jamás se resolviera.

Pero todo aquello sucedió antes de que Pesadilla lo provocara con aquellas palabras. Aquella frase que significaba tanto más para él que para cualquier otro. ¿Lo había sabido? Pero… ¿cómo?

Adrian escudriñó las columnas hasta encontrar el párrafo que buscaba:

«Una autopsia reveló huesos quebrados y una fractura de cráneo, en consonancia con haber caído siete plantas al callejón de hormigón. El médico forense ha afirmado que esto es, sin ninguna duda, la causa de muerte. Aunque no se han encontrado más señales de actos ilícitos en el cuerpo o en la escena del crimen, la muerte como posible suicidio se descartó rápidamente debido a una prueba: una sencilla tarjeta blanca metida en el cinturón de Lady Indómita e impresa con la frase ambigua, "Sin miedo, no hay coraje"».

Adrian despegó su atención de la página y se quedó mirando fijo la parte de atrás del escritorio.

Alguien la había matado. Casi con seguridad, un villano, alguien que había conseguido burlar su propio superpoder, porque ¿cómo muere alguien por caer siete plantas, si puede *volar*?

Cerró los ojos, y aunque hacía años que no tenía pesadillas del cuerpo de su mamá, su imaginación le trajo la imagen de nuevo. Huesos quebrados. Fractura de cráneo. Aunque este artículo jamás lo mencionaba, había oído rumores de que, cuando la encontraron, sus ojos habían estado abiertos, su rostro desfigurado en un grito silencioso.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

*Sin miedo, no hay coraje…*

¿Qué significaba que Pesadilla conociera aquellas palabras? Ella misma parecía demasiado joven para haber estado involucrada en un asesinato, pero ¿era posible que el asesino siguiera vivo? ¿Sabía Pesadilla quién era? ¿Estaría confabulada con *ellos*?

Pero si realmente se había unido a los Anarquistas, entonces ¿no tenía sentido que el asesino de su madre fuera uno de ellos?

Empujó el álbum al suelo y se puso de pie, frotándose la nuca. Comenzó a caminar de un lado a otro, su mirada perdida mientras iba y venía cruzando la oficina.

Sabía que el Consejo enviaría a alguien para registrar el bastión de los Anarquistas, buscando señales de que estaban trabajando con Pesadilla, o de que hubiera más miembros involucrados en el ataque del desfile. Tal vez, para arrestar a Cianuro como cómplice. Una unidad de patrullaje iría a investigarlos esta noche; posiblemente, lo estuviera haciendo en este mismo momento. Un «equipo con experiencia».

Pero él era el único que conocía esta conexión con un caso sin resolver: el asesinato de Lady Indómita hacía diez años. Una Renegada original. Su *madre*.

Y si su asesino seguía vivo, si seguía allá fuera… entonces Adrian tenía que averiguarlo. Y por lo que sabía, la única persona que podía tener esa respuesta era Pesadilla.

Tragó saliva y se llevó la mano al esternón, donde el tatuaje de la cremallera vivía en secreto bajo su camiseta.

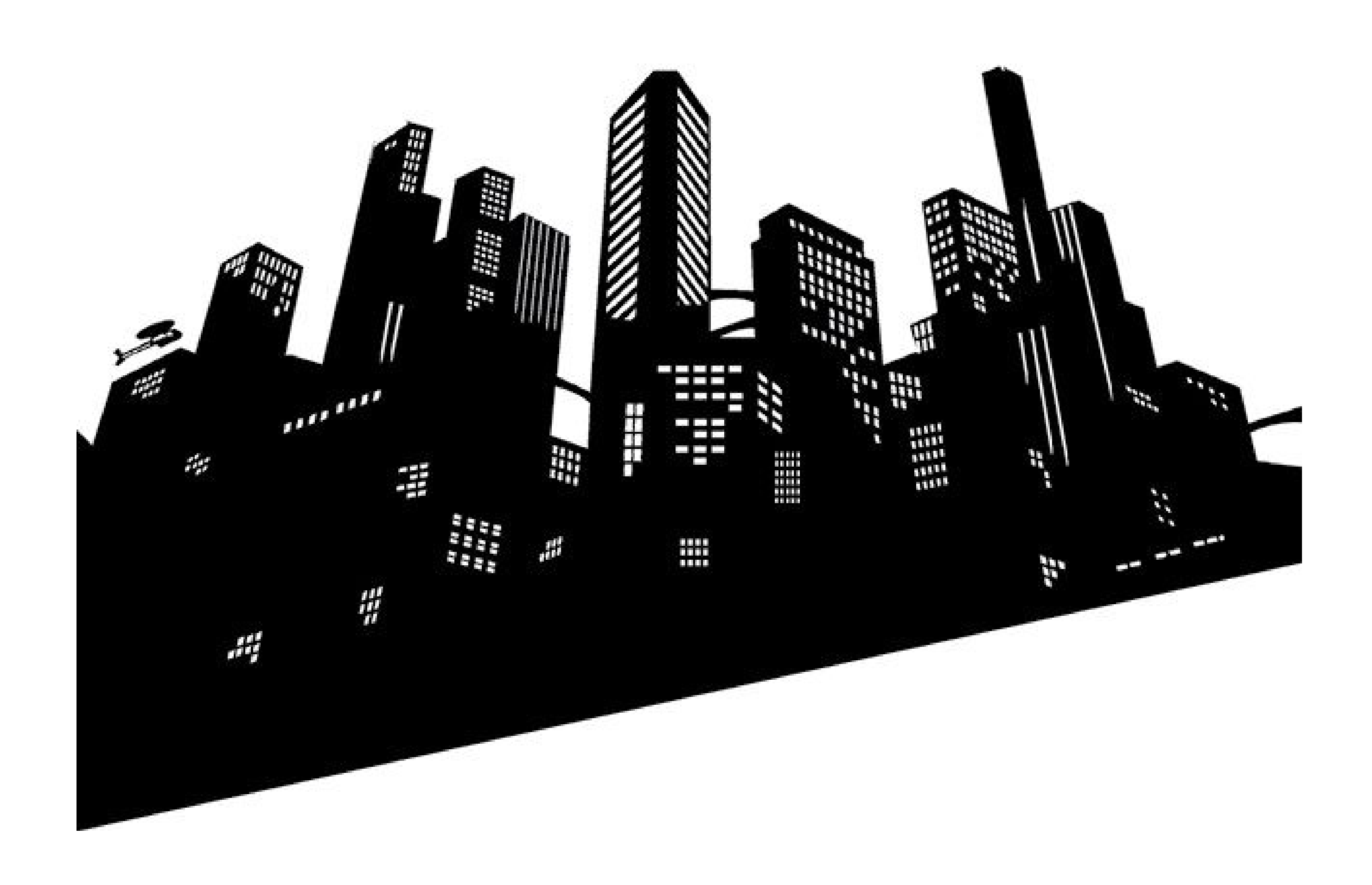
Sus pies se detuvieron.

Que Adrian Everhart fuera contra una orden directa e investigara a los Anarquistas solo arriesgaría demasiadas consecuencias: para él y para su equipo. Sketch no podía ir solo, ni tampoco involucraría a los demás en esto. No hasta que tuviera algo más sustancial que una única frase pronunciada y que nadie más había estado cerca para escuchar.

Sabía que era peligroso y, tal vez, un poco estúpido. Su primera incursión como el Centinela no había resultado tal como lo había planeado. Pero ya había intentado pedir permiso una vez; sabía que no tenía sentido pedirlo de nuevo.

Le contaría todo al Consejo. Acerca del Centinela y de sus recién adquiridas habilidades. Acerca de Pesadilla y lo que había dicho. Pronto le contaría.

Le contaría la verdad después de obtener algunas respuestas propias.



# Capítulo 8

Una cosa que le gustaba a Nova de los túneles era que aquí abajo no existía ni el día ni la noche. En la superficie, la noche podía ser solitaria cuando los escaparates cerraban, e incluso los noctámbulos más obstinados terminaban dejándose tentar por el sueño a medida que el reloj avanzaba hacia la madrugada. A Nova no le importaba estar sola, pero a veces se aburría, esperando que el mundo se despertara y volviera a su existencia sombría y melancólica.

Dentro de los túneles, lo único que le recordaba que disponía de ocho horas más que todo el resto era si le llegaban los ronquidos de Ingrid, provenientes del hueco del elevador en desuso, al que llamaba *dormitorio*. Todo lo referido a Ingrid era fuerte: sus bombas, su personalidad y, evidentemente, hasta sus sueños.

Nova recogió los dardos del blanco y regresó al túnel, disponiéndose a seguir practicando. Lo había estado haciendo toda la noche. Por lo general, le gustaba dividir las horas de la noche entre revisar la última partida de armas e inventos, practicar meditación y artes marciales o realizar una serie de ejercicios para desarrollar su fuerza y resistencia: cualquier destreza que pudiera necesitar en el próximo encuentro con los Renegados.

Pero esta noche no podía librarse del recuerdo del desfile. Aquellos momentos cuando había estado en la azotea, cuando tuvo al Capitán Chromium en la mira.

Podría haberlo hecho. Ella, Pesadilla, Nova Jean Artino, podría haber sido la que había derribado al invencible Capitán Chromium.

Pero dudó. Demoró demasiado en presionar el gatillo y arruinó la misión.

Nunca más.

Regresó a la línea que había marcado con tiza sobre las vías y cargó un dardo en la recámara de la pistola. No el arma que había empleado en el tejado ese día —Asesina Roja se la había arrancado de las manos y Nova nunca pudo recuperarla—, sino otra, encontrada en la colección de Ingrid.

Levantó la pistola en los brazos. Observó a través de la mira y alineó el primer objetivo.

Disparó.

De nuevo.

Y de nuevo.

Y de nuevo hasta que hubo descargado todos los dardos.

Exhaló y fue a recogerlos. Solo cuando se acercaba lo suficiente a los objetivos, podía evaluar cómo había disparado.

Había dado todos en el blanco. Una docena de dardos clavados en las pupilas de una docena de recortes de revistas; en cada una, una fotografía del rostro simpático del Capitán.

Ni siquiera sonrió al arrancar los dardos. Esto solo era una práctica de tiro. Cuando realmente importó, había fracasado. Cuando pudo haber marcado una diferencia.

*Todas las revoluciones implican muerte. Algunos deben morir para que otros puedan vivir. Es una tragedia, pero también, una verdad.*

Aún recordaba a Ace diciéndole esto de niña, cuando ella le preguntó por qué tenían que morir tantas personas para que ellos pudieran obtener la libertad. En aquel momento, no se imaginó el odio ni la violencia dirigidos a los prodigios durante los siglos anteriores a la Era de la Anarquía, pero incluso entonces, para su mente de seis años, la pasión de Ace fue contagiosa.

Había tan pocos hoy que realmente comprendieran lo que Ace había intentado lograr. No había querido que el mundo se convirtiera en lo que terminó siendo.

Claro que hubo mucha brutalidad y destrucción cuando él tomó el control. Pero tenía razón: siempre están presentes en una revolución. Al final, había querido un mundo en el que los prodigios ya no fueran oprimidos, atemorizados, despreciados ni atormentados. Había querido un mundo en el que todos pudieran ser libres para elegir su propia vida según sus propios dispositivos.

Era todo el *resto* de las personas ávidas de poder —villanos y no prodigios por igual—, quienes comenzaron a disputarse el control, quienes enloquecieron en un mundo sin reglas.

Nova no quería volver a la Era de la Anarquía. No quería que masacraran a gente inocente, como su familia. Solo quería la libertad que Ace había imaginado para ella

y para quienes eran como ella. Quería que los Renegados y el Consejo la dejaran en paz, que dejaran a todos los Anarquistas en paz.

Maldición, quería que el Consejo dejara a toda la sociedad en paz. Tal vez creyeran que estaban haciendo lo correcto erigiéndose en la instancia más elevada de la élite gobernante. Pero, a duras penas, la sociedad conseguía subsistir, y el Consejo era demasiado orgulloso para admitir que no era lo que la población necesitaba.

Lo que necesitaba la población era aprender a cuidarse a sí misma, pero nunca ocurriría mientras gobernaran los superhéroes.

Nova se encontraba regresando por las vías cuando el suelo se estremeció bajo ella. Tropezó y apoyó una mano sobre el muro, para no perder el equilibrio. Motas de polvo y trozos de materia suelta se desplomaron por los costados del túnel, como arroyuelos. Las vías vibraron bajo sus pies y, por un instante, tuvo la rara y horrenda sensación de que venía un tren… y que ella no tenía a dónde ir.

Pero luego la convulsión se detuvo. El suelo se sacudió un par de veces más antes de que la tierra se volviera a aquietar y silenciar.

Nova echó un vistazo al túnel, preguntándose si tan solo había sido un temblor: uno a gran profundidad, tal vez, incluso a más de cien kilómetros de distancia. Nada de qué preocuparse. Sin duda, estos túneles arcaicos habían soportado catástrofes mucho peores.

Pero luego el silencio se volvió a romper, esta vez, con un estruendo. La acústica de los túneles impedía adivinar la distancia de donde provenía el sonido, pero fue suficiente para darle a Nova una certeza.

Los Renegados habían regresado.

Echó mano a la pistola y cargó un dardo en la recámara, y escondió los demás en un estuche sujeto al cinturón. Aunque Leroy aún no los había cargado con veneno, se le ocurrió que, de todos modos, podía encontrarles alguna utilidad.

Corrió de nuevo en dirección a los andenes y túneles donde se alojaban los vagones. Al acercarse al andén principal, se obligó a reducir la marcha. No tenía la capucha o la máscara para disfrazarse de Pesadilla y sabía que, en este momento, sería insensato revelar su identidad a los Renegados.

Al voltear por una esquina, los muros comenzaron a temblar de nuevo. A continuación, otro estallido, está vez, más fuerte y cercano.

Nova llegó a la parte trasera del vagón de Cianuro y se detuvo. Alcanzaba a oír objetos desparramándose sobre el andén y cayendo sobre las vías. Momentos después, una pequeña lata de frijoles horneados se acercó saltando hacia ella, golpeando el costado de las vías a solo unos pasos de sus pies.

—Salgan, Anarquistas —vibró una entusiasta voz femenina—. Es hora de la evaluación periódica de su desempeño.

Nova se lanzó como una flecha detrás del vagón de Leroy y pasó con cautela del otro lado. Escudriñando desde la esquina, vio a cuatro figuras paradas sobre el andén central, donde almacenaban muchos de sus víveres y suministros. O, al menos, donde

los habían almacenado: habían arrojado al suelo dos de las enormes estanterías industriales de metal, por lo que dejaron un caos de botellas rotas, cajas aplastadas y un fuerte hedor a vinagre en el aire.

Reconoció de inmediato al equipo de Renegados. Se trataba de uno de los de más alto perfil de la ciudad, con una reputación de haber arrestado a incontables criminales. La líder, la chica que había hablado, era Congelina. Unos años mayor que Nova, era atlética y bonita. Llevaba el cabello blanco plateado corto a la altura de la nuca y su piel color blanco plateada era tan traslúcida que Nova podía ver trazos de sus venas azules incluso con la luz tenue del túnel.

Otro miembro era Temblor, un tipo robusto con una oscura barba de candado; seguramente, la causa de los temblores. A su lado se hallaba Mantarraya, un muchacho desgarbado con ojos saltones que se desplazaba con la misma gracia siniestra y escurridiza que el animal de quien tomaba su apodo. Tenía una lustrosa cola con púas que arrastraba por detrás. Por último, el gigante, Gárgola, que parecía permanentemente encorvado, por tener que inclinarse siempre para encajar en un lugar, y cuyos brazos y piernas de carne humana podían convertirse en piedra en un instante.

—Vaya —dijo Congelina, poniendo las manos sobre las caderas—. Parece que son todos demasiado cobardes para venir a saludar —les hizo un gesto con la cabeza a Temblor y a Gárgola—. Revisen los túneles y vean si pueden sacarlos de su escondrijo.

Mientras los dos Renegados avanzaron atropelladamente en dirección a túneles opuestos —Temblor, pasando a la distancia de un brazo del escondite de Nova—, Mantarraya comenzó a revisar todos los productos desparramados.

—¿Oca en escabeche? —preguntó con desdén, levantando un recipiente de vidrio para conservas—. Suena terrible.

Volteándose, arrojó el recipiente contra la pared, donde un mosaico de pequeños cerámicos deletreaba el nombre de la calle que estaba arriba. El vidrio estalló, y se derramaron más vinagre y verduras a lo largo del andén.

Nova empuñó aún más fuerte la pistola.

—¿Y anillos de fruta? —preguntó Congelina, pateando una caja de cereales que ya estaba aplastada en un rincón—. No como esta porquería desde que tenía cuatro años. Realmente, es mejor dárselo a las ratas —caminó a grandes pasos hasta el borde del andén, levantó la caja, la abrió y vertió los trozos de cereal multicolor sobre las vías.

Aquella caja había sido, en realidad, de Winston —era su cereal favorito—, así que no sería una gran pérdida para los demás. Pero el desperdicio hizo que Nova apretara la mandíbula. Cualquiera que recordara algo sobre la Era de la Anarquía sabía que el derroche era un crimen imperdonable, sin importar de qué lado de la batalla estuviera.

Del lado opuesto del vagón, una puerta se abrió con un sonido metálico sordo.

Congelina y Mantarraya giraron rápidamente hacia el coche. Nova se retrajo entre las sombras, oyendo el sonido de los pasos de Leroy al descender los escalones hacia las vías. Alcanzó a ver la mirada de desagrado de Congelina cuando notó sus cicatrices y la piel descolorida.

Al entrar en el campo visual de Nova, percibió que Leroy llevaba su bata de baño gastada sobre pantalones de chándal harapientos y pantuflas. Sus pies atravesaron crujiendo la pila de cereales al avanzar hacia las escaleras junto al andén.

—¡Uy! —dijo Congelina con voz edulcorada—. ¿Te despertamos?

—Oh, no —dijo Leroy, llegando a una docena de pasos de los Renegados—. Después de los sucesos de hoy, los estábamos esperando. Es agradable saber que siguen estando a la altura de las expectativas. Aunque… —suspiró pesadamente e hizo un gesto hacia las estanterías caídas y al desastre que ocupaba un cuarto del área del andén—. No le veo sentido a nada de esto.

El rostro de Congelina pasó en un instante de arrogante a enardecido. Zanjó la distancia que la separaba de Leroy, provista de un largo fragmento de hielo cristalino que se formaba en su puño.

—El sentido es recordarles a ustedes frikis que todo lo que tienen, ya sea comida, agua o incluso esta patética cueva dentro de estos túneles infestados de cucarachas, es porque nosotros se lo *permitimos* —levantó el trozo de hielo, apoyando la punta bajo el mentón de Leroy y obligándolo a levantar el rostro—. Y si decidimos que no merecen semejante caridad, entonces podemos quitársela.

—¿Caridad? —preguntó Leroy, sin alterar la voz, a pesar del hielo que se hundía en su mandíbula—. Los Renegados no nos han dado nada. Todo lo que tenemos ha sido comprado y pagado… o rescatado de la basura de modo justo, como todo el resto.

—Recogido de la basura —dijo Mantarraya. Volteó la cabeza, expectoró un escupitajo y lo lanzó sobre el andén—. No estaríamos tan desesperados por rescatar víveres de la basura si no fuera por tipejos de su calaña, ¿no crees?

Leroy levantó una ceja, o el músculo donde habría estado la ceja, pero que se había quemado hacía años.

—Si no hubiera sido por tipejos de nuestra *calaña*, entonces seguramente habrían matado al muchacho con la cola de púas al nacer, y sus restos habrían sido metidos en un recipiente con formol, para someterlos a análisis posteriores.

El rostro de Mantarraya se contorsionó de ira, pero Leroy continuó hablando:

—Su Consejo ha dominado esta ciudad durante casi diez años. Si aún no han conseguido recuperar su economía, tal vez deberían preguntarles por qué demoran tanto, en lugar de perder el tiempo echándonos la culpa.

Congelina arrastró el fragmento de hielo hacia un lado, por lo que dejó un delgado corte bajo el mentón de Cianuro. Este se estremeció, pero solo ligeramente.

—Quizás si el Consejo no tuviera que defender a la población de esta ciudad de ataques insensatos, podría focalizar sus esfuerzos en reparar el desastre en el que

villanos como ustedes han convertido este mundo.

—Tal vez —dijo Leroy—, teniendo tantos prodigios a quienes les han lavado el cerebro, podrían modernizar sus medidas de seguridad.

El suelo vibró de nuevo. Un instante después, apareció Temblor a la entrada de uno de los túneles, haciendo que la tierra se sacudiera ligeramente con cada paso que daba.

—No hay nada hacia ese lado, salvo un montón de asquerosos libros con moho —dijo.

Apoyando una mano sobre la saliente del andén, se impulsó hacia arriba para pararse junto a Mantarraya.

—No debiste fijarte demasiado bien —se oyó una voz seca. Temblor se dio vuelta para ver una figura oscura que emergía del túnel del que acababa de salir: el manto completamente negro de Phobia, que se formaba como si estuviera hecho de las mismas sombras, la hoja de su larga guadaña atrapaba las tenues luces de arriba. La ropa de entrecasa no era su estilo, por supuesto. De todo el grupo, era el único a quien Nova jamás veía sin su uniforme: la capa encapuchada, la máscara de sombras, la guadaña que se curvaba sobre su cabeza. Además, a diferencia de Ingrid, Honey, Winston y Leroy, Phobia era el único miembro de los Anarquistas cuyo nombre de pila seguía siendo un misterio. A veces, Nova se preguntaba si había sido tan horrendo al nacer que sus padres, aterrados, habían decidido nombrarlo *Phobia* ya en aquel momento.

—Realmente son patéticamente distraídos.

Nova alzó la mirada a donde Ingrid estaba sentada sobre el estrecho puente peatonal que cruzaba las vías hacia el andén opuesto, sus largas piernas colgaban a través de las barandillas.

—Durante todo este tiempo he estado aquí y jamás se les ocurrió mirar hacia arriba. Sinceramente, es sorprendente que la ciudad siquiera pueda funcionar con ustedes a cargo de ella.

Congelina rugió.

—Bájenla de allí.

Temblor levantó una rodilla y dio un pisotón… con fuerza. Una fisura se abrió en el concreto; avanzó trazando un arco hacia las escaleras. El suelo se dividió en dos bajo los peldaños y se abrió un hueco en la tierra. Las escaleras se desplomaron; el puente se inclinó bruscamente. Ingrid se paró de un salto instantes antes de que se soltaran los pernos que sujetaban las barras metálicas al suelo de concreto y el puente cayera hacia un lado. La mitad se hundió en la grieta que Temblor había provocado, y el resto se derrumbó con estrépito sobre las vías. Ingrid consiguió alejarse de un salto del puente a último momento, realizando una voltereta en el aire y aterrizando en cuclillas no lejos del vagón de Leroy.

—Eso está mejor —dijo Congelina con tranquilidad, ladeando la cadera hacia un costado.

Nova echaba chispas por los ojos. Dando un paso atrás, levantó la pistola, volteando el cañón hacia Temblor. Pero acababa de encontrarlo en la mira cuando una figura se desplazó entre ambos.

Bajó la pistola. Ingrid estaba parada entre ella y el Renegado, de espaldas a Nova. Extendió la mano hacia atrás, sacudiendo los dedos en dirección a ella.

Nova observó furiosa, irritada por que la echaran hacia atrás, como una criatura fastidiosa.

Pero habría estado incluso más irritada si una parte de ella no supiera que Ingrid tenía razón: delatarse sería imprudente, ¿y qué lograría con esta pistola y un puñado de dardos? Sin veneno, lanzar un ataque ofensivo solo resultaría en una molestia menor para ellos.

—Recomiendo cautela —dijo Phobia, su voz rasposa, tan paciente como siempre —. Estos son túneles viejos con cimientos viejos. No querrán que *todos* terminemos enterrados vivos, ¿verdad? —Giró la guadaña encima de la cabeza—. No me importaría demasiado, pero dudo de que haya sido su intención cuando llegaron para interrumpir nuestro reposo.

Con Ingrid bloqueándole la vista, Nova se hundió de nuevo entre el muro y el vagón. Tomó los travesaños de metal en el costado del vagón y, sujetando la pistola en una mano, trepó rápidamente al techo. Se tumbó sobre el estómago y se acercó con lentitud hasta que pudo ver el andén abajo.

—Creo que lo que está diciendo Phobia —añadió Ingrid, al tiempo que chispas azules parpadeaban en las puntas de sus dedos— es que, a veces, presumir puede tener efectos negativos.

Congelina sonrió burlonamente.

—No lo sabría.

Gritos histéricos subieron resonando desde el túnel más lejano. Nova apoyó una mano sobre el techo del vagón, estirando la cabeza hacia arriba, para ver. Al principio los gemidos de Honey eran gritos de pánico, pero a medida que se acercaron, empezaron a convertirse en palabras de desesperación.

—¡Devuélvelas! *¡Devuélvelas!* ¡No tienes idea de lo que estás haciendo!

Poco después, Gárgola emergió pesadamente de la saliente del túnel, llevando en brazos cerca de dos docenas de colmenas de diferentes tamaños y en diferentes estados de ejecución.

Enjambres de zánganos furiosos zumbaban a su alrededor, creaban una masa negra que se retorcía y envolvía su torso, pero él había convertido todo su cuerpo en piedra, y los feroces aguijones no parecían tener efecto alguno.

Honey apareció marchando tras él, vestida en un salto de cama color rosa pálido, el cabello recogido en ruleros.

—No tienes idea del trabajo que llevan esas colmenas, ¡cascote gigante de piedra!

Cuando Gárgola continuó ignorándola, comenzó a correr y ella se arrojó sobre él, intentando sujetarle el grueso brazo. Quedó colgada de su codo, sus pálidas piernas

pateaban en vano.

Irritado, Gárgola sacudió con fuerza el brazo, y Honey salió despedida sobre el andén. Chocó contra una pila de provisiones, el hombro golpeó la estantería metálica derrumbada. Aunque quedó momentáneamente aturdida, cuando levantó la cabeza tenía una mirada feroz.

Gárgola se detuvo delante de Congelina, que pareció ponerse tensa. Sus ojos saltaban con cautela alrededor de la nube de avispas y avispones, algunos de los cuales tenían los cuerpos tan gruesos y largos como el pulgar de Nova, y veneno que podía arder tanto como un atizador al rojo vivo.

Congelina apuntó un dedo hacia Honey.

—Diles que se larguen —reclamó, su voz apagada por el zumbido a su alrededor —. Despáchalas de inmediato o esto será empleado como uso de habilidades prodigiosas contra un Renegado activo.

Honey se incorporó para sentarse.

—¡Lo haré apenas las vuelva a poner donde las encontró!

—¿Que las vuelva a poner? —preguntó Congelina, su voz teñida de diversión. Se volvió hacia Gárgola—. ¿Dónde las encontraste?

—Tiene una recámara algunos metros hacia allá —señaló—. Un viejo depósito. Desbordaba con todo esto.

—Bueno, para una prodigio que tiene control sobre las abejas —dijo Congelina, inclinando la cabeza—, a mí me suena a ocultar armas mortales.

Honey soltó un grito horrorizado.

—¡Esos son mis bebés! Y acabas de quitarles su hogar… ¡los hogares a los que ustedes no tienen ningún derecho!

—¡Y yo te estoy diciendo que retires a tus *bebés* ahora! —replicó Congelina—. De lo contrario, *tu* próximo hogar será una celda de prisión en el Cuartel General de los Renegados.

Honey le clavó una mirada de odio, y Nova percibió que temblaba. Sus ojos lanzaban chispas, y el aire parecía vibrar a su alrededor, aunque quizás fuera el incesante zumbido, en tanto las abejas seguían lanzándose contra la piel impenetrable de Gárgola.

Nova advirtió la tentación escrita en el rostro de Honey, junto con su indecisión.

Si bien no podía herir a Gárgola, Congelina sí sería vulnerable a los aguijones de sus avispas más mortíferas. Tenía que admitir que ver a Congelina retorciéndose de dolor por cientos de picaduras venenosas resultaba muy atractivo en aquel momento.

Pero duraría tan solo unos segundos antes de que Gárgola atrapara a Honey, y la matara o arrestara.

Nova sabía que esta pequeña venganza no valía la pena. Y Honey pareció advertir lo mismo. Se puso de pie entre las cajas y latas derribadas, cuadró los hombros y lanzó el brazo hacia el costado.

Al unísono, el enjambre de insectos formó un ciclón en el aire, y luego volteó y

regresó de nuevo al túnel.

Una vez desaparecidas, Congelina le hizo un gesto a Gárgola con la cabeza.

—Destrúyelas.

Nova soltó un grito ahogado, pero el sonido pasó desapercibido bajo el chillido de Honey.

Gárgola dejó caer las colmenas sobre el suelo y comenzó a pisotearlas, aplastándolas una por una bajo sus enormes pies de piedra.

Los gritos de Honey pasaron de la furia al dolor, al observar la destrucción infligida a las colmenas: muchas de ellas, con zánganos y obreras aún adentro. El cuerpo de Honey se sacudía por los sollozos a medida que aumentaba la destrucción. Las paredes delgadas se dispersaron sobre el andén, y los cadáveres y las alas desprendidas de abejas quedaron aplastados contra el concreto.

Y mientras duró todo ello, Gárgola no dejó de sonreír: como un niño que acaba de descubrir el placer sádico de aplastar escarabajos bajo su tacón.

Nova apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. Su atención se desplazó de Honey a Ingrid, a Cianuro y a Phobia, pero ninguno hizo nada por detener a Gárgola.

Cualquier intento por hacerlo habría sido considerado un ataque a un Renegado, y sería motivo de arresto. Los Renegados habían dejado bien claro cuando aceptaron la tregua de Cianuro hacía tantos años, que los Anarquistas no tendrían una tercera oportunidad.

Finalmente, Gárgola dio por terminada la labor. Pateó a un lado los restos de la última colmena. Salió despedida sobre el andén y se desplomó sobre las vías, no lejos de donde Congelina había vaciado el cereal de Winston.

—Bueno, ahora que estamos todos presentes… —dijo Congelina con dulzura, haciendo girar el fragmento de hielo como un bastón de desfile—, tenemos algunos asuntos que atender.

Se volteó y, antes de que Nova pudiera adivinar sus intenciones, lanzó el hielo a modo de jabalina hacia Phobia. Penetró el pecho, y su cuerpo se dispersó como humo negro, retrayéndose una vez más hacia las sombras del túnel como una voluta.

En ese mismo instante, Mantarraya giró y, con su cola de púas, azotó a Honey. Los espolones venenosos le dieron de costado, y su grito de sorpresa se convirtió en uno de dolor al tiempo que su cuerpo se ponía rígido y se desplomaba. En casi el mismo movimiento, Mantarraya giró la cola con un amplio movimiento hacia Leroy y le aguijoneó el hombro cuando este intentaba retroceder. El hombre quedó paralizado y luego se inclinó hacia atrás, aterrizando con un golpe sobre el concreto.

Nova acercó la pistola aún más, esta vez, apuntando a Mantarraya. Pero su ataque ya había terminado, había dejado a Honey tortuosamente tumbada sobre la estantería derribada, y a Leroy, inmóvil, salvo los ojos, que parpadeaban rápidamente mientras miraba boquiabierto hacia el techo bajo. Nova no sabía con exactitud el tipo de veneno que tenía Mantarraya en la cola, pero tanto Honey como Leroy parecían

paralizados, inmóviles, salvo los brazos y las piernas, que se retorcían a medida que el veneno recorría sus venas a toda velocidad.

Ingrid rugió y arremetió hacia el andén, con una pequeña esfera de energía azul, que se arremolinaba en su palma ahuecada. Congelina apuntó su mano hacia los pies de Ingrid, y un chorro de hielo salió disparado desde su piel, que formó un pequeño glaciar alrededor de las piernas de la villana. Esta lanzó un grito de sorpresa y apenas pudo detenerse; el impulso llevó su torso hacia delante mientras que el hielo mantuvo sus pies cimentados a las vías. La bomba que había estado formando se evaporó, y su expresión cambió de la furia al asombro.

—Ustedes son los últimos Anarquistas aún en pie —dijo Congelina, apartando despreocupadamente algunas esquirlas de hielo que se habían generado sobre sus nudillos y dejando que cayeran al suelo—. Al menos, por ahora. No sean malos y díganme, ¿hay algún motivo por el cual no deberíamos matarlos a todos después de lo que sucedió hoy en el desfile?

Ingrid rugió. La energía azul comenzó a zumbar de nuevo alrededor de sus manos.

—No estuve en tu estúpido desfile —dijo, y aunque Nova sabía que era mentira, la halló pasmosamente convincente.

—No me importa —replicó Congelina—. Winston Pratt lanzó un ataque contra personas inocentes de Gatlon City, y mi deber es asegurarme de que será la última vez que nuestra población civil sea aterrorizada por un Anarquista.

—Winston Pratt atacó su desfile y, a mi entender, ahora lo tienen bajo custodia —dijo Ingrid—. ¿Qué quieres entonces con nosotros?

Congelina bufó.

—¿Esperas que crea que ese imbécil estaba trabajando solo?

—Es exactamente lo que espero que creas —Ingrid parecía más tranquila, y su mueca de ira cedió a una mirada de frialdad—. Y tú y yo sabemos que no tienen pruebas para sugerir lo contrario, porque si las tuvieran, no estaríamos teniendo esta conversación mientras esperan que diga algo que me incrimine a mí misma o a los demás —comenzó a arrojar la brillante bomba azul en el aire y la atrapaba con seguridad cada vez que descendía—. He visto los edictos de tu Consejo. *Nadie podrá ser juzgado culpable por simple asociación*, ¿verdad? Así que no nos amenaces, querida. Y buena suerte para encontrar algo que nos vincule con los delitos del Titiritero. Hoy estaba solo. No tuvimos nada que ver con ello.

Congelina avanzó hasta que las puntas de sus botas quedaron suspendidas sobre el borde del andén.

—No necesito conectarte con los ataques del desfile —dijo, sacudiendo los dedos. Un nuevo chorro de hielo disparó hacia Ingrid. El bloque de hielo alrededor de sus piernas se expandió, ampliándose sobre sus muslos y caderas—. Atacar a un Renegado es una transgresión de primerísimo orden. Dado tu mal genio, no será difícil provocarte. Algo así como hostigar a un perro rabioso, ahora que lo pienso.

Ingrid siseó mientras la columna de hielo trepaba sobre su abdomen. Había dejado de arrojar la bomba al aire y la sujetaba en un puño.

—Sé lo que estás pensando —dijo Congelina—. Insistirás en que fue en defensa propia. Salvo que… sin nadie como testigo, ¿quién creerá tu palabra sobre la mía? Una Anarquista versus una célebre Renegada —chasqueó la lengua fingiendo lástima—. Parece que tienes una decisión por delante. Me atacas, y te arrestamos. O confiesas tu participación en el desfile de hoy, y de todos modos te arrestamos, pero somos un poco más amables —encogió los hombros—. O no haces nada. ¿Qué crees que te matará primero? ¿El frío o la asfixia? Apostaría a que esto último.

El hielo se expandió sobre el pecho de Ingrid y comenzó a trepar sobre sus hombros. Pronto ya no podría usar ni sus brazos ni sus bombas.

Nova cerró los ojos con fuerza, tratando de pensar con claridad, a pesar del latido de sus venas, caliente y firme.

¿Estos eran los superhéroes que el mundo idolatraba? Era posible que Ingrid no fuera completamente inocente. Era posible que ninguno de ellos lo fuera, pero tampoco lo eran los Renegados. Aquí estaban, torturando a Ingrid, intentando obligarla a dar una confesión falsa. Habían arruinado las colmenas de Honey, causado destrucción en sus túneles, arrasado con los víveres que necesitaban para sobrevivir, todo para encontrar una excusa *legítima* para enviarlos a la cárcel.

Su dedo se deslizó sobre el gatillo. Abrió los ojos y, de pronto, su mirada pareció aclararse. Su mente se volvió libre de obstrucciones.

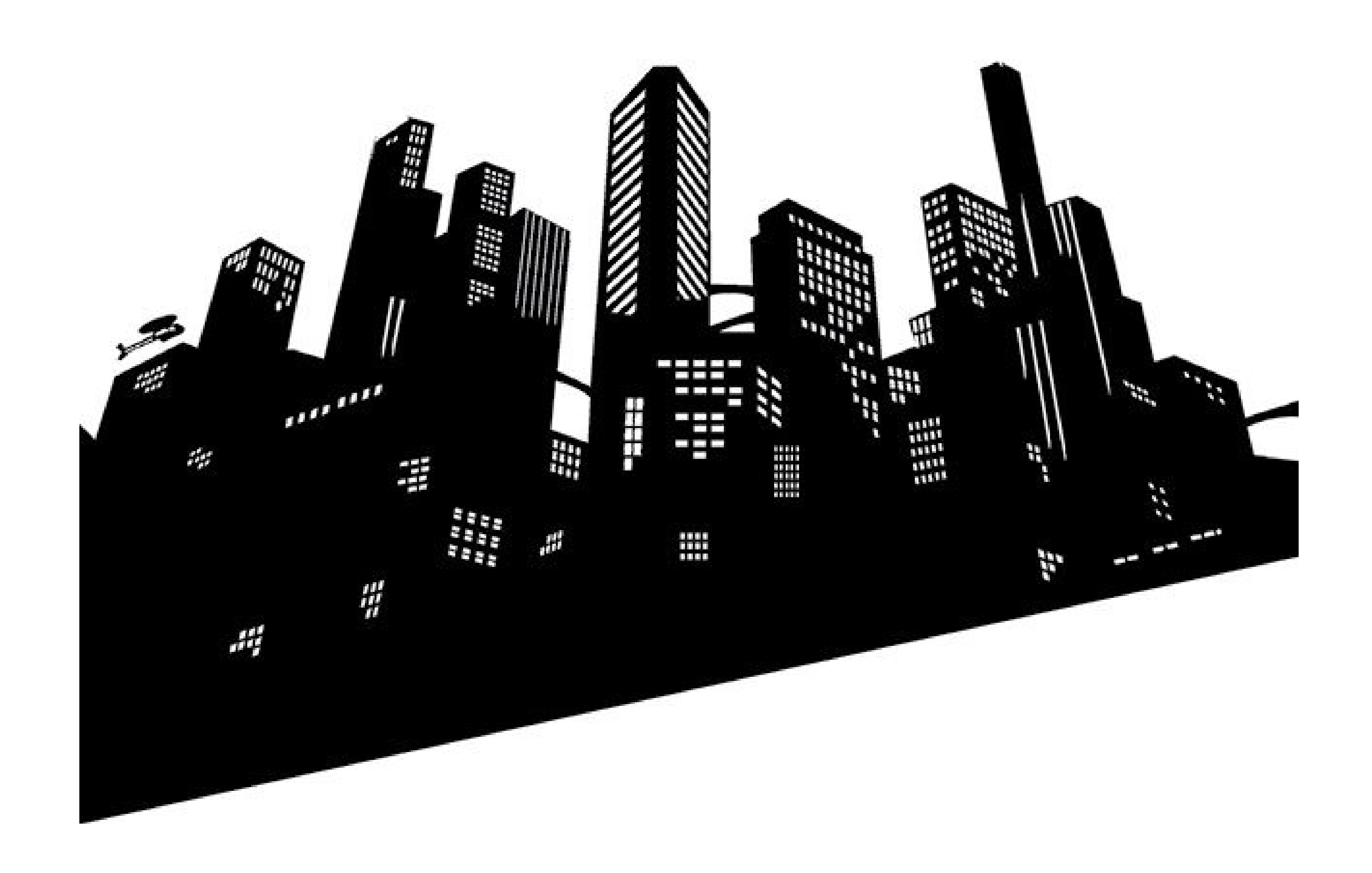
Encontró a Congelina a través de la mira telescópica.

Tal vez, los dardos no estuvieran envenenados, pero eso no significaba que un tiro bien dirigido no pudiera hacer mucho daño.

Fijó el objetivo en el ojo izquierdo de Congelina, de un azul pálido. Un poco más claro que el del Capitán Chromium, pero no por mucho.

El gatillo se hundió en su dedo.

Acababa de comenzar a oprimirlo cuando una cascada resplandeciente de fuego cruzó las vías con un rugido.



# Capítulo 9

Nova echó un jadeo y se replegó. Miró por encima del borde del vagón.

Las vías se habían prendido *fuego*.

No… era una columna de llamas lanzada desde las sombras. En cuestión de segundos, quemó el canal de hielo entre Ingrid y Congelina.

Esta maldijo y retrocedió, girando hacia el túnel al tiempo que fuertes pisadas resonaban contra las paredes.

Al distinguir quién era, Nova quedó boquiabierta.

Su traje blindado lucía aún más ominoso al emerger de la oscuridad que cuando había estado encaramado sobre las azoteas de la ciudad a plena luz del día.

El Centinela.

—Por mucho que me guste ver a cada uno de estos villanos tras las rejas —dijo, su voz firme y baja—, algo me dice que el Consejo no aprobaría los métodos que están empleando para arrestarlos.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó Congelina, enroscando el puño y creando otro largo fragmento de hielo—. ¿El perro faldero del Consejo?

—Qué curioso —dijo el Centinela, sin humor en la voz—, a menudo, he pensado exactamente lo mismo de ustedes.

Nova aflojó la empuñadura del arma. Advirtió sus sospechas reflejadas en el

rostro de Congelina. Sus palabras sugerían que la conocía, y no de un modo general por haberla visto en el periódico.

—Estamos aquí en misión oficial representando a los Renegados —dijo Congelina—. Si intentas detenernos, será un placer arrestarte a ti también.

Un guantelete de llamaradas anaranjadas comenzó a rodear la mano izquierda del Centinela.

—No son los únicos en misión oficial para los Renegados. La diferencia es que yo recibo mis órdenes directamente del Consejo.

Nova se deslizó hacia delante, sin querer perderse una palabra. Se encontró mirando el peto de su armadura. ¿Sería un truco de la escasa iluminación de los túneles o del ángulo desde el techo del vagón? Desde aquí, parecía que el tajo de la hombrera había desaparecido.

Su ceño se profundizó. Lo había apuñalado justo entre la pieza del hombro y el pecho, sin embargo no veía allí ningún indicio de daño. No había sangre seca sobre el exterior de la vestidura; ni siquiera se movía como si estuviera herido. Tal vez, algunos de sus movimientos fueran un poco rígidos, pero no todo lo incapacitados que debían estar tras una herida como la recibida.

Era otro misterio más sobre el supuesto Centinela y una mínima prueba más de que *no* era un Renegado normal, de que era algo nuevo. ¿Un soldado? ¿Un asesino? ¿Un arma creada por el Consejo para utilizar en misiones demasiado deshonrosas para que les fueran asignadas a un superhéroe típico?

—¿Directo del Consejo? —preguntó Congelina, soltando una carcajada áspera—. ¿Crees que soy idiota? Nadie en el cuartel general ha oído hablar nunca de ti. Eres un impostor. Y eso —levantó el fragmento de hielo sobre el hombro— te convierte en un enemigo.

—O significa que estás demasiado abajo en la escala salarial para tenerte informada de todos nuestros proyectos —dijo el Centinela.

Congelina pareció titubear, y Nova advirtió una sombra de duda cruzando su mirada.

—En cambio, yo —continuó el Centinela— sé que ustedes fueron enviados aquí por dos motivos: para determinar si hubo o no otro miembro de los Anarquistas involucrado en el ataque del Titiritero, y… para averiguar su conexión con Pesadilla —inclinó la cabeza, y Nova tuvo la impresión de que miraba a Ingrid, que seguía encapsulada dentro del hielo del cuello para abajo. Sus dientes castañeteaban—. Imagino que no han averiguado demasiado.

Las aletas de la nariz de Congelina se dilataron.

El Centinela de pronto saltó hacia arriba, se estrelló sobre el andén a centímetros de Congelina, quien tropezó hacia atrás, aunque rápidamente recobró el equilibrio. Detrás de ella, Gárgola, Temblor y Mantarraya se hallaban todos de pie, en posición defensiva, listos para atacar, aunque nadie se movió. Era evidente que la afirmación del Centinela de estar allí por órdenes del Consejo los había hecho vacilar.

—Suelta a la Detonadora —dijo, abriendo el puño. Las llamas se extinguieron—. Luego tú y tu equipo son libres para irse. Yo me haré cargo de la investigación.

Congelina soltó una carcajada incrédula. Hizo girar el trozo de hielo una vez, pero luego dejó que su brazo cayera al costado, por lo que el fragmento se clavó sobre el concreto agrietado como si fuera un bastón.

—Si el Consejo desea retirarnos de la misión, pueden hacerlo ellos mismos.

—Lo hicieron —dijo el Centinela—. Es una lástima que la señal aquí dentro sea tan terrible. Se podrían haber evitado este bochorno.

Congelina solo lo miró con aún más recelo, pero Mantarraya y Temblor bajaron la mirada a los brazaletes negros que se enroscaban alrededor de sus muñecas. Nova se mordió el labio. A menudo se había preguntado por los brazaletes que llevaban las unidades de patrullaje de los Renegados. ¿Serían algún tipo de dispositivo de comunicación?

—Tal como están las cosas —continuó Centinela—, me abstendré de informar a sus superiores sobre la *gran* cantidad de códigos que han roto esta noche. Pero no lo haré si no me hacen perder un minuto más de mi tiempo.

Tamborileando los dedos contra su fragmento de hielo, Congelina desplazó la mirada de la visera del Centinela a la R roja impresa sobre el pecho de este. Una expresión de amargura se adueñó de su rostro, pero no por eso fue menos altanera.

—Está bien —espetó—. De cualquier manera, aquí no hay nada más para averiguar —arrojó el fragmento de hielo hacia un costado, que se hizo trizas contra un muro.

Al pasar junto al Centinela, le indicó a su equipo que la siguiera.

—Pon en libertad a la Detonadora —dijo el Centinela.

—Libérala tú mismo —replicó—, y si te devuelve el favor haciendo estallar un agujero en ese traje elegante que llevas, no vengas llorando a mí.

Nova observó al Centinela mientras los cuatro Renegados desaparecían dentro del túnel que los llevaría de regreso a la superficie. Deseaba desesperadamente poder verle el rostro, saber si estaba aliviado, enojado, irritado o agradecido. Pero no advertía nada por su postura, la viva imagen de un héroe de historieta. Alto y estoico, tenía los hombros retraídos hacia atrás, las manos apretadas a los lados.

Lentamente, él movió la cabeza para mirar a Ingrid y emitió un resoplido de frustración. Durante un instante largo e irritante, pareció considerar sus opciones antes de extender finalmente su mano y descargar un chorro continuo y delgado de llamaradas hacia el bloque de hielo. Apuntó a las partes más gruesas alrededor de los pies de la Detonadora, dejando que se derritieran con lentitud.

La cabeza de Nova comenzó a darle vueltas. No podía evitar sentirse mínimamente agradecida de que el Centinela hubiera llegado cuando lo hizo. De todos modos, a pesar de la evidente aversión que aquel sentía por Congelina y su equipo, no era tan ingenua para creer que, de pronto, se hubiera convertido en un aliado.

Seguía siendo un Renegado, y uno que trabajaba para el Consejo. Un proyecto ultrasecreto que el resto de la organización desconocía.

Algo le decía que era posible que acabaran de intercambiar una amenaza por otra aún peor.

Cuando suficiente hielo se hubo derretido, el Centinela retrajo el brazo y extinguió la llama. Ingrid lanzó un gemido de dolor y empujó una rodilla para terminar de romper la delgada capa que quedaba. Una lámina ligera se estrelló sobre las vías, y ella cayó hacia adelante, aterrizó temblando sobre las manos y rodillas. Cuando pudo volver a sentarse sobre los talones, comenzó a frotarse las manos, intentando recobrar el calor en sus extremidades.

El Centinela no dijo nada mientras la observaba inmóvil. Nova tuvo la clara impresión de que estaba debatiendo acerca de algo, y cada tanto advertía una tibia llamarada chisporroteando entre los dedos contraídos de él, como si estuviera contemplando encender una fogata para calentar a Ingrid.

Pero nunca lo hizo.

En cambio, cuando el castañeteo de los dientes de Ingrid se hubo silenciado lo suficiente y parecía que podía hablar, caminó a grandes pasos hasta el borde del andén.

—Estoy aquí por Pesadilla —afirmó—. ¿Dónde está?

Ingrid le clavó una mirada de desdén absoluto.

—¿*Qué* Pesadilla?

—¿Sabes, la chica alta? —dijo el Centinela, levantando la mano al nivel de lo que debía ser una burla de su altura real—. ¿Capucha negra? ¿La que hoy intentó matar al Capitán Chromium?

Ingrid flexionó los dedos, poniendo a prueba las chispas azules que podía atrapar del aire, antes de levantarse con dificultad sobre las piernas. Nova se dio cuenta de que estaba débil, aunque hacía un esfuerzo por disimularlo.

—Oh, esa Pesadilla —encogió los hombros—. No la he visto.

La voz del Centinela se volvió sombría.

—Tal vez sepas dónde la puedo encontrar.

Detrás de él, Leroy gimió y rodó hacia el costado. El Centinela se volteó rápidamente. Un estallido de llamas surgió de su palma, pero pareció calmarse cuando vio que solo intentaba sentarse.

—No es una de nosotros —dijo Leroy. Sus palabras eran tan regulares como si estuviera dando indicaciones para llegar a City Park—. No tenemos afiliación alguna con la chica que dice llamarse *Pesadilla*, por lo tanto es imposible que te digamos dónde encontrarla.

El Centinela caminó hacia él, sus pasos mesurados e intimidantes.

—Entonces explícame, Cianuro —dijo, poniéndose de cuclillas para estar casi a la altura de sus ojos—, ¿cómo es posible que uno de tus venenos especiales fuera a parar al proyectil que ella usó para intentar asesinar al Capitán?

—¿Uno de mis venenos? —preguntó Leroy—. ¿En serio? Qué coincidencia.

El Centinela aferró a Leroy de la mandíbula, volteándole el rostro hacia arriba. Los dedos de Nova se enroscaron. Reconoció el parecido a la táctica que él había empleado en la azotea para intimidarla.

Aunque fuera un experimento ultrasecreto de alta tecnología a cargo de los Renegados, no seguía siendo más que un matón descerebrado. Tan solo otro secuaz a quien el Consejo le había lavado el cerebro.

—No puedes pretender que crea que no tienes un vínculo con ella —gruñó.

—No me importa lo que creas o no creas —replicó Leroy. Había comenzado a sudar. Su piel ennegrecida relucía—. En cuanto a que mi veneno haya sido encontrado en su proyectil, pues… he estado fabricando y vendiendo venenos para uso práctico en esta ciudad durante décadas —sonrió, revelando algunos dientes ausentes y otros, rotos. Había un dejo de orgullo en la mirada. Podría haber estado jactándose de ser un famoso cultivador de tulipanes—. Desde productos farmacéuticos hasta la eliminación de insectos en una casa, hay miles de motivos por los que alguno podría haber poseído uno de mis venenos, y no todos esos motivos son infames e ilegales. ¿Te has puesto a considerar si tal vez esta Pesadilla, quienquiera que sea, le compró esta sustancia a uno de mis distribuidores?

—No se trataba de un mero pesticida —bramó el Centinela.

—Y yo, ¿por qué tengo que saberlo? —preguntó—. Lo único que dijiste fue que era uno de mis venenos especiales, algo que a duras penas reduce las opciones.

—Está bien, Cianuro, entonces uno de tus venenos especiales cuyo objetivo era… —el Centinela se detuvo en seco, interrumpido por un suave siseo. Se echó atrás, retirando la mano que había estado sujetando el rostro de Leroy.

Nova se cubrió la boca con la mano, para ahogar la risa. Incluso sin poder ver el rostro del Centinela, era evidente por su lenguaje corporal que no podía creerlo. Tenía el brazo completamente extendido, y la cabeza echada hacia atrás como tratando de escapar de su propia extremidad, donde los dedos de su guantelete derecho estaban cubiertos por una sustancia oscura viscosa que acababa de rezumar de los poros de Leroy y que ahora carcomía la superficie metálica del guante.

Leroy se puso de pie, se ajustó el cinturón de su bata con calma y metió las manos en los bolsillos.

—¿Decías…? —volvió a inquirir.

—Decía —intervino Honey, intentando sacudirse la parálisis persistente mientras se inclinaba contra una de las estanterías caídas— que tiene tanta evidencia de que hayamos cometido un delito como la que tenía aquella chica irritante. Es decir, nada —jaló uno de los ruleros del cabello y comenzó a enroscar de nuevo un mechón rubio alrededor de él.

—Tienes razón —dijo el Centinela—. No tenemos ninguna evidencia… aún. Pero sé que estuvieron involucrados con el ataque de hoy. Sé que los Anarquistas quieren ver a los Renegados destruidos.

—Por supuesto que deseamos verlos destruidos —se oyó la voz espectral de Phobia, como un trueno que resonaba en cada rincón de los túneles. El Centinela giró rápidamente, examinando los pasadizos oscuros—. Pero desear algo no es un delito, ni siquiera bajo sus leyes.

Las sombras detrás del Centinela se solidificaron, y Phobia emergió como aparecido de la nada, sujetando la guadaña en ambas manos.

—Hemos tolerado demasiado esta invasión en nuestro hogar.

—Estoy de acuerdo —dijo Leroy—. Si el Consejo cree que estamos violando nuestro acuerdo, que nos acusen ellos mismos de ello. Hasta entonces, exigimos que nos den la privacidad que nos prometieron.

Pequeñas llamaradas comenzaron a crepitar alrededor de las manos apretadas del Centinela.

—Se les otorgó privacidad solo mientras adhieran a las leyes del Consejo. Cuando tenemos motivos para creer lo contrario, estamos en nuestro derecho de investigar. Hoy arrestaron a un Anarquista por delitos de terrorismo y asalto. Hoy se descubrió que el veneno de un Anarquista estaba implicado en un intento de asesinato.

—Y si eso fuera suficiente para arrestarnos a todos —dijo Ingrid, que estaba una vez más de pie, los brazos cruzados desafiantes sobre el pecho—, ya estaríamos todos detenidos.

—Pero no lo estamos, ¿verdad? —insistió Honey. Se puso de pie y se estiró con agilidad, levantando ambos brazos encima de la cabeza—. Así que puedes perder tu tiempo todo lo que quieras amenazándonos, pero yo iré a consolar a mis pobres criaturas, despojadas de su hogar.

Lanzó una mirada trémula hacia las colmenas destrozadas, luego levantó el mentón y comenzó a abrirse paso, descalza, a través de las botellas rotas y los víveres derribados.

No había dado dos pasos cuando el Centinela saltó, aterrizando directamente enfrente de ella. Honey se tambaleó hacia atrás, con el aliento atrapado en la garganta. Levantó la cabeza para observar la visera de la intimidante figura.

La sorpresa repentina de ella se desvaneció y apretó la mandíbula, apoyando los brazos sobre las caderas. La mirada era un recordatorio de por qué le decían Abeja Reina. Incluso vestida con un salto de cama y con ruleros, incluso con sus insectos ponzoñosos ahuyentados, conservaba un aura real. Por lo menos, así lo parecía cuando la enfrentaban. Nova no pudo evitar advertir lo diferente que lucía ahora respecto de su absoluta desesperanza apenas unas horas antes. Tal vez, Honey solo brillara cuando tenía un adversario contra quien pelear.

Tal vez, les sucediera lo mismo a todos.

—Una cosa más antes de que te marches —dijo el Centinela. Su voz era un estruendo atronador desde el interior del casco.

Nova se puso tensa, sujetando con fuerza la pistola junto a sí mientras esperaba

que él extendiera la mano y envolviera los dedos alrededor de la garganta o de la mandíbula de Honey, como lo había hecho con ella y con Leroy. Comenzó a repasar sus opciones de nuevo. El dardo no lograría nada contra aquella armadura, pero tal vez podía emplearlo para crear un tipo de distracción…

No era la única que se preparaba para un ataque. Leroy había sacado una cápsula del bolsillo de su bata. Ella sabía que contenía un ácido potente. Ingrid abrió las palmas, formando una nueva esfera de energía crepitante azul entre ellas. Toda la figura de Phobia comenzó a crecer. Su cuerpo se estiró hacia arriba, recubriéndose de sombras tan espesas que era difícil advertir dónde terminaba él y dónde comenzaba la oscuridad. Hasta el zumbido de las abejas había vuelto, crecía en intensidad a medida que se desparramaban fuera del túnel; un enjambre que se retorcía, furioso, suspendido ominosamente por encima.

El mundo se quedó quieto, excepto por aquellas abejas. El Centinela pareció vacilar. La fachada inexpresiva de su visera lo hacía parecer más a una estatua que a un ser humano, un robot más que un héroe.

Sus dedos se crisparon, y Nova se preguntó si realmente creía que aquel traje podía defenderlo de todos ellos a la vez. Dudaba de que la armadura soportara siquiera una de las bombas de la Detonadora.

Una parte de ella esperaba que estuviera a punto de saberlo.

Pero en lugar de sujetar a Honey o de arremeter con otra columna de llamas, él se inclinó y tomó una de las estanterías de metal. La jaló hacia arriba y volvió a colocarla con un golpe en su lugar contra la pared. Volteándose, tomó la segunda estantería y, con una mano, también la puso en su lugar.

Nova frunció el entrecejo.

—No importa lo que ninguno de ustedes haya hecho con sus vidas desde el Día del Triunfo —dijo—, son todos enemigos del Consejo y de los Renegados. Pero en este momento, el único enemigo que me importa es Pesadilla.

Se volvió, enfrentado al vagón donde estaba tendida Nova. Ella se aplastó contra el techo mientras el Centinela se acercó caminando en dirección a ella y bajó de un salto a las vías. Pasó a Ingrid sin mirarla a ella ni tampoco a su bomba chisporroteante.

—Cuando vean a Pesadilla —dijo, tomando los restos del puente de concreto que Temblor había derribado al suelo—, díganle que la próxima vez que vaya tras el Consejo, yo estaré allí, esperando para destruirla. Y no esperaré el permiso del Consejo para hacerlo.

Jaló el puente contra el costado del andén, despejando las vías. No volvió la vista atrás para ver cómo habían recibido su mensaje, solo continuó caminando, dirigiéndose con fuertes pisadas hacia la boca oscura del túnel. Pronto la oscuridad lo tragó, y la vibración constante de sus pasos se fundió con el silencio.

Llevó mucho tiempo para que la tensión se disipara. Por fin, Honey envió a las abejas zumbando de regreso a su alcoba solitaria. Ingrid soltó la energía crepitante,

Leroy volvió a guardar la bomba ácida en su bolsillo y Phobia recuperó, una vez más, su estatura normal.

Entonces Ingrid levantó las manos a ambos lados de la cabeza e hizo una mueca en dirección al túnel, donde había desaparecido el Centinela.

—Ser débil —dijo Phobia con voz áspera—, ser indefenso.

Ingrid le echó una mirada de reojo.

—¿Qué dices?

—Ese es su mayor temor —explicó Phobia, girando la guadaña con aire ausente encima de la cabeza—. Ser, básicamente, un incapaz.

—Qué adecuado para un Renegado pretencioso —resopló Honey.

—Tal vez —dijo Phobia, la capucha de su manto se movía con una inclinación lenta de la cabeza—, y, sin embargo, es difícil sacarle provecho a ese temor con alguien que justamente ha recibido tanto poder.

—Sus habilidades ¿son producto de la armadura? —preguntó Leroy, sacando un pañuelo que había estado metido contra su pecho y enjugándose el sudor del rostro—. Sería útil saber si representa una nueva evolución de fuerzas prodigiosas, o si sus poderes son el resultado de la experimentación o de la ingeniería.

—Y si pueden o no ser replicados —añadió Ingrid. La sospecha hizo que curvara el labio.

Phobia no tenía una respuesta.

Soltando una lenta exhalación, Nova se dio la vuelta y se puso boca arriba. Hace mucho tiempo, alguien había rociado grafitis sobre el techo, y se encontró mirando un grotesco rostro demoníaco, con la lengua colgante.

Tenían razón. Si el Centinela era la creación del Consejo, ¿quién podía negar que vinieran más? La idea la llevó a un sinfín de inquietudes. Si podían otorgarle a alguien superpoderes, superagilidad e incluso, la habilidad de crear el fuego y controlarlo… ¿quién sabe qué más podrían hacer?

Quizás podía manejar a un Centinela. Pero ¿a todo un ejército? Dejaría a los Anarquistas… impotentes.

Se movió y sintió que algo crujía contra su cadera.

Al hurgar en el bolsillo, envolvió la mano alrededor de un trozo de papel arrugado.

—Deberíamos haberlo matado —dijo Ingrid, y Nova oyó el sonido de objetos que chocaban y se arrastraban al tiempo que comenzaban a ordenar una vez más sus provisiones sobre las repisas—. Deberíamos haberlos matado a todos.

—¿Y vivir el resto de la vida tras las rejas? —Leroy chasqueó la lengua—. Sería un intento imprudente por cobrarse venganza.

—Por lo menos, vengaría a mis pobres abejas —respondió Honey.

—Nada ha cambiado —dijo Phobia—. El Consejo es nuestro enemigo. Los Renegados caerán fácilmente una vez que hayan sido derribados.

Nova desdobló el papel que tenía entre manos. Se trataba del folleto que le habían

entregado en el desfile, que anunciaba las pruebas de selección de los Renegados. Arriba tenía garabateado en letras llamativas lo siguiente: «¿Tienes lo que hace falta?».

Con la mandíbula temblorosa, comenzó a hacer trizas el papel.

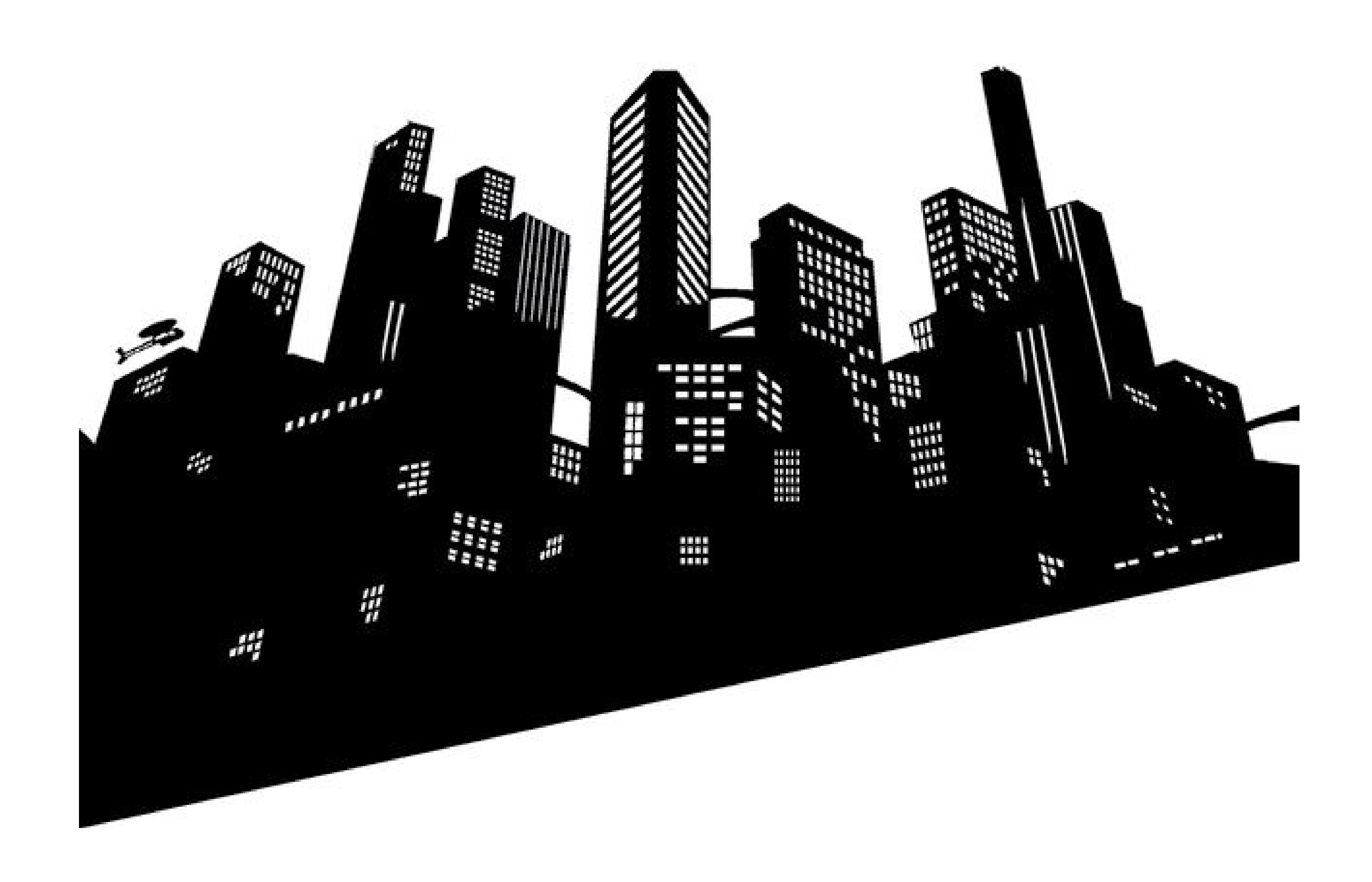
Phobia estaba equivocado. Aquel día sí habían cambiado las cosas. A causa del ataque de Winston y de su propio intento chapucero de asesinato, los Renegados estarían más alertas que nunca.

Y ahora tenían que vérselas con el Centinela.

Si hace veinticuatro horas se había sentido optimista acerca de sus posibilidades, ahora parecía que cualquier esperanza de que pudieran recuperar una vida de verdad se evaporaba ante sus ojos. La existencia del Centinela era la prueba de que no sabían lo suficiente acerca de sus enemigos, mientras que los Renegados sabían tanto sobre *ellos*. Dónde vivían. El alcance de sus habilidades.

Pero no sabían sobre *ella*.

Y si aquella era la única ventaja que tenía, entonces estaba lista para usarla.



## Capítulo 10

De todo el grupo, Leroy era el único que había aprendido a manejar. No era algo necesario para la mayoría de las personas de la ciudad, que podían ir caminando a casi cualquier sitio, y mucha gente se ganaba la vida llevando a otros de un lugar a otro, especialmente tras el colapso del sistema de transporte público.

De todos modos, aunque Leroy aseguraba haber obtenido una licencia de conducir válida antes de que comenzara la Era de la Anarquía, Nova a veces se preguntaba si acaso él lo decía para infundir confianza en sus pasajeros, en cuyo caso, en realidad, no funcionaba. Tal vez, fuera en parte por sentarse tan hundido en el asiento del conductor que ella no creyera que Leroy pudiera ver claramente por encima del tablero, o porque su afable sonrisa, tan parecida a la de un sapo, jamás desaparecía cuando manejaba, por más gente que le tocara el claxon o maldijera a su paso, por más objeto misterioso que golpeara bajo las ruedas, por muchos peatones que gritaran y se apartaran a toda velocidad de su camino.

—¿Y dónde vive esta mujer? —preguntó ella, dirigiendo la vista a Leroy desde el asiento de pasajero de su coche deportivo color amarillo, un vehículo que aseguraba había sido altamente codiciado cuando lo había robado (según Leroy, había pertenecido a un abogado, célebre por defender a un hombre que casi había matado a golpes a un prodigio. El abogado consiguió que su cliente saliera impune con apenas

una multa elevada y con trabajo comunitario para pagar por su delito. Así que robar su auto era una cuestión tanto de justicia como de codicia).

Treinta años después y sin un lavado en su haber, el auto parecía más una banana demasiado madura que algo remotamente cotizado, por lo menos en opinión de Nova. El óxido comenzaba a corroer los bordes, la pintura de las puertas exteriores tenía incontables abolladuras y rayas, y el tapizado rasgado tenía el olor inconfundible a moho.

—Al lado de la marina —dijo Leroy, tamborileando los dedos sobre el volante.

Nova paseó la mirada por los edificios que iban quedando atrás. Ambos habían salido de la ciudad y se abrían camino a través del distrito industrial donde, en otra época, depósitos y corralones de almacenamiento habían albergado contenedores listos para ser instalados sobre buques de carga o distribuidos al resto del país a través de una red interminable de trenes y camiones remolque. Aunque el comercio internacional se hallaba recuperándose gradualmente en la ciudad, la mayoría de aquellos edificios seguían abandonados, y solo albergaban ratas y ocupantes ilegales, quienes por alguna razón no podían beneficiarse de viviendas sancionadas por el Consejo. Por otra parte, era posible que prefirieran tomar sus propias decisiones respecto de dónde y cómo vivir sus vidas, cualquiera fuera el precio a pagar.

A través de los intersticios de los depósitos y de las fábricas abandonadas, vislumbró Harrow Bay, iluminada tan solo por un puñado de barcas en el agua. Los ojos de Nova se desplazaron hacia el horizonte, se confundían casi sin interrupción con el cielo oscuro. Aunque seguían en la ciudad, aquí fuera, la leve polución apenas opacaba el cielo y permitía distinguir unas pocas estrellas diseminadas. Comenzó a buscar las constelaciones que reconocía: El Guerrero Caído, el Gran Ciprés, el Cazador y el Ciervo.

De niña le habían fascinado las estrellas. Inventaba historias completas sobre los seres celestiales representados en aquellas constelaciones. En aquel entonces incluso se había convencido de que todos los prodigios, como ella, su papá y el tío Ace, de hecho habían nacido de las estrellas, y por eso obtuvieron sus superpoderes. Nunca logró determinar exactamente cómo sucedió pero, para su razonamiento infantil, era completamente lógico.

No estaba segura de lo que resultaba más asombroso, su teoría de la niñez acerca del origen de los prodigios o la realidad: que cada una de aquellas estrellas fuera su propio sol a miles de años luz de distancia; que mirar una estrella fuera mirar hacia atrás, a un tiempo en el que no había ningún prodigio.

Leroy dobló una esquina y el auto pasó encima de una serie de vías férreas antes de descender por una colina larga y empinada hacia la marina.

—Y dime de nuevo, ¿cómo conoces a esta mujer? —preguntó Nova.

—Oh, en realidad, no la conozco. Aunque, oye, ¿cuánto conocemos realmente a otra persona? ¿Podemos decir con absoluta certeza que siquiera nos conocemos a nosotros mismos?

Nova puso los ojos en blanco.

—Repito, ¿cómo la conoces?

Leroy sonrió y giró bruscamente el volante hacia un lado. Nova se puso tensa y echó un vistazo fuera de la ventana, pero no alcanzó a ver lo que había esquivado. Un instante después, él enderezó el auto sobre su carril.

—Era miembro de los Demonios Necrófagos —dijo, citando una de las bandas de villanos que ascendió al poder durante la Era de la Anarquía y que formó una especie de alianza con los Anarquistas—. Solía intercambiar con ella tintas invisibles por documentación falsa. Lo sigo haciendo cuando lo necesito.

—Entonces es una prodigio.

—Hmm —musitó Leroy consintiendo.

—¿Tiene algún poder que yo deba conocer? —Incluso al encontrarse con un supuesto aliado, a Nova le gustaba estar preparada.

—La psicometría. Nada peligroso.

La *psicometría*: la habilidad de ver el pasado de un objeto.

—Bueno —añadió Leroy soltando una risita—, nada peligroso mientras no quedes aplastada por todo lo que acumula. Lo verás cuando llegues. Me dijo una vez que le cuesta desprenderse de las cosas una vez que ha visto por lo que han pasado.

—Yo no les tengo miedo a los objetos —dijo Nova—, siempre y cuando podamos confiar en ella.

—Oh, no dije eso, pero fuera de la familia, es lo más confiable que encontraremos. Y… —suspiró— no creo que tengamos otra opción.

Nova se arrellanó aún más en el asiento, mirando los cobertizos marinos envejecidos por el tiempo, que pasaban a toda velocidad por la ventanilla.

Se concentró en aquella sola palabra efímera.

*Familia.*

Una vez, había tenido una familia. Mamá. Papá. Evie. Cuando le fueron arrebatados, creyó que lo había perdido todo. Gran parte de su niñez se extravió en una nube de dolor y pérdida, de luto e indignación, de traición y una tristeza tan agobiante que había días enteros en los que apenas podía reunir las fuerzas para comer o siquiera llorar. Noches enteras en las que las sombras la aterrorizaban, convertidas en asesinos y monstruos. Solo hubo una fuente de luz en aquellos primeros meses: el único pariente que le quedaba.

El tío Ace.

La había abrazado con fuerza para que ella no pudiera ver los cuerpos de su familia mientras la sacaba del apartamento, y él se detuvo solo para tomar el brazalete sin terminar en el que había estado trabajando el padre de Nova.

No la soltó hasta que llegaron a la catedral, lo que en aquellos días él y los Anarquistas llamaban *su hogar*. Se trataba de la iglesia más grande de la ciudad, que Ace había reclamado mucho antes del nacimiento de Nova. Al principio, ella la halló fantasmal y escalofriante, con sus elevados techos que hacían resonar cada pisada, el

campanario que había sucumbido al silencio y a las telarañas, y las pinturas de santos muertos que la observaban pasar con sus miradas condenatorias.

Pero Ace hizo lo posible para que ella la sintiera como un hogar. No recordaba que él hablara demasiado, pero él siempre parecía estar cerca cuando ella necesitaba una presencia estable. A veces le sostenía la mano o le frotaba la espalda cuando sollozaba sobre su hombro. Otras, usaba sus poderes para distraerla de su tristeza, fabricando títeres divertidos con las figuras y las estatuas que se alineaban a lo largo del santuario y de los muros de las capillas. Y cuando su curiosidad se sobrepuso a su tristeza, su tío le mostró cada rincón oculto de la catedral: las tumbas bajo sus cimientos, llenos de huesos e historia; el enorme órgano, donde ella tenía la libertad de aporrear las teclas todo lo que quisiera, llenando el amplio espacio con acordes escalofriantes que encajaban perfectamente con su estado de ánimo. La llevó al campanario y la dejó jalar de las cuerdas, para hacer que sonaran las campanas más pequeñas. Luego le mostró cómo él podía mover con sus pensamientos la gran campana central. Su música había repiqueteado encima de los tejados de las manzanas circundantes.

La tristeza no desapareció, pero cuando Ace estaba allí, pareció ir atenuándose poco a poco.

Y luego, un día, le contó la verdad acerca de lo que le había sucedido a su familia.

Nova había estado inspeccionando algunos relicarios que había hallado en una de las capillas más pequeñas cuando Ace la encontró y la sentó sobre una banca de madera gastada. Le contó que una de las bandas de villanos —las Cucarachas— había exigido que su padre les fabricara con su don una colección de armas. Habían amenazado a la esposa y a las hijas de David si no cumplía con sus expectativas.

Cuando su padre comenzó a atrasarse con sus pedidos, acudió a los Renegados y les suplicó que lo protegieran. El Capitán Chromium mismo le prometió que no le pasaría nada ni a él ni a su familia, siempre y cuando dejaran de fabricar armas para sus enemigos.

Entonces, su papá sí dejó de fabricarlas, y, como represalia, las Cucarachas enviaron un sicario tras él y su familia.

Los Renegados no cumplieron con su palabra. El Capitán Chromium no cumplió con su palabra. No habían estado allí para proteger a la familia de David cuando más necesitaban su protección.

Cuando Ace terminó de relatar esta historia, le dio a Nova una taza de leche fría y dos galletas de vainilla que extrajo de un envoltorio de plástico ruidoso, que crujió ensordecedoramente. A los seis años, era tan pequeña que los pies no le llegaban al suelo desde la banca. Se comió las galletas y bebió la leche sin decir nada. Recordó no llorar. Recordó que, en aquel momento, no sintió tristeza.

Solo sintió ira.

Una ira enceguecedora que le quitó el aliento.

Poniéndose de pie para marcharse y darle a Nova su espacio para que se

reconciliara con la verdad acerca de las muertes de su familia, Ace solo dijo con sentido práctico:

—Las Cucarachas tenían treinta y cuatro miembros. Anoche, los maté a todos.

Esa fue la única vez que hablaron sobre las muertes de su familia. Lo hecho, hecho estaba. La banda había matado a la familia de Nova. Ace había matado a la banda.

Se hizo justicia.

Salvo los Renegados, que no habían cumplido con su promesa.

Dos meses después, la vida de Nova volvió a dar un vuelco.

El Día del Triunfo le dijeron a ella que permaneciera en las tumbas. Se sentó en la oscuridad, oyendo los gritos y el fragor de la batalla, sintiendo el estruendo y el estallido de la tierra y de las paredes a su alrededor. Duró horas. *Siglos*.

Honey la encontró primero. Es decir, fueron sus abejas, que luego la condujeron a ella. Huyeron hacia un pasadizo secreto, pequeño y húmedo, con olor a tierra y aire enmohecido, iluminado solo por la pequeña linterna que Nova había traído consigo a las tumbas. La angustia de Honey impidió que Nova pudiera hablarle un largo rato, pero cuando el pasadizo las llevó finalmente a una estación de metro abandonada, se atrevió a preguntarle qué había sucedido.

Como respuesta, Honey solo le dijo tres palabras:

*Ace está muerto.*



—Hemos llegado.

Nova se sobresaltó. La carne de gallina le había cubierto la piel al repasar los sucesos de aquel día.

Se enderezó en su asiento y miró a través del parabrisas. Leroy había aparcado en el arcén de una carretera tranquila y angosta, justo al lado de la orilla de Harrow Bay. Peñascos rocosos y olas espumosas atrapaban la luz de una luna vacilante, y percibió un puñado de muelles que se extendían dentro del agua. La mayoría estaban vacíos, pero algunos tenían pequeñas embarcaciones pesqueras amarradas al costado, sus lados emitían un sonido hueco al chocar contra el embarcadero.

Se volteó en su asiento. A su derecha había un acantilado salpicado de plantas de aspecto salvaje que se aferraban desesperadas a sus paredes, y alrededor de la base, un cementerio de maderas arrastradas por la corriente. Por detrás, la oscura carretera serpenteaba tierra adentro y desaparecía.

No había casas, ni apartamentos, ni depósitos, ni ningún tipo de edificio.

—Qué acogedor —comentó.

Leroy apagó el motor. Se hallaba de espaldas a ella, mirando el agua.

—No soy un amante del océano —dijo con solemnidad—. Cuando lo veo,

siempre me lamento.

—¿Te lamentas? —Nova estudió las olas agitadas—. ¿Por qué?

—Porque si hubiera aprendido a navegar, entonces podría abandonar este lugar. En un barco puedes ir a donde sea.

—Tienes un auto —dijo Nova, mirándolo de costado—. Podrías irte si quisieras.

—No es lo mismo —Leroy se volteó, no para mirarla, sino para observar sus propios dedos retorcidos sobre el volante—. No hay un lugar civilizado en el mundo entero donde no sería reconocido. Lo mismo le sucede al resto. Nuestras reputaciones nos precederían adonde fuéramos. Mientras la anarquía sea sinónimo de caos y desesperación, los Anarquistas siempre serán sinónimo de villanos —inclinó la cabeza a un lado y, esta vez la miró, aunque estaba tan oscuro dentro del auto que solo percibió tenues motas de luz de luna reflejadas en sus ojos—. Pero tú no, Pesadilla. Nadie sabe quién eres. Podrías abandonarnos, sabes. Podrías irte a cualquier lado.

—¿A dónde iría? —preguntó, mofándose de la idea.

—Adonde quisieras. Esa es la belleza de la libertad.

Sonrió, pero era un gesto triste, lleno de la nostalgia anterior.

Nova tragó. *Libertad*.

Sabía que tenía razón. De hecho, la idea se le había cruzado por la cabeza miles de veces. Nadie conocía el aspecto de Nova Artino ni que siguiera viva. Nadie sabía que los Anarquistas la habían criado. Nadie sabía que era Pesadilla.

—¿Qué estás diciendo?

—Estamos aquí porque dijiste que quieres infiltrarte en los Renegados, para poder destruirlos algún día —dijo Leroy—. Y nadie sería más feliz que yo de ver que cumples con ese objetivo. Pero no puedo, en conciencia, pasar por esto sin darte una alternativa. Después de esta noche, tendrás un nombre nuevo, una identidad nueva. Podrías abandonar Gatlon City. O… podrías quedarte. Conseguir un empleo y un apartamento. Comenzar una vida nueva, como lo está intentando todo el mundo. Tendrías un montón de compañía si eligieras esa opción.

Nova se removió en su asiento, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Y luego, ¿qué? ¿Dejar que ustedes derroten a los Renegados sin mí? Ni en sueños.

Leroy sacudió la cabeza.

—No conseguiremos derrotarlos sin ti y lo que puedas averiguar… lo que puedas cambiar —su voz se tornó más baja—. Tengo poca esperanza de ver alguna vez la libertad por la que una vez peleamos. Por la que *matamos*. Pero tú no elegiste esta vida, Nova. No como nosotros. Aún podrías elegir otra cosa.

Apretando la mandíbula, Nova miró fijamente una de las embarcaciones. Se mecía de un lado a otro, un balanceo incesante y regular.

—Los Anarquistas son mi familia —dijo—. La única familia que me queda. No seré libre hasta que lo sean ustedes. No descansaré hasta que los Renegados sean

castigados. Por cómo los tratan. Por cómo traicionaron a mi familia. Por lo que le hicieron a Ace.

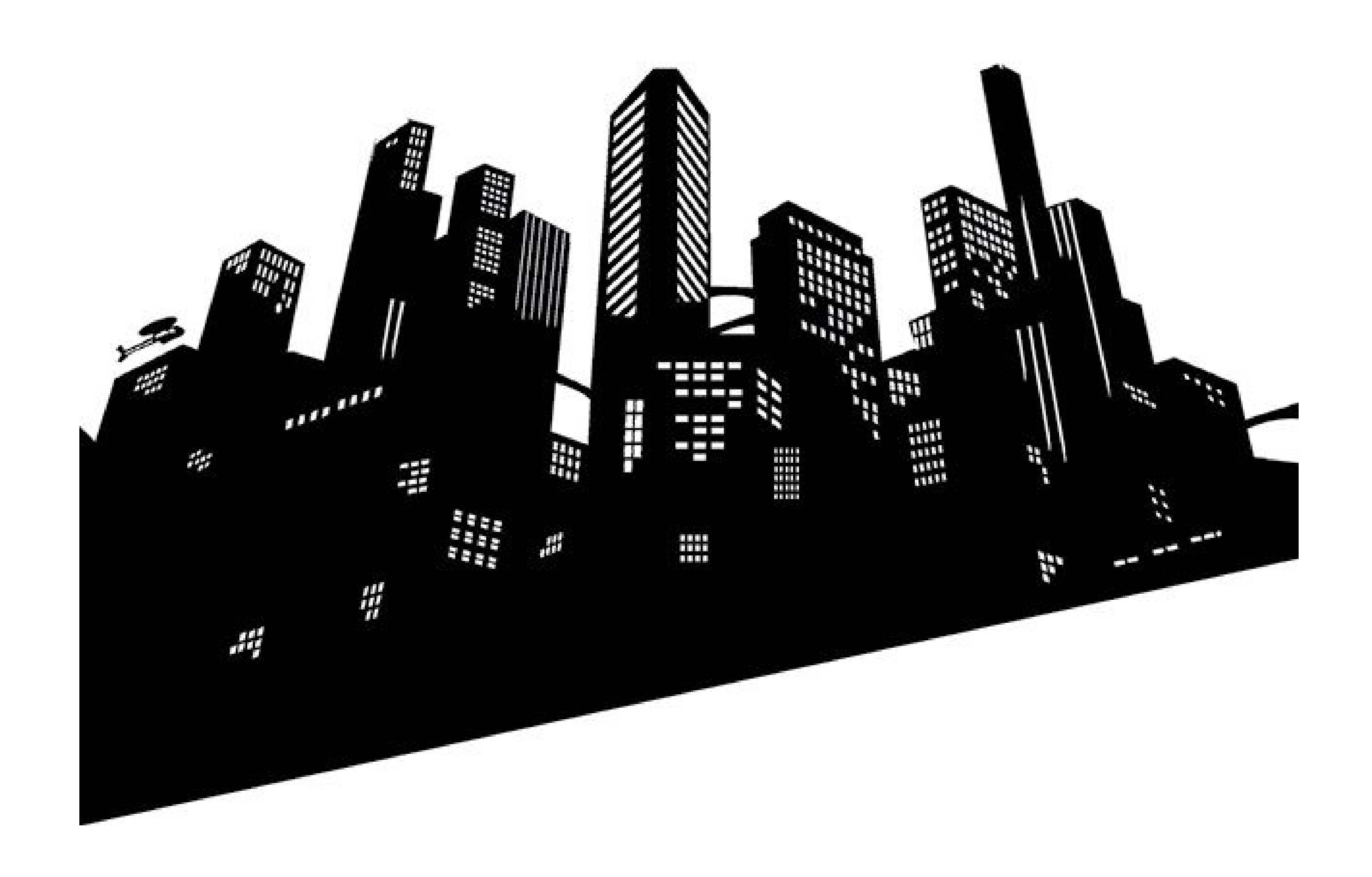
Leroy la escrutó con la mirada.

—¿Y si la venganza no trae alegría?

—No es alegría lo que busco.

Leroy extendió la mano del otro lado de la columna de dirección, apagó los faros y sacó la llave del encendido.

—Entonces veamos si podemos averiguar lo que *sí* estás buscando.



# Capítulo 11

La cabeza le daba vueltas mientras seguía a Leroy por el estrecho arcén de la oscura carretera. Su conversación en el auto seguía colándose en sus pensamientos. ¿Estaba haciendo esto por ellos? ¿Por Ace, por Evie o por sí misma?

¿O estaba haciéndolo por la humanidad entera? ¿Por todas las personas que eran demasiado ciegas para ver que estarían mejor sin el Consejo, sin los Renegados?

*Quizá*, se dijo, *por ambos*.

Dudaba de cuándo comenzó a pensar en los Anarquistas como su familia. Desde luego, no durante aquellos primeros meses, cuando solo había sentido afecto por Ace, y pensaba solo en sus padres, su hermana y en sí misma. Aunque todos habían ocupado los mismos espacios dentro de la catedral, los Anarquistas eran más como fantasmas que pasaban a su lado en la nave o que discutían en el claustro. En aquel entonces, eran más. Muchos habían muerto durante la batalla; algunos, de los que ni siquiera conoció los nombres. Y, por lo general, todos habían ignorado a la hija huérfana que Ace había arrastrado consigo. No la *maltrataban* en absoluto —Ace no lo habría tolerado—, pero tampoco se salían de su camino para ser amables con ella.

Una vez que se reubicaron en los túneles, aquello comenzó a cambiar. Quedaban tan pocos, y todos habían sufrido la misma derrota. Eso los unió más fuerte que antes, incluso a la pequeña Nova. De pronto, los Anarquistas que quedaban comenzaron a

interesarse en ella.

Leroy supo de su interés por la ciencia y comenzó a enseñarle química, la dejaba jugar con su equipamiento de laboratorio y probar diferentes mezclas. Ingrid la entrenó en la lucha, a mano limpia y con cualquier arma con la que pudieran gorronear o conseguir haciendo trueque. Honey, temerosa de que terminaran criando a otro salvaje como Winston, se propuso guiar a Nova para que fuera una *dama*… o, por lo menos, la clase de dama que sabía cómo mezclar un martini perfecto y aplicarse delineador sin apuñalarse el ojo con el lápiz. En cuanto a Winston, por un tiempo, fue su único compañero de juegos, que le contaba cuentos de hadas con sombras chinescas y que le enseñaba el sutil arte del juego de las escondidas, para el que el nuevo hogar ofrecía infinitos recovecos.

Y Phobia era… bueno. Phobia era Phobia.

Jamás fue afectuoso con ella, pero tampoco parecía ser afectuoso con el resto, así que Nova aprendió de muy pequeña a no tomarse su indiferencia de manera personal.

Leroy se acercó a un muelle pequeño y abatido. Nova advirtió el agua que se arremolinaba por debajo mientras ellos se abrían camino sobre las tablas desvencijadas, húmedas por el rocío de la espuma. El aire olía a sal, a algas y a criaturas muertas depositadas en la orilla.

Un único bote se hallaba amarrado en el extremo del embarcadero: tenía seis metros de largo, y un camarote cerrado ocupaba casi toda su extensión. El casco estaba salpicado con percebes adheridos, y su techo plano se hallaba cargado con baúles de madera y una bicicleta oxidada. Una silla de plástico descansaba sobre la proa de la pequeña cubierta, al lado de una botella vacía de vino y una planta de tomate marchita que emergía de una jarra de leche reciclada.

No había luz alguna en el interior del bote, y Nova se preguntó si los esperaban.

Leroy extendió el brazo encima del borde del muelle y golpeó sobre una de las ventanillas oscuras.

Desde dentro de la embarcación, Nova oyó los sonidos de pisadas y el crujido de antiguas maderas. La misma ventanilla sobre la que Leroy había golpeado se abrió unos centímetros con un sonoro golpe metálico. Un tibio resplandor amarillento se derramó sobre el muelle. Nova advirtió que antes la luz no había atravesado las ventanillas porque estaban todas pintadas de negro opaco.

El cañón de un revólver se asomó desde la ventanilla abierta.

—¿Quién anda por ahí?

—Soy yo, Millie —dijo Leroy—. Vinimos por esos documentos.

El arma se desplazó hacia el costado, y el pequeño ojo de una mujer rodeado de arrugas acechó a través de la abertura, escrutándolos a ambos.

—¿Dónde estaba yo la primera vez en mi vida que vi a Leroy Flinn? —preguntó, su voz rezumaba desconfianza.

Leroy no dudó.

—Rebuscando entre las provisiones del departamento de arte de la universidad.

Buscando cuchillas de precisión y laminados, si no me equivoco.

La mujer masculló en voz baja y cerró la ventanilla con fuerza.

Nova miró a Leroy del rabillo del ojo.

—Tuvo un altercado con un cambiador de rostros hace un tiempo —susurró—. Casi la deja en la calle. Desde entonces, está un poco paranoica.

La puerta al final del camarote se abrió de par en par, y la luz interior atravesó el agua.

—Entonces, entren —dijo la mujer—. Rápido, antes de que alguien los vea.

Nova echó un vistazo alrededor. No había nada, solo acantilados, carreteras vacías y el océano por todas partes. La única señal de civilización a la vista era el auto solitario de Leroy.

El hombre pasó la pierna por encima de la barandilla, pisó la cubierta y se deslizó dentro del camarote de la casa flotante. Nova lo siguió, cerrando la puerta tras de sí mientras miraba a su alrededor.

El camarote era estrecho y estaba tan atiborrado de objetos que Leroy tuvo que caminar de costado para entrar en el pasillo, siguiendo a la mujer en tanto avanzaba hacia la parte trasera de la embarcación. Las paredes estaban cubiertas de estanterías abiertas que exhibían de todo, desde productos de limpieza hasta latas de conserva y vino. Una cocina de madera en un rincón alejado era la fuente de luz y de un calor envolvente que resultaba ligeramente opresivo. A su izquierda, el suelo estaba alineado con más estanterías y cajas de almacenamiento de todas las formas y tamaños, muchas apiladas con platos, loza y pilas de toallas cuidadosamente dobladas. A su derecha, un conjunto de viejas impresoras y monitores para la computadora, escáneres y una fotocopiadora de oficina, una laminadora, cajas de guantes de látex color azul, y pilas y pilas de hojas de colores y grosores de todo tipo. Un laberinto de cuerdas se entrecruzaba encima de la cabeza, recorriendo todo el largo del camarote, de las cuales colgaba ropa que se secaba y una variedad de documentos de papel.

—Millie —dijo Leroy, haciendo una pausa detrás de la mujer mientras esta apoyaba el revólver sobre un archivador y comenzaba a quitar algunas hojas de papel de una de las cuerdas para tender la ropa—, te presento a Nova, la sobrina de Ace.

—Sé quién es —respondió ella, golpeando juntos los bordes de las hojas para nivelarlas. Extrajo una carpeta vacía de la gaveta de un escritorio y las deslizó dentro —. Nova McLain.

—Eh, en realidad, Artino.

Millie escudriñó del otro lado de Leroy y le extendió el paquete.

—Ya no.

Nova tomó el paquete, abrió la carpeta y miró la primera página. Era un certificado de nacimiento, sencillo y sin florituras, como solían ser los que creaban durante la Era de la Anarquía. Sin demasiados consultorios médicos para realizar los partos, muchas mujeres daban a luz en su hogar con la ayuda de una comadrona, que

podía haber tenido o no entrenamiento profesional, o a la que podía haberle importado o no completar algún tipo de formulario después, en especial, cuando no había departamentos gubernamentales que exigieran que se presentaran dichos papeles. Nova sabía que tanto ella como Evie habían nacido en casa, pero, por lo que sabía, sus padres jamás habían obtenido un certificado para ninguna de las dos.

Pero este documento parecía tan profesional como los de aquella era, sellado y firmado por una tal *Janice Kendall, comadrona*. También estaba firmado por sus padres imaginarios, *Robert y Joy McLain*. Incluía su cumpleaños y, de hecho, era su cumpleaños —el 27 de mayo— tal vez, para que Nova no corriera el riesgo de dar la fecha falsa si se la preguntaban.

E impreso con letra pulcra en el medio de la página estaba su nombre.

Casi.

*Nova Jean McLain.*

—¿Parezco escocesa?

—Tu padre era escocés —dijo Millie, abriendo un escáner y extrayendo una hoja de papel de la superficie—. Tú sales a tu mamá.

Nova abrió la boca para refutarla —su papá era italiano; su mamá, filipina, y le gustaba pensar que era una fuerte mezcla de ambos—, pero se detuvo. ¿Qué importancia tenía el nombre que el mundo creyera que tenía, o de dónde había sacado ojos azules o cabello negro? ¿Qué importaba si cualquiera creyera que sus padres eran Robert y Joy…? Quienesquiera que fueran.

No podía asistir a las pruebas de selección de los Renegados con el apellido Artino, y Nova Jean McLain era una identidad secreta tan adecuada como cualquier otra.

Levantó el certificado de nacimiento. La siguiente hoja era la solicitud requerida para participar de las pruebas de selección de los Renegados. Había sido completada con una vieja máquina de escribir.

Nombre: Nova Jean McLain
Alias: Insomnia

Habilidad prodigiosa (Superpoder): No necesita dormir o descansar; mantiene una vigilia absoluta en todo momento sin que disminuyan para nada sus capacidades por falta de sueño.

—Insomnia —masculló Nova. No era exactamente la clase de nombre que infundiría temor en el corazón de sus enemigos, pero tampoco estaba mal. Se preguntó a quién se le había ocurrido, si a Leroy o a Millie.

—Hay un lugar en la última página para que firmes —dijo Millie, extendiéndole un bolígrafo—. No firmes el nombre equivocado.

Nova tomó el bolígrafo sin levantar la mirada. Afuera, las olas tamborileaban una melodía de ritmo invariable y fragoroso contra el costado del bote.

—¿Vivo en East 94th y Wallowridge? —Frunció el ceño—. ¿Hay siquiera

viviendas habitables en aquella zona?

—¿Prefieres que ponga «Túnel de metro que da a la estación abandonada de Mission Street»? —preguntó Millie.

Nova levantó la mirada.

—Es solo que no quiero que nadie venga a investigarme y se entere de que la residencia que está en mis documentos es, en realidad, un supermercado de barrio que se quemó hasta los cimientos, o algo así.

Millie le dirigió una mirada de irritación a Leroy, quien le devolvió una sonrisa apaciguadora.

—No soy una principiante —espetó Millie. Ella se inclinó sobre un escritorio cercano, y comenzó a ordenar dentro de una colección de latas los bolígrafos, las notas adhesivas y las cuchillas de afeitar que se encontraban dispersos—. Si alguien viene a buscarte, encontrarán una casa adosada de dos dormitorios, cuyo propietario exclusivo ha sido durante más de cuarenta años Peter McLain.

—¿Quién es Peter McLain?

—Tu tío —dijo—. En la página tres, encontrarás un texto personal de doscientas palabras acerca de lo agradecida que estás de que te haya acogido tras la muerte prematura de tus padres.

—Está bien, pero en realidad, ¿quién es?

—Un producto de nuestra imaginación —dijo Millie—. Un fantasma que existe solo en los papeles. No te preocupes, toda la documentación coincide. Hasta donde sabe todo el mundo, el señor McLain es realmente el propietario de la casa y quien la ocupa, y ahora, es su sobrina.

Nova dirigió una mirada a Leroy, pero él seguía observando a Millie.

—Tengo entendido que es necesario presentar referencias para la solicitud. ¿A quiénes incluiste?

—A una maestra de la escuela primaria que consideraba un placer tener a Nova en su clase —dijo Millie—, y a un antiguo jefe, a quien le pareció una pérdida terrible que decidiera renunciar a su empleo, pero que está contentísimo de verla perseguir su sueño de ser una Renegada.

—¿Un jefe antiguo? —Nova volteó a la siguiente página, donde vio que Nova Jean McLain había estado trabajando en el Parque de Atracciones Cosmópolis hasta hacía un mes—. ¿Soy operadora de atracciones? Vamos. Hasta una ardilla podría hacer aquel trabajo.

—Ambas referencias —continuó Millie, como si Nova no hubiera hablado— son fuentes legítimas, trabajadores civiles reales de esta comunidad que han accedido con gentileza a elogiar efusivamente a la señorita McLain si alguna vez alguien les consulta acerca de ella —su mirada se deslizó hacia Leroy—. Por supuesto, les pagarás por el honor de hacerlo.

—Naturalmente —asintió Leroy, bajando la mirada a la solicitud—. Winston solía manejar un negocio paralelo en el Parque Cosmópolis. Creo que pudo haber

conocido a este caballero.

Millie asintió.

—Sus transacciones privadas corrían mejor suerte en tiempos de la anarquía que en los del Consejo. No fue difícil persuadirlo para esta causa.

A medida que leía la solicitud, el estómago de Nova se contraía, y ella no lo atribuía al balanceo constante de la casa flotante. Le dio la impresión de que esta vida reconstruida con apuro tenía demasiados puntos vulnerables: un tío que jamás había conocido; padres con los cuales no tenía ningún vínculo; una maestra y un jefe; una casa y un empleo. Se podía probar que cualquiera de ellos era falso si alguno se molestaba en investigar un poco más.

Debió recordarse a sí misma que todos los que habían nacido en la Era de la Anarquía tenían inconsistencias en sus documentos. Todo aquello que había mantenido a la sociedad organizada se había eliminado: desde historias médicas hasta matrículas escolares, declaraciones de impuestos y extractos de cuentas bancarias. No había nada de eso. Solo gente, intentando sobrevivir, seguir adelante lo mejor que podía.

Nadie dudaría acerca de dónde vivía o con quién vivía, o si su antigua maestra estaba o no mintiendo cuando decía que había sido un placer tener a Nova en su clase.

A los Renegados les importaba encontrar a los mejores prodigios para hacer que su organización fuera más fuerte, más inteligente, mejor. Si ella entraba, todo lo que tendría que hacer sería convencerlos de que valía la pena conservarla, y a nadie le importaría su pasado o sus conexiones.

No pensarían en indagar más profundamente hasta que fuera demasiado tarde.

—Confío en que todo sea de tu agrado —dijo Millie mirando, no a Nova, sino a Leroy.

Él asintió y extrajo un fajo de dinero en efectivo de un bolsillo interior. Millie lo tomó, deshizo la banda de goma y lo contó antes de volver a enrollarlo de nuevo. Nova lo observó desaparecer dentro de su puño, añadiendo un peso nuevo a sus hombros. No había pensado en el pago, o de dónde procedería aquel dinero, pero por supuesto Millie querría algo por sus servicios. Ver la transacción hizo que toda esta secuencia pareciera de pronto muy real. Aquel era dinero que Leroy se había ganado con su trabajo, ya fuera vendiendo sustancias legales que eliminaban insectos y plagas, o drogas y venenos menos legales distribuidos por el mercado negro. En cualquier caso, era su esfuerzo y sacrificio, y ella sintió una punzada de responsabilidad al ver lo poco que les había conseguido todo aquel dinero.

Una identidad falsa.

Un nombre, una dirección, un pasado.

Una única oportunidad para que Nova entrara en las pruebas de selección de los Renegados y se convirtiera en su espía.

—No te olvides de firmar la solicitud —dijo Millie.

Volteando a la última página, Nova presionó la solicitud contra la tapa de la fotocopiadora e hizo *clic* con el bolígrafo.

—McLain —le recordó Millie.

Nova inhaló profundamente y garabateó una firma sobre el último renglón. *Nova Jean McLain*.

Le extendió el bolígrafo para devolvérselo pero, en lugar de tomarlo, Millie sujetó el antebrazo de Nova y la acercó aún más. Su cuerpo se tensó, preparándose para una pelea, pero la mujer tan solo se inclinó sobre su muñeca, examinando el brazalete.

—¿El trabajo de David Artino? —murmuró, su voz matizada de admiración. Trazó con el dedo la cadena del brazalete. Sus pestañas revolotearon, su ceño se anudó como concentrándose con profundidad—. Era de verdad un maestro —volteó el brazo de Nova y le disparó una mirada pícara, golpeando la uña del dedo meñique sobre el broche—. Y *él* ciertamente era un joven apuesto, ¿verdad?

—¿Disculpe? —balbuceó Nova.

Leroy volteó para dirigirle una mirada medianamente interesada a Nova.

—¿Qué joven apuesto?

—Yo no… —Nova titubeó, imaginando una sonrisa serena y dedos cálidos envueltos con suavidad alrededor de su muñeca. Frunció el ceño y apartó el brazo de Millie con un tirón—. Nadie. No era nadie. Solo un tipo.

Millie tomó el bolígrafo de su mano y rio divertida.

—Entonces, eso es todo. Buena suerte, Insomnia.

Con un gesto aún irritado, Nova cerró la carpeta con un chasquido.

—Sí, gracias.

Se volteó, y se abrió paso por el camino zigzagueante del camarote. Leroy avanzó detrás, arrastrando los pies y con movimientos lentos para no derribar ninguna de las pilas tambaleantes.

—Por curiosidad —dijo Millie, cuando estaban cerca de la puerta—, ¿qué harás respecto de las huellas digitales?

Nova echó un vistazo atrás.

—¿Huellas digitales?

—Nosotros nos ocuparemos —dijo Leroy. Alargó la mano desde atrás y empujó la puerta para abrirla, dejando que entrara una ráfaga de aire marino.

—¿Necesitan huellas digitales? —preguntó Nova, pisando de nuevo el muelle. La puerta de la casa flotante se cerró con fuerza detrás de ellos, y un segundo después, estuvo segura de oír el *clic* de un cerrojo.

Leroy la pasó de prisa, la cabeza inclinada, para eludir el rocío que venía del mar.

—Sí, te harán un escaneo de huellas digitales para las pruebas.

Nova avanzó tras él.

—Pero… el arma. Tienen el arma que usé en el desfile. A estas alturas, deben haber analizado las huellas digitales, e incorporado los resultados en la base de datos. Si me escanean durante las pruebas, se enterarán.

—Siempre que las huellas digitales coincidan.

—¡Por supuesto que coincidirán! —hizo una pausa—. Espera. ¿Por qué no habrían de coincidir?

Las pisadas de Leroy se aceleraron mientras se abría paso hacia el final del muelle, para regresar a la orilla y la carretera, ansioso por escapar de las ráfagas de viento. Nova le siguió el paso esperando pero, para cuando llegaron al auto y se deslizaron dentro, aún él no había dicho nada.

—Leroy —dijo Nova, cerrando la puerta—. ¿Por qué no habrían de coincidir las huellas?

—Porque vamos a alterar las tuyas —dijo, sin mirarla.

Una sensación de hormigueo invadió las puntas de sus dedos, provocada por un ligero temor.

—¿Cómo?

Leroy se volteó para enfrentarla con una mirada vacilante, como si supiera que debió haber sacado el tema antes. Pero antes de responder, Nova se imaginó exactamente cómo pensaba alterar sus huellas digitales.

Su mirada descendió a la mano que él había apoyado de forma compulsiva sobre la palanca de marchas.

—Oh.

—El dolor será tolerable —dijo, con palabras que tal vez estaban destinadas a reconfortarla.

Pero no era el dolor lo que le preocupaba.

—Pero ¿no resultará sospechoso? ¿Entrar con huellas digitales mutiladas?

—No tan sospechoso como lo sería una coincidencia perfecta con las huellas sobre aquella arma —respondió Leroy.

Lo miró irónicamente.

—Nos aseguraremos de que tengas una explicación verosímil —suspiró Leroy—. Pero… si no quieres hacerlo…

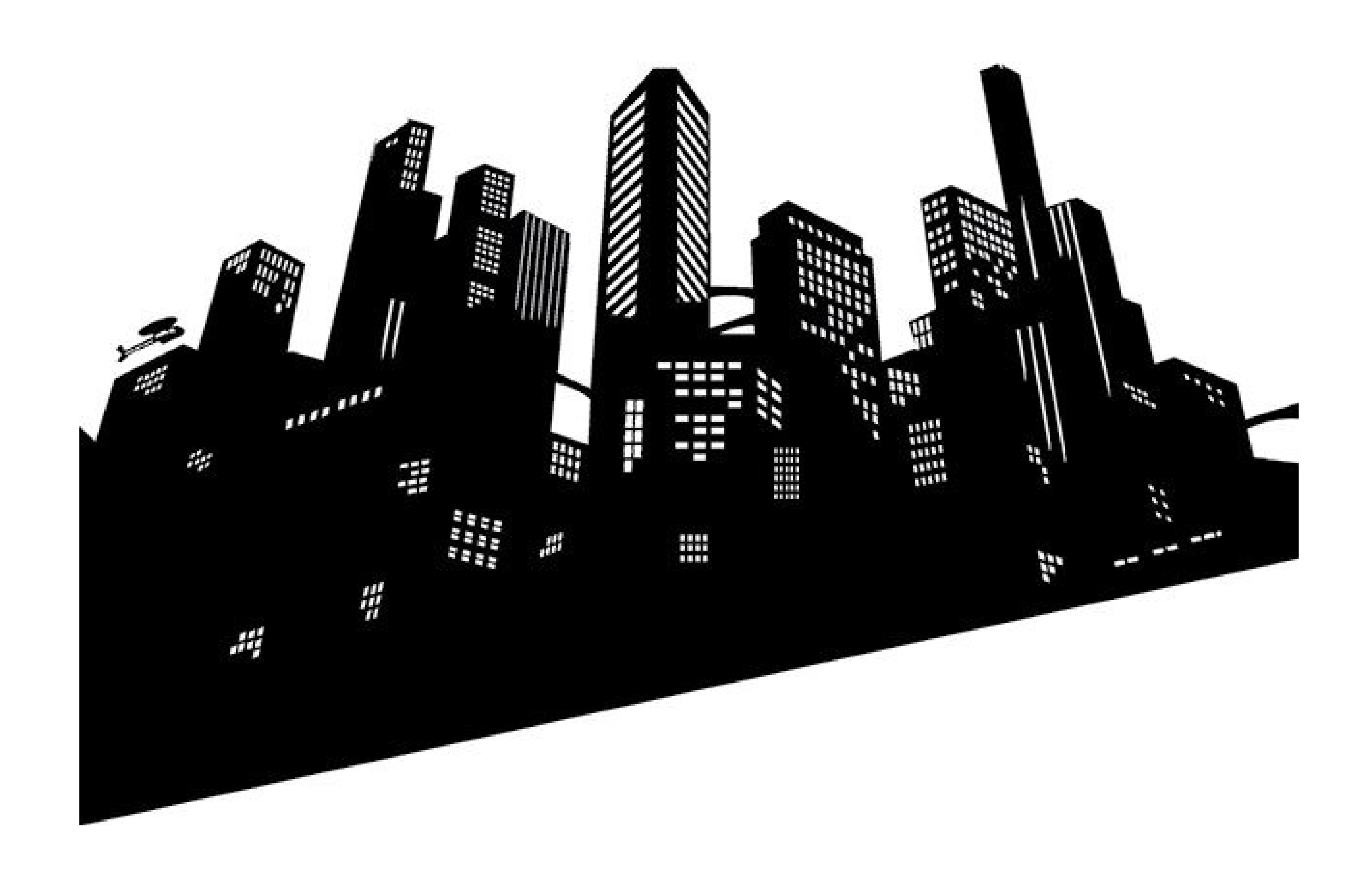
—Por supuesto que lo haré —dijo, con más enfado que el previsto—. No creo que sea lo peor que me haya pasado en la vida.

Leroy le dirigió una mirada rayana en la pena. Luego levantó la mano, como si intentara chocar los cinco. La bóveda de luz dentro del auto aún no se había apagado, y bajo su débil resplandor amarillento, Nova percibió el veneno que comenzaba a rezumar de su piel. Primero aparecieron gotas diminutas, que luego supuraron juntas hasta que las puntas de sus dedos quedaron recubiertas por una película negruzca. Nova no sabía si era un tipo de veneno o ácido lo que su cuerpo descargaba, o alguna sustancia química exclusiva de su propia fisiología.

No tenía demasiada importancia.

Inhaló, preparándose para lo que estaba a punto de hacer. Luego levantó su propia mano y presionó los dedos contra los de él.





# Capítulo 12

El estadio vibraba con cánticos y con el taconeo de las gradas, y las pruebas de selección todavía ni siquiera habían empezado. Adrian se hallaba de pie, reclinado contra la pared, justo dentro del pórtico que conducía al campo de juego. Miró a su alrededor mientras las gradas se llenaban de gente. La multitud estaba atestada de vistosos letreros rojos que se entregaban en la entrada. De un lado rezaban «héroe», y del otro, «cero».

Se imaginó que, para los no prodigios que venían a observar las pruebas de selección, eso era parte de la diversión. Aunque la decisión de quiénes aceptarían a los Renegados recaía, en último término, en los equipos mismos, los espectadores podían simular que influían en esa decisión levantando en el aire sus letreros cada vez que un participante entraba en el campo.

Nunca le habían gustado los días en que se efectuaban las pruebas de selección. Este era el cuarto evento anual, y le seguía provocando un malestar en el estómago. Es que todo el evento tenía un componente tan ridículo: el hecho de que el futuro de un prodigio se pudiera decidir basándose en algunas preguntas y en demostraciones de poder, que duraban treinta segundos. ¿Sería realmente todo lo que hacía falta para juzgar si alguien estaba en condiciones de ser un héroe? ¿Si era capaz de pelear por la justicia, defender a los débiles, proteger la ciudad? Realmente lo dudaba, y lo que era

más, sospechaba que, si lo hubieran obligado a someterse a las pruebas para entrar, tal vez, no lo hubiera conseguido.

Adrian se había convertido en un Renegado prácticamente de antemano. Era el hijo de Lady Indómita, y desde su muerte, lo habían criado el Capitán Chromium y Dread Warden. Nadie se hubiera atrevido a objetar a que le entregaran un uniforme. Por eso, tenía muchas oportunidades para demostrar su valía y sus habilidades. Una y otra vez, darles vida a sus ilustraciones resultó ser inmensamente útil.

Pero *útil* no siempre era lo que importaba en las pruebas de selección. Al menos, no para los espectadores. Querían ser deslumbrados, apabullados y, tal vez, un poco atemorizados. Querían estallidos y terremotos y, seguramente, el poder de Adrian habría decepcionado a los concurrentes.

Salvo que hubiera dibujado una granada de mano.

De hecho, una granada de mano habría sido algo bastante asombroso.

De todos modos, no había sido hecho para competir por un lugar con los Renegados, así que nunca sabría si lo habrían elegido o no.

Hoy no importaba demasiado lo que alguien pudiera pensar de sus poderes, no desde que había alterado su propia habilidad dibujándose tatuajes. Ya no era Sketch, un Renegado y un artista.

Era el Centinela.

Nunca nadie había tenido tanto poder como él, al menos, hasta donde él sabía. No se parecía a ningún otro prodigio con el que alguien se hubiera topado; había sido transformado.

Era extraño volver a llevar su uniforme de Renegado tras haber estado dentro de la armadura del Centinela: de pronto, la tela ceñida lo hizo sentir vulnerable. No dejaba de deslizar el dedo entre el cuello de la camisa y la garganta, intentando darse más lugar para respirar.

—¡Feliz día de pruebas de selección, *ju, ju, ju*!

Adrian giró y vio a Oscar descendiendo sin prisa por el corredor de bloques de hormigón. Asestó varios golpes en el aire con el bastón antes de volver a apoyarlo sobre el suelo.

—Traigan a los principiantes porque estoy listo para *dictar sentencia*.

Ruby lo seguía de cerca, rebotando sobre las plantas de los pies.

—¿Qué tal luce ahí afuera? —preguntó, parándose junto a Adrian. Sus ojos se agrandaron—. Cielos, hay mucha gente —su heliotropo colgaba de la muñeca, descansaba sobre el muslo mientras paseaba la mirada por el estadio atestado de gente. Luego Ruby volvió la atención a las mesas que rodeaban el campo. Había cerca de cuarenta, cada una cubierta con una tela roja. Todas las unidades de patrullaje debían asistir a las pruebas (por lo menos, las que no estuvieran en servicio activo aquella noche) durante las cuales se sentarían a las mesas y observarían a los candidatos que intentaban impresionarlos para, finalmente, decidir su suerte—. ¿De verdad existen tantas unidades de patrullaje hoy en día? —preguntó Ruby—. Cuando

yo me postulé, no había ni la mitad. Hay mucha menos congestión cuando estamos en el cuartel general.

—No nos ponen a menudo a todos juntos en una misma sala —dijo Adrian—. Pero no estoy seguro de cuántos equipos están buscando activamente nuevos miembros —sus ojos recorrieron la plataforma que colgaba sobre el extremo opuesto del campo. Los miembros del Consejo, incluidos sus padres, ya estaban sentados, charlando amistosamente y pausando, de vez en cuando, para sonreír ante una cámara. Hasta Thunderbird estaba allí. Los sanadores le habían dado permiso para venir mientras no hiciera nada estúpido, como intentar volar—. Además, sé que hoy el Consejo está ilusionado con incorporar algún talento nuevo, así que veremos a cuántos eligen.

Ruby sacudió la cabeza, luciendo un poco aturdida por todo el alboroto.

—¿Te imaginas hacer las pruebas en estas condiciones? Hay tanta presión.

—Ustedes dos pasaron por pruebas para ser elegidos —dijo Adrian—. ¿No había presión en aquel momento?

—Oh, la había —dijo Ruby, con una carcajada nerviosa—. Estaba aterrada.

—Yo no —sonrió Oscar—. Pero sabía que sería elegido. ¿Quién no querría tener esto en su equipo? —Levantó una palma y una nubecilla de humo azulado se transformó en un dragón violento. Salió volando hacia las gradas ante los chillidos de los espectadores—. De verdad: este truco tiene incontables aplicaciones prácticas.

—Claro —repitió Ruby con sarcasmo—. *Incontables*.

—Es increíble —dijo Adrian—. Creo recordar que te desafiaron… ¿cuántos eran? ¿Nueve equipos diferentes todos a la vez?

—¡Sí! —Oscar estaba radiante al recordarlo—. ¿Y acaso no se arrepintieron después? Aquel fue un momento brillante para mí. Pensándolo bien, creo que ese día alcancé mi apogeo. Desde entonces, tengo la impresión de que mi vida ha ido cuesta abajo.

Ruby se rio.

—¿Recuerdas cómo te miró Mia Hagner cuando derrotaste a Aplanadora? Eso fue genial.

Oscar inclinó la cabeza contra el hombro de Ruby, los ojos chispeantes.

—Por favor, continúa. Dime todo lo que recuerdas con lujo de detalle.

Ruby apoyó la cabeza contra la suya.

—Lo haría, salvo que llenaste todo el campo de neblina de modo que, en realidad, nadie consiguió ver nada.

Oscar entrecerró un ojo.

—Oh, sí. Pero te aseguro que fue un triunfo contundente.

Adrian sacudió la cabeza, observando las gradas que se llenaban de espectadores, algunos de los cuales habían comenzado a hacer la ola. Recordaba a la perfección las pruebas de selección de sus tres compañeros de equipo, aunque en aquel momento no fuera líder de equipo. Danna fue aceptada sin cuestionamientos durante su prueba: su

capacidad para dispersarse en un enjambre de mariposas le permitía camuflarse rápida y convenientemente, algo fundamental cuando había que escabullirse dentro de lugares a los que otros no tenían acceso fácil.

Pero Oscar y Ruby fueron impugnados, lo cual quería decir que, mientras que un equipo había visto su potencial, los otros habían cuestionado si merecían un lugar entre los Renegados. Cada uno tuvo que demostrar su valía en un combate cara a cara contra un miembro de uno de los equipos que los desafiaban.

Aunque Oscar hubiera impresionado a todo el público con una manada entera de dragones de humo y un ejército de caballeros espectrales, siempre alguien habría cuestionado que un muchacho con una enfermedad ósea, que lo obligaba a caminar con un bastón, pudiera convertirse en un héroe de Gatlon City. Pero sorprendió a todos al derribar a Aplanadora, un prodigio conocido por aplastar a cualquiera o cualquier cosa que se pusiera en su camino. Oscar lanzó una espesa neblina sobre el campo, lo cual cegó a Aplanadora. Luego la engañó para que lo persiguiera, hasta que estuvo a solo un par de metros dentro del *ring*. Finalmente, le descargó una lluvia de dardos de espeso humo negro. Aplanadora tosió, se atragantó y salió a los tropezones del *ring*, y Cortina de Humo quedó incorporado a los Renegados.

Ruby también había sido subestimada. Aunque antes de aquellas pruebas, ya practicaba artes marciales durante años, consideraban que su verdadera habilidad —la capacidad de que su sangre se cristalizara en gemas semejantes a rubíes cada vez que sangraba— era más propia del mercado negro que de una vida dedicada a velar por el cumplimiento de la ley. Enfrentó a Guillotina, quien creyó que había obtenido una victoria fácil cuando hirió el antebrazo de Ruby durante su primer ataque. Menos de un minuto después, Ruby respondió con contundencia: su brazo se cubrió de pronto de estalagmitas rojas tan afiladas como dagas. Guillotina sufrió más de algunas heridas propias antes de darse por vencida.

—Está bien, iré a buscar comida —dijo Oscar—. ¿Qué quieren, muchachos? ¿Pretzels? ¿Hot dogs?

—Algodón de azúcar —pidió Ruby—. El que mezcla el azul y el rosado.

—Entendido. ¿Sketch?

—Nada, gracias.

—Te traeré unas palomitas de maíz. No dejen que suceda nada emocionante en mi ausencia —guiñó el ojo y se retiró por el corredor.

—No te lo prometo —canturreó Ruby mientras se iba. Luego sus ojos se iluminaron al señalar las gradas—. ¡Oh, mira! ¡Alguien te hizo un letrero!

Sorprendido, Adrian siguió su gesto y advirtió a una mujer con un letrero hecho a mano que decía: «**Everhart = ¡Mi héroe para siempre!**».

—Estoy casi seguro de que se refiere a mi papá.

Ruby se desanimó.

—No lo sabes —inclinó la cabeza a un lado, como si ver el letrero desde un ángulo diferente pudiera cambiarlo—. Sí, tal vez tengas razón. Pero ¿podemos

simular que alguien te hizo un letrero?

—En realidad, no tiene mayor importancia —dijo Adrian. Miró a la multitud frunciendo el ceño. No veía la hora de que terminara todo esto. No es que estuviera nervioso, era algo más parecido a la vergüenza, en cierto sentido. Participar de una tradición de la que no estaba seguro que aprobaba.

Se suponía que debían alentar a todos los prodigios… en realidad, a todos los seres *humanos*, para que fueran lo más heroicos posible. ¿Cómo se promovía ese objetivo rechazando a alguien en público?

Además, hoy no solo se juzgaba a los concursantes, sino también a los Renegados. El público quería ver a los paladines prodigios que estaban a cargo de proteger su ciudad, de protegerlos *a ellos*. Querían saber si estaban en buenas manos.

Y, claro, también querían una tarde de diversión gratuita.

Todo le parecía a Adrian un modo absurdo de manejar la cuestión del reclutamiento. ¿Realmente no tenían cosas mejores que hacer?

—¿Cómo está Danna? —preguntó Adrian, advirtiendo otro letrero garabateado a mano en las gradas que decía: «**¡¡¡Tú me enciendes, Blacklight!!!**».

—Triste por no poder estar —respondió Ruby—. Odia estar encerrada.

—Yo también lo estaría —dijo Adrian.

De pronto, Ruby se tensó junto a él. Adrian siguió su mirada de furia. Genissa Clark, alias Congelina, se abría paso por el túnel, rodeada del resto de su equipo. No les dirigieron a Adrian ni a Ruby una sola mirada en tanto se encaminaban al campo, aunque se suponía que los equipos debían esperar a que se anunciase su presencia antes de dirigirse a sus mesas.

—Espero que nuestra mesa esté alejada de la suya —farfulló Ruby, cruzándose de brazos.

El labio de Adrian se retorció. Recordó que Genissa había sido quien impugnó la aceptación de Ruby por parte de los Renegados dos años atrás durante las pruebas de selección. Podía entender su resentimiento.

A él mismo tampoco le agradaba Genissa ni ninguno de los de su equipo. No le habían resultado agradables antes, y ver su comportamiento con los Anarquistas tampoco motivó un gran afecto por ellos. No quería decir que estos le simpatizaran demasiado, pero que Congelina y los demás actuaran como semejantes matones ebrios de poder era inaceptable bajo el código según el cual debían vivir los Renegados. Además, ver esas colmenas destruidas, aunque pertenecieran al enemigo, le había provocado un profundo rechazo.

Las malas decisiones de los villanos no eran exactamente culpa de las *abejas* después de todo.

Aunque no había conseguido información sobre Pesadilla ni había encontrado evidencia que pudiera usar para incriminar al resto de los Anarquistas, no se arrepentía de haber descendido a los túneles aquella noche. Con rapidez se corrió la voz por el cuartel general de que el Centinela había reaparecido, alegando haber sido

enviado por el Consejo mismo. Cuando este desmintió rotundamente las afirmaciones y, por último, se volvió evidente que el Centinela había estado mintiendo, la humillación de Genissa y su equipo fue casi palpable.

Adrian los había engañado para que abandonaran la misión. Los hizo quedar como idiotas, y no pudo evitar sentir cierta satisfacción cada vez que pensaba en ello.

La desventaja, sin embargo, era que el misterio del Centinela aumentaba cada día. *¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Era realmente un proyecto secreto de Investigación y Desarrollo, o estaría involucrado con Pesadilla o con los Anarquistas, un enemigo cuya intención era confundirlos a todos?*

Lo que empezó siendo una investigación acerca de Pesadilla se estaba transformando rápidamente en una investigación acerca de *él*, y eso lo inquietaba.

El resto de los equipos también comenzó a dispersarse por el campo, algunos, mirando inquisitivamente al Consejo, sin saber si debían esperar o no, pero los miembros del Consejo se hallaban ocupados discutiendo entre sí, sin prestar demasiada atención al campo. El círculo de mesas comenzó a llenarse. Los espectadores en la gradas chillaron, los fans excitados intentaban llamar la atención de sus héroes favoritos.

—¡Aquí vengo! —llamó Oscar, apareciendo de entre la multitud del corredor. En una de sus manos llevaba una bandeja con comida, y bebida al estilo de un camarero sobre la cabeza—. Algodón de azúcar de dos colores para la dama; palomitas de maíz para mi hombre. Por favor, sírvanse patatas fritas con ajo o crocantes de chocolate, pero no toquen mi batido o no dudaré en matarlos a ustedes y a todos los que hayan amado alguna vez.

—Oscar, ¿me das un sorbo de tu batido? —preguntó Ruby, tomando la bolsa de algodón de azúcar de la parte superior de la pila.

Oscar clavó una mirada fría en ella durante tres o cuatro segundos, y luego perdió el ánimo.

—Está bien.

Dando brincos en el lugar, Ruby tomó el batido de la bandeja. Los ojos de Oscar siguieron el sorbete que ella llevó a sus labios, su nuez de Adán moviéndose espasmódicamente.

Adrian puso los ojos en blanco, apropiándose de un puñado de palomitas de maíz.

Sobre la plataforma del Consejo, Blacklight se acercó al micrófono y extendió los brazos hacia la multitud.

—¡Bienvenidos a la cuarta prueba anual de selección de los Renegados!

La multitud vitoreó. Las tribunas estaban atestadas de letreros que ondeaban, fans que gritaban, tacones que golpeaban.

Adrian sospechaba que esta no había sido la intención cuando los Renegados ascendieron al poder hacía tantos años. En aquel entonces, cualquiera que estuviera dispuesto a levantarse y pelear contra las bandas de villanos era un héroe. No hacía falta un distintivo especial ni un título para hacerlo. Tampoco, la aprobación de nadie.

Ahora, más que justicieros, eran celebridades. Celebridades que tenían un trabajo importante que realizar, pero celebridades al fin. Y se estaban volviendo tan políticos, influidos no por las necesidades de la gente, sino por lo que obtendría mayor apoyo popular. Por lo que los haría más interesantes.

Sabía que el Consejo solo pretendía mantener unida a la ciudad, intentaba aún fortalecer su tenue control. Sabía que no había sido fácil para ellos. Todos habían tenido veintitantos años cuando derrotaron a Ace Anarquía, salvo Blacklight, que apenas tenía diecinueve en aquel momento. Durante años habían sido héroes y combatientes del crimen, pero ninguno había planeado convertirse en líderes y legisladores.

Hicieron lo que pudieron. Construyeron una nueva ciudad sobre los vestigios de una antigua, trabajando incansablemente para sanar las heridas que las bandas de villanos habían dejado en la sociedad. Antes que nada, vinieron el orden y la justicia, una especie de sistema legal, y fueron los Renegados mismos tanto los creadores como los defensores del nuevo orden. Pero aquello solo había sido el comienzo.

La gente les dijo que necesitaba comida, así que los Renegados retiraron escombros y desechos de manzanas enteras de la ciudad, a fin de hacer lugar para jardines comunitarios y agricultura.

La gente necesitaba dónde guarecerse, así que repararon incontables edificios abandonados para volverlos habitables y seguros.

La gente necesitaba educación para sus hijos, así que asignaron fondos para profesores y material didáctico, y eligieron centros comunitarios donde se pudieran impartir clases regulares.

La gente necesitaba seguridad y representación política, así que pusieron en marcha el centro de Renegados de atención al cliente y citas semanales con el Consejo para los ciudadanos que quisieran ventilar sus reclamos.

La gente necesitaba ganarse la vida, así que el Consejo luchó por traer la manufactura y los trabajos de construcción a la ciudad, estableciendo nuevos acuerdos comerciales con países que habían sido bloqueados durante décadas.

Cuando no había financiamiento para que la sociedad siguiera avanzando, el Consejo intercambió un recurso que sí tenía en abundancia: los superhéroes y los superpoderes. En algunos sentidos, los Renegados se habían convertido en una mercancía, una de las mercancías más valiosas del mundo. Aunque los prodigios venían de todas partes para ser entrenados y adoctrinados en Gatlon City, una vez que integraban el sindicato cada vez más numeroso, se los podía enviar al extranjero, a fin de ayudar con huracanes e inundaciones, pelear guerras, derrotar organizaciones delictivas, o contribuir con la extracción de recursos naturales de la Tierra. Los gobiernos extranjeros, muchos de los cuales habían sufrido ellos mismos el aumento de villanos y de bandas que imitaban a los Anarquistas, estaban dispuestos a pagar sumas formidables por los servicios de los Renegados, y aquella riqueza había vuelto lentamente a la ciudad, apenas lo suficiente para seguir avanzando.

Las relaciones habían venido también con un beneficio secundario. En un plazo breve, los Renegados se habían convertido en una corporación multinacional, con embajadas diseminadas por el mundo. El resultado era que más y más prodigios jóvenes aspiraban a ser uno de los grandes héroes mundiales y peregrinaban a las pruebas de selección anuales con la esperanza de que se los aceptase en su redil.

De esa manera los Renegados se volvieron más fuertes, y también la ciudad y el Consejo. En una década habían conseguido grandes progresos. Tenían motivos para sentirse orgullosos.

Y, sin embargo, con toda esta fanfarria, con todo este alboroto y ceremonia, Adrian no pudo evitar sentir que habían perdido de vista el propósito. Estaban olvidándose de lo que eran.

Ni celebridades ni políticos.

*Héroes.*

—Por favor, todas las unidades de patrullaje acérquense al campo de juego —dijo Blacklight.

Los equipos que habían optado por permanecer en el corredor avanzaron en fila. Adrian encontró su mesa casi directamente enfrente del portal por donde entrarían al campo los prodigios concursantes. Se sentó en el medio, con Ruby y Oscar situados a ambos lados. Oscar desparramó su selección de refrigerios ante ellos, y si a él o a Ruby les importaba que fueran el único equipo comiendo patatas fritas y golosinas, no lo manifestaron.

Ruby tomó la pequeña tableta sobre la mesa y comenzó a leer las instrucciones sobre cómo aceptar o rechazar un concursante, y sobre la responsabilidad importante que le cabía a cada equipo en cuanto a tomar decisiones que fortalecieran a los Renegados en su conjunto.

Cuando la euforia inicial de la multitud se hubo calmado, Blacklight explicó las reglas. Cada concursante sería llamado, uno por vez, a responder preguntas de los capitanes del equipo y realizaría una demostración de sus poderes. Los capitanes de equipo podían aceptar o rechazar al candidato, y el Consejo tendría una oportunidad para aceptar a cualquiera que no hubiera sido reclamado por un equipo específico. Si dos o más equipos querían al mismo prodigio aspirante, ese prodigio podía elegir con qué equipo quedarse.

—Y en cualquier momento —prosiguió Blacklight—, si un equipo está en desacuerdo con la elección de uno de sus contemporáneos, puede impugnar esa aceptación. En ese caso, el prodigio aspirante debe enfrentarse con un miembro del equipo desafiante, y ganar el duelo para unirse a los Renegados.

El público aulló. Esto era lo que quería. No un proceso de selección fácil, sino uno lleno de giros inesperados, desafíos y duelos.

*No se trata de encontrar nuevos héroes para proteger a la gente*, pensó Adrian. *Se trata del espectáculo*.

Pero él no era quien hacía las reglas.

—Y ahora —dijo Blacklight, levantando un puño en el aire—, ¡que comiencen las pruebas!

De sus manos brotaron haces de luz rojos y grises que estallaron en fuegos artificiales sobre el *ring*.

La multitud rugió.

Adrian tomó su rotulador y garabateó un cañón en miniatura sobre el mantel, con la mecha encendida. No era más grande que su mano, pero soltó una explosión inesperada, que descargó un torrente de papel picado y humo. El coletazo empujó el cañón hacia atrás sobre el armazón de ruedas, y Adrian lo atrapó justo antes de que cayera por el borde de la mesa. Ruby y Oscar aplaudieron, pero algunos de los Renegados de la mesa contigua les echaron miradas irritadas.

—Un mirlitón —susurró Oscar—. Dibújame un mirlitón.

—Oh… yo quiero címbalos —dijo Ruby—. ¿Los de dedos?

Adrian apoyó el cañón sobre la mesa y continuó garabateando mientras Blacklight prosiguió.

—Por favor, démosle la bienvenida a nuestro primer concursante de la tarde, intentando entrar en los Renegados por tercer año consecutivo… Dan Reynolds, alias… ¡la *Grulla*!

—Me acuerdo de este tipo —dijo Ruby—. El del origami, ¿verdad?

Efectivamente, era el del origami. Un joven de edad universitaria que podía confeccionar con papel criaturas de formas intrincadas, y luego hacerlas mover o revolotear bajo sus órdenes. Desafortunadamente, las criaturas no eran conscientes, lo cual limitaba de un modo grave su utilidad.

La muchedumbre abucheó y, casi en su totalidad, levantó el lado de sus tarjetas donde estaba impresa la palabra cero. Dan Reynolds fue rechazado por tercera vez.

—Pobre tipo —dijo Ruby—. Qué difícil.

—Debería actuar en espectáculos callejeros —comentó Oscar—. Los turistas pagarían lo que fuera por ver esas pequeñas tortugas —hizo un gesto hacia un puñado de coloridas tortugas de papel que Dan había confeccionado, que se abrían paso en ese momento lenta, muy lentamente, hacia el otro lado del campo. Oscar tocó el mirlitón para solidarizarse.

El siguiente concursante, que decía llamarse *Babble*, podía hablar cualquier idioma al instante.

—Cool —susurró Ruby—. Quisiera poder hacerlo.

Oscar se inclinó hacia delante.

—Tú sangras cristales que son armas.

—Sí, pero ¿hablar todos los idiomas sin tener que estudiarlos? Piensa en lo útil que sería.

Ninguno de los equipos eligió a Babble, pero luego de una breve discusión, el Consejo decidió incorporarlo a la familia de los Renegados de todos modos.

El público no parecía ni excitado ni decepcionado. Tal vez entendieran lo práctico

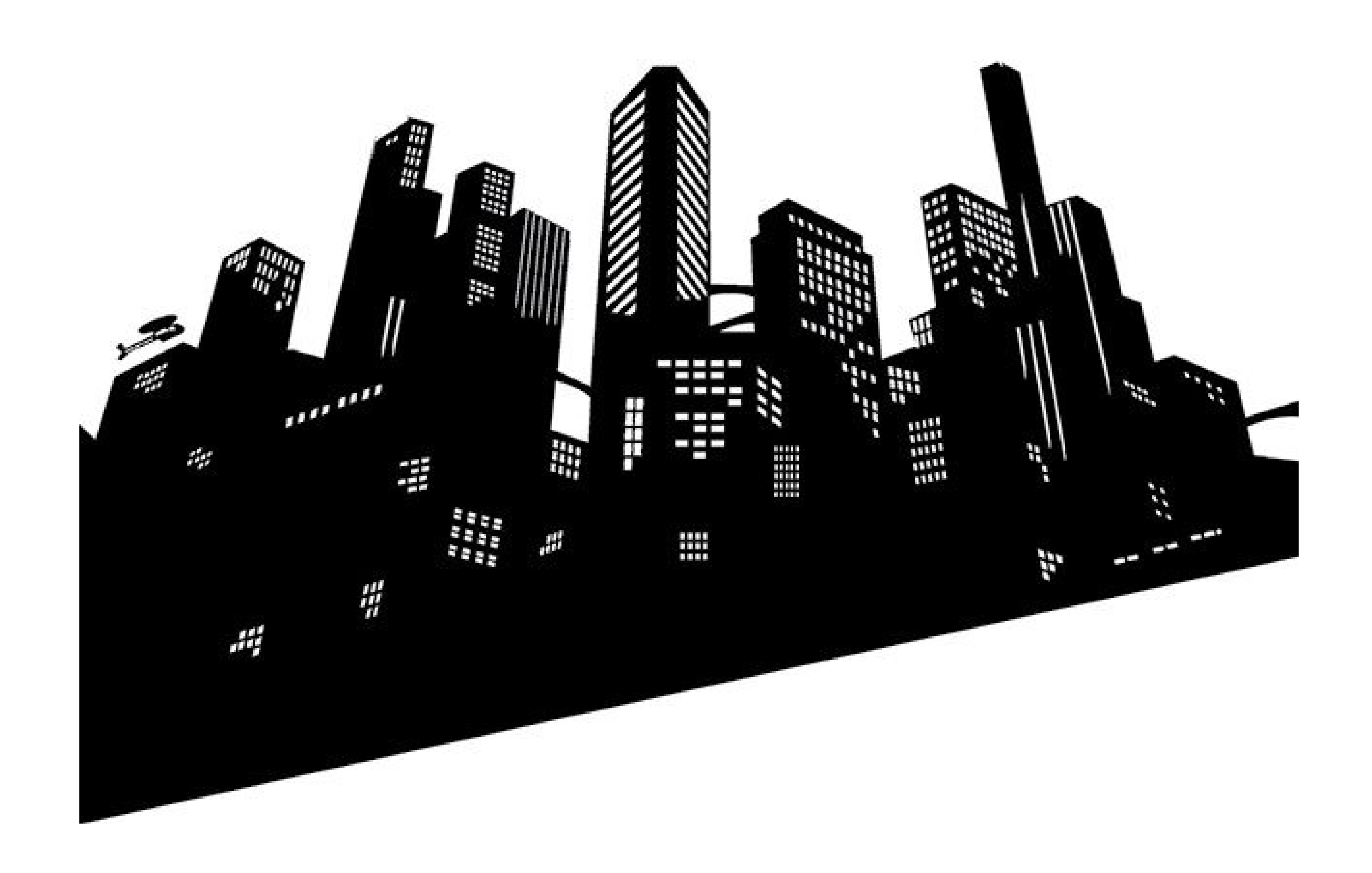
de la decisión.

—Muy bien —dijo Oscar, frotándose las manos—, ahora viene uno bueno. Puedo sentirlo —hizo una pausa y añadió—. A propósito, ¿estamos esperando encontrar a alguien hoy?

—No —respondió Ruby rápidamente—. Somos un gran equipo tal como estamos, ¿no es cierto, Sketch?

Adrian parpadeó, sus dedos se demoraban sobre la ilustración de un pequeño gong.

—Por supuesto —dijo—. Somos un gran equipo tal como estamos. Pero… ¿quién sabe? Tal vez, alguien nos sorprenda.



# Capítulo 13

—¿Nombre?

—Nova McLain.

El hombre sentado ante la mesa de inscripciones escribió algo en un registro de entrada.

Sin volver a levantar la mirada, extendió la mano.

Nova la miró fijo. ¿Pedía dinero? ¿Había que pagar para ser un Renegado? No recordaba haber visto nada acerca de ello. No tenía dinero. ¿Realmente excluirían a un prodigio solo porque…?

El hombre levantó la vista.

—¿Solicitud? —preguntó lentamente.

Nova se ruborizó y carraspeó.

—Claro —balbuceó, extrayendo la solicitud del bolso y plantándola sobre la palma abierta del hombre.

Las comisuras de la boca del hombre se curvaron hacia abajo al apoyar los papeles sobre el escritorio y alisar las arrugas.

—Anunciarán tu seudónimo cuando te llamen al campo de juego —dijo—. ¿Estás segura de que te agrada… —echó una mirada al documento— *Insomnia*? Puede resultar difícil cambiarlo después.

Nova se inclinó hacia delante, observando su propia solicitud dada vuelta, aunque ya la conocía de memoria. ¿Estaría intentando decirle que debía cambiarlo? ¿Habría elegido mal el nombre de *Insomnia*? De hecho, le gustaba, pero ahora tenía dudas. No era *Pesadilla*, pero tampoco estaba mal, ¿no?

—Eh… sí.

El hombre lo incluyó en el registro, con la expresión indiferente.

—Mano derecha —dijo, apoyando el bolígrafo y levantando una bola de algodón de una lata. La sumergió en un cuenco poco profundo, medio lleno de un líquido transparente. Luego volvió a mirar a Nova, que seguía inmóvil—. *Mano derecha* —repitió.

Ella tragó y le dio la mano. El hombre frotó la punta de cada dedo con la bolita de algodón. El olor inconfundible a alcohol flotó hacia ella. La bolita de algodón estaba fría, y las manos del hombre eran gruesas y húmedas. Nova no pudo evitar que se le erizara la piel. Aunque solo llevó un momento, soltó un suspiro de alivio cuando acabó.

El hombre golpeteó la parte de arriba de una pequeña máquina. Una pantalla mostró el diagrama de una mano; los espacios precisos donde ella debía apoyar las puntas de los dedos, indicados con óvalos azules.

—Adelante —dijo el hombre—. Tendrás que presionar y retener unos segundos.

Armándose de coraje, Nova apoyó los dedos contra la pantalla. La mano le temblaba, pero hizo lo posible por mantenerla firme mientras un reloj en la parte superior de la pantalla indicaba la duración del escaneo de sus huellas.

Para cuando terminó y Nova volvió a cruzar los brazos con nerviosismo, el hombre se hallaba frunciendo el ceño. Se encontró con su mirada, ahora una de sospecha.

Las huellas de la pantalla se encontraban obviamente mutiladas: áreas completas de las espirales de la piel, traspasadas con planos vacíos y lisos.

—Me las quemé cuando era chica —dijo. La mentira ensayada escapó de su boca antes que él preguntara—. Si mira mi solicitud, verá que me interesa mucho la ciencia, la química y la ingeniería, y… eh… De cualquier modo, estaba haciendo un experimento. Con ácido. Y… sucedió —hizo un gesto hacia la pantalla.

El hombre frunció los labios.

—Bueno —echó una ojeada al segundo monitor—, el sistema no encuentra coincidencias. Así que —levantó bruscamente el pulgar encima del hombro—, pasa por esas puertas y espera a ser llamada.

Su cuerpo se aquietó.

—¿En serio?

—En serio, ¿qué?

—¿En serio puedo… intentarlo?

—Para eso viniste, ¿no? —preguntó, asomándose para mirar detrás de ella—. ¡El siguiente!

—Oh, está bien. Gracias.

Nova esquivó la mesa y se apresuró a pasar las puertas de vaivén de doble hoja.

Seguramente, la sala a la que la habían dirigido había sido un vestuario en algún momento: húmeda, fría, puro concreto y mala iluminación, con el ligero aroma a sudor añoso, que permeaba las paredes. Habían eliminado los lockers en sí, y habían dejado en las paredes la marca descolorida de su ubicación anterior. Un hueco en la esquina aún tenía el desagüe en el suelo de baldosas, aunque solo quedaban agujeros donde la tubería y las cabezas de ducha habían sido instaladas una vez.

Ahora el sitio estaba lleno de bancas incómodas y un montón de prodigios nerviosos que se daban palabras de ánimo en voz baja. Un ventanal polarizado de un lado daba al campo de juego, donde podían observar las pruebas de selección en curso. En ese momento, un aspirante a Renegado se abría paso hacia el *ring* central. Las mesas alrededor de las cuales se reunían los equipos estaban dispuestas en torno al campo de juego, y habían colocado una enorme pancarta de papel entre dos pilares, que colgaba en el centro: «**¿Tienes lo que se necesita?**».

A su derecha, una plataforma se proyectaba sobre el campo, donde los cinco miembros del Consejo estaban sentados observando los actos del día. Incluso desde aquí abajo, podía ver las vendas que envolvían el ala de Thunderbird, y sintió cierto orgullo.

El año anterior Detonadora había sugerido que lanzaran un ataque durante las pruebas de selección, pero Cianuro consiguió quitárselo de la cabeza. Le pareció que habría demasiada concentración de prodigios y partidarios de los Renegados para resultar efectivos.

Ahora que lo veía por sí misma, Nova supo que tenía razón. Había prodigios por todos lados. Renegados *por todos lados*. Era un poco como estar rodeado por las colmenas de la Abeja Reina y que alguien fuera alérgico a las picaduras de abeja.

Se concentró en el campo, donde el concursante acababa de revelar que tenía cuatro brazos extra que salían de su caja torácica. La multitud se animó con letreros rojos, la gran mayoría proclamaba: «¡héroe!».

Nova rio irónicamente para sí. ¿Realmente creían que tener más brazos te convertía en un héroe? ¿O ser capaz de disparar fuegos artificiales desde las manos? ¿O siquiera tener una capa de cromo bajo la piel?

El heroísmo no se trataba de lo que podías hacer, sino de lo que hacías.

Tenía que ver con a quién salvabas cuando necesitaba ser salvado.

Cruzó los brazos, golpeteando los dedos contra los codos mientras las pruebas continuaban. Habían venido prodigios de todos los rincones de la ciudad; algunos incluso de las zonas más alejadas del mundo, con la esperanza de que se los aceptase entre la élite.

Muchos eran aceptados, pero los que no… Las miradas devastadas de sus rostros casi, casi hacían que sintiese pena por ellos. Pero ese era el resultado de depositar tantas esperanzas en los Renegados.

Cerró los ojos y exhaló. La amargura se acumuló sobre su lengua, llenándole la boca de un sabor agrio. El tufillo a sudor y a nervios le cerró la garganta.

No pertenecía aquí. Ni siquiera *quería* estar aquí. Si Cianuro no le hubiera puesto la idea en la cabeza, dudaba de si alguna vez se le hubiera ocurrido.

Pero si lo conseguía —si se convertía en una Renegada—, podía marcar una diferencia. ¿Qué aprendería desde dentro acerca de su cuartel general, del Consejo, de los planes para la ciudad?

Por no mencionar su nuevo enemigo.

El Centinela.

Hasta pensar en su nombre le contrajo el estómago, y volvió a recordar la petulante arrogancia que él manifestó en la azotea cuando dijo: *Soy el Centinela*.

Qué desagradable.

No era más que un sofisticado experimento científico, pero cuanto más pensaba en él, menos entendía la naturaleza del experimento. Tenía demasiados poderes, demasiadas habilidades para un prodigio. Jamás había visto algo así. Y si los Renegados de algún modo habían encontrado una manera de otorgarle múltiples superpoderes a un individuo, ¿qué les impediría crear todo un ejército de ellos?

Ya resultaba difícil pelear contra ellos. Durante diez años, los Anarquistas se habían aferrado a los últimos vestigios de subsistencia y libertad. Nova temía que el Centinela fuera el fin de la vida tal y como la conocían.

Pero no si ella podía aprender más y encontrar un modo de pelear contra él, o de destruirlo por completo, y a cualquier otro hecho a su imagen.

*El conocimiento es poder.*

Otra de las frases favoritas de Ace, taladrada en lo más profundo de su cabeza a lo largo de los años. Para derrocar a los Renegados, necesitaban conocimiento. Necesitaban conocer las debilidades y vulnerabilidades del enemigo.

Y si tenían éxito… si *ella* tenía éxito…

Dejar de ser considerados un parásito de la sociedad. Ser temidos sería tanto mejor que el desdén, las burlas, los insultos mezquinos de personas que preferían estar bajo el pulgar de sus ídolos que vivir libremente, por su propia voluntad y sus propias decisiones.

Volvió a abrir los ojos.

¿Lo lograría realmente? Tendría que pasarse días, semanas, o incluso meses fingiendo ser uno de ellos. ¿Cuánto tiempo sería capaz de aparentar lo que no era? ¿Cuánto tiempo antes de que también ellos advirtieran que ella no pertenecía?

Afuera en el estadio, el público reía a carcajadas ante una prodigio que demostraba su poder: expandir la cabeza como un globo de helio y luego flotar a unos centímetros del suelo hasta desinflarse.

La risa que llenó las gradas era, al principio, divertida, pero pronto se tornó cruel. Indignó a Nova. Sí, la chica podía haber parecido tonta al principio, pero ¿alguno de ellos podía hacer lo que estaba demostrando? ¿Realmente creían que eran mejores

que ella?

Los equipos de Renegados aportaron sus respuestas y la palabra rechazada parpadeó una docena de veces sobre el marcador. La chica fue despedida del campo, acompañada de un coro de abucheos.

La aversión le provocó arcadas a Nova. En ese momento, oyó que su nombre resonaba por los altavoces.

—La siguiente… ¡Nova McLain! Alias: ¡*Insomnia*!

Lanzó una mirada hacia el techo. No tenía que hacer esto. Aún podía marcharse.

O podía quedarse e intentar hacer algo que valiera la pena. Intentar que su familia sintiera orgullo de ella.

Cuadró los hombros y marchó hacia el campo de juego.



Adrian se enderezó en su asiento al tiempo que otra prodigio aspirante caminaba, a grandes pasos, al centro del *ring*. Le resultaba conocida. Ella se detuvo bajo la pancarta y las luces enceguecedoras, mirando, no a los equipos que la rodeaban, sino hacia arriba. Al Consejo.

Lo primero que le llamó la atención a Adrian fue la postura, el modo de pararse, como si la aspirante estuviera preparándose para un ataque de todos lados. Como si lo esperara: el mentón en alto, los hombros cuadrados, los pies firmemente plantados sobre el suelo. Lo suficientemente relajada, pero lista para el combate.

Los ojos de Adrian se agrandaron. Era la chica del desfile. La del brazalete.

¿Era una *prodigio*?

Vaya, eso explicaba por qué había quedado tan poco impresionada por lo que él podía hacer.

Empujó las gafas sobre el puente de la nariz y se inclinó hacia Ruby.

—¿Cuál dijo que era su nombre?

—Eh… —Ruby bajó la mirada a la tableta—. Nova. Nova McLain.

—Insomnia —resonó la voz atronadora de Blacklight—, puedes proceder con la demostración de tu superpoder.

Adrian arrimó la silla hacia delante, inclinando los codos sobre la mesa. Su mirada no dejaba de ir y venir entre la chica que se hallaba en el campo y las enormes pantallas sobre las gradas, que mostraban un primer plano de su rostro. Mechones de negro cabello ondulado, cortado justo encima de los hombros. Una nariz afilada, un mentón afilado y pómulos afilados. Su gesto resuelto le daba a todo el conjunto un aire demasiado severo. Intensos ojos azules, tan desconfiados como cuando él le había ofrecido arreglarle el broche roto del brazalete.

El micrófono situado por encima transmitió su voz, al responder:

—Mi superpoder no es exactamente algo que pueda demostrarse en un campo de

juego en treinta segundos o menos.

Una risita discreta se propagó entre la multitud. Había un dejo desafiante en su voz, tan diferente de los otros participantes que se habían manifestado entusiasmados y, a veces, desesperados por demostrar lo que sabían hacer.

—Entonces, por favor, descríbelo —dijo Blacklight—. Si es posible, de modo sucinto.

—No duermo —respondió sin más.

La ceja de Adrian se crispó. A la multitud también le pareció una respuesta desconcertante aunque, tras dudar un momento, hubo algunos abucheos esporádicos desde los asientos, y algunas tarjetas con la palabra CERO se levantaron en el aire.

—¿Podrías explicarlo? —preguntó Blacklight.

Un costado de la boca de Nova McLain se curvó hacia arriba de modo imperceptible.

—Claro —aclaró la garganta—. No duermo… *nunca*.

Se oyeron algunas carcajadas entre el público. Dos líderes de equipo teclearon *Rechazar* en las pantallas de sus tabletas, incluida Genissa Clark.

Adrian sintió que Ruby y Oscar lo miraban, pero mantuvo la vista fija en Nova McLain.

*Insomnia*.

—Ahora —prosiguió Nova—, si quiere saber qué habilidades no superiores, pero útiles tengo, puedo decirle que soy experta en el combate cuerpo a cuerpo y en manejar un montón de armas. Puedo correr un kilómetro y medio en siete minutos, saltar cinco metros y medio de largo tomando impulso corriendo, y sé mucho sobre física, electrónica y fuentes de energía renovable, entre otros temas.

Oscar soltó un silbido bajo.

—No alcanzo a darme cuenta de si eso fue arrogante —masculló Ruby— o simplemente… ya saben, sincero.

—No son mutuamente excluyentes —señaló Oscar.

—No duerme —dijo Adrian, golpeando el rotulador contra la mesa—. Podría ser valiosa para tareas de vigilancia, ¿no creen? Podríamos usarla, especialmente mientras se recupera Danna.

Ruby se inclinó hacia delante.

—Pero ¿por qué parece como si tuviera algo que demostrar?

—Estamos en las pruebas de los Renegados —sonrió Adrian con ironía—. Todo el mundo tiene algo que demostrar.

Y teniendo un poder que no podía demostrarse, que no resultaba llamativo en lo más mínimo, Adrian podía entender por qué actuaría a la defensiva.

La multitud comenzó a vociferar con más fuerza, y Adrian levantó la mirada a las gradas. Había más mezcla de letreros de cero y héroe que para los anteriores concursantes: se trataba de un público dividido, lo cual lo sorprendió. Parecía que su actitud despreocupada se estaba ganando adeptos, a pesar de sus habilidades

desprovistas de brillo.

Pero luego levantó la mirada al marcador y advirtió que el suyo era el único equipo que aún no había respondido. Todo el resto ya había votado el rechazo.

Nova McLain también miraba hacia arriba, al marcador, y si estaba decepcionada, no lo demostró. Su gesto lucía decidido al voltearse hacia su mesa. Sus ojos se encontraron con los de Adrian, y su expresión cedió a la sorpresa y al reconocimiento. Se enderezó. Él volvió a ver aquel ligero estrechamiento de los ojos, la misma desconfianza que recordaba del desfile. Y aunque estaba demasiado lejos para verlos con certeza, advirtió sorprendido que podía recordar la sombra exacta de sus ojos: un intenso color azul cobalto, perforado con esquirlas dispersas de gris jaspeado.

Tragó.

—Sketch —dijo Blacklight, llamando a Adrian por su seudónimo y provocándole un sobresalto—, ¿tienen tú o tu equipo alguna otra pregunta antes de tomar su decisión?

Apartando la bolsa de palomitas de maíz, Adrian se acercó el micrófono de la mesa. Nova clavó en él una mirada desafiante.

—Entonces —comenzó a decir, extrayendo la palabra mientras formulaba sus pensamientos—, cuando dices que no duermes *nunca*… ¿te refieres a que nunca, nunca, *nunca*?

Se oyeron algunas risitas entre el público.

—Bien dicho, Shakespeare —masculló Oscar, junto a él.

Nova McLain parecía confundida, como si no supiera si se burlaba de ella. Cuando el público volvió a hacer silencio, se inclinó hacia delante y repitió.

—Nunca, nunca… *nunca*.

Adrian se reclinó sobre su asiento. La miró a través del campo y ella le devolvió la mirada, sin inmutarse. Una catarata de justificaciones tomaron su cabeza por asalto, cada una, más lógica que la anterior.

Una prodigio que jamás dormía podía ser valiosa… para actividades de vigilancia, de seguridad, y por la sencilla razón matemática de contar con más horas de trabajo en la fuerza. Y en este momento, estaban sin Danna. Les faltaba una persona. Les vendría bien alguien con habilidades de combate. Había dicho que era hábil en combate, ¿verdad?

Además, estaba interesada en la ciencia y en la electrónica, y el sector de Investigación y Desarrollo siempre estaba buscando ayuda, siempre comenzaban nuevos proyectos y realizaban estudios nuevos. Sin duda, les vendría bien alguien como ella. Sin duda, les vendría bien a los Renegados.

Pero toda la lógica del mundo no podía contener la verdad que Adrian sentía en su corazón galopante.

Hubo algo de ella que lo cautivó en el desfile. Cuando Urraca le quitó el brazalete, él ya había estado observándola: fue la única razón por la cual vio lo que

sucedió. Porque incluso entonces ya se había sentido atraído por ella. No solo porque fuera bonita —aunque era evidente que también lo había notado—, sino porque la intensidad reflejada en la tensión de su mandíbula lo intrigaba, la determinación de su mirada le provocaba curiosidad.

—Eh, ¿Sketch? —susurró Oscar—. Si fuera un concurso de parpadeo, perdiste hace como ocho minutos.

Sin mirar a sus compañeros de equipo, Adrian tomó la tableta. Fue el instinto, no la lógica, lo que movió su mano. La certeza inexplicable de que ella debía estar aquí. Con él.

Bueno, no, no con *él*. Sino con su equipo. Y con los Renegados.

Se oyó el repiqueteo de una campana. Su respuesta apareció súbitamente sobre el tablero: aceptada.

Nova se volteó y miró el marcador como incrédula, y cuando volvió a mirar a Adrian, él percibió una vez más el recelo.

—Ah, claro —dijo Oscar—. Tú toma tus decisiones. No se trata de conversarlo como equipo ni nada.

—Te aseguro —susurró Adrian— que tengo un pálpito con ella.

Del otro lado, Ruby rio con sarcasmo.

—Sí, sé exactamente a qué tipo de pálpito te refieres.

Adrian se volteó hacia ella, irritado.

—No en *ese* sentido.

Ella levantó una ceja sugestiva.

Una corneta ensordecedora resonó por encima del estruendo del público. Adrian se sobresaltó y miró a su alrededor, momentáneamente perplejo. Le llevó un largo momento entender lo que significaba la corneta.

Habían impugnado su decisión.

A unas mesas más de distancia, Genissa Clark estaba de pie con las manos en las caderas.

Adrian gimió y se reclinó hacia atrás sobre su silla, arrastrando la palma sobre la parte de arriba de su cabello rasurado.

—¿En serio, Clark?

—¡Han impugnado la aceptación de Insomnia! —dijo Blacklight. El público respondió con un bramido de júbilo. Adrian echó un vistazo a Nova, pero su rostro estaba tan inmutable que él se preguntó si sabía lo que ello significaba.

—Oh, *vamos* —gritó Ruby. Empujó su silla hacia atrás y se paró, estirando la cabeza para mirar a Genissa—. Solo te opones porque somos *nosotros*.

Genissa bufó.

—No se hagan ilusiones —le respondió gritando. Se acercó el micrófono para que su voz llegara hasta las gradas—. Impugnamos la aceptación de Nova McLain, alegando que no hay modo de validar la legitimidad de nada de lo que ha dicho. No podemos probar si puede o no dormir ni hemos visto evidencia alguna de que sabe

electrónica, física o… ninguna de las otras disciplinas que nombró. Nos oponemos a esta aceptación basándonos en que, por lo que hemos visto hoy de Nova McLain (lo cual es precisamente *nada*), no podemos determinar si es digna del título de Renegada.

Era lo que había venido a buscar el público: drama, incertidumbre, un duelo potencial.

Adrian suspiró e intentó captar la atención de Nova, como pidiendo perdón, tal vez, aunque no estaba seguro de por qué debía hacerlo. Pero tenía fija la atención en Genissa. No se la veía alterada. Si acaso, una chispa de excitación brilló en su mirada, que Adrian estaba seguro de no haber visto antes.

—¡Hay una impugnación! —repitió Blacklight, para cualquiera que no hubiera estado prestando atención—. Insomnia, a fin de que ocupes tu lugar entre los Renegados, debes derrotar en un duelo mano a mano a un miembro del equipo que presenta el reto. Puedes elegir tu oponente. ¿Aceptas este desafío?

—Espera —dijo Adrian, tan fuerte que su propia voz, que retumbaba en sus oídos, le provocó un sobresalto—. Escucha, Congelina —Genissa volvió una mirada altiva hacia él, levantando una ceja—. Sé que podemos usar las habilidades que posee tanto en mi equipo como en la organización más amplia de los Renegados. Respetuosamente, solicito que retires tu desafío.

Genissa rio.

—Para tu información, Everhart, ninguno de nosotros tampoco duerme durante dieciséis horas del día. No es exactamente un *super*poder, y además, ¿cómo puede cualquiera de nosotros estar seguro de que dice la verdad?

—¿Por qué mentiría? —preguntó, la pregunta resonó en el estadio.

—Porque quiere ser uno de nosotros —respondió Genissa—. Porque *todos* quieren ser uno de nosotros.

—Entonces, ¿por qué no inventaría un superpoder… —Adrian sacudió los dedos en el aire— *superior*? ¿Por qué no…?

—Acepto el desafío.

La atención de Adrian volvió al campo de juego. Nova se encontraba parada con las manos sujetas detrás de la espalda, el mentón levantado mientras miraba a Congelina.

—Acepto el duelo.

Genissa Clark hizo una mueca burlona y empujó su silla hacia atrás, los cristales de hielo ya se formaban sobre los nudillos de sus manos.

—No contigo.

Genissa hizo una pausa.

Nova señaló con un dedo a la enorme figura que acechaba detrás de la mesa de Genissa: demasiado ancho para sentarse con sus compañeros de equipo, tenía el cuerpo demasiado pesado para sillas plegables. Caminó torpemente hacia delante, y las luces brillantes del campo se reflejaron en las ásperas piedras implantadas a lo

largo de sus brazos colosales.

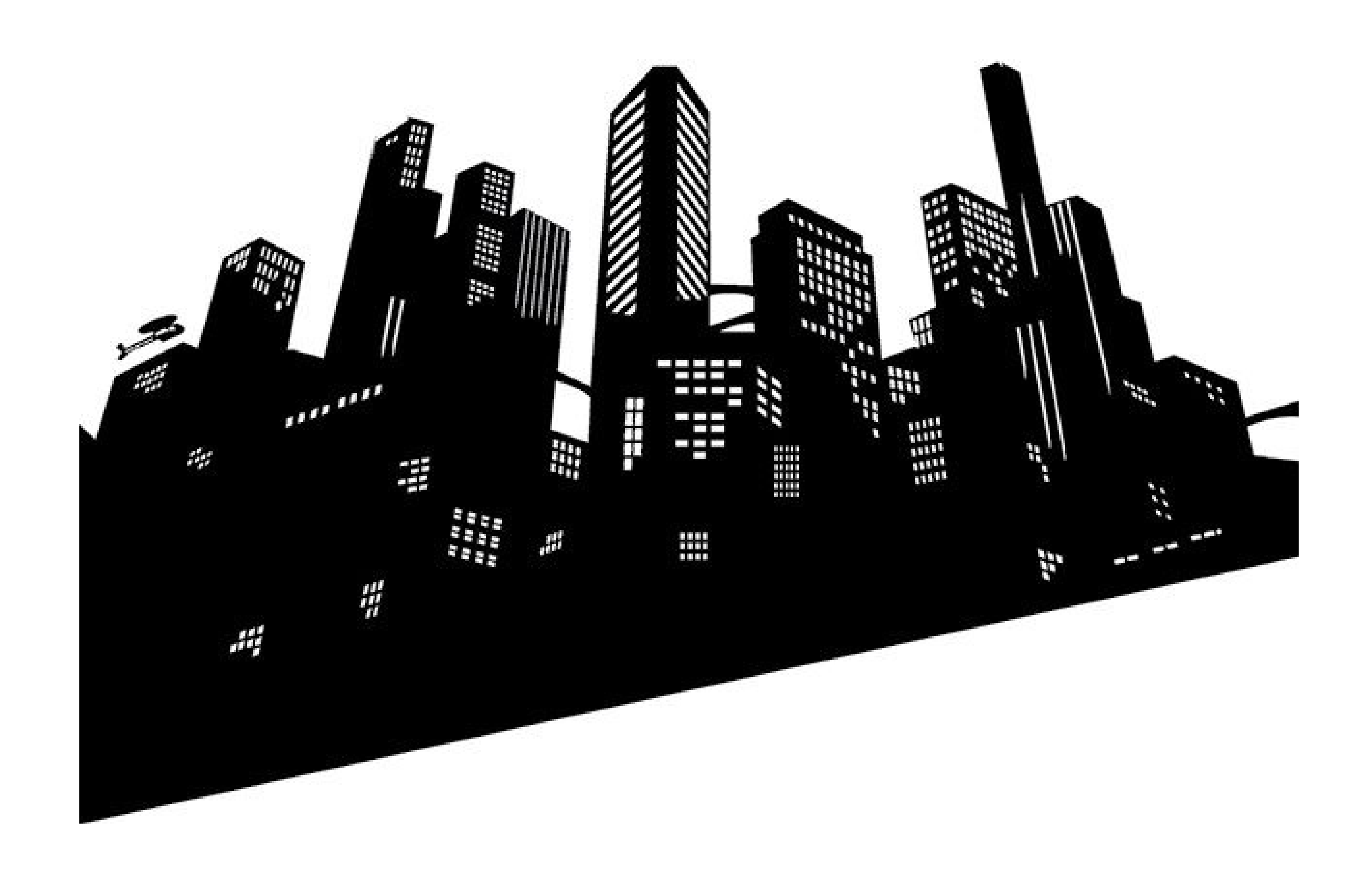
La mandíbula de Adrian se descolgó.

A su lado, Oscar comenzó a atragantarse con su bebida.

—¿Está loca?

En el campo de juego, Nova volteó la mano y curvó el dedo, haciéndole un gesto a la bestia para que se acercara.

—Pelearé contra la Gárgola.



# Capítulo 14

Everhart.

Congelina lo había llamado *Everhart*, y en un pestañeo, Nova advirtió por qué le había parecido tan familiar en el desfile.

Era Adrian Everhart. Hijo de Lady Indómita, una de las Renegadas originales, e hijo adoptivo nada menos que del Capitán Chromium y Dread Warden.

Qué idiota no haberlo notado antes. Sin duda, había visto su rostro suficientes veces en la portada de la prensa amarilla, diseminado en todos los puestos de periódicos a lo largo de la ciudad. Y aunque prefería quemar una de esas publicaciones antes que leerlas, debió saberlo. Incluso si había sido demasiado pequeña para que le importara cuando la adopción ocupó la primera plana. Incluso si creía que el hecho de que el público idolatrara permanentemente a su familia fuera uno de los principales problemas que enfrentaba la sociedad, y se negara de plano a participar de la obsesión mediática que tenían con ellos.

Él era el hijo de sus enemigos declarados, y debió saberlo.

Pero ahora compensaría esa ignorancia. Había sido aceptada por un equipo de Renegados. Por el equipo *de él*. Y, si alguna vez hubo una oportunidad para que ella se infiltrara en sus filas y aprendiera más sobre el Consejo y sus debilidades, claramente era esta.

Pero… lo primero era lo primero.

El público estalló en gritos frenéticos al tiempo que Gárgola avanzaba pesadamente hacia el campo, pero se hallaban amortiguados a los oídos de Nova. En su mente aún podía oír los chillidos histéricos de Honey mientras Gárgola le destrozaba las colmenas. Aún podía ver el modo en que había sonreído al hacerlo.

Al avanzar, el gigante flexionaba sus bíceps metódicamente, cada uno más grueso que la cabeza de Nova. Los trozos de piedra sobre su piel expuesta se corrían y ondulaban, moviéndose junto con los espasmos de sus músculos.

Un asomo de sonrisa retorció las comisuras de los labios de Nova.

Cómo iba a disfrutar esto.

Se explicaron las reglas por los altoparlantes. Nova no podía derribarlo o dejarlo inconsciente, lo cual era bueno ya que, mientras estuviera en territorio de Renegados, de ningún modo revelaría su verdadero poder, que la vincularía con Pesadilla. Por suerte, no necesitaba el contacto piel con piel para derrotarlo. Lo único que tenía que lograr era que Gárgola tocara el suelo fuera del *ring*.

E intentar que el gigante no la aplastara en el intento.

—¿Han comprendido sus objetivos? —preguntó Blacklight, aunque el griterío desde las gradas eran tan ensordecedor que Nova casi no logró escucharlo.

Levantó una mano en el aire.

—¿Puedo usar un arma? —preguntó. La pregunta resonó en el estadio, silenció momentáneamente a la multitud. Dejó caer la mano de nuevo—. No nos permitieron traer armas ajenas a los prodigios pero, como lo que impugnan es mi reclamo de ser hábil con una variedad de armas, me parece justo tener algo con qué defenderme.

Blacklight echó un vistazo al resto del Consejo. Seguramente, era la primera vez que surgía una pregunta como esta. Volviéndose al micrófono, aclaró la garganta.

—Gárgola, siendo tu oponente, puedes elegir aceptar o negar este pedido.

Gárgola abrió con amplitud sus brazos. Abarcaban el largo de un auto.

—¿Por qué no? No cambiará las cosas.

—¿Qué quieres? —gritó Congelina—. Lo haré yo misma.

Nova rotó los hombros, luego las muñecas, estirando las articulaciones para hacer sonar los nudillos.

—Un cuchillo.

Congelina hizo una mueca de desdén.

—¿Solo eso?

—Solo eso.

Pellizcando los dedos en el aire, Congelina los movió hacia abajo. Un puñal cristalino se materializó, con una longitud de veinte centímetros, la empuñadura y la hoja talladas de hielo reluciente. Rio al arrojarlo en dirección a Nova, que lo atrapó sin pestañear. El hielo estaba tan frío que quemaba. Lo pasó de una mano a otra, dándole tiempo a su piel para acostumbrarse.

—Esa fue una mala elección —dijo Congelina, sentándose de nuevo entre sus

compañeros de equipo y arrojando los pies sobre la mesa—. Ni siquiera penetrará la piel de Gárgola.

Nova le devolvió la sonrisa y giró la hoja entre los dedos mientras se dirigía a ocupar su lugar.

Frente a ella, Gárgola era tan intimidante como el demonio. Sus músculos se convertían continuamente en piedra y la piedra de nuevo en músculo. Hasta sus dientes, cuando sonreía, parecían tallados de pedruscos puntiagudos color gris.

El cuerno sonó a todo volumen, tronando por encima del clamor de la gente.

Gárgola avanzó a toda máquina. El suelo se quebró, agrietándose por la presión de sus pisadas, y nubes de polvo se arremolinaron a su paso. Llevó un brazo hacia atrás y Nova observó la sección entre el codo y sus gruesos nudillos que se endurecían como una piedra moteada de negro.

Fingió que se lanzaba hacia la izquierda. Gárgola tragó el anzuelo y propinó el golpe, en tanto ella giró, descendió con una voltereta bajo su otro brazo y se paró de un salto. Al comenzar a voltear para enfrentarlo, un tronco macizo se estrelló contra el costado de su cráneo.

Por un momento, quedó suspendida en el aire.

Su cuerpo cayó sobre la tierra firme con una reverberación que sacudió todo su esqueleto. Una lluvia de estrellas le nubló la vista. Con un quejido, levantó la mirada parpadeando hacia la pancarta de papel que ondeaba más arriba y oyó la ovación del público y el golpe seco de las pisadas de Gárgola, que se dirigía hacia ella.

—Muy bien —masculló Nova, una vez que la cabeza dejó de sonar como una campana de bronce—. Ya no cometeré ese error.

Una sombra eclipsó las luces resplandecientes del estadio. Ella alzó la mirada y le sonrió con dulzura al gigante, levantando una mano.

—¿Ayudarías a una dama a levantarse?

Gruñendo, Gárgola se inclinó y tomó la parte delantera de su camisa en un puño de piedra, levantándola en el aire.

—Todo superhéroe quisiera volar, ¿verdad? —preguntó, retrayendo sus labios hacia atrás, para revelar una serie de dientes rotos—. Entonces, querida, estás a punto de sentir ese placer —llevó el brazo atrás, preparándose para arrojar su cuerpo fuera del *ring*.

Pero antes de que lo hiciera, Nova balanceó los pies hacia arriba y envolvió los tobillos con fuerza alrededor de su bíceps, bloqueando las piernas. Gárgola intentó quitársela de encima, pero ella se aferró con fuerza. El coloso gruñó y comenzó a agitar el brazo, como intentando sacudirse de encima una araña pertinaz.

El público estalló en carcajadas.

Finalmente, Gárgola acercó la otra mano para despegar sus piernas, y Nova saltó hacia delante clavando la punta de la cuchilla de hielo en su palma.

El hielo se quebró, y quedó una empuñadura con una esquirla corta y rota.

Gárgola sonrió burlonamente.

—¿De verdad creías que…?

Nova aflojó los tobillos, cayó al suelo y arremetió contra su espinilla. Con el filo irregular de la hoja realizó un profundo corte en la pierna, en un sector de piel que aún no se había transformado en piedra.

Gárgola bramó e instintivamente lanzó una patada, dándole a Nova en el pecho. Esta aterrizó de espaldas, apenas dentro del borde del *ring*.

Nova se frotó el pecho con la mano libre, rodó de costado y volvió a ponerse de pie. Evaluó sus opciones mientras la mole de piedra, resoplando con furia renovada, y tal vez, vergüenza, se preparaba para volver a la carga.

Ella se pasó la lengua por los labios. Flexionó los dedos una vez alrededor de la empuñadura de la cuchilla y luego la metió dentro de su cintura, ignorando la sensación del hielo que le quemaba la piel.

Se preparó para un nuevo ataque.

Gárgola avanzó a toda marcha.

Nova avanzó también a toda marcha, dirigiéndose precipitadamente directo a su oponente.

Un instante antes de chocar, saltó hacia arriba. Aterrizó con ambos pies sobre los hombros del gigante, aprovechando el impulso para lanzarse contra uno de los pilares situados justo dentro del círculo. Apretó los brazos y las piernas alrededor del poste y comenzó a reptar hacia arriba.

Abajo, oyó la voz gruesa y provocadora de Gárgola, que hacía un comentario sobre la pequeña que huía, pero no le dio demasiada importancia a lo que creyera que estaba haciendo.

Al llegar a lo alto de la columna, tomó el gélido mango del cuchillo de su espalda y lo lanzó hacia las cuerdas que sostenían la larga pancarta de papel sobre el campo de juego. El hielo seguía afilado, y las cuerdas se rompieron con un corte limpio. El extremo de la pancarta de su lado cayó revoloteando al suelo.

Algo se astilló debajo de ella. La columna vibró. Nova miró hacia abajo en tanto Gárgola asestaba un segundo puñetazo al poste, y abría una profunda hendidura en la viga de madera.

La columna comenzó a crujir e inclinarse hacia el centro del *ring*.

Ella se lanzó hacia abajo y rodó sobre el suelo. Arrebató el extremo de la pancarta y se volvió a parar de un salto. Giró para enfrentar a su oponente, levantó la hoja de la cuchilla y la lanzó con fuerza. Trazó un arco perfecto en el aire, que se dirigió directo al pecho de la Gárgola.

Este la bloqueó con el antebrazo, y lo que quedaba del cuchillo estalló en cientos de diminutas esquirlas de hielo.

Su carcajada tronó a través del campo de juego. Miles de desconocidos la replicaron en las gradas.

—Y ahora, ¿qué plan tienes? —preguntó Gárgola—. ¿Estrangularme con un trozo de cartón?

Nova hizo un gesto de fastidio. Lo quería furioso, no divertido. Necesitaba que arremetiera contra ella, esta vez con pasión. En cambio, Gárgola se volteó hacia la multitud y comenzó a enardecerlos aún más, ladrando bromas sobre la pequeña que había perdido su cuchillo para pelar.

Nova echó una mirada a su alrededor, buscando algo que le sirviera.

Su mirada se cruzó con Adrian Everhart.

Estaba parado detrás de la mesa de su equipo, con ambas manos apoyadas sobre el mantel, los dedos tamborileaban ansiosamente mientras observaba el duelo. Se encontró con la mirada de Nova, con una intensidad que no había visto en el desfile.

Su pulso se aceleró.

Pasándose la lengua sobre los labios, ella echó un vistazo a la azarosa selección de objetos dispersos sobre su mesa.

—Eso —señaló.

Adrian bajó la mirada, levantando las manos como si creyera que podrían estar ocultando algo.

—¡El cañón!

Vacilando, Adrian levantó la pequeña estatuilla del cañón.

Nova envolvió el antebrazo en la pancarta y esperó desde lo más profundo que esta fuera lo suficientemente fuerte para resistir su peso, y comenzó a correr.

Gárgola se volteó hacia atrás con curiosidad, al tiempo que ella daba una vuelta completa alrededor del *ring*, y luego saltaba y se elevaba algunos centímetros sobre la pancarta. Gárgola se inclinó a medida que se acercaba a él, pero la intención de Nova no era atacarlo. En cambio, apoyó ambos pies con fuerza sobre sus hombros y aprovechó el envión, para impulsarse hacia fuera del *ring*.

—¡Ahora!

Adrian lanzó hacia ella el cañón miniatura en el momento en que pasó girando por su mesa. Nova lo atrapó con la mano libre, luego bajó deslizándose por la pancarta y volvió a caer con una voltereta dentro del *ring*.

La risa de Gárgola resonó en toda la arena.

—¿Qué dispara esa cosa: canicas? ¡Oh, estoy aterrado! ¡Por favor, no me lastimes!

La multitud rugió como respuesta.

En cuclillas cerca del centro del *ring*, con la pancarta aferrada en un puño y el cañón en la otra, Nova esbozó una sonrisa divertida.

—Si eres tan valiente, ¿por qué no te acercas un poco más y lo averiguas?

Gárgola sacudió la cabeza con una mueca burlona.

—Ten cuidado con lo que pides —luego echó a correr de nuevo hacia ella.

Nova trotó hacia atrás sobre las plantas de los pies, con la pancarta que ondeaba a su lado.

A último momento, arrojó el cañón entre ambos. Este se interpuso rodando en el camino de Gárgola, directo bajo uno de sus enormes pies. Al pisarlo, las ruedas

salieron disparadas de debajo de él, e hicieron que Gárgola perdiera el equilibrio. Soltó un aullido.

Mientras tropezaba, una mano intentó darle a Nova, y ella se apartó con un salto, para que no la alcanzara. Volteándose hacia un costado, levantó la pancarta por encima.

La bestia golpeó el papel como un toro enloquecido, y Nova saltó sobre su espalda, envolviéndolo alrededor de su cabeza para cegarlo. La otra mitad de la pancarta se había desprendido de la segunda columna, y Gárgola se tropezó sobre ella y cayó. El impulso de su propia embestida lo envió rodando hasta quedar de costado. Cayó redondo, a centímetros del borde del *ring*, mientras sus manos colosales tanteaban la venda de papel, para quitársela.

Nova saltó sobre su pecho macizo y le tomó una de las manos. Se separó del rostro de Gárgola sosteniendo la bola de papel estrujada. Confundido y desorientado, el ojo descubierto la miró furioso mientras ella empleaba todo el peso de su cuerpo para obligarlo a descender la mano sobre el césped artificial que tenía al lado.

La corneta sonó estridente.

Gárgola jaló la mano bruscamente como si el césped lo hubiera quemado. Se incorporó, quitándose de encima a Nova. Ella aterrizó con un gruñido de costado, bien fuera del *ring*, pero no le importó. Al mirar hacia arriba y ver al gigante que observaba consternado la huella de su propia mano en el césped, comenzó a reír.

—Piedra, papel o tijera —dijo Nova, poniéndose de pie y sacudiéndose los pantalones—. El papel le gana a la piedra.

Pasó caminando a su lado, ignorando a Congelina y su equipo, y concentrándose en cambio en Adrian Everhart.

El muchacho del desfile.

Aquel que le había arreglado el brazalete.

Mientras se acercaba, él le sostuvo la mirada, y el modo en que la observó hizo que su victoria de pronto pareciera reciente e inexplicablemente real. No era solo una mirada de sorpresa, aunque había algo de eso. También vio algo de asombro, admiración y orgullo, e hizo que el corazón se le hinchara.

Un Renegado la había desafiado en *las pruebas de selección*, y ella le había ganado.

Pero antes de llegar a la mesa, la atacaron de ambos lados.

Dos pares de brazos se cerraron alrededor de ella y alguien le chilló en el oído.

Instintivamente, Nova se desplomó sobre el suelo, les tomó los tobillos y jaló hacia arriba.

Los dos Renegados cayeron con fuerza sobre el suelo. El muchacho gimió de dolor. La chica quedó mirando boquiabierta el techo del estadio, abriendo y cerrando la boca temblorosamente mientras intentaba recobrar el aliento.

Nova gruñó, reconociendo a Cortina de Humo y a Asesina Roja. No tenía armas para defenderse, pero percibió la gema de rubí sujeta a la muñeca de Asesina Roja y

extendió la mano para tomarla, considerando una docena de modos diferentes de usarla en beneficio propio…

—¡Oye, oye, oye!

Nova detuvo la mano. Levantó la cabeza. Adrian Everhart saltó sobre la mesa y se acercó con las manos en alto, un rotulador de punta delgada metido entre los dedos.

—Ellos… están de nuestro lado… están conmigo —dijo, incluso mientras su preocupación cedía el lugar a aquella sonrisa ligeramente sorprendida y entrañable—. Están en tu equipo.

Nova parpadeó y volvió a mirar hacia abajo. Asesina Roja había conseguido sentarse, mientras Cortina de Humo gruñía.

—Un placer conocerte.

—Creo —dijo Asesina Roja, mirando a Nova asombrada— que nos llevaremos muy bien.

Nova tragó saliva.

—¿Ves? Están bien. Tú estás bien. Todo el mundo está bien —dijo Adrian.

—Gárgola no está bien —dijo Cortina de Humo, frotándose la cadera.

—No nos preocupa Gárgola —el muchacho quitó la tapa de su rotulador, se puso en cuclillas como para quedar al nivel de Nova y, sin molestarse en pedir permiso, comenzó a dibujar algo sobre su camisa, justo encima de su corazón galopante. Ella se retrajo ligeramente ante el contacto inesperado. Pero si él lo advirtió, fingió no darse cuenta.

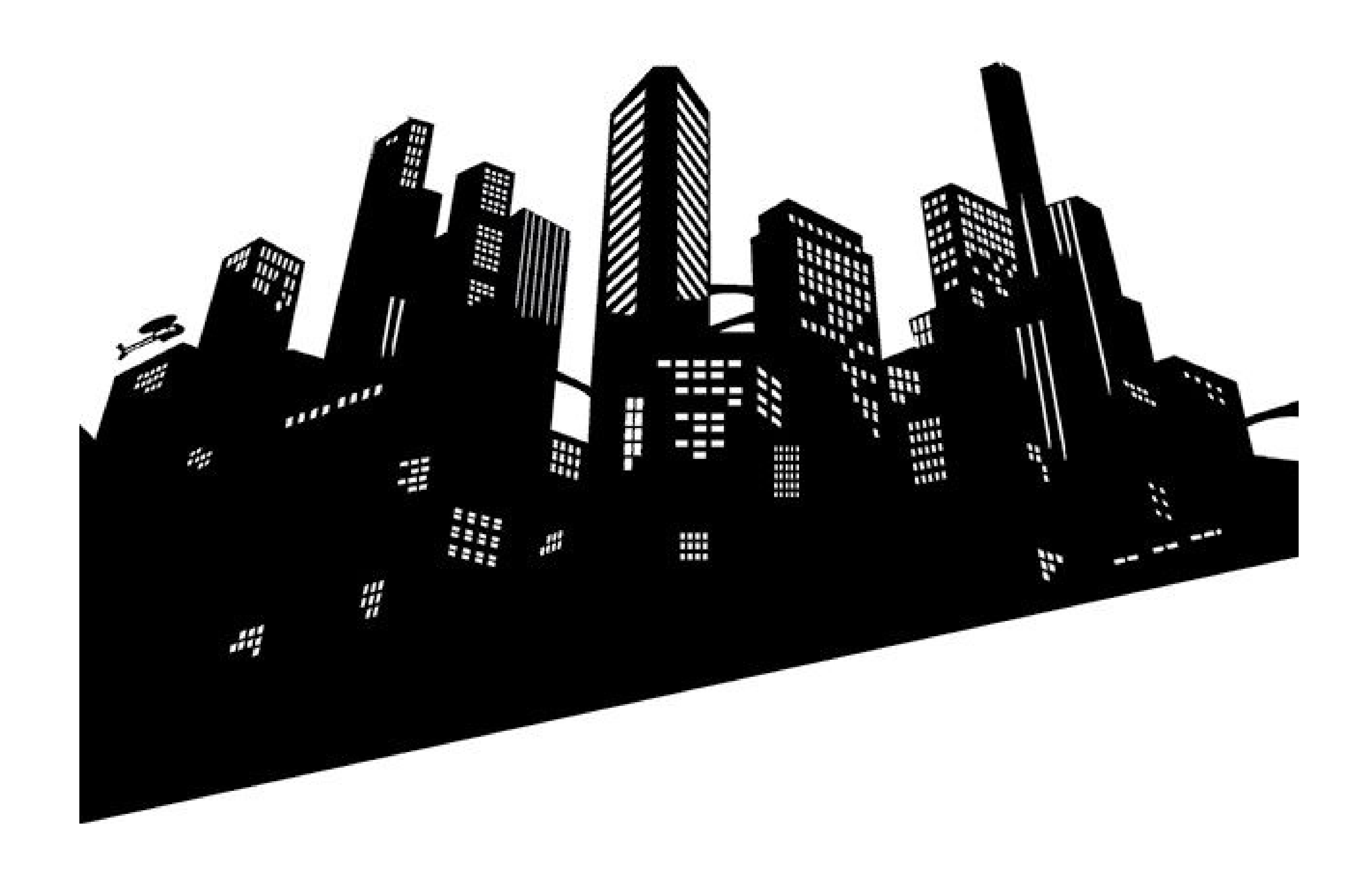
Cuando hubo terminado, el muchacho tapó el rotulador y se puso de pie.

Nova miró hacia abajo, el reluciente prendedor rojo sobre el pecho. Aquella R familiar, icónica, odiosa.

—Soy Adrian —dijo, extendiendo la mano. Un Renegado. Extendiéndole la mano… *a ella*.

Cuadrando los hombros, Nova la tomó y permitió que la ayudara a ponerse de pie. Él tenía el pulso firme, pero su expresión era cálida y amable, sus ojos negros centrados en ella desde detrás de aquellas gafas de montura gruesa. El caos del estadio se fue atenuando y distanciando. El mundo entero pareció encogerse hasta volverse este diminuto lugar en el espacio, donde Nova solo podía sentir la presión de su palma, sin temor al contacto de su piel. Donde solo podía ver aquella sonrisa amistosa y abierta. Donde podía oír, no los cánticos y los vítores de la multitud, sino solo su voz, sus palabras:

—Bienvenida a los Renegados.



# Capítulo 15

Adrian despertó temprano.

En el instante en que abrió los ojos, desapareció toda sensación de cansancio. No se consideraba una persona diurna pero, al sentarse en la cama, se sintió cargado de energía. Como si el día que tenía por delante estuviera lleno de oportunidades. No solo por las pruebas de selección, no solo porque tenían a un nuevo miembro del equipo, alguien a quien estaba bastante seguro de que todos los otros equipos en ese campo de juego se habían arrepentido de rechazar el instante en que derrotó a Gárgola.

Pero más que eso, tenía una pista nueva en el caso de Pesadilla. La noche anterior había oído a sus papás hablando acerca de la pistola con la que Ruby se había quedado durante la pelea de la azotea. El departamento de investigaciones la había rastreado a un traficante de armas que había comprado y vendido mucho armamento durante la Era de la Anarquía, un hombre llamado *Gene Cronin*, que se hacía llamar *el Bibliotecario*. No era un nombre particularmente original, ya que, de hecho, había dirigido una biblioteca pública durante la Era de la Anarquía, y aún lo seguía haciendo.

Adrian estaba seguro de que pronto asignarían a alguien para investigar a Cronin, tal vez incluso hoy, y estaba decidido a que les dieran la misión a él y a su equipo.

Después de todo, tenían un nuevo miembro. Una prodigio que no dormía nunca. Era el equipo de vigilancia ideal.

En un sentido misterioso, casi parecía predeterminado.

Además, por fin había perfeccionado el concepto para su nuevo tatuaje y para el nuevo poder del Centinela, y —Adrian se fijó en el brazalete de comunicación alrededor de la muñeca y notó que aún no eran siquiera las cinco— como aún faltaban tres horas para dirigirse al cuartel general, incluso tenía tiempo para aplicarse el tatuaje esa mañana.

Subió a la planta alta para prepararse una jarra de café, aunque no sentía que realmente lo necesitara, y para fijarse si sus papás seguían durmiendo. Hizo una pausa en el vestíbulo, y oyó los crujidos de la casa. Todo estaba quieto y oscuro.

Ellos tampoco eran precisamente personas diurnas.

Diez minutos después, volvió a su sótano reconvertido, con una taza de café en la mano. El subsuelo estaba dividido en dos habitaciones: la primera albergaba su cama, un sofá, un estante que desbordaba de antiguas libretas de bocetos y cómics, y una pequeña TV con una selección de videojuegos. La segunda habitación era su *taller de arte*, aunque este nombre hacía que pareciera mucho más cool de lo que realmente era. En realidad había solo un atril, un escritorio ordinario de madera contrachapada y el suelo cubierto de lonas, salpicadas de pintura acumulada durante años.

Todo lo que necesitaba ya se encontraba en la gaveta inferior del escritorio. Se sentó en la silla rodante de oficina y comenzó a organizar sus materiales.

Alcohol y bolas de algodón. Vendas. Un recipiente de tinta que había comprado en una tienda atestada de incienso a las afueras del distrito de Henbane, donde había estado oculto en una maceta con un árbol de dinero y un narguile.

Apoyó el brazo derecho sobre el escritorio con la palma hacia arriba y empleó los dedos de la otra mano para medir la longitud del cilindro que dibujaría. De ocho a diez centímetros, entre la muñeca y el codo. En un extremo incluiría el símbolo de una mira, para asegurar la puntería: fluido, sencillo, eficaz.

De todos modos, lo importante era la intención. Si consiguió hacer funcionar la cremallera, esto debía ser fácil. Había sido extremadamente intencional con aquella, asegurándose de dibujar justo el traje blindado que quería, hasta el más mínimo detalle, sin perder la concentración mientras marcaba el tatuaje sobre la piel.

La *intención*. Aprendió de muy niño que, en todo aquello referido a su habilidad, importaba mucho más que cualquier otra cosa. Ni destreza ni ejecución. Intención.

Si la cremallera podía ocultar todo un traje y casco blindados, entonces no cabía duda de que este cilindro podría producir un chorro constante de haces de energía percusivos.

Fácil.

Adrian mojó una bola de algodón en el alcohol y limpió la piel del antebrazo. Cuando hubo secado, dibujó el signo sobre la piel con un bolígrafo de tinta azul. El proceso fue más lento que con los primeros tatuajes, pues debía dibujar esta vez con

su mano no dominante, pero una vez que terminó, lucía exactamente como quería.

Aquella primera vez, para aquel primer tatuaje, había estado tan nervioso. Su cerebro lo había acosado con una cantidad de advertencias prácticas sobre enfermedades transmisibles por pinchazos de aguja, por no mencionar el dolor que sabía que sufriría tatuándose a sí mismo. A pesar de todas las heridas y las lesiones provocadas como consecuencia de ser un Renegado, aún no aceptaba el dolor cuando era, estrictamente hablando, innecesario.

Pero se había armado de coraje, primero, testeando sus habilidades con tatuajes sobre la piel de una toronja antes de animarse a hacerlo sobre sí mismo.

Lo primero que dibujó fue la llama. Aunque era pequeña, le llevó más de una hora completarla.

Luego fueron los resortes sobre las plantas de los pies, y esos sí habían dolido. Pero apretó los dientes y lo soportó, y la primera vez que saltó dos plantas de altura, supo que había valido la pena.

No fue sino después del éxito de los resortes cuando tuvo la idea del Centinela, inspirado en un personaje de ficción que creó a los once años, cuando había tenido el sueño de ganarse la vida dibujando cómics, algo que en el momento le resultaba más interesante que ser un Renegado. Completó tres ejemplares enteros de un cómic que tituló *Rebel Z*, y que jamás le había mostrado a nadie. En la historia, secuestraban a veintiséis chicos de la calle y los obligaban a someterse a los experimentos científicos de un loco. Los primeros veinticinco habían muerto como resultado de los experimentos, pero el último chico, conocido solo como *Z*, se convirtió en un superhéroe imbuido de una cantidad de superpoderes asombrosos. En el segundo número, obtuvo un traje blindado. En el tercero, comenzó a llamarse *el Centinela*, y se convirtió en un justiciero que se propuso destruir al científico loco y a cualquiera que lo hubiera ayudado a aprovecharse de tantos niños inocentes.

Después de eso, Adrian se aburrió de la historia y dejó de crear los cómics. Nunca llegó a ver a Z cobrarse venganza, pero sí se encontró a sí mismo pensando en el personaje una y otra vez, incluso a medida que pasaban los años. Un justiciero con una misión, un *alter ego*, un poder invencible. Un superhéroe en todos los sentidos de la palabra.

Cuando se le ocurrió el tatuaje de la cremallera, fue imposible resistir la tentación. En ese momento no se le había ocurrido apartarse del código de los Renegados. Si acaso, se moría de ganas de contarles a sus papás y a sus amigos sobre el Centinela una vez que supiera que funcionaba. Había tenido la intención de revelarse tras el desfile.

Pero luego transcurrió el desfile. Danna quedó lastimada, Pesadilla consiguió huir, y de pronto Adrian notó el atractivo de mantener una identidad secreta pues… en secreto.

No sería para siempre. Una vez que estuviera seguro de que podía controlar todos los poderes del Centinela, revelaría su identidad. O tal vez, esperaría hasta después de

haber encontrado a Pesadilla y de arrestarla. O hasta que descubriera su conexión con el asesino de su madre y también llevara a *estos* ante la justicia.

Igual que Rebel Z, una vez que su misión estuviera completa, se revelaría. Hasta entonces, el Centinela tenía trabajo por hacer.

Adrian acomodó las herramientas, llenó un platillo poco profundo con tinta negra y encendió una vela. Se pasó, una vez más, otra bola de algodón remojada en alcohol sobre la piel, decolorando la tinta ligeramente, y luego la secó con una toalla limpia.

Por último, esterilizó la aguja —una aguja ordinaria que había encontrado en un costurero olvidado dentro de un armario en el lavadero—, pasando la punta una y otra vez por la llama.

Flexionó el antebrazo, verificando el lugar del diseño una última vez. Luego sumergió la aguja en la tinta y se puso a trabajar.

El primer pinchazo era siempre el peor. Era el momento cuando se preguntaba, una vez más, si realmente era una mala idea hacer esto.

Pero las dudas desaparecían cada vez más rápido.

Pronto había adoptado un ritmo parejo de trabajo. Inclinado sobre el escritorio, observó sus dedos avanzar sobre las líneas azules. La aguja entraba y salía. Solo se detenía cada tanto para quitar las diminutas gotas de sangre con un trapo limpio. Mil pinchazos diminutos, que perforaban su carne a medida que los segundos y los minutos se convertían en horas. En un momento, oyó el crujido revelador de las tablas del suelo de arriba, que anunciaban los pasos de alguien en la cocina, pero lo ignoró. Sus papás siempre lo dejaban solo cuando estaba abajo en su habitación; además, con seguridad pensaban que estaba durmiendo.

Cuando acabó, Adrian apoyó la aguja, estiró el cuello, tronando placenteramente las articulaciones, y luego extendió el brazo, para admirar su obra: lacerada, tersa y permanente.

Volvió a guardar las herramientas en la gaveta y se dirigió arriba, al baño de la planta principal, para lavar y vendar la piel. Acababa de envolverla y de ponerse una camiseta de manga larga cuando oyó que Simon lo llamaba.

—¿Sí? —preguntó, entrando en la cocina.

Simon se hallaba parado ante una sartén, donde chisporroteaba tocino, mientras que Hugh se inclinaba sobre la barra revisando una enorme pila de cartas.

—Me pareció oír que te habías despertado —dijo Simon, haciendo un gesto con la cabeza hacia un plato repleto de melón, fresas y bollitos—. Siéntate a desayunar.

—¿Es real? —preguntó Adrian mirándolo fijo.

—Es real —dijo Simon, dirigiéndole una mirada severa, aunque Adrian sabía que era solo porque se sentía culpable de que la idea de un desayuno preparado en casa mereciera su desconfianza—. Estamos comenzando una nueva tradición familiar. Desayuno en familia, una vez por semana. Ahora sírvete un poco de tocino y siéntate.

Adrian reprimió una sonrisa e hizo lo que le indicaron. A Hugh y Simon les gustaba comenzar nuevas tradiciones familiares cada pocos meses. Y a lo largo de los

años, habían pasado por todo, desde juegos de mesa los viernes por la noche hasta pícnics en el parque durante el verano o un período breve en el que todos se pusieron de acuerdo para salir a correr todas las mañanas a las seis, lo cual había durado exactamente un día. Adrian sabía que era su manera de *hacer un esfuerzo*, como si después de todos estos años aún no estuvieran convencidos de que los tres eran de verdad una familia.

Así que Adrian, que amaba a sus padres, los hombres que lo habían acogido sin pensarlo dos veces tras la muerte de su madre, aceptó cuatro trozos de tocino y se sentó a la barra.

—¿Viene con jugo de naranja recién exprimido esta nueva tradición familiar?

—No abuses de tu suerte —Simon se preparó un plato para él.

—Entonces —dijo Hugh, echando una pila de propaganda indeseada en el cubo de la basura. El Consejo insistía en que un día de estos iba a comenzar un programa de reciclaje en toda la ciudad pero, como tantas de sus aspiraciones, aún tenía que cumplirse—. ¿Te hace ilusión que hoy comience un nuevo miembro en tu equipo?

Adrian parpadeó. Había estado tan concentrado en el tatuaje que casi se había olvidado de Nova McLain.

Casi.

—Sí —partió el bollito por la mitad y extendió una capa generosa de mantequilla —. Creo que estamos muy entusiasmados con su incorporación.

Simon sacudió la cabeza.

—Cuando decidió enfrentarse a Gárgola, pensé que estaba mal de la cabeza. Pero me impresionó cómo lo manejó. Necesitamos personas que sean ingeniosas como ella, que puedan pensar velozmente durante un altercado.

Adrian sonrió con ironía ante el término *altercado*. En algún momento, sus padres habían pasado de hablar como superhéroes a hablar como jefes de policía, y no sabía exactamente cuándo había sucedido.

—Espero que trabajen bien juntos —dijo Hugh, rasgando un sobre para abrirlo—. La química es importante en un equipo. Y hasta ahora, parecen entenderse. Espero que sea una buena opción.

—Pero si no lo es —dijo Simon—, le encontraremos un lugar. Fue una buena elección, Adrian. No estoy seguro de lo que te llevó a aceptarla, pero no creo que, después de aquella demostración, nadie cuestione si merece o no ser una Renegada —se estiró sobre el mostrador, hizo a un lado la pila de cartas y apoyó un plato de comida—. Come, Hugh.

Él bajó la mirada, momentáneamente sorprendido. Luego levantó un trozo de tocino y lo partió en dos.

—Por curiosidad —dijo Simon, extendiendo una capa de mantequilla sobre su propio bollito—, ¿qué te hizo elegirla? No sabía que querías añadir más personas a tu equipo.

Adrian dio un gran mordisco y advirtió después de hacerlo que, probablemente,

era un intento inconsciente de darse un poco de tiempo para responder.

Tomó un sorbo de su café frío y encogió los hombros.

—Supongo que la intuición.

—La intuición —repitió Hugh, asintiendo con la cabeza, como si Adrian acabara de impartir una gran verdad—. Es muy importante escuchar aquellos sentimientos cuando los tienes. Tener una intuición fuerte puede salvar vidas, especialmente en nuestro tipo de trabajo.

Adrian apoyó la taza.

—Claro. Hablando de eso… ¿cómo marcha la investigación de Pesadilla?

Simon levantó su plato y rodeó la barra, eligiendo un taburete al lado de Adrian.

—¿Sigues preocupado por ella?

—¿Preocupado por que haya una probable asesina suelta en nuestra ciudad y que no tengamos idea de lo que puede hacer o qué conexiones pueda tener? Sí, ya lo creo.

Simon le echó una mirada pensativa.

—Justamente, es probable que ayer hayamos recibido una pista nueva que promete. Esta tarde la investigaremos más a fondo.

—¿El arma? —preguntó Adrian, con descuido afectado—. ¿La que vincularon con Gene Cronin?

Hugh levantó la mirada.

—Has estado escuchando nuestras conversaciones.

—Me estaba sirviendo un refrigerio. Si fuera ultrasecreto, no deberían haber estado hablando de ello en el comedor.

Hugh y Simon intercambiaron miradas.

—Sí —dijo Simon—. No estamos seguros de que el Bibliotecario le haya vendido el arma, pero lo averiguaremos.

—¿Lo interrogarán?

—No inmediatamente —respondió Hugh—. Si sigue involucrado en el tráfico de armas ilegales, abordarlo demasiado pronto, sin pruebas suficientes, lo pondría sobre aviso. Podría hacer que suspendiera cualquier transacción con la que estuviera involucrado.

—¿Acaso el arma no es prueba suficiente?

Simon sacudió la cabeza.

—Tal vez haya estado pasándose de una banda criminal a otra durante los últimos diez años. Hasta que el arma cayó en nuestras manos, no teníamos ningún motivo para creer que Gene Cronin siguiera estando en el rubro. Por lo que sabemos, el Cartel de Vándalos se disolvió después de que mataran a la mayoría de sus miembros en la Batalla de Gatlon, y desde entonces, Gene Cronin no ha dado señales de participar en ninguna actividad ilegal. Existe la posibilidad de que aquella arma haya pasado por incontables manos antes de llegar a las de Pesadilla.

—Pero no crees que sea el caso —dijo Adrian—. Crees que sigue traficando, ¿verdad?

Hugh sonrió débilmente.

—Creemos que amerita ser investigado.

—Probablemente, comencemos vigilando su biblioteca —dijo Simon—. Es un ermitaño, así que, si sigue trabajando en el mercado negro, hay posibilidades de que cualquier transacción se esté desarrollando allá. Exploraremos el área un tiempo, al acecho de cualquier tipo de actividad ilegal.

—Pero eso podría llevar días… semanas, incluso. ¿Por qué no entran directamente y registran el lugar?

—¿Sin evidencia concreta de que haya cometido un delito? —dijo Simon, que parecía ofendido ante la idea.

—Oh, vamos —insistió Adrian—. Es un traficante de armas. Es un criminal. ¿Por qué defenderlo?

—Era un criminal —aclaró Hugh—, en un tiempo diferente, una sociedad diferente. Si comenzáramos a castigar a todo el mundo por los delitos cometidos hace una década, no quedaría nadie en esta ciudad *para* defender.

—Seguimos recuperándonos de la Era de la Anarquía —añadió Simon—. La autoridad de código protege los derechos y la privacidad de todo el mundo, incluso de aquellos que, alguna vez, estuvieron involucrados en bandas de villanos. Porque, ¿cómo podemos pretender que la gente cambie si no le damos una oportunidad para hacerlo?

Adrian frunció el ceño. No estaba convencido. Le parecía que tener un arma que podía rastrearse a Gene Cronin era motivo suficiente para registrar su biblioteca, pero se dio cuenta de que no ganaría con este argumento en el corto plazo.

—¿Ya han elegido a algún equipo para hacerlo?

—No, pero probablemente emplearemos a…

—Nosotros nos ofrecemos.

Simon vaciló, el tenedor a medio camino de la boca, con una fresa pinchada en las puntas.

—¿Qué?

—Adrian… —comenzó a decir Hugh.

—No digan que no —insistió, su mirada oscilaba entre los dos—. Solo escuchen. Queremos involucrarnos en el caso Pesadilla, y esta sería una manera fácil de hacerlo. Nadie más querrá sentarse toda la noche fuera de una biblioteca pública, esperando que suceda algo interesante. Y tendremos a la chica nueva, Nova. Ni siquiera necesita dormir.

Simon frunció el ceño pensativo, y Adrian advirtió que, por lo menos, este punto le resultaba convincente.

—¿Por qué te interesa tanto el caso Pesadilla? —preguntó Hugh, arrojando otra pila de sobres en el cubo de la basura.

—Ya van dos veces que mi equipo se enfrenta a ella —dijo Adrian—. Se está convirtiendo en algo personal. Además… te atacó *a ti*.

Hugh resopló con desdén. Adrian no supo si era solo para aparentar, o si realmente no consideraba que el ataque de Pesadilla mereciera tal preocupación.

—Lo digo en serio, papá. Por si no te diste cuenta, casi te mata.

Un músculo tironeó la mandíbula de Hugh.

—Y derribó a Tamaya con… con una red de pesca —siguió diciendo Adrian—, por no mencionar que, en parte, fue responsable de las heridas de Monarca, y consiguió eludir a Oscar y a Ruby, y… —inhaló bruscamente, girando una mano en el aire con un gesto que esperaba que aparentara indiferencia—… al Centinela ese. Es probable que no parezca tener demasiado poder, pero es una amenaza. No podemos volver a subestimarla.

—No la estamos subestimando —afirmó Simon—. Nos estamos tomando muy en serio el intento de asesinato. De hecho, tan en serio que parece irresponsable enviar a una unidad de patrullaje inexperta para realizar un trabajo de investigación.

Adrian se tensó, una ira ardiente tiñó sus mejillas.

—Creo que, a lo largo del último año, nuestro equipo ha dado sobradas muestras de su habilidad para manejar cualquier misión asignada.

—¿Excepto las dos oportunidades en las que Pesadilla consiguió huir? —preguntó Hugh.

Adrian lo miró furioso.

—Golpe bajo, papá.

Hugh suavizó la expresión.

—Escucha, no estamos diciendo que no creamos que puedas manejar esto. De hecho, preferimos mantenerte patrullando, donde emplees tus habilidades en beneficio de todos. ¿Sabías que el índice de criminalidad subió ocho por ciento el último trimestre? Necesitamos todas las unidades posibles en la calle.

—¿Y cuánto podría estar aportando Gene Cronin a ese índice? —preguntó Adrian, obligándose a hablar lentamente, a dar argumentos racionales—. Si sigue vendiéndoles armas ilegales a los delincuentes… ¿no creen que se haría un gran bien tan solo atrapando a este único tipo?

—Y para eso —dijo Simon—, enviaremos una unidad de investigación.

Adrian suspiró, frustrado.

—Vamos, envíennos a nosotros. Por favor.

—Adrian, ¿qué importancia tiene? —preguntó Simon—. Lo dijiste tú mismo: nadie quiere estar vigilando una biblioteca toda la noche cuando podrían estar ayudando gente.

—Porque quiero ser parte de esto —Adrian perdió la batalla para mantener su voz a raya—. Porque quiero encontrar a Pesadilla.

Simon se echó atrás, la cabeza inclinada a un lado, y Adrian advirtió por primera vez lo alborotada que se había vuelto su barba.

Miró a Hugh y vio que también necesitaba un corte de cabello, y rasurarse el rostro.

¿Cuándo había sido la última vez que cualquiera de ellos se tomaba un día simplemente para descansar? ¿Para, simplemente, *ser ellos mismos*? Siempre era el Consejo, la ciudad, los Renegados. Adrian no podía ni imaginar la presión que tenían, junto con el resto del Consejo. El mundo entero contaba con ellos para que lo guiara y protegiera, le brindara seguridad, estabilidad y justicia.

Suspiró, arrastrando el tenedor a través de las migas que habían caído del bollito.

—Oscar oyó que decía algo cuando peleaban en la azotea —dijo, esperando contra toda esperanza que no se molestaran jamás en confirmar esta mentira. Tragó —. Pesadilla dijo… *Sin miedo, no hay coraje*.

No tuvo que levantar la mirada a sus papás para percibir el cambio en el aire. Hugh inhaló bruscamente. Simon se apartó de la barra, reclinándose contra el respaldo de su taburete.

Hugh tamborileó los dedos sobre la barra.

—¿No crees que Pesadilla esté conectada con su muerte, verdad? Por lo que veo, es demasiado joven para haber estar involucrada.

—No, lo sé —dijo Adrian—. Pero… ¿y si sabe quién lo hizo? ¿Y si siguen vivos?

—Podría ser una coincidencia —señaló Simon.

—O no —replicó Adrian.

Simon masajeó el lugar entre sus gruesas cejas, donde siempre frotaba cuando estaba inmerso en sus preocupaciones.

—Las tarjetas como la encontrada en el cuerpo de Georgia también se encontraron en incontables cuerpos durante la Era de la Anarquía. Es posible que Pesadilla haya leído sobre ellas en algún lugar y esté… adoptando la frase.

Adrian apartó la mirada. La sugerencia era lógica, y probablemente debió ocurrírsele antes como una posibilidad. Pero… por algún motivo, no le cuadraba. Cuando Pesadilla la pronunció, no la había usado como una frase hecha, algo que esperaba que fuera citado en los periódicos al día siguiente. En cambio, lo dijo de un modo tan al pasar, tan espontáneamente. Como palabras que se pronuncian con naturalidad de tanto haberlas escuchado a lo largo del tiempo.

—Sería incongruente —señaló Hugh— que un villano no dejara más su marca si siguiera vivo.

—Lo sé —dijo Adrian—, pero no imposible.

Fue el motivo por el cual todo el mundo se apresuró a suponer que habían matado al asesino de Lady Indómita en la Batalla de Gatlon. Después de eso, aquellas notas misteriosas dejaron de aparecer en los cuerpos. De la noche a la mañana, aquellas horrendas pistas se esfumaron. Parecía lógico que quienquiera que estuviera dejándolas hubiera muerto.

Pero Adrian ya no tenía esa certeza.

—Por favor —dijo—. Solo quiero encontrarla. Necesito saber dónde escuchó esas palabras. Necesito saber lo que significan para ella. Y, de todos modos, enviarán a un equipo para investigar, ¿no es cierto? Dennos una oportunidad. Es todo lo que pido.

Hugh levantó su café aún humeante y lo bebió en tres largos sorbos. Adrian se dio cuenta, por este gesto, de que estaba considerando su pedido, aunque el acto mismo lo hizo estremecer. Como tantas cosas, este padre era inmune a algo tan simple como quemarse la lengua con una taza de café hirviendo.

Cuando volvió a apoyar la taza, Hugh miró a Simon del otro lado de la mesa.

Y aquella mirada, por inexpresiva que fuera, le dijo a Adrian todo lo que necesitaba saber. Tuvo que esforzarse por reprimir la sonrisa que amenazaba con aparecer.

Simon se rindió.

—Tu equipo queda excusado de patrullar las calles durante dos semanas para brindar asistencia en la investigación del caso Pesadilla. Les haremos llegar protocolos de vigilancia esta tarde y esperamos informes periódicos sobre cualquier hallazgo, por más intrascendente que parezca. Después de dos semanas, decidiremos si pueden continuar esta investigación o si regresan a patrullar la ciudad.

Adrian comenzó a sonreír, pero su papá levantó una mano, y lo detuvo a mitad de camino de su rostro.

—Pero lo digo en serio, Adrian. Ante la más mínima indicación de que Gene Cronin está involucrado en cualquier tipo de actividad ilegal, o si encuentras cualquier prueba que sugiera una conexión con Pesadilla o con cualquier otro villano, debes pedir refuerzos de un equipo de investigación experimentado de inmediato. No tienes permiso para enfrentar a Cronin solo, ¿comprendido?

—Sí, absolutamente —dijo Adrian, permitiendo que la sonrisa apareciera al fin —. Lo haremos. Gracias.

—No nos agradezcas todavía —añadió Hugh—. Aún no sabes lo insoportablemente aburrido que puede ser este tipo de trabajo.

Adrian encogió los hombros.

—Oscar estará allá. ¿Qué tan aburrido puede ser?

Hugh hizo una mueca.

—Buen punto.

—Debemos irnos —dijo Simon—. Hoy tenemos una lista completa de pedidos al Consejo, e incontables reuniones con el departamento de Investigación y Desarrollo, además de organizar los pormenores de la gala del mes que viene… —gimió—. A veces creo que no acabará nunca.

—No es fácil conducir al mundo hacia una nueva era —dijo Hugh. Rápidamente engulló la comida que quedaba en el plato y depositó el plato vacío en el fregadero.

Adrian observó a sus papás reuniendo sus pertenencias, enfundándose los *blazers* negros y los fulares sobre sus trajes de un modo casi cómico: como chicos que se ponen los abrigos de invierno sobre los disfraces de Halloween.

Estaban a punto de marcharse cuando Simon hizo una pausa y miró hacia atrás, sus ojos especulativos.

—Adrian…

Él se enderezó, preparándose mientras observaba a Simon luchar con lo que quería decir.

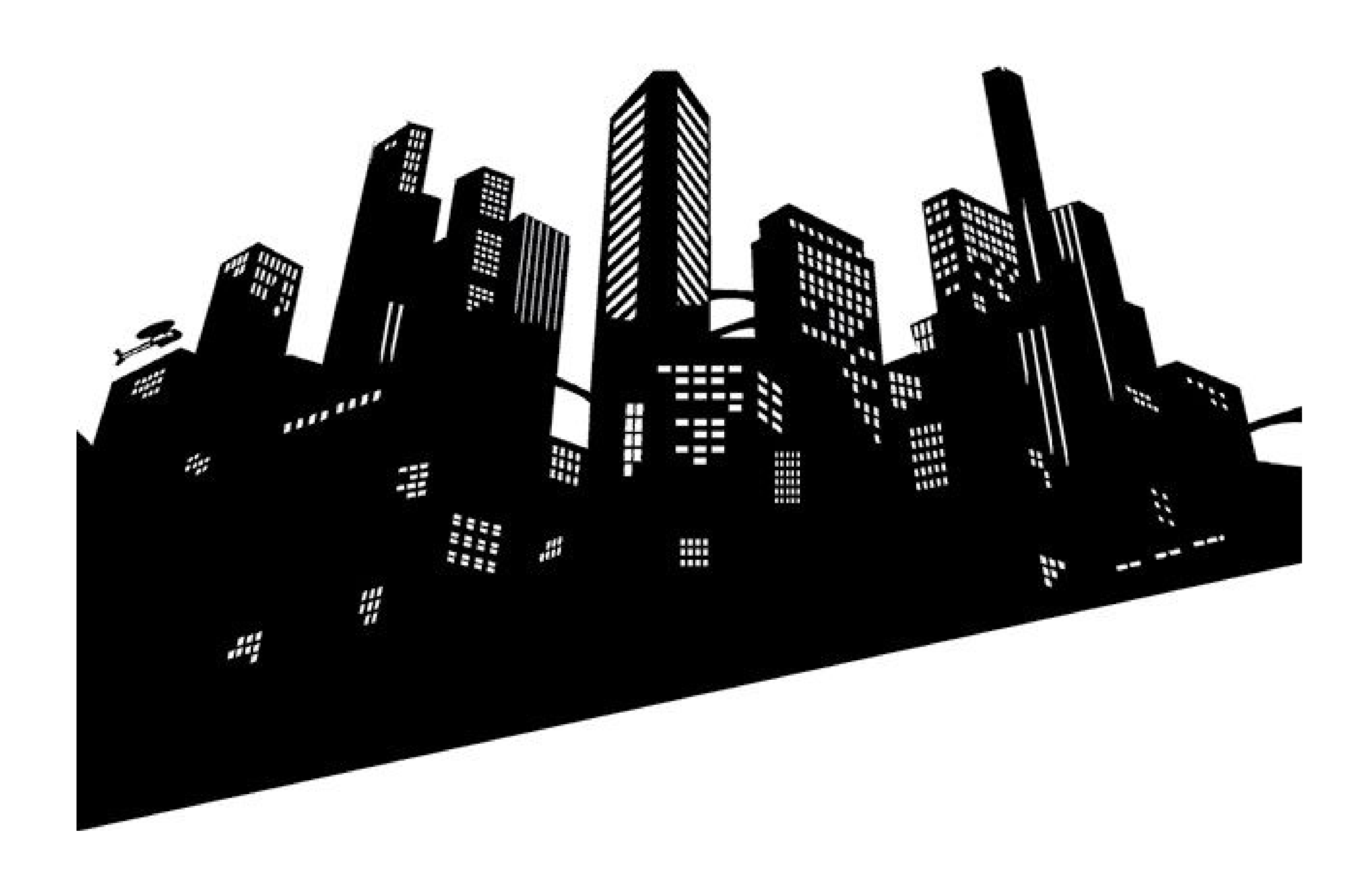
—Quiero que vayas con cuidado en este asunto, ¿sí?

Adrian frunció las cejas.

—¿A qué te refieres?

—No importa lo que pase, no importa lo que encuentres, nada te devolverá a tu madre. Sé que quieres respuestas. Todos las queremos. Pero no cambiará el hecho de que partió.

—Esto no se trata de querer que vuelva —dijo Adrian—. Ni tampoco de la necesidad de obtener respuestas. Si acaso, solo quiero lo mismo que todo Renegado —Adrian se permitió una débil sonrisa—: justicia.



# Capítulo 16

Nova se detuvo en la acera fuera del Cuartel General de los Renegados posiblemente más tiempo del conveniente, ignorando a las personas que se desplazaban a su alrededor y se quejaban de la chica que estorbaba, o a los turistas que se apiñaban en las paradas de autobús para tomar fotografías de las enormes letras rojas que colgaban sobre las gigantescas puertas vidriadas.

Ni siquiera inclinando la cabeza hacia atrás podía ver la parte superior del edificio. Tan cerca del cielo, se perdía en lo alto, dominaba el resto del paisaje urbano. Había visto el edificio cientos de veces desde lejos, lo había mirado desde las azoteas de toda la ciudad, imaginando el modo de trepar los muros, deslizarse dentro, vengarse del Consejo y de los supuestos héroes que lo consideraban su palacio. Pero jamás se imaginó que entraría por las puertas giratorias de la entrada principal. Jamás creyó que sería bienvenida.

Aquellas puertas de vidrio habían estado girando incesantemente desde su llegada. No creía que todo el que trabajaba en el edificio fuera un prodigio, pero no dejaba de haber bastantes personas que entraban y salían llevando el característico uniforme gris, aunque la misma cantidad luciera trajes y vestimenta informal de negocios. Algunos de los Renegados se detenían para sonreír y saludar a los turistas, y siempre les devolvía el saludo un revuelo de gritos y el *flash* de las cámaras. Todos

los adoradores, llegados para curiosear.

Nova tensó el entrecejo y echó una mirada a su alrededor, advirtiendo que *ella misma* se encontraba entre los curiosos deslumbrados. Finalmente, resoplando, despegó los pies de la acera y se obligó a avanzar. Las palmas le sudaban al acercarse a las puertas. Una mujer salió con un impecable traje pantalón. Ni siquiera miró a Nova mientras echaba a andar por la acera, hablando a un dispositivo alrededor de la muñeca y dejando que la puerta girara a su antojo detrás de ella. El espacio entre las barricadas vidriadas se abrió para permitir el acceso.

Nova tragó y dio un paso dentro.

Su corazón palpitaba veloz al tiempo que las puertas se cerraban en torno a ella, y luego giraban para abrirse del otro lado.

Así de fácil, estaba dentro del Cuartel General de los Renegados. Se alejó de la puerta giratoria y se detuvo, helada, cada músculo preparado, pero no sonó una sola alarma.

Se hallaba sobre un descansillo que daba a un vestíbulo luminoso y amplio, donde la aguardaba la R de los Renegados, incrustada en las blancas baldosas del suelo. A su izquierda, una escalera descendía hacia el vestíbulo; a su derecha, una rampa curva. Ambas conducían abajo, a un escritorio semicircular, en cuyo frente se encontraban atornilladas las letras de la palabra información, recortadas de acero.

Los Anarquistas habían considerado atacar el Cuartel General de los Renegados miles de veces, pero siempre supieron que era demasiado riesgoso infiltrarse en él. Jamás habría un momento cuando no estuvieran en condiciones de inferioridad numérica: en un día cualquiera, cientos de prodigios trabajaban y entrenaban dentro del edificio. Y ahora se daba cuenta de que lo que habían supuesto era cierto: los Renegados no se habían permitido ser vulnerables a un ataque. Tras un examen rápido del vestíbulo, Nova ya tenía identificadas más de una docena de cámaras, sensores y alarmas, por supuesto sumado a los Renegados armados y uniformados apostados a intervalos prácticos alrededor del espacio, incluyendo uno a cada lado del descanso donde estaba de pie. Se preguntó si ser vigilante era un trabajo a tiempo completo en este lugar, o si solo era un puesto para el cual iban rotando a diferentes personas. Tendría que averiguarlo. Ese era precisamente el tipo de información al que se refirió Cianuro cuando sugirió que Nova podía ser una buena espía para ellos.

Todo el resto de las personas parecía estar ignorando a los guardias, así que hizo eso mismo, aunque sus nervios se crisparon al pasar a uno de ellos camino a la escalera. Un ominoso escalofrío le descendió por la columna. Tuvo la sensación de que estaba a punto de ser derribada desde atrás. Que sería arrestada, maniatada, obligada a responder por sus crímenes contra el Consejo. Que tal vez los Renegados la habían aceptado solo como un señuelo para atraerla hasta aquí.

Pero no. No sucedió nada. Pasó por delante del guardia sin mirarlo a la cara y, por lo que pudo ver, él tampoco la miró, aunque tal vez echó un vistazo desinteresado a la R sujeta a su camisa, la que Nova sentía como si estuviera quemándole un agujero

en la piel. Después de todo, era su pase. El código secreto para entrar a este lugar.

Este pin era una prueba de que pertenecía a este sitio.

Al abrirse camino escaleras abajo, el amplio vestíbulo pareció transformarse a su alrededor. Ya no rodeada por guardias de los Renegados, comenzó a observar otros detalles del sitio. Había áreas de estar con elegantes sofás de cuero y mesas de centro cubiertas con periódicos y revistas. Un pequeño café se hallaba ubicado en el rincón distante; en torno a él, pequeñas mesas redondas, hacia donde las personas se inclinaban sobre documentos mientras bebían sorbos de vasos de plástico. En el otro extremo del vestíbulo, una escalinata ascendía en curva hacia un amplio puente peatonal y un mirador acristalado: se trataba de una enorme sala circular revestida de vidrio. Alcanzó a ver una especie de escultura de cristal que ocupaba casi todo el recinto, pero desde esta distancia, no distinguió lo que era.

Su atención se volvió hacia las pantallas de televisión diseminadas alrededor de la sala, colgaban del techo o estaban fijadas a columnas. La mayoría se hallaban sintonizadas con diferentes estaciones de noticias locales e internacionales, pero algunas transmitían mensajes internos y recordatorios: «cena de traje anual de los renegados este domingo. ¡Vengan con toda la familia!». O «se necesita encargado para equipo de patrulla nocturna: presentar solicitud en mesa de entradas». O…

Nova se detuvo en seco, en el último escalón, en el instante en que uno de los mensajes de las pantallas era reemplazado por algo nuevo. Una foto confusa *de ella*.

«Se busca: “pesadilla” — reportar cualquier información al consejo».

Su espalda se puso rígida y volvió a sentir aquel vertiginoso remolino de ansiedad en el estómago, la misma sensación que había tenido toda la noche y toda la mañana. ¿Qué *estaba haciendo*?

La descubrirían. Sin duda, alguien la reconocería.

Salvo que… dos de los Renegados que ya debían haberla reconocido no lo hicieron. Sin duda, si podía engañar a Asesina Roja y a Cortina de Humo, podía engañar a cualquiera.

Miró con atención la imagen en la pantalla. Vestida de Pesadilla, no había nada que la delatara. En la foto ni siquiera se veían sus ojos, solo el brillo del antifaz bajo la parte que sobresalía de la capucha negra. Nadie la reconocería, al menos, no por su aspecto. Eran sus gestos los que amenazaban con delatarla, aquellas pequeñas actitudes que se hacían de modo inconsciente. La manera de caminar o dónde ponía las manos cuando estaba quieta, o incluso, cómo peleaba en un combate cara a cara. Y, tal vez, más que cualquier otra cosa, el odio que sentía por los Renegados y por el Consejo, y el modo en que el odio podía escapar de su boca en cualquier momento.

Tendría que cuidarse de reprimir aquellos instintos. De jugar el juego. De ser uno de ellos.

Llevó la mano a la insignia sujeta a la camiseta, la que Adrian Everhart había

dibujado en las pruebas de selección. Sus dedos recorrieron los ásperos contornos de la R, delinearon la curva de la letra.

Hoy era una Renegada para que, algún día, pudiera hundirlos.

Se acercó a la mesa de información, donde un hombre corpulento con gruesas patillas tipeaba en la computadora. Sonrió al levantar la vista para mirarla, pero Nova no tuvo ánimo de devolvérsela.

—Hola —comenzó—. Me reclutaron en las pruebas de selección. Tengo que…

—Insomnia —dijo, catapultándose sobre los pies y extendiéndole una mano. Nova la miró un largo instante: piel rojiza, uñas cuidadas y un brazalete de cuero trenzado alrededor de la gruesa muñeca. Aunque era un gesto inocente, un gesto *normal*, a ella le pareció extraño.

Tenía delante a un Renegado, tal vez, a un prodigio, tal vez no, pero como fuera, estaba ofreciéndole la mano. Contacto. *Piel*.

Ni siquiera a los Anarquistas les gustaba tocarla. No porque dormir a las personas fuera una tragedia tan grande, sino porque estar durmiendo te hacía sentir vulnerable. *Ella* hacía que las personas se sintieran vulnerables.

Esperó demasiado tiempo.

El hombre —Sampson Cartwright, según indicaba la placa de identificación sobre el escritorio— cerró la mano formando un puño y la volvió a descender.

—Te acabo de ver en las pruebas —dijo, chasqueando los dedos como para compensar por el incómodo momento—. Estuviste genial. La mirada de Gárgola… —los ojos le brillaban, casi con júbilo, o tal vez burlones, y a Nova le resultó extraño enterarse de que no todos los Renegados se caían bien.

Sampson se aclaró la garganta.

—De cualquier manera, estás en el equipo de Sketch, ¿verdad? No creo que haya llegado todavía, pero puedo fijarme a ver si…

El corazón de Nova le saltó a la garganta. Sampson siguió hablando, pero las palabras se amortiguaron hasta convertirse en un irritante zumbido en su cabeza.

El Consejo acababa de emerger de uno de los elevadores detrás de la mesa de información.

No, no todo el Consejo. Solo el Capitán Chromium y Tsunami.

Al verlos, la boca de Nova se resecó. Hablaban entre ellos, relajados, cómodos. Tsunami se reía, cubriéndose la boca cortésmente con los dedos. Los ojos del Capitán brillaban, con un leve toque de picardía. A diferencia del resto de los Renegados, no llevaban los típicos uniformes grises y rojos, sino sus propias vestimentas icónicas: las hombreras y los *leggings* del Capitán, y la falda vaporosa de Tsunami.

Cruzaron el vestíbulo. No hacia Nova, exactamente, pero tampoco demasiado lejos. Ninguno la miró. Ninguno advirtió que había una villana entre ellos. Ninguno podía tener idea de que, ante su llegada, la mano de ella se desplazó hacia su cinturón, acomodando los dedos hábilmente alrededor del bolígrafo que había tomado aquella mañana de su acopio de armas. El que tenía un compartimento secreto detrás

de los repuestos de tinta. Ya tenía cargado allí un dardo venenoso.

El pulso comenzó a latirle erráticamente. Estaba *allí*. Dentro del Cuartel General de los Renegados, a solo unos pasos de dos miembros del Consejo, y nadie tenía idea de que ella fuera una amenaza.

Se trataba de una experiencia nueva de poder. No solo ser Pesadilla, y todo el sigilo y el anonimato que significaba, sino ahora ser Insomnia.

Ser *uno de ellos*. Viajar en su seno, acercarse a esta distancia, y que nadie le dirigiera la más mínima mirada de desconfianza.

El arma se hundió en su palma.

¿Podría matar a uno de ellos ahora, en este mismo momento?

Sería su fin, sin duda. Si no la mataban al instante, sería atrapada y encarcelada de por vida.

De todos modos, la posibilidad existía. El *potencial*.

Si no ahora, si no hoy, entonces pronto. Habría una oportunidad, y ella estaría lista.

Tragando dolorosamente, obligó a su mano a soltar el bolígrafo justo en el momento en que ambos miembros del Consejo doblaban hacia un corredor y desaparecían.

—Sé exactamente en lo que estás pensando.

Desorientada, Nova giró de nuevo hacia Sampson Cartwright. La observaba con una mirada grave de complicidad. El corazón de ella saltó erráticamente, y volvió a quedar embargada por la sensación de vulnerabilidad. ¿Sería su odio tan patente en el rostro? ¿Serían sus pensamientos tan fáciles de descifrar?

O… peor…

Su respiración se volvió entrecortada. Se inclinó hacia Sampson.

—¿Eres telépata?

El hombre se quedó mirándola, mudo, un momento. Luego soltó una carcajada vigorosa.

—¡Ya quisiera! Ni siquiera soy prodigio. Pero, vamos… todo el mundo queda un poco deslumbrado la primera vez que ve al Consejo de cerca —señaló con un gesto el bolígrafo sujeto a su cinturón—. La próxima vez, puedes pedirles un autógrafo. No te preocupes. Se lo piden todo el tiempo y, de hecho, ellos lo hacen sin problema alguno.

Nova retrocedió, aliviada de que este desconocido no le hubiera leído la mente mientras conspiraba para matar a su precioso Consejo, pero también decepcionada por que hubiera malinterpretado su expresión tan por completo.

El sonido de una voz que resonaba en el vestíbulo la salvó de la respuesta iracunda que le surgió por dentro.

—¡Nova!

Se volteó.

Cortina de Humo y Asesina Roja caminaban en dirección a ella. Al verlos, la

invadió aquella misma descarga de adrenalina que había sentido en el estadio, pero esta vez, quedó atenuada por sus amplias sonrisas. Por una vez, no había bruma grisácea que flotara alrededor de los tobillos de Cortina de Humo, y la gema roja de Asesina Roja colgaba ahora inofensivamente de un alambre alrededor de su muñeca. También llevaba un atado de tela gris.

—Nova McLain —dijo Cortina de Humo, plantando el bastón sobre las baldosas mientras señalaba alrededor del imponente vestíbulo con el brazo libre—. Bienvenida al Cuartel General. ¿Te costó llegar?

Nova parpadeó.

—Es el edificio más alto de la ciudad.

—Se está haciendo el gracioso —dijo Asesina Roja. Pasó el atado de tela a un brazo y extendió la mano. Sin guante—. A propósito, soy Ruby. Él es Oscar.

Ruby. Oscar.

Nombres normales. *Personas* normales.

Esta vez, Nova tomó la mano extendida. Su poder chisporroteó por dentro con el contacto, pero lo reprimió con lo que esperaba que fuera una sonrisa amistosa.

—Nova.

En lugar de sacudirle la mano, Oscar arrojó un brazo alrededor de sus hombros y comenzó a conducirla a través del vestíbulo. Nova se tensó al sentir el contacto, pero él no se dio cuenta, o lo ignoró.

—Estamos encantados de tenerte con nosotros —dijo—. Ven, Adrian está en camino. Dijo que se encontraría con nosotros en el salón social.

—Eh… esperen un segundo —dijo Nova. Se le acababa de ocurrir algo preocupante. Se escabulló del brazo de Oscar. Él y Ruby se quedaron mirándola mientras regresaba a toda velocidad a la mesa de información. Se inclinó sobre el mostrador hacia Sampson.

»Oiga, ¿podría decirme si *hay* algún telépata entre los Renegados? —susurró.

Los ojos del guardia saltaron una vez hacia Ruby y Oscar, y luego de nuevo a Nova.

—Eh… No, no en este momento. Hace algunos años tuvimos a una, pero la transfirieron a una de nuestras embajadas en el exterior.

Nova esbozó una sonrisa amplia.

—Está bien, gracias, solo sentí curiosidad.

Levantó la mano para saludarlo, y trotó nuevamente hacia los otros.

—¿Está todo bien? —preguntó Ruby.

—Genial —dijo Nova, recurriendo a todas las reservas de entusiasmo que tenía —. Ese tipo fue realmente amable.

—Sampson es una buena persona —dijo Oscar, señalando con la cabeza hacia los elevadores—. Ven, vamos a que te cambies.

—¿Cambiarme?

Acercándose a su lado, Ruby sacudió el atado de tela.

—¡Saluda a tu uniforme nuevo! Elegí una talla que creí que te podía entrar, pero tal vez, los pantalones te queden un poco largos —echó un vistazo a los pies de Nova —. Tenemos un departamento de arreglos. Querrán tomarte las medidas para un par de botas antes de que te marches hoy. Por ahora, puedes conservar tus zapatos, pero esperemos que tu calzado oficial esté listo mañana o pasado. Aquí son muy puntillosos con la vestimenta.

—Hace algunos años, un recluta perseguía a un carterista y se torció el tobillo —dijo Oscar—. Así que ahora el uniforme viene con botas que tienen tobilleras, suelas antideslizantes de las mejores, y cualquier otra característica que se les haya ocurrido añadirles. Tienen además una gran amortiguación. Te encantarán.

Nova forzó una débil sonrisa.

—De cualquier manera —dijo Ruby—, este uniforme será mil veces mejor de lo que estás acostumbrada a llevar, ¿verdad?

Nova se tropezó sobre sus propios pies, imaginando la capucha negra y el antifaz negro de metal de Pesadilla.

—¿Disculpa?

—He ido al Parque Cosmópolis —dijo Ruby, prácticamente dando saltitos junto a Nova—. Aquellos uniformes horribles, con los pantalones a rayas y esos sombreros… —hizo un gesto a lo largo del cuerpo, y aunque hacía años que Nova no iba al parque de atracciones, no era difícil imaginar el traje que Ruby describía, con sus pantalones a rayas rojas y blancas, la pajarita amarilla y el sombrero canotier de paja.

Se estremeció al imaginarse llevándolo.

—¿Leíste mi solicitud?

—Queríamos conocerte un poco antes de que vinieras —dijo Oscar, sonriendo—. Descuida, tus talentos estaban completamente desperdiciados como operadora de atracciones. Estarás mucho más a gusto aquí.

Llegaron a los elevadores, y Oscar golpeó el botón de *subir* con la punta de su bastón. Mientras entraban, Ruby le entregó el atado de ropa a Nova. Luego dio un paso atrás, para examinar su cinturón.

—¿Son algunos de tus inventos?

—Solo algunos —asintió Nova. Aquella mañana había sido difícil decidir qué llevar. No podía venir con ninguna de sus armas o dispositivos favoritos, ya que todos serían reconocidos como herramientas con las que se había visto a Pesadilla el último año. Pero le habían pedido que trajera ejemplos de su trabajo, así que tuvo que escoger algo.

Al final, eligió el bolígrafo de tinta lanzadardos; una pistola de ondas de choque, que podía dejar aturdido a un oponente que estuviera hasta a diez metros de distancia, y un set de microbengalas exotérmicas.

—*Cool* —dijo Ruby, con más fervor de lo que Nova creía ameritaban los inventos —. Cuando terminemos el *tour*, debes ir a mostrárselos al departamento de

Investigación y Desarrollo. Les encantan este tipo de cosas.

—¡No le sugieras eso! —dijo Oscar, como si la idea lo horrorizara—. Querrán quitárnosla.

—Buen punto —Ruby simuló un grito ahogado—. Nova, no deberías por ningún motivo ir a hablar con la gente de Investigación y Desarrollo. Jamás.

—De todos modos, son unos aguafiestas allá abajo —agregó Oscar—. Ya sabes, los que siempre traen las bandejas de vegetales a la fiesta —les dirigió una mirada cómplice.

—Será mejor que esa Pesadilla se cuide, ahora que te tenemos en el equipo —añadió Ruby.

El pánico recorrió la columna de Nova.

—¿Pesadilla? —preguntó, la voz tensa—. ¿A qué se refieren?

—Has oído hablar de ella, ¿verdad? —preguntó Cortina de Humo—. Últimamente, ha copado las noticias.

—Ella tiene un don parecido —dijo Ruby, sin esperar la respuesta de Nova—. Me refiero a que su superpoder es dormir a las personas tocándolas, pero también tiene acceso a armas bastante ingeniosas. Hay imágenes que la muestran hace algunos meses escalando un edificio como una araña, sin contar con ningún tipo de asidero. Dicen que tiene algo que ver con los guantes que usaba —encogió los hombros—. Investigación y Desarrollo está intentando replicarlos, pero hasta ahora creo que no han tenido demasiado éxito. De todos modos —dio un golpecito a la pistola de ondas de choque que Nova llevaba en la cadera—, si hubiéramos tenido esto en el desfile, sería historia.

Nova hizo un intento por esbozar una sonrisa de aliento; no se molestó en decirles que la pistola de ondas de choque disparaba a una velocidad mucho menor que una pistola común con municiones reales. Estaba *casi segura* de que Pesadilla esquivaría el disparo perfectamente bien.

Las puertas del elevador se abrieron. Nova exhaló, un tanto aliviada de estar fuera de la caja metálica confinada con dos de sus enemigos, ahora convertidos en aliados. La condujeron a otro espacio abierto, aunque este era significativamente más distendido que el vestíbulo. Había más sofás y pantallas de TV, aunque existía la misma cantidad en las que se jugaban videojuegos que en las que se transmitían noticias. Máquinas expendedoras se alineaban contra una pared, y varias mesas largas estaban dispuestas delante de las ventanas, donde hombres y mujeres enfundados en uniformes grises reían mientras comían bolsitas con mix de frutos secos y golosinas.

Nova recorrió con la mirada a los ocupantes de la mesa, buscando indicios de sus capacidades y debilidades, pero no había mucho para discernir mientras estaban sentados conversando. Un hombre con cabello negro ondulado tenía un ukelele sujeto a la espalda. Una joven tenía una marca de nacimiento con la forma de la llave del mal a un lado del rostro. Una mujer emitía una nubecilla de polvo color púrpura de los dedos cada vez que los chasqueaba, evidentemente intentaba pensar en una

palabra específica que no se le ocurría.

—Este es el salón social —dijo Ruby—. Tiene acceso abierto para todo el que esté en el grupo de tareas de patrullaje o trabaje en temas de seguridad. Venimos más que nada a distendernos mientras esperamos a que comience un turno, o si ha sido una noche tranquila en cuanto al delito.

—No es que hayan sido demasiadas últimamente —dijo Oscar—, o… alguna vez —señaló hacia el corredor—. Por ese lado hay habitaciones privadas por si, alguna vez, necesitas dormir una siesta reparadora —hizo una pausa—. O, supongo que no una siesta reparadora, sino… eh… algo igualmente relajante y… reparador… como meditar, o algo así —sus orejas se tornaron rosadas y miró a Ruby, para que lo rescatara.

—*O* —dijo Ruby en voz alta, encontrando una puerta con la traba abierta junto a la perilla— por si necesitas cambiarte —empujó la puerta para abrirla—. Conserva el cinturón sobre el uniforme. Será parte de tu *look*.

—Esperaremos aquí fuera —señaló Oscar—. ¿Quieres algo de las máquinas expendedoras?

—No, gracias —respondió Nova, entrando en la habitación y dejando que la puerta se cerrara tras ella. Luego de asegurarse de que estaba sola, extendió la mano hacia atrás y giró la traba, para cerrarla. Se parecía a lo que imaginaba de un dormitorio universitario, pero con muebles de mejor calidad. Un estrecho catre para dormir, las mantas dobladas con cuidado en las esquinas. Un escritorio con tapa de vidrio, sobre el cual estaban la edición del día del *Gatlon Gazette* y una sofisticada lámpara de mesa. Una pequeña encimera en el rincón, con un lavabo empotrado. Un espejo de cuerpo entero, que colgaba en la parte interior de la puerta de un armario.

El único elemento decorativo era un enorme póster enmarcado sobre la cama: una reproducción *vintage* de una página de algún libro de cómics que Nova no reconoció. En las viñetas de vibrantes colores, un superhéroe enmascarado levantaba a una mujer pelirroja en los brazos y la llevaba volando a un lugar seguro sobre la línea prominente del horizonte. Los ojos de la mujer brillaban delirantes mientras gritaba con una tipografía sans serif en negrita: «¡Sabía que vendrías! ¡*Siempre* vienes!».

Con una carcajada despectiva, Nova se apartó de la reproducción.

Se trataba de una habitación agradable. Mucho más agradable que aquello a lo que estaba acostumbrada, pero el lugar en general le provocaba una ligera inquietud. Era demasiado limpio, demasiado ordenado, demasiado *perfecto*.

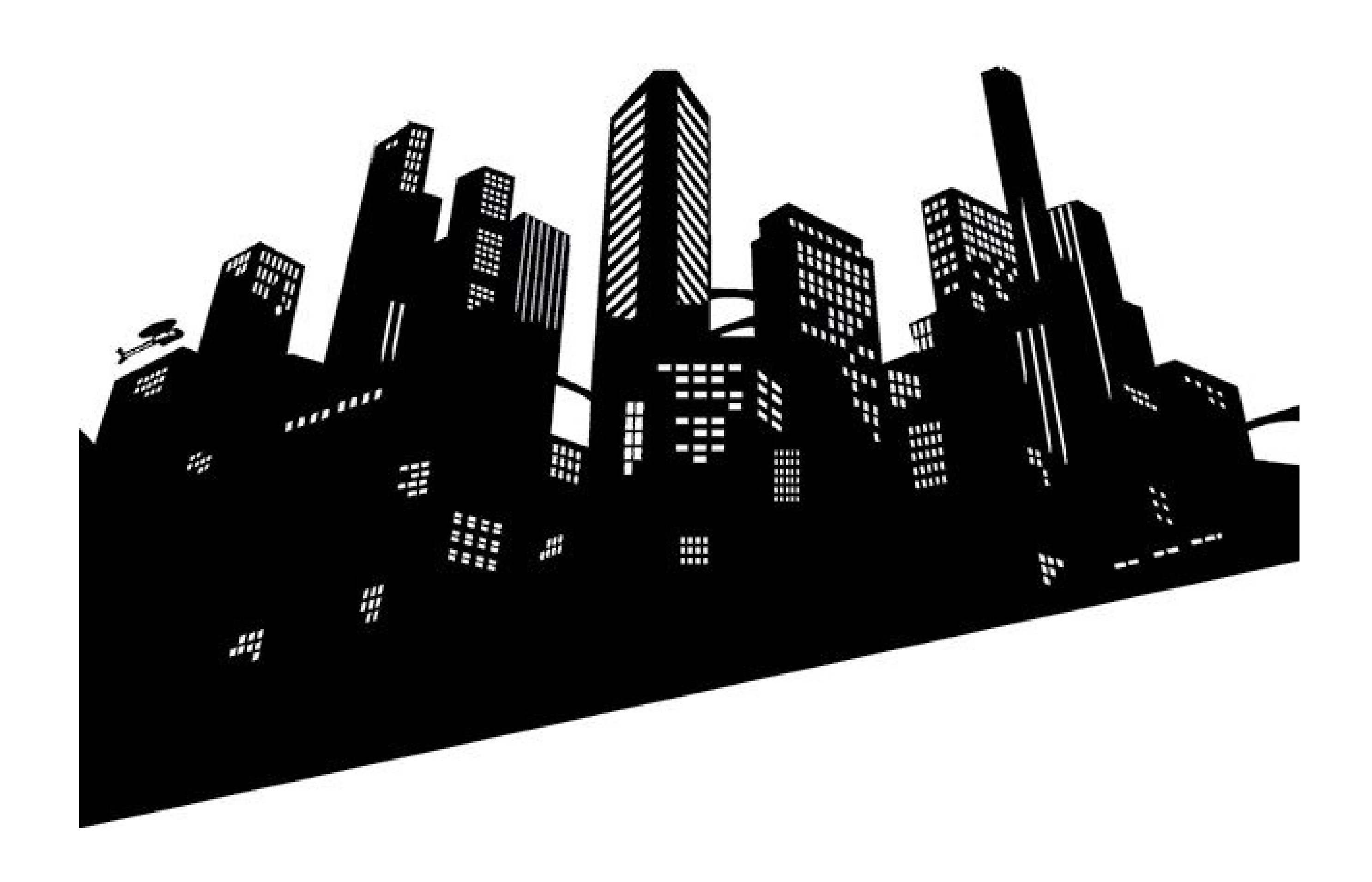
Demasiado lleno de falsas promesas.

No se dejaría engañar por una falsa seguridad basada en comodidades sencillas, como una evidente ausencia de insectos que se escabullen por el suelo.

Desenrolló el fardo gris y tomó el uniforme de los hombros. Era un sencillo entero que le cubriría de la garganta a las muñecas y los tobillos, con detalles color rojo sobre las piernas y brazos, y una R roja estampada sobre el pecho.

Sacudió la cabeza al verlo y suspiró.

—Está bien, Insomnia —dijo, dejando caer el uniforme sobre la cama al tiempo que se quitaba la camisa—. Ya es demasiado tarde para arrepentirte.



## Capítulo 17

Al entrar en el salón social, Adrian sonreía feliz, el pulso le latía excitado. Durante las horas desde que había conseguido el permiso de sus papás para que su equipo se encargara de la misión de vigilar la biblioteca, ya había acudido a visitar el sitio donde realizarían su primera tarea que no fuera patrullar las calles. No entró en la biblioteca, pero identificó un edificio abandonado de oficinas justo enfrente que les daría el lugar perfecto para instalarse y, particularmente, una oficina de esquina con un ventanal que daba justo al callejón del lado este de la biblioteca, donde le pareció que una puerta trasera sería la entrada perfecta para personas turbias que venían a realizar transacciones turbias. Hizo una lista de equipamiento, desde prismáticos hasta bocaditos y un mazo de cartas, porque tenerlo a Oscar aburrido era algo peligroso. Pero, sobre todo, aquella mañana había tenido la cabeza llena de fantasías, en las que su equipo no solo descubría a una banda de armas del mercado negro y ponía a Gene Cronin tras las rejas, sino en las que además daban con el paradero de Pesadilla y la arrestaban.

Distinguió a Oscar y a Ruby jugando Batalla a muerte, uno de los clásicos videojuegos del salón, instalado para entretener a las unidades de patrullaje mientras aguardaban una misión. Se trataba de un clásico combate de dos personas, y cuando apareció el año anterior, Oscar y Ruby habían desarrollado una rivalidad instantánea.

Por lo que sabía Adrian, sus habilidades seguían siendo muy parejas, para la frustración continua de uno y otro.

Se acercó a ellos por detrás al tiempo que el avatar de Ruby lanzaba una patada giratoria que enviaba a Oscar volando fuera de la pantalla. Ruby soltó un alarido y arrojó las manos hacia fuera eufórica, golpeando a Adrian en la nariz. Este soltó un grito y se echó atrás, ajustando las gafas con una mano y presionando la otra sobre la nariz.

Ruby retrocedió.

—¡Lo siento! —chilló, aunque su mirada de disculpa se convirtió rápidamente en una mueca recelosa—. Aunque, en realidad, no tanto. Te comportas como un acechador siniestro. ¿Hace cuánto estabas ahí?

—Alrededor de dos segundos —dijo Adrian—, frunciendo la nariz un par de veces, para deshacerse de la sensación de hormigueo en el cartílago.

—Oh —dijo Ruby—. En ese caso… ¡lo siento! —hizo una pausa—. Salvo que, aún no tanto, porque *acabo de vencer el récord de Oscar, ¡ja!* —Lanzó el puño en el aire.

—Esta batalla está lejos de haber acabado —replicó Oscar, inclinándose contra la máquina—. Exijo una revancha.

Ruby hizo sonar los nudillos.

—Puedes tener todas las revanchas que quieras. Jamás cederé el primer lugar.

—Oigan, muchachos —dijo Adrian—, ¿dónde está la chica nueva? ¿No la ahuyentaron ya, verdad?

—Cambiándose —Oscar señaló con el pulgar por encima del hombro mientras Ruby depositaba otra moneda en la ranura de la máquina.

—Oh —dijo Adrian, echando un vistazo a las habitaciones privadas justo cuando una figura emergía al corredor. Se enderezó—. Oh.

Nova se encontró con su mirada y pareció flaquear a medio camino.

Él se apartó de los demás y se acercó a ella, metiéndose las manos en los bolsillos. Adrian seguía vestido en *jeans* y una chaqueta: se le ocurrió que no tenía demasiado sentido ponerse el uniforme si no harían tareas de patrullaje.

—¿Cómo te queda? —preguntó.

Ella miró hacia abajo. Con el bulto de ropa de calle en un brazo, deslizó tímidamente la otra mano por el costado del uniforme.

—Largo.

Adrian siguió su mirada y vio que las piernas del uniforme se le enrollaban sobre el calzado deportivo gastado.

—Pero sé coser —dijo—. Lo arreglaré cuando llegue a casa.

—No, no te preocupes. Haré que el departamento de arreglos consiga otro uniforme y lo arregle. Lo tendrás mañana, tal vez al día siguiente. A veces, tienen demasiado trabajo después de las pruebas.

Nova abrió la boca, y él advirtió que estaba a punto de discutir, así que

rápidamente añadió:

—No estás aquí para ser costurera.

Ella vaciló, luego volvió a cerrar la boca. En aquel momento Adrian advirtió por qué la había visto tan cambiada cuando salió al corredor. Al principio, pensó que era solo el uniforme, un uniforme que representaba el valor y el esfuerzo, rasgos que había exhibido en las pruebas, pero que ahora se exageraban con la gran R roja.

Pero no, no era eso de ningún modo.

Lucía diferente porque parecía, en aquel momento, casi ridícula, casi graciosamente incómoda. Nerviosa y tal vez un poco insegura, un poco como cuando le había dibujado el broche del brazalete sobre la muñeca. No parecía posible que esta fuera la misma muchacha que había desafiado a Gárgola con tenaz determinación, rodeada por todo un estadio de espectadores enfervorizados.

—Toma —dijo Adrian, sacando su rotulador—. Necesitas un bolso —se acercó a la mesa más cercana, donde dibujó un bolso grande con asas. Levantándolo de la superficie de acrílico, tomó las manillas y lo sacudió, manteniéndolo abierto para que Nova depositara su ropa dentro.

—Gracias —murmuró ella y metió dentro las prendas. Envolvió las manos alrededor de la base de las asas del bolso, casi como si quisiera evitar tocar las manos de Adrian mientras lo tomaba—. Nunca te cansas de presumir de ese truco, ¿verdad?

Él sintió una descarga de calor en la nuca. ¿Había estado presumiendo?

—Pues, puede resultar bastante conveniente… a veces —dijo.

Por un momento pareció que Nova sonreiría, y se preguntó si lo estaría provocando.

—De cualquier manera —hizo un gesto hacia el centro del salón—, puedes ponerlo en los lockers mientras te hacemos el *tour* de las instalaciones.

Un grito de ira volvió la atención de ambos al videojuego, donde Oscar reía como un maníaco mientras Ruby golpeaba los botones.

—¡Mis controles dejaron de funcionar! ¡Eso sí que no cuenta!

—Por favor, dirige todas las quejas al gran árbitro del cielo —dijo Oscar. Tronó sus nudillos burlándose de lo que había hecho Ruby antes.

Adrian le colocó la tapa al rotulador y lo guardó.

—Aunque no lo creas, de hecho, son muy buenos superhéroes.

Nova lo miró, y él notó que no estaba convencida.

—¿Dijiste algo de un *tour*?



Adrian había planeado que solo llevaría a Nova a las zonas del cuartel general que frecuentaban como equipo. Ya había visto el salón social, así que pensó que podían hacer una parada en la cafetería y en la sala de entrenamiento, y luego realizar un

rápido simulacro de equipo en la planta de realidad virtual, y terminar allí. Pero apenas entraron en el elevador, la curiosidad de Nova lo tomó por sorpresa. Quería saber sobre el arsenal y cómo distinguían las armas que almacenaban allí de las que guardaban en las cámaras acorazadas destinadas específicamente a artefactos poderosos para los prodigios. Quería ver los laboratorios de Investigación y Desarrollo y, aunque no tenían permiso para entrar, Adrian la pilló estirando el cuello para ver a través de una puerta abierta mientras pasaba uno de los técnicos. Sentía curiosidad por conocer el trabajo forense, los departamentos de investigación, la Sala del Consejo y las celdas de última generación, aunque también en este caso, Adrian solo podía describirlas lo mejor posible; jamás había estado dentro para verlas él mismo.

Para su sorpresa, Nova incluso quiso ver el centro de llamadas, ubicado bien arriba en la planta setenta y cinco del edificio. Ruby y Oscar intentaron disuadirla a medias, explicando que en realidad no era para nada interesante, pero Adrian halló que el entusiasmo de Nova por los diferentes aspectos de la organización, incluso los más aburridos, se estaba volviendo contagioso. Él y su equipo pasaban tanto tiempo en las calles, comunicándose con el cuartel general a través de mensajes rápidos transmitidos a sus brazaletes que era fácil olvidar la complejidad del sistema. Percibir la ingenua curiosidad de Nova e intentar responder a sus preguntas insistentes le recordaba que los Renegados se habían transformado en mucho más que en un grupo de vigilantes que intentaban defender a la población mundial. Si bien seguían siendo protectores, ahora también eran inventores, legisladores y activistas. Trabajaban para mejorar la sociedad de mil maneras diferentes en cualquier momento dado, y ver la curiosidad que sentía Nova por todo ello contribuía a que él mismo también sintiera un mayor interés.

Al llegar a la planta setenta y cinco, salieron del elevador hacia una plataforma circular, que daba a hilera tras hilera de escritorios con computadoras. Imágenes satelitales proyectadas en tiempo real a enormes pantallas ocupaban las paredes circundantes. Algunas mostraban Gatlon City; otras, los suburbios aledaños u otras partes del país. Constantemente, se añadían y eliminaban de las pantallas líneas verdes, marcadores rojos y notas digitales. La sala bullía de actividad. Los teléfonos sonaban. Los telefonistas vociferaban en los auriculares y repiqueteaban sobre sus teclados. La gente gritaba órdenes o requería el estatus de diferentes situaciones en curso.

*Se reporta una invasión de hogar en C14: ¿en cuánto tiempo puede llegar un equipo de patrulla?*

*El propietario de East Bracken se queja otra vez del grafiti: ¿tenemos un equipo de limpieza a disposición?*

*Necesito un escuadrón para verificar una amenaza de bomba fuera del estadio. ¿Cuál es el estatus de Metalock?*

*Metalock sigue ocupado con la explosión en Murkwater, pero podemos enviar a*

*Dead Drop.*

*Dice que es la cuarta vez que vandalizan su tienda en los últimos dos meses. Juro que a estos tipos ya los atrapamos.*

*Tenemos un asunto en el B-Mart de la 62… parece que un tipo está poniéndose agresivo por creer que no le están dando el cambio correcto.*

Adrian apoyó los codos sobre la barandilla que bordeaba la plataforma.

—Esto es considerado el sistema nervioso de la ciudad —dijo—. Aquí se reciben las llamadas de auxilio, se analiza la situación y se asigna a un equipo de patrulla o, a veces, a un Renegado para manejarla.

—Es mucho más eficiente que rondar las calles de noche, buscando delitos —dijo Ruby—. Lo que hacían en los viejos tiempos.

—Más eficiente —comentó Oscar, soltando un dramático suspiro—, pero mucho menos glamoroso.

—Es sorprendente que hayan podido organizar todo esto en tan poco tiempo —dijo Nova—. Los laboratorios, los simuladores de realidad virtual, *esto*. ¿Cómo lo construyeron en solo diez años?

—Nueve años —indicó Ruby.

—Ocho —la corrigió Adrian—. Se adueñaron de este edificio hace ocho años. Era el hogar de ocupantes ilegales durante la Era de la Anarquía, pero estaba abandonado para cuando el Consejo decidió hacerlo su cuartel general. En cuanto a transformarlo en *esto*… —señaló con la mano el animado centro de llamados—… cuando tienes un equipo repleto de trabajadores metalúrgicos y elementales de la tierra, prodigios que tienen habilidades básicas de telequinesis y superpoderes, por no mencionar a un ciberlingualista realmente útil, tiende a concretarse bastante rápido.

—¿Un ciberlingualista?

—Un prodigio que puede comunicarse con tecnología cibernética —explicó—. Es nuestro técnico.

Nova permaneció reflexiva y Adrian no alcanzó a leer su reacción. La mirada de aquella se volvió hacia un mapa de Gatlon City, sus ojos rastreaban un punto amarillo que descendía parpadeando por Drury Avenue.

—Parece faltar personal.

Adrian asintió.

—Actualmente, es un problema.

—Entonces, ¿por qué rechazan a tantos prodigios durante las pruebas?

—Solo nos falta personal en las patrullas —dijo—. El resto del sistema funciona bien, pero necesitamos más gente que pueda estar en las calles, enfrentándose a los criminales y haciendo cumplir las leyes. Así que últimamente solo reclutamos a personas que creemos que tienen las condiciones para ello —arrugó el ceño—. Aunque soy el primero en admitir que las pruebas, tal vez, no sean la mejor manera de encontrar nuevos talentos. Pero no depende de mí.

—¿De quién depende? ¿Del Consejo?

—Todo —respondió Ruby con una carcajada alegre—. Todo depende del Consejo.

—Así es. Lo que hacemos aquí ya no es solo combatir el crimen o siquiera ayudar a la gente. Es evitar que la ciudad vuelva a colapsar, y para eso necesitamos unidad. Y… pues, por pesadas que sean las pruebas, es indudable que unen a la gente.

La mirada de Nova siguió recorriendo la sala.

—Entonces, ¿por qué siguen lidiando con cuestiones como pintar encima de los grafitis, o intervenir para ayudar a un oficinista que no puede calcular el cambio correcto? ¿Por qué no organizan un cuerpo de policía de no prodigios para manejar situaciones que no necesitan un…? Ya sabes. Un superhéroe.

—¿Un cuerpo de policía de no prodigios? —preguntó Oscar, divertido—. Nadie se presentaría.

—¿Por qué no? —preguntó Nova—. Es lo que había antes de la Era de la Anarquía.

—Porque ahora cuentan con superhéroes para resolver estas cuestiones —dijo Oscar encogiendo ligeramente los hombros.

—Pero también es su ciudad —insistió Nova—. Son sus vidas, sus medios de subsistencia. No pueden esperar que los prodigios hagan todo por ellos todo el tiempo.

Se fijó en Adrian, pero él no estaba seguro de cómo responder. Era cierto que los ayudaría muchísimo poder delegar las misiones con menor prioridad a un cuerpo de policías civiles, pero no podía evitar pensar que Oscar tenía razón. Teniendo a los Renegados dispuestos a asumir toda la responsabilidad, ¿por qué se presentaría alguien para integrar un cuerpo así?

—O sí —los hombros de Nova se hundieron ligeramente.

—Podríamos sugerirlo al Consejo… —gorjeó Ruby—. Tal vez, se puede comenzar por convocar a quienes fueron oficiales de la policía antes de la Era de la Anarquía para solicitar el ingreso a un cuerpo especial de tareas.

Adrian asintió.

—Podría mencionárselo a mis papás cuando los vea esta noche.

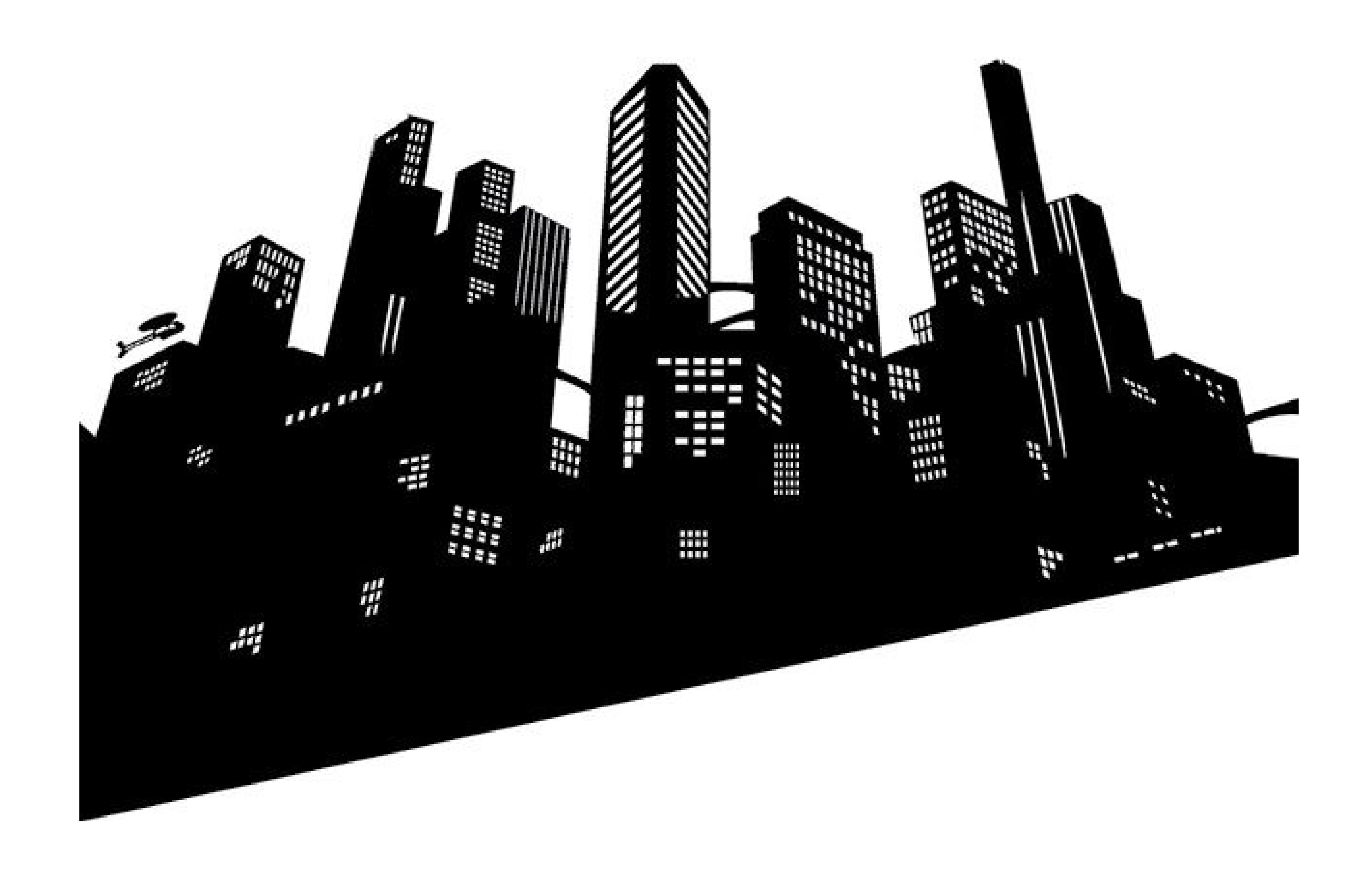
Nova pareció tensarse junto a él, y un instante después cambió el peso de la pierna, alejándose unos centímetros de él. Ni siquiera se había dado cuenta de lo cerca que habían estado. Estudió su rostro, pero se había vuelto impenetrable mientras escrutaba un mapa del vecindario de Wallowridge.

Aclaró la garganta.

—¿Lista para ir a ver la sala de entrenamiento?

El rostro de Nova se despejó al volverse hacia él. Cualquier malestar que hubiera presentido había desaparecido tan rápido que se preguntó si solo lo había imaginado. Sonrió súbitamente y con entusiasmo.

—Por supuesto.



# Capítulo 18

La sala de entrenamiento era el único lugar del cuartel general situado en los subniveles del edificio. En el momento de construir el rascacielos, sus cimientos abarcaban un enorme estacionamiento.

Tras hacerse cargo del edificio, los Renegados demolieron varias plantas de concreto, dejaron solo los muros y pilares fundantes para proteger la integridad del edificio que estaba encima. Quedó un enorme y vasto espacio bajo los techos abovedados, para que los Renegados ejercitaran sus poderes.

Al igual que el vestíbulo y el centro de llamadas, la sala de entrenamiento era un hervidero de actividad, pero aquí, en lugar del parloteo de los niveles superiores, todo era movimiento y acción. Renegados que se lanzaban sobre plataformas, escalaban muros, disparaban blancos, se enfrentaban en enormes *rings* cercados de redes, cruzaban una pista de obstáculos de cuerdas y barras, y, más que nada, desplegaban su amplia gama de habilidades.

Una vez fuera de la zona de elevadores, Adrian condujo al grupo hacia la pasarela que cruzaba las instalaciones de entrenamiento. Pronto advirtió que Nova había comenzado a disminuir la velocidad, hasta detenerse por completo. Miró hacia atrás y notó su rostro sobrecogido de asombro.

Siguió la mirada de Nova alrededor de la sala, intentando imaginar que era la

primera vez que la veía. A su derecha, hermanos mellizos peleaban con lanzas, pero cada vez que recibían un golpe, uno se convertía en líquido naranja y el otro, en vapor naranja. Junto a ellos había un muchacho con los ojos vendados, disparando flechas con un arco a una serie de blancos móviles, a los que les daba justo en el centro cada vez. A la izquierda de Adrian, un elemental de tierra transformó el contenido de un arenero en un castillo de arena de dos plantas sin tocar un solo grano. Más adelante, una mujer se transformó en un oso pardo, en un abrir y cerrar de ojos, y luego cargó contra un hombre con enormes cuernos de toro que le salían del cráneo. A la distancia, una muchacha había creado un remolino encima de la cabeza y succionaba a su oponente hacia él, mientras dicho oponente usaba sus propias manos y dedos del pie cubiertos de púas, para sujetarse al suelo y resistirse a la fuerza de succión.

—Por todos los diablos —susurró Nova.

—Es un poco abrumador la primera vez que lo ves —dijo Adrian.

Nova dio un paso adelante, envolviendo las manos alrededor de la barandilla.

—No tenía idea de que… eran tantos.

—Los números varían —dijo—. Nuestro staff permanente está en el orden de los cuatrocientos prodigios, pero llegan de todas partes del mundo para recibir entrenamiento durante un par de meses, y luego se marchan. Tenemos las mejores instalaciones y la mejor reputación.

—Entrenamiento ¿para qué exactamente?

—Para ser superhéroes —dijo Ruby, jugueteando con el alambre de su muñeca—. ¿Qué otra cosa?

—Y cuando están listos —continuó Adrian—, regresan a casa y hacen suya la causa de los Renegados allí donde estén. Ahora existen filiales de los Renegados en todo el mundo. Personas que se han dedicado a defender la justicia. Y todo comenzó aquí. Bueno, no exactamente *aquí* —echó un vistazo hacia los elevados techos—. Técnicamente, los Renegados comenzaron en el garaje de Dread Warden, pero aquello fue hace mucho tiempo.

Los condujo por la estrecha pasarela que se extendía a lo largo de la sala de entrenamiento, dos plantas por encima del suelo. Adrian señaló las diferentes áreas que Nova podía visitar cuando tuviera oportunidad de hacerlo, desde pistas de obstáculos hasta prácticas de tiro al blanco, *rings* de combate, una pared de escalada equipada con diferentes materiales para imitar una variedad de superficies, una piscina de agua salada e hilera tras hilera de pesas y mancuernas.

—Solo tienes que avisarnos si necesitas un compañero para entrenar —dijo Oscar —. Ruby y yo bajamos todo el tiempo.

—¿Y Adrian no? —preguntó Nova, echándole un vistazo.

Él le dirigió a Oscar una mirada burlona.

—Me gusta la pared de escalada y las pistas de obstáculos, pero las pesas libres me resultan insoportablemente aburridas.

—Se siente intimidado por mí —dijo Oscar—. No le gusta que le recuerde que puedo levantar muchas más veces la barra en la banca.

—Eso es cierto —él encogió los hombros.

Siguieron adelante, Adrian hacía lo posible por mostrarle a Nova los equipos que podían interesarle, salvo que *todo* parecía fascinarle. Acababan de pasar el mostrador de alquileres de equipos, con un amplio muro del cual colgaba de todo, desde nunchacos hasta zapatos de nieve, cuando Nova soltó un grito sofocado y le aferró el codo. Él se sobresaltó y se volteó. Ella apartó la mano con la misma rapidez, e hizo un puño contra el estómago.

—Es aquella muchacha —dijo, moviendo la cabeza en dirección a la pista—. La del desfile.

Él siguió su mirada.

—Oh, sí. Esa es Maggie. Alias Urraca, por el aprecio que tiene por los objetos brillantes.

Nova se irguió, con las mejillas ruborizadas.

—¡Es una ladrona! ¿Acaso los Renegados lo toleran?

—¿De quién hablamos? —preguntó Ruby, estirando el cuello. Abajo, sobre una colchoneta, Urraca se hallaba de pie sobre una tabla, encima de un enorme tanque lleno de tierra, usando su poder para excavar objetos metálicos cada vez más grandes y pesados del suelo, como si su pequeña mano ejerciera el poder de un imán industrial—. Oh, ella. Creo que no hace más que hurgar entre la basura.

Adrian asintió.

—Hay muchos lugares abandonados en esta ciudad, y ella nos ha ayudado a encontrar muchos objetos útiles. Cubiertos de plata, baterías… objetos de ese tipo. Resultan convenientes, especialmente mientras intentamos volver a poner en marcha el comercio y la manufactura.

Nova frunció el ceño.

—Robar mi brazalete no fue hurgar entre la basura.

—Lo sé —dijo Adrian—. Tienes razón. Por supuesto que el robo va contra el código. Pero muchos de los chicos que llegan aquí, incluida Urraca, han tenido infancias bastante traumáticas. Por supuesto, hay padres a los que les parece genial que sus chicos terminen siendo prodigios, pero también hay mucha gente que sigue asustada de lo que podemos hacer. Que no confía en nosotros. Y para ellos, tener un chico con superpoderes no es… —arrugó la frente. El corazón se le contrajo al recordar las incontables historias que había escuchado sobre jóvenes prodigios descuidados, abusados, incluso abandonados—… lo ideal —terminó sin convicción, devolviendo la mirada a Nova—. De cualquier manera, cuando llegan, intentamos enseñarles a distinguir lo que está bien de lo que está mal, pero a veces resulta difícil abandonar algunos de los instintos de supervivencia que han desarrollado hasta llegar aquí. No obstante, estamos trabajando en eso.

Nova seguía mirando a Maggie en la planta de abajo, con los labios fruncidos.

Luego echó un vistazo al lugar donde sus dedos giraban el delicado brazalete alrededor de la muñeca de su uniforme gris. Cerrando la mano encima, suspiró.

—No me digas que, además de todo, los Renegados han abierto un hogar para prodigios rebeldes.

—No es nada tan oficial —dijo Adrian, sonriendo débilmente—, pero cuando los chicos vienen a nosotros sin familia propia, intentamos encontrar una familia de Renegados que los acoja.

Nova levantó la mirada hacia él, y Adrian pudo ver una pregunta latente en su mirada. Tal vez, estuviera preguntándose sobre su propia familia, su propio pasado. Los padres famosos adoptivos de los que todo el mundo quería saber.

Pero ella se volvió sin mencionarlos, levantando el mentón mientras recorría la bulliciosa sala con la mirada.

—¿Dónde entrena el Centinela?

Adrian se tensó, y sus ojos se agrandaron.

—¿Qué?

La expresión de Nova era pensativa mientras escudriñaba a su alrededor.

—El Centinela —repitió—. ¿Aquel Renegado que apareció en el desfile? ¿Entrena acá con todo el mundo o tiene un lugar especial? O… un lugar para Renegados como él. ¿Hay más de uno?

Su tono sonaba despreocupado, inocente, aunque Adrian no podía dejar de mirarla boquiabierto, incapaz de darse cuenta de si la pregunta era realmente tan inocua como lo hacía parecer, o si había alguna otra intencionalidad de la que se veía a simple vista, si había una acusación detrás de sus palabras.

Cuando Nova lo miró, la curiosidad estaba impresa en sus facciones.

Fue Ruby quien respondió primero.

—Es un impostor —dijo, con suficiente resentimiento como para hacer que Adrian se estremeciera.

Nova se volteó hacia ella.

—¿El Centinela?

—Está fingiendo que es un Renegado —asintió Ruby—. Pero no lo es. Es un farsante.

La mirada de Nova se desplazó entre los tres, una pequeña arruga se formó entre sus cejas.

—¿Realmente lo creen?

Su atención se posó en Adrian, y él consiguió recobrarse, quitándose de encima el ataque de paranoia.

—Nadie había oído hablar de él hasta aquel día. Quienquiera que sea, aquí no ha revelado su identidad a nadie.

—Pero es un prodigio, y uno poderoso —dijo Nova, y por algún motivo, aquel cumplido espontáneo hizo que una débil oleada de orgullo invadiera el pecho de Adrian—. ¿Y quién más que los Renegados tendría los recursos para fabricar un traje

como el suyo? ¿O encontrar una manera de combinar múltiples superpoderes en un solo ser humano? —Ojeó a Ruby y a Oscar pero, por algún motivo, su atención siempre parecía volver a Adrian. Inquisitiva y curiosa, como si supiera lo difícil que le resultaba parecer ajeno a ello—. Si ustedes no saben quién es, entonces… tal vez sea un proyecto confidencial que aún no se ha revelado a todos, ¿verdad?

—Es lo que yo también creí al comienzo —admitió Oscar—, pero cuando el Consejo oyó que había estado actuando en nombre de ellos, asegurando haber operado bajo sus órdenes, se pusieron furiosos.

Adrian bajó la mirada.

—Y no creo que se pueda fingir ese tipo de cosas —añadió Oscar—. Por lo menos, no todos, y no así.

—Claro —Nova permanecía evidentemente escéptica—. Supongo que, con el tiempo, sabremos la verdad.

Adrian se rascó el antebrazo derecho, donde la piel recién tatuada le seguía doliendo bajo la venda.

—¡Oh, mira! —dijo Ruby, señalando la planta del entrenamiento—. Ahí está Danna.

Aliviado por la distracción, Adrian siguió el gesto y vio a Danna sobre una de las colchonetas de entrenamiento que estaba abajo, con los brazos extendidos contra un banco de musculación. Del otro lado de la colchoneta, uno de sus entrenadores sujetaba, insólitamente, una honda.

Al observarlos, Balístico, el entrenador, apuntó directo hacia arriba y disparó, enviando un proyectil con una elevada fuerza de arrastre aleteando hacia el cielorraso.

Danna se puso en cuclillas, sacudiendo por encima de un hombro las largas rastas mientras se concentraba en el blanco. Luego saltó y su cuerpo se deshizo en un ciclón de mariposas que volaron hacia arriba. Las criaturas rodearon el proyectil, y Danna recobró su forma, tomándolo con una mano y volviendo a caer sobre el suelo. Había atrapado el proyectil con una precisión casi perfecta, pero cuando sus pies tocaron el suelo, soltó un gemido de dolor y colapsó sobre una rodilla.

Adrian hizo un gesto de contrariedad.

—¿Monarca? —preguntó Nova.

—Veo que has investigado —dijo Oscar—. Ella también está en nuestro equipo, pero se lesionó en el desfile, así que no pudo venir a las pruebas.

—Vamos —Ruby sujetó el brazo de Nova—. Te la presentaremos.

Se abrieron paso hacia la siguiente escalinata. Al acercarse a la colchoneta de Danna, Adrian alcanzó a oír a Balístico recordándole que permaneciera en forma de enjambre mientras descendía, ya que su cuerpo no estaba preparado para una caída así.

—¡No es tan fácil! —protestó Danna, apretando los puños—. Se quemaron veintinueve mariposas. ¡Es como si tú intentaras atrapar ese objeto con tres dedos

menos!

Entonces advirtió a su grupo y se enderezó, pasándose el antebrazo por la frente húmeda. Su atención se dirigió a Nova.

—¡Te dejaron salir del ala médica! —gritó Ruby. Soltó a la recién llegada y abrió los brazos de par en par para festejarlo. Adrian apenas consiguió retroceder lo suficientemente rápido para evitar que le volviera a golpear la nariz—. Fue más rápido de lo que creían, ¿verdad?

Danna emitió un suspiro, dirigiendo una mirada hostil al entrenador.

—Dijeron que podía volver a entrenarme con el enjambre. Se sorprenderían de lo diferente que resulta tras perder la cantidad de mariposas que perdí. Es como aprender a controlarlas desde el comienzo.

Adrian sintió que los hombros se le anudaban. *Se le quemaron veintinueve mariposas*.

—Pero tengo que conseguir llegar al final de la pista de obstáculos para que me permitan volver a patrullar —continuó Danna—. Por lo menos, será un par de semanas más.

—¿Después de esas quemaduras? —preguntó Oscar, señalando con el mentón el pequeño bulto donde debía tener las vendas bajo el uniforme—. Por suerte, no fue peor.

—Y los sanadores son fabulosos —añadió Ruby. Esbozando una sonrisa, hizo un gesto hacia Nova—. Aún no conociste a nuestra chica nueva.

Danna miró a Nova.

—Insomnia, ¿verdad? —preguntó, extendiendo la mano—. Vi la prueba. Impresionante.

Nova aceptó la mano aunque, apenas la soltó, volvió a llevar la suya rápidamente a su lado.

—Gárgola no es tan terrible como cree.

Danna soltó una risita.

—No te lo puedo discutir. Fue un soplo de aire fresco ver a alguien poner a Congelina y a su equipo en su lugar —se desplomó sobre la banca acolchada—. ¿Me tomo un recreo de cinco minutos? —le gritó a Balístico, pero él ya se había vuelto y comenzaba a trabajar con Flashbolt, un muchacho que parecía tener canicas de vidrio incrustadas en las palmas de las manos.

Danna volvió su mirada de nuevo a Nova.

—Me enteré de que a Sketch le parece que serás una valiosa adquisición para nuestro equipo de vigilancia.

Las cejas de Nova se elevaron y miró a Adrian.

Él se rascó la nuca.

—En realidad, aún no hemos comenzado a hablar…

—Pero ser un buen espía es mucho más difícil de lo que cree la gente —interrumpió Danna.

Nova agudizó la mirada.

—¿En serio?

—Estuviste genial en las pruebas, pero en verdad no te preparan para la realidad, ¿sabes? En una situación real, especialmente en una misión de vigilancia, tienes que prestar atención a los detalles y recordarlos; unir las pistas más insignificantes para obtener una mirada abarcadora. Nunca sabes lo que terminará siendo importante, así que no puedes descartar nada.

Adrian carraspeó.

—Danna es algo así como la experta en vigilancia de nuestro equipo. Pero, evidentemente, lo que ella puede hacer requiere habilidades diferentes de lo que tú sabes hacer. No pretendemos… estamos agradecidos de contar con ambas.

Los labios de Nova formaron una pequeña sonrisa.

—Gracias por el consejo, Monarca. En realidad, creo que puedo arreglármelas.

—Estoy segura de que sí —dijo Danna—. Solo quiero que tengas cuidado. Tengo que asegurarme de que estos vagos estén en buenas manos cuando salgan sin mí.

—Si quieres, ponme a prueba —Nova encogió un hombro despreocupadamente —. Ve si paso la inspección.

Adrian dirigió una mirada rápida a Oscar. Al ver la incomodidad reflejada con tanta claridad en su rostro, se alegró de no ser el único que la sentía.

—Esto no es…

—No, en serio —dijo Nova—. No me importa. No fue justo que no estuviera en las pruebas, y quiero que Danna se sienta segura de la decisión que han tomado todos. A la larga, ella y yo estaremos juntas en el equipo, ¿verdad? Así que, adelante. Veamos qué tan buena soy realizando este asunto de vigilar.

Danna se recostó hacia atrás sobre las palmas, estrechando los ojos pensativa.

—Está bien, sin mirar… ¿cuántas salidas hay en esta sala?

—Oh, vamos —dijo Ruby—. Es su primer día.

—Siete —Nova le sostuvo la mirada a Danna.

Un segundo pasó antes de que Oscar comenzara a dar vueltas en círculo, contando las salidas en voz baja.

—Vaya —dijo levemente al terminar.

Adrian también se encontró mirando alrededor de la sala.

—Aunque podríamos decir —añadió Nova— que habiendo tantos prodigios en este lugar, capaces de manipular el metal o de hacer estallar el concreto, hay potencial para muchas más salidas si se las necesitaran.

El rostro de Danna se suavizó. Comenzaba a sonreír cuando Nova continuó:

—También hay diez cámaras de seguridad, dos extinguidores de fuego y cinco máquinas expendedoras, una de las cuales solo vende golosinas, lo cual me hace cuestionar seriamente el compromiso de los Renegados con una dieta saludable.

Oscar rio.

—Ya nos tiene calados. Espera a que veas la cafetería. ¡Tienen un mostrador con

macarrones y queso!

Los labios de Danna se curvaron hacia arriba.

—¿Cuántos ocupantes?

Nova levantó una ceja.

—¿Sabes *tú* cuantas personas hay aquí dentro?

—No —dijo Danna—. Solo quiero asegurarme de que no seas realmente mejor en esto que yo.

Nova se balanceó sobre los talones.

—Pues, no tengo un número exacto. Diría que cincuenta. Y hasta ahora, solo he discernido las habilidades de dieciséis de ellas.

En la colchoneta que tenían al lado, el entrenador arrojó un disco, y Flashbolt levantó las manos. Disparó una serie de relámpagos de color desde sus palmas cubiertas con canicas, golpeando el disco mientras trazaba un arco en el aire y recorría el salón.

—Diecisiete —corrigió Nova.

Adrian sonrió.

—Ahora ¿quién está presumiendo?

Nova volteó una mirada sorprendida hacia él, y hubo un instante en que volvió a ser la concursante audaz y segura de sí de las pruebas. Pero un segundo después, sus mejillas se tiñeron de rojo y se retrajo ligeramente, avergonzada o desorientada. No consiguió darse cuenta.

Danna asintió con admiración.

—Parece que vas a andar bien. Solo intenta mantenerlos fuera de problemas, ¿sí?

—¿Es parte de la descripción del cargo? —preguntó Nova.

—Para nada —dijo Danna, llevando las rastas hacia atrás y asegurándolas en una coleta baja—. Pero me sentiré mejor si sé que estás gastando, por lo menos, tanta energía cuidando a estos muchachos como la que gastas, en apariencia, observando todo el resto.

Nova sonrió animadamente y levantó los pulgares.

—Puedes contar conmigo.

Adrian no tuvo ninguna duda de que se trató de un gesto positivo fingido.

—Bueno —dijo, aplaudiendo las manos—. Será mejor que te dejemos volver a lo tuyo. No dejes que Balístico te exija demasiado, ¿sí?

Danna emitió un gruñido, sacudiendo la mano con poco entusiasmo en dirección a ellos mientras se abrían camino de regreso a las escaleras.

—Solo queda un paso más de nuestro *tour* —dijo Adrian.

—¿La cafetería? —preguntó Nova, sin demasiado entusiasmo.

—No pases por alto la cafetería —replicó Oscar—. Es gratis y es genial.

Adrian sacudió la cabeza.

—La cafetería, no, aunque estoy seguro de que Oscar estará encantado de mostrártela más tarde si le pides. En realidad, tengo alguien especial a quien quiero

que conozcas. Lo llamamos *el Bandido*.

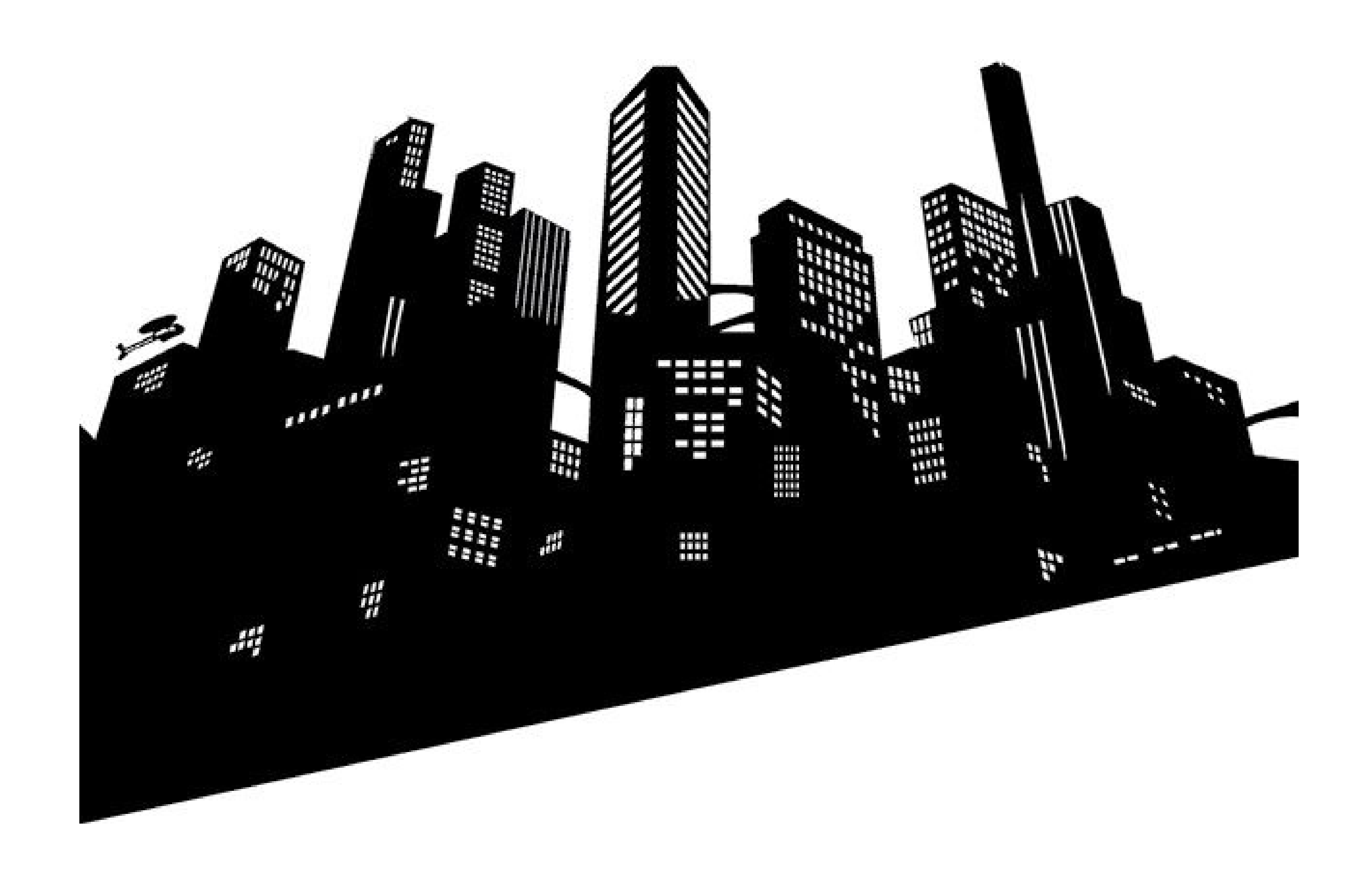
—¿El Bandido? —preguntó ella con una leve carcajada.

—Sí. De hecho, ha solicitado una audiencia especial contigo.

—*El Bandido* —repitió Nova, arrastrando las palabras—. ¿Qué es esto? ¿El Lejano Oeste?

Adrian le sonrió a su vez.

—Algunas veces, yo mismo me lo pregunto.



# CAPÍTULO 19

Tomaron el elevador de regreso al vestíbulo principal, luego treparon por una escalinata en espiral, a través de un pasadizo corto y al puente colgante que Nova había advertido al entrar en el edificio. Distinguió de nuevo la sala vidriada, un recinto circular lleno de esculturas pequeñas que habían brillado como estalagmitas de cristal desde la planta baja.

A medida que se acercaban, quedó a la vista lo que había del otro lado de las ventanas. Nova notó que no eran en absoluto esculturas azarosas, sino una maqueta de la ciudad de Gatlon, construida con increíble detalle. Se hallaba realizada totalmente de cristal transparente y brillante.

—¿Qué es esto, una instalación de arte? —preguntó mientras sus ojos seguían el perfil del horizonte hasta el borde de City Park, trepaban a la cima del cuartel general de los Renegados, cruzaban al otro lado de Merchant Tower, y descendían a los muelles de la marina y a los puentes que cruzaban el río Snakeweed.

—No exactamente —Adrian golpeó los nudillos contra la ventana—. Es más una maqueta de juguete. Algo así como el pasatiempo del Bandido.

—¿Y quién es el Bandido?

—Su verdadero nombre es Max —golpeó sobre el cristal—. Hola Max, tienes una visita.

Nova vio a una figura que emergía del otro lado del paisaje urbano. Se trataba de un chico, tal vez de diez años, con cabello color arena que se rizaba alborotado alrededor de las orejas, y gruesas cejas. Se abrió paso a través de la ciudad de cristal, caminando descalzo sobre Broad Street, pisando con cuidado por encima de taxis y árboles en macetas diminutas y, cada tanto, por encima de un peatón vidrio. Estaba tan concentrado al principio cuidando dónde pisaba que ya había cruzado la mitad de la ciudad antes de ver a Nova.

Quedó helado, sus ojos se agrandaron.

—¡Insomnia!

—¿Bandido? —adivinó.

Corrió el resto del camino hasta la ventana que los separaba. De este lado de la ciudad modelo, los rascacielos cedían el lugar a depósitos y astilleros. Una amplia superficie de lo que habría sido la playa alrededor de Harrow Bay le daba un lugar adecuado para pararse.

—El combate en las pruebas: fue lo mejor que vi en mi vida. No *soporto* a Gárgola. Y ahora, mira, ¡eres aún más baja de lo que creí!

Oscar se inclinó contra el muro de cristal.

—¿Acaso has siquiera hablado con Gárgola alguna vez?

Max miró hacia arriba disgustado.

—Por favor, he visto suficientes entrevistas con Congelina y su equipo para saber que dos tercios de su cerebro son puros sedimentos.

Los labios de Nova se estiraron en lo que, tal vez, fue la primera sonrisa real de todo el día.

—¿Eso fue una broma geológica?

Max ignoró la pregunta, volviéndose en cambio a Adrian.

—¿Puedes dibujarla?

Nova parpadeó.

—Dibujar… ¿a quién? ¿A mí?

—Eh, claro —dijo Adrian, deslizando la mirada hacia ella—. Si estás de acuerdo.

—Tienes que decir que sí —pidió Max, metiendo la mano en el bolsillo trasero y sacando una estatuilla de vidrio de quince centímetros que representaba a Gárgola—. Mira, estoy montando las pruebas —señaló en la dirección del lugar de donde había venido—. El estadio está más atrás. Quería representar el momento cuando ganaste y te uniste a nuestro equipo.

Nova miró más allá de los rascacielos, y aunque no podía ver el estadio desde donde estaba parada, no le costó imaginarlo del otro lado del centro de la ciudad, reflejando su ubicación en la vida real.

—¿*Nuestro* equipo? —Miró a Adrian, que ya se encontraba en cuclillas, dibujando sobre la pared de cristal.

Fue Oscar quien respondió.

—Max no puede hacer patrullas, así que lo nombramos miembro honorario de

nuestro equipo. Así, por lo menos, le dan un uniforme.

Nova volvió a mirar al muchacho; llevaba un pijama de franela a cuadros.

—¿Qué te parece? —preguntó Adrian.

Ella dio un paso atrás, para poder ver su dibujo: un sencillo, aunque asombroso retrato de sí misma sobre el cristal. El dibujo no llevaba el uniforme de Renegados como lo vestía ahora, sino la sencilla camisa acanalada y los *leggings* deportivos con los que se había presentado el día de las pruebas. Incluso había dibujado el diminuto cañón en su mano.

—Perfecto —dijo Max.

Adrian presionó la palma contra el dibujo, y Nova observó la tinta filtrándose a través de la ventana y emergiendo del otro lado como una figura de tres dimensiones.

—Guau —dijo pensativa—. Mi primer día de trabajo y ya soy un muñeco de acción.

Adrian levantó la cabeza y sonrió.

Max tomó la figura y regresó corriendo a través de la ciudad. Hizo una pausa al voltear por la esquina en Raikes Avenue.

—Gracias, Adrian. Fue un placer conocerte, Insomnia. Soy un gran admirador tuyo.

Adrian lo saludó y Nova, sin saber exactamente cómo reaccionar a este extraño encuentro, también.

—Gracias —comenzó a decir, aunque Max ya les había dado la espalda. Volvió a mirar la ciudad, examinándola más de cerca que antes—. ¿Tú hiciste todo esto?

—Durante años ha sido un proyecto personal —Adrian se puso de pie una vez más y guardó el rotulador—. Un acto de amor. Por lo menos, mantiene ocupado a Max.

Ella escudriñó la habitación, o lo que alcanzaba a ver. Había un sendero que conducía alrededor del puente colgante, y una puerta cerrada del otro lado del recinto.

—No está encerrado allí dentro, ¿verdad?

Cuando nadie respondió, echó un vistazo y notó que una sombra había cruzado el rostro de Adrian; tanto Ruby como Oscar se hallaban frunciendo el ceño. No parecían enojados o tristes, sino más bien… resignados.

—No es una prisión —dijo Adrian—. Si quisiera o tuviera que hacerlo, podría marcharse. Pero él sabe… —vaciló—. Jamás lo intenta. Marcharse.

—¿Por qué no?

Él se encontró con su mirada.

—Lo llamamos *la cuarentena*. Debe permanecer allí por su propio bien. Y por el nuestro —encogió los hombros—. Lo han hecho lo más cómodo posible.

—Así que está enfermo.

—No exactamente —dijo Adrian, espaciando sus palabras—. Es…

—Peligroso —agregó Ruby, y Oscar aportó al mismo tiempo—: Valioso.

Nova inclinó la cabeza confundida, pero antes de que alguien pudiera explicar

con más detalle, oyó un fuerte sonido metálico y un siseo provenientes de la puerta para entrar en el espacio de cuarentena de Max. Al abrirse quedó al descubierto otro recinto cerrado que se encontraba más allá. Una mujer entró a la sala circular con un incómodo traje protector, que incluía una máscara para cubrir todo el rostro y un equipo de respiración autónoma. Aunque la mayoría del traje era blanco inmaculado, se hallaba adornado con puños metálicos alrededor de las muñecas, los tobillos y la garganta. Parecía el tipo de uniforme que uno se pondría para recorrer una tierra asolada por una devastación nuclear.

La mujer llevaba una caja medicinal color blanca.

Del otro lado de la línea del horizonte, Max se puso de pie. Parecía ligeramente irritado por la interrupción.

La mujer no tuvo que decir nada para que Max dejara a un lado las figurillas de Insomnia y Gárgola, y comenzara a caminar hacia ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nova.

—Tiene que tomarle muestras a intervalos regulares —dijo Adrian—. De sangre, de saliva… —encogió los hombros—. Sinceramente, no sé qué hacen con gran parte de ello.

—¿Intentar curarlo? —preguntó ella, pensando que debió ser algo obvio.

Pero Adrian sacudió la cabeza.

—No lo creo. No es ese tipo de enfermedad. Creo que están trabajando sobre algo en el departamento de Investigación y Desarrollo —Adrian suspiró y se dio vuelta—. Vamos, démosle al muchacho un poco de privacidad.

Nova siguió al grupo a través del puente colgante, echando un vistazo hacia atrás y vio a Max remangándose mientras la mujer del traje preparaba una jeringa.

—Todavía no me dijiste lo que padece —dijo Nova—. O por qué resulta peligroso, valioso o todo lo anterior.

Los otros intercambiaron miradas, y Nova se impacientó.

—Es bastante confidencial —respondió Adrian, como excusándose.

La palabra le provocó un escalofrío en la columna. *Confidencial*.

Confidencial era exactamente el motivo por el que estaba allí.

—Pero ahora soy integrante de su equipo, ¿verdad? —insistió—. ¿Por qué no puedo saber yo también?

Adrian encogió los hombros.

—Ni siquiera nosotros debemos estar al tanto. Es solo que… tengo la ventaja de oír cosas que, en estricto rigor, no debería escuchar.

—Así que escuchaste información confidencial y les contaste —dijo, señalando a Ruby y a Oscar.

—Nova, es tu primer día —indicó Ruby—. No intentamos excluirte, es que… es tu *primer día*. Y lo que sucede con Max no tiene nada que ver con nosotros.

—Además —añadió Oscar—, tenemos cosas más urgentes de las que ocuparnos, ¿verdad?

Nova frunció el ceño, advirtiendo el cambio de tema. No pudo evitar sentirse fastidiada. Aunque para ser justos, sabía que *ella* tampoco habría confiado en sí misma información confidencial, por bien que le hubiera ido en las pruebas de selección.

Tomó nota mental para después: *averiguar lo que sucede con el Bandido y la cuarentena, y qué hacen con sus muestras de sangre*.

—… De esto.

Nova despejó la cabeza y bajó la mirada. Adrian sujetaba una tira estrecha de plástico delgado, casi del largo de una regla, pero Nova no había estado escuchando lo que decía de esa tira.

—¿Qué es? —preguntó. La tomó entre los dedos y la levantó a la altura de los ojos, escudriñando a Adrian del otro lado.

—El dispositivo de comunicación de los Renegados.

—Algo así como un teléfono sofisticado —dijo Ruby.

—Y un accesorio a la moda —agregó Oscar. Remangó un brazo de su uniforme, revelando una tira similar de vidrio alrededor de su muñeca—. Los diseñadores de lujo ya están intentando copiarlo. El año que viene por estas fechas, será el último grito de la moda.

—Dejando a un lado la moda, la gente de Investigación y Desarrollo está muy orgullosa de estos. Toma —Adrian tomó el antebrazo izquierdo de Nova, pero dudó cuando vio el delicado brazalete. Entonces cambió de brazo. Volviendo a tomar el dispositivo de sus manos, comenzó a doblarlo, curvándolo hasta que se ajustó perfectamente alrededor de la muñeca de ella, una espiral elegante contra su piel. Era tan liviano que apenas la sentía, o tal vez fuera que estuviera demasiado sintonizada con el calor que emitían sus dedos para prestar demasiada atención al comunicador.

»Esta parte se encenderá y sonará una alarma cuando haya una emergencia —dijo él, señalando uno de los extremos del dispositivo—. Si el centro de llamados ya designó una ubicación para que nos reportemos, aparecerá un mapa de la ciudad en el medio, que indicará a dónde ir. Aquí abajo —dio un golpecito en el otro extremo de la tira, apoyado cerca del pulgar de Nova— es donde te comunicas con uno de nosotros. Solo oprime tu dedo aquí y di el nombre de la persona con la que te quieres contactar.

—O puedes levantarlo delante de tu cara —añadió Oscar, representando la acción — y automáticamente comenzará a registrar un mensaje de video. Es muy ingenioso.

Nova giró la muñeca de un lado a otro, sintiendo que comenzaba a formarse una sonrisa. Nueva tecnología, un dispositivo nuevo. Por fin, comenzaban a hablar su idioma.

Pero luego se le ocurrió una idea que ahogó aquella primera oleada de entusiasmo. La tecnología como esta tenía que incluir un dispositivo de localización. Lo cual significaba que, mientras lo llevara puesto, los Renegados sabrían exactamente dónde ubicarla.

No tenía idea de si alguna vez intentarían usarlo para eso, pero de cualquier forma sentía como si le acabaran de envolver una serpiente venenosa alrededor de la muñeca.

—Gracias —dijo, intentando parecer agradecida—. Todavía parece tan increíble. Ya saben… ser una *Renegada* —hizo un gesto expresivo con las manos.

—Con el tiempo, te acostumbrarás —afirmó Adrian, con una sonrisa comprensiva.

—¿En serio? —gorjeó Ruby, con una sonrisa radiante—. A mí todavía no me pasa. Sigue siendo prácticamente lo mejor que me pasó en la vida.

—Intenta tener el comunicador contigo en todo momento —dijo Adrian—. Seguramente, ya tengas un mensaje allí con nuestras instrucciones para mañana por la noche.

—¿Mañana por la noche?

—Nuestra primera misión —la expresión de Adrian cobró un matiz de entusiasmo—. Vigilaremos la Biblioteca de Cloven Cross.

Nova quedó inmóvil.

—La dirige un hombre llamado *Gene Cronin* —continuó—. Solía ser miembro de una banda de villanos llamada *el Cartel de Vándalos*, y tenemos motivos para creer que podría seguir dedicado al contrabando de armas ilegales, incluida, tal vez, el arma que empleó Pesadilla para intentar asesinar al Capitán Chromium en el desfile.

Nova lo miró con atención, su cuerpo tenso esperaba que su serenidad fingida desapareciera de un momento a otro, que dijera que en realidad conocía su identidad secreta y que todo esto no había sido más que un ardid para atraparla aquí dentro del cuartel general.

En cambio, señaló hacia los elevadores.

—Te llevaremos de regreso a la sala, para que busques tus cosas. Tienes el resto del día libre para descansar. O… para lo que sea que hagas —sus labios se retorcieron, pero Nova no había estado preparada para una broma, y pasó inadvertida por sus pensamientos dispersos—. De cualquier manera —dijo Adrian, su sonrisa desaparecía—. Nos encontraremos fuera de la biblioteca, mañana por la noche a las once. Puedes llevar ropa de calle. Seguramente nos convenga permanecer de incógnito.

—Espera —dijo Nova, siguiéndolo ciegamente al elevador—. ¿Es todo? ¿Vigilancia? ¿No vamos a… no sé, rastrear a un… asesino serial o algo así?

—Estás decepcionada, ¿verdad? —preguntó Oscar.

Adrian le disparó una mirada irritada.

—Nos gusta ir acostumbrando a los reclutas de a poco antes de perseguir a los autores de masacres. Pero esta misión es muy importante. Si podemos encontrar evidencia de que Cronin sigue traficando en el mercado negro, podría ayudarnos a descubrir muchas redes criminales en toda la ciudad. Las tasas de delito han estado trepando los últimos cuatro años y, si Cronin realmente está abasteciendo a los

criminales con armas, detenerlo podría ser una enorme victoria.

Nova intentó escucharlo, asintiendo cuando parecía adecuado que lo hiciera, aunque la cabeza le daba vueltas. Sabía muy bien que Gene Cronin, al que conocía mayormente como *el Bibliotecario*, operaba activamente en el mercado negro y que, sin duda alguna, le había entregado el arma que ella había intentado usar contra el Consejo.

—Pero antes de poder hacer algo —continuó Adrian, ajeno a cómo esta conversación había alterado a Nova al acercarse demasiado a sus propios secretos—, el Consejo requiere evidencia de que Cronin está violando la ley. No permitirá una redada o siquiera un permiso para allanar la biblioteca hasta que tengamos algo concreto.

—¿En serio? —preguntó Nova, incapaz de ocultar la incredulidad de su tono—. ¿El Consejo no permitirá una redada sin autorización? —Sin duda, había permitido bastantes incursiones en los túneles del metro…

Adrian se veía levemente irritado, aunque Nova advirtió que no era por ella.

—El Consejo es muy estricto cuando se trata de seguir los nuevos códigos. ¿Sabes? Durante la Era de la Anarquía, hacían lo que fuera para erradicar la violencia y los robos. Pero ahora intentan restablecer un sistema judicial como el que teníamos antes. Creo que tienen miedo de que, si comenzamos a transgredir las reglas, otras personas creerán que está bien que ellas también lo hagan.

—¿Te refieres a que a las personas no les gusta ver que quienes los gobiernan son hipócritas? Sorprendente.

—Lo sé —dijo Adrian, mirando el techo. Su sonrisa espontánea volvió a aparecer —. Sus motivos tienen sentido. Pero eso significa que tenemos las manos sujetas en situaciones como estas. Aunque ¿quién sabe? Tal vez mañana por la noche encontremos algo que aporte las pruebas suficientes para realmente comenzar a investigar a Cronin.

—Durante nuestra vigilancia —aclaró Nova—. A una biblioteca pública.

—Así es —Adrian asintió. Las puertas del elevador se abrieron y la condujo de regreso a los lockers donde tenía guardada su ropa—. Tenemos suerte de contar con la Renegada que no necesita dormir.

—Sí, qué suerte para ustedes —dijo, tomando el bolso que Adrian le había dibujado aquella mañana y colgándoselo del hombro.

Su expresión se derrumbó con levedad.

—Sé que no es lo más emocionante del mundo, y que tus habilidades evidentemente se prestan para misiones mucho más activas…

Nova soltó una carcajada.

—Descuida. No estoy decepcionada. Si acaso, me siento un poco aliviada.

Y era cierto, aunque dejó que supusiera sus propios motivos para ello.

Esta era una misión en la que se sentiría cómoda. Podía ejercer fácilmente el papel de Renegada obediente, sin hacer o decir nada que incriminara a Cronin, que

siempre había sido un aliado de los Anarquistas. Si acaso, tal vez podría encontrar incluso una manera de desviar a los Renegados de su pista… y de la suya propia.

—Bien —dijo Adrian—. Entonces, te veremos mañana.

Presionó los labios y asintió.

—Genial. Claro. Yo… eh, los veré mañana —se volteó y comenzó a regresar al elevador—. Gracias por el *tour*.

Acababa de dar un paso dentro del elevador cuando oyó su nombre.

—¿Nova?

Miró atrás.

—¿Está aguantando el brazalete?

Ella mantuvo la mirada de Adrian, sintiendo de nuevo la manera en que le había sujeto la mano, el suave trazo de la punta del rotulador sobre su piel, el aleteo de su pulso por debajo.

Sacudió la muñeca ligeramente, sintiendo el roce del metal contra la piel, justo en el borde de la manga del uniforme.

—No se me volvió a romper.

Él empujó las gafas hacia arriba. Por un instante, pareció casi tímido.

—Solo dime si alguna vez necesitas que te dibuje algo, ¿sí?

Las puertas del elevador se cerraron antes de que Nova pudiera pensar en cómo responder. A medida que descendía la cabina, levantó la mano, inspeccionando el broche del brazalete por lo que debió ser la enésima vez. Los detalles calcados, la sutil diferencia de color. Cuando lo había dibujado, había hecho que el broche funcionara para poder desabrocharlo y quitárselo si quería, aunque nunca lo hizo.

Giró el brazalete en círculos y escudriñó la cavidad donde habría ido la gema si su padre lo hubiera terminado pero, en realidad, no estaba mirando el brazalete, la cadena o las puntas vacías.

Su mente corría a toda velocidad repasando las últimas horas, intentando ordenar todo lo que había aprendido, tratando de discernir cuán valioso era y lo que necesitaría para reunir más información en las semanas siguientes. El elevador llegó a la planta baja. Al cruzar el vestíbulo del cuartel general y regresar a las calles de Gatlon, repasó los sucesos de aquel día.

Vio una sala de entrenamiento subterránea rebosante de enemigos poderosos.

Vio a una mujer con una especie de traje de protección que venía a recoger muestras de un muchacho al que llamaban *peligroso* y *valioso*.

Vio a dos miembros del Consejo abriéndose paso por el vestíbulo, riendo como si no tuvieran una sola preocupación en el mundo.

Vio a Adrian y aquella sutil transformación de su actitud confiada, aquel indicio de timidez mientras observaba las puertas del elevador cerrándose.

Al poner más distancia entre ella y el cuartel general, comenzó a sentir la presión de miradas que la seguían. Resultaba tan raro ver a un Renegado en la ciudad que la gente se detenía para mirarla embobada mientras pasaba, e incluso algunos turistas le

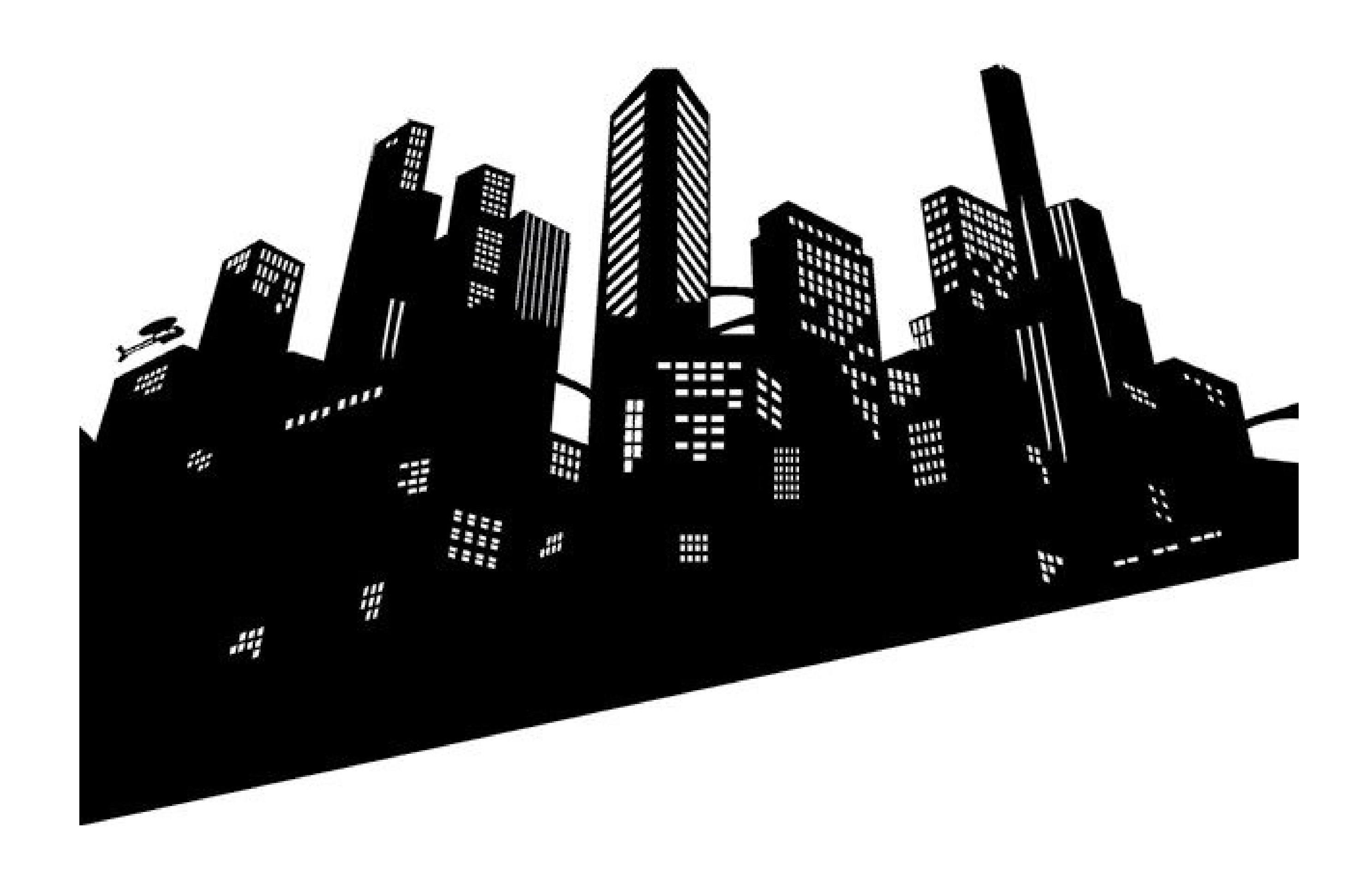
tomaban fotografías. Luego estaban las reacciones contrarias: los que odiaban a los prodigios y se burlaban, o los que no la miraban por temor o desagrado.

Admirada u odiada, con cada paso que daba, Nova sintió más ganas de llegar a casa y quitarse el uniforme lo más rápido posible.

Ella no era una Renegada.

Ella era Pesadilla.

Y no le gustaba ser observada.



## Capítulo 20

East 94 y Wallowridge era un vecindario aún más despreciable de lo que había imaginado. No es que por orgullo sintiera vergüenza de que los Renegados supieran que vivía allí. Era que… si le iban a dar un hogar ficticio, ¿no podía Millie haber elegido algo un poco mejor? Tal vez una de aquellas mansiones abandonadas en los suburbios, o un condominio sobre el agua o, por lo menos, un lugar que no pareciera a punto de ser declarado inhabitable.

El hogar que Nova McLain compartía aparentemente con su tío era una casa adosada con una fachada de ladrillos, comprimida entre otras, cada una con pintura descascarillada en los marcos de las ventanas y diminutos jardines cubiertos de césped y malezas. Había basura en las alcantarillas de la calle, botellas vacías de cerveza en el porche delantero, y un viejo neumático apoyado contra la pared. Una de las ventanas de arriba parecía estar perforada por un agujero de bala, y un par de vecinos tenían las puertas y ventanas completamente tapiadas.

Parada sobre la acera, dejó que su mirada recorriera la calle a uno y otro lado, observando el grafiti de las paredes, los vehículos sobre bloques. Había tanto silencio y tanta tranquilidad que no estaba segura de que alguien siquiera viviera allí. Y si fuera así, eran terriblemente descuidados.

*Por lo menos, viven en un lugar con luz de día,* susurró una voz en su cabeza.

Nova sintió fastidio de que el cerebro interfiriera en su crítica del vecindario, pero luego lo pensó, y su rostro se distendió.

En realidad, la luz de día era definitivamente una ventaja.

Y de noche, incluso habría estrellas.

Trepó los bajos peldaños pasando por encima de las botellas de cerveza. Una ranura de bronce para cartas había sido grabada hacía mucho con una sola palabra: MCLAIN.

Era la primera indicación para Nova de que, de hecho, su falsa identidad podía estar vinculada a alguien del mundo real, al contrario de lo que Millie les había dicho. Hizo que se preguntara qué les había sucedido a los verdaderos McLain.

Nova probó la manija de la puerta y la halló sin llave. Tras abrirla con un empujón, aparecieron una sala estrecha y una colección de telarañas. Le sorprendió ver muebles: dos sillones anticuados y una consola de entretenimiento; aunque cualquiera fuera la TV o radio que hubieran estado allí, habían desaparecido hace tiempo, reemplazadas por una gruesa capa de polvo. Alguna vez habían decorado el salón con un llamativo empapelado de arabescos, aunque algunas tiras comenzaban a despegarse.

Pero lo que más la hizo vacilar fueron huellas recientes dejadas sobre los polvorientos suelos de madera. Describían una serie de trayectorias de ida y vuelta entre la puerta principal y la escalera que estaba justo enfrente.

Apoyó una mano sobre el cinturón —aún contenía los dispositivos que había llevado consigo al Cuartel General de los Renegados aquella mañana— y entró. Pasó una colección de fotografías enmarcadas sobre la pared —posiblemente, la familia McLain—, pero no se molestó en examinar sus rostros mientras ascendía la escalera. La madera crujió bajo sus pies, rompiendo el manso silencio de la casa. Nova quedó inmóvil, aguzando el oído. Cuando solo oyó el sonido de su propia respiración, dobló la esquina y siguió subiendo el resto de la escalera. En la segunda planta, había una puerta a su izquierda, apenas entornada, y una sala abierta a su derecha, con una habitación del otro lado.

Nova extendió la mano y le dio un empujón a la primera puerta hasta terminar de abrirla. Se encontró con un somier sin colchón y con paneles de cortina amarillentos que cubrían las dos ventanas altas, una de las cuales revoloteaba alrededor del agujero de bala.

Dándose vuelta, se abrió camino al segundo dormitorio: la habitación principal, a juzgar por su tamaño y por el pequeño baño revestido de cerámicos que se hallaba contiguo al armario. Pero en esta habitación, no había muebles. Solo una mochila, una bolsa de papel de supermercado y una bolsa de dormir en la esquina con un gran bulto acurrucado dentro.

Nova vaciló en la entrada, mirando el bulto y esperando que no estuviera muerto. El cadáver de un desconocido no era exactamente el tipo de regalo de bienvenida que había estado esperando. Tras observar un instante, detectó un sutil ascenso y descenso

de la respiración.

Suspirando, cruzó la habitación. Detectó un revólver en el suelo no lejos de la figura y, presionando con su pie encima, lo arrastró fuera del alcance. Luego carraspeó.

La figura no se movió.

—Oye.

Un resoplido silencioso.

Nova frunció el ceño y se puso en cuclillas, para empujar suavemente el cuerpo a través de la bolsa de dormir. La figura chilló y se volteó, luego se incorporó de golpe. El hombre tenía una barba gruesa y orejas que sobresalían demasiado de su cabeza. A pesar de los mechones grises que brotaban de su cabello y de las arrugas que atravesaban su frente, Nova tuvo la impresión de que seguramente era más joven de lo que aparentaba, pero demasiados años de rigor lo habían envejecido de un modo prematuro. La mano del individuo se dirigió al lugar donde había estado el revólver, pero cuando se encontró solo con las tablas de suelo, miró hacia abajo con rapidez y lo vio oculto detrás de Nova.

Su perplejidad se convirtió en un gesto de desprecio.

—¿Quién eres? —ladró.

—La nueva inquilina —dijo—. Lo siento, pero vas a tener que encontrar otro sitio para pasar la noche.

Su mirada recorrió con velocidad su uniforme de Renegada. Nova advirtió la indecisión que se debatía detrás de la mirada atontada del hombre. Era evidente que quería decirle que se largara y lo dejara volver a dormirse, pero hoy en día la mayoría de la gente optaba por tratar a cualquier Renegado con respeto, independientemente de si apoyaban o no su gobierno de la ciudad.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Ustedes los Renegados están reclamando esta calle para otro de sus proyectos sociales, o algo?

—O algo —respondió Nova. Tomando el revólver, pasó por encima de la bolsa de dormir del hombre y abrió de un tirón la ventana de guillotina más cercana, para arrojar el arma fuera. Cayó con un suave golpe sobre una parcela de malezas en el callejón trasero.

—¡Oye! —gritó el hombre.

Nova volvió a dirigirse hacia la escalera.

—Tienes dos minutos —le respondió por encima del hombro—. Si no te has ido para entonces, serás el siguiente objeto que arroje por la ventana.

—¿Crees que puedes arrojarme por la ventana? —preguntó él, cuando Nova se encontraba cruzando la siguiente habitación—. ¡He tenido perros más grandes que tú!

Nova hizo una pausa, se volteó, escudriñándolo a través del marco.

—Ahora tienes un minuto.

Regresó abajo para terminar el *tour* de la casa, que consistía en un tocador y una combinación de cocina y comedor pequeños en la parte trasera de la planta baja. Una

puerta corredera de cristal conducía a un diminuto jardín cuadrado, en su mayor parte cubierto de malezas, incluido un arbusto de zarzamoras particularmente monstruoso que estaba en proceso de devorarse el triciclo de un niño.

Treinta y cuatro segundos después, oyó el crujido de los escalones y la puerta de entrada que se cerraba con un golpe.

Nova exhaló.

«Hogar, dulce hogar».

Regresó a la cocina y comenzó a hurgar entre los armarios. Encontró una caja de bolsas negras de residuos metidas en una esquina y comenzó a llenarlas con tapas de botellas, latas de refresco aplastadas y, cada tanto, una cucaracha muerta dispersa sobre el suelo. Cuando se le ocurrió venir a conocer el lugar, no planeaba quedarse. En cambio, había estado pensando estratégicamente. Supuso que, si los Renegados *realmente* la estaban siguiendo a través del brazalete de comunicación, estarían esperando que, en algún momento, regresara a casa, así que, más valía sacárselo de encima. Su plan había sido ocultar el brazalete allí y luego regresar a los túneles subterráneos, para contarles a los demás lo que había aprendido durante su primer día en el cuartel general.

Pero ahora que estaba aquí, se le ocurrió que, si *realmente* estaban siguiéndola, no sería suficiente venir de cuando en cuando. Le gustara o no, estaría pasando el tiempo aquí. Más vale que lo transformara… pues, no en un lugar cómodo, pero, al menos, tolerable.

Había terminado con su tanda preliminar de residuos cuando oyó de nuevo el rechinar de la puerta de entrada.

Nova soltó un quejido, dejó caer la bolsa de residuos sobre el suelo y volvió a avanzar furiosa hacia la sala.

—Les digo, este lugar ya no…

Se detuvo en seco.

Ingrid se hallaba en la puerta, curvando el labio con desagrado al observar la entrada.

—Bueno —dijo, pasando por el umbral—. Iba a felicitarte por haber mejorado tu suerte en la vida, pero ya no estoy tan segura de que sea realmente una mejoría.

Leroy y Honey entraron en fila tras ella. Honey se volteó para cerrar la puerta, pero vaciló y, en cambio, lo hizo con el dedo del pie. Tenía las manos apretadas contra el pecho, como si temiera tocar algo sin querer y terminara contrayendo el tétanos.

Nova puso los ojos en blanco. Casi una década en un túnel húmedo y sombrío, y Honey Harper seguía comportándose como si perteneciera a la élite.

—¿Qué? ¿Phobia no vino? —preguntó Nova secamente.

—No tenía interés en venir con nosotros —dijo Ingrid—. Su falta de curiosidad es inhumana.

—Eso —señaló Honey con desprecio— o tiene un miedo atroz al empapelado de

arabescos. No, espera, esa soy yo.

Un músculo se contrajo en la mejilla de Nova.

—¿Qué hacen aquí?

—Sentíamos curiosidad por saber cómo te había ido en tu primer día —respondió Leroy. Ahuecó un sucio cojín floreado y se dejó caer sobre uno de los sillones. Honey lo miró horrorizada.

—Iba a regresar a los túneles después de… —Nova echó un vistazo alrededor— … explorar este sitio.

—Nos imaginamos —dijo Ingrid, paseando lentamente alrededor del perímetro de la habitación para inspeccionar los muebles deslucidos y el empapelado—. Pero no nos pareció tan buena idea si están siguiéndote.

Nova frunció el ceño.

—Y si me están siguiendo, ¿no creen que resulte problemático que quien esté siguiendo mis pasos haya visto a tres Anarquistas entrando en mi casa?

—Bueno, es evidente que nadie te está siguiendo —dijo Ingrid—, salvo nosotros. Hemos estado caminando detrás de ti desde que te fuiste del Cuartel General de los Renegados. Nos habríamos dado cuenta de si otra persona también lo hubiera hecho.

—Pero no lo sabías —Honey se atrevió a entrar un paso más en la habitación—. Y sigue siendo riesgoso que vuelvas a los túneles mientras seas… eso —lanzó una mirada al uniforme de Nova—. No queremos llamar la atención innecesariamente.

—¿Entonces, qué? —preguntó Nova, cruzando los brazos— ¿Estoy desterrada de mi hogar mientras siga esta farsa?

—Vamos, Nova —dijo Ingrid—. No creo que te pierdas demasiado. Con el trato, conseguiste una casa toda para ti —abrió los brazos, señalando la sala a su alrededor.

—Tengo todas mis cosas allá —indicó Nova—. Mis armas, mis inventos, mi ropa…

—No estamos desterrándote —dijo Leroy—. Por supuesto que siempre serás bienvenida. Pero esperemos un día o dos, solo para asegurarnos de que los Renegados no están vigilando los lugares que frecuentas. Además… —encogió los hombros— siempre pasabas todo el tiempo posible sobre la superficie. No veo por qué esto tenga que causarte tantas molestias.

Nova apretó los labios, sin poder objetarlo.

—Está bien. Tampoco pienso pasar demasiado tiempo acá. Apenas termine mi primera misión oficial, pasaré todo el tiempo libre que tenga en el cuartel general, averiguando todo lo que pueda.

—Así me gusta —dijo Ingrid. Había terminado de dar la vuelta por la habitación y ahora se detuvo delante de la pared con las fotografías enmarcadas. Descolgó una, lo que descubrió un brillante cuadrado sobre el empapelado. Era solo un indicio más de cuánto se habían decolorado las paredes con el paso del tiempo.

—¿Aprendiste algo interesante hoy? —preguntó Leroy, cambiando el peso del cuerpo para acomodarse mejor sobre los abultados cojines.

Nova arrojó la bolsa de residuos sobre el suelo e hizo lo posible por relatar el día que había pasado recorriendo el cuartel general. Aunque había averiguado muy poco sobre los experimentos que llevaban a cabo en Investigación y Desarrollo o algún dato sobre el Centinela, por lo menos, había comenzado a hacerse una idea provisoria del funcionamiento de la organización: la jerarquía, la estructura, el alcance de lo que esperaban realizar.

Y era mucho más de lo que había imaginado.

Claro que estaba al tanto de lo que pensaban del delito y de la aplicación de la ley, e incluso, de los programas sociales. Sabía que el Consejo se veía a sí mismo como un grupo de líderes benevolentes que intentaban resolver todos los problemas de la humanidad, aparentemente, sin tener la más mínima noción de que sus acciones solo estaban condenando a la sociedad a la indefensión y la desesperación.

Pero rara vez se había detenido a pensar en los Renegados como en una organización global, cuyo poder continuaba creciendo con cada prodigio que llegaba para ser entrenado. ¿Acaso otras ciudades del mundo estaban volviéndose tan dependientes del gobierno y de la protección de los prodigios como Gatlon? ¿Cuánto faltaba para que toda la humanidad renunciara a la libertad y a la responsabilidad personal? ¿Cuánto tiempo hasta que olvidaran lo que eso significaba?

Ahora había visto una prueba de su poderío con sus propios ojos. No solo en el desarrollo de su tecnología y de sus armas, sino en la gran cantidad que eran. Al recorrer su sala de entrenamiento, supo que solo una pequeña parte de su fuerza laboral se encontraba allí, y aún sentía cómo se le había cortado el aliento al verlos.

Tantos prodigios, todos vestidos en uniformes grises, todos luciendo esas R rojas. Como nunca había visto tantos Renegados juntos a la vez, había sido fácil subestimarlos como un todo. Pero en ese lugar había sido testigo de la cacofonía de estallidos y explosiones, de elementos naturales empuñados como armas, de prodigios que desafiaban la gravedad y la física, sus cuerpos que se transformaban, volaban, peleaban, entrenaban, y mucho más.

Tanto poder encerrado en un solo lugar hizo zumbar sus terminaciones nerviosas.

Tanto.

Los Renegados tenían tanto. ¿Y qué tenían los Anarquistas?

Un fabricante de bombas, una apicultora, un destilador de venenos… y ella.

Parecía el comienzo de una mala broma.

Pero se negaba a que la apartaran de su causa. Ver cómo funcionaban los Renegados por dentro no había cambiado nada, salvo darles a los Anarquistas una ventaja por primera vez en años. Conocería los secretos que estaban desarrollándose tras las puertas cerradas del laboratorio. Conocería cómo socavar sus sistemas y protocolos como fuera. Conocería quién era el Centinela y las intenciones para las cuales quería usarlo el Consejo, y ella lo detendría antes de que él siquiera tuviera una oportunidad.

*El Centinela.*

Aquello sí que había sido interesante. Estaba segura de que Adrian se puso nervioso cuando lo mencionó. Estaba segura de que él había fingido desconocimiento, pero no creía que solo ante ella. Le dio la impresión de que lo que sabía también se lo ocultaba a Ruby y a Oscar.

Lo cual tenía sentido.

Sin duda, si alguno debía saber sobre los proyectos ultrasecretos del Consejo, debía ser él.

—Es un comienzo —dijo Leroy, cuando ella había terminado de relatar todo lo que había visto y oído durante su primer día como Renegada—. ¿Has decidido cuáles serán tus principales objetivos?

—Investigación y Desarrollo —dijo Nova—. Son tremendamente reservados allí. Quiero saber en qué están trabajando y qué consecuencias tendrá para nosotros y para la ciudad. Y el Centinela. Quiero evidencia de que es un instrumento de los Renegados, y quiero saber quién es y para qué planean usarlo. Además… —sacudió la cabeza—, no estoy segura. Quiero saber cuáles son sus eslabones más débiles. Tal vez, un ataque directo del Consejo fue prematuro. Tal vez haya otros modos de hacer que una organización se derrumbe sobre sí misma… Maneras más arteras.

—Si necesitas ayuda haciendo estallar un edificio —dijo Ingrid tras asentir—, elimina las vigas de soporte.

Nova la miró.

—Desafortunadamente, no haré estallar nada, al menos, por algunos días. El equipo que me eligió en las pruebas ha sido asignado a una misión específica. Pero esta les interesará.

Ingrid levantó una ceja.

—A partir de mañana, vigilaremos la Biblioteca de Cloven Cross.

—¿Qué? —gritó Ingrid, arrojando la foto enmarcada a un rincón. Nova miró irritada el lugar donde estalló contra los tablones del suelo. Ya tenía cierto sentido de pertenencia respecto de la casa y de todo lo que había en ella, incluso de la familia que, en algún universo alternativo, era la suya—. ¿Qué saben de Cronin?

—Nada —dijo Nova—. Todavía. Pero de alguna manera rastrearon el arma que usé en el desfile hasta dar con él —miró de Ingrid a Leroy—. En algún momento, te la dio él, ¿verdad?

—Hace años —dijo Leroy, frotándose las mejillas con tanta fuerza que la piel marcada se arrugó y se abultó alrededor de sus dedos—. Solía tener en *stock* ese modelo en particular. Debí advertir que trazarían una conexión con él. Fue negligente de mi parte.

—Aún no tienen pruebas de que haya estado involucrado —insistió Nova—. Son solo sospechas. Mientras el Bibliotecario se abstenga de comprar o vender algo ilegal por un tiempo, no deberían poder acusarlo de nada.

—Salvo que registren la biblioteca —reflexionó Honey, frotando con el dedo del pie una mancha misteriosa sobre la alfombra—. Si encuentran su inventario, pues…

es el fin.

—No pueden registrarla —explicó Nova—, no sin pruebas de actividad ilegal. Es parte de su *código* —no pudo evitar el sarcasmo, aunque, en este caso, el código de los Renegados fuera beneficioso. Al menos, para ellos. Y para el Bibliotecario.

—No me gusta —dijo Ingrid, comenzando a caminar de un lado a otro—. Si perdemos acceso a la red de Cronin… —sus ojos ardían—. Ya nos superan ampliamente en armas.

—Repito, no pueden registrar…

—Oh, vamos —bufó Ingrid—. Si sospechan que ha vuelto a traficar, encontrarán un motivo para registrar la biblioteca, incluso si ellos mismos tienen que plantar la evidencia.

Los hombros de Nova se hundieron. Se preguntó si aquello sería cierto. Adrian había parecido firme respecto de esta misión de vigilancia, y la importancia de hallar evidencia que permitiera a los Renegados registrar la biblioteca en el marco de la ley. ¿Habría sido una simple estratagema? ¿Una muestra de buena voluntad para con la comunidad, demostrando que actuaban con la debida diligencia, antes de plantar la evidencia para obtener los resultados que deseaban?

—Entonces… tenemos que advertirle —afirmó Nova—. Puedo ir ahora mismo. La vigilancia está programada para empezar mañana por la noche. Eso le da más de veinticuatro horas para eliminar algún *stock* de armas o documentación que podría incriminarlo. Debería ser suficiente tiempo.

—No puedes ir —dijo Ingrid, dando pequeños golpes con los dedos contra la cadera—. Sería demasiado sospechoso si alguien te reconociera.

—Pero dijiste…

—Yo hablaré con Cronin. He trabajado con él más que cualquier otro. No puedo decir exactamente que nos tengamos confianza, pero estará más dispuesto a escucharme a mí que a ninguna otra persona que está aquí. Además, el tipo es un cobarde. Si cree que los Renegados están persiguiéndolo, su instinto será huir y salvar el propio pellejo —inhaló bruscamente—. Como hizo en la Batalla de Gatlon.

Nova echó un vistazo a Leroy, que encogió los hombros.

—Hay un motivo por el cual es uno de los pocos villanos que sobrevivieron a aquella masacre, y les aseguro que no es por su fuerza o valor.

—Pero si vuelve a huir —dijo Ingrid—, te apuesto lo que sea que se marchará de la ciudad para siempre, y eso no nos beneficiará más que si los Renegados lo arrestan. Así que me aseguraré de motivarlo de una manera que favorezca a nuestra causa, en lugar de entorpecerla —volvió la atención a Nova, con expresión calculadora—. ¿Cuántos Renegados integrarán esta misión de vigilancia?

—Creo que solo cuatro. Yo y otros tres miembros de mi equipo.

Ingrid sostuvo su mirada un largo tiempo.

—¿Incluido el muchacho Everhart? —preguntó.

La manera en que lo dijo provocó un escozor en el cuero cabelludo de Nova. Se

encontró envolviendo los dedos distraída, casi protectoramente, alrededor de su brazalete de filigrana.

—Sí —respondió—. Es el líder del equipo. Pero… por lo que veo, jamás ha realizado una vigilancia de este tipo. No creo que ninguno de los del equipo lo haya hecho.

—Por supuesto —asintió Ingrid—. Pero es el candidato perfecto para plantar una prueba incriminatoria, ¿no?

Nova tragó, preguntándose por qué no se le había ocurrido antes.

Leroy se puso de pie y se sacudió el polvo del trasero.

—Nova lo vigilará de cerca durante su misión. Si intenta plantar evidencia contra Cronin, podrá disuadirlo.

—No te molestes —dijo Ingrid—. Será mejor si revisan el lugar y se lo sacan de encima.

—¿Qué? —preguntó Nova.

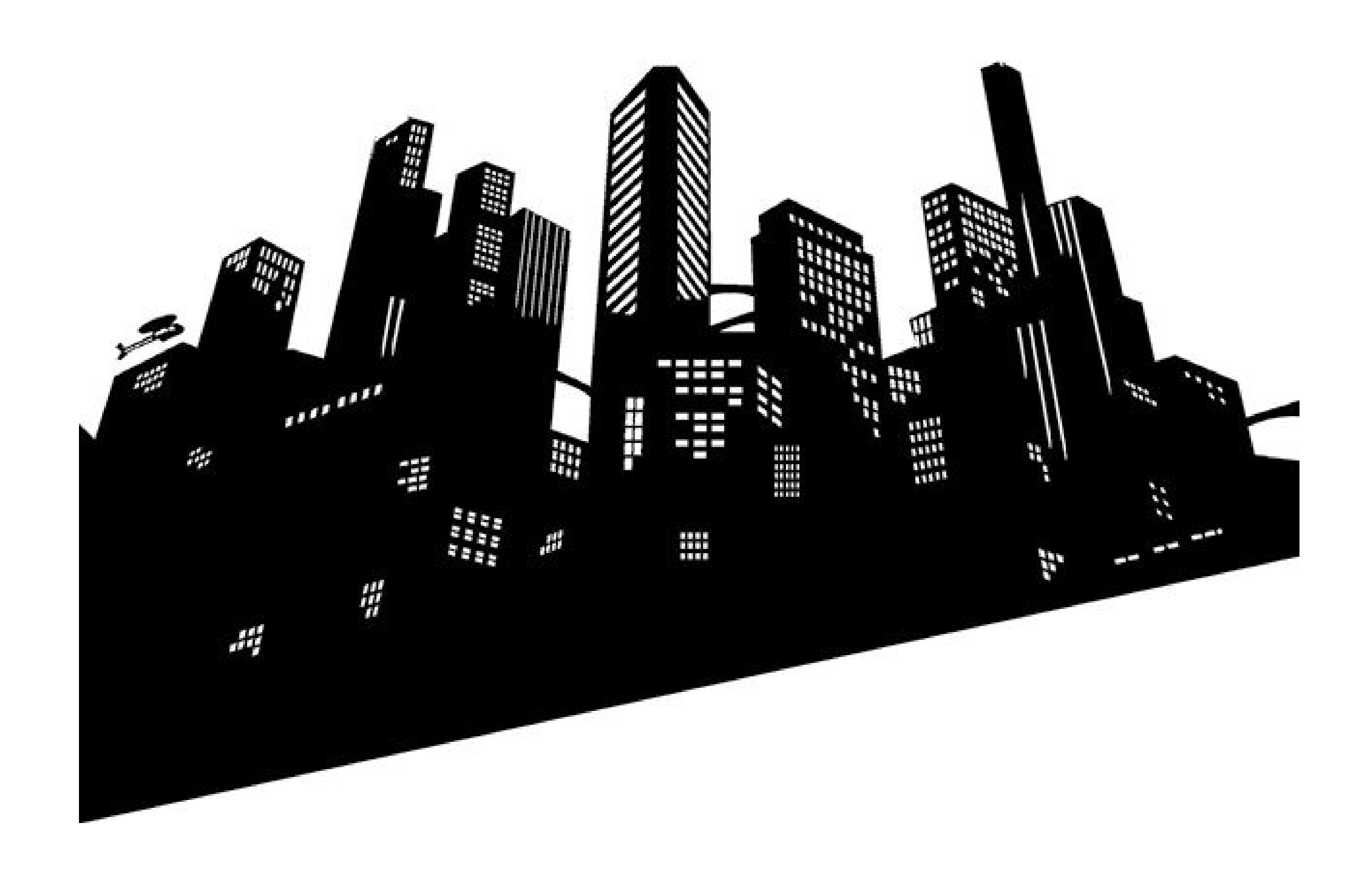
—Me aseguraré de que no haya nada que puedan encontrar —dijo Ingrid—. Tú asegúrate de que tu equipo lleve a cabo la búsqueda, digamos… temprano por la mañana, justo después de que abra la biblioteca. Cuanto antes la eliminen de su lista bajo vigilancia, más rápido podremos volver a nuestros asuntos habituales.

—Y —dijo Honey— más pronto podrá Nova concentrarse en investigar el resto de esos asuntos del cuartel general.

Nova abrió la boca para discutir, no estaba muy segura de si podría persuadir a Adrian de revisar la biblioteca si antes no advertían algo sospechoso. Pero vaciló. ¿Acaso no era esto lo que debía hacer con los Renegados? Despistarlos. Debilitarlos como pudiera.

—Está bien —asintió—. Denme alguna idea factible… algo sospechoso que pueda usar para conseguir que entren en la biblioteca, en caso de que Adrian no esté planeando falsificar él mismo la evidencia. Y me aseguraré de que revisen el sitio. Pero si encuentran algo, aunque sea un cartucho, una *bala*…

—Tranquila, Pesadilla —dijo Ingrid con una sonrisa—. Yo me ocuparé de todo.



## Capítulo 21

Se instalaron dentro de una oficina abandonada en una cuarta planta, frente a la Biblioteca de Cloven Cross. El sitio aún conservaba restos de ocupantes ilegales, yendo y viniendo durante las últimas décadas: capas de grafitis y residuos apilados en las esquinas. Los carroñeros se habían llevado hasta el último trozo de metal, incluidas las manijas de las puertas y los cables de las paredes. Un viejo y precario escritorio de madera contrachapada se encontraba en un rincón bajo una capa de polvo, y algunas de las paredes del cubículo seguían en pie, oliendo a moho, perforadas con grampas, agujeros de clavos y retazos de pósteres arrancados hace mucho tiempo. Nova advirtió sobre una de las paredes un calendario caducado hacía treinta años que seguía detenido en el mes de julio y que exhibía una foto desteñida de una remota ciudad costera, donde todos los edificios decolorados por el sol estaban pintados en tonos coral y durazno. Imaginó a un oficinista aburrido soñando con viajar allí algún día, un lugar tan diferente de Gatlon City como pudiera llegar.

Los Renegados se habían preparado para la noche, habían traído una manta grande y suave que Adrian extendió sobre la sucia alfombra apenas se acomodaron en el lugar. Ruby esparció algunos cojines, para estar cómodos y, de inmediato, se arrojó encima. Oscar abrió un refrigerador portátil y ofreció a todo el mundo un refresco y algunos pretzels, que Nova rechazó.

Caminó hacia las ventanas y miró la biblioteca del otro lado de la calle. Acababan de pasar las once de la noche, y la biblioteca había estado cerrada hacía horas, tal como lo indicaba un letrero visible que colgaba de un cordel en las puertas principales. Todo el edificio de dos plantas estaba a oscuras por dentro, y aunque unos antiguos apliques de luz colgaban junto a la entrada, parecían haberse extinguido hacía mucho tiempo, al dejar solo una solitaria farola junto a la acera, que arrojaba un sombrío resplandor color ámbar sobre la fachada principal.

Se trataba de un edificio de aspecto solemne. La parte exterior estaba revestida con enormes piedras graníticas, y las ventanas se hallaban enmarcadas en madera de roble oscuro, realzadas con piedras angulares que sobresalían del plano de la pared. Las puertas de entrada estaban flanqueadas por dobles columnas con éntasis, que soportaban un llamativo frontón triangular, donde hacía tiempo se habían grabado en la piedra las palabras biblioteca pública.

A pesar de que la imponente fachada había sufrido el desgaste de los años, existían señales evidentes de que no recibía un mantenimiento riguroso: desde la irrupción de la hiedra que invadía la pared occidental hasta las grandes áreas del techo donde faltaban tejas, las ventanas rajadas sin arreglar y los canteros alrededor de la base, que alguna vez habían albergado setos de boj cuidadosamente podados, pero que ahora se hallaban invadidos por la maleza.

Desde su puesto de observación, Nova alcanzó a ver parte del callejón que separaba la biblioteca de una sala de cine que vendía entradas a precios reducidos, donde una hilera de contenedores y cubos de basura desaparecían entre las sombras. Había dos pequeñas puertas en la pared de la biblioteca, ninguna de las dos tan formal como la entrada principal, pero de todos modos enmarcadas por molduras floridas de piedra. Aun así, las barras de hierro que alguien había colocado sobre ambas puertas en algún momento de los últimos ciento cincuenta años atenuaban el efecto. A Nova se le ocurrió que una de las puertas podía haber sido una salida de emergencia; la otra, tal vez, una entrada trasera para el personal o un lugar para recibir encomiendas.

No había ningún tipo de actividad en el callejón ni en ningún lado. Hasta la ventanilla de boletos del cine estaba oscura.

Ingrid y el Bibliotecario habían tenido más de veinticuatro horas para prepararse para la visita de los Renegados. Debió ser suficiente tiempo para cancelar cualquier actividad comercial ilegítima y asegurarse de que nada comprometedor quedara olvidado.

—¿Qué te parece? —preguntó Adrian, apareciendo a su lado.

Nova mantuvo la atención enfocada en la calle.

—¿Qué buscamos exactamente?

—Villanos —respondió Oscar—, realizando actos malvados.

Nova le dirigió una mirada poco convincente.

—Cualquier cosa que pueda ser considerada actividad sospechosa —dijo Adrian,

atrayendo su mirada hacia él. La miró a su vez encogiendo los hombros—. Pensé que, si esto es una tapadera para encubrir la venta ilegal de armas o de cualquier otra cosa, entonces toda aquella actividad tendría que suceder a través de las puertas traseras, ¿no te parece? Y seguramente no sucedería durante el horario de trabajo habitual —frunció el ceño aún más—. Al menos, no lo creo —señaló con el mentón hacia el callejón—. Si vemos a alguien que va o viene, especialmente, si lo reconocemos, o si salen con algo que parece que podrían ser armas, entonces los seguiremos y veremos qué podemos averiguar.

Nova ahogó una sonrisa incipiente. Había venido dos veces con Ingrid para realizar una transacción comercial en busca de algunos equipos que necesitaban, y ambas veces había sido en pleno día e ingresando por las puertas de adelante, como cualquier otro usuario. Gene Cronin había instalado un sistema para su actividad paralela: un puñado de libros específicos escondidos entre las pilas de textos, que hacían las veces de palabra clave para la recepcionista cuando se traían juntos al mostrador. Era una manera discreta de indicar que no habían venido a buscar material de lectura.

Pero si los Renegados querían creer que toda actividad ilícita sucedía a través de puertas ocultas al abrigo de la noche, que así fuera.

—¿Así que lo único que haremos será observar esas puertas toda la noche? —preguntó.

—Básicamente, sí —hizo un mohín—. Pensé que haríamos turnos. Me pareció que tú podías ser la última, ya que eres la que tiene menos posibilidades de quedarse dormida.

*Menos posibilidades*. Como si pudiera haber alguna.

Nova se alejó de la ventana. Adrian le hizo un gesto con la cabeza a Oscar, que ocupó su lugar como el primer vigía.

—¿Es un villano el Bibliotecario? —preguntó Oscar, mirando al otro lado de la calle—. Me refiero a que… ¿tiene superpoderes? ¿O es solo una mala persona?

—Es un prodigio —dijo Adrian—, pero no sé exactamente qué hace. No creo que nada violento.

—Retención de conocimiento —afirmó Nova. Los otros se volvieron para mirarla y se sobresaltó—. Es lo que escuché —añadió poco convincente—. Creo que, por eso, le dicen *Bibliotecario*. No solo porque, ya saben, está a cargo de una biblioteca, sino porque supuestamente recuerda palabra por palabra todo lo que lee. Para siempre.

—Tiene lógica —Ruby abrió una bolsa de golosinas.

Una vez que el grupo dejó de prestarle atención, Nova se permitió relajarse. Se sentó cruzando las piernas y observó la pila de bocadillos que habían traído: cuerdas rojas de regaliz, gomitas, galletas de manteca de cacahuate y una variedad de bebidas energéticas enlatadas.

—Esta es la primera vez que hacen esto, ¿verdad? —preguntó.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ruby, tomando un puñado de gomitas, eligiendo las púrpuras y poniéndolas de nuevo en la bolsa, antes de arrojar el resto en la boca de una sola vez.

Nova hizo un gesto hacia el despliegue de golosinas.

—Esto garantiza un bajón de azúcar. ¿A nadie se le ocurrió traer… no sé, zanahorias? ¿O algunas nueces o carne deshidratada… o, ya saben, algo nutritivo?

Ruby la miró parpadeando, y luego desplazó la mirada a Oscar, sin comprender. Ninguno de los dos habló.

—Puedo ir a la tienda —dijo Adrian—. Hay una en una esquina a tres calles de aquí. Si necesitas algo…

Al advertir que la miraba, Nova sacudió la cabeza.

—Por mí no se molesten, pero… —sacudió la mano en el aire—. Descuiden. No se preocupen. Tomaré la posta cuando el resto se quede dormido, lo cual apuesto a que sucederá más temprano que tarde.

—Eso es lo que crees —dijo Oscar. Se hallaba inclinado contra el marco de la ventana, dando golpecitos con el extremo de su bastón contra el suelo—. Tengo la resistencia de un atleta de triatlón.

Nova levantó las cejas.

—No lo decía en *ese* sentido —masculló Adrian.

—¿Ah, no? —preguntó Oscar, dirigiéndole una mirada sugerente.

Adrian chasqueó los dedos llamándole la atención.

—Observa la ventana.

Nova miró de Oscar a Ruby. Era la primera vez que los veía vestidos de civil: él, con una camisa de vestir de cuadros azules, con las mangas remangadas hasta los codos, y ella, con una camiseta con el logo de *superscout* estampado en el pecho, un fancómic extranjero, inmensamente popular, pero que Nova en realidad jamás había leído. Al igual que Asesina Roja, su cabello blanco y negro estaba siempre sujeto hacia atrás, bien arriba de la cabeza, pero esta noche lo tenía recogido en coletas flojas que le daban un aspecto adorablemente inocente. De todos modos, lo más llamativo era la gruesa venda blanca alrededor de la parte superior de su brazo, que desaparecía bajo la manga. Nova se preguntó si Ruby había sufrido una herida en la pelea que se desató durante el desfile, aunque estaba segura de que *ella* no le había hecho daño.

Adrian también estaba vestido de manera informal, casi exactamente como se había vestido en el desfile. Calzado deportivo rojo, *jeans* azules, una camiseta negra de mangas largas. No iba particularmente a la moda, pero su atuendo le quedaba bien, y resaltaba los músculos tonificados por debajo.

Apartó la mirada con rapidez, molesta por que la idea se le hubiera ocurrido.

—Trajimos juegos —dijo Ruby, cuando el silencio se volvió incómodo. Removió dentro de la mochila y sacó un mazo de naipes y una caja de dominós. Las fichas que estaban adentro repiquetearon con sonoridad al apoyarlo sobre la manta.

—¿Alguien quiere jugar? —Cuando le respondieron con una silenciosa falta de entusiasmo, encogió los hombros y tomó, en cambio, el mazo de naipes—. Como quieran. Jugaré al solitario.

Nova la observó colocando una hilera de cartas.

—Así que… esta es la vida de un superhéroe —levantó la mirada hacia Adrian—. Con razón todo el mundo quiere ser uno de ustedes.

Él le devolvió la mirada con una sonrisa y se sentó sobre la otra esquina de la manta.

—Todo el mundo quiere ser uno de *nosotros* —corrigió—. Y sí, estamos viviendo un sueño.

—Bueno —dijo Oscar, apoyando un pie sobre el alféizar. Sin mirar atrás, levantó la mano y, con los dedos de la mano, formó una pistola imaginaria y disparó una flecha de humo blanco en dirección a Nova. Esta le golpeó el pecho y se dispersó—. La historia de los orígenes. Vamos.

—¿Disculpa? —preguntó, ahuyentando con la mano los vestigios del humo sin olor que subió perezosamente hacia el techo.

—Ya sabes —dijo, echando un vistazo atrás—, cuando alguien decida escribir el melodrama en versión de cómic de la vida de Insomnia, ¿dónde comenzará?

—Quiere saber dónde obtuviste tu poder —explicó Ruby, colocando una nueva carta sobre la mesa.

—¿Fue resultado de un trauma personal? —preguntó Oscar—. ¿O de la experimentación humana o de una abducción extraterrestre?

—Oscar —dijo Adrian, con tono amenazador, y él volvió la atención nuevamente a la ventana.

—Solo intentaba charlar un poco —dijo, golpeteando los dedos sobre el mango del bastón—. Deberíamos saber más acerca de ella, además de su habilidad para convertir una pluma de tinta en un receptáculo para dardos.

—Sabemos que puede derrotar a tipos como Gárgola —señaló Ruby.

—Y que puede enfrentar a Blacklight en medio de un estadio lleno de fans que gritan —añadió Adrian. Sonrió a Nova, que apartó la mirada.

—Perfecto. Yo seré el primero —dijo Oscar, y aunque no podía ver su rostro, Nova tuvo la impresión de que este era el punto adonde había querido dirigir la conversación desde el comienzo.

—Por supuesto —dijo ella, apoyándose sobre las palmas—. La historia de los orígenes. Empieza.

Oscar inhaló un largo suspiro antes de declarar con bastante dramatismo:

—Yo morí en un incendio cuando tenía cinco años.

Cuando no dijo nada más, Nova miró a Adrian, para ver si no había comprendido la broma, pero este tan solo asintió.

—Entonces —comenzó Nova—, ¿eres… un zombi que controla el humo?

Vio la sonrisa de Oscar en el reflejo de la ventana.

—Eso sería *increíble*. Pero no, es evidente que ya no estoy muerto.

—Es evidente —accedió Nova.

—Según cuenta la historia —dijo—, mamá estaba en el sótano de nuestro edificio lavando la ropa cuando uno de nuestros vecinos se quedó dormido y su gato derribó una vela que había dejado encendida. El edificio entero estalló en llamas, en… no sé… pocos *minutos*. Yo estaba en mi habitación y oí gente gritando. Luego vi el humo, pero quedé petrificado, además de no ser demasiado veloz, ¿no es cierto? —Sacudió el bastón—. Así que para el momento en que me armé de valor para intentar salir del apartamento, el fuego subía por las escaleras y no supe qué hacer. Me quedé paralizado en el corredor, mirando el humo hasta que se volvió tan espeso que apenas podía ver y me faltó el aire. Me desmayé, y así me encontraron los Renegados.

—¿Los Renegados? —preguntó Nova.

Oscar sonrió orgulloso por encima del hombro.

—¿Quién más? Concretamente, Tsunami. Fue ella quien apagó el incendio. Luego me entregó a Thunderbird, que me llevó volando al hospital, aunque no tenían mucha esperanza de que sobreviviera. A esas alturas, ya no tenía pulso. Pero mientras todos se encontraban lamentando la muerte de este chico, yo estaba soñando —su voz se volvió oscura, adquiriendo un aire de importancia—. Soñé que estaba parado encima de nuestro edificio, e inhalaba un largo, largo soplo de aire que no terminaba nunca. Era una inhalación tan profunda que aspiró todo el humo del aire y lo introdujo en mis pulmones. Por fin, dejé de inhalar, miré al cielo y exhalé. Y fue entonces cuando me desperté.

—¿En el hospital? —preguntó Nova—. ¿O en la morgue?

—En el hospital. No hacía más de diez minutos que me habían traído, el tiempo suficiente para declararme legalmente muerto, y aun así sucedió. Mamá también estaba allí, y me vio exhalar, expulsando una enorme nube de humo de la boca —Oscar frunció los labios y sopló. Una nube gris atravesó repentinamente la superficie de la ventana—. Y aquí estamos.

Nova inclinó la cabeza.

—Así que… tu poder no tiene nada que ver con… —hizo un gesto para señalar el bastón, y aunque Oscar no la estaba mirando, golpeó la vara sobre el suelo varias veces, dando a entender que comprendía.

—No —dijo—. Con *esto*, nací. Me refiero, no con el bastón. Pero el crecimiento de mis huesos no es como el de los demás. Se trata de una rara enfermedad ósea —le sonrió a su vez a Nova—. Pero, seguramente, es lo mejor que me pasó en la vida, ¿verdad? Imagínate, si hubiera sido más veloz, tal vez habría salido de ese edificio, y sería uno más de los idiotas ágiles que no son prodigios ahí fuera.

—Cierto. No morir envenenado de monóxido de carbono cuando tenías cinco años hubiera sido *terrible*.

—¿Ves? —Oscar miró explícitamente a Adrian—. Ella lo entiende.

Adrian puso los ojos en blanco.

—Y cuando intentaste clasificar para los Renegados… —comenzó a decir Nova, inclinándose hacia delante—, ¿a nadie se le ocurrió que esto era… un problema? —Hizo un gesto con el mentón hacia el bastón.

Oscar bufó orgulloso.

—Por supuesto que sí. Hasta la fecha, tengo el récord de ser el concursante que más han impugnado en las pruebas —asintió, claramente orgulloso del hecho—. Y, sin embargo, aquí me tienes —señaló hacia Ruby—. A ella también la impugnaron durante las pruebas. De hecho, se está volviendo un tema recurrente.

—Déjame adivinar —dijo Nova, ahuecando el mentón en la palma y examinando la parte de arriba del cabello teñido de Ruby mientras esta se inclinaba sobre sus cartas—. Tu origen se remonta a… encontraste de casualidad un escondite de reliquias mágicas en un remoto anticuario polvoriento. Allí había una daga y un prendedor de rubí que por arte de magia te transmitieron habilidades místicas de combate de una cultura olvidada hace mucho tiempo.

—Eh, no —dijo Ruby, riendo— pero tal vez comience a contarle eso a la gente. Sin duda, es menos traumático que la verdad.

—¿En serio?

Ruby volteó la última carta, comprobó que no tenía dónde ponerla, y comenzó a reunirlas todas nuevamente en la palma.

—Antes de que colapsara la sociedad, mi abuela era una joyera respetada. Cuando los Anarquistas tomaron el poder, hacía cuarenta años que tenía una tienda en Queen’s Row. El suyo fue uno de los primeros lugares que sufrieron una redada después que dejaron de funcionar las tarjetas de crédito y todo el mundo entró en pánico creyendo que volveríamos a las épocas de trueque para obtener oro y joyas. Ya sabes, antes de que advirtieran que la comida, el agua y las armas eran los verdaderos objetos de valor en un mundo como aquel. Después de algunos días de saqueos, desapareció todo, salvo lo que mi abuela había escondido en su caja fuerte. Sacó todas las gemas y diamantes que le quedaban, y comenzó a ocultarlos donde creyó que nadie los encontraría, incluidos un montón de lugares secretos en nuestra casa.

—¿Vivían juntas? —preguntó Nova.

—Oh, sí, ella vive con nosotros desde antes de que yo naciera. Mi abuela, mis padres, mis hermanos y yo.

—¿Tienes hermanos? —preguntó Nova.

—Dos —respondió Ruby, fijando los ojos en ella—. Pero no son realmente relevantes para esta historia.

—Lo siento.

—De cualquier modo, ocultó aquellas gemas de inestimable valor por toda la casa: pequeños agujeros en las paredes, compartimentos ocultos en nuestros tocadores, lugares así. Y permanecieron allí durante más de veinte años mientras mi familia intentaba resolver cómo sobrevivir, hasta que finalmente nacimos mis

hermanos y yo. Nota aparte, sí, todos tenemos nombres molestos vinculados a joyas gracias a mi abuela. Pues una noche cuando estábamos jugando a las escondidas, me oculté detrás de la parrilla del hogar y encontré de casualidad una bolsita llena de rubíes que había sido escondida dentro de la chimenea. Conocía la historia de la joyería, los saqueos y todo lo demás, y no supe realmente qué hacer con ellos, así que los volví a guardar donde los encontré. Hasta que unos meses después… ¿Recuerdas que poco antes del Día de Triunfo algunas de las bandas de villanos descubrieron el modo de hacer transacciones internacionalmente y fue cuando el oro volvió a adquirir valor? Mi abuela fue una de las primeras personas a las que acudieron. Una noche, un grupo de villanos asaltaron nuestra casa buscando cualquier cosa que no se hubieran llevado antes.

—¿Qué villanos? —preguntó Nova. La pregunta salió de la boca antes de que lo advirtiera.

—Los Chacales —respondió Ruby, estremeciéndose—. Jamás olvidaré esas máscaras siniestras.

Nova apretó los labios. Había visto fotografías de los Chacales tomadas antes del Día de Triunfo. Habían sido una de las pocas bandas de villanos que llevaban un único uniforme: un traje completamente negro con máscaras distintivas del animal cuyo nombre portaban.

Nova no entendió por qué se sintió decepcionada, pero advirtió que una parte de ella había estado esperando que Ruby dijera que su familia había sido atacada por las Cucarachas, la misma banda que había enviado al sicario a matar a su propia familia. La banda que Ace había masacrado en represalia. Había sido una de las más grandes y poderosas de Gatlon City, así que no la habría sorprendido que hubieran sido los atormentadores de la familia de Ruby. Algunos decían que incluso habían tomado el nombre de los mismos Renegados, cuando uno de los primeros justicieros se quejó de que, por más que aplastaran a estos villanos, parecía que nunca terminarían de deshacerse de ellos.

Había sentido un vago y pequeño deseo de que ella y Ruby compartieran este enemigo mutuo, desaparecido hace mucho tiempo.

Levantó las rodillas contra el pecho, hundiendo las puntas de los dedos contra las piernas.

Qué estúpido desear algo así.

—Para entonces, no teníamos demasiado, ya que casi todo lo que tenía valor había sido intercambiado por algo —continuó Ruby—, pero de todos modos comenzaron a destrozar la casa. Mientras se ocupaban de amenazar a mi papá, corrí arriba, a la chimenea, y saqué los rubíes que, en retrospectiva, tal vez fue lo más estúpido que hice porque podrían no haberlos hallado nunca. Pero tenía cuatro años. ¿Qué podía saber? Y luego… —inhaló como si esta fuera la parte más dolorosa del relato— los metí en mi boca y me los tragué.

—Por supuesto que lo hiciste —dijo Nova.

—De una sola vez —Ruby ahuecó una mano haciendo como que se llevaba un puñado de rubíes a la boca y los tragaba, parecido a como se había tragado antes las gomitas—. No estoy segura de por qué lo hice, salvo no poder soportar sin más la idea de que los Chacales se marcharan con algo más de lo que ya se habían llevado. El problema fue que uno de ellos me vio hacerlo. Me tomó con fuerza y comenzó a exigirme que los escupiera. O que los vomitara, supongo. Pero me negué a hacerlo, así que… —por primera vez desde el inicio de la historia, el rostro de Ruby se oscureció de ira— me clavó un puñal.

Los ojos de Nova se agrandaron.

—Una vez, en el brazo —dijo Ruby, descendiendo la mirada a su brazo vendado —, dos veces en el pecho. Una vez aquí —señaló un punto cerca del estómago—. Sabía que me iba a matar. Pero luego… pues, mira —desprendió el extremo de la venda y comenzó a desenrollarla del brazo, descubriendo la piel solo lo suficiente para que Nova pudiera ver una herida profunda y, aparentemente, muy reciente. Comenzó a sangrar apenas se quitó la venda, chorreando sangre roja sobre el doblez del codo y escurriéndose hacia sus dedos.

Hasta que…

Nova abrió los labios y se inclinó más cerca, hipnotizada mientras la sangre se endurecía y formaba estructuras cortantes y simétricas que se elevaban desde la herida.

—No supe lo que pasaba —dijo Ruby—, pero comencé a defenderme. Arranqué la máscara al Chacal y le apuñalé el ojo.

La mandíbula de Nova descendió aún más.

—Ahora que lo pienso, fue realmente valiente lo que hice —añadió Ruby—, pero lo único que recuerdo es lo aterrada que estaba. Fue más instintivo que otra cosa. Pero funcionó: los Chacales huyeron después de eso y jamás volvieron a regresar.

Ruby deslizó la otra mano sobre el corte, quebrando los cristales de la base con un suave chasquido. Los arrojó a un rincón, donde se hicieron añicos entre las pilas de papel y desechos.

—Desde entonces, sangro rubíes. Se forman sobre las heridas nuevas por un tiempo corto, pero estas tienden a curarse bastante rápido. Mientras que los lugares donde él me apuñaló… —comenzó a envolver de nuevo la venda alrededor del brazo, ajustándola bien—. Jamás dejan de sangrar; jamás sanaron.

Nova miró las gemas relucientes sobre el suelo, y luego de nuevo a Ruby.

—¿Y el alias? —preguntó—. Cortina de Humo y Sketch con completamente lógicos, y entiendo el sentido del Rojo, pero… *¿Asesina?*

El semblante de Ruby enrojeció.

—En realidad, se les ocurrió a mis hermanos. Era una especie de broma entre nosotros. Solíamos fingir que éramos superhéroes cuando éramos chicos, como todo el mundo, ¿verdad?

Nova no respondió.

—Así que inventaron nombres para todos. Jade era la Máquina Verde, Sterling era la Serpiente Plateada, y yo me convertí en Asesina Roja.

Nova miró la piedra que colgaba de la muñeca de Ruby. Aún recordaba perfectamente la sensación de la daga de rubí presionando su garganta.

—¿Así que nunca has…?

—¿Qué? ¿Matado a alguien? —Ruby soltó una risotada—. Hasta ahora, no —luego se volvió repentinamente seria—. Quiero decir, si tuviera que hacerlo, *podría* matar a alguien.

—Pero siempre, en caso extremo —añadió Adrian.

—Corríjanme si me equivoco —dijo Nova, sabiendo que no lo estaba—, pero ¿acaso los Renegados no mataban gente todo el tiempo? Allá en tiempos de la Era de la Anarquía, siempre había historias sobre cómo eliminaban a miembros de las bandas de villanos.

—Ahora hay reglas nuevas —respondió Adrian—, regulaciones nuevas. Se supone que siempre tenemos que detenerlos lo más pacíficamente posible, evitando la violencia innecesaria siempre que se pueda.

Nova lo miró boquiabierta. Parecía tan… tan tonto en comparación con lo que le habían enseñado toda su vida. Los fuertes vencían a los débiles; ojo por ojo; si alguien te hacía daño a ti o a tus amigos, entonces hacías lo necesario para asegurar que no volviera a suceder.

Lo cual a menudo significaba matar al que te había hecho daño.

Cada uno de los Anarquistas era responsable de incontables muertes. Recordaba noches cuando pasaban el rato hablando de sus matanzas más brutales. Alardeando sobre ellas. Riéndose de ellas.

Cuando elaboraron el plan para que Nova matara al Capitán Chromium, Leroy había bromeado acerca de hacer una fiesta después para celebrar su primer homicidio.

El primero.

Porque todos suponían que le seguirían otros. Hasta Nova.

Entonces, ¿por qué, de pronto, la inquietaba recordarlo? ¿Porque había fracasado la misión? ¿O por otra cosa?

—Oigan, muchachos —dijo Oscar, apoyando una mano sobre la ventana—. La puerta trasera está abierta.

Todos se pusieron de pie de un salto, incluso Nova, y por un instante olvidó que lo último que quería que vieran era cualquier tipo de actividad sospechosa en el callejón. Pero cuando se apiñaron todos alrededor de Oscar, vieron que solo era una muchacha sacando un bolso de residuos y arrojándolo sobre una pila junto al contenedor más próximo.

Nova reconoció a Narcissa, la nieta de Gene Cronin, pero ninguno de los otros parecía saber quién era.

Narcissa dejó que la tapa del contenedor se cerrara con un golpe y se limpió las manos sobre el pantalón. Luego volvió a entrar en la Biblioteca.

—Falsa alarma —mascullò Oscar.
—¿Les parece que revisemos sus residuos? —preguntó Ruby—. ¿Creen que podrían estar arrojando pruebas incriminatorias?
—Tal vez —Adrian frunció el ceño pensativo—. Pero primero, veamos qué sucede esta noche.
Nova lo escudriñó del rabillo del ojo. ¿Ese sería el lugar donde plantaría la falsa evidencia?
—Es mi turno —dijo Ruby, dándole un golpecito a Oscar en el hombro mientras Nova y Adrian regresaban a la manta—. Estoy aburrida.
—Oh, sí, porque esto es terriblemente emocionante —respondió Oscar, pero cedió su lugar en la ventana sin discutir. Recostándose, se tendió sobre los cojines.
—¿Y tú? —Nova se volteó hacia Adrian—. ¿Te impugnaron en las pruebas?
—No.
—Adrian no tuvo que realizar las pruebas —explicó Oscar, pateando a Adrian en la espinilla—. Es un tramposo.
—Oh, claro —dijo Nova—, porque… —dudó buscando las palabras adecuadas. ¿Su familia? ¿Sus papás? ¿Sus parientes adoptivos, que casualmente eran los prodigios más influyentes de la ciudad y, tal vez, del mundo entero?
—No infringí ningún tipo de norma —dijo Adrian. En algún momento, había sacado su rotulador de punta fina y jugueteaba con él, enroscando y desenroscando la tapa—. Pero estuve en el cuartel general desde que comenzaron a renovarlo. Para cuando a alguien se le ocurrió celebrar las pruebas para atraer talentos nuevos, ya era… ya saben, parte del equipo. Por supuesto que habría intentado pasar las pruebas si alguien me lo hubiera pedido.
Adrian miró a Oscar con el ceño fruncido. Había algo de su actitud defensiva que hizo que Nova se relajara.
—Por supuesto que sí —Oscar asintió—, y habrías estado genial.
—Gracias —dijo Adrian, rascándose la sien con el rotulador—. Me refiero a que podría haber dibujado una granada de mano. ¿Qué creen?
—Nadie duda de ti —insistió Oscar.
—¿Y cuál es la historia de tus orígenes? —preguntó Nova—. Supongo que ese rotulador no contiene tinta mágica, ¿no?
Adrian volvió a sonreír en silencio mientras bajaba la mirada al hacia el rotulador.
—Ninguna magia. Lamentablemente, no hay ninguna experiencia emocionante al borde de la muerte ni desfalcos malignos de joyas —exhaló un suspiro profundo, como si hubiera estado temiendo este momento, aunque seguía manifestando un atisbo de sonrisa—. Como el veintiocho por ciento de los prodigios actuales, nací con mi poder. Por lo menos, creo que fue así. Apareció prácticamente la primera vez que me entregaron una crayola.
—¿Cómo se manifestó? —preguntó Nova.
Él encogió los hombros.

—Comencé a hacer garabatos, y esos garabatos comenzaron a cobrar vida y a reptar por todo el apartamento como pequeñas lombrices de colores primarios que mi mamá siempre intentaba recoger con una escoba. Pero el asunto se volvió realmente interesante cuando cumplí… ¿dos o tres? Mis poderes funcionan, más que nada, mediante la intencionalidad. Así que, en aquel entonces, seguía garabateando líneas al azar, pero en la cabeza dibujaba dinosaurios y extraterrestres. De repente, la casa quedó infestada de diminutas líneas serpenteantes que se creían dinosaurios y extraterrestres, y siempre intentaban darles un mordisco a los dedos de los pies de las personas cuando pasaban caminando a nuestro lado. Ese fue el momento cuando a mamá le pareció buena idea contratar a un exprofesor de arte, que vivía a unas pocas calles de casa, para que comenzara a darme clases de dibujo.

Oscar resopló con fuerza.

—¿Te das cuenta de que se quejaba de que a su historia le faltaba emoción, pero luego resulta que había dinosaurios carnívoros de verdad? Tu historia siempre tiene que superar a las demás, Sketch.

—Fue un relato desgarrador —accedió Nova. Estaba sonriendo, aunque sus pensamientos se atropellaban en su cabeza. Adrian había mencionado a su mamá, y ahora se halló comparando su rostro con las fotografías que había visto de Lady Indómita, la sexta y última de los Renegados originales. Guardaban un gran parecido. Le vino a la cabeza su sonrisa efervescente, una sonrisa tan radiante y encantadora como la del Capitán, y que Adrian evidentemente había heredado.

Su madre también había sido una Renegada.

Hoy estaría en el Consejo si siguiera…

El corazón de Nova se contrajo.

Si siguiera viva.

Se devanó los sesos, tratando de recordar lo que le había sucedido a la superheroína, pero lo único que sabía era que había muerto hacía mucho tiempo. A Nova jamás le importó demasiado. Un Renegado menos de qué preocuparse. Pero ahora se encontró sucumbiendo a la curiosidad, queriendo saber qué le había ocurrido, sin saber cómo preguntar.

—No más rodeos, Insomnia —dijo Adrian, haciéndola volver bruscamente—. Te toca a ti.

—Oh —sacudiendo la cabeza, Nova giró la mano en el aire, como si la historia fuera tan aburrida que apenas valía la pena mencionar. La realidad era que había nacido con su poder, lo que consideraba su poder *verdadero*: la habilidad de dormir a las personas. Tenía un vago recuerdo de su mamá, quien bromeaba una vez sobre lo difícil que había sido amamantar a Nova de bebé porque, cada vez que lo hacía, su madre se quedaba dormida.

Pero el poder que *ellos* conocían, el hecho de que Nova no durmiera nunca… eso apareció después. Cuando, durante semanas, cada vez que cerraba los ojos, una serie de disparos resonaba en sus oídos.

*Bang.*

*Bang.*

*Bang.*

—Sucedió cuando tenía seis años —dijo, buscando pelusas en la manta—. Simplemente… dejé de dormir.

—Pero ¿antes de eso podías dormir? —preguntó Ruby, mirando fijo la biblioteca.

—Claro. No tanto como otros chicos. Pero… un poco.

—¿Podrías hacerlo aún? ¿Si quisieras? —preguntó Oscar—. ¿O ya es imposible que vuelvas a dormir?

—No lo sé —Nova sacudió la cabeza—. Hace mucho tiempo que no tengo deseos de hacerlo.

—¿Qué sucedió cuando tenías seis años? —preguntó Adrian.

Ella se encontró con su mirada, y el recuerdo apareció. El armario oscuro, el llanto de Evie, la mirada implacable del hombre.

—Tuve un sueño —dijo—. Soñé con unos diminutos dinosaurios serpenteantes que intentaban morderme los dedos de los pies. Cuando desperté, pensé «se acabó». Nunca más.

Oscar y Ruby se rieron, pero la mirada de Adrian se ablandó.

—Qué pesadilla.

Ella se estremeció.

—Tus padres deben ser unos santos —dijo Oscar, atrayendo su atención—. ¿Aguantar a un chico que no duerme nunca? Espero que hayas sabido entretenerte sola.

Sus palabras le hirieron el pecho. Se estremeció, y Oscar palideció, sus ojos se abrieron horrorizados.

—Lo siento, me olvidé.

La disculpa inesperada tomó a Nova de sorpresa, y la punzada que le provocaron sus palabras cedió rápidamente a la sospecha. ¿Sabían? ¿Cómo?

—Tu documentación mencionaba que… eh… —Oscar se frotó la nuca.

Adrian carraspeó.

—¿Ahora vives con tu tío, verdad?

El estómago de Nova se volvió a contraer, aunque sabía que la pregunta de Adrian había sido bienintencionada. Seguramente, quiso apartar los pensamientos de todos de la única línea aclaratoria que debieron leer cuando revisaron su documentación falsa. *Ambos padres fueron asesinados por una banda desconocida de villanos durante la Era de la Anarquía. Reside actualmente con Peter McLain, tío paterno*.

—Eh, sí —balbuceó—, me llevó a vivir con él después de que… —tragó saliva—. Murieron hace mucho tiempo.

—¿Cuántos años tenías? —preguntó Ruby, su voz suave, aunque sus intentos por tranquilizarla solo hicieron que a Nova se le erizaran los pelos de la nuca.

Nova miró fijo a Ruby.

—Seis.

Del rabillo del ojo, vio a Adrian inclinando la cabeza con curiosidad.

Seis cuando sus padres murieron. Seis cuando dejó de dormir.

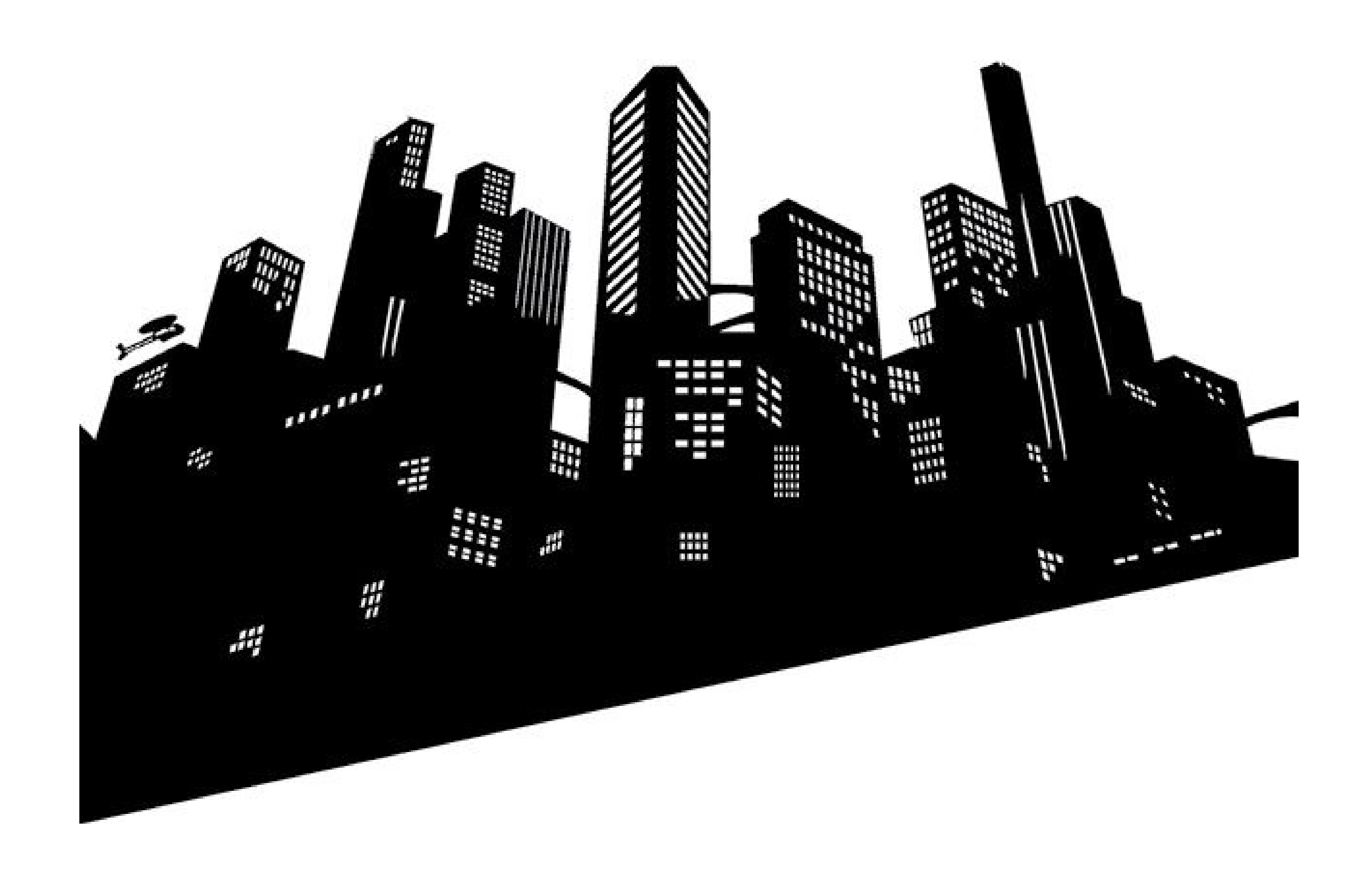
¿Cómo se había ido acercando tan peligrosamente a la verdad?

Sin mirarlo, Nova se puso de pie.

—Saldré a explorar el techo. Tal vez, tengamos una mejor perspectiva del callejón desde allá arriba.

Ruby y Oscar intercambiaron miradas, y Nova se dio cuenta de que querían detenerla. O tal vez disculparse, aunque las palabras no salieron, y Nova se alegró.

No quería una disculpa, ni que la compadecieran, ni que la comprendieran, ni siquiera que fueran amables con ella. No necesitaba aquellos gestos de nadie, y menos, de un puñado de Renegados.



# CAPÍTULO 22

Nova permaneció en el techo más de una hora, más tiempo del que tenía previsto, pero cuando se percató de que esperaba que uno de los Renegados —no, esperaba que *Adrian*— viniera a ver cómo estaba, un sentimiento de terquedad la embargó, un sentimiento que se negó a desaparecer hasta mucho después de que supo que debió haber descendido a la improvisada sala de vigilancia. No lo esperaba. ¿Por qué habría de hacerlo?

Incluso mientras permanecía de pie sobre el techo, observando la silenciosa fachada de piedra de la biblioteca, la quietud de las ventanas oscuras, algún coche que se deslizaba cada tanto por la calle, seguía sintiendo el peso de las palabras en su lengua, esperando la oportunidad para salir.

*¿Por qué dejaste de dormir?*, preguntaría él.

Y contra toda lógica, ella respondería.

*Me quedé dormida… fue la última vez que dormí. Y cuando desperté, había un hombre con un revólver. Mató a ambos. Mató a mi hermana. Intentó matarme a mí. Y los Renegados no vinieron…*

*Después de eso, cada vez que intentaba dormir, oía que sucedía todo de nuevo, hasta que finalmente dejé de hacerlo.*

Esa era la historia de sus orígenes. Completa.

Y no era asunto de Adrian ni de nadie, en realidad.

No entendía por qué, al hablar de ello, se había puesto tan a la defensiva o había sentido un deseo tan fuerte de contarles la verdad acerca de su poder y de dónde había salido. Jamás le había contado a nadie, no de una manera tan acabada, aunque le pareció que Ace entendió lo esencial y, por supuesto, todos los Anarquistas se dieron cuenta de que no dormía poco tiempo después de mudarse a la catedral. Pero jamás había tenido motivos para *contarle* realmente a alguien la historia. Nunca le preocupó hacerlo.

¿Por qué contarla ahora?

Caminó de un extremo al otro del tejado, disfrutando del aire fresco sobre la piel. Aunque se había puesto *leggings* y una camiseta sencilla —ropa de civil, tal como le habían indicado—, había optado por llevar las botas del uniforme, que había pasado a buscar ese mismo día. Le pareció que más valía aprovechar esta misión de reconocimiento para comenzar a ablandarlas, aunque ahora se daba cuenta de que no era necesario. De hecho, eran increíblemente cómodas, y una parte de ella odió a los Renegados por resultar vencedores incluso en esto.

Finalmente, cuando se sintió segura de que había desaparecido toda compulsión de revelar información innecesaria, Nova descendió a la cuarta planta.

Ruby y Oscar se habían quedado dormidos. Oscar no se había movido de su sitio sobre los cojines, y Ruby yacía ahora con la cabeza junto a la de él, pero con el cuerpo perpendicular, de modo que formaban una especie de ángulo recto sobre el suelo, sin nada que se tocara, sino apenas las cabezas. Parecía casi como si Ruby se hubiera salido del camino para colocarse en una posición que no sugiriera nada, más allá del hecho de que estaba cansada y Oscar se estaba acaparando los cojines.

Aunque Ruby podría haber movido el cojín al otro lado de la manta si lo hubiera deseado.

Pasando por encima de las piernas de Ruby, Nova se acercó a Adrian. Había jalado el escritorio delante de la ventana y estaba sentado con los pies colgando del borde, y una libreta sobre el regazo. Dibujaba la biblioteca con trazos ágiles y rápidos, concentrándose mayormente en las sombras oscuras que salían del callejón.

Nova trepó sobre el escritorio y se sentó junto a él, golpeando los dedos de los pies contra el cristal.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Adrian, sin levantar la mirada.

—Sí —dijo Nova—. La vista desde el tejado es casi igual a la que tenemos aquí.

—Lo sé. Vine a explorarla ayer por la mañana.

El labio de Nova tembló, y de nuevo no supo qué le molestaba más: que él no la hubiera seguido para preguntarle por sus padres o que ella siguiera deseando que lo hubiera hecho.

—Así que, además de dinosaurios serpenteantes y de broches de brazaletes —echó una mirada a la libreta—, ¿qué tipo de cosas te gusta dibujar?

Murmuró pensativo, bosquejando un contorno de arbustos alrededor de la base de

la biblioteca.

—Dibujo muchas herramientas y armas para los Renegados. Piezas de armadura, esposas, objetos que podrían ser útiles cuando salimos a patrullar. No solo para nuestro equipo, sino para los demás. Realmente, ha marcado una gran diferencia en lo que podemos lograr.

—Apuesto a que sí —dijo Nova, intentando mantener el tono de resentimiento a raya.

—Cuando me dejan hacer lo que yo quiero —continuó Adrian—, me gusta dibujar la ciudad.

—¿La ciudad?

Apoyó la pluma y pasó las páginas de su libreta. Había muchas en blanco, y Nova se preguntó si habían contenido dibujos —dibujos que, desde entonces, habían sido transformados en realidad—; hasta que él llegó a una serie de imágenes siniestras y detalladas. A diferencia de todos los dibujos realizados con rotulador que Nova había visto, estas imágenes estaban hechas con carboncillo. Le pasó la libreta a Nova, que la tomó y sintió que se le cortaba el aliento.

La primera imagen era la playa de Harrow Bay, eclipsada por el monumental Sentry Bridge. Una pareja se encontraba sentada sobre la orilla rocosa, compartiendo un periódico mientras se acurrucaban bajo un único impermeable.

Dio vuelta la página y vio Ashing Hill, un vecindario de casuchas improvisadas y casas precarias, que había sido una zona peligrosa de drogas y crimen durante la Era de la Anarquía. Por lo que sabía Nova, probablemente seguía siéndolo. Pero en este dibujo Adrian había plasmado a tres niños recolectando ramilletes de dientes de león y trébol de los bordes de la acera atestada de hierbas.

Nova siguió hojeando. Vio un músico callejero rasgueando una guitarra en la esquina de Broad Street, con dos enormes perros acurrucados alrededor de sus tobillos. Luego, el dibujo de una ventanilla de boletos fuera del viejo teatro de Sedgwick, la mayoría de las bombillas del letrero, quemadas, y los pósteres sobre el muro aún anunciaban un antiguo número musical. Más adelante, una vista del mercado de pulgas atiborrado de North Oldham Road, donde las personas llegaban de toda la ciudad a vender de todo: desde mitones de crochet para bebé hechos a mano hasta relojes rotos y calabacines orgánicos.

Nova dio vuelta otra página y se detuvo.

Se encontraba ante la escena de una cañada en sombras, rodeada por un muro bajo de piedra y una arboleda tupida. En el centro de la cañada, había una estatua medio cubierta de musgo. Se trataba de una figura elegante, cubierta de pies a cabeza con una capa larga, y una capucha que le caía tan hacia delante que le cubría el rostro por completo. Lo único que se veía de la persona con la capa eran las manos, ligeramente separadas delante del vientre de la figura, como si sostuvieran un regalo invisible.

Nova exhaló y pasó el dibujo. Llegó al final de la libreta y comenzó a pasar las

páginas de nuevo, de atrás hacia delante.

—Son extraordinarias.

—Gracias —murmuró Adrian, y aunque debió saber que eran extraordinarias, ella detectó un atisbo de inseguridad en su voz.

—¿Podrías darles vida? —preguntó—. ¿Si quisieras?

Él sacudió la cabeza.

—Tengo que tener la intención de dar vida mientras dibujo. De lo contrario, es solo un dibujo. Además, aunque pudiera, no serían más grandes que la página en la que están. Sería como fabricar un libro desplegable tremendamente recargado —hizo una pausa y añadió—: Aunque, algún día, me gustaría realizar un mural de tamaño real, un paisaje al que le pudiera dar vida. Es algo en lo que he estado pensando desde hace un tiempo.

Nova volvió atrás, al dibujo de la estatua. Siguió el contorno de la figura encapuchada con el pulgar, cuidando de mantenerlo sobrevolando encima de la hoja, para no correr las líneas.

—Esto es en City Park, ¿verdad?

—¿Has estado allí?

—Mis padres solían llevarme al patio de juegos cuando era pequeña. Una vez, me alejé sin que se dieran cuenta, y terminé aquí —dio un golpecito con el dedo contra la hoja, donde la figura encapuchada se encontraba de pie, serena, pero imponente—. Cuando finalmente me encontraron, estaban desesperados, pero… me encantó. Sentí que acababa de descubrir algo que nadie más conocía. Incluso me acuerdo… —vaciló mientras recuerdos aislados giraban en su cabeza. Frunció el ceño y bajó la mirada al dibujo. Luego sacudió la cabeza—. Eres realmente bueno.

—He tenido mucha práctica —dijo Adrian, tomando la libreta de manos de Nova. Jugueteó con el lápiz, pero no volvió la página—. Pero basta de hablar de mí y de mi extraordinario trabajo artístico. ¿Qué tipos de *hobby* tienes tú para ocupar las cincuenta y seis horas extra que tienes a la semana?

Nova miró hacia el otro lado de la calle, a la biblioteca. Era bien pasada la medianoche, y el edificio estaba oscuro como un sepulcro. La única farola junto a la acera arrojaba una luz tenue y parpadeante. Al verlo así, parecía que el lugar había sido abandonado los últimos diez años; y seguramente así habría sido si Cronin no hubiera decidido mantenerlo en funcionamiento, incluso durante la Era de la Anarquía. Incluso si aquella causa filantrópica hubiera sido una manera de encubrir sus transacciones clandestinas… tenía que contar para algo, ¿verdad?

—Más que nada, me entreno. Y estudio. Y… también me gusta arreglar aparatos —le dirigió una sonrisa de soslayo—. Algunos no podemos sencillamente dibujar un dispositivo para usarlo. Tenemos que *inventarlo*.

—Yo también invento cosas —dijo Adrian, dando un golpecito con el lado del borrador del lápiz contra la sien—. En la cabeza.

—En realidad, no es lo mismo.

Él esbozó una sonrisa amplia.

—Pero supongo que, con el transcurso de los años, me he dedicado a varios *hobbies*. Muchos los abandono, pero siempre estoy buscando nuevas maneras de estar ocupada.

—¿Como qué tipo de *hobby*? —preguntó él.

—No lo sé. Durante un tiempo, me puse a tejer, pero nunca hice más que bufandas deformes. Luego emprendí el avistaje de pájaros, malabarismo, bordado, astronomía…

—Espera, espera, espera —interrumpió Adrian, riéndose—. Comienza de nuevo. ¿Tejido? ¿En serio?

—Es un arte subestimado —dijo Nova, consiguiendo mantener el rostro serio. De hecho, a los doce años, la había desvelado durante cuatro meses. Aunque le interesara menos confeccionar accesorios invernales que la idea de poder llevar a todos lados armas peligrosas, como agujas de tejer de veinticinco centímetros sin que nadie se inmutara.

—¿Y avistaje de aves? —preguntó Adrian.

—Sí, avistaje de aves —aquel *hobby* había sido idea de Leroy, quien insistió en que la ayudaría a desarrollar la paciencia, la capacidad de sigilo y sus habilidades de observación—. Más que nada, alrededor de la bahía. ¿Sabías que esta área alberga más de cuarenta especies de aves acuáticas?

—En realidad, no conocía la población de las aves acuáticas, pero no tengo dudas de que es información útil.

—Nunca se sabe cuándo puede surgir en una conversación.

Volvió a sonreír divertido, y Nova advirtió que le salían pequeños hoyuelos en las mejillas cuando su sonrisa era lo suficientemente amplia.

Nova tragó saliva.

—Bien, ¿qué más mencionaste? ¿Malabarismo?

Aún podía escuchar a Ingrid explayándose acerca de los múltiples beneficios físicos que ofrecía el malabarismo, desde la destreza hasta el equilibrio y la coordinación visomotora.

—De hecho, me volví bastante buena —dijo Nova.

—Si te dibujo unos pinos de *bowling*, ¿me harías una demostración?

—No.

—¿Y unos pañuelos? ¿Bolas suaves? ¿Antorchas encendidas?

Ella volvió la cabeza, un poco para ocultar la sonrisa que le costaba reprimir.

—Se supone que estamos en una misión muy importante. Odiaría ser una fuente de distracción.

—Muy bien, lo dejaré pasar… por esta vez. ¿Qué fue lo otro que mencionaste? —preguntó.

—La astronomía.

—Ah, sí. Eso lo entiendo. Al estar despierta toda la noche, seguramente has

pasado mucho tiempo mirando las estrellas.

Nova levantó la mirada a las pocas estrellas brillantes que salpicaban el cielo entre los edificios. No hubo motivos ulteriores para aprender sobre el cielo nocturno, salvo que lo halló fascinante. Podía recordar el cielo colmado de estrellas, de cuando era niña. Ahora que gran parte de la red eléctrica de la ciudad había sido arreglada, era más difícil verlas.

Le gustaba la electricidad pero, algunas noches, habría dado lo que fuera por ver una vez más la Vía Láctea.

Nova seguía mirando las estrellas cuando, detrás de ella, Ruby comenzó a mascullar en sueños. Nova solo oyó *mostrarte un cero…* y algo que sonaba a *guiso*. Miró hacia atrás al tiempo que Ruby se volteaba de costado y se acurrucaba en posición fetal. Su cabeza se deslizó de la almohada para estar sobre el brazo extendido de Oscar.

—¿Están…? —preguntó Nova, haciendo un gesto entre los dos bultos dormidos.

—No —dijo Adrian, volteando nuevamente las páginas de su libreta.

—Pero ¿se gustan?

—No sabría decirte —encontró el bosquejo de la biblioteca y miró hacia atrás una vez hacia sus amigos, su mirada se suavizó un poco—. Estoy casi seguro de que a Oscar le gusta Ruby, pero creo que tiene demasiado temor para hacer algo al respecto. Y Ruby… finge ser indiferente, pero tengo mis dudas.

Dio un golpecito con la pluma contra el papel.

—Entonces, ¿para qué entrenas?

—¿Eh?

—Pasas mucho tiempo entrenando. ¿Para qué?

Nova se inclinó hacia atrás sobre las manos. ¿Para qué entrenaba? Para destruir a los Renegados. Para vengar las muertes de su familia. Para que, algún día, pudiera ver realizada la visión de Ace: un mundo en el que todas las personas pudieran ser libres. En el que nadie fuera arreado por bandas de villanos ni por el Consejo. En el que los prodigios no quedaran a merced de constantes injusticias y crueldades, como lo habían estado antes de la Era de la Anarquía.

Un mundo en el que los Anarquistas pudieran regresar a la luz del sol, sin temer la persecución por el más mínimo traspié.

—Supongo que para esto —susurró, acariciando con el dedo la filigrana de su brazalete—. Para ser una Renegada.

Él asintió como si entrenar para ello fuera algo perfectamente lógico.

—¿Y es todo lo que esperabas y más?

Nova hizo un gesto burlón y miró hacia atrás, a Oscar y a Ruby. Advirtió que esta se hallaba babeando un poco.

—Puedo decir sinceramente que hasta ahora está superando todas mis expectativas.

Volviéndose hacia la ventana, vio una pequeña tajada de luna que se elevaba

encima de la biblioteca. Debían ser las dos de la mañana.

—¿Cuál es el significado del brazalete?

Nova miró hacia abajo. No se dio cuenta de que estaba jugueteando de nuevo con él.

—Oh, era de mi madre —carraspeó—. A propósito, gracias por arreglarlo.

—Fue un placer —murmuró él. Extendió la mano y tomó la filigrana entre dos dedos, torciéndola para ver el engaste—. ¿Qué pasó con la piedra preciosa?

Nova retiró la mano, apoyándola sobre el regazo.

—Cuando me lo dieron, estaba así —dijo, recordando el brazalete abandonado sobre la diminuta mesa de la cocina. Ace lo había tomado mientras sacaba en brazos a Nova del apartamento, negándose a dejar que los villanos se apoderaran de otra pieza más fruto del trabajo de David.

El estómago se le contrajo.

—¿Acaso no estás cansado? —preguntó.

Adrian parpadeó al advertir que cambiaba de tema, pero su sorpresa se convirtió rápidamente en timidez.

—No demasiado. Ya realicé patrullas nocturnas. Además, me tomé una de esas bebidas energizantes justo antes de que bajaras.

—Ve a descansar un rato —Nova levantó las piernas cruzándolas sobre la mesa y observó la calle, el callejón trasero y las ventanas por completo a oscuras. No pasaba absolutamente nada—. Para eso estoy acá, ¿verdad?

—Lo sé, pero… no quiero perderme nada.

—Perderte, ¿qué? —preguntó Nova, señalando la biblioteca con la mano.

El Renegado frunció el ceño.

—Adrian —dijo ella, ahora con mayor firmeza—, puedo hacerme cargo. Si no duermes un poco, no servirás de nada, así que… —señaló hacia la manta.

Él suspiró y levantó las manos, resignado.

—Está bien. Pero apenas veas algo sospechoso, me despiertas, ¿sí?

Ella suspiró, fingiendo impacientarse.

—¿Qué crees que soy, una principiante?

Adrian se tendió sobre la manta, ahuecando las manos bajo la cabeza.

—Cuidado, Insomnia. Aún no has sido Renegada ni tres días completos.

Ella regresó a la ventana. Podía observar su propio reflejo en el cristal, y la tomó por sorpresa la leve sonrisa que seguía asomando en sus labios. Se concentró en la biblioteca, y enunció las palabras que creyó que Adrian creería sin dudar, lo que cualquier Renegado oiría como la verdad absoluta:

—Sí, pero algunos días parece que he sido una Renegada durante toda mi vida.

Nova cerró los ojos, para ocultar la risa que había en ellos. Resultaba tan penosamente absurdo, pero se sentía orgullosa de su interpretación. Casi se había convencido incluso de sí misma.

Esperó algún comentario mordaz a modo de réplica, pero no se oyó ninguno.

Frunció el ceño y esperó un poco más.

Solo llegaron a sus oídos fuertes resuellos.

Nova echó una mirada sobre el hombro y quedó boquiabierta.

*Ya se encontraba durmiendo.*

«Puf, tú serías uno de ellos», dijo con un suspiro; envolvió los brazos alrededor de las piernas, apoyó el mentón sobre la rodilla y miró el mundo oscuro más allá de aquella oficina abandonada. Siempre le habían sorprendido las personas que podían dormirse rápido, como si fuera lo más sencillo del mundo. Como si no tuvieran el alma agobiada por la tristeza y el rencor. Como si sus corazones y mentes pudieran hallarse en paz tan fácilmente.

Después de un tiempo, se atrevió a mirar de nuevo a Adrian, solo para asegurarse de que realmente estuviera durmiendo. Frunció el ceño al tiempo que su mirada se posaba, primero, en el ascenso y descenso continuo de su pecho. La atención de Nova descendió por su cuerpo delgado hasta los tobillos cruzados con aire despreocupado, y luego de nuevo, a su rostro. Él se había quitado las gafas y las había apoyado junto a la pared, cuidadosamente plegadas. Su rostro lucía diferente sin ellas. Más abierto y sereno, aunque también podía deberse al hecho de que dormía.

Ella sabía que era un estereotipo, pero las gafas realmente le daban a Adrian un aire reflexivo, artístico. Sin ellas, parecía… pues, un superhéroe.

Un superhéroe realmente apuesto.

Nova se ruborizó. Se sintió repentinamente mortificada por la dirección que habían tomado sus pensamientos, y con rapidez, se volteó de nuevo hacia la ventana, jurando no mirarlo un segundo más.

El juramento fue más difícil de cumplir de lo que habría admitido alguna vez, pero de todos modos, lo cumplió. Oyó el sonido de respiración profunda, el crujido esporádico de tela y el suspiro sereno mientras sus compañeros dormían, se acomodaban y seguían durmiendo. En la ciudad, una sirena distante. Una motocicleta, que se encendía con un rugido a pocas calles de allí.

No fue la noche más corta de su vida, pero tampoco la más larga.

Buscó alguna señal de actividad dentro de la biblioteca, pero no había nada, sino silencio y ventanas oscuras. Lo cual era algo bueno. Ingrid y el Bibliotecario habrían tenido todo el día anterior para quitar toda evidencia incriminatoria de la biblioteca. Ahora no había nada que hacer, sino esperar hasta que amaneciera, momento en el cual Nova animaría a los Renegados a entrar, y el Bibliotecario probaría que no tenía nada que ocultar, dando por finalizada la investigación.

Estaba impaciente por terminar de una buena vez. Tenía cosas más importantes que hacer que estar sentada con una unidad de patrullaje realizando una misión de vigilancia inútil. Tenía asuntos que investigar en el cuartel general, secretos que descubrir, debilidades por comprobar, y no conseguiría nada de eso en este lugar.

Finalmente, el cielo más arriba mutó, pasando del negro al azul y del azul al zafiro, una progresión que conocía bien. La ventana daba al norte, así que no había

posibilidad de ver el amanecer, pero lo percibió en el aclaramiento paulatino de las nubes, en el modo en que las sombras comenzaban a estirarse sobre la calle, y en la manera repentina en que las ventanas de la biblioteca comenzaban a destellar con la luz de la mañana.

A las ocho en punto, el letrero de cerrado de la ventana giró y apareció, en cambio, el de abierto. Nova no vio quién lo volteó: ¿Narcissa o el mismo Gene Cronin?

Nueve minutos después, llegó el primer cliente, una mujer mayor con una canasta llena de gruesos libros con cubierta blanda, y la cabeza metida bajo una capucha de plástico, aunque no hubiera nubes de tormenta en el cielo.

Nova bajó del escritorio y le dio un empujoncito a Adrian con el dedo del pie.

—Oye, Sketch.

Fue Ruby quien despertó primero, alarmada al hallarse inmovilizada, pues sobre su cintura se apoyaba el brazo de Oscar. Lo apartó de encima y se incorporó, haciendo a un lado su cabello negro y blanco. Oscar y Adrian despertaron unos instantes después. Este último, apenas vio a Nova y recordó dónde estaban, se incorporó de pronto.

—¿Pasó algo? —preguntó, tanteando con la mano sobre el suelo hasta dar con sus gafas. Tras desdoblarlas, las deslizó de nuevo sobre el rostro y levantó la mirada hacia Nova, parpadeando—. ¿Viste algo?

—Sí —respondió ella, apoyándose contra el escritorio—. La biblioteca está abierta. Una mujer mayor acaba de entrar con un montón de libros, pero… tengo la impresión de que pudo haber entrado con una ametralladora oculta bajo la chaqueta.

Adrian levantó la mirada pestañeando, y Nova notó una mota blanca atrapada en las pestañas de su ojo izquierdo, lo que su madre solía llamar «polvo de sueño». Sintió el extraño impulso de levantarle las gafas y pasar el pulgar sobre las pestañas, para quitársela.

—Está siendo sarcástica, ¿verdad? —preguntó Oscar, moviendo el hombro en círculos para liberarse de un nudo.

Nova lo miró.

—Sí.

Una cacofonía de risas que provenían de afuera los atrajo a la ventana. Abajo en la calle un grupo de niños acababa de llegar en tres minivans, y los conducían a la biblioteca. Tal vez, una guardería que estaba de paseo o una escuela de excursión.

Se quedaron mirando hasta que entró el último de los niños y sus maestras por las grandes puertas de entrada.

—Bueno —dijo Ruby, uniendo las manos con un aplauso—. De todos modos, no esperábamos atrapar nada nuestra primera noche, ¿verdad? Me refiero a que quién sabe la frecuencia con que lleva a cabo sus transacciones ilegales.

Nova miró uno por uno a los tres Renegados.

—¿Es este realmente nuestro plan? ¿Vigilar este lugar todas las noches por toda la

eternidad? ¿Qué pasa si sus clientes del mercado negro no usan el callejón, sino que pasan por otra entrada? Hasta donde sabemos, podrían muy bien tener un túnel secreto subterráneo. O (es solo una idea) ¿qué pasa si no está realmente en el mercado negro de armas y estamos perdiendo el tiempo?

—Es demasiado pronto para determinar cualquiera de esas posibilidades —dijo Adrian.

—Entonces, ¿cuánto tiempo más seguimos haciendo esto hasta intentar otra cosa? —insistió Nova.

Adrian abrió la boca, pero vaciló.

—Bueno —dijo Ruby—, por lo menos, más de una noche.

Nova señaló la ventana.

—Oigan, yo soy la nueva acá, y tal vez no tenga toda la información que hace falta para tomar esta decisión, pero realmente no creo que vayamos a averiguar nada observando un edificio abandonado, vigilando todas las noches una biblioteca pública que está cerrada. Creo que la única manera de saber si están realizando actividades ilegales es entrando.

Adrian sacudió la cabeza.

—El Consejo fue muy claro. No podemos hacer una búsqueda sin tener antes evidencia de actividad criminal.

—Entonces, entremos y obtengamos la evidencia. Es una biblioteca. Está abierta al público. No estaremos infringiendo ninguna ley si vamos a… —su voz se perdió, al advertir a una figura solitaria en la calle de abajo. Contuvo el aliento.

Rápidamente apartó la atención, pero fue demasiado tarde. Adrian siguió la mirada, sus labios se abrieron por la sorpresa.

—Bingo —susurró.

—¿Qué? ¿Qué pasó? —preguntó Ruby mientras ella y Oscar se acercaban aún más para ver.

—¿Ves a esa mujer? —preguntó Adrian, siguiéndola con la mirada mientras cruzaba la calle y se ocultaba entre las sombras de la biblioteca—. Estoy casi seguro de que es Ingrid Thompson. La Detonadora.

Nova tragó saliva. Observó a Ingrid mientras hacía una pausa sobre la escalera de entrada y miraba atrás, seguramente, para ofrecerles a los Renegados la posibilidad de verla bien. Pero el hecho de entrar a hurtadillas también la hacía parecer particularmente sospechosa.

Adrian levantó su brazalete de comunicación y lo acercó a la boca.

—Sketch al Consejo. Acabamos de ver a una Anarquista, la Detonadora, entrando en la Biblioteca de Cloven Cross. Adentro hay civiles. Se solicita un equipo de extracción. Mantendremos la zona bajo control.

—¿Un equipo de extracción? —preguntó Nova, mirándolo boquiabierta mientras intentaba desentrañar lo que podía estar pensando Ingrid. Lo último que debía hacer era ofrecer evidencia *concreta* de que Gene Cronin estaba operando en el mercado

negro. Si bien era posible que ver a una Anarquista entrando en la biblioteca no fuera evidencia, tampoco contribuía a convencer a nadie de la inocencia del Bibliotecario.

Pero Ingrid debía tener un plan. Sabía que Nova estaba aquí arriba. ¿Aún quería que llevara al equipo adentro?

—El equipo de extracción entrará después de la Detonadora, y tal vez también del Bibliotecario —dijo Adrian—. Tal vez, traigan refuerzos. La Detonadora ha estado inactiva durante casi diez años pero, en sus mejores épocas, tenía fama de ser bastante volátil.

Nova inhaló fuertemente por los orificios de la nariz y miró hacia abajo, a las puertas cerradas de la biblioteca. Cualquiera fuera el plan de Ingrid, habría contado con que hubiera solo tres Renegados en esta misión. Lo que fuera que planeaba, seguramente no había contemplado un equipo de extracción.

—Deberíamos entrar —dijo.

Ruby la miró.

—¿Qué?

—La Detonadora fabrica bombas, ¿verdad? Podría hacer estallar todo el edificio en pocos segundos. ¿Qué pasa si… si se mete en una pelea con Cronin o si se irrita por otra cosa? Hay niños allí. ¡No podemos arriesgarnos a que alguien salga herido!

Los demás intercambiaron miradas, ahora mucho más nerviosos que segundos atrás.

—Se supone que debemos llamar para que envíen refuerzos —dijo Adrian, pero sus palabras carecían de convicción—. No debemos entablar combate.

—Eso era cuando solo éramos nosotros y el Bibliotecario —dijo Nova—, pero ahora las cosas han cambiado. Ahora hay una Anarquista involucrada. ¿Qué pasa si es nuestra única oportunidad de pillarlos en plena transacción?

Adrian miró por turnos a cada uno, sus cejas dibujaban una expresión de determinación.

—Nuestra principal prioridad es asegurar que la población civil esté a salvo…

—Pero si entramos y le ordenamos a la gente que salga —dijo Oscar— alertaremos al Bibliotecario de que vamos por él.

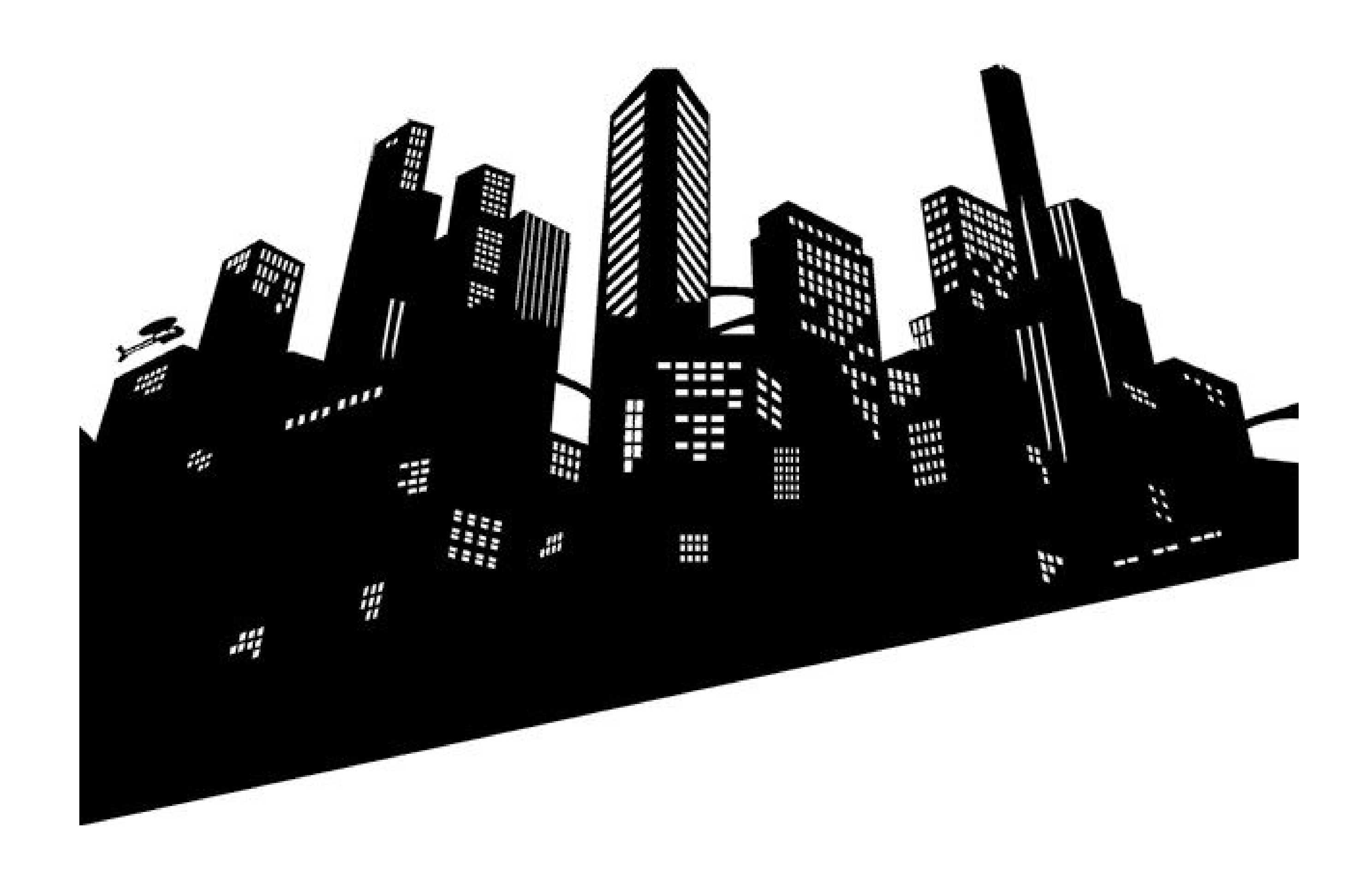
—Y seguramente también asuste a la Detonadora —asintió Ruby.

Adrian escudriñó la biblioteca un largo minuto agonizante, como hipnotizado por la luz del sol reflejada en sus ventanas.

—Nuestra principal prioridad es asegurar que la población civil esté a salvo —repitió—. Buscaremos a la Detonadora y al Bibliotecario, y los detendremos hasta que lleguen los refuerzos. No habrá violencia si podemos evitarla ni es necesario provocar el pánico —levantó la mirada apretando la mandíbula.

—Eso es —dijo Oscar. Una voluta de humo gris se enroscó alrededor de sus dedos mientras sujetaba el mango del bastón—. ¡Vamos a ser superhéroes!





## Capítulo 23

Las puertas de roble se cerraron con un golpe tras ellos. El aire rancio y un espeso aroma a cuero y a hojas quebradizas envolvieron a Adrian. Hizo una pausa en el recibidor, observando el *hall* de entrada y el vestíbulo un poco más allá. Jamás había estado en esta biblioteca, y ahora deseó haber entrado cuando salió a explorar la zona. No se sentiría tan vulnerable, como si estuviera en un lugar completamente a ciegas, prácticamente sin conocer el plano de distribución ni las salidas. Tendría que haber venido durante el horario de oficina, intentando ser discreto…

El problema era que, gracias a sus papás, había demasiadas probabilidades de que lo reconocieran.

Así que se tomó el tiempo ahora para observar todo lo que pudo. Dentro del *hall* de entrada, había a cada lado un nicho, cada uno con una estatua de mármol. A su izquierda, un sabio noble sostenía un libro abierto en una mano y levantaba la otra con un gesto de genialidad, como si el libro acabara de revelarle los secretos del universo. En el otro nicho, un escriba anotaba sus pensamientos en un diario con una larga pluma.

Las tablas de madera gastadas que cubrían el suelo se extendían hacia un vestíbulo central, donde una silueta indicaba el lugar en el que el escritorio de la antigua administración había estado una vez atornillado. Una mesa plegable ordinaria

se levantaba en un rincón, enmarcada por el revestimiento de madera oscura de la pared y por un gran espejo antiguo que reflejaba la poca luz que llegaba a esta recámara central. Los rayos de luz que sí conseguían pasar por un par de ventanillas superiores pulcramente ubicadas iluminaban las elevadas concentraciones de polvo espeso que circulaba a través del aire.

Adrian avanzó, extrajo con una mano el rotulador de su bolsillo trasero, y lo aferró como por instinto. A su lado, Nova miró su mano concuriosidad antes de encontrarse con su mirada, en la que había algo parecido a la provocación.

Él apartó la vista. Tal vez no fuera un revólver ni un cuchillo, pero seguía siendo el arma más efectiva que tenía.

Sin perjuicio de los tatuajes.

Su mandíbula se contrajo al acercarse a la mesa, donde la única ocupante del vestíbulo se hallaba sentada en una banqueta, extasiada por lo que parecía ser una novela romántica. La chica tenía tal vez uno o dos años menos que él, el cabello pelirrojo sujeto en una gruesa trenza hacia un costado.

—Disculpa —dijo Adrian. Hasta él mismo consideró que había sido ridículamente amable.

Pero la muchacha ni siquiera levantó la mirada. Tan solo extendió la mano sobre el escritorio y le deslizó una carpeta sujetapapeles, un formulario para retirar libros.

Adrian carraspeó y, esta vez, intentó sonar no como un ciudadano preocupado, sino como un Renegado. Un superhéroe.

—Queremos ver a la Detonadora.

La cabeza de la chica se elevó bruscamente. Miró parpadeando a Adrian, y luego a los demás, y detuvo la mirada más que nada en Nova; las largas pestañas pálidas de la chica aleteaban sobre sus ojos grisáceos. Sus labios se abrieron al volverse hacia Adrian.

—¿Disculpa? —preguntó en un tono agudo.

—La Detonadora —repitió Adrian—. La vimos entrar hace menos de diez minutos. ¿Dónde está?

La boca de la chica se abrió. Se cerró. Sus ojos se desplazaron como un rayo hacia Nova, y luego volvieron.

—Ustedes… ¿Acaso no son…? —miró a Nova de nuevo, estupefacta—. ¿Son Renegados?

En realidad, no era una pregunta. Adrian no estaba seguro de cómo podía saberlo sin los uniformes; tal vez reconociera a alguno por los medios. Tal vez, simplemente tuvieran el *look* característico. Le gustaba creerlo.

Pero lo que era extraño era el modo en que miraba a Nova, casi como si la reconociera.

—Claro que lo somos —dijo esta, su voz atravesada por el orgullo enérgico—. Renegados. Todos nosotros: audaces, valientes y… eh…

—Justos —susurró Ruby.

—Eso es —asintió Nova—. Ahora dinos dónde…

—¿Estamos en problemas? —preguntó la muchacha, cerrando el libro con fuerza y aferrándolo contra el estómago, más que nada, para cubrir la ilustración de un aventurero descamisado sobre la cubierta—. No hemos hecho nada, lo juro. ¿Es porque hemos vuelto a incorporar aquel libro de recetas? Porque nos dijeron que teníamos derecho a…

—La Detonadora —dijo Adrian, ahora enérgicamente—. Déjate de evasivas y dinos dónde está.

La muchacha vaciló. Tragó saliva. Miró una vez más a Nova, y esta vez Adrian frunció el ceño y siguió la mirada. Nova se volvió hacia él y encogió los hombros, en apariencia tan sorprendida como él.

—N-no sé quién es —balbuceó la chica. Ahora tenía el rostro rojo como una cereza, y Adrian dudó de que tuviera algo que ver con su material de lectura—. Lo lamento. No puedo ayudarlos.

—Una mujer aproximadamente así de alta —dijo Adrian impávido, indicando su altura—. Lleva un montón de brazaletes y es capaz de hacer aparecer explosivos como por arte de magia. ¿La reconoces?

La muchacha esbozó una sonrisa débil, como pidiendo disculpas.

—En realidad, no.

—¿Y el Bibliotecario? —preguntó Oscar, acercándose al escritorio—. ¿Dónde está?

—Está en… en el fondo —respondió la chica, dirigiendo de nuevo la atención rápidamente a los cuatro—. Catalogando… material… de referencia.

—Llévanos adonde está —ordenó Adrian—. Ahora.

—Oh, no pueden ir allá atrás —dijo la chica—. No le gusta que lo molesten.

Adrian apretó los dientes. Podía sentir la marcha del tiempo, como el tamborileo incesante de su propio corazón. Cada segundo, una oportunidad para que la Detonadora consiguiera huir, para que Gene Cronin ocultara lo que fuera que hubiera atraído a la villana aquí para empezar.

—Moléstalo de todos modos.

La chica abrió la boca, preparada para rehusarse, y luego miró a Nova de nuevo y vaciló.

—Enseguida —dijo aclarando la garganta y asintiendo. Tras deslizarse de la banqueta, se volteó y caminó, no alrededor de la mesa ni hacia una de las puertas o siquiera hacia la escalera a pocos metros, sino al enorme espejo que colgaba de la pared detrás de ella. Presionó los dedos contra la superficie y el cristal realizó un movimiento ondulante hacia fuera, como si acabara de poner el dedo en medio de un estanque vertical. Luego, sin fanfarria alguna, pasó por el espejo y desapareció.

Ellos se quedaron de pie, mirando sus propios reflejos, desconcertados un largo momento.

Oscar, por supuesto, fue el primero en romper el silencio.

—Aquello —dijo, señalando con el dedo— es un truco genial —caminó alrededor del escritorio y golpeó los nudillos contra el espejo. Luego lo separó de la pared y miró detrás, para asegurarse de que no había ningún tipo de pasadizo secreto —. Interesante.

—Recuerdo haber oído hablar de ella una vez —comentó Ruby—. Una chica que pasa a través de los espejos. Me acuerdo de que me pregunté por qué no se postulaba para ser una Renegada. Con el tiempo, supuse que seguramente era solo un rumor.

—El problema —dijo Adrian, golpeando con suavidad el extremo de su rotulador contra la mesa— es que ahora no tenemos idea de a dónde fue o de si, en verdad, irá a buscar al Bibliotecario, o de si ambos se darán a la fuga.

Frunció el ceño y miró a su alrededor. Desde el vestíbulo principal, advirtió una sala de lectura a la derecha, las mesas se intercalaban con estanterías bajas y con revisteros. A lo largo de toda la pared, se extendían aún más estanterías, interrumpidas cada tanto por una escalera rodante o por un amplio ventanal cubierto de polvo. A su izquierda, había unas repisas más pequeñas: hilera tras hilera de anaqueles altos y delgados. Desde aquella dirección, llegaba el sonido esporádico de risas infantiles.

—Ruby, Nova, apostémonos en las salidas —dijo, volviéndose para inspeccionar la escalinata que conducía a la segunda planta. Aunque la escalera estaba alfombrada, había lugares donde la alfombra se había desgastado tanto que dejaba al descubierto los escalones de madera por debajo—. Es posible que el Bibliotecario o la Detonadora estén intentando escapar ahora mismo.

—¿Escapar? —se oyó una voz ruda y precavida—. ¿Acaso me he dejado caer estúpidamente en una trampa de la que deba escapar?

Adrian se volvió para ver a un hombre encorvado, parado en la entrada de la sala de lectura. Tenía una barba blanca en punta y el cabello blanco revuelto; llevaba calcetines con agujeros y no calzaba zapatos; sus pantalones y cárdigan estaban arrugados y caían holgados sobre su magra figura; su piel era tan pálida que parecía no haber visto nunca el sol.

Adrian se irguió aún más.

—¿Es usted el Bibliotecario?

—Yo soy… *un* bibliotecario.

—¿Es usted Gene Cronin?

El hombre lo escudriñó. La incertidumbre hizo temblar las comisuras de sus labios, como si no supiera si debía o no reír.

—Mi nieta me dijo que había unos Renegados que querían hablar conmigo —soltó una carcajada, pero fue un sonido incómodo—. Creí que se trataba de una broma. Pero ya lo ven, debí saberlo. Narcissa es tan amante de las bromas como yo —sus labios finalmente cedieron y se transformaron en una mueca de preocupación —. ¿A qué debo el placer?

—Hace instantes observamos a la Detonadora, una Anarquista conocida, entrando

en esta biblioteca —dijo Adrian—. Tenemos motivos para creer que las transacciones que usted realiza con ella no son de carácter estrictamente legal.

—¡La Detonadora! —rugió el Bibliotecario, apartando la vista con rapidez de Adrian para observar a los demás—. ¿Los Anarquistas? No he tenido relación alguna con ellos desde hace… pues, cerca de diez años, ¿verdad? —Llevó la mano hacia arriba y dedicó un instante a alisar hacia abajo un sector de cabello rebelde, aunque este volvió a elevarse enseguida apenas dejó caer de nuevo la mano al costado. La dejó allí incómodamente antes de que la levantara para presionar la palma contra el marco de la puerta; los nudillos se tornaron blancos contra la madera—. Me apena pensar que, incluso ahora, los Renegados se nieguen a confiar en mí. Pago los impuestos del Consejo. Sigo las reglas del Consejo. Y, encima de todo, presto un gran servicio a la comunidad —señaló alrededor del vestíbulo—. ¿Sabían que solo hay nueve bibliotecas públicas en funcionamiento que están abiertas actualmente dentro de los límites de la ciudad? Solía haber muchas más de cien. Y las nueve sobreviven gracias a los esfuerzos desinteresados de personas como yo, que han dedicado la vida a continuar la distribución y el intercambio gratuitos de conocimiento y sabiduría. Para asegurarnos de que la gente tenga acceso a esto… a *libros*. Mientras tanto, ¿qué ha hecho su adorado Consejo por respetar el trabajo de los eruditos de antaño? ¿Para promover el conocimiento de la sociedad?

Adrian arrugó el ceño, sin darse cuenta de inmediato de si el Bibliotecario quería una respuesta.

—Reabrieron las escuelas —respondió, pensando que debía ser algo obvio— mientras ustedes estuvieron décadas vendiendo armas a los villanos, a quienes no les hubiera importado mantener a la gente en un estado de ignorancia e indefensión.

A su lado, Nova se tensó. Adrian la miró y vio un destello de algo surcando sus rasgos: irritación o rechazo. Pero desapareció tan rápido como había aparecido.

—¿Insomnia? —preguntó.

Ella mantuvo la mirada enfocada en el Bibliotecario mientras decía de manera amenazante:

—¿Nos está diciendo que no tiene *nada* que ocultar?

Gene Cronin apretó los labios hasta que se volvieron tan blancos como su barba. Luego resopló enojado.

—Por supuesto que no tengo nada que ocultar. Durante la Era de la Anarquía, hice lo que había que hacer para sobrevivir. Ahora estoy satisfecho ganándome la vida por medios más pacíficos.

—¿Y eso incluye celebrar reuniones privadas con villanos, como la Detonadora? —preguntó Adrian.

—Se equivocan —dijo Cronin—. No he visto a la Detonadora ni a ningún Anarquista… —su mirada giró de nuevo hacia Nova—… en mucho mucho tiempo.

—Entonces, ¿no le molestaría que revisemos? —preguntó Adrian.

—Esta es una biblioteca pública —dijo Cronin—. Siempre alentamos a que la

exploren.

Los dedos de Adrian se tensaron alrededor del rotulador.

—Tal vez esté dispuesto a darnos un *tour* de las zonas que no están abiertas al público. Si realmente no tiene nada que ocultar, como dice.

Cronin inclinó la cabeza.

—Será un placer —respondió y cruzó el vestíbulo hacia la escalera; había subido tres escalones cuando Adrian lo detuvo.

—Por ahí no —dijo.

Cronin echó una mirada hacia atrás.

—Este edificio tiene un sótano, ¿verdad? Comencemos por allí.

El rostro del Bibliotecario quedó sin expresión.

—No hay nada en el sótano, sino la caldera y estanterías anticuadas.

—Entonces, será un *tour* rápido —dijo Adrian.

Ensanchando las fosas nasales alrededor de su bigote, Cronin abandonó la escalera y se dirigió hacia la sala este. Lo siguieron a través de un par de altas estanterías y por un pasillo de escritorios. En un rincón alejado, Adrian advirtió una chimenea de piedra, aunque no había en ese momento un fuego encendido. Un joven se hallaba sentado de piernas cruzadas sobre el suelo, leyendo un libro ilustrado a un grupo de niños dispersos alrededor de él.

Ver aquello heló la sangre de Adrian. Echó un vistazo a los demás. El rostro de Ruby y Oscar reflejaban el mismo temor, aunque Nova tenía la mirada fija en la espalda del Bibliotecario.

*Todavía no hay motivo alguno para alarmar a nadie*, se dijo a sí mismo Adrian. Pero aun así…

—Cortina de Humo —dijo en voz baja—, quédate aquí. Desaloja la biblioteca a la primera señal de peligro.

Oscar le echó una mirada. Si se sentía molesto por ser excluido, no lo manifestó. Asintió con la cabeza y volvió a entrar en una de las hileras de estanterías, y desapareció de la vista.

Cronin los condujo a una puerta con un letrero que decía: solo para personal, y se detuvo un momento hurgando en los bolsillos, en busca de una llave. Una vez que abrió la puerta, descendieron una escalera estrecha hacia el sótano, donde el aire se volvió más denso y rancio, impregnado en el hedor de papel cubierto de moho.

Al llegar al pie de las escaleras, Cronin carraspeó y dio un paso hacia el costado, permitiéndoles disgregarse en el recinto, para echar un vistazo. El espacio estaba ocupado por más estanterías, aunque estaban aún más estrechamente espaciadas que las de arriba. Algunas apenas dejaban lugar para pasar entre ellas. Cada centímetro extra se hallaba ocupado de libros. Cuando no alcanzaba el lugar sobre la repisa, los libros se apilaban encima de otros que ya se encontraban allí, y algunas de las repisas se hundían bajo su peso. Había libros amontonados en los rincones como masas

informes. Libros apilados debajo de los escritorios y encima de estos. Libros con lomos rotos y páginas dobladas arrojados al descuido sobre una pila que se desbordaba sobre el pasillo.

Un escritorio empujado contra la pared del fondo se hallaba cubierto de cajas de comida para llevar y de archivos de documentos. Sobre el suelo, al lado de este, se levantaba un espejo de cuerpo entero, como los que podrían encontrarse en el vestidor de una tienda departamental barata. Aunque no se veía por ninguna parte a la que atravesaba los espejos (Narcissa, según Cronin había señalado).

No lejos de allí, una escalera breve de concreto conducía a una puerta con un letrero de salida: seguramente, pensó Adrian, la puerta lateral que daba al callejón que habían estado vigilando toda la noche.

—Y eso es todo —dijo el Bibliotecario, levantando un libro de la pila de volúmenes descartados y desdoblando con cariño sus hojas plegadas—. ¿Hay algo más que pueda hacer por ustedes? ¿Tal vez tengan interés en llevarse un libro sobre ciencias políticas, para que el Consejo lo lea con detenimiento en su tiempo libre? Creo que sería beneficioso para ellos —apoyó el libro sobre una repisa, acariciando con ternura su lomo, como a una mascota.

Ruby soltó un quejido.

—¿Acaso cree que somos idiotas? *Vimos* a la Detonadora entrar aquí. ¡Solo díganos dónde está, y las cosas serán mucho más fáciles para usted!

Cronin se irguió, enderezando la curva de la columna.

—Lo siento, pero pareces estar sufriendo de una imaginación hiperactiva —replicó él.

Ruby arrojó una mirada de frustración hacia Adrian. Él sabía bien lo que sentía. Todo esto había demorado mucho más de lo que había esperado, y se halló arrepintiéndose de su decisión de entrar en la biblioteca y de no esperar los refuerzos, como se suponía que debían haber hecho. Ya podía advertir el error de su decisión. Si su equipo hubiera sencillamente bloqueado las salidas de la biblioteca, habrían sabido si la Detonadora hubiera intentado salir. Podrían haberla detenido. En cambio, era posible que se hubiera marchado hace años por la puerta trasera.

Se sentía como un idiota. Consideraba que sus papás habían tenido razón en dudar de su habilidad para manejar esta situación, y eso era lo que más lo enfurecía.

Pero ahora era demasiado tarde para cambiar de rumbo. ¿Qué haría un equipo experimentado en esta situación para compensar los errores que él ya había cometido? ¿Debían amenazar a Cronin si no revelaba la ubicación de la Detonadora? ¿Arrestarlo? ¿Comenzar a agujerear la pared, buscando compartimentos secretos donde ocultaran el contrabando ilegal?

—Entonces —dijo el Bibliotecario, dirigiéndose de nuevo a las escaleras—, si desean, podemos continuar con el *tour* arriba. Tenemos una colección maravillosa de libros antiguos y primeras ediciones en la segunda planta…

Un fuerte golpe seco hizo que Adrian quedara paralizado.

Giró rápidamente hacia la pared, de donde parecía provenir el sonido. Se trataba de otro muro más, que exhibía estanterías del suelo al techo, igual a todo el resto. Pero mientras observaba, los libros comenzaron a temblar, y el muro, a moverse hacia fuera, raspando sonoramente contra el suelo.

—No… —murmuró Cronin—. ¿Qué está…? *¡No!*

Adrian dio un paso hacia la estantería. Ruby giró la muñeca, desenredando el alambre que sujetaba su heliotropo. Nova apoyó una mano sobre el cinturón.

El muro de libros giró hacia fuera, aunque lo que había detrás estaba demasiado oscuro para que Adrian lo viera. Luego hubo un *clic* silencioso, y una lámpara de escritorio inundó el espacio con una tenue luz color verde.

Se encontraban frente a una recámara no mucho más grande que el cubículo de oficina en el que habían pasado la noche. Había un escritorio en el centro del recinto, sin otro objeto que la lámpara.

Una mujer se hallaba en la silla giratoria detrás del escritorio, con las botas elevadas sobre la superficie al tiempo que se inclinaba hacia atrás sobre la silla.

Ingrid Thompson.

La Detonadora.

Pero esto no era una oficina.

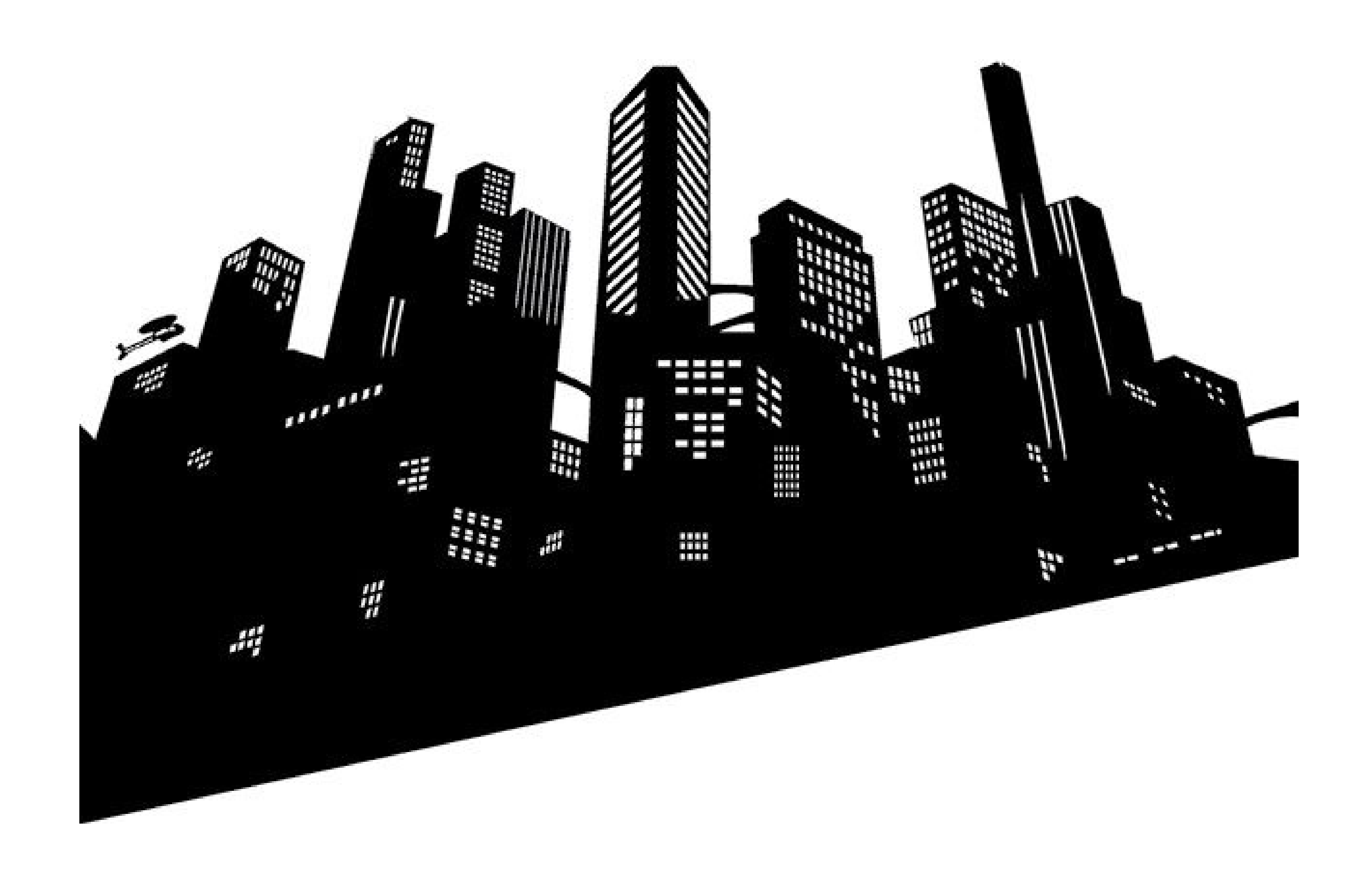
Era un arsenal.

Estanterías, vitrinas y archivadores cuidadosamente etiquetados cubrían las tres paredes circundantes, solo que esta recámara no estaba llena de libros, sino de armas. Cajas de balas y cartuchos, rifles, escopetas, pistolas, bandoleras llenas de municiones, dardos de aspecto letal, ballestas, cuchillos de caza y lo que Adrian sospechaba era una caja de granadas de mano.

—Oh, por todas las tramas diabólicas —murmuró Nova detrás de él—. Este es el motivo por el que no podemos ganar nunca.

La Detonadora hizo una mueca burlona.

—Ya era hora, Renegados. Comenzaba a pensar que yo misma tendría que ir a buscarlos.



# Capítulo 24

Ingrid no debió haber estado allí.

Las *armas* no debieron haber estado allí.

Nova captó la expresión altiva de Ingrid, su propia mente se hallaba alborotada por la incredulidad, la irritación, la… *traición*. Habían tenido un plan. Un buen plan. ¿Qué diablos hacía Ingrid?

—Adrian Everhart —dijo Ingrid. Sacó una mano de debajo del escritorio, empuñando una pistola. Golpeó la culata contra la superficie—. Qué grata sorpresa.

—La chica te advirtió de que estábamos acá —soltó Adrian. Su expresión era extrañamente neutral para tener un arma que le apuntaba—. La que pasa por los espejos.

Nova tragó saliva. Era una teoría tan buena como cualquier otra. Ingrid no parecía dispuesta a corregirlo al tiempo que curvaba los labios en una sonrisa presuntuosa.

—Lo mejor de todo —dijo— es que voy a matarte, y nadie sabrá que fui yo porque no habrá nadie vivo para contarles. Salvo —sus ojos se estrecharon al examinar a Adrian y a Ruby, al Bibliotecario y, finalmente, a Nova— que falta uno.

—¡Y a ti te faltan algunas células del cerebro! —gritó Ruby. Arrojó su heliotropo hacia uno de los módulos de estanterías. El alambre pasó detrás de uno de los soportes, se enganchó con fuerza, y ella jaló hacia atrás, lo que hizo que la enorme

estructura se viniera abajo. Ingrid gritó al tiempo que una lluvia de armas y municiones cayó con estrépito sobre su cabeza. Las pesadas repisas aterrizaron sobre sus hombros. La silla del escritorio se alejó rodando de debajo de ella, la villana se derrumbó sobre el suelo y las repisas terminaron colapsando sobre el escritorio.

Rugiendo, Ingrid se arrastró debajo del mueble y levantó la pistola.

Adrian se volteó y se arrojó encima de Ruby en el instante en que la Anarquista apretó el gatillo. Dentro de aquel recinto cerrado, el sonido del disparo fue ensordecedor, y la bala se alojó en una gruesa enciclopedia, mientras Adrian y Ruby se desplomaban sobre el suelo y rodaban detrás de una estantería.

Con un grito de pavor, Gene Cronin se volteó y comenzó a huir hacia las escaleras, pero Nova extendió la mano y le tomó la parte de atrás de la camisa. Lo lanzó contra un rincón, detrás de otra repisa tambaleante.

—Este no era el plan —susurró ella—. ¿Qué está sucediendo?

—Dímelo tú —espetó él a su vez, sus ojos enormes aterrorizados—. Ingrid dijo que había venido a buscar proyectiles nuevos, pero ¡tengo la sensación de que me han tendido una trampa!

Nova frunció el ceño.

—¿Qué te dijo ayer?

—¿Ayer? ¡No la vi ayer!

Un estrépito llegó hasta ellos desde la sala de artillería. Tras soltar a Cronin, Nova escudriñó por una hendidura de la estantería mientras Ingrid despejaba un camino entre las armas que habían caído de las repisas.

Buscó a Adrian y a Ruby, pero no veía señales de ellos en el laberinto de estanterías.

—Esto es lo que va a suceder —dijo Ingrid—. Voy a matarlos, y luego iré a buscar a su amigo y también lo mataré. El del humo, ¿verdad? Estoy segura de que no debe haber ido lejos.

Volvió a gatillar la pistola.

—Luego, mientras el Capitán Chromium no se haya repuesto aún del impacto por la muerte de su único hijo, quemaré el Cuartel General de los Renegados y todo lo que hayan construido. Les mostraré lo que significa esforzarse tanto por construir algo solo para que alguien lo destruya en minutos.

Mientras Nova observaba a Ingrid abrirse camino entre el caos, le llamó la atención un movimiento cerca del suelo. Se paró de puntillas, intentando ver por encima de una pila de libros, y vio a Adrian. Es decir, vio su mano, mientras esta trazaba rápidamente unas líneas sobre el suelo.

—Podríamos darnos a la fuga ahora —susurró Cronin—. Las escaleras están allí. Podríamos…

—Cállate —dijo Nova con un gruñido.

Ingrid rodeó una estantería, el arma lista mientras buscaba a Adrian y a Ruby. Dio un paso más y, de pronto, las líneas dibujadas sobre el suelo se incorporaron

bruscamente, y una cuerda cruzó el corredor y se hundió en sus tobillos. La villana se tropezó y soltó un aullido en tanto se desplomaba sobre las rodillas. La pistola escapó de su mano.

Saliendo de su lugar detrás de un estante, Adrian detuvo con el pie el arma que derrapaba.

—¿Decías?

Ruby soltó un grito de guerra y se descolgó del estante junto a Ingrid, aterrizando sobre su espalda. Pasó su alambre delante de la garganta de la villana y jaló su cabeza hacia atrás.

Adrian tomó la pistola y la apuntó hacia Ingrid. Pero en ese mismo momento, esta se arrojó hacia el estante, aplastando contra este la espalda de Ruby. La Renegada lanzó un grito de dolor, e Ingrid aprovechó su sorpresa para lanzarla por encima de los hombros, por lo que la derribó sobre el suelo.

La repisa contra la que se golpearon se tambaleó, y los libros se deslizaron y cayeron desde los extremos. Con un rugido, Ingrid enlazó el codo alrededor del borde del estante y se inclinó hacia atrás, arrastrándolo hacia ella. La repisa se desplomó, se precipitó sobre la siguiente, que cayó con un estrépito sobre la otra, como una hilera de precarios dominós, hasta que el recinto entero estaba lleno de estanterías que colapsaban y libros que caían.

Cronin empujó a Nova a un lado, la esquivó para adelantarse antes de que ella atinara a sujetarlo. Rápidamente, ella tomó del cinturón su pistola de ondas de choque y la apuntó hacia el Bibliotecario, pero vaciló al observarlo largarse escaleras arriba.

Desapareció antes de que se derrumbara la última enciclopedia sobre las pilas que crecían.

—¡Ruby! —gritó Adrian. Nova avanzó reptando, pero no alcanzó a verlo en medio del caos y del polvo—. ¿Te encuentras bien?

—No Ruby —se oyó un quejido—. Roja. Asesina.

—Claro. Lo siento.

Nova lo vio, saliendo a rastras del espacio que había quedado bajo una de las repisas derribadas.

Enseguida, una llamarada de color azul marino intenso atrajo la atención de Nova. Una esfera brillante se encontraba apoyada sobre el muro trasero; la energía que estaba adentro comenzaba a chisporrotear.

Se trataba de una de las bombas de Ingrid, lista para detonar.

La vio parada a cuatro metros de Adrian, mirándolo con una expresión de crueldad en el rostro.

El corazón de Nova dio un salto. Levantó la pistola de ondas de choque, pero… ¿a quién debía apuntar? ¿Hoy era Renegada o Anarquista? ¿A quién se suponía que debía proteger? ¿A quién debía detener?

Ingrid levantó la mano, lista para chasquear los dedos.

—¡Adrian, agáchate! —gritó Nova.

Sin dudarlo, Adrian cayó al suelo.

Ingrid chasqueó los dedos.

La explosión sacudió el edificio; trozos de cimientos salieron eyectados hacia fuera. El golpe hizo que Nova perdiera el equilibrio. Salió volando hacia atrás y se estrelló contra un muro de repisas. Una llamarada de calor casi insoportable estalló sobre su piel. Giró la cabeza a un lado, arrojando el brazo encima, para protegerse en el instante en que una avalancha de libros se desplomó alrededor de sus hombros.

Fueron apenas dos segundos de caos y luego acabó. Nova sintió un pitido en los oídos cuando se atrevió a levantar la cabeza. El aire se hallaba lleno de papeles dispersos, escombros y humo.

*Humo.*

«Por todos los diablos», masculló, aunque no podía oír su propia voz dentro de la cabeza. «Por favor, que esto provenga de Cortina de Humo».

Tomó un estante y jaló de él para levantarse de la pila de libros. Parpadeó rápidamente aclarando el polvo de los ojos. Primero, vio a Ruby, alejando de las piernas una silla tumbada. Luego, a Adrian, levantándose sobre las manos y rodillas, y sacudiéndose los escombros que lo cubrían. Una sensación de alivio la invadió, inesperada y un poco desconcertante. Pero quedó por completo opacada al ver a Ingrid cruzando el caos intempestivamente. Sujetaba una pistola de nuevo… Nova no sabía si había conseguido recuperar la que Adrian le había quitado o si era una nueva. Pero reconoció la furia de Ingrid en su rostro, los ojos encolerizados, el rugido que provenía de su boca torcida, incluso si Nova no alcanzó a oírlo.

Adrian miró hacia arriba.

Ingrid bajó la pistola, apuntando a su cabeza.

Con su propia arma aún entre las manos, Nova la dirigió a Ingrid y disparó.

Una fuerza invisible arrojó a la villana al suelo, lanzándola sobre una de las estanterías derribadas.

La cabeza de Adrian se volvió hacia Nova.

—¡Fuego! —gritó ella, aunque el sonido se oyó como si hubiera tenido una almohada sobre la boca.

No había visto las llamas, pero una negra humareda se elevaba desde la pila de libros que se encontraba más cerca del enorme agujero en los cimientos. El calor de la explosión se hallaba latente en esas páginas, esperando prenderse fuego, listo para quemar todo el material inflamable que pudiera devorar a su paso.

Adrian se apresuró a ponerse de pie y metió las manos en el bolsillo. Su expresión de férrea determinación flaqueó para ceder a un gesto de preocupación. Sacando las manos, revisó sus bolsillos y luego las mangas. El pánico se adueñó de su rostro. Entonces descendió la mirada al suelo, la que giró en un círculo completo, antes de volver a mirar a Nova y a Ruby. Pronunció unas palabras.

Nova sacudió la cabeza, haciendo un gesto hacia la oreja.

Él lo volvió a decir y, esta vez, ella distinguió la forma de sus labios… *Mi*

*bolígrafo*.

Lo miró con desaliento. ¿Qué iba a dibujar, un extintor? Un momento, en realidad, podía funcionar.

Tanteó alrededor de su propio cinturón, extrajo el bolígrafo con el dardo secreto y se lo arrojó a Adrian.

Él lo atrapó justo en el momento en que una nueva explosión hizo volar hacia atrás una pila de libros. Estallaron en una ardiente hoguera. Nova se apartó a los tropiezos, aplastándose contra la pared.

Del otro lado de la habitación, Adrian se inclinó y levantó a Ingrid, arrojando su cuerpo inconsciente sobre el hombro y gritándole a Ruby: *¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!*

Intentaron huir por las escaleras antes de que las llamas les cortaran el paso. Nova se unió a ellos, impulsándose sobre repisas caídas, pasando por encima del escritorio y arrojándose escaleras arriba. Las llamas no tardaron en propagarse, corriendo de una pila de libros a la siguiente; la negra humareda permeaba el aire y enturbiaba las escaleras mientras subían.

Irrumpieron por la puerta a la planta baja de la biblioteca. Lucía sorprendentemente luminosa y diáfana en contraste con el sótano oscuro y lleno de humo.

Una voz aterrada se abrió paso entre los pensamientos confusos de Nova; era Oscar, que corría hacia ellos, agitando los brazos.

—¡Nos falta uno!

Adrian se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Había treinta y un usuarios —dijo Oscar. Nova se inclinó hacia delante, en un esfuerzo por entenderlo—. Los conté, y apenas oí el primer disparo comencé a evacuarlos, pero ¡solo salieron treinta! Había uno más… estoy casi seguro de que era un chico. Tal vez consiguió salir solo, no lo sé, pero…

—Sepárense —gritó Adrian, y aunque su voz aún sonaba distante, Nova notó que el pitido de los oídos comenzaba a desaparecer—. Primero, encuentren al chico. Luego, si pueden, busquen también a Cronin y a Narcissa. Pero ¡primero encuentren a ese chico!

Ruby y Oscar se voltearon y se lanzaron a través de las estanterías.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó Nova, mirando el cuerpo inerte de Ingrid: tuvo la visión espantosa de Adrian arrojándola de nuevo al sótano en llamas.

—Arrestarla —dijo—. La esposaré cuando lleguemos afuera y haré otro recuento de civiles, solo para estar seguro de que el chico no haya pasado inadvertido. Luego regresaré para ayudar.

Nova enfundó de nuevo la pistola de ondas de choque y extendió las manos.

—La llevaré yo.

—¿Qué?

—La llevaré afuera y la esposaré.

Adrian bajó una veloz mirada a su cuerpo, y Nova supo lo que pensaba.

—Soy suficientemente fuerte —insistió—. Si encuentras a ese chico, podrás evacuarlos más rápido que yo. Vamos, estás perdiendo el tiempo. Pásamela.

Adrian frunció el ceño un instante más, luego cambió la forma en que sujetaba a Ingrid y la colocó sobre los hombros de Nova, para que la llevara como una bolsa de cereales. No es que hubiera llevado a cuestas alguna vez una bolsa de cereales.

Tampoco había llevado a cuestas jamás a una prodigio experta en bombas.

Apretó los dientes, acomodando la pierna y el brazo de Ingrid, que colgaban sobre sus hombros. A decir verdad, no creía que Ingrid fuera tanto más pesada que su bolsa de lona cuando estaba llena.

—¿La tienes? —preguntó Adrian.

—Sí, ve.

Nova caminó a los tropiezos hacia el vestíbulo. El lugar entero parecía abandonado, sin rastros de nadie: ni Cronin, ni su nieta, ni Ruby, ni Oscar. Solo ella e Ingrid, y columnas de humo que se deslizaban sigilosamente entre las vigas del techo. Miró hacia abajo, a sus propios pasos lentos y pesados, preguntándose si solo estaría imaginando el calor que se elevaba del suelo y penetraba las suelas de sus elegantes botas nuevas.

Las tablas del suelo, clavadas a vigas de madera. Si bien los muros exteriores eran de piedra, todo lo que estaba dentro —toda la estructura, todo el mobiliario, todos aquellos *libros*— era un infierno en potencia.

Y eso, sin tomar en cuenta aquella habitación llena de municiones y explosivos en el sótano, cualquiera de los cuales podía comenzar a detonar apenas los alcanzara el calor del fuego.

El peso de Ingrid la hundía mientras cruzaba el vestíbulo y se abría paso empujando las puertas de entrada.

Una muchedumbre de civiles aterrados se hallaban apiñados en la acera delante de las escaleras. No solo los usuarios de la biblioteca, sino también una afluencia creciente de vecinos y curiosos. Pronto vendrían los medios. Pronto vendrían más Renegados.

Nova los ignoró mientras se abría paso apartando al gentío con los hombros. La multitud se abrió, y las exclamaciones y susurros reemplazaron los sonidos confusos de su mente.

—Oficial… Renegada… trabajando… —consiguió decir entre resuellos mientras seguía su marcha ardua hacia la calle.

Un hombre avanzó hacia ella, extendiendo las manos como para aliviarla de su carga, pero Nova le espetó:

—No la toque. Es peligrosa.

De inmediato, el individuo se echó atrás.

Nadie la siguió mientras cruzó la calle hacia la sombra del edificio de oficinas. El peso muerto del cuerpo de Ingrid se volvía insoportable cuando Nova llegó a la

esquina y cayó sobre una rodilla, en tanto lo hizo rodar de sus hombros. Ingrid aterrizó con un golpe y un gemido.

Nova se sentó en cuclillas, jadeando, e hizo lo posible por descontracturar los músculos del cuello y de los hombros.

—La próxima vez —dijo—, voy a dejar que te incineres.

Ingrid volvió a soltar un quejido.

Sujetándole el codo, Nova la jaló para que se sentara y luego la apoyó contra el edificio.

Destrabó las esposas de la parte trasera del cinturón que los Renegados le habían asignado.

Era evidente que las repartían a todas las unidades de patrullaje, aunque, en este caso, se suponía que Adrian y su equipo no debían estar *patrullando*.

—Me disparaste —masculló Ingrid. Arrastraba las palabras, intentando recuperarse de los efectos de la pistola de ondas de choque.

—Te incapacité —aclaró Nova—. Hay una diferencia —golpeó un lado de la esposa contra la muñeca de Ingrid.

Ingrid se sobresaltó. Su expresión comenzó a despejarse.

—¿Qué…?

—Solo te esposaré una mano —dijo Nova. Jalando su brazo hacia arriba, sujetó la otra esposa a los barrotes de la ventana de la primera planta—. Podrás liberarte fácilmente, y lo atribuiré a un error de principiante.

Ingrid estiró el cuello, mirando adormilada la muñeca atrapada.

—Se suponía que ibas a ayudarme —le reclamó ella—. Ya estarían todos muertos.

Soltando un rápido resoplido, Nova se inclinó aún más cerca de ella.

—No le advertiste en absoluto, ¿verdad? Le tendiste una trampa. Me tendiste *a mí* una trampa.

Ingrid tosió.

—Si te hubiera contado, te habría afectado, y lo sabes. Como te sucedió en el desfile. Pero eres una chica lista. Debiste imaginarlo —se deslizó más cerca de la pared—. Un equipo de Renegados que cae justo en nuestras manos. Nada menos que el hijo del Capitán. Por fin, nuestra oportunidad para mostrarles el dolor y las pérdidas que hemos tenido que sufrir. ¡Y tú lo arruinaste!

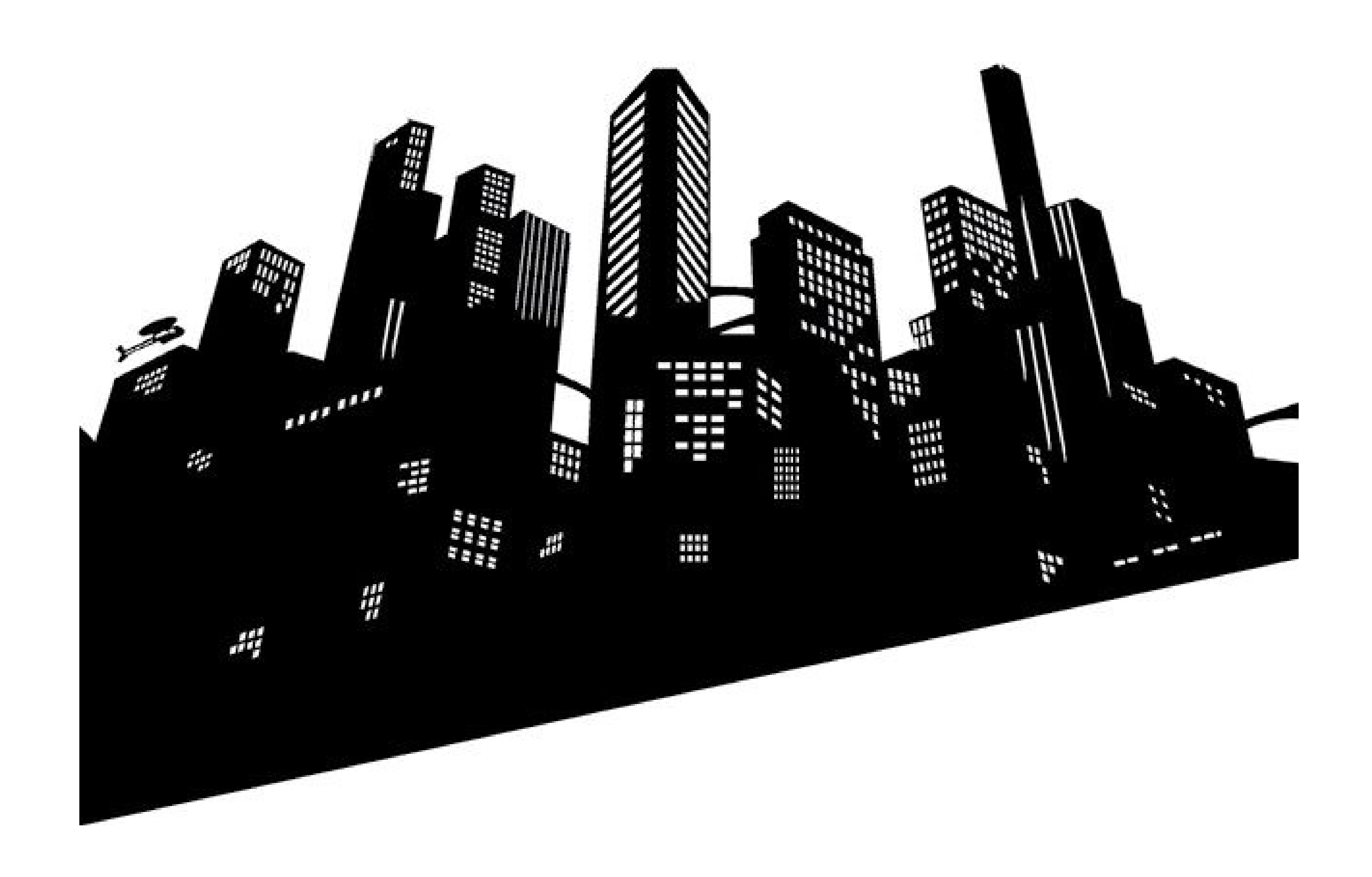
El cuerpo de Nova comenzó a temblar de furia reprimida. Se puso de pie y retrocedió un paso, para alejarse de Ingrid.

—Tengo un objetivo un poco más amplio que eliminar a *una* unidad de patrullaje. Creí que estábamos de acuerdo en ese punto —sacudió la cabeza, enceguecida por la frustración—. Hablaremos de ello más tarde. Ahora tengo que encargarme de reparar algunos daños, porque *alguien* decidió ignorar mi plan por completo. Un plan que hubiera protegido al Bibliotecario y ocultado la conexión que tenemos con él, te recuerdo.

—Lo habrían acusado de algo —masculló Ingrid—. Habrían encontrado un motivo para arrestarlo. Solo era una cuestión de tiempo.

Nova frunció los labios. Ayer creía que eso era cierto. Ahora ya no estaba tan segura. Durante toda la noche, Adrian y los demás habían hecho exactamente lo que dijeron que harían. Vigilar y esperar. Solo decidieron entrar en la biblioteca después de que Ingrid se reveló ante ellos. Si Adrian había tenido intención de plantar evidencia incriminatoria, Nova no vio ninguna señal de ello.

—Tal vez, tal vez no —dijo—. Lo único que sabemos ahora es que perdimos al Bibliotecario y el acceso a todo lo que estaba en el depósito. Los Renegados ganaron. De nuevo.



# Capítulo 25

Nova cruzó la calle con paso resuelto. La cabeza le daba vueltas. Estaba metida en esto para llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Se hallaba interpretando el papel de Renegada no para darles una lección hoy o mañana. No para perjudicar una única misión o eliminar a un único equipo.

Ella provocaría el fin de los Renegados. Derribaría al Consejo. Vengaría a la familia que ellos habían jurado proteger, y no protegieron. *Su* familia.

Ingrid era una idiota por tener tan poca visión de futuro, por intentar tomar un atajo a la venganza. Aunque… Nova también había sido una idiota. Desde el momento en que entraron en la biblioteca y vio la mirada estupefacta y aterrada de Narcissa, debió saber que algo andaba mal. Debió reaccionar más rápido antes de que todo se saliera tan fuera de control.

Pero había estado tan enfocada en completar la misión. Había confiado demasiado en Ingrid, convencida de que habrían barrido con toda evidencia incriminatoria. Los Renegados revisarían el lugar y, cuando salieran con las manos vacías, esta investigación habría acabado.

En cambio, Ingrid había engañado a Nova, y ahora se había derrumbado todo. O, por lo menos, la biblioteca se había derrumbado. El humo salía por las ventanas de la planta inferior. Nova podía ver el enorme agujero en los cimientos donde había

estallado la bomba. La humareda que se esparcía del cráter era negra como el carbón.

La multitud se hallaba observándola mientras avanzaba hacia el edificio, su atención se desplazaba de ella a Ingrid, y a la biblioteca.

—¿Qué está pasando? —reclamó una mujer—. Eres una Renegada, ¿verdad? ¿Acaso no van a ocuparse de esto?

Nova se detuvo y se volteó para mirar a la mujer. Un sentimiento de irritación comenzó a crecer rápidamente por dentro.

—Ocuparse de algo —dijo—. Como… ¿atrapar al malo? —señaló hacia atrás, donde estaba Ingrid.

La mujer escudriñó con desprecio a Nova.

—Como apagar el incendio.

—¿Dónde está Tsunami? —preguntó un chico.

—¡Sí! —intervino otro—. ¡O alguien que pueda arrojar agua! Eso es lo que se necesita.

Nova abrió la boca, lista para decirles que, en este momento, estaban haciendo lo mejor que podían con los poderes que tenían, pero luego vaciló, recordando que la opinión favorable —o desfavorable— que tenía el público de los Renegados no era su problema.

—Lo que sea —farfulló, atravesando la multitud a empellones y dirigiéndose a la biblioteca. Escudriñó a través de las ventanas. No había señales de Adrian ni del resto. ¿Habrían encontrado al chico desaparecido? ¿Seguirían buscando?

Seguramente que sí. Eran profesionales. Eran superhéroes *de verdad*. Si no habían encontrado aún al chico, lo harían en cualquier momento.

Pero… ¿y el Bibliotecario?

Nova exhaló, haciendo un esfuerzo por no perder la concentración en medio del caos. Por no perder de vista sus prioridades.

Habían descubierto al Bibliotecario. Sería arrestado el instante en que lo volvieran a encontrar, acusado de traficar armas ilegales, de conspiración y de quién sabe cuántas cosas más. Había desaparecido cualquier esperanza de que los Anarquistas conservaran su conexión con sus distribuidores.

Salvo que Nova pudiera encontrarlo antes. Salvo que pudiera, de algún modo, ponerlo a salvo. Quizás, solo quizás, podía evitar que el barco terminara de naufragar.

Gene Cronin era un cobarde. Era lo que Ingrid le había dicho cientos de veces. Habría huido. A estas alturas, estaría bien lejos, seguramente a mitad de camino de los límites de la ciudad.

¿O no?

Se masajeó la nuca, acosada mentalmente por la incertidumbre. De pronto, una serie de explosiones sacudieron los cimientos de la biblioteca. A continuación, el crujido ensordecedor de madera que se derrumbaba. La muchedumbre retrocedió a los empellones, al tiempo que las ventanas y el enorme agujero del muro inferior arrojaron fuera una densa humareda negra.

Nova sabía que las detonaciones provenían del arsenal de explosivos en el sótano, aunque no podía estar segura de si les seguirían más.

Luego oyó gritos.

Al principio, creyó que los estaba imaginando, como un eco aterrador que salía de su mente aún confusa.

Alguien la empujó desde atrás. La mujer de antes, que gritaba: «¡Alguien sigue adentro! ¡Lo oí! ¡*Hagan* algo!».

Y aunque tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no darse vuelta y gritarle que *ella misma* hiciera algo, refrenó el impulso y salió corriendo, no hacia la biblioteca, sino volteando el recodo, segura de que los gritos habían venido de atrás.

Al doblar la esquina más alejada, lo vio. Un chico, de seis o siete años, que se asomaba por la ventana de la segunda planta. Tenía el cuello de la camisa que le cubría la nariz, e incluso desde abajo, ella percibió sus ojos aterrados, inyectados en sangre.

Nova echó un vistazo a ambos lados, pero no había nada que pudiera usar para escalar. Ni una escalera tumbada de manera fortuita ni un árbol grande convenientemente situado. Examinó el costado del edificio y, sin pensarlo demasiado, hundió los dedos en la argamasa entre las piedras y se impulsó hacia arriba.

Apenas Nova había trepado un par de metros sobre el muro cuando su pie resbaló y se estrelló de nuevo contra el suelo, aterrizó con un golpe duro sobre la espalda. Arriba, el niño sollozaba, aferrado con los dedos al alféizar de la ventana.

Nova volvió a ponerse de pie, pero una nueva explosión sacudió el suelo, a punto de derribarla. Una ventana de la primera planta había estallado hacia fuera, tras sucumbir al calor y a la presión que se acumulaban en el interior. Llamaradas naranjas cegadoras rugían adentro, lamiendo los muros de piedra.

Cerró los ojos, calculando los riesgos. Aunque solo llevó segundos tomar la decisión, pareció una eternidad.

Al volver a abrirlos, rebuscó en el compartimento del cinturón, para tomar las microbengalas exotérmicas fabricadas por ella misma. Y ocultos por debajo, sus guantes.

Los guantes de Pesadilla.

Metió los dedos con fuerza en el cuero negro y ajustó las correas hacia abajo. Luego oprimió el interruptor que activaba las ventosas presurizadas. Tomando envión, saltó hacia el edificio y presionó las palmas contra la fachada.

Las ventosas se adhirieron al muro.

Nova comenzó a trepar. Presionando, extendiendo, soltando. Los dedos de sus pies intentaban sujetarse al cemento. Los músculos de los brazos ardían por el esfuerzo, al tiempo que se impulsaba más y más arriba. Las ventanas inferiores despedían columnas de humo, saturando el aire a su alrededor. Para cuando llegó a la ventana de la segunda planta, sentía los brazos a punto de desprenderse de los hombros. Pero consiguió entrar, tras arrastrarse a través de la ventana y colapsar

sobre el suelo junto al niño.

Este bajó la mirada para observarla, con el labio tembloroso.

—¿Ayuda? —preguntó tímidamente.

Ella asintió.

—Dame un segundo.

Inhalar una vez, exhalar otra vez.

Se tambaleó al incorporarse. También esta planta se llenaba de humo, aunque aún no resultaba tan denso como para no ver.

—Vamos —dijo ella, envolviendo un brazo alrededor de los hombros del pequeño, quien la siguió sin ofrecer resistencia a través de una serie de salas de archivo hasta que llegaron a la escalera principal.

Nova se detuvo en seco, mirando hacia abajo, al vestíbulo. Lo que había sido el vestíbulo central, pero que era ahora un mar de humo y llamas. El suelo mismo ardía e incluso mientras miraba, el tramo bajo la estatua del sabio que se hallaba en el *hall* de entrada cedió, tras implosionar sobre sí mismo.

Nova retrocedió, empujando al chico hacia la pared.

—Muy bien —dijo lentamente—, parece que no iremos por allí.

Lo hizo desandar el camino por el que habían venido hasta la ventana abierta por la que ella había trepado. Asomó la cabeza fuera y analizó el muro. No era demasiado complicado… para ella.

—¿Sabes cómo rodar en las caídas?

—¿Acaso no puedes… volar? —preguntó el chico gimoteando.

Ella lo miró.

—Si pudiera volar, entonces ¿por qué…? —Levantó las manos, aun enfundadas en los guantes, y suspiró—. Descuida. Escucha, te treparás a mi espalda y me deslizaré hacia abajo nuevamente. Tendrás que confiar en mí, ¿sí?

Aunque el rostro del chico estaba lleno de temor, quedó opacado por una esperanza pura e inexplicable.

—Eres una Renegada —dijo—. Por supuesto que confío en ti.

El estómago de Nova se contrajo. Todos sus instintos le decían que discutiera aquel punto: *No lo hagas. No confíes en ellos. No lo merecen.*

Pero se mordió la lengua y comenzó a inclinarse, para que el niño trepara sobre su espalda. En ese momento, oyó gritos.

Envolviendo una mano alrededor de la muñeca del muchacho, Nova se asomó por la ventana de nuevo y vio a Ruby y a Oscar corriendo a través de la hiedra espesa.

—¡Nova! —gritó Oscar y luego se sobresaltó—. Quiero decir, ¡Insomnia! ¡Tienes que salir de allí!

El alivio corrió por sus venas. Ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¡Encontré al niño! —les gritó— ¡Miren! —Volteándose, levantó al pequeño de las axilas y lo sostuvo delante de la ventana, para que lo vieran.

Ruby se llevó una mano a la boca e intercambió una mirada con Oscar, pero fue

un diálogo efímero y silencioso.

—Espera —dijo, desenrollando el alambre de su muñeca. Se apartó de Oscar y comenzó a hacerlo girar en el aire como un lazo—. ¡Apártate!

Nova se alejó de un salto, jalando al pequeño con ella. Un segundo después, el heliotropo de Ruby pasó volando sobre el alféizar. Tras sacudirse hacia atrás, las puntas de la gema se desplegaron y se transformaron en un gancho de agarre que quedó firmemente sujeto a la base de la ventana.

—Cool —dijo el chico.

—¿Alguna vez probaste descender con una tirolesa? —preguntó Nova, quitándose los guantes y metiéndolos de nuevo en su mochila.

—¿Una qué?

—Nada. Vamos, es igual que trepar por un pasamanos. Mano sobre mano. Si te caes, el tipo con el bastón te atrapará, ¿sí?

El muchacho observó el delgado cable, y luego abajo, a Oscar, el ceño arrugado por la incertidumbre.

—Él también es un Renegado —dijo Nova—, puede levantar más peso que… —se detuvo un instante—. No sé. Mucho. Más de lo que pesas tú, seguro.

Aparentemente reconfortado, el pequeño pasó una pierna encima del alféizar. Nova lo ayudó a acomodarse, mostrándole cómo extender las manos mientras mantenía los tobillos sujetos alrededor de la cuerda.

El niño había descendido la mitad del recorrido y ella comenzaba a relajarse, considerando si también se lanzaría por el cable o si tomaría la ruta más veloz saltando, cuando oyó un grito de Oscar.

—¿Dónde está Adrian?

Nova se puso tensa.

—¿No está con ustedes?

Oscar sacudió la cabeza.

—No lo hemos visto desde que salieron del sótano.

Nova se apartó de la ventana y echó una mirada a su alrededor. El aire dentro de la biblioteca la hizo sentir como si estuviera en un sauna. Un sauna humeante y opresivo.

Adrian no seguiría aquí dentro, ¿no?

Salvo que lo hubiera afectado el humo. Salvo que estuviera inconsciente en algún lado, muriendo por asfixia, o atrapado debajo de una estantería ardiente, o…

Un alarido atravesó el rugido del fuego en la planta inferior. Nova se puso rígida. No era Adrian.

Pero eso solo quería decir que alguien más seguía dentro de la biblioteca.

Siguió el grito hasta el rincón más alejado de la tercera planta, donde una sala separada por un muro se levantaba a un lado de las estanterías principales, y que exhibía su contenido a través del cristal de la puerta cerrada. Un letrero junto a la puerta rezaba libros antiguos y primeras ediciones. Nova irrumpió por la

puerta. Se encontró dentro de una habitación mayormente despejada de la bruma humeante, aunque de inmediato esta comenzó a derramarse hacia dentro por la puerta abierta.

Gene Cronin y Narcissa estaban de pie ante una ventana abierta.

—¡Cierra la puerta! —gritó la joven, girando hacia Nova.

Ella la cerró con un golpe desafiante.

Pero el Bibliotecario ni siquiera atinó a mirarla. Estaba demasiado ocupado jalando libros de las vitrinas y envolviéndolos rápidamente en toallas antes de arrojarlos por las ventanas a manos llenas.

—Ayúdame —gritó— ¡Rápido… Narcissa! El estuche de manuscritos. ¡Tenemos que salvar los manuscritos!

—¡Son solo libros! —gritó Narcissa a su vez—. ¡Tenemos que salvarnos!

—*¿Solo libros?* —rugió Cronin—. ¡Es el trabajo de mi vida! ¡Algunos de estos son los únicos ejemplares que se conservan en todo el mundo! Primeras ediciones… ejemplares firmados…

—Narcissa tiene razón —dijo Nova, adentrándose en el recinto. Volvió a escudriñar el espacio. Se le ocurrió que Adrian podía aparecer desde detrás de alguna vitrina, pero solo estaban el Bibliotecario y su nieta. No había señales del Renegado. Tragó saliva, e intentó no imaginarlo atrapado entre las llamas, abajo en el sótano—. La planta baja está en peligro. El edificio entero se desmoronará sobre sí mismo en cualquier momento. Tienen que salir de aquí —examinó la sala: dos ventanas de guillotina altas dominaban los dos muros. Ya las habían abierto, tal vez intentando disipar el humo que se filtraba a través de las rendijas de la puerta. Una chimenea de ladrillo ocupaba el muro oeste. Irónicamente, esta parecía no haber visto una fogata en décadas, con un espejo recargado, que colgaba sobre la repisa. Nova supuso que este elemento decorativo había sido puesto allí más para conveniencia de Narcissa que con el objeto de embellecer el decorado.

Por lo demás, había cuatro vitrinas en las que se exhibían libros antiguos, rollos, diarios y manuscritos, e incluso, una variedad de utensilios para la escritura y la impresión, desde tinteros hasta tipos de plomo. Más estanterías recorrían las paredes, atiborradas de obras que no eran tan antiguas ni valiosas como las de la vitrina. Estaba la puerta por la que había entrado Nova, y… nada más. Ninguna otra vía de escape. Tendrían que salir por la ventana.

—¿Por qué los trajiste aquí? —aulló Narcissa, furiosa.

Nova se giró para enfrentarla.

—¿Qué?

—¡Esto es culpa tuya! Tuya y de la Detonadora: nos tendieron una trampa. ¿Por qué? —Lágrimas de temor se acumularon en los ojos de Narcissa, quien tenía los puños apretados con tanta fuerza que temblaban. A Nova se le ocurrió que, al menos, Narcissa no estaba atrapada. Había un espejo: podía marcharse cuando quisiera.

Pero no se había marchado. Pretendía salvar a su abuelo. Nova mordió el interior

de su mejilla, intentando pensar con lucidez mientras Narcissa la traspasaba con su mirada de odio. Siempre le había agradado la nieta del Bibliotecario. No la conocía bien pero, cuando venía con Ingrid para realizar sus tratos comerciales, parecía buena chica. Aunque era la nieta del Bibliotecario y evidentemente sabía de sus actividades, a Nova jamás le pareció particularmente… villana.

Por primera vez, comenzó a preguntarse lo que Narcissa pensaba *de ella*. Durante las pocas interacciones que habían tenido, pareció tranquila, incluso tímida. Nova supuso que era simplemente su personalidad, pero se preguntó si la joven le tendría miedo.

¿Porque era Pesadilla?

¿O porque era la sobrina de Ace?

—Tienen que irse —dijo Nova, caminando hacia la ventana más cercana—. ¿Puedes llevar a tu abuelo a través del espejo?

—No funciona de esa manera —respondió Narcissa.

—Pues entonces tú sal por el espejo mientras puedas. Gene y yo nos iremos por la ventana —miró la caída de dos plantas—. Al menos, eso creo.

Este lado de la sala daba a la calle delante de la biblioteca, donde la muchedumbre de civiles había seguido creciendo.

Un rápido vistazo al edificio de oficinas reveló que Ingrid había desaparecido. Las esposas yacían sobre la acera bajo un pequeño cráter humeante donde la Anarquista había provocado una explosión entre la pared y la ventana enrejada.

Las otras dos ventanas se abrían hacia el callejón lateral y hacia la sala de cine. Si saltaban, podían intentar caer en el contenedor más cercano, lo cual amortiguaría el golpe más que el concreto. Pero Nova dudó de que Gene Cronin pudiera sobrevivir a esa caída, incluso si le enseñaba los principios básicos de rodar para amortiguar el golpe.

—¡Tiene setenta y cuatro años! —gritó Narcissa—. ¿Realmente crees que saltará de una ventana?

Nova suspiró. ¿Dónde estaban Winston y su globo aerostático cuando los necesitaba?

Un estrépito resonó detrás de ella. Nova se volteó rápidamente, preocupada por que el edificio comenzara a colapsar encima de ellos. Pero no… una ventana había estallado. Fragmentos de cristal volaban por los aires, se dispersaron sobre el suelo, siguiendo la trayectoria de la figura que acababa de lanzarse a través de la ventana.

La mandíbula de Nova se descolgó al observar al sujeto aterrizar rodando sobre el suelo con una técnica perfecta antes de saltar con facilidad e incorporarse de nuevo. Giró rápidamente, su cuerpo blindado preparado para un ataque, y la luz del día, que emitía destellos sobre la visera inescrutable.

—¿De veras? —Nova arrastró las palabras.

Sabía que era una cuestión de tiempo hasta que más Renegados comenzaran a aparecer, pero no había esperado a su enigmático guerrero. Como decían los

transeúntes afuera, habría sido bueno un elemental de agua.

Pero tal vez, tuviera sentido. El Consejo sabía de esta misión y tenía un particular interés en la suerte de Adrian. Era posible que hubieran enviado al Centinela para observar su progreso, en cuyo caso, la cuestión no era ¿qué hacía aquí?, sino más bien ¿por qué había demorado tanto?

La cabeza del Centinela giró en dirección a ella.

—¿Están todos bien? —preguntó con tono de suma preocupación.

Nova extendió los brazos ampliamente.

—Estamos atrapados en un edificio en llamas. ¿Qué crees?

—Los llevaré a un lugar seguro —dijo—. A todos. Con una condición —volvió la atención hacia el Bibliotecario, que había dejado de arrojar libros por la ventana para mirar boquiabierto al recién llegado—. Quiero ofrecerte un trato, Gene Cronin.

La boca de Cronin se movió en silencio. Aferraba contra el pecho un libro con cubiertas de cuero, apretándolo como si fuera una tabla de salvación.

—Yo… ¿quién eres?

—Soy el Centinela.

Lo dijo con el mismo aire de superioridad moral que recordaba Nova, y no pudo evitar poner los ojos en blanco.

—Respóndeme con rapidez —dijo el Centinela—. No tenemos mucho tiempo.

—Yo… ¿un trato? Sí, sí, está bien. Soy un hombre de negocios justo. Pero… todo se destruyó. Si has venido por armas o explosivos, tendrás que esperar hasta que pueda restablecer conexión con mi…

—Eso no me interesa —dijo el Centinela—. Estoy aquí en busca de información.

Nova frunció el ceño, con sospechas crecientes. Afuera oyó que alguien llamaba su nombre y se volteó para ver a Ruby y a Oscar corriendo por el callejón; cada uno llevaba un extremo de una larga escalera de aluminio. El alivio le inundó el pecho. Se preguntó de dónde la habían sacado, aunque en aquel momento importaba poco.

—¿Información? —preguntó Cronin—. Vaya, de eso tengo en abundancia.

—Estoy buscando a Pesadilla.

Nova sintió un ramalazo en el corazón y se volteó para mirar al Centinela. No se hallaba mirándola, y solo vio el perfil de la visera. Pero a Cronin lo veía perfectamente, y la manera en que sus ojos estupefactos se deslizaron hacia ella hizo que el pulso le retumbara bajo la piel. Sacudió la cabeza con rapidez y desesperación.

—Dime dónde la puedo encontrar —dijo el Centinela—, y no solo te sacaré sano y salvo de este edificio, sino que te llevaré a un lugar que te dará una ventaja significativa cuando vengan los Renegados tras tus pasos. Tú y tu nieta podrán abandonar esta ciudad y no regresar nunca más.

La mirada de Narcissa giró del Centinela a Nova, con los ojos bien abiertos. Era imposible saber si el Centinela hablaba en serio o si el ofrecimiento era apenas un ardid para conseguir que el Bibliotecario hablara. Era posible que el Centinela traicionara el acuerdo apenas consiguiera la información deseada. Eso habría hecho

un villano. Pero ¿un Renegado? ¿Que se jactaba de su honestidad e integridad?

Pero si, de verdad, tenía intenciones de cumplir con aquella oferta, estaría dejando al Bibliotecario en libertad, un hombre que había puesto cientos de armas ilegales en las calles. ¿Qué diría el Consejo de ello? ¿Habían ya aprobado este acuerdo, todo con el afán de encontrar a Pesadilla? ¿Para encontrarla a *ella*?

Nova tragó saliva, debatiendo si debía o no sentirse halagada.

—¿Pesadilla? —preguntó Cronin. Ahora sus ojos permanecieron fijos en el Centinela, y Nova casi podía ver los engranajes rechinando en la cabeza del Bibliotecario mientras este intentaba determinar su mejor oportunidad para sobrevivir a largo plazo… y ser libre.

—La buscan por intentar asesinar a un miembro del Consejo, aunque sospecho que no necesito decírtelo. Tú le proporcionaste la pistola que usó, ¿verdad?

El Centinela se acercó unos pasos más, sus pies golpeaban contra los tablones del suelo.

—Quiero saber dónde está y para quién trabaja. Responde eso y tendrás el resto del día para encontrar un alojamiento que no sea una celda de prisión.

—¿Dónde está? —susurró Cronin—. ¿Para quién trabaja?

Su mirada se deslizó del Centinela y se posó sobre Nova. La mano de ella descendió a su cinturón y a la pistola de ondas de choque enfundada allí.

La nuez de Adán de Cronin se elevó bruscamente.

—Vaya —jadeó—, se trata… de un asunto complicado —se aclaró la garganta—. Verás, la chica que… que se hace llamar *Pesadilla*, como… como la conocen algunos… por ese nombre… pues, ella…

Una esfera incandescente color azul voló por los aires y entró por la ventana rota. Aterrizó sobre el suelo de madera, rebotó una vez…

Nova se precipitó detrás de una vitrina, para ponerse a buen recaudo, arrojando los brazos alrededor de la cabeza. Mientras tanto, el Centinela se lanzó hacia Cronin y Narcissa, para escudarlos a ambos.

La detonación voló la esquina de la biblioteca, abrió un agujero a través del suelo y lanzó las paredes hacia fuera. Yeso, cristal y tejas cayeron como una cascada sobre la espalda de Nova. El suelo se inclinó bruscamente hacia el epicentro de la explosión. Ella se aferró de una de las repisas empotradas, enganchándose con fuerza a la moldura en tanto el suelo se abría bajo sus pies. Una lluvia de libros le cayó encima, pero levantó la rodilla hacia arriba, para sujetarse, y resistió.

El estruendo de los muros aún no había cesado cuando sintió una ola de calor, junto con todo el humo que se liberaba desde la planta de abajo, ardiente y abrasador. Nova tosió y miró a su alrededor, intentando ver a través de la humareda. Las llamas se disparaban desde abajo. El muro a su derecha había desaparecido y alcanzó a ver la sala de cine del otro lado del callejón. Al menos la abertura permitía que el humo soplara hacia fuera. Tosió. Los ojos le ardían. No había señal ni del Centinela, ni de Cronin, ni de Narcissa. ¿Se habrían caído a la planta de abajo? Tampoco había señal

alguna de ellos más abajo.

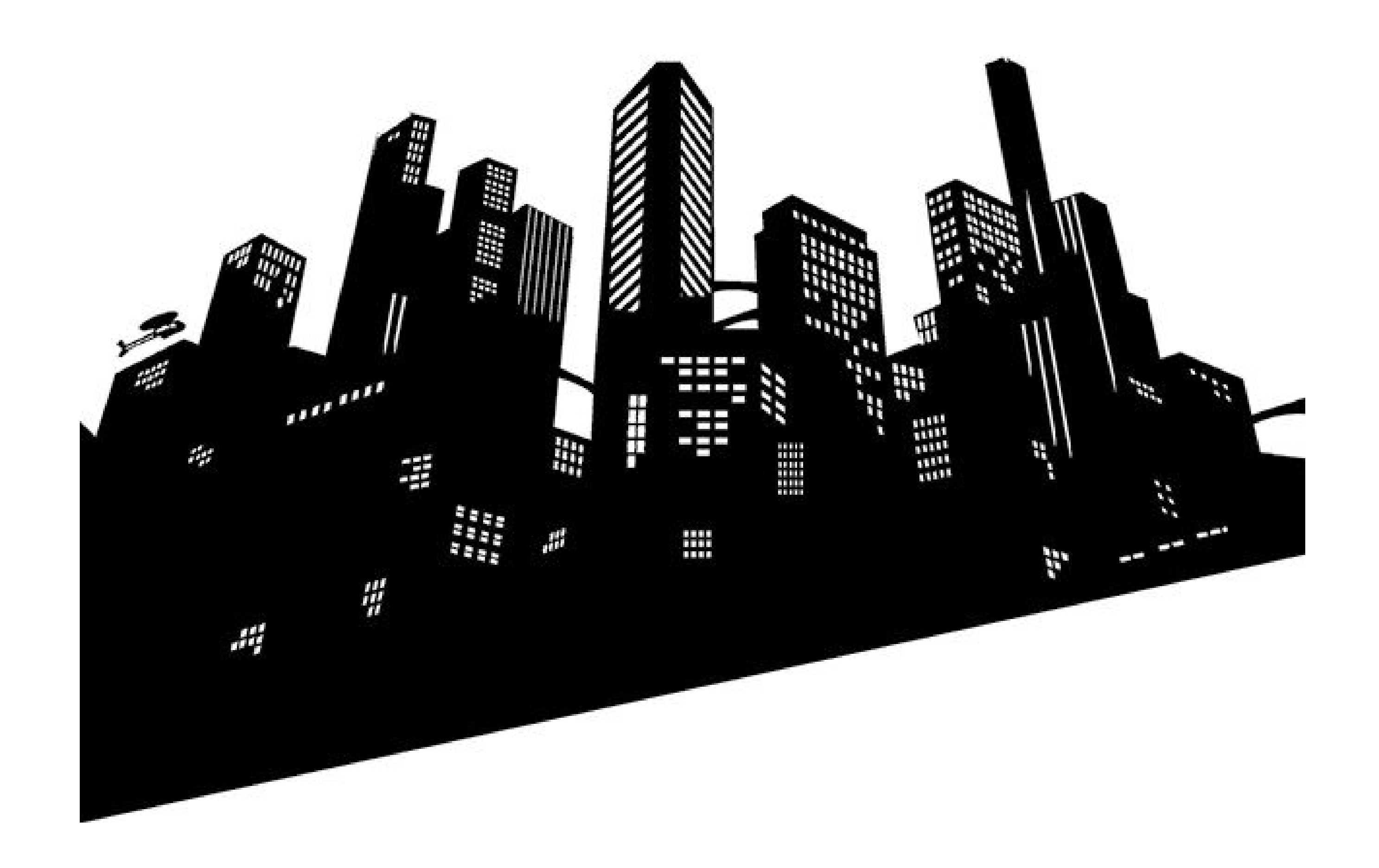
La estantería contra la cual se hallaba aferrada se hundió hacia dentro, los muros exteriores debilitados por la explosión. Apretó los dientes y buscó una manera de salir de allí, pero ya no había nada más de qué aferrarse. Tuvo el presentimiento de que un solo paso sobre los tablones fragmentados del suelo la haría derrumbarse.

Su mirada quedó atrapada por un aplique de luz por lo alto. Si podía llegar a él, tal vez podría sujetarse y balancear el cuerpo hacia la abertura…

Aunque tenía las palmas resbaladizas por el sudor, enroscó los dedos alrededor de la estantería y extendió el brazo, alzándose desesperada, incluso mientras las repisas crujían y se inclinaban hacia el suelo destruido. La gravedad la jaló hacia abajo. Se estiró, extendiendo el brazo hacia el aplique. A tan solo centímetros… que podrían haber sido kilómetros…

Sus dedos resbalaron.

Nova gritó y cayó dentro del fuego.



# Capítulo 26

Algo atrapó a Nova en pleno vuelo.

Experimentó el impacto de su cuerpo contra una coraza dura e implacable, y luego se elevó de nuevo. Tomó aliento, estupefacta. Al mirar hacia arriba, se topó con la visera del Centinela. La sensación de ingravidez duró poco. Cayó con un estrépito sobre la segunda planta. De inmediato, sus tablones se agrietaron y crujieron bajo el golpe. Volviéndose, el superhéroe se lanzó nuevamente con ella hacia el muro destruido. El viento y el humo le soplaban en el rostro, y se volteó para protegerse los ojos contra su pecho.

Esta vez la sensación de volar cedió al vértigo de estar desplomándose por el aire. El Centinela aterrizó sobre el tejado de la sala de cine con el ímpetu de una topadora. Cayó sobre una rodilla, acunándola en el brazo.

—¿Te encuentras bien?

Nova advirtió que estaba temblando. Todo su cuerpo se agitaba al levantar la cabeza. Pero solo percibió su propia expresión de asombro reflejada en la superficie de la visera.

Él la sostenía como si fuera… una carga preciosa. O una espectadora inocente. O… o… una damisela en apuros.

Apretando la mandíbula, Nova golpeó con fuerza las manos contra el peto de la

armadura, intentando apartarse de él. El Centinela cayó hacia atrás, sorprendido. Se apoyó en un codo al tiempo que ella se ponía de pie de un salto y retrocedía. Tomó la pistola de ondas de choque de su cintura.

El superhombre extendió una mano hacia ella.

—Estoy aquí para ayudar —se puso lentamente de pie—. Puedes confiar en mí.

Ella soltó una carcajada, un sonido incrédulo y perturbador.

—Lo dudo mucho.

Por el rabillo del ojo, advirtió a Gene Cronin y a Narcissa al lado de un enorme conducto de ventilación. Narcissa sujetaba el brazo de su abuelo, pero este seguía sosteniendo uno de los libros antiguos de papel quebradizo de la biblioteca. La joven tenía el rostro ceniciento, la trenza despeinada y su vestimenta manchada de hollín. Cronin no tenía mejor aspecto, aunque ya había estado tan desaliñado que daba lo mismo.

Otra explosión rugió desde la acera de enfrente. Nova giró rápidamente, imaginando que les arrojaban más bombas. Pero esta vez, no era la Detonadora quien provocaba el estruendo, sino la biblioteca, que estaba sucumbiendo al fuego. Las vigas y los cabrios existentes se habían desplomado. Un rugido de chispas y llamas saltaron hacia fuera y devoraron lo que quedaba del techo. Pronto, lo único que quedaría serían algunas paredes externas, el esqueleto de la estructura que habían albergado.

El corazón de Nova se comprimió.

¿Seguía Adrian…? No. No… era fuerte y astuto. Era un Renegado. Sin duda, había encontrado una manera de salir.

El Bibliotecario soltó un gemido de dolor.

—Mi biblioteca… mis *libros*.

Narcissa se inclinó encima de él, frotándole la espalda, pero él no pareció advertirla, sumergido como estaba en su propia catástrofe.

—Tinta y papel —dijo una voz disgustada, arrastrando las palabras.

Nova hizo una mueca de desazón.

De atrás de un viejo y herrumbrado reflector —tal vez empleado hace mucho para promover el estreno de una película—, apareció Ingrid. Lucía una mueca burlona y un nuevo explosivo que crepitaba entre sus palmas.

—Ya se te pasará —añadió—. La verdadera tragedia son todas aquellas armas perdidas.

Cronin sonrió con melancolía.

—Es posible que las armas me dieran de comer, pero aquellos libros… eran mi vida.

Ingrid bufó.

—Qué patético —volvió su atención hacia el Centinela. Comenzó a arrojar la esfera de energía hacia arriba y la atrapaba en una mano antes de volver a lanzarla—. Vaya, vaya. Pero si es el juguete nuevo y relucientede los Renegados. ¿Quién habría

pensado que también tú estarías involucrado en esta pequeña ofensiva?

—Lárgate, Detonadora. Por hoy has causado demasiado daño.

La mano derecha del Centinela comenzó a brillar; el tinte gris del metal se volvió de un blanco incandescente, de la muñeca a las puntas de los dedos.

Nova miró, incrédula.

Aquello *sí* era nuevo.

No era posible que aún tuviera más habilidades que ella todavía no hubiera visto. ¿Cómo era posible?

—Lo sé —dijo Ingrid con una carcajada alegre—. Y es tan placentero. Después de nueve años reprimiendo mi poder, fingiendo obedecer las implacables órdenes del Consejo… finalmente puedo recordarle al mundo lo que sé hacer. Y ¡*qué bien* se siente! —soltó un aullido hacia el cielo, y luego comenzó a reír—. Saben, he estado concentrada en eliminar a ese muchacho Everhart, pero es posible que… *tú* seas aún mejor. Sería como eliminar al lacayo mismo del Consejo. ¿Crees que tu armadura podría soportar un golpe directo? Tengo mis dudas…

—¿El lacayo del Consejo? —preguntó el Centinela—. Tengo la impresión de que me has confundido con otra persona.

—Oh, no lo creo —replicó Ingrid.

El Centinela extendió su guantelete incandescente delante de él mientras cerraba el puño.

—No he venido por orden del Consejo. No he venido por los asuntos de nadie, sino por los propios.

Ingrid suspiró.

—¿Realmente…?

Un rayo estrecho de energía blanca salió eyectado de un cilindro en el antebrazo del superhombre y se estrelló contra el pecho de Ingrid. Esta tropezó y cayó hacia atrás, respirando con dificultad.

Nova abrió la boca estupefacta, su mente momentáneamente muda de asombro.

El traje, el fuego, los saltos de larga distancia, y ahora… eso, ¿qué era? ¿Una especie de rayo de energía contusivo?

¿Cuántas habilidades poseía este tipo?

El Centinela bajó el brazo.

—¿Por qué algunos villanos se vuelven tan desagradablemente parlanchines?

—¿Está muerta? —preguntó Nova.

El Centinela se volvió hacia ella.

—Paralizada —vaciló, mirando rápidamente su brazo, que había recuperado el mismo color gris oscuro que el resto de su armadura—. Al menos, eso creo. En realidad, hasta ahora no lo había usado nunca.

Nova lo miró boquiabierta.

—¿A qué te refieres con que hasta ahora nunca lo has usado?

La voz ligeramente aturdida de Gene Cronin los interrumpió.

—*Ella* hizo esto —se había abierto paso hasta el borde del tejado y observaba la biblioteca incendiándose, el lengüeteo de las llamas reflejadas en sus ojos pesarosos —. Ella tendió esta trampa. Ella arrojó aquellas bombas. Ella lo destruyó todo —soltó una carcajada pequeña, desprovista de humor—. ¿Qué se puede pretender de una mujer que se llama a sí misma *la Detonadora*? Debí saberlo… jamás debí confiar en una Anarquista…

Descruzó los brazos.

Nova notó que él seguía aferrado al libro de cuero que había sujetado en la sala de libros antiguos.

—Pero lo recuerdo todo —susurró—. Cada palabra. Este conocimiento no se perderá —cerró los ojos y su rostro adquirió un aspecto exultante. Como si estuviera resuelto a cumplir con un objetivo profundo—. Por eso recibí mi don. Para preservar todas aquellas palabras, aquellas historias e ideas. Para rescatarlas de la extinción. Las registraré todas, aunque me lleve el resto de la vida. Será el gran orgullo de mi familia.

—¿Planeas hacerlo mientras estés en la celda de una prisión? —preguntó el Centinela —Cronin se volteó hacia él. Parecía sorprendido de que aún hubiera alguien parado allí—. Porque no sé si los Renegados estarán o no dispuestos a darte el papel suficiente para reemplazar… —hizo un gesto señalando la biblioteca— todo aquello.

Cronin tragó.

El Centinela se acercó aún más, bajando la voz.

—Pero mi ofrecimiento sigue en pie. Puedo alejarlos a ti y a tu nieta de aquí. Solo dime lo que sabes de Pesadilla.

—Diablos —masculló Nova—. ¿Es todo lo que te importa?

El Centinela no la miró… pero el Bibliotecario sí.

Nova se incorporó, fijándole la mirada más amenazante que pudo.

—Pesadilla —dijo Cronin, y de pronto, comenzó a reír, como si acabara de advertir lo hilarante de la situación—. Oh, Pesadilla. Claro. Tal vez sepa dónde puedas encontrarla…

El sonido de un disparo silbó dentro de los oídos de Nova. La cabeza de Gene Cronin cayó hacia atrás con un chasquido. Un chorro de sangre salió disparado, trazando un arco que roció el tejado. Su cuerpo pareció tambalearse, suspendido momentáneamente, antes de derrumbarse hacia atrás. El libro que había tenido entre las manos cayó abriéndose junto a ella; sus amarillentas hojas revoloteaban chamuscadas.

Narcissa gritó.

Nova observó la sangre que manchaba la pared, y aunque sabía que era roja, al instante todo quedó teñido de gris. Tenía los labios separados, pero bien podría haber dejado de respirar. Sus enormes ojos incrédulos se desplazaron hacia Ingrid y se posaron en la pistola que tenía entre las manos.

La Anarquista alzó el mentón. Su rostro era inescrutable. Podía haber furia, tal vez orgullo pero, por lo que Nova alcanzó a ver, ningún remordimiento.

En su cabeza confusa, ella los imaginó sentados en el andén del metro esa misma noche mientras Ingrid les contaba cómo había eliminado al Bibliotecario minutos antes de que traicionara la identidad de Nova. Se la imaginó riéndose del hecho, y a los demás, uniéndose a ella.

Pero en ese momento, no parecía tan gracioso.

Nova sabía que Gene Cronin hubiera revelado su secreto. Ya fuera en ese momento, al Centinela, o más adelante, al Consejo. Si sobrevivía a esa noche, él habría terminado hablando, aunque solo fuera para enfurecerla a ella y a los Anarquistas, culpables de la destrucción de su biblioteca. Tenía que morir si ella iba a seguir con esta misión. Si había una esperanza de que permaneciera entre los Renegados, trabajando para sacarlos del poder de una vez y para siempre. Tenía que morir. Era el único camino.

Algunas veces, los débiles debían ser sacrificados para que prosperaran los fuertes.

Pero aquellos pensamientos parecían muy lejanos, y advirtió que los oía, no en su propia voz, sino en la de Ace.

Al observar a Narcissa cayendo, sollozando sobre el cuerpo de su abuelo, Nova supo que ella no podría haberlo matado. Ni siquiera para protegerse.

¿En qué tipo de villana la convertía eso?

Ingrid estiró los labios en una mueca de desdén, y levantó la pistola hacia Narcissa, la segunda contingencia.

Un rayo de energía cegadora golpeó a Ingrid de lado, la derribó una vez más al suelo. La pistola salió eyectada de su mano. Un segundo disparo siguió casi de inmediato, la hizo rodar varias veces hasta que su hombro golpeó el reflector herrumbrado.

El Centinela caminó enfurecido hacia ella, el brazo incadescendente, preparándose para disparar de nuevo, cuando un destello color azul cayó sobre el tejado a sus pies. La explosión lo hizo salir volando por el aire, por encima de la cornisa del tejado. Un cráter de concreto resquebrajado apareció donde había estado de pie hacía unos instantes.

—¡Basta! —gritó Nova—. ¡Deja de hacer estallar cosas! ¡Basta!

Ingrid se incorporó, sujetándose al costado del reflector con una mano y preparando otra bomba en la otra.

—No podemos dejar que ella se vaya —dijo—. Lo sabes perfectamente.

Nova la miró, las palabras le daban vueltas sin sentido en la cabeza un largo rato antes de notar que Ingrid hablaba de Narcissa.

Apretó la mandíbula y avanzó para levantar la pistola caída.

—Vamos —dijo Ingrid, dejando que la esfera color azul se extinguiera y volviera a evaporarse en el aire—. Eres tú quien debe hacerlo. ¿Por qué habría de hacer yo

todo el trabajo sucio cuando se trata de proteger tu identidad?

Nova amartilló el arma y deslizó el dedo sobre el gatillo.

Ella debía hacerlo. Ella debía ocuparse de defenderse a sí misma, de preservar la inviolabilidad de sus propios secretos. Matar a Narcissa sería lo que haría cualquier Anarquista. Lo que Ace habría querido que hiciera y, sin duda, lo que habría hecho él mismo.

Nova soltó un aliento tembloroso, se volteó y apuntó.

Ingrid quedó inmóvil, mirando el cañón que, de pronto, apuntaba a su propio pecho.

—No seas imbécil.

—Corre —dijo Nova.

Ingrid le lanzó una mirada de furia.

Nova le devolvió la mirada de ira, una gota de sudor le caía en el ojo.

Lentamente, Ingrid consiguió ponerse de pie. Miró a Nova con cautela mientras retrocedía un paso hacia la escalera de incendios, luego dos.

—Estás cometiendo un error.

—No puede ser tan grande como el que tú cometiste hoy.

Un temblor sacudió el ceño de Ingrid, se volteó y comenzó a correr. Nova esperó hasta que estuviera lanzándose sobre el borde del tejado antes de oprimir el gatillo.

La bala impactó a Ingrid en la parte posterior del brazo. Gritó al caer, y Nova oyó el estruendo del cuerpo que golpeaba contra el rellano metálico de la escalera de incendios. La estructura se sacudió con un ruido sordo, al tiempo que la villana descendió a los tumbos, saltando de rellano en rellano. Más abajo, Nova oyó a alguien gritar —¿sería Ruby?— y, enseguida, otra cacofonía de explosiones sacudió el edificio. Maldiciendo, corrió hasta la cornisa y escudriñó la calle, donde faltaba un sector de piedra del muro del cine, ahora desperdigado sobre la calle. Ruby se hallaba de espaldas, tosiendo, y Oscar, arrodillado a su lado. E Ingrid…

Nova escudriñó la calle. Solo alcanzó a detectar sus botas altas que desaparecían tras un recodo.

Cayó hacia delante, sin saber si sentía alivio o no de verla escapar.

Las piernas le temblaban al apartarse del costado del techo y darse vuelta.

Pero, en aquel instante, el corazón le trepó nuevamente a la garganta.

Narcissa ya no se hallaba arrodillada junto al cuerpo del Bibliotecario. En cambio, las huellas de pisadas sangrientas cruzaban el tejado hacia la cornisa que daba a la biblioteca devastada. Había trepado a la barandilla baja, llevaba el libro que su abuelo había conseguido salvar.

—¡Narcissa, no!

Ignorándola, la joven levantó los brazos, arqueándolos con gracia sobre la cabeza, y luego se inclinó sobre el borde. Nova gritó y corrió hacia ella, aunque sabía que llegaba demasiado tarde. Tomó la cornisa y se inclinó hacia delante, justo a tiempo para ver la superficie de un espejo roto que lanzaba destellos sobre el concreto bien

abajo, en tanto la joven lo atravesaba en picada y desaparecía.

Nova sintió que el último resto de aire se exprimía de sus pulmones al observar el reflejo del cielo azul y las llamaradas humeantes estremeciéndose en el cristal y luego aquietarse una vez más. Reconoció el espejo: era el que había estado encima de la repisa en la sala de libros antiguos. El callejón estaba cubierto de ladrillos dispersos de la chimenea, arrojados allí por la explosión.

Nova gimió, agotada hasta la médula. Se hundió de rodillas con los brazos que colgaban sin fuerzas sobre el muro. Su cabeza cayó hacia delante, presionando contra la fría piedra, y tuvo la idea fugaz de que se sentiría perfectamente a gusto sentada allí, inmóvil, durante un mes. Incluso con el aire lleno de humo y de escombros. Incluso si había un cadáver y un charco de sangre a solo unos pasos de ella. No quería moverse. No sabía si podía hacerlo.

Se sentía pesada y agotada. Tenía los pensamientos revueltos mientras intentaba enfrentarse a lo que habían sido sus expectativas para aquel día y lo que terminó siendo la realidad.

Mientras determinaba qué hacer a continuación.

Narcissa había huido.

Nova sabía que Ingrid tenía razón: la chica era una contingencia. Sabía demasiado. Y aunque ella no se arrepentía de no haberla matado, o de no haber permitido que Ingrid lo hiciera, también se preguntó cuánto tiempo la acosaría el temor de que la joven apareciera en cualquier momento y revelara sus secretos para vengarse… O tal vez, incluso más probable, para emplear aquellos secretos como chantaje.

El Bibliotecario estaba muerto. Lo bueno era que no podía traicionarla. Lo malo, que se trataba de una de las pocas fuentes confiables de los Anarquistas.

Lo malo, también habían quedado destruidas todas aquellas armas. Por lo menos, suponía que la mayoría, y las que no, sin duda estarían en manos de los Renegados para cuando acabara el día. Doblemente malo.

Pero lo bueno: no habían descubierto nada acerca de Pesadilla. Ni quién era ni dónde encontrarla. Ni siquiera pruebas definitivas de que el Bibliotecario le había entregado el arma empleada en el desfile.

De todas maneras, no cabía dudas de que seguramente el Centinela había deducido que existía una conexión entre Cronin y Pesadilla, por lo cerca que había estado el Bibliotecario de responder a sus preguntas. Pero Nova aún no tenía la claridad mental para determinar el peligro real que implicaba. Después de todo, muchos delincuentes venían a Cronin para abastecerse de armas. Aquello no quería decir, precisamente, que la búsqueda resultara más fácil.

Un fuerte ruido metálico reverberó sobre el tejado, trajo el recuerdo de una armadura de metal y de brazos fríos que la rodeaban de manera protectora mientras volaban por el aire.

Nova inhaló bruscamente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el Centinela. Su voz sonaba más tierna que nunca. Nova tragó saliva. No respondió ni lo miró, incluso mientras sus fuertes pisadas se acercaban a ella. Se detuvo, no junto a ella, sino al lado del cuerpo del Bibliotecario.

Nova volteó la cabeza lo suficiente para echarle un vistazo de reojo. Se había detenido justo fuera del charco de sangre oscura. Examinó su perfil, su traje, los brazos por los que había visto encender una llamarada y relampaguear con energía, pero que ahora lucían de un color gris opaco y metálico. Había algunos indicios de la tensión de la batalla: quemaduras en el costado, abolladuras en la espalda. Pero, en su mayor parte, lucía apenas un poco desaliñado.

Había olvidado casi por completo la pistola que dejó caer en el apuro por detener a Narcissa. Ahora la halló junto a su rodilla, la empuñadura fría en su palma al levantarla.

—¿Realmente lo habrías dejado ir? —preguntó, sentándose en cuclillas—. ¿Si te hubiera dado la información que querías?

El Centinela permaneció callado un largo momento.

—Aún no lo había decidido —admitió al fin.

Los ojos de Nova se estrecharon.

—¿Te refieres a que la oferta no había sido autorizada por el Consejo?

La cabeza del Centinela se volvió hacia ella. En lugar de responder, volvió a preguntar:

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas… ayuda? ¿Para descender?

—Estoy bien —respondió Nova, recorriendo el mango de la pistola con el pulgar —. En cualquier caso, ¿para qué quieres a Pesadilla?

El Centinela inclinó la cabeza, y Nova lo imaginó observándola. Deseó saber qué aspecto tenía. El lienzo vacío de su rostro se había vuelto terriblemente inquietante.

—Ella y yo tenemos algunas asignaturas pendientes.

Nova enarcó una ceja.

—Y también, sin duda, el Consejo, ¿verdad?

—No pretenden dictar toda mi conducta —dijo un poco tercamente—. Pesadilla es una amenaza para todos los Renegados, pero… tengo mis propias razones para querer encontrarla.

—Muy bien, señor *Alter Ego* —dijo Nova, intentando aligerar el tono de voz—, me pica la curiosidad. ¿Quién eres realmente?

Se volvió para mirarla de lleno, y al principio Nova estaba segura de que le contaría. Ciertamente, él pareció considerar su pregunta el tiempo suficiente.

—No soy tu enemigo —dijo por fin.

Un músculo de la mejilla de Nova tembló.

—Demuéstralo. Muchas personas creen que eres un impostor, tratando de desacreditar a los Renegados. Si no es el caso, entonces quítate el casco y revélate. Entre aliados, no hay secretos, ¿verdad?

De nuevo, permaneció inmóvil durante un largo momento de silencio antes de sacudir la cabeza.

—Aún no.

—¡Insomnia!

Nova tragó saliva. Levantó la cabeza, pero apenas podía ver a Ruby y a Oscar más abajo en la calle, mirando hacia lo alto de la sala de cine, sus rostros surcados por líneas de preocupación. Al verla, Oscar la señaló con el dedo.

—¿Estás bien? —gritó.

Nova no respondió. Miraba detrás de ellos, alrededor de ellos, examinando la zona por todos lados…

Ruby y Oscar estaban solos. Adrian no se encontraba con ellos.

Su mirada se deslizó a la biblioteca, pero el fuego era tan intenso y el aire estaba tan espeso de humo que casi no soportaba verlo.

—¿Dónde está Adrian? —les gritó, y observó la mirada abatida de sus rostros.

Nova se estremeció. Era imposible que Adrian desapareciera; debió quedar atrapado dentro. El temor la desgarró por dentro, incluso mientras se decía que era algo bueno. Un Renegado menos en el mundo. Un superhéroe menos…

Pero veía su libreta llena de dibujos deslumbrantes y sensibles; oía el modo en que había reído cuando ella le contaba que hacía malabarismos y avistaje de aves; veía el rostro de Max iluminándose cuando Adrian le dibujaba la diminuta estatuilla de cristal para la diminuta ciudad de cristal de Max. No estaba convencida de que su muerte —y una muerte tan tan horrible— pudiera ser algo bueno.

—Todo estará bien —dijo el Centinela con ternura—. Ven, déjame ayudarte a descender con ellos.

—Estoy bien.

—¿Estás segura?

Ella echó un vistazo atrás y frunció el ceño, preguntándose si se encontraba imaginando el modo en que sus hombros se hundían hacia delante, dando la extraña impresión de… *timidez*.

—Tengo que irme pronto —dijo el Centinela—. Pero solo me llevaría un segundo…

—No —dijo Nova, empujándose hacia arriba para ponerse de pie, aunque aún sentía las piernas débiles—. No has respondido a ninguna de mis preguntas, Centinela. ¿Quién eres? ¿Por qué quieres encontrar a Pesadilla? —su voz se elevó, irritada por el humo—. ¿Estás trabajando para el Consejo o no?

—Lo siento, no puedo contarte nada de eso.

Ciertamente, parecía lamentarlo, pero aquello no hizo más que provocar la furia de Nova. Ahí se encontraba su enemigo, el Renegado del que más necesitaba información, y hasta el momento, sentía que no se había enterado de nada que no hubiera sabido ya ayer.

—Está bien, qué te parece esta pregunta —dijo bruscamente—. El traje que

llevas, ¿es a prueba de balas?

—¿Qué…?

Nova descubrió la pistola y disparó. La bala le dio en el pecho, justo sobre el corazón. El proyectil no penetró la armadura, pero de todos modos, el Centinela soltó un alarido y cayó hacia atrás aunque, si fue por el dolor o la sorpresa, Nova no lo supo.

—Supongo que lo es —frunció el ceño.

El Centinela llevó un dedo enguantado a la bala alojada en el peto.

—¿Qué diablos…?

Nova disparó de nuevo. Y de nuevo. Y todas las balas cayeron tras rebotar en la armadura.

El Centinela se paró de un salto, impulsándose encima de la cabeza de Nova y aterrizando por detrás. Intentó sujetarle los brazos, pero ella se dejó caer al suelo y se alejó rodando fuera de su alcance. Levantándose de un salto, giró y volvió a levantar el arma.

—¡Detente! —ordenó el Centinela, levantando ambas manos a modo de súplica—. No estoy peleando contra ti. Estoy de tu lado.

—¡Acabo de verte intentando realizar un trato con un villano! —vociferó Nova—. No quieres revelar tu identidad y prácticamente admitiste que no sigues las leyes del Consejo. Eso te convierte en un criminal —volvió a disparar pero, esta vez, el Centinela la esquivó, arrojándose detrás del reflector. Nova lo siguió, implacable—. Así que o eres un villano que finge estar del lado de los Renegados o eres una clase de Renegado completamente nueva y, por alguna razón, el Consejo no quiere que nos enteremos de ello. ¿Cuál de las dos? ¿Y *por qué*?

Nova dio vuelta el reflector, pero el Centinela se estrelló contra ella y la derribó al suelo. Cayó desparramada de espalda y sintió que le arrancaban la pistola de la mano. El Centinela arrojó el arma del otro lado del edificio. Luego alargó su mano hacia la cintura de ella y también le arrebató la pistola de ondas de choque del cinturón.

—¡Oye! —le gritó Nova, intentando recuperar el arma.

Los dedos del Centinela se envolvieron alrededor de su muñeca y, con un movimiento rápido, la jalaron para ponerla de pie, atrayéndola tan cerca que el propio aliento de Nova empañó su visera.

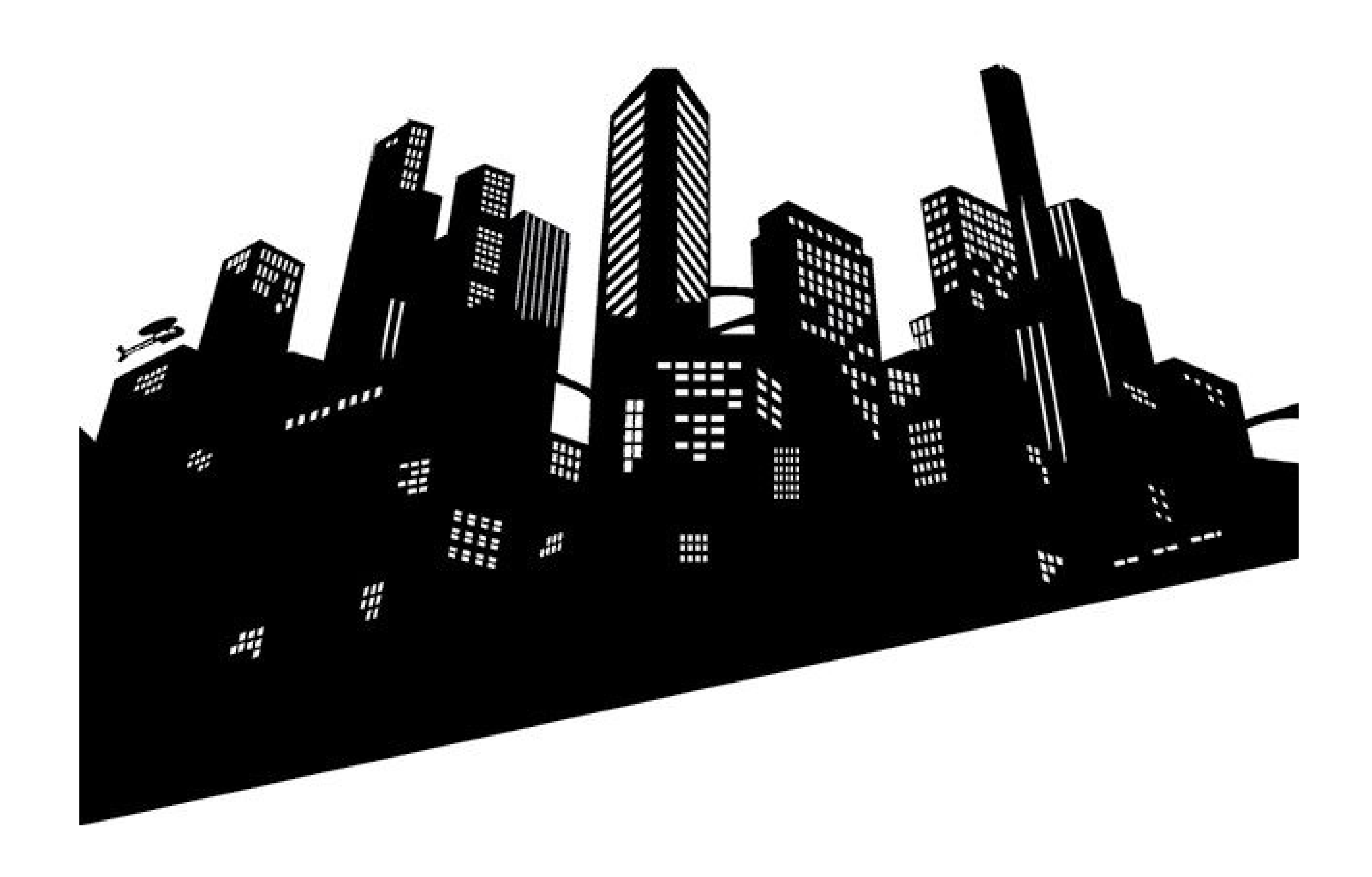
—No soy un villano y no soy tu enemigo —dijo—, pero no puedo contarte ni a ti ni a nadie quién soy, no hasta que encuentre a Pesadilla y obtenga las respuestas que necesito.

La soltó tan bruscamente que Nova se tambaleó hacia atrás, frotándose la muñeca, aunque más para deshacerse de la sensación de su mano fría que porque realmente la hubiera lastimado.

Luego, el Centinela también arrojó su pistola de ondas de choque por el costado del edificio.

—¡Oye! —volvió a gritar Nova—. ¡Esa la hice yo!

El Centinela no respondió. Tras darse vuelta, se catapultó a través del aire. Ella observó cómo su cuerpo atravesaba los restos humeantes de la biblioteca y desaparecía en el denso humo negro.



# Capítulo 27

Nova sabía que el salto desde la plataforma inferior de la escalera de incendios de la sala de cine hasta el callejón resultó completamente inelegante, pero la tenía sin cuidado. Le dolían las piernas, y además no había nadie cerca que la estuviera mirando. Si bien había sentido el hedor del humo en el techo, aquí abajo era cien veces más fuerte, espeso e irremediable. Hundió la nariz y la boca dentro del pliegue del codo y, al abrirse paso entre los escombros, se mantuvo lo más cerca posible de la sala de cine, para evitar el calor que emanaba de la biblioteca.

La muchedumbre había crecido, aunque la mayoría de las personas se habían alejado del edificio en llamas. Alguien lanzó un grito esperanzado al ver a Nova saliendo del humo, pero fue de inmediato seguido por un gemido de decepción. Dejó caer el brazo, frunciendo el ceño, en el momento en que un chico soltó un alarido. Un instante después, un cuerpo se estrelló contra ella, brazos pequeños se enlazaban alrededor de su cintura. Soltó un grito ahogado y bajó la mirada a la cabeza del niño. Se trataba del pequeño que había hallado en la planta de arriba. El que había rescatado… con ayuda de Ruby y de Oscar. Jamás lo vio llegar al final de la cuerda de Ruby, y le sorprendió la sensación de alivio que la invadió.

—Gracias —dijo el niño, sus palabras ahogadas contra las costillas de Nova. Tan sencillo. Tan completo.

Con una sonrisa de cansancio, Nova le dio una palmadita en la cabeza.

En ese momento, comenzó a entender por qué una persona en su sano juicio podría querer convertirse en Renegado.

—Oscar, ¡no!

Nova levantó la mirada y vio a Ruby y a Oscar. Se destacaban entre la multitud, aventurándose a estar más cerca de la biblioteca que cualquier otro. Y posiblemente también porque sus rostros no reflejaban asombro ni curiosidad, sino angustia.

Desligándose de los brazos del chico, Nova se abrió paso hacia ellos. Las lágrimas relucían en los ojos de Ruby, aunque aún no lloraba. De hecho, a medida que Nova se acercaba, advertía que ambos contenían las lágrimas, aunque Oscar se esmeraba en ocultarlas con un gesto resuelto. Intentaba apartarse de Ruby, pero ella le sujetaba la manga, negándose a soltarlo.

—Sobreviví a un incendio —dijo—. ¡Sobreviviré también a este!

—¡No lo sabes!

—¡No dejaré que muera allí dentro!

—Tal vez, ya se encuentre…

—*¡No digas eso!*

Ruby retrocedió un paso, con el rostro contraído.

Nova se acercó.

—¿Adrian?

Ruby levantó el rostro, contorsionado por el dolor.

—Aún no hay señales de él.

Un sollozo siguió a sus palabras, pero se cubrió la boca con una mano, el esfuerzo por contener sus emociones se veía aparente en el temblor de sus hombros.

—¿Te dijo algo?

—Dijo… —Nova se esforzó por recordar. Parecía que había pasado una eternidad desde que ella se había ofrecido a cargar a Ingrid en su lugar—. Estaba buscando al chico perdido.

Su mirada se deslizó nuevamente al niño, que había regresado con los demás pequeños del otro lado de la calle.

—Entraré de nuevo —dijo Oscar, arrancando el brazo de manos de Ruby. A medida que se abría paso hacia la biblioteca, su cojera se fue acentuando. A pesar de las llamas y del humo que arrasaban las ventanas destruidas, la fachada principal del edificio se encontraba relativamente intacta comparada con el resto de la estructura. La piedra exterior seguía de pie, pero Nova sabía que, a estas alturas, el interior apenas sería poco más que una cáscara. Una cáscara renegrida y humeante.

—¡Oscar!

El grito de Ruby quedó interrumpido por un fuerte estallido dentro de la biblioteca, seguido por una explosión y por una nueva oleada de llamaradas y chispas que salió despedida por el techo abierto. Otra parte de la segunda planta acababa de implosionar.

Nova se estremeció y se acercó unos pasos más, observando cómo se incendiaba el edificio.

Seguramente, Adrian había salido antes que fuera demasiado tarde. Seguramente…

Pero no si aún creía que había un pequeño al que había que rescatar. Por algún motivo, aunque sabía muy poco sobre él, estaba convencida de ello. No se habría marchado mientras creyera que alguien necesitaba su ayuda.

Envolvió una mano alrededor del brazalete sobre su muñeca. El escalofriante pensamiento apareció de un modo espontáneo. Ingrid había logrado su cometido. Había matado a Adrian Everhart.

El Capitán Chromium y Dread Warden estarían devastados.

Nova solo podía sentir una apática incredulidad, nada del sentido de triunfo, nada de la alegría que, en otras circunstancias, habría esperado sentir. Tal vez había sido su enemigo, pero… no creía que mereciera morir.

El repentino sonido de un cuerno rugió a través de la calle. Nova se tensó y miró a su alrededor, sin saber de dónde provenía.

Volvió a sonar. Un cuerno ordinario y estridente, una y otra vez.

Arrugando el ceño, dio un paso más hacia la biblioteca. El corazón le había comenzado a martillar. De desconcierto, pero también… ¿de esperanza?

Intercambió miradas con Ruby y con Oscar. Luego echó a correr, doblando a toda velocidad hacia la parte trasera de la biblioteca. Aquel muro había colapsado en gran parte cuando Ingrid lanzó la bomba en la sala de libros antiguos. Enormes trozos de piedra habían salido eyectados hacia el otro lado de la calle y habían dejado una montaña de escombros donde se había levantado el muro. Adentro, las llamas se apagaban, pero los suelos destruidos seguían humeando y el aire se estremecía con las cenizas de páginas ennegrecidas que flotaban a la deriva.

El cuerno continuó tocando, sonaba desde algún lugar dentro de las ruinas humeantes.

Oscar pasó corriendo junto a Nova dando fuertes pisotadas, y extendió la mano para tomar un trozo de madera astillada de la pila más cercana de escombros. Con un gruñido, lo jaló para extraerlo y luego apartó una estantería destruida. Nova advirtió que quería despejar un camino hacia el lugar de donde provenía el ruido. Pero instantes después, soltó un rugido y cayó tambaleando hacia atrás, mirando sus manos calcinadas. Soltó una sarta de maldiciones y, en cambio, comenzó a usar su bastón como palanca para levantar trozos de escombros.

Ruby se unió a él un segundó después, lanzando el gancho de su heliotropo para arrastrar hacia fuera trozos de piedra, madera y revoque.

Nova tragó saliva. Su mano se posó sobre el morral de su cinturón. Sus guantes eran resistentes al calor.

*Los guantes de Pesadilla.*

Cerró los ojos y se dijo que, si alguien empezaba a sospechar, sería capaz de

encontrar una explicación perfectamente razonable de por qué tenía guantes tan parecidos a los que se le había visto a Pesadilla. Intentó no pensar en cómo le gritarían los Anarquistas por hacer algo tan estúpido, algo que ponía en riesgo ser descubierta, todo para salvar a un Renegado miserable.

Exhalando, abrió el morral y metió la mano dentro.

Un rugido de furia resonó en todas partes. Nova levantó la mirada para ver una enorme e inexplicable ola de agua avanzando, elevándose encima de ellos, su blanca espuma se rizaba sobre la cresta. Aullando, tomó a Ruby y a Oscar de la espalda de sus camisas y los alejó a rastras de la biblioteca. Cayeron todos en una parcela de hiedra y observaron enmudecidos el muro de agua que caía y se derramaba sobre la biblioteca. El fuego siseó, y una gran nube de vapor se deslizó encima de ellos. El agua siguió su camino, inundaba el área alrededor del edificio y empapaba el trasero de Nova. Habiendo dejado de ser limpia y transparente, se hallaba revuelta entre cenizas y escombros.

Nova distinguió a Tsunami, parada elegantemente en el centro de la calle, las palmas abiertas hacia el cielo y el rostro sereno. Su imagen contrastaba tanto con el caos de la última hora que solo pudo mirarla con asombro. Luego la Renegada dejó caer las manos y volteó la cabeza apenas de un modo ligero. Realizó un gesto sutil y afirmativo, y Nova advirtió al otro miembro del Consejo que acababa de llegar.

El Capitán Chromium se precipitó dentro de la escena. Nova apenas había asimilado estas nuevas llegadas cuando el Capitán avanzó rápidamente a través de las ruinas, como si la biblioteca derruida no fuera más que un juego de bloques de construcción infantil, que arrojaba vigas de suelo enteras a un lado y aplastaba con el puño muros tambaleantes de piedra. El vapor seguía elevándose de las ruinas, y aunque el incendio se había extinguido, Nova sabía que todos aquellos materiales debían estar terriblemente calientes. Pero ¿qué le importaba a él? Era el Capitán Chromium.

Ruby se incorporó primero, y luego Nova y Oscar, que observaban estupefactos al superhéroe que atravesaba el cataclismo. En un momento, el sonido del cuerno volvió a empezar, y el Capitán cambió de dirección, abriéndose paso a través de las estanterías derribadas y carbonizadas, y las columnas de piedra desmoronadas. Del rabillo del ojo, Nova vio a Ruby deslizar la mano en la de Oscar. Nova misma apretó los puños.

A medio camino de los restos, cerca de donde habían estado alguna vez los libros infantiles, el Capitán levantó una estantería colosal y la apartó sobre el resto de los escombros. Y allí abajo estaba…

Nova miró, incrédula.

Ruby soltó un sonido entrecortado y confuso.

Oscar comenzó a reír.

En el medio del edificio carbonizado y humeante, el Capitán Chromium había encontrado un iglú. O los restos de un iglú.

Gran parte estaba derretido, y algunos trozos de hielo se habían resquebrajado y caído frente a la entrada arqueada de la estructura de nieve.

Instantes después, apareció una figura, que se arrastraba a través del pequeño túnel de entrada.

Adrian se hallaba empapado. En una mano sostenía el cuerno, como algo que podría estar amarrado a una motocicleta. En la otra, llevaba el bolígrafo de Nova.

Antes de poder hablar, el Capitán lo atrajo hacia sí para abrazarlo. Adrian hizo una leve mueca, pero no se apartó.

Cuando el Capitán lo soltó, se abrieron camino hacia los demás. Adrian le destinó una sonrisa de agradecimiento a Tsunami, que sonrió a su vez, y luego despareció por delante de la biblioteca, supuestamente para ver si alguien más necesitaba ayuda.

—¿Un iglú, Sketch? —preguntó Oscar, sacudiendo la cabeza.

Adrian encogió los hombros. Parecía completamente exhausto, pero de todos modos, seguía habiendo una levedad en su mirada, una tenue sonrisa en los labios. La señal de alegría de alguien que ha desafiado la muerte.

—Algunas veces, la inspiración sucede, hombre.

Permitiéndose por fin soltar un sollozo, Ruby corrió hacia delante y envolvió los brazos alrededor de Adrian, lo estrechó brevemente antes de retroceder y darle un puñetazo en el hombro. Él se encogió de dolor, más de lo que Nova creyó que se justificaba, dado que no lo habían golpeado tan fuerte.

—¿Dónde *estabas*? —gritó Ruby.

Adrian la miró parpadeando, y luego echó un vistazo atrás, al iglú que se derretía con rapidez.

—Quiero decir, ¿por qué no saliste?

—Buscaba a ese chico perdido —dijo, envolviendo un brazo alrededor de Ruby y estrechándola con calidez. Después de soltarla, ella retrocedió un paso y cruzó los brazos. Un gesto de amargura seguía dibujado en su rostro: era evidente que no lo perdonaría tan fácilmente por la aflicción provocada—. Me encontraba en el sector de las estanterías cuando el humo se volvió tan espeso que no pude ver nada. Estaba tan desorientado que sentía que caminaba en círculos. Una vez que me di cuenta de que estaba atrapado, dibujé un iglú, para protegerme. Luego el techo se derrumbó. El iglú me protegió, pero… en algún momento, me desvanecí. Supongo que por la inhalación del humo —inhaló profunda y agradecidamente—. Cuando volví en mí, advertí que seguía dentro del iglú. Hice el cuerno para pedir ayuda.

Se volteó hacia Nova y le extendió el bolígrafo que ella le había prestado. Ahora parecía que habían pasado siglos.

—Gracias por esto.

Ella lo tomó mecánicamente, sosteniendo su mirada y sintiendo que debía decir algo. Pero no se le ocurría ninguna palabra para expresar lo que sentía.

Ni siquiera estaba segura de lo que sentía.

Lo que no podía negar era que estaba feliz de que Adrian Everhart estuviera vivo.

Estaba feliz de que su sonrisa fuera tan cálida y relajada ahora, después de un día extremadamente duro, como lo había sido durante el desfile. Estaba feliz…

Bueno, tal vez estaba feliz y punto.

Adrian parecía querer decirle algo, pero no conseguía encontrar las palabras. La interrogó con la mirada, pero pareció cambiar de parecer al tragar y apartar la vista.

—Necesitamos llevarte al cuartel general —dijo el Capitán. Nova se sobresaltó. Atrapada momentáneamente por los ojos café oscuro de Adrian, casi había olvidado la presencia del concejal—. El personal médico querrá revisarte.

—Estoy bien. Me siento bien —Adrian sacudió la cabeza.

—Sin discusiones. Lo mismo para el resto de ustedes —el Capitán dirigió a cada uno su gélida mirada azul, que no podía ser más diferente de la sonrisa mediática que solía mostrar—. Regresen al cuartel general. Que los revisen, y luego descansen. Seguiremos hablando de esto mañana —volvió a mirar a Adrian, y Nova advirtió que intentaba adoptar alguna expresión paternal y severa, pero que no llegó a sus ojos. Era evidente que se sentía demasiado abrumado por el alivio de que Adrian se encontrara bien. Algo en aquella mirada hizo que Nova sintiera como si le estuvieran girando un tornillo en el estómago.

Una vez ella también había tenido un padre que la miraba así.

El Capitán se volvió para marcharse.

—Papá, espera —hizo una pausa—. La Detonadora estuvo aquí —dijo Adrian—. Fue ella quien provocó las explosiones. Cronin seguía involucrado en el mercado negro, tal como lo sospechábamos.

—¿La Detonadora? ¿Ingrid Thompson?

Adrian asintió.

El Capitán apretó los labios.

—¿Y Gene Cronin? ¿Dónde está?

—Está… —Adrian vaciló. Ojeó una vez a Nova, luego a los demás. Aclaró la garganta—. Creo que consiguió huir.

—No —dijo Nova—. Está muerto. Ingr… La Detonadora lo mató sobre el tejado del cine —señaló con el dedo—. Luego ella huyó. Intenté detenerla, pero… se escapó.

—Nosotros también la vimos —añadió Oscar—. Cuando llegó al callejón, Ruby y yo intentamos seguirla, pero arrojó algunas de aquellas bombas y no fuimos lo suficientemente veloces.

—¿Y la chica que pasaba a través de los espejos? —preguntó Ruby—. ¿Alguien sabe qué le pasó?

—Escapó a través de un espejo después… después que la Detonadora mató a Cronin —dijo Nova—. Podría estar en cualquier lugar.

El Capitán suspiró, masajeando el puente de la nariz.

—Esto prueba tu teoría, Adrian. Parece que los Anarquistas no han estado tan inactivos como creíamos. Dudo de que podamos seguir fingiendo que no siguen

tramando llevar a cabo una segunda Era de la Anarquía. Vamos a tener que ocuparnos de ellos.

Nova se tensó:

—¿Cuándo? ¿Qué harán?

El Capitán la miró.

—Aún no lo sé. Pero después de lo que sucedió hoy, estarán preparándose para una reacción de nuestra parte. Tendremos que actuar rápido.

Nova tragó. ¿A qué se refería? ¿Tomarían represalias en algunos días? ¿Horas?

Entonces el Capitán frunció el ceño, como si se le acabara de ocurrir algo. Se volteó de nuevo para mirar a Adrian.

—¿Averiguaste algo sobre Pesadilla?

Adrian tensó la boca.

—Nada.

El Capitán asintió. Nova no creyó que pareciera particularmente sorprendido.

—Vuelvan al cuartel general —volvió a ordenar—. Seguiremos hablando de este asunto mañana.

—El Centinela también estuvo aquí —dijo Nova.

El Capitán Chromium se irguió aún más.

—¿El Centinela?

Ella asintió.

—Le disparé —dijo mientras observaba detenidamente al Capitán.

Todo el mundo hizo silencio, girando los ojos hacia ella, sorprendido.

—Varias veces —añadió Nova.

—¿Te atacó? —preguntó el Capitán, su expresión se tornaba oscura.

Nova parpadeó. Le resultaba imposible admitir que, en realidad, la había salvado.

Entonces ¿por qué lo había hecho? Apenas lo recordaba. En ese momento, se sentía furiosa. Indignada con Ingrid y su traición, indignada por que todo estuviera desmoronándose a su alrededor, indignada por que Adrian pudiera estar muerto y por que su primera misión hubiera sido un fracaso tan rotundo y por que todo podría haber valido la pena si solo hubiera averiguado quién o qué era el Centinela, pero él no le había contado nada.

Indignada de que fingiera ser su aliado, cuando bien en su interior, ella sabía que era su enemigo.

Pero no podía explicarle nada de eso al Capitán Chromium.

—Al principio, creí que lo habían enviado ustedes, el Consejo —dijo—. Pero él lo negó. Señaló que actúa respondiendo a motivos personales y, sinceramente, no me di cuenta de si era o no enemigo. Cuando se negó a revelar su identidad, le disparé. No pareció en absoluto afectarlo y, de todos modos, consiguió escapar, pero… creí que debían saberlo. Creí… —aclaró la garganta—. Creí que, si tal vez está trabajando para el Consejo, nos deberían decir para que sepamos cómo tratarlo, si como un aliado o no.

Su explicación fue seguida por un largo silencio. Por el rabillo del ojo, vio a Ruby y a Oscar intercambiar miradas azoradas, pero mantuvo la vista firme en el Capitán. Esperando cualquier reacción que delatara la verdad.

Este se meció sobre los talones. Sus cejas se dispararon hacia arriba.

—No tienes pelos en la lengua, ¿verdad?

La mandíbula de Nova se tensó.

—¿Es un Renegado o no?

El Capitán Chromium suspiró.

—No —dijo—. Por lo menos, no que yo sepa. Quienquiera que sea, no se encuentra actuando bajo órdenes nuestras —inclinó la cabeza y Nova tuvo la impresión de que la observó mucho más detenidamente que hasta ahora—. Y si bien aprecio tus esfuerzos por defender nuestra reputación, esta puede ser una buena oportunidad para señalar que, como parte del código de los Renegados, en general, desaprobamos disparar a las personas que no han cometido un delito.

Hizo una señal con la cabeza a cada uno.

—Mañana —volvió a decir. Luego se dio vuelta y partió para unirse a Tsunami.

Nova apretó los puños, observándolo alejarse. Aún no sabía si él estaba diciendo la verdad, y su propia ignorancia la enfureció.

—¿Realmente le disparaste al Centinela? —Echó un vistazo a Oscar.

—Así es —respondió—. Lo merecía, al menos estoy casi segura.

Adrian tosió.

—Pero es, no sé, el doble de alto que tú —dijo Oscar—, y seguramente pese tres veces más.

—No es *tan* alto —dijo Nova.

Oscar encogió los hombros.

—Me dio esa impresión —sacudió unos trozos de polvo blanco del cabello—. ¿Sabes? No sé si elegiste el alias adecuado. *Insomnia* es demasiado pasivo. Yo voto porque lo cambiemos a *Velociraptor*.

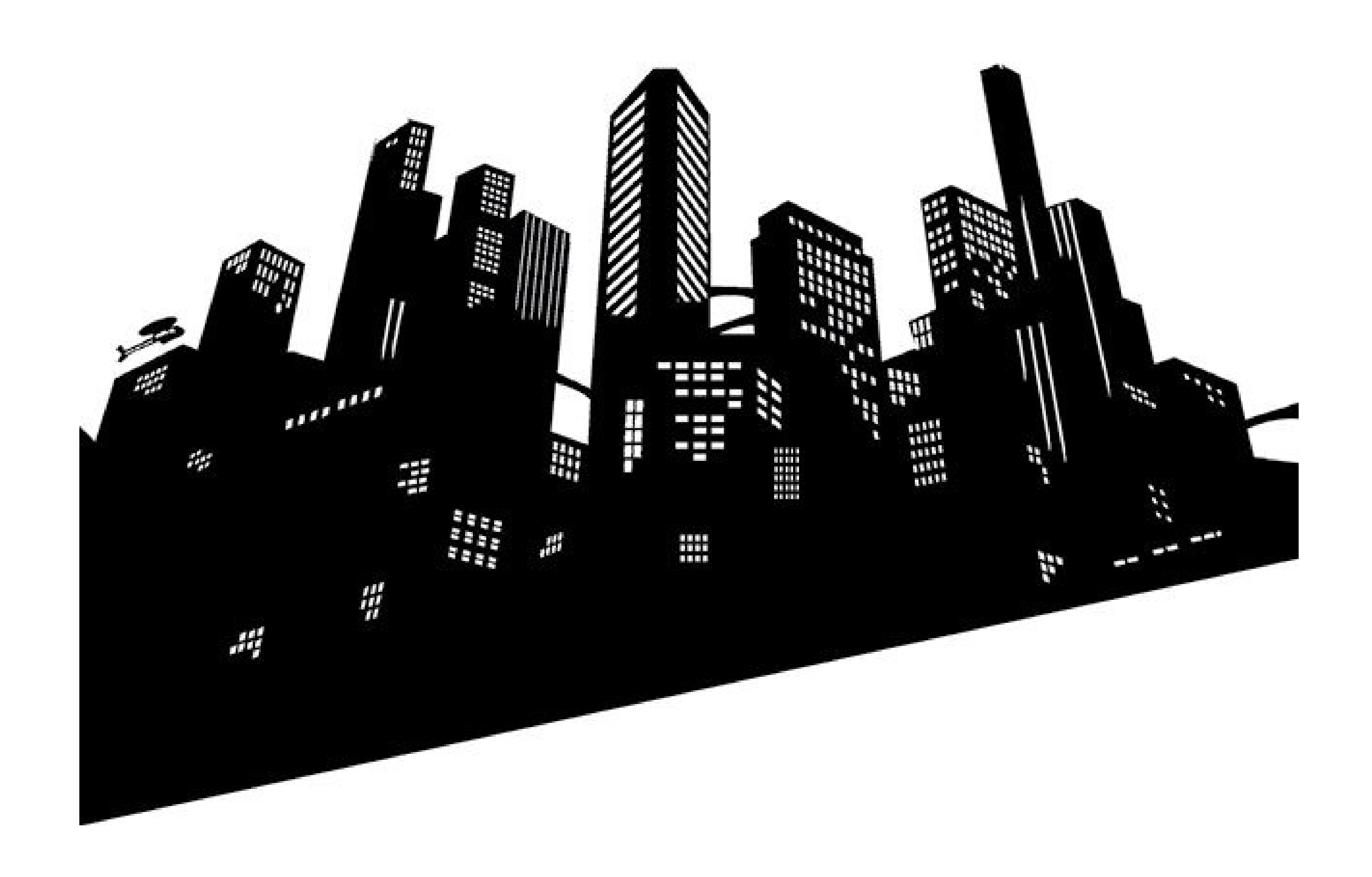
Ruby soltó una carcajada.

—¿Relativamente pequeña, pero sorprendentemente feroz?

—Tal cual. ¿Están todos a favor?

—A mí me gusta *Insomnia* —dijo Nova, simulando estar molesta.

Solo cuando se volvió demasiado difícil seguir fingiendo, advirtió que sonreía.



# Capítulo 28

Nova no quería perder tiempo recorriendo todo el camino hasta la casa de Wallowridge. Decidió en cambio esconder el brazalete de comunicación de los Renegados bajo la maceta de una planta muerta, sobre el escalón de un pequeño patio de un café, a tres calles de la entrada a los túneles del metro. Le sorprendió lo fácil que se había adaptado a llevarlo, y al abrirse camino a través de la estación de metro abandonado y descender las oscuras escalinatas, se halló mirando la muñeca de un modo continuo, solo para recordar que el comunicador no estaba allí.

En el instante en que estuvo lo suficientemente cerca del campamento subterráneo de los Anarquistas, supo que las cosas habían cambiado. El eco de golpes y ruidos metálicos resonaba por los túneles, y pasó a cientos de avispas desplazadas, sus gruesos cuerpos se arrastraban sin rumbo por los muros.

Encontró a Honey arrojando al azar cualquier cosa a mano dentro de su viejo baúl de madera, llenándolo con vestidos, zapatos, túnicas de seda, cosméticos y una variedad de botellas de licor.

—¿Qué está pasando?

Honey chilló y giró rápidamente para mirarla.

—*Basta*, Nova. La próxima vez que me sorprendas, voy a meter una avispa entre tus sábanas —resopló, acomodándose un rizo detrás de la oreja—. Y, para que sepas,

nos vamos.

Nova tragó saliva.

—¿Nos vamos?

—Sí. Pero tengo que empacar un montón de cosas, así que…

Agitó los dedos para ahuyentarla, pero Nova no se movió.

—¿Cómo vas a subir ese baúl por las escaleras? Para cuando termines de llenarlo con todo esto, pesará cincuenta kilos.

Honey lanzó una mirada suplicante hacia el techo.

—Ese es mi problema. ¡Lárgate!

Con un gesto de contrariedad, se apartó. Ahora avanzó más de prisa, pasando el andén abandonado de Winston sin siquiera mirarlo. Cuando llegó al vagón de Leroy, oyó gritos provenientes del interior. Entró sin molestarse en golpear a la puerta. Ingrid y Leroy se encontraban llenando cajas y bolsos con todo el equipamiento de laboratorio que entrara.

—¿Honey dice que nos vamos?

Ambos le echaron una ojeada, y la expresión de Ingrid, que ya era de furia, ahora se volvió realmente embravecida. No respondió. Tan solo le dio la espalda, ofreciéndole un vistazo del pañuelo sangriento que llevaba alrededor de la parte superior del brazo, donde Nova le había disparado.

—Nos vamos —confirmó Leroy—. Empaca lo que realmente necesites, deja el resto.

Nova sacudió la cabeza. El corazón le comenzó a latir con dolor en el pecho.

—No podemos irnos.

—Debemos hacerlo.

—¿Y…?

—Los Renegados están a punto de llegar, Nova —Leroy levantó la cabeza de la caja que empacaba y le fijó su mirada oscura y penetrante—. Podrían perfectamente estar ya encaminados hacia aquí. Confío en que lo sabes tú mejor que nadie.

Nova sacudió la cabeza.

—Podemos pelear. Tenemos la ventaja estratégica de conocer el terreno. Tal vez… tal vez esta sea nuestra mejor oportunidad para realmente arremeter contra ellos. Podemos atraerlos hacia acá y luego…

—Ya hemos considerado las opciones —dijo Leroy con un suspiro profundo—. Tenemos planes para demorarlos. Distracciones que nos permitirán huir antes de que puedan seguirnos. Pero no será suficiente. Son demasiados. No podemos ganar. Debemos marcharnos.

Lo miró estupefacta. Lo hacía ver tan fácil. Simplemente, *se marcharían*.

Pero no era tan simple, y todos lo sabían.

La expresión adusta de Leroy pasó con rapidez a algo parecido a la pena.

—Lo sé —susurró—. No será para siempre —señaló con el mentón hacia la puerta—. Ahora ve y reúne tus cosas.

Apretando la mandíbula, Nova volteó y echó a correr. Hizo según lo ordenado, porque parecía ser lo más fácil. Sacó su bolso de lona de debajo de la cama y se tomó un momento para considerar lo que de verdad necesitaba.

La chaqueta con capucha y el antifaz de Pesadilla. Sus estrellas termo dirigidas y la bazuca lanzarredes. Algunas mudas de ropa.

Echó un vistazo alrededor, pero se dio cuenta de que tenía poco apego por cualquier otra cosa dentro de este vagón abandonado. ¿Qué le importaba realmente?

El brazalete que su padre le había confeccionado y la seguridad de los Anarquistas. *Su familia*.

Arrojó el bolso sobre uno de sus hombros y descendió de un salto del vagón. Del otro lado, su ojo se posó sobre un viejo anuncio colgado en el muro del túnel. Promovía un libro —un *thriller* de una autora de *best sellers* de quien Nova jamás había oído hablar—, aunque hacía mucho habían cubierto con grafitis el plástico protector del póster. Las manchas coloridas de pintura continuaban dentro de las sombras del túnel.

Dejó caer el bolso con un fuerte golpe sobre las vías. Se acercó al póster, hundiendo los dedos alrededor de los bordes, y jaló.

Un estrecho pasadizo cubierto de telarañas desaparecía en la oscuridad. El aire de adentro era rancio y húmedo. Aquel olor hizo que los recuerdos volvieran en abrumadoras oleadas. El túnel había parecido más grande entonces, cuando ella y Honey huyeron de las tumbas de la catedral y terminaron dentro de los túneles del metro. Era lo suficientemente elevado para que incluso Ingrid pudiera estar de pie, pero tan estrecho que los demás habían tenido que caminar de costado en algunos tramos.

Nova sabía que Ingrid había hecho estallar una bomba en el otro extremo, justo debajo de la nave de la catedral, lo que impedía que cualquier otro encontrara el túnel y los siguiera.

Esto no era una salida de emergencia.

Pero…

Había dado un paso para entrar cuando oyó un alarido desconocido.

El pulso se le aceleró vertiginosamente.

Nova sacó el pie y cerró el pasadizo con fuerza, usando el póster, y verificando que toda señal del túnel quedara disimulada. Luego, volvió a levantar el bolso y echó a correr hacia el lugar de donde provenían los gritos.

Encontró a los demás reunidos delante del mural de cerámicos de Blackmire Station, parados en el andén donde Winston había instalado sus tiendas de circo. Honey reía histérica; sus ojos, vidriosos, al tiempo que se inclinaba sobre las vías, observando el túnel. Leroy estaba en cuclillas algunos metros más lejos, ocupado con lo que parecía una granada de mano, mientras Ingrid y Phobia deambulaban cerca de la escalera que conducía al exterior. Era una salida que jamás empleaba ninguno de ellos, dado que hacía mucho habían vallado la entrada desde la calle con paneles de

acero.

—¿Llegaron? —preguntó.

—Oh, sí, llegaron —dijo Honey, riéndose excitada—. Y acaban de enterarse de lo dolorosa que puede ser la picadura de una avispa de chaqueta roja —miró a Nova con un gesto burlón—. Algunos dicen que es como una aguja de tejer hirviente que te hunden en la piel —volvió a reír—. Y acabo de soltar a todo el enjambre —aplaudió con puerilidad—. Oh, qué bien se siente por fin poder hacer algo. Incluso aunque sea huir.

—¿Cuál es exactamente nuestro plan? —preguntó Nova.

—Tú y Honey iniciarán el ascenso a la superficie —dijo Leroy—. Ingrid provocará el derrumbe de esta siguiente sección de túneles. Luego saldrá y abrirá un sendero para salir de la estación Blackmire. Mientras lo hace, yo estaré llenando está recámara con un cóctel de vapores venenosos. Y… —miró la oscura e inmóvil capa de Phobia— Phobia será nuestra última línea de defensa: listo para hacer retroceder al que consiga llegar a las escaleras.

—¿Qué quieren que haga yo?

Leroy la miró.

—Queremos que sobrevivas —respondió lentamente—, para que algún día puedas destruirlos.

Ingrid bufó.

Nova apartó la mirada.

—Allá vamos, querida Nova —dijo Honey, tomando el brazo de Nova y arrastrándola hacia las escaleras. Aunque los músculos seguían doliéndole del esfuerzo realizado aquel día en la biblioteca, salió impulsada hacia delante con una mezcla de adrenalina y un instinto de supervivencia, sabiendo que, si los Renegados la descubrían, solo vería el interior de una celda de prisión durante el resto de su vida.

—¿Qué sucedió con tu baúl? —preguntó Nova.

—Vendremos a buscarlo después —dijo sin restarle importancia—. Por ahora lo cuidarán mis bebés.

Nova hizo un gesto de incomprensión. No estaba segura de si quería saber a qué se refería.

A medida que ascendieron alejándose del andén, las escaleras quedaron envueltas en la penumbra. Nova extrajo la linterna de su cinturón.

Honey la miró con una sonrisa amplia. En apariencia, los acontecimientos la tenían sin cuidado, lo cual a Nova le resultó extraño. Justamente ella, que siempre tendía a exagerarlo todo.

—Siempre tan ingeniosa, pequeña pesadilla —canturreó.

Nova apretó los dientes, pero no se molestó en repudiar el apodo. De todos modos, jamás le hacían caso.

Acababan de llegar al segundo rellano cuando una explosión sacudió los muros oscuros. Honey se tropezó y extendió el brazo para tomarse de uno de los pasamanos.

—¡Ay! —aulló, acomodándose sobre la cadera para examinar la rodilla. Nova advirtió que la tenía raspada y que sangraba. La Abeja Reina gimoteó y tocó la herida levemente con las puntas de los dedos.

—Vamos, Queenie. Podrían haberte clavado una aguja de tejer hirviendo, así que matengamos las cosas en perspectiva —dijo Nova tomándola del codo.

Poniéndose de pie una vez más, Honey amagó a mirarla enfurecida, pero luego se echó a reír tontamente de nuevo.

—Esa fue Ingrid, ¿verdad? Los Renegados están cerca del andén.

—Lo cual significa que Leroy está a punto de liberar esos venenos, y eso significa que tenemos que largarnos de aquí.

Tres tramos de escaleras después, consiguieron llegar a la planta superior, donde la gruesa valla metálica cercaba la entrada. Nova proyectó la linterna alrededor de los bordes, buscando un resquicio en el cerco.

El haz de la linterna se unió a los destellos de luz azulada en el techo. Ingrid trepó corriendo, sujetando la esfera azul con los ojos centelleantes.

—¡Atrás! —espetó, avanzando sin mirar ni a Nova ni a Honey.

Nova volvió a descender corriendo hasta el siguiente rellano y se agazapó junto a las escaleras. Oyó a Leroy jadeando mientras trepaba los escalones y distinguió los bordes de la capa etérea de Phobia revoloteando tras él.

Le llegó el eco del sonido de gente tosiendo, carraspeando, asfixiándose desde las zonas más profundas. Tragó saliva y se preguntó cuántos Renegados sobrevivirían esta noche.

Y cuántos Anarquistas.

Sus pensamientos acababan de dirigirse en aquella dirección cuando la esfera de Ingrid estalló, sacudiendo el hueco de la escalera. En el instante en que las paredes dejaron de estremecerse, Nova levantó la cabeza. Ingrid había detonado la bomba contra el muro de concreto, del costado, lo que había dejado un agujero de casi un metro de diámetro y un montón de escombros rotos a sus pies. La pálida luz del día se colaba a través del boquete en el creciente crepúsculo.

Nova apagó la linterna.

Ingrid miró atrás, al grupo, y enarcó una ceja.

—¿Y?

El primero que se puso de pie fue Leroy, aún jadeando por la subida, y fue a unirse a Ingrid. Honey se sacudió el vestido de lentejuelas, ahuecó el cabello para darle volumen y subió a la última planta a grandes zancadas, como si acabara de llegar a un evento de gala.

El golpe de pisadas resonó en la escalera, varias plantas más abajo. Nova echó un vistazo atrás y vio a Phobia en el siguiente rellano. Sus contornos parecían difuminarse en la oscuridad, como si estuviera expandiéndose. Comenzó a crecer hacia todos lados hasta que no fue más que una marejada de oscuridad impenetrable. El taconeo de botas se volvió más fuerte, y Nova se atrevió a mirar por encima del

pasamano. No reconoció a la figura que estaba abajo, pero sí el uniforme gris.

De pronto, Phobia se desintegró, su cuerpo entero mutó en millones de arañas viuda negra. Descendieron por las escaleras saltando, se precipitaron sobre las paredes y se descolgaron del techo hacia su presa.

Nova no supo qué le provocó un estremecimiento: si tantas arañas de patas raquíticas que se arremolinaban en las sombras, o el grito escalofriante que atravesó el aire.

—¡Pesadilla! —gritó Leroy.

Nova se volteó y corrió, arrojándose a través del agujero que Ingrid había abierto. El auto amarillo de Leroy los estaba esperando milagrosamente, y ella se preguntó hacía cuánto tiempo habían puesto este plan en marcha para escapar. ¿Fue algo que habían trazado hacía tiempo —en caso de una emergencia— sin molestarse en contárselo nunca?

—¿Sabemos a dónde vamos? —preguntó Nova.

—A tu casa —dijo Honey, rodeando el auto y dejándose caer con elegancia en el asiento del pasajero.

—¿*Mi* casa?

—Honey, córrete al medio —increpó Ingrid—. Puedes sentarte en el tablero. Nova, métete en la cajuela.

—Un momento, Detonadora —dijo Leroy interponiéndose entre Ingrid y el auto —. Creo que será mejor si buscas otro alojamiento.

Ingrid retrocedió.

—¿Disculpa?

—Hoy actuaste de forma irreflexiva en la biblioteca. Tú provocaste este caos, y ahora los Renegados concentrarán sus esfuerzos, más que nada, en encontrarte a ti. Me temo que no puedo permitir que vengas con nosotros.

Los orificios de la nariz de Ingrid se ensancharon y se volteó para mirar a Nova.

—Nada de esto habría ocurrido si *ella* no hubiera experimentado un conflicto de lealtades.

—¿Yo? —exclamó Nova—. Si le hubieras advertido a Cronin como se suponía…

—¡Si hubieras matado a esos Renegados, como se suponía que harías *tú*!

—Pues tal vez —dijo Nova levantando la voz—, ¡debiste molestarte en contarme tu plan, en lugar de conducirme directamente a tu estúpida trampa!

—¡No habrías tenido las agallas de llevarlo a cabo! Jamás sigues el plan hasta las últimas consecuencias. Jamás aprietas el gatillo cuando realmente importa, Nova. Es posible que seas la sobrina de Ace, pero ¡no eres una de nosotros!

—¡Basta! —rugió Leroy, sujetando el brazo de Ingrid. Ella siseó y volteó su mirada llena de ira hacia él, la energía chisporroteaba alrededor de sus dedos—. Perdimos al Bibliotecario, trajiste a los Renegados a nuestra puerta: si hay alguien que ya no es una Anarquista, esa eres tú —sin apartar la mirada de Ingrid, asintió hacia el vehículo—. Métete, Nova.

—No.

Leroy se volvió para mirarla, sorprendido.

Nova caminó hacia el auto, arrojó el bolso de lona dentro de la cajuela y la cerró con fuerza.

—Hasta donde sabe cualquiera de ellos, soy una Renegada. No necesito huir ni ocultarme —disparó una última mirada a Ingrid, y luego asintió en dirección a Leroy y a Honey—. Los veo en casa.

Se alejó caminando. No mucho después, oyó el chirrido de ruedas. Echó un último vistazo atrás, para ver el auto doblando la esquina. Ingrid no estaba adentro, pero al escudriñar la calle, tampoco vio señales de ella.

Inhalando profundamente, se abrió paso de regreso al patio, donde había ocultado su brazalete de comunicación, y lo volvió a sujetar alrededor de la muñeca. No se quedó deambulando por la calle. En cambio, se dirigió a un callejón cercano y trepó la desvencijada escalera de incendios de un edificio, una que había trepado cientos de veces. Cuando llegó a la cima, cruzó el tejado, adonde podía ver el Cuartel General de los Renegados a la distancia, la torre iluminada color blanco y rojo como un faro. Enormes reflectores alrededor del pináculo dirigían discos blancos de luz sobre las nubes que estaban encima.

Nova levantó la pierna encima del parapeto de concreto y se recostó, dejando que colgara el pie. Levantó el rostro hacia el cielo y se permitió respirar profundamente por primera vez en lo que parecieron semanas. Su cabello y su ropa apestaban a humo. Tenía los músculos tan tirantes como resortes, y halló difícil relajarse ahora que no había nadie contra quien pelear, ningún lugar adonde ir.

El crepúsculo progresaba rápidamente hacia la noche. Aunque el cielo estaba repleto de nubes, al este aquellas nubes se teñían de púrpura oscuro y gris plomizo. En algún lugar más allá de las sombras, estaba poniéndose el sol. Y oyó.

Un coro de perros que se ladraban unos a otros de un edificio al siguiente. Los gritos de una pareja que discutía en los apartamentos de abajo. El ulular de sirenas que subía de calles distantes. Las sirenas equivalían a Renegados. Se imaginó una unidad de patrullaje en algún lugar, que acudía a toda velocidad a ayudar a quien lo necesitara. Tal vez incluso se dirigía rápidamente a ayudar a sus camaradas atrapados en los túneles subterráneos.

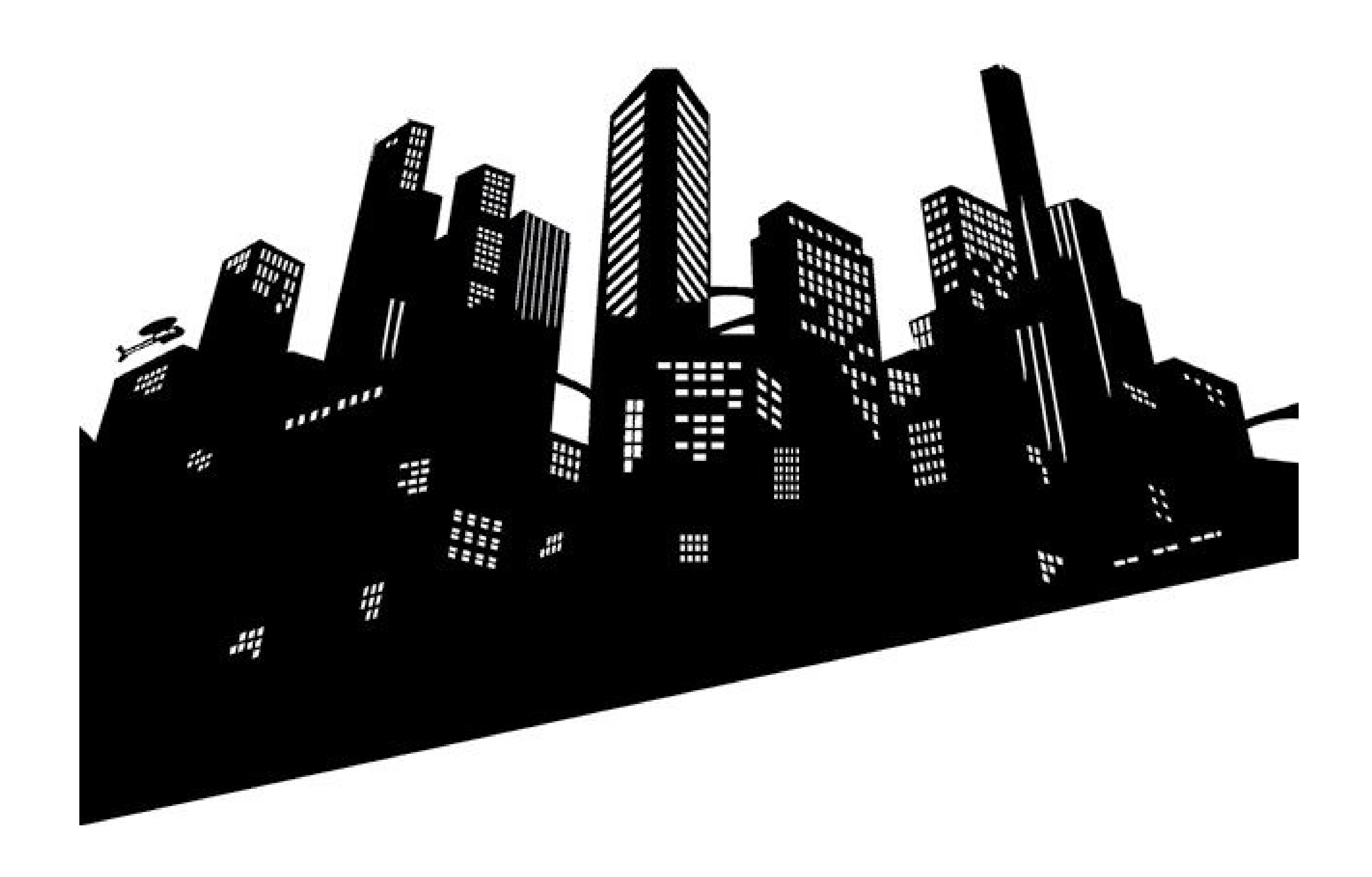
Sabía que Adrian, Ruby y Oscar no estarían allí. De lo contrario, también la habrían llamado a la acción como parte del equipo. Pero ¿cuántos Renegados habían sido parte de la redada? ¿Cuántos habían quedado heridos? ¿Cuántos habían muerto?

Ingrid había desencadenado otra guerra hoy, y los Anarquistas acababan de ganar su primera batalla. ¿Estarían celebrando esta noche sin ella? ¿O estarían lamentando la pérdida de su hogar, la privación de aquella mínima cuota de independencia que les había procurado su arreglo con el Consejo… incluso, tal vez, la pérdida de Ingrid?

Nova cerró los ojos y pensó que, si fuera una villana digna del nombre, estaría con ellos ahora. Celebrando o lamentándose.

Y si fuera una heroína, estaría intentando socorrer a cualquier Renegado que estuviera atrapado o lastimado bajo los escombros.

En cambio, oyó los sonidos de una ciudad afligida y no hizo nada.



# Capítulo 29

—El Consejo los verá ahora.

Adrian levantó la mirada. Prisma estaba ante ellos, una mujer cuyo cuerpo estaba hecho enteramente de cristal, y reflejaba una variedad de arcoíris al moverse. Había trabajado en la administración desde que Adrian era niño, quien atesoraba un recuerdo de una cena en el apartamento de Blacklight en el que Prisma lo había entretenido durante horas, haciendo que el gato de Blacklight persiguiera pequeños puntos luminosos coloridos en el suelo.

Pero hoy, mientras conducía a Adrian y a los demás al elevador, su actitud era completamente profesional. Una vez que se apretujaron dentro, miró a su equipo. Ruby se mordía el labio inferior, con aspecto casi temeroso. Oscar se inclinaba contra la pared, examinándose las uñas. Y Nova hacía lo de siempre: observaba. Sus ojos azules recorrían cada centímetro del elevador, saltando de la cámara de seguridad en el techo al botón de emergencia de la pared, pasando por la serie de números encima de la puerta.

El elevador salió disparado tan rápido que Adrian sintió mariposas en el estómago. El muro trasero era de cristal, y al pasar por encima del techo del siguiente edificio, apareció la línea del horizonte, que se extendía hasta Stockton Bridge. Era un día despejado, y por lo alto, el sol le daba un aspecto casi iridiscente a la ciudad, la

luz dorada se reflejaba en miles de ventanas, y las etéreas nubes color amatista se deslizaban desde el sur.

—Ya has estado aquí arriba, ¿verdad, Adrian? —preguntó Prisma, leve y jovial.

—No —dijo.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Ni siquiera de visita?

—Trato de no molestarlos si puedo evitarlo.

—Oh, cariño, nunca eres una molestia —Prisma esbozó una sonrisa amplia. Los destellos de luz sobre sus dientes hacían que la pared reluciera con manchas rosadas y amarillas.

Las puertas del elevador se abrieron con un campanilleo, y Prisma fue la primera en salir, sus pies descalzos golpeaban ligeramente sobre el suelo.

Adrian salió del elevador, dio dos pasos, y contuvo la respiración.

Había oído que la Sala del Consejo era deslumbrante, y sabía que había personas que presentaban todo tipo de peticiones con tal de tener una oportunidad de venir a verla, pero de todos modos, nada lo había preparado para esto. Una pasarela de mármol blanco se extendía delante de él, cercada a ambos lados por un muro de agua que abarcaba del suelo al elevado techo. El agua no era sólida como el hielo ni se movía como una catarata; más bien parecía estar colgada, suspendida en el espacio, y cuando Prisma pasó a su lado tembló por la vibración del aire. Él se preguntó qué sucedería si la tocaba. ¿Estallaría como una burbuja? ¿Se quebraría el frágil equilibrio y caería con un estrépito sobre el suelo? ¿O podría atravesarla con la mano, como si la sumergiera en una piscina?

Debía preguntarles a sus papás después.

Y luego estaban todas las luces: diminutas manchas de luz dorada que flotaban a la deriva encima de ellos, como luciérnagas parpadeantes. Aunque ninguna era en sí misma más grande que una mota de polvo, juntas daban la impresión de algo sereno y vivo, como algas resplandecientes que flotaban sobre una ola. Le daban al espacio un tinte cálido, y los reflejos que emanaba el agua trazaban ritmos de luz que bailaban sobre la pasarela. El efecto era hipnótico y sereno. Adrian tuvo la impresión de que, más que en la sala de un organismo oficial, acababa de entrar en un *spa* sobrenatural diurno.

Al final de la pasarela, se erigían cinco tronos de cromo. Sabía que no debía considerarlos tronos —el Consejo se ponía a la defensiva cada vez que alguien sugería que intentaban convertirse en *reyes*—, pero no se le ocurría otra manera de describir las enormes butacas instaladas en un semicírculo alrededor de un estrecho podio.

Blacklight y Tsunami se encontraban sentados en las primeras dos, a la izquierda de Adrian: sin duda eran los responsables de los efectos acuáticos y lumínicos de la sala, lo cual le generaba aún más curiosidad. ¿Permanecían el agua y las luces flotando cuando no había nadie, o desaparecían de noche, lo que convertiría la sala en… pues, nada más que una sala?

Por su parte, el Capitán Chromium se encontraba en la butaca central, seguido por Dread Warden, ambos con sus rostros de superhéroes: amables, pero severos.

El quinto y último lugar estaba ocupado por Thunderbird. Su postura era rígida y se inclinaba ligeramente hacia delante, para dejar lugar a sus alas, que estaban abiertas y se enroscaban alrededor del respaldo de la silla.

Tal vez, lo más perturbador era que sus papás, como los demás, llevaban sus uniformes icónicos de superhéroes, no los enteros grises que usaban los Renegados actuales, sino los disfraces de justicieros por los que se habían hecho famosos hace tiempo. Dread Warden, la capa y el antifaz negros. El Capitán Chromium, una malla de *lycra* que marcaba sus músculos y una armadura que le protegía los hombros.

Adrian conocía sus identidades desde que tenía memoria, desde años antes de que siquiera se hubiera convertido en un miembro oficial de su familia. Así como había sabido que su mamá era la extraordinaria y feroz Lady Indómita. Ellos jamás intentaron ocultarlo. Pero, a pesar de conocer la realidad de sus *alter ego*, siempre había habido una desconexión en su mente. Una brecha entre los superhéroes que el mundo idolatraba y los papás adoptivos que llevaban pantalones de chándal y camisetas manchadas, y que tenían una tradición mensual de comerse una bandeja llena de rollos de canela para la cena mientras miraban películas cursis de ciencia ficción.

—Anunciando al Consejo —dijo Prisma— al señor Adrian Everhart, al señor Oscar Silva, a la señorita Ruby Tucker y a la señorita Nova McLain —luego de dar un paso al costado, les hizo una señal para que se acercaran al podio.

Adrian dio un paso delante de los demás, aunque sintió la presencia del resto a medida que se ubicaban alrededor de él.

Kasumi fue el primero en hablar.

—Bienvenidos, Renegados —dijo con tono agradable, aunque excesivamente *formal*. Parecía surreal estar parado aquí ante ellos en esta magnífica sala. Kasumi Evander y Tamaya habían acudido a su casa, a decenas de invitaciones para cenar. Adrian había conocido a sus cónyuges en barbacoas celebradas en el jardín trasero de su casa. Había cuidado a los chicos de Tamaya cuando era menor.

Pero aquí no eran esas mismas personas. Eran Tsunami, Blacklight y Thunderbird. Eran el Consejo. Casi le provocó risa, un indicio de lo nervioso que realmente estaba.

—Estamos todos aquí —dijo el Capitán Chromium— para hablar de lo que sucedió en la Biblioteca de Cloven Cross. Ya le informé al Consejo lo que me dijeron, pero creo que todos queremos escucharlo de nuevo desde su perspectiva. Espero que sepan reconocer la complicada posición en la que nos han puesto. Por un lado, estamos por supuesto agradecidos de que un proveedor de armas del mercado negro haya sido desarticulado, y que sus esfuerzos hayan revelado el estado activo de la Detonadora y de los Anarquistas.

—Por otro lado —intervino Dread Warden—, se les ordenó explícitamente que no

se metieran con el Bibliotecario, y que ni siquiera ingresaran en la biblioteca sin refuerzos. Desobedecieron una orden directa, y por tanto consideramos que se impone algún tipo de consecuencia.

—Lo primero es lo primero —afirmó Kasumi—. Queremos elogiarlos por seguir el protocolo de priorizar la seguridad de los civiles. Entendemos que actuaron de modo veloz para evacuar a espectadores inocentes de la biblioteca, y supimos que la señorita McLain regresó a la biblioteca a rescatar a un niño del incendio. Los felicitamos por su valentía y altruismo.

Adrian miró hacia el costado, a Nova, dirigiéndole una pequeña sonrisa, pero ella mantuvo la mirada recta hacia delante y la expresión neutra.

—Habiendo dicho esto —continuó Kasumi—, no podemos pasar por alto los protocolos que ignoraron o que la necesidad de rescatar a dichos civiles podría haberse evitado por completo si hubieran actuado con más responsabilidad.

Adrian tragó saliva.

—Es importante verificar los hechos —dijo Tamaya—. No necesariamente están en problemas —hizo una pausa, y Adrian tuvo la clara impresión de que tuvo que contenerse para no pronunciar la palabra «aún»—, pero es de suma importancia que respetemos nuestras propias reglas. De lo contrario, no seríamos mejores que los Anarquistas —a su lado, Nova se tensó, y Adrian la oyó farfullar «Porque aquello sería terrible». Tamaya enarcó las cejas—. ¿Qué dijo, señorita McLain?

—Nada —respondió Nova—, estoy de acuerdo con usted. Las reglas, las consecuencias, y todo lo demás. Suena todo muy categórico.

—Señor Everhart —dijo Tamaya, y le llevó a Adrian un instante advertir que se refería a él y no al Capitán—, ¿por qué no empieza por el principio?

Adrian inhaló profundamente y les contó, comenzando por la vigilancia nocturna en la oficina, que no resultó en nada. Mencionó a los visitantes que vieron entrar en la biblioteca, incluido un grupo de chicos. Luego vieron a la Detonadora.

—¿La reconocieron? —interrumpió Evander—. ¿Han visto alguna vez a Ingrid Thompson?

—Solo en fotografías —dijo Adrian—, pero sabía que era ella. Ya saben, aquellos brazaletes que lleva en los brazos.

—Así que *sospecharon* que era la Detonadora —clarificó Evander.

—No —respondió Adrian lentamente—, *era* la Detonadora.

Evander se inclinó contra el respaldo de su silla, rascándose la barba roja. Adrian continuó, explicando su conversación tan bien como podía recordarla y su decisión de entrar en la biblioteca.

—¿Por qué no esperaron los refuerzos? —preguntó Simon—. Fue lo único que les pedimos, Adrian.

Este sintió una leve desazón.

La pregunta parecía más personal que profesional. Un padre, decepcionado por que su hijo hubiera roto una promesa. Y en este caso, lo podrían haber matado por no

cumplirla.

—Teníamos miedo de que las vidas de aquellos niños corrieran peligro —dijo Ruby—. No sabíamos para qué había ido la Detonadora. No sabíamos si haría algo… temerario.

—Como hacer estallar un edificio —añadió Oscar—, por ejemplo.

—También nos preocupaba que la Detonadora se marchara antes de que llegaran los refuerzos —dijo Adrian—. No sabíamos cuánto tiempo estaría en la biblioteca, y nos preocupaba que nos perdiéramos la oportunidad de… de probar que hubiera estado allí. Que realizaba tratos comerciales con el Bibliotecario.

—Pero ustedes eran un equipo de *vigilancia* —dijo Tamaya—. Estaban destinados solo a vigilar, no a entablar combate.

—Antes de eso, fuimos un equipo de patrullaje —afirmó Adrian—, y nos han instruido que, cuando vemos a alguien realizando actividades ilícitas, lo detengamos.

Tamaya frunció el ceño pero, tras un segundo, pareció dar crédito a este punto.

—Continúen, entonces. ¿Qué pasó después de ingresar en la biblioteca?

Les contaron. Acerca de Narcissa y de Gene Cronin, que se comportaban de manera sospechosa. Acerca del sótano y la sala llena de armas y del hecho de que la Detonadora los estuviera esperando. Acerca de las explosiones y la batalla. Acerca de sus intentos por evacuar la biblioteca de civiles. Acerca del niño perdido y de cómo Nova y los demás consiguieron salvarlo, y del hecho de que Adrian hubiera quedado atrapado dentro durante la búsqueda.

Esto, por supuesto, no era estrictamente cierto, pero se mantuvo fiel a su historia mientras Nova les contó sobre el enfrentamiento entre la Detonadora y el Centinela en el techo del cine. A decir verdad, Adrian no estaba seguro de que quisiera que sus papás se enteraran alguna vez de que había regresado a la biblioteca incluso después de que se derrumbara. Aunque hubiera estado protegido por la armadura del Centinela, sabía que era un riesgo, pero también que era la única manera de convencerlos de que había estado en la biblioteca todo el tiempo. Había permanecido dentro del traje mientras dibujaba el iglú, esperando que lo hallaran antes de que se derritiera el hielo, pero también sabiendo que, en el peor de los casos, siempre podía volver a convertirse en el Centinela.

No había sido necesario. Lo habían encontrado.

El Capitán lo había encontrado, y Adrian seguía sintiéndose culpable por la preocupación que debió causarles a todos.

—¿Qué más dijo el Centinela? —preguntó Dread Warden.

Adrian miró a Nova, atento a alguna señal de la impresión que le causaba su *alter ego*, más allá del hecho de que ella le hubiera disparado.

Varias veces.

Pero la expresión de Nova era impenetrable.

—Más que nada, quería obtener información acerca de Pesadilla: quién es, dónde la puede encontrar.

—Qué chica popular —farfulló Oscar.

Los labios de Nova se retorcieron.

—Él la enfrentó en el desfile, ¿verdad? Creo que tal vez sienta vergüenza de que ella le haya ganado.

—No le… —comenzó a decir Adrian.

Nova le echó un vistazo, pero él apretó los labios en una delgada línea.

Carraspeando, comenzó de nuevo.

—Estoy seguro de que es más que eso.

—De cualquier manera —prosiguió Nova encogiendo los hombros—, no obtuvo nada útil de Cronin. La Detonadora le disparó al Bibliotecario antes de que él pudiera hablar. Luego ella huyó. Yo le disparé, pero solo conseguí darle en el brazo, y Ruby y Oscar tampoco pudieron detenerla. Luego Narcissa consiguió escapar. Luego… —se enfurruñó—… también huyó el Centinela.

—Y en su opinión —dijo Tamaya, plegando los dedos—, si hubieran esperado y pedido refuerzos como debieron hacer, ¿se nos habrían escapado de las manos la Detonadora, el Centinela y la nieta del Bibliotecario? ¿Estaría la biblioteca en ruinas, junto con lo que podemos suponer una gran cantidad de pruebas que habrían llevado a arrestar, no solo a Gene Cronin, sino tal vez a innumerables criminales y villanos que han estado haciendo tratos con él todos estos años? En tal sentido, ¿creen que Gene Cronin estaría muerto si ustedes recibían ayuda, o estaría actualmente detenido, donde podríamos interrogarlo para obtener más información?

Adrian no respondió. Ninguno lo hizo. No creyó que lo estuvieran esperando. Su atención se deslizó hacia sus papás. Simon se hallaba frotándose la mejilla; Hugh golpeteaba el brazo de su butaca.

Finalmente, fue Simon quien aclaró la garganta y se enderezó en su asiento.

—Jamás conoceremos los desenlaces posibles si hubieran actuado de otra manera. Lo que sí sabemos es que, a causa de ustedes, Gene Cronin y todas aquellas armas jamás volverán a ser una amenaza para las personas de esta ciudad.

—Algo positivo en medio de este enorme desastre —dijo Tamaya desestimándolo.

—¿Qué propones, Thunderbird? —preguntó Hugh—. Todos estamos de acuerdo con que desobedecieron nuestras órdenes y actuaron irresponsablemente. Al mismo tiempo, Adrian señaló un aspecto clave: fueron entrenados, antes que nada, como una unidad de patrullaje. Tenían motivos para pensar que estaban cometiéndose actividades ilícitas dentro de la biblioteca y respondieron a ello. Es difícil culparlos por eso.

—Entonces —dijo Kasumi—, quizás la solución en este caso no sea castigarlos por sus errores, sino fomentar sus fortalezas haciendo que regresen a sus tareas de patrullaje habituales. Tal vez, no debimos transferirlos a este caso para empezar, y nuestro error pueda remediarse apartándolos de él.

—No —respondió Adrian. Sus hombros se tensaron—. Queremos llevar esto

hasta las últimas consecuencias. Queremos encontrar a Pesadilla.

—Sabemos que eso es lo que deseas —dijo Simon—, pero si no podemos confiar en ustedes…

—Pueden confiar en nosotros. Oigan, actuamos demasiado rápido, nos queda claro. Mensaje recibido. No volverá a suceder —extendió las manos para tomar el pequeño podio, aferrando sus lados—. Pero aún creo que podemos encontrarla.

—Adrian —dijo Hugh, el tono firme—, fuiste imprudente, tengo que suponer que es, en parte, por lo… personal que está volviéndose esta misión para ti. Encontrar a Pesadilla no merece que arriesgues tu vida.

—Tendremos más cuidado la próxima vez, lo prometo.

Hugh frunció el ceño e intercambió miradas con los demás. Al final, fue Blacklight quien sugirió un período de prueba de tres días para el equipo, alejados del trabajo de la calle y del patrullaje. Podían seguir empleando, de todos modos, los recursos del cuartel general para continuar su investigación como creyeran necesario. Tras acordar el dictamen, les permitieron retirarse, pero Adrian permaneció en el podio.

—¿Y los Anarquistas? —preguntó—. ¿Y la Detonadora?

Hugh suspiró.

—Anoche intentamos detenerlos, pero nos estaban esperando. Me temo que la Detonadora consiguió huir, así como todo el resto. Esta mañana daremos a conocer un informe completo a todas las unidades de patrullaje, que los alentará a mantenerse en alerta máxima mientras anden sueltos estos villanos —una sombra cayó sobre su rostro—. Desafortunadamente, muchos de nuestros mejores Renegados resultaron heridos en el altercado. Habíamos bajado la guardia respecto de los Anarquistas, creyendo que no podían ser una gran amenaza sin Ace Anarquía al timón. Ahora está claro lo equivocados que estábamos.

Adrian apretó los puños.

—¿Por qué no estuvimos allí? Fuimos nosotros quienes obligamos a la Detonadora a descubrirse. Tendríamos que haber tenido la oportunidad de ir tras ella, tras todos ellos.

—Pues da gracias de que no fuiste —lo regañó Simon, sus ojos ardían con tal intensidad que Adrian retrocedió un paso—. ¿Acaso no escuchaste lo que Hugh acaba de decir? Anoche hirieron a Renegados, a muchos Renegados, algunos, nuestros mejores luchadores y estrategas. Tú no eres… —vaciló, una mueca pequeña le arrugó el espacio entre las oscuras cejas. Cuando retomó la palabra, se hallaba considerablemente más calmo—. Cada uno de ustedes tiene el potencial para ser un gran superhéroe. A mí, por lo pronto, me gustaría verte sobrevivir lo suficiente para que se desarrolle ese potencial —luego fijó la mirada en Adrian, intensa de preocupación—. Necesitamos que tengas cuidado.

Adrian tragó saliva y, por primera vez, comenzó a prestar más atención a los desvaríos de la Detonadora en la biblioteca. Más que a cualquiera de los otros, ella

había querido lastimarlo a *él*, sabiendo el daño que esto les acarrearía a sus padres. Adrian había desestimado la amenaza de pleno —era una villana: se suponía que quería matar a todos los Renegados—, pero ahora pensó en la carga que significaba. Si algo le sucedía, ¿podían continuar siendo los superhéroes que la ciudad necesitaba?

Por supuesto que sí. Tendrían que serlo.

Pero la mirada de horror que cruzó el rostro de Simon, por más breve que fuera, le dio que pensar. Sin que se diera cuenta, toda la irritación que había sentido por no haber sido incluido en la redada de los túneles de los Anarquistas desapareció.

—¿Nos contarán si averiguan algo sobre ellos?

Simon miró a los demás antes de asentir.

—Y… —Adrian se secó las palmas en los costados—, ¿encontraron algo que pudo haber sugerido una conexión con Pesadilla?

Por un momento, pareció que dudaron en responder. Finalmente, fue Hugh quien lo hizo.

—Encontramos un vagón que alguien ocupó y en el que vivió hasta hace poco tiempo. Buscamos huellas dactilares, y algunas coincidían con las huellas halladas en el arma de Pesadilla. Pero no encontramos su uniforme ni, por el momento, ninguna pista respecto de dónde pudo haberse ido ella o los otros.

El nudo en el estómago de Adrian se aflojó. Era algo. Un comienzo y una confirmación.

Ahora sabían que *era* una Anarquista.

Se pasó la lengua por los labios y miró a los ojos a cada uno de los miembros del Consejo.

—¿Puedo hacer un último pedido?

—¿Un pedido, señor Everhart? —preguntó Tamaya. Era evidente por su expresión que consideraba el colmo de la impertinencia que Adrian realizara un pedido después de todo lo que había sucedido.

—Me gustaría interrogar a Winston Pratt.

Detrás de él, Nova inhaló bruscamente.

—Ahora tenemos motivos suficientes para creer que Pesadilla es una Anarquista. Tenemos a un Anarquista detenido. Me gustaría interrogarlo yo mismo —vaciló antes de agregar—: Será una manera constructiva de ocupar nuestro tiempo durante nuestro período de prueba.

—Winston Pratt ya ha sido interrogado —dijo Evander.

—Pero no desde que obtuvimos evidencia concreta que lo conecta con Pesadilla, ¿verdad? —preguntó Adrian—: Por lo menos, aparte del hecho de que fuera ella quien lo empujó de aquel globo.

—Lo consideraremos —dijo Hugh, su tono no delató nada, ni promesas ni esperanzas.

—Gracias —Adrian inclinó la cabeza.

Les permitieron marcharse.

Condujo a su equipo de regreso por el corredor. En el instante en que se alejaron del podio, el ánimo de Oscar y Ruby pareció derrumbarse, como si hubieran estado conteniendo todo el tiempo la respiración. A Adrian se le ocurrió que el Consejo podía resultar realmente intimidante para ellos. También a él lo intimidaba, pero sabía que no era igual.

—Espere… ¿señorita McLain? —llamó Kasumi a voces.

Nova quedó paralizada. Irguió la espalda como una estaca, y Adrian advirtió un destello de nerviosismo en sus rasgos antes de dominarlos y adoptar su típica expresión de indiferencia. De todos modos, no pudo ocultar por completo el momento en que tragó saliva al voltearse hacia ellos.

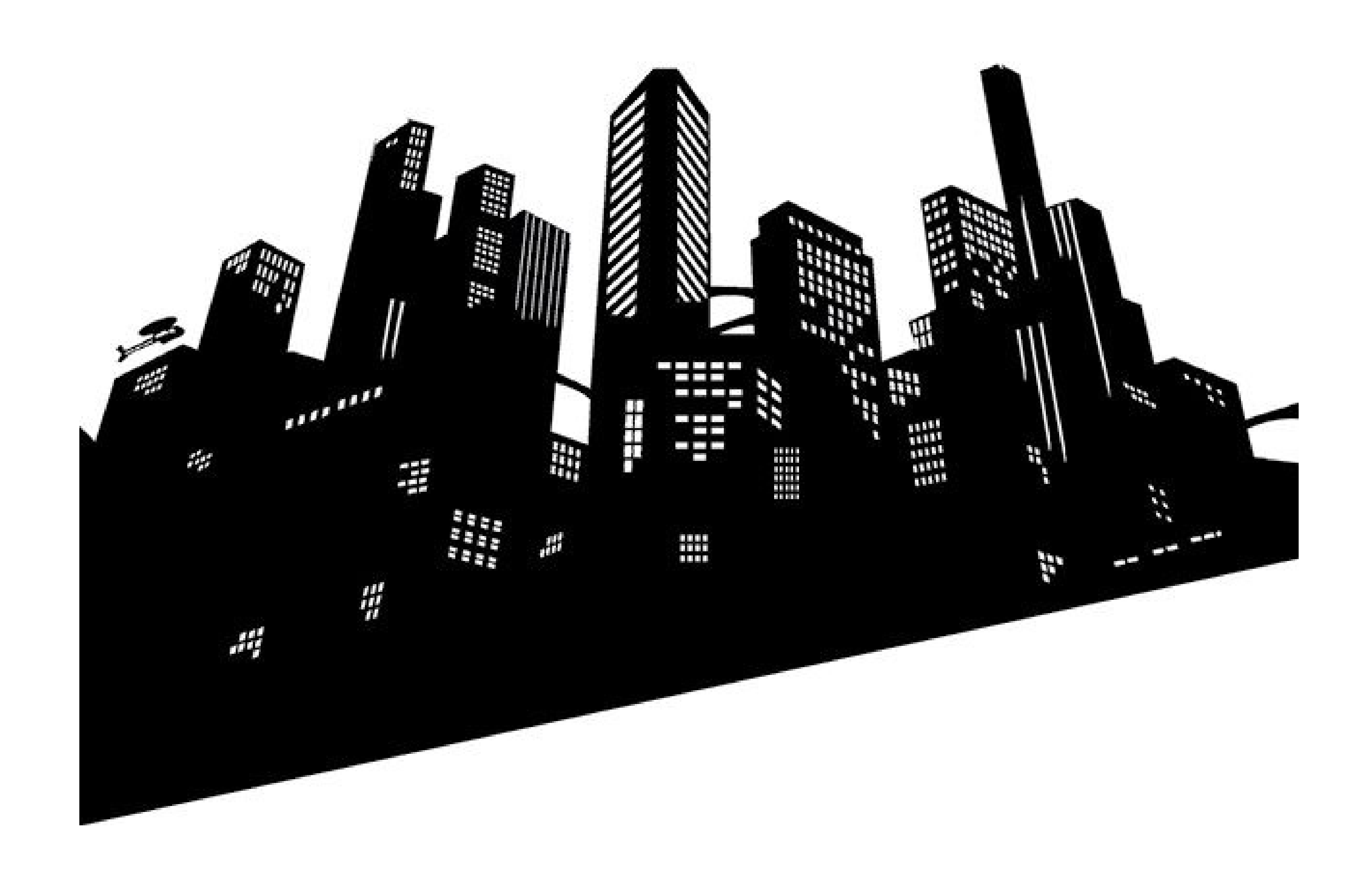
—¿Sí?

—Tenemos entendido que usted tiene un interés en las armas —dijo Kasumi—. Casualmente, nuestro depósito de armas se encuentra desbordado mientras intentan catalogar todo el equipamiento que se rescató del incendio. Pensamos que tal vez podría asistirlos. Puede ser una buena oportunidad para que aprenda acerca de algunas de las otras operaciones que realizamos aquí.

Adrian frunció el ceño y dio un paso para ponerse junto a Nova.

—Un momento, Nova ha demostrado que es más valiosa para los Renegados que dedicándose simplemente a ingresar datos. ¿No pueden conseguir a otra…?

—Lo haré —dijo Nova. Él se volvió hacia ella y vio que se encontraba sonriendo, aunque era una sonrisa descarnada que no parecía encajar con ella—. Será un placer ayudar —miró a Adrian—. Será una manera constructiva de ocupar mi tiempo durante el período de prueba. Además, siempre puedo trabajar el turno noche.



# Capítulo 30

Nova siguió al resto al elevador. Seguía nerviosa por la experiencia ante el Consejo. Estaba orgullosa por haber permanecido tan tranquila durante todo el procedimiento cuando, cada vez que miraba sus rostros, pensaba en la pequeña Evie, oía los disparos, volvía a recordar que estas eran las personas que habían prometido proteger a su familia y la habían traicionado.

—Bueno —dijo Oscar animadamente cuando se cerraron las puertas del elevador tras ellos—, podría haber sido peor. Ellos dicen *período de prueba*, yo digo *vacaciones*.

—Es cierto —dijo Ruby, desplomándose contra la pared—. Yo tenía miedo de que nos apartaran de la vigilancia de las calles para siempre y nos obligaran a… no sé… realizar tareas administrativas o algo así —dirigió una mueca a Nova—. A propósito, lamento la tarea que te asignaron. Suena terrible.

Nova encogió los hombros.

—El aburrimiento es mi peor enemigo. Siempre me gusta entretenerme con algo.

En realidad, no se le ocurría una mejor tarea. ¿La posibilidad de ingresar en la base de datos del arsenal y en el sistema informático? Resultaba irresistible. A esta altura, cualquier cosa que acelerara el proceso de descubrir información nueva y valiosa sería bienvenido.

Cualquier cosa para sacar a Leroy, Honey e, incluso, por momentos, a Phobia de «su» casa. No había pasado ni un día y ya le carcomía la ansiedad, segura de que algún Renegado decidiría investigar a la nueva recluta solo para encontrar su hogar invadido por Anarquistas.

Además, no podían evitar los túneles para siempre, por mucho que disfrutaran de la luz del sol y de la vida vegetal sobre su propia parcela de tierra. Incluso si aquella parcela de tierra fuera más pequeña que una bolsa de dormir y la vida vegetal no fuera más que ortigas y dientes de león.

Había escuchado esta mañana a Honey diciendo que no se valoraba adecuadamente a los dientes de león.

El elevador descendió hasta la planta baja y salieron al vestíbulo.

—¿Alguien quiere almorzar? —preguntó Oscar—. Hoy es día de tacos.

—Yo iré a visitar a Max —dijo Adrian, levantando la mirada hacia el puente colgante—. Estoy seguro de que ha estado toda la noche mirando noticias sobre el incendio de la biblioteca.

El pulso de Nova se aceleró. Aunque últimamente su foco se había centrado en el Centinela, seguía sintiendo una gran curiosidad por Max. *El Bandido*. Aún sabía tan poco acerca de él, de sus habilidades o del motivo por el cual lo tenían aislado en cuarentena.

—¿Puedo ir también?

Adrian la miró sorprendido, pero a ella le pareció que le agradó la idea.

—Claro, si lo deseas.

Al llegar fuera del área de encierro, Max martillaba el techo de la biblioteca de Cloven Cross. Trozos de cristal se hallaban desperdigados alrededor de sus rodillas, pero, si temía cortarse, no se notaba. Por lo menos, llevaba gafas protectoras mientras pulverizaba la maqueta.

Adrian golpeó el cristal.

Cuando Max no dio señales de haberlo oído, Adrian golpeó aún más fuerte.

El niño se sobresaltó y miró por encima del hombro, empujando las gafas sobre su mata de cabello. Esbozó una sonrisa amplia, y resultaba tan extraña la combinación de aquella sonrisa brillante, las gafas, el martillo y la biblioteca derruida que Nova no pudo reprimir una carcajada.

—No está mal —comentó Adrian, girando un dedo en dirección a la biblioteca—, aunque debes destruir más el lado este. Aquella pared prácticamente ha desaparecido.

—Aún no había terminado —dijo Max, con cierta terquedad. Se puso de pie, cruzó los brazos y observó la ciudad a su alrededor—. Estaba pensando, ahora que la Detonadora ha vuelto a estar activa, seguramente tendré que reestructurar muchos edificios en las siguientes semanas.

—Esperemos que no —respondió Adrian, ceñudo—. Apuntamos a que haya menos destrucción general, no más.

—Hablando de reestructuraciones —Nova caminó algunos pasos a lo largo del

muro de cristal, para poder ver mejor el distrito Merchant—, ¿te molesta que te ofrezca algunas sugerencias? Me da la impresión de que te importa mucho ser preciso.

Max se enderezó, casi excitado.

—Claro, lo que quieras.

Ella presionó un dedo contra el cristal.

—¿Ves aquella hilera de casas adosadas situadas en la calle Mission? En realidad, están una manzana más arriba, en Stockton.

Max se acercó a algunas manzanas y señaló.

—¿Estas?

—Sip.

Adrian inclinó la cabeza.

—¿Estás segura?

—Completamente. He pasado muchas horas… caminando. Conozco la ciudad bastante bien.

—Entonces, ¿qué hay sobre Mission? —preguntó Max.

—Edificios comerciales de dos plantas. Hay tiendas en la planta baja; tal vez, oficinas en la segunda, aunque supongo que la mayoría podrían ser apartamentos. Solía haber una agencia inmobiliaria tapiada en la esquina, y cuando era chica había una farmacia, pero no sé si sigue estando allí.

—Espera —dijo Max—. Iré a buscar algo para apuntarlo.

Desapareció en las habitaciones traseras. Luego de un instante, Nova advirtió que Adrian se hallaba observándola.

—¿Vivías allá?

—Cuando era muy pequeña. Mi familia tenía un apartamento a algunas manzanas de allí. ¿Por qué?

Él apartó la mirada, encogiendo los hombros.

—Mi mamá solía patrullar la zona. Supongo que se puede decir que era… su ruta.

Nova se sobresaltó.

—¿Tu mamá?

Adrian la miró, primero sorprendido, luego, divertido. Inclinándose hacia ella, fingió que susurraba.

—En realidad, no tengo *ningún* parentesco con el Capitán ni con Dread Warden, ¿sabes?

Ella puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que sé quién era Lady…

—Eso es, ¿podrías repetirlo? —preguntó Max, pasando la marina a los saltitos—. Dos plantas, agencia inmobiliaria, farmacia en duda. Ahora, ¿era en esta esquina?

Nova hizo a un lado sus pensamientos confusos.

—Eh, sí. Espera… no, aquella, cruzando la calle. Sí, esa. Si sigue estando allí.

—¿Podrías averiguármelo? —preguntó Max.

La miró con tanta ilusión que Nova no tuvo más remedio que encoger los hombros.

—Claro.

—Nova está muy ocupada —intervino Adrian—. La armería le acaba de asignar una tarea nueva.

Max lo miró con cara larga.

—Entonces, tal vez tú puedas averiguarlo. *Tú*, ¿qué harás hoy que sea tan importante?

Adrian lo miró irritado a su vez.

—Lo averiguaremos —dijo Nova—, pero danos algunos días. Además, esta mañana se me ocurrió algo cuando fuimos a la Sala del Consejo —dirigió el mentón en dirección a la maqueta del Cuartel General de los Renegados, su torre surrealista se elevaba por encima del resto del paisaje—. ¿Te gustaría tener elevadores que funcionan en la torre del cuartel general?

Max se quedó quieto.

—¿A qué te refieres?

—Es sencillo. Hice uno para mi casa de muñecas cuando era chica. Es decir, esto requerirá algunos materiales más, pero el principio es el mismo —contó con los dedos—. Necesitaremos algunas jeringas y un tubo largo, y Adrian tendrá que dibujar de nuevo los elevadores, para que pueda conectarlos al nuevo elevador hidráulico. Te bosquejaré un plan para mostrarte a lo que me refiero.

Max volvió su atención excitada hacia Adrian.

—¿Lo harás?

—Claro, por supuesto —dijo, con una carcajada de sorpresa, y la sonrisa que le dirigió a Nova, entre curiosa y agradecida, provocó un calor inesperado en sus mejillas—. ¿Tengo que dibujar también las jeringas y los tubos, señorita Ingeniera?

—Por supuesto que no —respondió Nova, fingiendo escandalizarse—. Justamente, la idea de este experimento es demostrar cómo los objetos normales de todos los días pueden convertirse en algo de verdad fantástico gracias al poder de la física. Se pierde toda la gracia cuando simplemente —hizo un gesto hacia las manos de Adrian— haces un *truco de magia* para que aparezca lo que necesitas.

Él asintió con seriedad, aunque sus ojos seguían brillando detrás de los gruesos marcos de sus gafas.

—Claro. Porque podría, en teoría, simplemente volver a dibujar los elevadores para que funcionen. Ya sabes… empleando la magia.

Nova señaló un dedo hacia su nariz.

—Mi ciencia le gana a tu magia. Ya verás.

—Estoy deseando verlo —dijo Adrian.

—Los técnicos tienen jeringas.

Nova miró a Max, que se había acercado hasta estar parado justo del otro lado del cristal.

—Un montón —añadió, y Nova no pudo impedir que sus ojos saltaran a los hematomas que Max tenía en la parte interior de los brazos.

—Claro —dijo ella—. Servirán perfectamente. Apuesto a que también tienen rollos de tubos almacenados en algún lugar. ¿Tal vez Adrian y yo podamos entrar y… hablar con ellos? ¿Para ver si nos prestan algunos materiales? *—y echar una mirada mientras estemos allí…*

Pero Adrian sacudió la cabeza.

—Ni yo tengo autorización para entrar en esos laboratorios. Pero apuesto a que, si Max les hace una lista, se los traen.

Los hombros de Nova se hundieron, pero solo un instante al ver otra salida. Miró a Max con la frente arrugada.

—Hacen todo lo posible por que estés contento aquí dentro, ¿verdad?

En un instante, vio cómo desaparecía su entusiasmo. Nova tuvo la clara impresión de que hacía lo posible por olvidar que estaba atrapado.

—Lo siento —dijo—. Es solo que… ¿qué están haciéndote? ¿Para qué son todas las muestras de sangre?

Max descendió la mirada a los pinchazos de agujas en el brazo, estirando la piel para examinarlos, como si fuera la primera vez que les prestaba atención.

—Muestras de sangre, muestras de tejido, muestras de médula ósea…

—A eso me refería —dijo Nova.

Pero cuando Max levantó la mirada, no fue a ella a quien miró, sino a Adrian, su expresión levemente suplicante. A su vez, la sonrisa de Adrian había desaparecido, eclipsada por un ceño fruncido y labios apretados.

—Oh, claro. No estoy autorizada a conocer esa información.

—Lo que están haciendo es muy importante —afirmó Max, y Nova se preguntó si intentaba convencerla a ella o convencerse a sí mismo—. Incluso creen que están a punto de descubrir algo. Cambiará las relaciones entre los prodigios para siempre.

—¿Las relaciones entre los prodigios?

Max se puso rojo.

—Es lo que repiten continuamente.

—Eso… ¿qué significa?

Adrian se aclaró la garganta.

Nova lo miró enfurecida.

—¿Información confidencial?

Abrió las palmas como pidiendo disculpas.

—Nosotros no somos quienes hacemos las reglas.

*No*, pensó ella mordaz. *Es tu familia quien las hace*.

Pero intentó sonreír como si lo entendiera.

—¿Tengo permiso para preguntar dónde están tus padres?

—Están muertos —dijo Max, sin vacilar un instante ni manifestar el más mínimo pesar.

—Oh —balbuceó Nova—. L-lo siento.

—Descuida —dijo Max—. Me arrojaron del puente Sentry cuando tenía dos semanas de vida.

El corazón de Nova dio un brinco y lo miró, anonadada, mientras Max se ponía en cuclillas con aire despreocupado y arrastraba los pies alrededor de algunas de las embarcaciones de cristal sujetas a los muelles que tenía a sus pies.

—¿Tenían miedo a los prodigios? —susurró, pensando en lo que Adrian le había contado sobre los niños prodigios, tan a menudo abandonados por padres supersticiosos.

Pero Max sacudió la cabeza.

—Ellos *eran* prodigios. Villanos. Miembros de las Cucarachas.

Las Cucarachas. La misma banda que había ordenado la muerte de su familia.

—Pero entonces… ¿por qué?

Max levantó la mirada hacia Adrian, y de nuevo advirtió la indecisión a medida que iba acercándose a terreno confidencial. Siguió la mirada y notó que los hombros del joven estaban tensos, la mandíbula apretada, la ira que sentía hacia dos villanos capaces de asesinar a su único hijo, aflorando rápidamente.

—Yo era… peligroso para ellos —dijo Max, escogiendo con cuidado sus palabras —. Y también, para el resto de la banda. Sabían que estarían mejor sin mí.

—¿Cómo sobreviviste?

—El Capitán Chromium y Dread Warden vieron lo que ocurrió. El Capitán se zambulló dentro y me rescató mientras que Dread Warden fue tras ellos. Consiguieron escapar, pero… imagino que seguramente murieron en la Batalla de Gatlon.

Nova apretó los puños.

—Habrían muerto antes.

Max levantó la mirada, sorprendido, y sintió la cabeza de Adrian girando también hacia ella. Al instante, su cerebro comenzó a rastrear verdades y mentiras, y se halló escogiendo sus palabras con tanta vacilación como lo había hecho Max. Se le ocurrió que, tal vez, era injusto reprocharle que guardara secretos cuando ella intentaba todo el tiempo eludir los suyos.

—Asesinaron a todas las Cucarachas algunos meses antes de la batalla. Masacraron a toda la banda —miró a Adrian—. ¿Acaso no lo sabían los Renegados?

Él frunció el ceño, sacudiendo la cabeza.

—Oh, pues… dicen que Ace… —carraspeó—. Fue Ace Anarquía quien lo hizo. Dicen que… hubo algún tipo de disputa entre las dos bandas.

*Una disputa. Algo así como que las Cucarachas asesinaron al hermano de Ace y a su familia.*

—¿De veras? —dijo Adrian, rascándose detrás de la oreja—. Eso explica por qué las Cucarachas estaban tan calladas aquellos últimos meses.

Nova miró a Max, luego a Adrian y luego de nuevo a Max.

—Así que el Capitán te rescató y, qué, ¿también te adoptaron? ¿Ustedes son como hermanos? —preguntó ella. La sonrisa de Adrian volvió a aparecer, y verla desató algo en el pecho de Nova.

—Algo así.

—Pero siempre tuve que mantenerme apartado de los demás —dijo Max—. El Capitán Chromium es el único que es inmune a mí. Cuando comenzaron a construir el cuartel general en este lugar, diseñaron estas habitaciones exclusivamente para mí. Querían que sintiera que seguía siendo parte de los Renegados, parte de todo lo que sucedía, aún si… ya sabes, en realidad, no lo sea.

—El Capitán Chromium —musitó Nova, intentando mantener el desprecio a raya. Siempre, el invencible Capitán—. ¿Y los trajes que deben llevar para acercarse a ti? —preguntó, haciendo un gesto hacia la recámara fuera del área de cuarentena.

—Eran trajes de descontaminación —respondió Adrian—, pero han sido adaptados; les pusieron cromo en el forro y alrededor de los bordes. Permite que las personas se acerquen un rato, pero a la larga su poder continúa afectándolos.

Nova hizo una mueca. Parecía que lo que fuera que hiciera Max no era fatal, de lo contrario, sus padres no habrían podido transportarlo hasta el puente. Entonces, ¿a qué le temían tanto todos?

—Realmente, me encantaría que me dijeras lo que provocas.

—Algún día —dijo Adrian—. No es personal. La mayoría de las personas aquí no lo sabe. No es que creamos que no podemos confiar en nuestros propios Renegados ni nada, pero el Consejo tiene miedo de que, si se entera demasiada gente, pueda filtrarse y… a muchos se les ocurra secuestrar a Max.

—O matarme —añadió Max, tan calmo como si estuviera dando el parte meteorológico.

—Está bien —dijo Nova—, dejaré de entrometerme.

No lo decía completamente en serio. Ya le habían dado más información de la que probablemente hubieran advertido, por lo menos, la suficiente para comenzar a formular algunas teorías. Esperaba que, una vez que tuviera acceso a las bases de datos, pudiera averiguar mucho más.

—Así que ahora sé lo que les sucedió a *tus* padres… —volteó la mirada a Adrian —. Mencionaste a tu madre. ¿Lady Indómita murió en la batalla?

Sacudió la cabeza.

—Fue antes de eso. Recibieron un aviso de que uno de los villanos planeaba cometer un asesinato a modo de represalia, porque un tipo había estado vendiendo sus secretos. Mamá se ofreció para ir a detenerlo. Pero al día siguiente, la encontraron en el callejón… —su mandíbula tembló—. Había caído de una azotea. O tal vez, la empujaron. El asunto es que no debió morir cayendo de un edificio porque…

—Podía volar —dijo Nova, pensando en las fotografías que había visto de los seis miembros originales. Lady Indómita había sido hermosa y fuerte, las torzadas de su cabello negro enmarcaban su rostro y la sonrisa, como un anuncio de dentífrico

permanente. Ella y Dread Warden eran los únicos miembros del grupo de justicieros que llevaban capas, y en todas las fotografías parecía estar levitando algunos centímetros del suelo mientras la tela dorada se agitaba detrás de ella.

—Nadie lo vio —continuó Adrian—, y nadie sabe qué villano fue el responsable de matarla ni cómo lo hicieron. Cómo pudieron incapacitarla lo suficiente para… —su voz se fue apagando, y no tuvo que terminar.

¿Cómo cae de un edificio un prodigio que puede volar?

—¿Y tu papá? —preguntó—. Me refiero a tu papá biológico. No me digas que también era un superhéroe.

Se rio.

—No lo creo. Mamá me contó que era un tipo al que había rescatado cuando se derrumbó una fábrica de zapatos. Lo llevó volando a buen resguardo, ambos estaban excitados por la adrenalina, una cosa llevó a la otra… sinceramente, en ese momento, le dije que saltara al final de la historia porque tenía cinco años y *puaj* —se estremeció, y Nova no pudo evitar reírse—. De cualquier modo, intentaron salir algunas veces después de eso, pero él no podía soportar la presión de salir con una superheroína, así que terminó antes de que siquiera supiera que estaba embarazada.

Nova inclinó el hombro contra el muro de cristal. Dentro del área de cuarentena, Max parecía haberse aburrido de la conversación y se hallaba reorganizando los edificios que ella le había señalado antes.

—¿Crees que alguna vez intentarás buscarlo?

—No lo creo. Si no podía con una novia superheroína, dudo de que pueda con un hijo superhéroe. Además, cuando nací fue una noticia importante. Estoy seguro de que se enteró, y después cuando se llevó a cabo la adopción. Si hubiera tenido algún interés en asumir su rol de padre, tuvo bastantes oportunidades para presentarse —su ceño se contrajo con sarcasmo mientras lo decía, pero le duró poco al volver su atención a ella—. ¿Qué dijo tu tío cuando regresaste a casa anoche?

Nova sintió que el cabello se le erizaba.

—¿Mi tío? —chirrió.

—Muchos miembros de la familia ofrecen resistencia, en especial durante las primeras semanas de un recluta en el campo, una vez que comienzan a notar lo peligroso que es el trabajo. Y ayer fue más peligroso que de costumbre —parecía estar atravesándola con la mirada, y Nova sintió toda su paranoia habitual aflorando a la superficie de sus pensamientos—. Pero si necesitas ayuda, tenemos un equipo de asistencia comunitaria realmente fantástico, que siempre está dispuesto a colaborar. Alguien podría llamar a tu tío, o siempre es bienvenido en el cuartel general para conocer mejor lo que hacemos. A veces, es muy útil para que se sientan más seguros.

—Un equipo de asistencia comunitaria —repitió Nova— para hablar con mi tío.

—Solo si lo deseas —la pequeña arruga volvió a plegar su nariz—. ¿Te dijo algo? ¿Intentó convencerte de que no regresaras? Eso sucede muchas veces.

Parecía real y legítimamente preocupado, y Nova sintió una carcajada que subía y

se quedaba atrapada en su garganta. Aquella carcajada histérica e incrédula pronto se convirtió en un sentimiento de ahogo.

Giró la cabeza, tosiendo y presionando una mano contra el pecho, apretando los ojos, para contener las lágrimas. Sintió una mano en la espalda, colocada con suavidad entre sus omóplatos, y tembló con tanta fuerza al sentirla que Adrian la apartó. Incluso mientras aclaraba la garganta e intentaba recuperar el ritmo normal de la respiración, Nova sintió una punzada de decepción de que el contacto, por preocupado e inocente que hubiera sido, no hubiera durado un poco más.

Tragando a pesar de la garganta irritada, miró hacia atrás a Adrian, que aún sonreía levemente divertido.

—Eh, no —dijo por fin—. En realidad, mi tío no está demasiado preocupado por mí. Por otro lado… —señaló con gesto impreciso hacia sí misma—. He estado entrenando para esto toda mi vida, así que creo que sabe que no hay manera de que me disuada de hacerlo.

Adrian asintió, comprensivo.

—Bueno, si comienza a preocuparse, solo avísame. No queremos que nadie se sienta jamás dividido entre los Renegados y su familia.

Los labios de Nova volvieron a esbozar una pequeña sonrisa. Sabía que él debía pensar que estaba loca, pero no podía disimular lo graciosa que le parecía toda esta conversación.

—No —dijo—, eso sería terrible.

—Hola, Sketch.

Al voltearse, la aparición de Urraca, la pequeña ladrona del desfile, empañó rápidamente la sonrisa de Nova. La chica cruzaba el puente colgante dando fuertes pisotones, con un semblante profundamente ceñudo en el rostro, que la hacía lucir mucho mayor de la edad que seguramente tenía. O, por lo menos, como una chica que quería que la gente creyera que era mayor, pero que no terminaba de ser convincente.

—¡Urraca! —exclamó Adrian, y Nova advirtió que le inyectaba adrede entusiasmo y alegría a su voz, tal vez para compensar el nubarrón de pesimismo que colgaba sobre la joven—. ¿Has estado tomando buenas decisiones últimamente?

Ella ignoró la pregunta, se detuvo a unos pasos y le extendió un archivo de aspecto oficial.

—El Consejo me asignó la tarea de mensajera esta semana —explicó, como si fuera un castigo indecible.

—Qué bien —dijo Adrian—. Eso evitará que te metas en problemas durante un tiempo —levantó el archivo—. Muy buen servicio de entrega. No olvidaré decirles que estás superando todas las expectativas. Sigue así.

Urraca soltó un quejido afligido, disparó una mirada resentida hacia Nova, y luego se volteó y volvió a dirigirse a zancadas hacia los elevadores. Mientras se alejaba, Nova no pudo evitar verificar que su brazalete siguiera en su lugar.

—Sería una villana decente —murmuró.

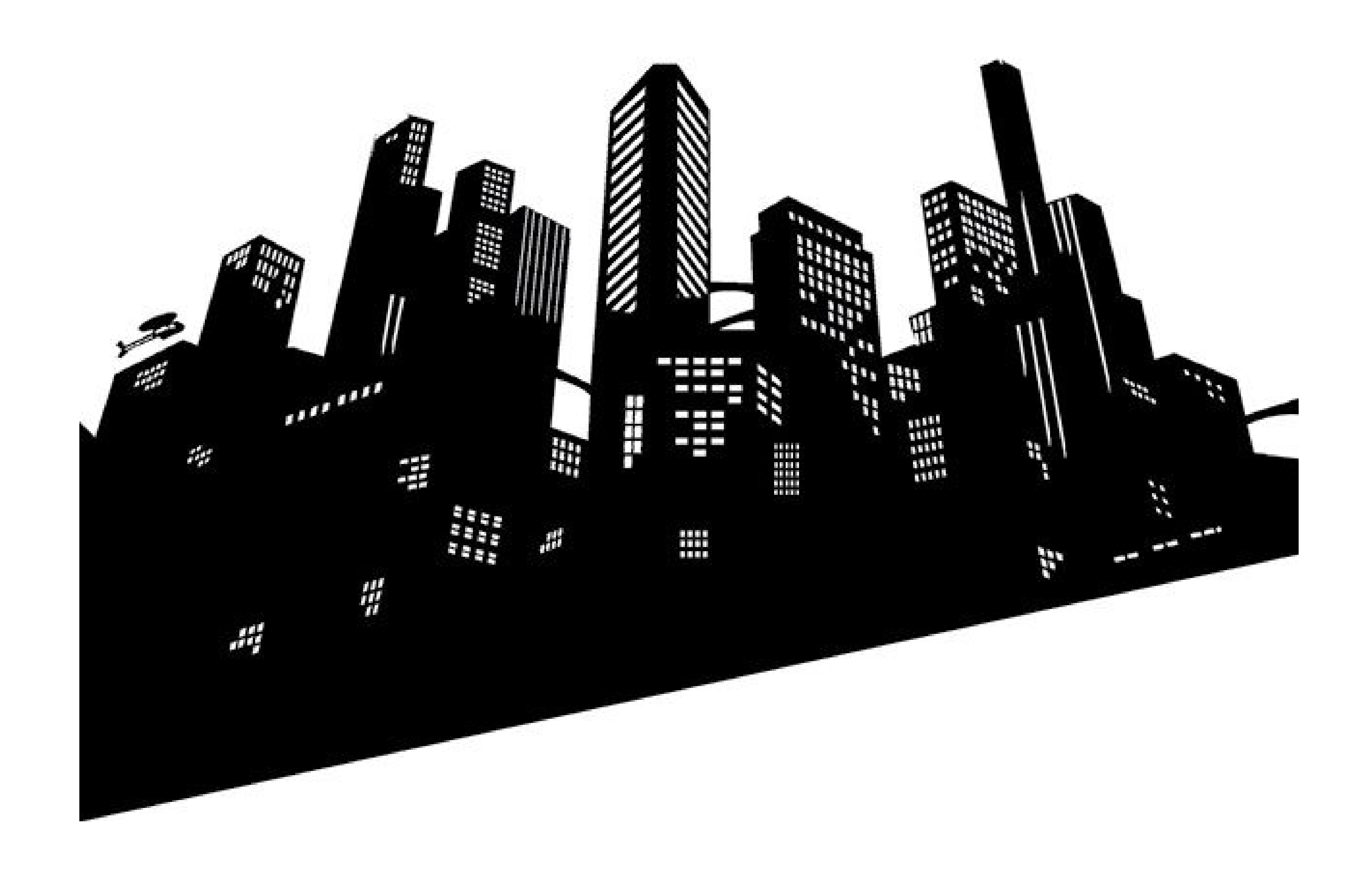
—Ni lo mencionemos —dijo Adrian, desgarrando el sobre para abrirlo—. En caso de que aún no se le haya ocurrido, no quiero ser el que le meta la idea en la cabeza.

Nova observó sus manos mientras extraía una única hoja de papel blanco. En la parte superior tenía impresa una gran R con papel de aluminio rojo.

—¿Acaso el Consejo no cree en enviar mensajes a través de los brazaletes de comunicación, como el común de los mortales?

Adrian sacudió la cabeza, examinando la carta con la vista.

—Todo lo que pasa por el sistema está sujeto a ser revisado e inspeccionado. Es evidente —la comisura de su boca se levantó al encontrarse con su mirada— que no quieren que toda la organización se entere de que han aprobado mi pedido de hablar con el Titiritero.



# Capítulo 31

—No creo que deba ir —dijo Nova, siguiendo a Adrian, que se precipitaba por entre las mesas de la cafetería.

—¿De qué hablas? —preguntó él, sin volverse para mirarla—. Por supuesto que debes ir.

—No me necesitas —insistió—. No sé nada acerca de interrogatorios. Y… puedo comenzar con el trabajo de catalogación, ¿verdad? En serio, solo seré un estorbo.

Adrian se detuvo y giró hacia ella. Nova se paró en seco, encogiéndose bajo su mirada de preocupación.

—¿Tienes miedo del Titiritero? —preguntó, atónito.

Nova arrugó el rostro.

—*No* —dijo antes de advertir que, si hubiera dicho que sí, se habría acercado al objetivo de no estar en la habitación junto con la única persona del cuartel general que sabía exactamente quién era ella… y que no tenía idea de que estaba haciéndose pasar por una Renegada—. Quiero decir, me parece completamente siniestro. Y no me gustan… los títeres. Ni las marionetas. Hasta los títeres de calcetín me asustaban cuando era chica, así que, sí. Sí, tal vez sí le tenga miedo. ¿Puedo quedar fuera de esto?

El rostro de Adrian adoptó la mirada serena y comprensiva que comenzaba a

despertar en Nova un sentimiento de amor-odio.

—Lo tendrán atado. Estaremos perfectamente a salvo. Además, sus poderes solo funcionan con chicos.

—No quiero ir, por favor.

Adrian parpadeó y, por fin, ella percibió que la determinación de él comenzaba a flaquear. Un destello de esperanza recorrió las venas de Nova.

—Nova —dijo finalmente, con delicadeza—, tú fuiste la única que estaba en aquella azotea con la Detonadora y el Bibliotecario. Es posible que sepas algo sobre los Anarquistas y sus vínculos que el resto de nosotros no entendamos. Y seamos honestos, eres muy observadora. Tal vez, captes algo que al resto se nos escape. Así que… lo siento, pero creo que te necesitamos allí —sonrió vacilante, como para suavizar el rechazo de su pedido—. Te prometo que no representa ningún peligro para nosotros. No te pasará nada.

Nova tragó saliva. Deseaba poder creer que fuera cierto.

Él se volteó, dirigiéndose hacia Ruby y Oscar, sentados ante una mesa pequeña cerca del rincón. El plato de Ruby estaba vacío, excepto por algunos trozos de lechuga dispersos, y Oscar se hallaba defendiendo su plato mientras ella intentaba pinchar una de sus aceitunas negras con el tenedor.

—¡Tienes un bote lleno de aceitunas! —gritó Oscar. Levantó el plato para apartarlo de la mesa, alejándolo lo más posible de su alcance—. ¡Ve y busca las tuyas!

—Ni siquiera te gustan las aceitunas —disparó Ruby, prácticamente cayendo sobre su regazo al inclinarse encima de él mientras daba pinchazos con el tenedor en el aire—. ¡Solo te las serviste para provocarme!

—Está bien, tortolitos —dijo Adrian, dejando caer el archivo sobre la mesa.

De inmediato, Ruby se reclinó sobre el respaldo de su silla, ruborizándose, en tanto Oscar esbozó una sonrisa amplia. Parecía muy satisfecho con el mote.

—Han concedido nuestra petición. Tenemos treinta minutos para preparar nuestras preguntas.

Ambos lo miraron, confundidos.

—¿Petición para qué? —preguntó Oscar.

—¿Qué preguntas? —preguntó Ruby al mismo tiempo.

Adrian miró a ambos y suspiró.



Treinta minutos después, Nova se halló atrapada dentro de una habitación de acero, entre Ruby y Adrian, atentos al sonido metálico de los cerrojos por detrás. Había una segunda puerta justo enfrente, a través de la cual traerían al prisionero. Una única mesa se hallaba atornillada al suelo, junto con dos sillas, una a cada lado. En el otro

extremo de la mesa había un par de esposas, los gruesos puños enganchados a guantes metálicos que encerraban las manos por completo. Estaban destinados especialmente a prodigios que necesitaban emplear las manos y los dedos para manifestar sus habilidades.

Si hubieran sospechado que se enfrentarían a la Detonadora cuando montaron el sistema de vigilancia de la biblioteca, Nova supuso que les habrían entregado esposas similares, en lugar de los grilletes habituales que habían recibido.

—Entonces… —dijo Oscar, señalando con el mentón la silla más cercana, ¿te sentarás allí?

Adrian sacudió la cabeza.

—Siéntate tú.

—No la necesito —dijo Oscar, encogiendo uno de los hombros despreocupadamente—. Tú eres el jefe acá. Si la quieres…

—Siéntate, Oscar.

Oscar frunció el ceño, y Nova notó su resentimiento ante la brusquedad de Adrian.

Era impropio de este, y un indicio de que él también estaba más nervioso de lo que demostraba.

Con un suspiro, Adrian señaló la silla.

—Necesito que juegues al policía malo. El policía malo se apropiaría del asiento, ¿verdad?

Nova reprimió una sonrisa. Le resultaba tan fácil calmar las tensiones. Sin dejar de respetar sus debilidades —en este caso, todos sabían que Oscar seguía recuperándose de la fatiga del día anterior, aunque nunca admitiera molestia alguna—, Adrian también valoraba con esta sencilla concesión todas las maneras en que el Renegado contribuía al equipo, incluso si aquella contribución fuera sencillamente su talento para ser histriónico. Hubo momentos en los que Nova se preguntó si Adrian se había vuelto líder del equipo por su apellido, pero cada vez estaba más segura de que se había ganado ese lugar.

De cualquier manera, su sugerencia funcionó. Levantando orgulloso la barbilla, Oscar se acomodó en la silla y apoyó el bastón contra la mesa. Cruzó los brazos formalmente sobre el pecho.

—Ahora, sí —dijo, asintiendo satisfecho—, el policía malo está listo.

—¿Cuál de nosotros será el policía bueno? —preguntó Ruby, mirando a su vez a Adrian y Nova.

Nova no podía responder. Tenía la boca tan reseca que temía que, si intentaba hablar, sus palabras quedarían pegadas a la lengua.

—Yo soy el policía bueno —dijo Adrian. Miró a Nova—. Tú serás la observadora. Si tienes algo que decir o añadir, interrumpe; de lo contrario, quiero que te concentres en cualquier señal de que pueda estar mintiendo… o diciendo la verdad.

—Y yo, ¿quién soy? —preguntó Ruby.

Adrian sonrió con picardía.

—Tú eres el músculo.

Ruby hizo un gesto socarrón, saltando excitada de un pie a otro mientras desenrollaba el alambre que tenía sujeto en la muñeca.

—Espera —dijo Oscar, echando una mirada encima del hombro—. Tal vez, yo quiera ser el músculo.

Nova miró el heliotropo de Ruby, centelleante en la tenue luz de la habitación.

—No vamos a *torturarlo*, ¿verdad? —preguntó. Todos se voltearon a la vez, cada uno de sus rostros igualmente espantado.

—Cielos, Nova —dijo Adrian—. Nosotros somos los buenos, ¿recuerdas?

Nova se volvió a hundir en su asiento, sin saber si debía avergonzarse o no por la pregunta. No pareció ridícula cuando la hizo.

Del otro lado de la sala, oyeron el ruido metálico de más cerrojos que se corrían. El cuerpo de Nova se volvió rígido. Se frotó las palmas húmedas sobre los costados de su uniforme.

La puerta se abrió, y entraron dos guardias que conducían a Winston Pratt de los codos. Llevaba un overol carcelario con rayas negras y blancas. Los puños y tobillos se hallaban atados con cadenas, y su paso habitualmente garboso era lento, sus hombros estaban tensos, los brazos apretados contra el cuerpo como si intentara deshacerse de los guardias.

A Nova le sorprendió ver que siguiera con el maquillaje puesto, o lo que siempre supuso que era maquillaje, aunque jamás lo había visto sin él. La pintura negra alrededor de los ojos, los círculos rosados en las mejillas, las nítidas líneas dibujadas desde las comisuras de la boca roja hasta la mandíbula, creando el efecto de una marioneta de madera. Las líneas ni siquiera estaban borroneadas.

Por primera vez en todos los años que lo había conocido, se preguntó si era maquillaje o si su poder realmente había transformado su rostro en el de un títere.

O en el de un titiritero.

La mirada de Winston se desplazó a uno y otro lado de la sala, saltando de las sillas a las paredes, pasando por la bombilla de luz del cielorraso, las esposas sobre la mesa, y luego a Oscar, Adrian, Nova y Ruby.

Y de nuevo a Nova.

Parpadeó furioso, como tratando de deshacerse de una pestaña molesta. Arrugó la frente con fuerza.

Apretando los labios, Nova hizo lo posible por transmitirle confidencialidad, sacudiendo con sutileza la cabeza y esperando que captara la intensidad desesperada de su mirada.

Pero Winston Pratt nunca había sido adepto al arte de la sutileza.

Continuó mirando, sus labios apartados, su cabeza inclinada curiosamente a un lado mientras lo sentaban con fuerza en una silla. No ofreció resistencia alguna cuando metieron sus manos encadenadas en los grilletes y las aseguraron en los

guantes metálicos con firmeza.

—Tienes quince minutos —dijo uno de los guardias a Adrian—. Este interrogatorio está siendo grabado —señaló con el dedo hacia una pequeña cámara en el techo—, con el objetivo de ser revisado después a discreción del Consejo. Si quieren adelantar el final de la sesión, solo tienen que golpear la puerta y regresaremos —añadió. Luego se marcharon.

Winston seguía mirando embobado a Nova, y los otros comenzaban a darse cuenta. Adrian y Ruby la miraron, y ella solo atinó a encogerse de hombros, con un gesto incómodo y confundido.

—Está bien, señor Pratt —dijo Oscar, inclinándose hacia delante y doblando las manos sobre la mesa—, ¿o debería llamarte… *Titiritero*?

Por lo menos, este comentario hizo que Winston apartara la mirada de Nova.

—Voy a hacerte algunas preguntas —continuó Oscar—, y te sugiero firmemente que las respondas —crujió los nudillos, y luego se volvió a recostar hacia atrás, curvando un dedo encima del hombro—. Adelante, Sketch. Es todo tuyo.

Enarcando las cejas en lo que podía ser un gesto de diversión o de vergüenza, Adrian avanzó para pararse junto a Oscar.

—Tengo entendido que ya te han interrogado varias veces —dijo Adrian—. Pero tenemos una cuestión específica que queremos discutir contigo.

Aunque ahora Winston miraba a Adrian, su mandíbula seguía floja por la perplejidad. Nova sintió que le escurrían las tripas en una máquina de lavar. Se halló imaginando una situación en la que revelaban su identidad —aquí, ahora— y se preguntó si había una esperanza de salir de allí con dos puertas cerradas con cerrojo y tres Renegados que sabía que se volverían contra ella en el instante en que advirtieran quién era.

—En primer lugar —continuó Adrian—, debes saber que ayer la Detonadora atacó la biblioteca. Hizo estallar bombas en espacios públicos. Como resultado, los Renegados acudieron a los túneles del metro, donde tú y tus compañeros han estado viviendo, con la intención de arrestarla. Sin embargo, los Anarquistas atacaron a esos Renegados, y desde entonces han desaparecido, abandonaron los túneles subterráneos.

El ceño de Winston se arrugó. Comenzó a sacudir la cabeza, desconcertado.

—No querían marcharse… —miró de nuevo a Nova.

Ella intentó permanecer inmutable, manteniendo al mismo tiempo un mantra en la cabeza —*silencio, confidencialidad*— como si, de pronto, pudiera desarrollar la telepatía.

—Un elemento que encontraron en los túneles de interés particular —dijo Adrian — fue un vagón recientemente habitado. Tenemos motivos para creer que este vagón pertenecía a la villana que se hace llamar *Pesadilla*. Ahora sabemos que es una Anarquista.

Sus labios se apartaron, la mandíbula se aflojó. Winston desplazó su mirada

atónita de nuevo a Adrian.

—De ella queremos hablar hoy —continuó Adrian, y apoyó una mano sobre la mesa, inclinándose hacia delante. Si no hubiera estado temblando de miedo, a Nova le habrían parecido adorables sus intentos por ser intimidante.

Su memoria repasaba aquellos momentos en el globo aerostático de Winston mientras los dos flotaban a la deriva sobre los despojos del desfile: el momento en que advirtieron que no podrían pasar por encima del techo del siguiente edificio, el instante cuando ella eligió sacrificar a Winston a sus enemigos.

Él tenía todo el derecho de odiarla ahora. Tenía todo el derecho de traicionarla.

Nova tragó saliva.

—Lo siento —chilló Winston, mirando a Adrian—, ¿podrías repetir lo que dijiste?

—Pesadilla —dijo Adrian—. Comenzaré por algo simple. ¿Cuál es su nombre verdadero?

Una arruga profunda parecía haberse grabado de manera permanente en el entrecejo de Winston, y el modo en que su boca se negaba a cerrarse hacía que pareciera que se había roto el mecanismo que sujetaba su mandíbula de marioneta con su cráneo de marioneta.

—¿Pesadilla? —carraspeó.

—Pesadilla —confirmó Adrian—. Tal vez la recuerdes como la que te expulsó de tu propio globo aerostático. Quiero saber cuál es su nombre verdadero.

Nova se mordió el interior de la mejilla.

—No… —empezó a decir Winston, pero vaciló, dejando que la palabra se perdiera hasta que sus labios se fruncieron alrededor de aquella «o» larga e incierta.

Los pulmones de Nova se contrajeron, expulsando cualquier tipo de oxígeno que pudiera resultar valioso.

—¿Disculpa? —preguntó Adrian.

—No… no. Eh… —Winston miró un instante a Nova, y luego de nuevo a Adrian —. No… reen —tosió—. Su nombre es Noreen.

Nova inhaló, larga y profundamente. Todos los demás, en cambio, quedaron inmóviles.

Sabía que nadie le había creído. Pero no le importaba. Winston había tenido la oportunidad de traicionarla y no lo había hecho. Un leve destello de esperanza parpadeó en su cabeza.

—Noreen —dijo Adrian, su voz cargada de escepticismo.

—Noreen —repitió Winston, inclinando la cabeza con orgullo y determinación.

—Noreen, ¿qué?

—¿Eh?

—¿Tiene apellido?

—Oh, eh… —Winston echó un vistazo alrededor, como buscando inspiración, y luego encogió los hombros—. No. Ningún apellido. Solo Noreen.

Adrian y Oscar intercambiaron una mirada. Adrian aclaró la garganta.

—Sabemos que Pesadilla obtuvo, por lo menos, una de sus armas de un traficante del mercado negro conocido como *el Bibliotecario*. Pero la hemos visto usar varias armas y herramientas que no guardan ningún parecido con lo que hay en el mercado. ¿Dónde obtiene sus suministros?

Winston sostuvo su mirada. Parpadeó. Se pasó la lengua por los labios. Abrió la boca. Dudó. Tragó. Tosió. Finalmente respondió.

—Una ferretería.

—¿Una ferretería?

—Sí —meneó la cabeza de arriba abajo—. Allí obtiene su material.

—¿Se trata de una palabra clave para otra cosa?

—No. Tan solo, en la ferretería.

Nova se avergonzó por dentro aunque, en su mayor parte, era cierto. Era verdad que muchos de los elementos que empleaba para sus inventos los obtenía en una ferretería local.

—¿Alguna ferretería en particular? —preguntó Adrian.

—Hmm —Winston pareció considerarlo. Luego—: No. Le gustan todas.

—Tal vez —dijo Oscar, inclinándose hacia delante sobre el codo—, podrías mencionar al menos el nombre de *una*. Solo para que podamos empezar.

Los labios de Winston se estiraron en una línea delgada y encogió los hombros.

—No lo sé. Pregúntenle a ella.

Afortunadamente, su mirada no se volvió a desplazar hacia Nova, aunque solo podía imaginar el control que se hallaba ejerciendo para mantener el foco en sus inquisidores.

—¿Qué tal los nombres de cualquier conexión que ella pudiera tener en la ciudad? —preguntó Adrian—. ¿Se te ocurre alguien con quien pueda haber establecido contacto una vez que los Anarquistas abandonaron los túneles del metro? ¿Algún lugar donde pudo ir?

Winston bajó la mirada hacia la mesa. Parecía realmente estar considerando la pregunta. Por fin, con honestidad, comenzó a sacudir la cabeza.

—No sé a dónde pudieron ir.

Adrian se masajeó la sien.

—¿Qué me dices de otros lugares que a Pesadilla le guste frecuentar? ¿Algún… restaurante favorito? ¿Tiendas?

Esta vez Winston no pudo evitar echarle un rápido vistazo a Nova, aunque de inmediato desplazó la mirada a Ruby y luego de nuevo a Adrian, como para enmendar su error.

—¿Las azoteas? —sugirió.

Los hombros de Adrian se hundieron.

—¿Alguna azotea en particular?

—N-no lo sé. De veras que no —Winston se echó hacia delante, y su rostro

perplejo adquirió visos de desesperación—. No sé dónde está. Sinceramente. No tengo idea.

Adrian cerró los ojos brevemente.

—Está bien, Winston. Solo intentamos…

—No, no está *bien* —dijo Oscar, estrellando el puño sobre la mesa—. Es evidente que sabes algo, ¡y no nos iremos de esta sala hasta que no nos digas qué es!

Winston arrugó la frente.

—Dijeron que solo teníamos quince minutos.

—*Aquello*… —comenzó a decir Oscar con el dedo en alto. Luego le ganó el desánimo, y carraspeó—… de hecho, era cierto. Pero de todos modos, puedes decirnos ahora lo que sabes o podemos regresar y repetir esto mañana. Y al día siguiente. ¡Y al siguiente! No nos rendiremos hasta que nos digas lo que queremos saber, así que comienza a hablar, señor Pratt. Si no… ¡me aseguraré de que no te sirvan tacos! O, eh, lo que sea que les den de comer a los prisioneros en este lugar.

Adrian deslizó la mano por el costado del rostro.

—Está bien —dijo—. Escucha. Ella te traicionó. Literalmente, te arrojó de tu propio globo aerostático y te dejó a merced de tus enemigos, ¿verdad? No tienes ningún motivo para protegerla. En cambio, si nos ayudas… —vaciló, y Nova lo vio luchando por encontrar algo que pudiera ofrecerle a Winston, algo que no rompiera ninguna de las reglas de los Renegados—. Veré… veré si podemos conseguirte algunos libros o algo.

Nova apretó los labios, sabiendo que no llegaría muy lejos con este soborno. De hecho, Winston lucía más confundido por el ofrecimiento que otra cosa.

—¿Libros?

—O… no sé. ¿Revistas? ¿Un mazo de cartas? Algo para que te entretengas. Esa celda debe ser aburrida, ¿verdad?

La mirada de Winston pareció iluminarse.

—¿Pueden traerme un set de pinturas? ¿Una nueva marioneta?

Los hombros de Nova se tensaron. No. *No*. No lo podían convencer *ahora*.

—Eh… Tendré que conseguir la autorización de mis supervisores —dijo Adrian—. Pero… podría preguntar.

El deseo en la mirada de Winston era imperioso, y por primera vez, Nova se sintió mal por haber pensado tan poco en él desde su arresto. Además de aburrido, debió sentirse solo. No es que ella podría haber hecho algo para ayudarlo, pero… por lo menos, podría haber pensado en él.

—¿Podrían repetir la pregunta? —preguntó Winston.

—Queremos saber si hay algún lugar que Pesadilla frecuente —dijo Adrian—. Algún lugar adonde podría haber ido.

Winston apartó la mirada; su rostro delataba los pensamientos contradictorios que se debatían en su interior. La tentación que Adrian le había ofrecido se oponía a cualquiera fuere la lealtad que aún tenía con Pesadilla y con los Anarquistas.

—A ella… eh… le gusta… ir… al parque.

La decepción invadió el rostro de Adrian.

—El parque —repitió secamente.

A diferencia de él, Winston era pura jovialidad, por lo que creyó era una mentira aguda y completamente creíble.

—Sí. Le encanta ir al parque.

—¿Al City Park?

—Oh, no, no —dijo Winston, entusiasta—. Al parque *Cosmópolis*.

Nova tosió, cubriéndose la boca, para ocultar la risa.

Adrian echó un vistazo atrás.

—Lo siento —dijo Nova.

Él suspiró, volviendo la atención a Winston.

—Nos estás diciendo que a Pesadilla le gusta frecuentar un parque de atracciones.

—Oh, sí. Va todo el tiempo. Disfruta especialmente de la Casa de la Risa —se rio histéricamente y encogió los hombros como para sugerir, *¡Qué chicos locos, quién sabe qué les gustará después!*

—¿Puedo preguntar algo? —interrumpió Ruby.

—Por favor, hazlo —dijo Adrian, apartándose de la mesa y haciendo un gesto para que procediera. Por la expresión de frustración en su mirada, era evidente que este interrogatorio no estaba saliendo como esperaba.

Ruby dio un paso hacia delante, balanceando distraídamente el heliotropo como un péndulo. Winston la siguió con los ojos, se inclinó con levedad hacia atrás, como temiendo que ella estuviera a punto de apuñalarlo con la gema. Y era posible que lo hiciera.

—Los Anarquistas han estado, por así decirlo, *relativamente* inactivos durante nueve años, ¿verdad? Pero Pesadilla parece ser bastante joven. Definitivamente, más joven que el resto de tu banda. Así que lo que quiero saber es cómo llegó para unirse a ustedes en primer lugar. ¿Están reclutando miembros nuevos?

—Oh —respondió Winston, en apariencia encantado de poder responder esta pregunta sin tener que esforzarse demasiado por que se le ocurriera una mentira razonable—. No, no han reclutado a nadie nuevo. En realidad, la trajo Ace.

—¿Ace? —preguntó Oscar, con una carcajada incrédula—. ¿Ace Anarquía?

—Por favor —dijo Adrian—, habría sido una chiquilla en aquel entonces.

—¡Sí! —dijo Winston, asintiendo vivamente con la cabeza—. *Era* solo una chiquilla.

Lo miraron, enmudecidos, un largo rato.

—Explícalo —fue lo único que dijo finalmente Adrian.

Pero para entonces, Winston parecía haberse encerrado de nuevo en sus pensamientos y comenzaba a dudar de su explicación entusiasta. Dirigió la mirada a Nova, y ella lo miró encogiendo los hombros, sin saber ya a estas alturas en qué dificultades podía meterla la verdad.

Pero Winston optó por eludirla, y nuevamente, su rostro adoptó una expresión temerosa e incierta.

—Ace la encontró… —comenzó a decir. Después de inhalar largamente, continuó —: ¡En el parque Cosmópolis!

—Por supuesto —dijo Oscar—. ¿En qué otro lugar podía ser?

—No, no, es la verdad —insistió Winston—. Yo solía trabajar allí, saben, antes de que su Consejo lo convirtiera en algo tan… —hizo una mueca de irritación— *saludable*. Y un día, apareció una chiquilla. Deambulaba cuando ya era de noche. El parque había cerrado hacía horas y, pues, Ace la encontró y se dio cuenta de que sus padres la habían dejado allí. La habían… abandonado. Así que le dio un algodón de azúcar y… eso fue todo. Nos conseguimos una pequeña Pesadilla —comenzó a sonreír, una sonrisa real que estiró las líneas oscuras de su barbilla—. Ella y yo solíamos jugar juntos. A veces, cuando estaba asustada de noche, la distraía con *shows* de marionetas. Le gustaban especialmente las sombras chinescas, que son mi especialidad. Recuérdalo, N… —soltó un hipo. Tosió—. Eh, me acuerdo bien de Pesadilla. La pequeña Pesadilla. Éramos amigos… —su frente se arrugó, y una tristeza repentina ensombreció su repentina alegría—. Al menos, en aquella época.

Nova sintió que le desgarraban el corazón. Los últimos años no había considerado a Winston más que una molestia, pero él tenía razón. De niña, habían sido amigos. ¿Cómo habían perdido esa amistad? ¿Cómo se había convertido ella en semejante… semejante Anarquista?

Mantuvo la vista fija en él, deseando que levantara la cabeza y la mirara, deseando poder transmitirle que lo sentía, y que sí recordaba aquellas épocas, todas esas noches en vela cuando la había hecho reír, y cuánto significó para ella.

Pero esta vez, Winston mantuvo la cabeza gacha.

Detrás de él, un sonido metálico sacudió la puerta, y los guardias estaban de regreso.

El interrogatorio había concluido.

Caminando de regreso al corredor fuera de la sala de interrogatorios, Nova sintió como si tuviera cien Gárgolas posadas en los hombros. Había creído que abandonar aquella sala conservando su secreto aún intacto la dejaría eufórica y llena de alegría, pero solo sentía culpa.

No solo culpa por Winston, sino por todos ellos. Los Anarquistas contaban con ella, y hasta ahora, ¿qué había logrado? Desde su llegada a este lugar, los habían obligado a abandonar su hogar. Ingrid estaba exiliada. El Bibliotecario estaba muerto. Ciertamente, no habían logrado ningún avance para destruir a los Renegados.

—Entonces —dijo Ruby alargando las palabras y haciendo girar su heliotropo como un molinillo alrededor del dedo—. ¿Creemos que alguna palabra que salió de su boca fue cierta?

—No lo sé —dijo Adrian—. La mayoría no, de eso no me cabe duda.

Oscar asintió.

—Estoy de acuerdo, pero creo que por momentos tomaba elementos ciertos, ¿saben a lo que me refiero? Es como si… hubiera habido algunos componentes de verdad en el relato.

—Sí, pero ¿qué partes? —preguntó Ruby.

Adrian hizo una pausa y se recostó contra la pared, cruzándose de brazos.

—Mencionó el parque Cosmópolis algunas veces, y sabemos que solía traficar drogas allí durante la Era de la Anarquía, ¿verdad? Quizás haya algo ahí.

—Un momento —dijo Ruby, con una carcajada ligera—. Solo piensen en ello un segundo. ¿Realmente imaginan a *Ace Anarquía* encontrando a una chica perdida en un parque temático, dándole un algodón de azúcar y decidiendo traerla a casa para… *criarla*? Vamos.

Nova sintió que se le erizaba el cabello y la miró enfurecida, pero luego Adrian también comenzó a reírse.

—Lo sé —dijo, masajeándose el ceño—. Tienes razón. Es solo… ¿qué otra pista tenemos? ¿Algo más?

—Nova —dijo Oscar, mirándola—, tú trabajabas en el parque Cosmópolis.

El comentario de Oscar sonó tan acusatorio que Nova se enderezó aún más, lista para defenderse.

—¿Y?

—Si existe una conexión entre Pesadilla y el parque… no lo sé. ¿Alguna vez viste algo sospechoso?

Su actitud defensiva comenzó a retraerse de inmediato. Exhaló.

—¿Te refieres a que si alguna vez me topé con una chica caminando con un antifaz de metal? Eh, no, no puedo decir que la haya visto.

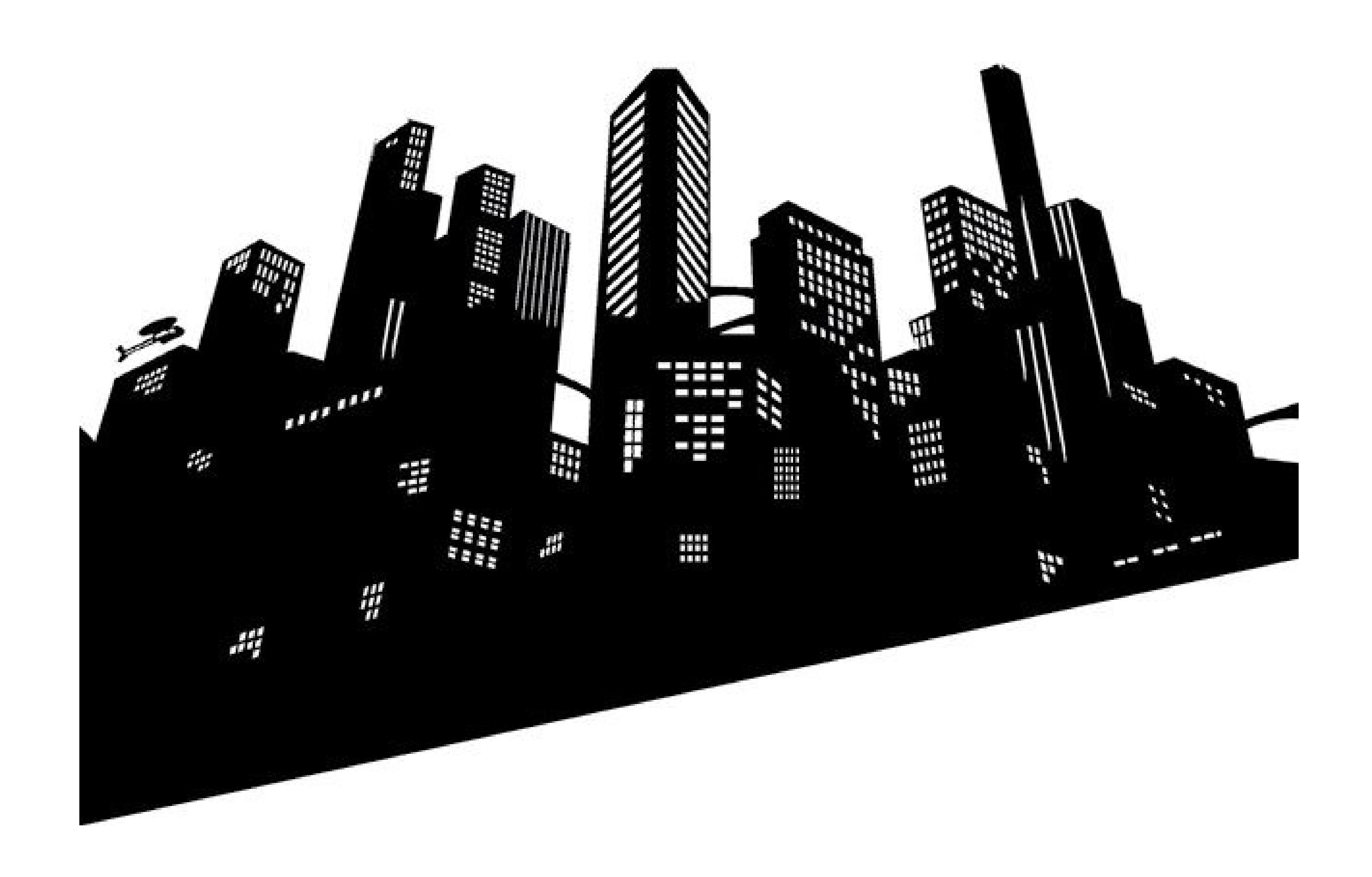
—No me sorprende —dijo Adrian—, si realmente frecuenta el parque temático, de lo cual aún dudo bastante, pero si lo hace, no estaría haciéndolo disfrazada de pies a cabeza, ¿verdad?

—De todos modos —comentó Ruby—, tal vez Nova pueda hablar con su antiguo jefe, animar a la gente a que esté atenta.

Nova forzó una sonrisa, intentando recordar el nombre de su supuesto jefe y esperando que nadie se molestara en preguntar.

—Sí, claro. No sería ningún problema.

—Está bien —Adrian se rascó la mandíbula—. Haré que envíen una transcripción del interrogatorio a cada uno esta tarde. Tomémonos la noche para pensar en él, y seguir discutiéndolo mañana —suspiró—. Es evidente que estaba ocultando algo, pero… no sé. Algo me dice que nos dio más de lo que creemos.



## Capítulo 32

Nada nuevo ni concreto se le ocurrió a ninguno de ellos ni al día siguiente ni al otro.

Para la tercera noche después del interrogatorio del Titiritero, Nova empezó a relajarse. En gran medida, también, porque sentía que estaba progresando, obteniendo información que podría realmente tener valor, gracias a su trabajo de catalogación.

Descubrió que el cuartel general le gustaba más de noche. Después de que se había ido todo el mundo a casa, era tan tranquilo. Nunca estaba completamente desocupado: siempre había personal de seguridad monitoreando el edificio, y unidades de patrullaje nocturna que iban y venían entre misiones, pero la diferencia comparada con el día era notable. La tranquilidad era un alivio.

Hacía tiempo que Nova tenía sentimientos ambivalentes respecto de las horas más calmas de la noche. Aquel tiempo suspendido en el que el mundo entero se volvía solitario y se cubría de sombras. A lo largo de su infancia, hubo períodos en los que frecuentaba las cafeterías abiertas las veinticuatro horas solo para sentir una conexión con cualquier otra alma triste que estuviera desvelada aquella noche mientras comía las torres de crêpes de arándanos y tejía historias para el repartidor, que bebía café negro en el bar, o para la camarera, que compensaba su mirada cansada con una efusiva alegría. Pero tarde o temprano, alguien siempre le preguntaba dónde estaban sus padres, y una vez que comenzaban a mirarla con pena suponiendo lo peor, tenía

que marcharse.

Pero había otras noches cuando añoraba esa soledad. Noches en las que pasaba horas mirando la luna e imaginando que era la última persona viva del planeta. Imaginando que no quedaba nadie que pudiera provocar una guerra o desatar conflictos. Nadie que peleara por reclamar el poder. Nadie que temiera u odiara a los prodigios. Y que no quedaba ningún prodigio para odiar.

Estar dentro del cuartel general a las tres de la mañana era una mezcla saludable de ambos: la tranquilidad que venía de estar sola, pero también, la certeza de que en realidad no lo estaba. Incluso si estuviera rodeada por sus enemigos, la idea transmitía una extraña sensación de consuelo.

La habían instalado en su propio cubículo, en la tercera planta, con una ventana que daba al amplio vestíbulo y un escritorio al que le habían dicho que podía decorar con objetos personales. Hasta ahora solo se le había ocurrido traer un póster de las constelaciones, que había comprado en una imprenta barata a algunos kilómetros, y solo porque le preocupó que la considerasen rara si no traía absolutamente nada.

La tarea que le habían encomendado no era exactamente emocionante. Pasó tres noches enteras revisando fotografías que el departamento forense había tomado de toda la artillería destruida de la biblioteca, catalogando números de modelo cuando aparecían o, de otro modo, buscando características de identificación y comparándolas con armas conocidas en una base de datos global. No era un trabajo estimulante, pero sí le dio una oportunidad excelente para alterar los metadatos cuando se topó con escaneos de una serie de bombas de gas que reconoció del laboratorio de Cianuro, pero que, de ahora en más, figurarían en los archivos de los Renegados como explosivos diseñados por aficionados de origen desconocido.

La tarea también le dio oportunidad de sobra para seguir ahondando en el sistema de los Renegados. Durante las últimas noches, había realizado un mapa con las ubicaciones de todas las cámaras de seguridad y de las alarmas dentro del edificio del cuartel general; había descargado una lista completa de armamento y artefactos de los prodigios depositados en los almacenes, y había descubierto el directorio completo de los Renegados actuales, con los alias, las habilidades e incluso las direcciones (incluida la propia). Y hasta había encontrado, para su deleite, una carpeta titulada: «Preocupaciones: para considerar en el futuro», que resultó estar repleta de las denuncias públicas contra los fracasos y las decepciones permanentes del Consejo.

Nova terminó de ingresar los datos de una caja de municiones —una de las pocas que no habían estallado al ser expuesta al calor del incendio— y se tomó un momento para estirar la columna. Un parpadeo le llamó la atención y echó un vistazo fuera de la ventana, para advertir que las luces dentro del área de cuarentena de Max estaban encendidas, iluminaban su ciudad de cristal con un pálido tinte amarillo. Estaba segura de que, antes, la sala había estado oscura. ¿Le estaría costando dormir?

Se arrimó a la ventana, pero no veía señales del muchacho del otro lado de los muros de su recinto. Sus ojos escudriñaron el resto del vestíbulo. Solo veía un

guardia de seguridad yendo y viniendo delante de la entrada principal, pero de lo contrario el lugar parecía tan solitario como lo estaba siempre a esta hora de la noche.

Con un resoplido de curiosidad, se reclinó sobre la moderna silla de oficina, levantando las piernas y cruzándolas. Revisó la lista de datos que le habían entregado y decidió ingresar solo tres ítems más, y si la luz de Max seguía encendida al acabar, iría a ver cómo estaba.

Nova giró los hombros y sacó una nueva tanda de fotografías, que mostraban una pistola sencilla desde múltiples ángulos. Descubrió el número de serie cerca de la base del barril y lo tecleó en la base de datos.

Apareció una ventana: una coincidencia encontrada.

Cliqueó encima, abriendo el perfil del arma, su fabricante y el año en que había sido elaborada, y en la parte inferior, una lista de criminales y bandas conocidas con quienes se había conectado esta arma o con otras similares a lo largo de los años. Por lo general, esta lista estaba vacía y solo incluía notas imprecisas sobre el terreno cuando había una coincidencia entre el número de serie de la pistola y un casquillo de bala encontrado en la escena del crimen.

Solo figuraba una conexión, no justo de esta pistola, sino de otra arma del mismo modelo. Las palabras que leyó fueron como una patada en las tripas:

Relacionado con un asesino de múltiples víctimas — apartamentos de kingsborough. Ver resumen de reporte.

Los apartamentos de Kingsborough.

*Ella* había vivido en los apartamentos de Kingsborough.

Al abrir el informe, las manos le temblaron.

Contenía un resumen redactado por Hugh Everhart —el Capitán Chromium en persona—, fechado la noche del asesinato de su familia. *La noche de*. Solo horas después de que sucedió.

El corazón de Nova tronaba.

*Él había estado allí*. Había estado allí aquella noche.

Pero había llegado demasiado tarde.

Cuatro personas halladas muertas. David Artino: edad 31. Tala Artino: edad 30. Evie Artino: edad 11 meses. Un hombre anónimo: edad desconocida.

Presunto Anarquista o militante Cucaracha.

El análisis forense confirma que todas las muertes fueron resultado de un trauma directo por heridas de bala, sin que haya intervenido ningún prodigio. Las huellas halladas en la pistola coinciden con las del hombre desconocido y también con las de Alec Artino (alias: Ace Anarquía).

Hay motivos para sospechar que las muertes de los tres miembros de la familia fueron un asesinato por encargo. El motivo de los homicidios sigue siendo investigado. Ver informe completo presentado por Hugh Everhart (Capitán Chromium) aquí.

Notas complementarias: la hija mayor, una niña de seis años, no fue encontrada en la escena. Los vecinos informaron desconocer su paradero. Se ha

realizado un informe para la unidad de personas desaparecidas de los Renegados.

Un ícono al final del informe indicaba una carpeta de fotografías tomadas en la escena del crimen. Nova se estremeció. Se había salvado de ver los cadáveres de su familia hacía tantos años, y no las miraría ahora. Pero saber que eran accesibles… que existían tales fotografías a apenas unos *clics* de distancia… le revolvió el estómago.

Nova sintió como si le estuvieran estrujando el corazón en una abrazadera. Se obligó a cliquear el link, para abrir el informe completo.

Una pequeña ventanilla se abrió en el medio de la pantalla:

Acceso restringido. Ingresar contraseña.

Nova miró esas palabras un largo rato, por momentos, furiosa por que algo que fuera tan personal para ella pudiera mantenerse confidencial, pero a la vez, aliviada.

Sabía lo que le había sucedido a su familia. Sabía que los cobardes de las Cucarachas habían contratado a un sicario para matarlos porque su papá se había negado a continuar fabricándoles armas. Sabía que los Renegados no habían estado allí para evitarlo, incluso después de prometer que protegerían a la familia de David, y que tampoco habían rastreado a la banda ni asegurado que se hiciera justicia. No. Fue Ace quien los destruyó a todos en represalia.

Miró aquellas palabras —acceso restringido— y sintió una nueva oleada de furia ardiendo por dentro. Los Renegados sabían que estaban amenazando a su familia. El Capitán Chromium *sabía* que ellos podían ser el blanco de un atentado, y aun así, no los salvaron. Llegó demasiado tarde. ¿Era posible que el informe completo se mantuviera confidencial porque reconocía su propia ineptitud? ¿Tanta vergüenza sentiría de haber fracasado en salvar a esta familia, que lo ocultaría al mundo?

Era fácil creerlo. No los había protegido. No los había salvado. Solo había registrado sus muertes, ingresando la información como notas en un registro.

Pero la gente creía que era el mejor superhéroe del mundo. Un revés como ese a su reputación sería inconcebible para todos los idiotas que lo idolatraban.

Estremeciéndose, Nova cerró el informe. Apretó los ojos con fuerza, y alejó la silla del escritorio con un empujón.

Qué bueno que había encontrado esto, se dijo. Era un recordatorio de que el Consejo había traicionado la confianza de su familia. De que no habían estado allí cuando más lo necesitaron.

No eran superhéroes. Eran impostores, y todo este sistema pensado para proteger y servir no era más que un experimento social fracasado. Ahora percibía que muchos Renegados tenían buenas intenciones —Adrian era prueba suficiente de ello—, pero no cambiaba el hecho de que quienes dirigían su sociedad no eran líderes fuertes y

competentes, sino dictadores que se habían erigido en esta posición de poder sin causa, y que ahora no tenían ni idea de qué hacer con él.

Las personas estarían mucho mejor solas.

El mundo estaría mucho mejor sin ellos.

Nova esperó que el nudo tenso que sentía en el estómago comenzara a desbaratarse y abrió los ojos. Una vez más estaba ante la ventana, y su mirada se dirigió inmediatamente al área de cuarentena de Max.

Frunció el ceño.

Se levantó de su silla y se acercó a la ventana, procurando entender lo que veía. Seguía habiendo una luz, pero no las luces de techo que habían estado encendidas antes. La sala estaba menos iluminada, y una pálida luz dorada brillaba en las fachadas de cristal de sus diminutos rascacielos.

Y estos se encontraban… flotando.

Nova se frotó los ojos y volvió a mirar.

La misma imagen vino a su encuentro. No *todos* los edificios de la maqueta, sino tal vez un par de decenas, sus agujas de cristal suspendidas por encima del suelo, sacudiéndose ligeramente como las boyas de un lago en calma. Mientras observaba, trozos más grandes de la ciudad comenzaron a ascender. Parecían cien misiles relucientes, que se lanzaban con lentitud al aire.

En el centro estaba sentado Max, con las piernas cruzadas y levitando.

*Levitando.*

«Es telequinético», susurró, pero pronunciar las palabras en voz alta no las hacía menos sorprendentes. Porque… *no debería* ser telequinético. Había visto su perfil, cuando encontró el directorio. Intentó recordar lo que decía: algo redactado a propósito en términos vagos, recordó porque, en aquel momento, le irritó no entenderlo.

Se inclinó sobre el escritorio, minimizó la ventana de la base de datos de armas y localizó una vez más el directorio de los Renegados. Luego de una búsqueda rápida, lo encontró.

Max Everhart. Alias: El Bandido. Habilidad: Absorción.

*Absorción*. Eso es, ahora lo recordaba, y lo frustrante que resultaba que no significara nada en absoluto. ¿Absorción de qué? No ofrecía ninguna explicación de la cuarentena o de por qué las personas parecían creer que era peligroso.

Pero esto…

Volvió a mirar. Ahora se habían elevado más edificios, junto con todos los árboles en miniatura de City Park y todo el puente Sentry.

Era posible que la gente creyera que esto era peligroso. No porque la telequinesis fuera terriblemente excepcional, sino porque la mayoría de los telequinéticos solo podía hacer levitar uno o dos objetos a la vez. No *decenas,* y ciertamente no mientras ellos mismos también se mantenían en el aire. Ese tipo de concentración y habilidad mental solo se había visto en un puñado de prodigios, por lo que sabía Nova.

Y uno de esos prodigios era Ace Anarquía.

Regresó a la ventana.

Incluso tenía un vago recuerdo de haber visto a Ace en la catedral, levitando igual que Max ahora: con las piernas cruzadas un metro y medio en el aire, una de las pocas veces que había visto a su tío lo suficientemente relajado para estar sin su casco. Se había rodeado de velas en portavotivas de cristal color rojo. Eran cientos, que daban vueltas a su alrededor, arrojando remolinos de luces parpadeantes en torno al altar.

Ver a Max resultó tan dolorosamente familiar que casi dudó de si ella misma no estaría alucinando.

En la planta de abajo, Max abrió los ojos. Por un instante, se quedó con la mirada perdida. No observaba ni su ciudad flotante de cristal ni el vestíbulo. Su expresión era serena y tranquila.

Nova presionó la palma contra la ventana del cubículo.

Aquel pequeño movimiento debió llamar la atención de Max porque, de pronto, la vio.

Su concentración se rompió.

Nova notó el momento en que sucedió. Sus ojos se abrieron, sus labios se apartaron y su cuerpo se desplomó de nuevo sobre el suelo, mientras todos esos edificios rutilantes de cristal cayeron con un estrépito alrededor de él.

Nova hizo una mueca, avergonzada por él.

Pero luego vio el dolor que le atravesaba el rostro. No el tipo de dolor provocado por una fuerte caída, sino el que resultaba insoportable. Ella presionó la nariz contra el cristal, empañándolo con su propia respiración, e intentó entender lo que había sucedido.

Apenas vio la sangre, se apartó de la ventana y comenzó a correr. Corredor abajo, pasando los elevadores, hacia el hueco de la escalera. Se lanzó sobre los escalones hacia el siguiente rellano, luego hacia el siguiente, apenas tocaba el suelo con los pies. Salió de golpe por la puerta y cruzó el puente colgante a toda velocidad. Podía ver a Max a través de las paredes del recinto de cuarentena. Estaba de rodillas, inclinado hacia delante, acunando la cabeza. El brazo derecho estaba empapado en sangre.

Nova fue por el costado del área de cuarentena y abrió de un tirón la puerta que conducía a la recámara terciaria. Luego embistió la segunda, jaló hacia abajo la palanca para soltar la cámara de aire y la abrió con fuerza.

La aguardaba una sala con la atmósfera controlada. Gritando de frustración ante todas estas barreras, se lanzó hacia delante y jaló con fuerza la segunda puerta.

Contuvo el aliento.

Estaba dentro del área de cuarentena.

Max no se había movido. Estaba de espaldas a ella, pero había caído sobre la cadera. Al oír a Nova entrar, miró hacia atrás. Una mueca de dolor seguía

contorsionando los rasgos de él, pero sus ojos se agrandaron de temor al verla. Temor, pánico y desesperación. Nova miró su mano, cubierta de sangre. Junto a él, vio la aguja manchada de sangre del hotel Woodrow.

—Por todos los cielos —exhaló, y ya su mente se encontraba creando una lista. Limpiar la herida. Vendarla. Llevarlo al ala médica o, si no hay sanadores disponibles, llevarlo al hospital.

Nova comenzó a abrirse paso a través de la ciudad de cristal, pateando a un lado los edificios caídos en el camino.

—No… —jadeó Max.

—No te preocupes —dijo Nova—. Estás bien. Tal vez estés en estado de *shock*, pero estás bien.

—No, Insomnia, ¡detente! —gritó. Comenzó a retroceder, alejándose de ella, hasta que chocó contra el muro del estadio—. ¡Quédate allí!

—Necesitas atención médica —dijo a medio camino de Drury Avenue—. Solo primeros auxilios y luego te llevaré a los sana… sanadores…

Su cuerpo comenzó a aletargarse.

Los pulmones se le contrajeron, expulsaban su último aliento.

Tropezó, tomándose del modelo del Merchant Tower para no caer.

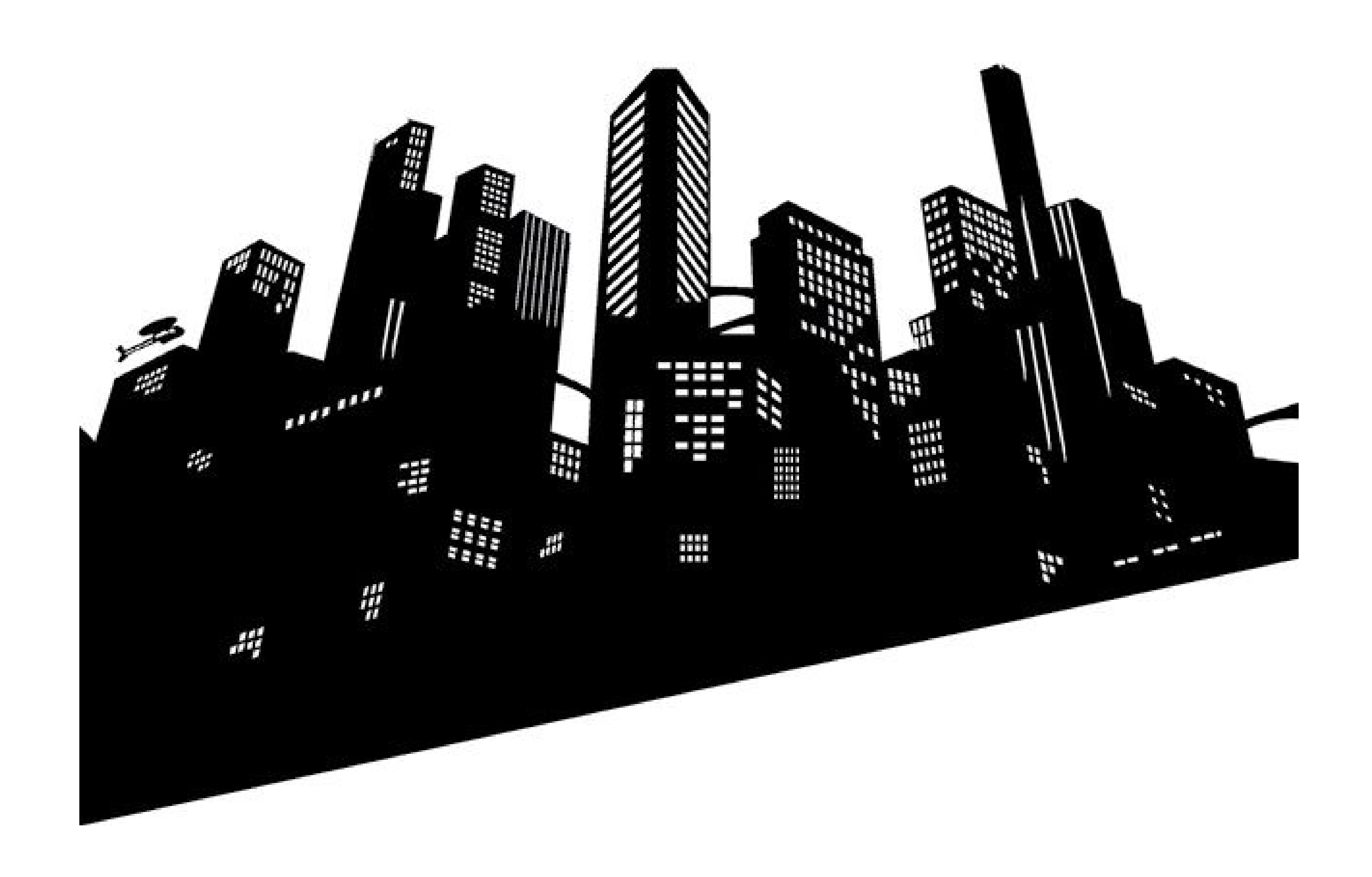
Miró a Max parpadeando, pero tenía la visión borrosa.

El terror cruzó sus rasgos. Max se paró e intentó pasar por encima del estadio, pero su tobillo se enganchó y cayó, golpeando uno de los enormes reflectores de pie.

—¡Retrocede! —gritó—. ¡Sal!

Pero Nova no podía moverse. Respiraba con dificultad y cayó desplomada hacia delante. Tenía los párpados tan pesados. Su cerebro se nubló de… de *agotamiento*.

Sentía como si las piernas y los brazos estuvieran cargados de arena. Como si la cabeza estuviera empañada de niebla. Cayó de costado. El hombro chocó contra la maqueta del hospital de Gatlon City. Su torre norte se inclinó y cayó, se hizo trizas sobre la calle. Fue el último sonido que ella oyó antes de que la oscuridad la engullera.



# Capítulo 33

Había dos restaurantes que abrían toda la noche dentro de un radio de un kilómetro y medio del cuartel general. Adrian y el equipo frecuentaban ambos. A veces parecía una mejor opción que regresar al cuartel general y obtener algo de las máquinas expendedoras o comer un bocadillo de la barra de ensaladas frías de la cafetería, que dejaba de servir platos calientes después de las nueve. Luchar contra el crimen era una actividad que quemaba muchas calorías; a veces un superhéroe necesitaba un sándwich grasiento de queso fundido o un waffle enorme con chispas de chocolate cubierto con crema batida.

No sabía si la catalogación de datos o lo que fuera que hacía Nova para el departamento de armas quemaba muchas calorías, pero Adrian sí sabía que todo el mundo necesitaba comer algo cuando quedaba despierto hasta altas horas de la madrugada, y dudaba de que la incapacidad de dormir fuera a cambiar eso.

De cualquier manera, necesitaba una distracción. Dado que el equipo continuaba, técnicamente, analizando el caso de Pesadilla —un caso que se estaba convirtiendo con rapidez en una investigación de todos los Anarquistas—, habían pasado los últimos días siguiendo todas las pistas posibles para dar con el paradero de Ingrid Thompson, la Detonadora. Frecuentaban los negocios en los que se supiera que hubiera entrado; llamaban a cualquier ciudadano que pudiera tener una conexión con

ella, por más tenue que fuera… una compañera de la escuela secundaria, un vecino de antaño. Hasta ahora, ninguna de estas pistas los habían llevado a algún lado. Adrian no podía evitar pensar que estaban perdiendo el tiempo. Necesitaban algo reciente y concreto: la grabación de un video, o un testigo ocular, o… no lo sabía. Tal vez, un arsenal de brillantes explosivos azules, descubiertos en un depósito abandonado. Algo *tangible*.

En lugar de encontrar algo que hiciera avanzar la causa, Adrian obtuvo tres noches de sueño agitado y ahora, una bolsa llena de sándwiches de La cuchara grasienta, de Mamá Stacey. Como no conocía lo suficiente a Nova para adivinar su opción preferida de sándwich, había traído un surtido: uno de queso fundido, uno de pavo, uno de carne asada y un wrap de pollo del sudoeste. Sentía que estaba preparado para cualquier eventualidad —al menos, en cuestión de sándwiches— y Stacey había metido seis bolsas de patatas fritas, porque, según dijo: «Hay que mantener a nuestros héroes bien alimentados», y luego, un guiño de ojo.

Aún no sabía lo que significaba el guiño de ojo.

De todos modos, esperaba que Nova lo considerara un gesto amable. Esperaba que no se sintiera irritada por el hecho de que estuviera interrumpiendo su trabajo. Esperaba que tal vez pudieran sentarse y conversar, porque él no dejaba de pensar en la noche que habían pasado en el edificio frente a la biblioteca y lo agradable que había sido hablar con ella. Conocerla, por lo menos, un poco.

Cuanto más pensaba en ello, más quería seguir conociéndola. Cuando no estaba con ella, se le ocurrían preguntas todo el tiempo, pero luego desaparecían cuando estaban juntos, y todas las conversaciones volvían a enfocarse en la investigación. Preguntas como: ¿de dónde sacaba las ideas para sus inventos? Y ¿qué era lo más extraño que había hecho para evitar aburrirse a las tres de la mañana? Y si tenía novio.

Estaba casi seguro de que conocía la respuesta a esta última pregunta. Jamás ella había hablado de un novio. Aunque por otra parte… tampoco había hablado demasiado de su vida personal, así que no podía estar seguro.

Incluso se le ocurrió una idea descabellada al salir de La cuchara grasienta. Se trataba de la fantasía de entrar a hurtadillas en el cubículo de Nova mientras estuviera fuera y acomodar todos los sándwiches y las servilletas como si fuera un pícnic. Dibujaría además unas velas, aunque aquello tal vez fuera demasiado. Además, no quería que creyera que esto era algo *romántico*.

Salvo que una parte de él, en cierto modo, lo deseaba.

Para cuando llegó al cuartel general, sus palmas estaban húmedas, y tenía que cambiar la bolsa de papel de una mano a otra para frotarlas contra el pantalón y secarlas. El escáner cerca de la puerta reconoció la señal de su brazalete de comunicación y se destrabó con un sordo sonido metálico. Empujó las puertas giratorias para pasar, y de inmediato, oyó a alguien gritando.

Adrian miró la cabina de seguridad, donde el guardia de turno gritaba por el

comunicador: «… solo dos sanadores de guardia, y ambos están en camino. Pero ¿cómo se le ocurrió entrar allí para empezar?».

Frunció el ceño y se preguntó si le había sucedido algo a alguna de las unidades de patrullaje. Adrian se lanzó escaleras abajo, dirigiéndose al vestíbulo. Su mirada se disparó hacia la vitrina donde Nova había estado trabajando últimamente. Distinguió la luz encendida de su cubículo, pero su escritorio parecía estar vacío.

Sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca al cruzar la R incrustada en las baldosas del suelo.

Un martilleo errático lo detuvo en seco. Volteó la mirada hacia el área de cuarentena de Max, donde una tenue luz arrojaba un brillo sobre el vestíbulo.

El muchacho se encontraba delante de la pared del recinto. Llevaba pantalones de pijama a cuadros, pero sin camisa. Una mano estaba envuelta en un trapo —tal vez, la camisa que no llevaba puesta— mientras golpeaba el otro puño contra el cristal. Gritaba, el rostro atormentado por el pánico. Le llevó un momento a Adrian comprenderlo.

*¡Adrian! ¡Apresúrate!*

La bolsa de sándwiches cayó de su mano, golpeó el suelo con un crujido sordo. Al instante se halló subiendo las escaleras a toda velocidad hacia el área de cuarentena. Apenas llegó al puente colgante, vio un cuerpo que yacía dentro del recinto aislado.

El corazón le saltó en el pecho.

Era Nova.

Estaba inconsciente.

*Estaba dentro del área de cuarentena.*

Aminoró la marcha solo un segundo, pero de todos modos, disminuyó el paso, y fue consciente de ello, y más tarde se sentiría como el peor cobarde por ese instante de vacilación. Pero luego se lanzó a correr de nuevo, tan rápido como pudo. Antes de entender lo que hacía, su mano alcanzó el picaporte de la puerta para acceder al área de cuarentena y jaló para abrirla. No supo cuánto tiempo había estado Nova allí, pero sí que cada segundo contaba. Cada segundo que pasaba, la fuerza se drenaría poco a poco.

Su poder se drenaría poco a poco.

Pero él no estaría más a salvo por demorarse.

Una vez que franqueó la puerta, fijó la mirada en Nova. Podía llegar hasta donde estaba. *Tenía* que hacerlo.

En el otro extremo del área de cuarentena, presionando el cuerpo contra el muro de cristal, Max jadeaba como si él también acabara de cruzar a toda velocidad el vestíbulo, las escaleras y el puente aéreo. Sus hombros delgados y pálidos temblaban, y Adrian advirtió ahora que la camisa alrededor de su mano estaba empapada en sangre. En todas partes, se veían edificios de cristal derrumbados y destrozados.

—Estoy bien —dijo Max antes de que Adrian pudiera decir algo—. Envié un

mensaje a seguridad. Los sanadores están en camino. Pero ¡Nova! ¡Tienes que sacarla de aquí!

Adrian tragó saliva.

No sabía lo que había sucedido, pero no había nada que pudiera hacer por Max. En cambio, Nova…

Apretó los dientes y se lanzó por encima de los rascacielos, luego descendió a toda velocidad por las calles de Gatlon City.

Estaba a medio camino del recinto cuando lo sintió. Era como si alguien hubiera destapado un desagüe dentro de su cuerpo, y toda su fuerza comenzara a drenarse.

Lo sintió mayormente en las manos. Sus dedos se volvieron fríos. Parecía que los músculos y los ligamentos de las articulaciones se atrofiaban con cada paso que daba. Los dedos se enroscaron hacia dentro, quedaron inutilizables y frágiles. Dedos que ya nunca más volverían a sostener un bolígrafo o un pincel… manos que ya nunca más crearían la realidad a partir de la imaginación…

Arrojándose por encima del hospital, se arrodilló al lado de Nova. Cada inspiración era un resuello ahogado al levantarla en brazos. La cabeza de ella cayó contra su pecho, y Adrian se volvió para buscar la salida.

La puerta parecía imposiblemente lejana. ¿Cuántos pasos llevaría alcanzarla? ¿Treinta? *¿Cincuenta?* La cabeza de Adrian le dio vueltas.

No lo lograría. No si debía caminar a los tropiezos con cada paso que daba.

Aplastó el cuerpo de Nova contra el suyo y se puso en cuclillas, aunque no sabía si funcionaría. No sabía si aquel poder ya había sido afectado.

De todos modos… respiró hondo y saltó.

Su cuerpo se lanzó hacia arriba. El poder invadió sus piernas, y él y Nova salieron despedidos por encima del horizonte. Por un instante delirante, a Adrian se le ocurrió que así sería volar por encima de la ciudad, *realmente* volar…

Luego el suelo se acercó rápidamente a su encuentro; los edificios de vidrio roto, como cientos de puntas dirigidas hacia arriba. Adrian acomodó su cuerpo por la pérdida del impulso, y él y Nova se estrellaron sobre Scatter Creek Row, a unos pasos de la puerta.

Los músculos le temblaban del esfuerzo para pararse, pero lo consiguió. Tenía las manos y los brazos tan paralizados que, si no los hubiera visto, no habría creído que seguían siendo parte de él. Sin embargo, los metió bajo las axilas de Nova, enganchando los codos debajo de sus hombros. Sentía las piernas como harapos empapados, pero retrocedió un paso, y luego otro. Y otro. Jadeaba, mareado. La cabeza le daba vueltas. Su vista se volvió borrosa.

Se derrumbó en la antecámara, y soltó a Nova junto a él. Con un último espasmo patético, pateó la puerta del área de cuarentena y la cerró.

Y quedó recostado allí, resoplando. Asfixiándose. Habría pensado que estaba muriendo, salvo que jamás había oído que la habilidad de Max realmente hubiera matado a alguien. De todos modos, esa era la sensación que tenía: como si toda la

vida se drenara de su cuerpo.

La cabeza le colgó hacia un lado, y miró a Nova. Tenía el cuerpo despatarrado en el suelo junto a él, pero su rostro parecía casi sereno.

¿Estaría inconsciente… o dormida?

Se trataba de una diferencia importante, pero no sabía cómo advertirla.

Sus manos seguían entumecidas. No había dolor, tan solo una ausencia, lo que parecía aún peor.

Rodó hacia el costado, arrastrándose para acercarse a ella.

—Nova —dijo, dándole una palmadita en la mejilla—. Despierta.

Por lo menos, respiraba. Buscó el pulso en su garganta, y lo halló firme y fuerte. Y cuando miró su rostro, percibió los ojos temblando bajo los párpados.

¿Sería posible que estuviera soñando?

Decidió en ese instante que no lamentaría la decisión de ir tras ella. Incluso si jamás volviera a realizar otro dibujo, incluso si todos los poderes del Centinela desaparecieran para siempre, no lo lamentaría mientras que ella se recuperara.

Porque es lo que hubiera hecho cualquier héroe.

—¿Nova?

Parecía casi cruel intentar despertarla cuando no había dormido durante tanto tiempo, pero algo le dijo que ella lo entendería.

Volvió a posar una mano sobre su mejilla, y así se dio cuenta de que estaba recuperando la sensibilidad de las puntas de los dedos: podía sentir la suavidad de su piel, la promesa de calor bajo su palma.

Volteó la cabeza de ella para tenerla frente a él.

—Por favor, despierta.

Y despertó.

No como una princesa dormida desde toda la eternidad, que podría haber despertado de una siesta sin prisas estirando el cuerpo para revitalizarlo, arqueando la espalda con gracia, parpadeando adormilada tras un descanso tan reparador.

No. Nova McLain se sentó muy erguida y gritó.

Su mirada vidriosa recayó sobre Adrian, y sin dejar de dar alaridos, se paró de un salto y retrocedió contra un rincón. Tenía la respiración agitada, la cabeza que giraba de un lado a otro, examinando la pequeña antecámara.

—¿Dónde… qué…? —jadeó. Con cada penosa respiración, los espasmos sacudieron su pecho.

—Tranquila —dijo Adrian. Por alguna razón, ver a Nova parada lo hizo tomar conciencia de que la fuerza también había regresado a sus propios miembros, y se puso de pie.

—Estás bien, Nova. Solo… te quedaste dormida.

—No es cierto —espetó. Pero luego su expresión trocó de brutal y violenta a aterrada, y por un momento Adrian creyó que estaba a punto de llorar. Pero ella se volteó, ocultando el rostro contra la pared, y presionó las palmas sobre las orejas—.

No de nuevo. Haz que se detenga.

Adrian se acercó un paso. Las respiraciones fatigosas de Nova se serenaron.

—Está bien —dijo él, esperando que fuera cierto. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, posó una mano sobre su espalda y, cuando ella no reaccionó, él colocó la otra en su brazo y la volteó para que lo mirara—. Estás en el Cuartel General de los Renegados —dijo—. Estás a salvo.

Ella tragó. Aunque su respiración era irregular, para cuando apartó las manos de las orejas, había dejado de temblar. Seguía luciendo desorientada.

—Max —dijo—. Max se cayó… Se lastimó… Yo… —vaciló, y su voz se perdió y se volvió incierta—. Entré para tratar de ayudarlo, pero luego… —se encontró con la mirada de Adrian—. ¿Dijiste que me quedé dormida?

—Eso creo.

—No perdí la conciencia ni me desmayé. Me quedé dormida. Es lo que dijiste. ¿Por qué dijiste eso?

Adrian echó un vistazo más allá de las ventanas de la antecámara y distinguió a dos miembros del personal médico apresurándose desde los elevadores, ambos vestidos de civil, en lugar de su uniforme habitual.

Se volteó y jaló uno de los trajes protectores de un gancho en la pared.

—Le decimos Bandido a Max, ¿verdad? —preguntó, bajando la cremallera todo el largo del traje—. Es porque… roba poderes. Cuando se acerca a un prodigio, estos comienzan a perder sus habilidades. Sus poderes sencillamente… se apagan. Cuanto más se acercan a Max y más tiempo transcurren en su presencia, más probable sea que… —dudó un instante. El rostro de Nova reflejaba su comprensión naciente del hecho, sumado a un terror creciente— los efectos sean permanentes.

Extendió el traje protector y ella lo tomó muda, mirando al vacío.

—Y yo me desmayé —susurró—. Jamás me desmayo.

Adrian bajó el segundo traje y comenzó a prepararlo también. Cuando los dos sanadores irrumpieron en el recinto un segundo después, ya les estaba entregando el traje, listos para que se enfundaran en él.

—Los hombres de seguridad dijeron… —comenzó a decir el primero, un hombre del que Adrian jamás había aprendido el nombre.

—Lo sé —dijo Adrian—, Max necesita ayuda. Creo que ha perdido mucha sangre.

—¿Y ustedes? ¿Alguno de los dos requiere atención médica?

—No. Ambos estamos experimentando los efectos de haber ingresado en el área de cuarentena, pero… nada más —miró a Nova—. ¿Verdad? Aparte de esto, no te lastimaste, ¿no?

Ella sacudió la cabeza sin ofrecer resistencia, al tiempo que la mujer tomaba el otro traje que se le había extendido y comenzaba a meter las piernas en los pantalones.

—Apártense —dijo, mientras cada uno se ponía los cascos y los guantes.

Adrian sacó a Nova fuera de la antecámara. Se quedaron de pie en el puente colgante, observando a los dos sanadores abriéndose paso en la ciudad de Max. El muchacho estaba sentado contra la pared y tenía una palidez fantasmal. Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas mientras los doctores comenzaban a desenvolver y examinar su herida.

—¿Qué sucedió? —preguntó Adrian.

Dio la impresión de que Nova tardó mucho en responder.

—Estaba levitando.

Cuando no dijo nada más, Adrian volvió su atención hacia ella.

Se hallaba con la vista fija en el área de cuarentena, pero él no creyó que estuviera realmente mirando a Max, a los médicos o siquiera a la ciudad de cristal. Tenía la mirada perdida y atormentada.

—¿Nova?

—Me vio mirándolo, y creo que lo asustó. Cayó y… —tragó saliva— creo que uno de los edificios le atravesó la mano.

Adrian se estremeció.

—Fue cuando corrí e intenté ayudar. No sabía… no sabía —parpadeó, despejando cualquier pensamiento que estuviera nublándole la mente—. ¿Cuánto tiempo estuve allí dentro?

—No lo sé —dijo Adrian—. Estabas inconsciente cuando llegué.

Nova lo miró incrédula.

—Y tú, *¿por qué* estás aquí?

Él tragó saliva, y se dio cuenta entonces de que seguía tocándola, con una mano en el brazo y la otra en la espalda. Ella no se había apartado, pero ahora que él había vuelto a sentir todas las sensaciones en las manos, se volvió intensamente consciente de ello: la suave tela del uniforme, la calidez de su piel a través de la tela. Recordó tomarle la mano en el desfile, dibujando sobre su puño y la poca importancia que le dio en aquel momento. No pareció gran cosa… tan solo un gesto amable con una desconocida.

Pero ahora la idea de dibujar la parte interior de su muñeca parecía imperdonablemente personal.

—Te traje sándwiches —dijo y sabía que sonaba ridículo mientras dejaba caer sus manos a los costados—. Pero los dejé caer en el vestíbulo.

Nova frunció el ceño, miró por encima del costado del puente, y allí estaba. La bolsa de papel dada vuelta, un sándwich envuelto y sujeto con mondadientes, tumbado sobre la baldosa.

—Creí que tal vez tendrías hambre —añadió Adrian, sin demasiada convicción.

Nova miró en silencio la bolsa solitaria durante lo que parecieron años antes de, finalmente, volverse hacia él. Su expresión parecía un poco más tranquila.

—Las personas no pierden simplemente el poder, ¿verdad? Él los roba. Los… *absorbe*.

Adrian asintió.

—Entonces ¿por qué no te afectó a ti?

Él se hundió contra el pasamanos.

—Me afectó. Me está afectando.

La voz de Nova se debilitó.

—Así que… ¿ya no somos prodigios?

—No lo sé —admitió—. No tenemos demasiados sujetos que estén dispuestos a someterse a las pruebas para entender exactamente en qué consisten las habilidades de Max o cuánto tiempo lleva para que sea… permanente. Pero sí sé que hay personas que han estado con él y no los han perdido. Por lo menos, una vez que consiguieron alejarse de él.

Nova apretó la mandíbula y extendió el brazo hacia Adrian, apoyando la mano con firmeza sobre la suya. Había cierta determinación reflejada en su mirada, rayando con la desesperación. Llevó la mano a su espalda. Sus dedos rozaron la parte inferior de su espalda y Adrian se sobresaltó.

—¿Dónde está tu rotulador? —preguntó ella.

Adrian la miró pestañeando. *¿Su rotulador?*

Con las mejillas tibias, buscó a tientas el bolsillo oculto, cosido en el forro de su manga izquierda. Lo extrajo y se lo entregó.

—No para *mí* —dijo ella, aunque le sostuvo la mano de todos modos para que no se moviera mientras le quitaba la tapa—. Dibuja algo.

La miró, advirtiendo sus intenciones. Aunque saber si él había perdido o no sus poderes no garantizaba que *ella* los hubiera perdido o no, Adrian se dio cuenta de que era importante para ella. Y, a decir verdad, él también necesitaba saberlo. Incluso si temía que el resultado no fuera el que deseaba.

—¿Qué esperas?

—Tengo miedo —dijo, y comenzó a reír al decirlo porque sabía que lo hecho, hecho estaba y evitar la verdad no cambiaría nada. Pero de todos modos. En este momento, tal vez el último momento, todavía era un superhéroe.

Él y Nova.

Pero Nova exhaló un suspiro de irritación.

—¡No seas tonto!

—*¿Tonto?*

—¡Dibuja algo! —gritó. Su ansiedad se hizo evidente, y por el motivo que fuera, Adrian notó que ella se aferraba a esto, tal vez, porque su poder no era algo que pudiera probar tan fácilmente. ¿Volvería a dormir? ¿Dormiría como una persona normal? Podrían pasar horas, incluso días, antes de saberlo con certeza.

Recomponiendo su expresión, Adrian levantó la mano de Nova, como lo había hecho en el desfile, y la volteó con la palma hacia arriba. Comenzó a dibujar, sin pensar realmente en lo que dibujaba, tan solo se permitía bosquejar lo primero que le viniera a la mente.

Y lo que le vino a la mente fue un dinosaurio. Un diminuto velociraptor, no más grande que su pulgar.

Relativamente pequeño, pero sorprendentemente feroz.

Cuando terminó el apresurado dibujo, miró el rostro de Nova, pero ella se encontraba observando a la criatura trazada con tinta sobre su palma.

—Es adorable —murmuró.

Él tragó saliva.

—Ahora lo veremos —dijo, girando la yema del dedo sobre el dibujo.

La criatura cobró vida con un rugido, despegándose de la piel de Nova y encaramándose en el centro de su mano. Miró ávidamente hacia todos lados, de seguro rastreando alguna presa.

—Es un dinosaurio bueno —comentó Adrian, advirtiendo que sonreía ampliamente solo después de decirlo—. Estoy casi seguro de ello.

Nova relajó los hombros y observó a la bestia que subía por su dedo anular, corriendo. Inclinó la cabeza y mordisqueó la punta de su dedo, aunque no parecía estar lastimándola.

—Muy bien —exhaló ella. Y siguió—. Muy bien. Tú estás bien. Seguramente, yo también esté bien.

Adrian no supo qué responder. Aún no estaba seguro de cuánto tiempo había estado ella allí dentro.

El dinosaurio saltó de la mano de Nova al pasamanos y huyó en dirección a la escalera. Adrian se preguntó qué tan bueno sería su sentido del olfato, y si tal vez ya había detectado los sándwiches caídos.

—¿Adrian?

Su mirada se encontró con la suya.

—¿De dónde obtuvo la telequinesis?

—¿Telequinesis?

—Max. Estaba levitando. Era… es poderoso.

Adrian la miró.

—¿Max? ¿Poderoso?

—Debe haber tenido sesenta edificios suspendidos en el aire, además de a sí mismo. ¿Sabes lo raro que es eso?

—Yo… sí —dijo, aún perplejo—. Pero Max no puede… Solo puede… —su voz se fue apagando. Nunca había visto a Max levantar más que una cosa por vez con sus pensamientos, y generalmente no muy bien—. ¿Estás segura?

Nova le dirigió una mirada de frustración.

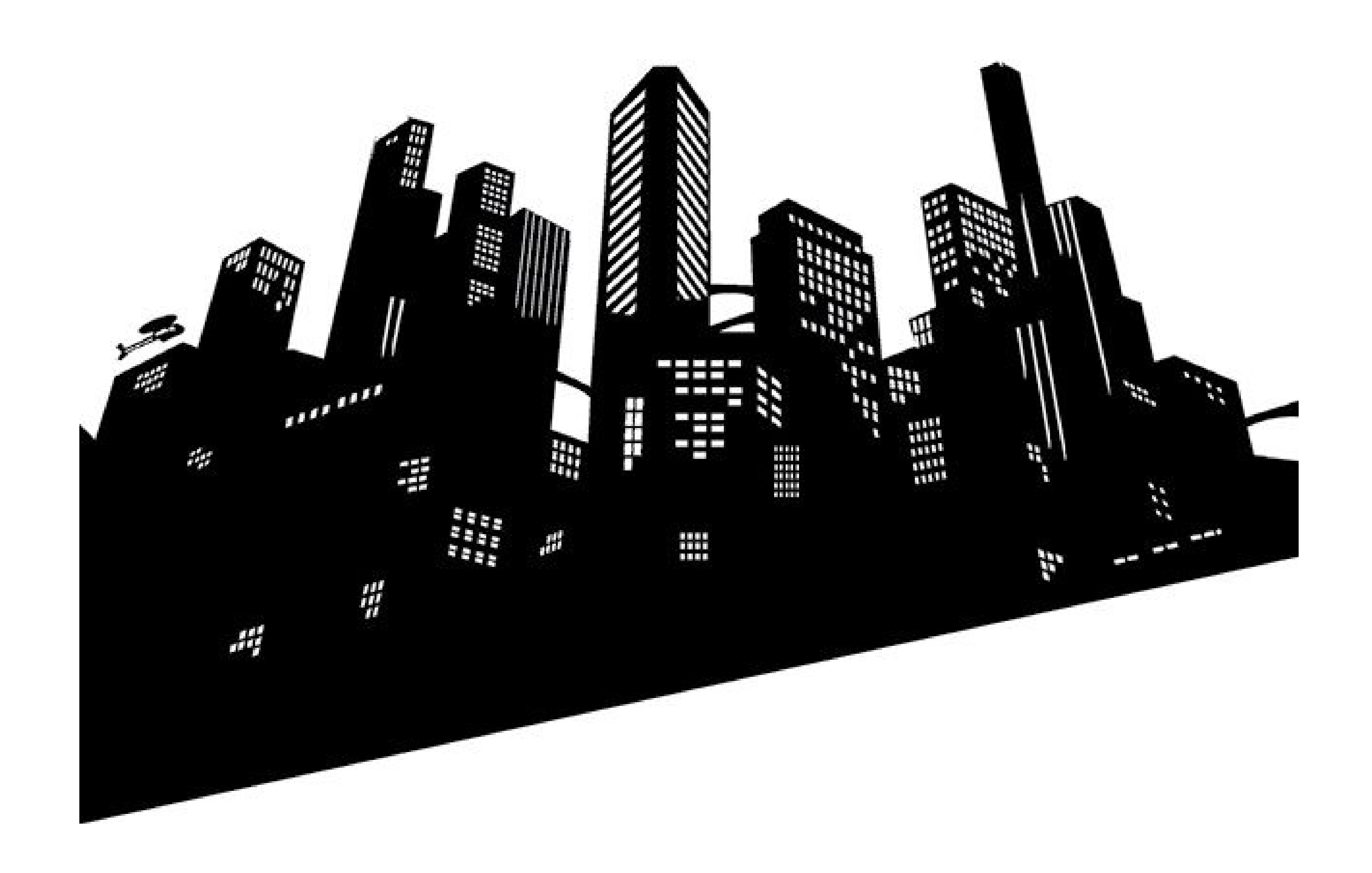
—Estoy segura.

Sus hombros se vencieron hacia delante. Por la expresión de Nova, era evidente que sabía exactamente lo que había visto, y no tuvo motivos para dudar de ella.

Además, sabía perfectamente de dónde había provenido aquel poder.

Pero lo que no podía entender era por qué Max se lo ocultaría.

—¿Adrian? —preguntó Nova de nuevo, esta vez más enérgicamente.
Él tragó.
—Ace Anarquía —dijo él—. Le robó aquel poder a Ace Anarquía.



# Capítulo 34

Hacía nueve horas que tenían a Nova en una cama, en el ala médica, y no le hacía ninguna gracia. No había dormido nada pero, a los sanadores, les parecía importante tenerla en observación durante, por lo menos, veinticuatro horas e, idealmente, hasta setenta y dos, para ver el tipo de síntomas que podía sufrir tras estar expuesta a Max.

Al principio, cuando se lo dijeron, se rio. ¿Setenta y dos horas? ¿Atrapada aquí, en una *cama*? ¿Sin dormir? ¿Sin otra cosa para entretenerse que una pila de *Gatlon Gazette* y una pantalla de TV que solo parecía transmitir noticias, que a su vez eran un bombardeo constante de críticas respecto del manejo de los Renegados de la situación de la biblioteca? ¿Sin que siquiera les viniera en gana darle una de sus habitaciones privadas?

No le pareció.

Insistió en que se sentía perfectamente bien, pero no dejaban de recordarle que era imposible saber aún si sus poderes habían sido afectados. Aunque estuviera llena de energía y despierta, podía ser el resultado de la adrenalina y del hecho de que su reloj interno estuviera recuperando el equilibrio.

La mayoría de las personas se sentía perfectamente bien a la una de la tarde, y la mayoría de las personas podían, a fuerza de voluntad, mantenerse despiertas durante varios días antes de que sus cuerpos las obligaran a tomar el descanso que

necesitaban. Sencillamente, era demasiado pronto para saber si Nova continuaba siendo una prodigio.

Si bien entendía la lógica, no disminuía su frustración. Si solo pudiera salir de aquí, le llevaría alrededor de cinco minutos treparse a un autobús urbano, encontrar algún pasajero desprevenido y emplear su verdadera habilidad para dormirlo. Entonces estaría segura de si sus poderes seguían o no siendo funcionales. Sería mucho más eficiente que estar atrapada aquí dentro, sin hacer nada.

Encima de eso, Adrian no tuvo que permanecer en el ala médica. Dijeron que ya había demostrado que su don seguía intacto, pero Nova sospechó que tenía cierto margen para soslayar las reglas porque era, ya saben, Adrian *Everhart*.

Nova se hallaba farfullando para sí, escudriñando el periódico por si acaso hubiera pasado por alto alguna noticia que, de pronto, se hubiera vuelto más interesante ante su aburrimiento cuando un golpe en la puerta atrajo su atención hacia arriba.

Parada al pie de la cama estaba Monarca, con el puño aún levantado contra el marco de metal del que colgaban las cortinas de privacidad.

—Hola —dijo con una sonrisa pequeña e incierta—. Oí lo que sucedió anoche. Pensé en traerte un paquete con lo que te hiciera falta.

Levantó una bolsa de papel.

Nova se quedó mirándola un buen rato. Más de lo que seguramente resultaba amable. Parecía una trampa. Hasta ahora, la única interacción con Danna había sido en la sala de entrenamiento, pero cuando se marchó no supo si le caía bien o si Danna confiaba en ella.

Finalmente, se obligó a incorporarse, apoyando la espalda contra las almohadas. Miró la bolsa con desconfianza.

—Gracias…

Danna comenzó a reír y se acercó, dejó caer la bolsa sobre el colchón, contra las piernas de Nova.

—La comida aquí no es terrible, pero tampoco es la mejor del mundo. Ruby me mantuvo bien provista mientras me recuperaba, así que quise continuar con la cadena de favores —hurgó en la bolsa, sacando algunos artículos selectos para mostrarle a Nova—. No sabía si eras de lo dulce, lo salado o ninguna de las anteriores, así que traje un surtido. Algunos pretzels, un poco de chocolate, chips de frutos secos si es lo que te gusta. Y lo más importante: material de lectura. Porque no podemos leer la *Gazette* durante mucho tiempo antes de terminar amargados y descorazonados —hurgó en las profundidades de la bolsa y sacó cuatro libros de tapa blanda, cada uno con los bordes de las cubiertas dobladas y los lomos endebles. Parecía que habían sido muy amados a lo largo del tiempo—. Un *thriller*, una novela romántica, un libro de no ficción —levantó el libro de no ficción, con una enorme nave de guerra en la cubierta— por si te gusta la historia. Pertenecía a mi papá. Sinceramente, no sé si es bueno. Y, por último, mi favorito —el último libro representaba a una mujer

enfundada en una armadura, que cabalgaba sobre un dragón—. No te dejes llevar por las ilustraciones cursis. La historia es genial.

Apiló los libros sobre la bandeja junto a la cama.

—Gracias… —repitió Nova. No estaba segura de cómo tomar esta demostración de amabilidad inesperada—. ¿Ya te recuperaste por completo?

Danna miró hacia abajo, frotándose el costado. Bajo el uniforme, Nova distinguió un ligero bulto sobre las costillas, donde seguramente seguía teniendo vendas.

—Casi —dijo Danna, apartando sus rastas hacia atrás—. Dicen que podré regresar al campo en un par de días. Solo algunas sesiones más con los sanadores y debería quedar… bueno, no cien por ciento, pero lo mejor que podré estar.

—¿Por qué no un cien por ciento? —preguntó Nova—. Todo el mundo habla de los sanadores como si pudieran hacer milagros.

—Pues… pueden hacerlos… hasta cierto punto. Me refiero a que tener un médico con habilidades de curación sobrenaturales sigue siendo mejor que… no lo sé, aplicar compresas de hielo y aceite de caléndula, o cualquiera de esas cosas anticuadas que usaban para tratar las quemaduras. Pero no pueden recuperar los lepidópteros que murieron quemados entre las llamas, y como resultado, siempre tendré una cicatriz bastante nudosa por aquí.

Nova levantó una ceja.

—¿Las llamas *lepidópteros*?

Danna sonrió y encogió los hombros, solo apenas avergonzada.

—A veces me preocupa que llamarlas todo el tiempo *mariposas* menoscabe lo extraordinaria que realmente es la habilidad. Como decir, oye, ¡puedo convertirme en un arcoíris y en margaritas! Qué cool, ¿eh?

Las comisuras de los labios de Nova se torcieron hacia arriba. Danna pareció tomarlo como una señal de que no había problema con arrellanarse en la silla de visitantes.

—Pero yo lo prefiero así. Las personas comienzan a subestimarte, ¿verdad? Y eso es una ventaja automática. Seguramente, sepas a lo que me refiero. Quiero decir, es evidente que nadie creyó que le ganarías a Gárgola, y eso hace que el triunfo sea mucho más satisfactorio.

Nova dejó caer el periódico al suelo y se corrió hacia arriba de la cama.

—¿Alguna vez usas tu don para algo que no sean misiones de los Renegados?

—Oh, todo el tiempo —la sonrisa de Danna se volvió traviesa—. Cuando era chica siempre entraba a hurtadillas en los cines. Hasta el día de hoy jamás pagué una entrada de cine —se inclinó hacia delante, levemente avergonzada—. No le cuentes a nadie, ¿sí? Eso está definitivamente fuera de nuestro *código*.

—Tu secreto está a salvo. Pero ¿qué me dices de… —Nova echó un vistazo alrededor, aunque casi no veía el ala médica del otro lado de las cortinas cerradas— este sector? Pasan tantas cosas, hay tanto que los Renegados intentan construir, inventar e… investigar. Apuesto a que el departamento de Investigación y Desarrollo

está pensando en ideas que harían ver al Centinela como un juego de niños. ¿Alguna vez quisiste saber más sobre todo ello?

Danna soltó un quejido.

—No me hables del Centinela. Si vuelvo a ver a ese tipo, le mostraré dónde meterse aquellas lenguas de fuego.

Nova hizo una mueca.

—Conozco la sensación.

Danna alzó las piernas y las cruzó todo lo que pudo en la pequeña silla. Las rodillas quedaron encima de los apoyabrazos.

—Jamás entré sin permiso a Investigación y Desarrollo ni a los laboratorios del área de cuarentena. Se toman muy en serio la confidencialidad de sus asuntos, y no estoy dispuesta a correr el riesgo de sufrir su ira. Pero —se inclinó hacia delante con complicidad—, cuando llegué aquí, solía meterme por los conductos de ventilación para entrar en el depósito de artefactos. Si alguna vez consigues ingresar, es asombroso. Como un catálogo de todas las armas increíbles de prodigios que jamás hayas visto. Tienen el látigo de Ultrasónico, el escudo de Magnetron y el tridente de… Tridente.

—¿Y nunca te descubrieron? —preguntó Nova, sorprendida por la escasa seguridad para proteger semejantes objetos poderosos, e incluso, un poco ilusionada.

—Jamás me formé —dijo Danna—. Me refiero a que quedé en modo enjambre todo el tiempo, y mientras que las mantenga desparramadas, es bastante fácil que un conjunto de mariposas pase desapercibido. Además hay un montón de lugares donde esconderse allí. Pero, en realidad, los mejores artefactos ni siquiera están en el depósito. Mucha gente no lo sabe, pero conservan una pequeña colección arriba, fuera de las oficinas del Consejo. En teoría, cualquiera puede subir y verlas, pero sin una cita previa, no muchas personas se atreven a subir.

—¿Qué tienen? —preguntó Nova.

Antes de que Danna pudiera responder, Genissa Clark —Escarcha— apareció entre las cortinas. Echó un vistazo a Nova y estalló en carcajadas.

—Grandes poderes, creí que estaban bromeando —dijo, posando una mano sobre la cadera ladeada—. Nadie sería tan estúpido como para entrar en el área de *cuarentena*. Digo, sabes lo que significa cuarentena, ¿verdad, señorita McLain?

Nova se reclinó hacia atrás sobre las almohadas, cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

—Tienes razón. Fue estúpido. Evidentemente, cuando un superhéroe ve a un niño de diez años clavándose una astilla de vidrio en la mano, la respuesta correcta es quedarse afuera y esperar a que sea otro el que venga a lidiar con ello —esbozó una sonrisa falsa y halagüeña—. ¡Eso es, Renegados!

—En realidad —dijo Genissa con un suspiro altivo—, la respuesta correcta es acudir a alguien que realmente sepa lo que está haciendo. Así, cuando llegan los expertos, no tienen que lidiar con *dos* cuerpos inconscientes.

—Tengo una idea —comentó Danna—, ¿qué te parece si te clavas un picahielo mientras Nova y yo conversamos esperando a que los sanadores nos vean?

—Por si lo han olvidado —dijo Genissa, enarcando una ceja—, la verdad es que Nova no hizo nada por ayudar a Max. Así que, si quieres seguir pensando que realizaste un acto heroico, desde luego, sigue acariciando tu ego. Pero lo único que hiciste fue poner en riesgo tus propias habilidades y hacerte ver como una idiota —su voz se hizo más cantarina—. Pero tienes suerte de que siempre necesitamos algunos drones más para ingresar datos. Me refiero a que, de todos modos, eso estabas haciendo. Sí sabes lo que llaman a un *Renegado sin superpoderes*, ¿verdad?

Nova fingió pensar.

—¿Alguien que, de todos modos, le ganó a tu mascota de piedra en las pruebas?

Danna soltó un bufido.

—Simpático —dijo Genissa, sin inmutarse—. Pero la respuesta correcta es *administrador*. Sé que no es el puesto emocionante que seguramente siempre soñaste ocupar entre los Renegados, pero dado que la somnolencia aún no es un superpoder, creo que te ofrecieron un buen reto mientras duró —guiñó el ojo y se volteó.

—Mándale saludos a Gárgola —apuntó Nova tras ella.

La mandíbula de Genissa se torció, pero no respondió mientras cerraba la cortina de un tirón alrededor de ellas.

—Qué encantadora —masculló Danna con un gesto de desprecio—, aunque no deja de tener razón en un aspecto —apoyó el codo sobre el brazo de su silla, ahuecando el mentón—. Eres una de las pocas Renegadas cuya habilidad como parte de una unidad de patrullaje no se vería necesariamente afectada si pierdes tu poder —encogió los hombros—. ¿Por qué no te dejarían permanecer en el equipo? Apuesto a que podrías convencerlos fácilmente.

—Eso espero —dijo Nova. Señaló hacia las cortinas—. Di la verdad. ¿Ella es lo peor (ella y su equipo), o hay muchos Renegados más que son menos nobles de lo que la gente quiere admitir?

—Oh, no cabe duda de que hay algunas unidades de patrullaje que permanentemente abusan de su poder, pero Genissa Clark es la peor. La mayoría de las personas aquí son bastante agradables. Aunque, entre tú y yo, hay alguien que intento evitar a toda costa —Danna se inclinó hacia delante, bajando la voz, y Nova no pudo evitar acercarse también a ella—: Thunderbird.

Nova pestañeó.

—¿En serio? ¿Un miembro del Consejo?

—Uf, es lo peor —Danna se cubrió el rostro con las manos, como para ocultarse—. No creo que pretenda ser atemorizante, pero encuentro a esa mujer aterradora. Es tan seria, y cada vez que está cerca, siento que está buscando cualquier motivo para echarme del cuartel general. No sé por qué, pero juro que me odia.

—Parece una persona… —Nova reflexionó, sin poder encontrar la palabra apropiada, hasta que la halló— crítica.

—Crítica, aterradora, es lo mismo —Danna frunció el semblante. Por un momento, pareció avergonzada—. Aunque, si quieres saber toda la verdad, puede tener algo que ver con mi temor inherente a las aves.

Nova levantó las cejas.

—Las aves.

Danna fingió que se estremecía.

—Desde que era niña. Quiero decir, sabes cuál es uno de los depredadores principales de las mariposas, ¿verdad?

Nova soltó una pequeña carcajada.

—Está bien, eso tiene sentido —reflexionó un momento—. ¿Sabes que existen más de cuarenta especies de aves acuáticas en esta región?

Danna la miró incrédula.

—¿En serio? ¿Por qué me dirías algo así? ¿Estás tratando de que tenga pesadillas en las que me devora una bandada de gaviotas?

—Cielos, no —dijo Nova enérgicamente—. Si acaso, deberías tener pesadillas acerca del albatros real. La envergadura de sus alas puede llegar hasta los tres metros y medio.

Danna fijó en ella una mirada fría.

—Estoy comenzando a arrepentirme de haber venido.

—¿Demasiada información? —preguntó Nova, fingiendo una mirada tímida.

—Muy bien —dijo Danna, aún echando fuego por los ojos—. Te toca a ti, señorita Pelearé-contra-la-Gárgola. ¿Tienes alguna fobia o siempre permaneces tan serena de cara al miedo como durante las pruebas?

¿Alguna fobia?

Nova no pudo evitar presionar los labios que formaron una delgada línea.

—Solo una. Tengo una fobia.

*Y lleva una guadaña y es cerca de mil veces más atemorizante que Tamaya Rae.*

—Vamos —dijo Danna—. Yo compartí la mía.

Nova sacudió la cabeza.

—No pedí que me contaras tus secretos, y no revelaré este.

Danna resopló, pero la atención de Nova se desvió hacia otra figura que pasaba delante de las cortinas, un sanador que revisaba una planilla mientras cruzaba caminando. Suspiró. Habían pasado varias horas desde que alguien había venido a ver cómo estaba. Era evidente que no estaban tan preocupados como aparentaban.

—Así que Adrian estaba trayéndote sándwiches, ¿eh?

Nova se sobresaltó.

—¿Qué?

Danna le dirigió una mirada pícara.

—A las tres de la mañana. Qué… *amable* —remarcó la palabra, sugiriendo de manera no tan sutil que se trataba de un acto que iba más allá de la amabilidad.

—Oh, sí —Nova encogió los hombros—. Aunque, en realidad, nunca llegamos a

comerlos.

—Lo que importa es la intención. Y tampoco hay que pasar por alto que irrumpió en una situación altamente volátil para rescatarte…

Nova arrugó el entrecejo.

—Sip. Es un buen tipo. Creo que eso me ha quedado claro.

Danna dobló los dedos sobre el estómago.

—La verdad que sí. Nadie lo puede discutir. Pero sabes, durante todo el tiempo que hemos estado juntos en el equipo, a *mí* nunca me trajo sándwiches.

Carraspeando, Nova tomó el libro de encima de la pila sobre la mesilla de noche y comenzó a pasar las páginas a las apuradas.

—Solo estaba siendo amable. Realmente ha hecho un enorme esfuerzo por hacerme sentir que tengo un lugar aquí.

Era cierto, pensó, aunque también sabía que no explicaba el calor que inundó su rostro. O por qué las insinuaciones de Danna le provocaban un revoloteo de mariposas en el estómago al mismo tiempo que apretaba la mandíbula. La cuestión era que, cuando Adrian estaba cerca, cada vez le resultaba más difícil enfocar la mirada en salidas de emergencia y en recursos, o sintonizar con amenazas posibles, cuando todo lo que quería era analizarlo a él. Quería saber cómo conseguía equilibrar la seguridad en sí mismo con la humildad; era tranquilo, pero enfocado.

Cuando Adrian dibujaba, ella solo quería observar los movimientos rápidos, ágiles de las manos. Cuando sonreía, ella contenía la respiración para ver si la sonrisa de él sería lo suficientemente radiante para que aparecieran aquellos hoyuelos esquivos. Cuando la miraba, sentía la necesidad de mirarlo a su vez. Y también, ilógicamente, de apartar la mirada.

Todo ello junto hacía que su presencia le molestara demasiado.

Era atracción, lisa y llana. Eran las hormonas. Era… la biología.

Y no era parte de su plan.

—¿Sabes? —dijo Danna— No creo que Adrian haya tenido jamás una novia. Por lo menos, no una en serio. No desde que lo conozco.

Solo cuando este comentario le provocó una nueva oleada de irritación, Nova advirtió lo mucho que, durante el breve lapso de su visita, Danna casi había empezado a resultarle agradable.

Vaya estupidez.

Pero sí se le ocurrió repentinamente algo.

Estrechando los ojos, Nova se inclinó hacia delante, examinando el rostro de Danna.

—¿Te sientes bien?

Danna se tensó.

—Sí, ¿por qué?

Nova torció el dedo, alentándola a acercarse.

—Tal vez solo sea la temperatura aquí dentro, pero luces un poco afiebrada —

extendió la mano y colocó la palma sobre la frente de Danna—. Tal vez debas descansar un poco más.

Su poder fluyó a través de ella tan fácil y naturalmente como siempre.

Los ojos de Danna se cerraron. Cayó hacia delante, su rostro aterrizó sobre las mantas.

Nova se reclinó hacia atrás con un suspiro, dirigiendo la vista hacia el techo.

Por fin, una prueba.

Su poder estaba intacto.

Y cada momento que pasaba aquí era una pérdida de tiempo.

Salió de la cama.

—¡Enfermera!

Un instante después, la enfermera que le había traído el almuerzo jaló la cortina hacia atrás, sorprendida cuando vio a Nova levantando a Danna de la silla y ubicándola sobre el colchón.

—No sé lo que pasó. Parecía estar bien hace un minuto, y luego se puso muy pálida y se desvaneció. Tal vez, convenga traer a un sanador. Creo que hizo un esfuerzo excesivo demasiado pronto.

Perpleja, la enfermera salió corriendo a alertar a uno de los sanadores.

Para cuando regresó, Nova se había vuelto a vestir y casi había terminado de calzarse las botas.

—Y tú, ¿a dónde crees que vas? —preguntó mientras le tomaba el pulso a Danna.

—A casa —dijo Nova.

La enfermera soltó una carcajada estridente.

—De ninguna manera, jovencita. Te prepararemos una nueva habitación en tan solo unos minutos, pero necesitamos que permanezcas aquí.

Nova la miró furiosa.

—¿Por qué?

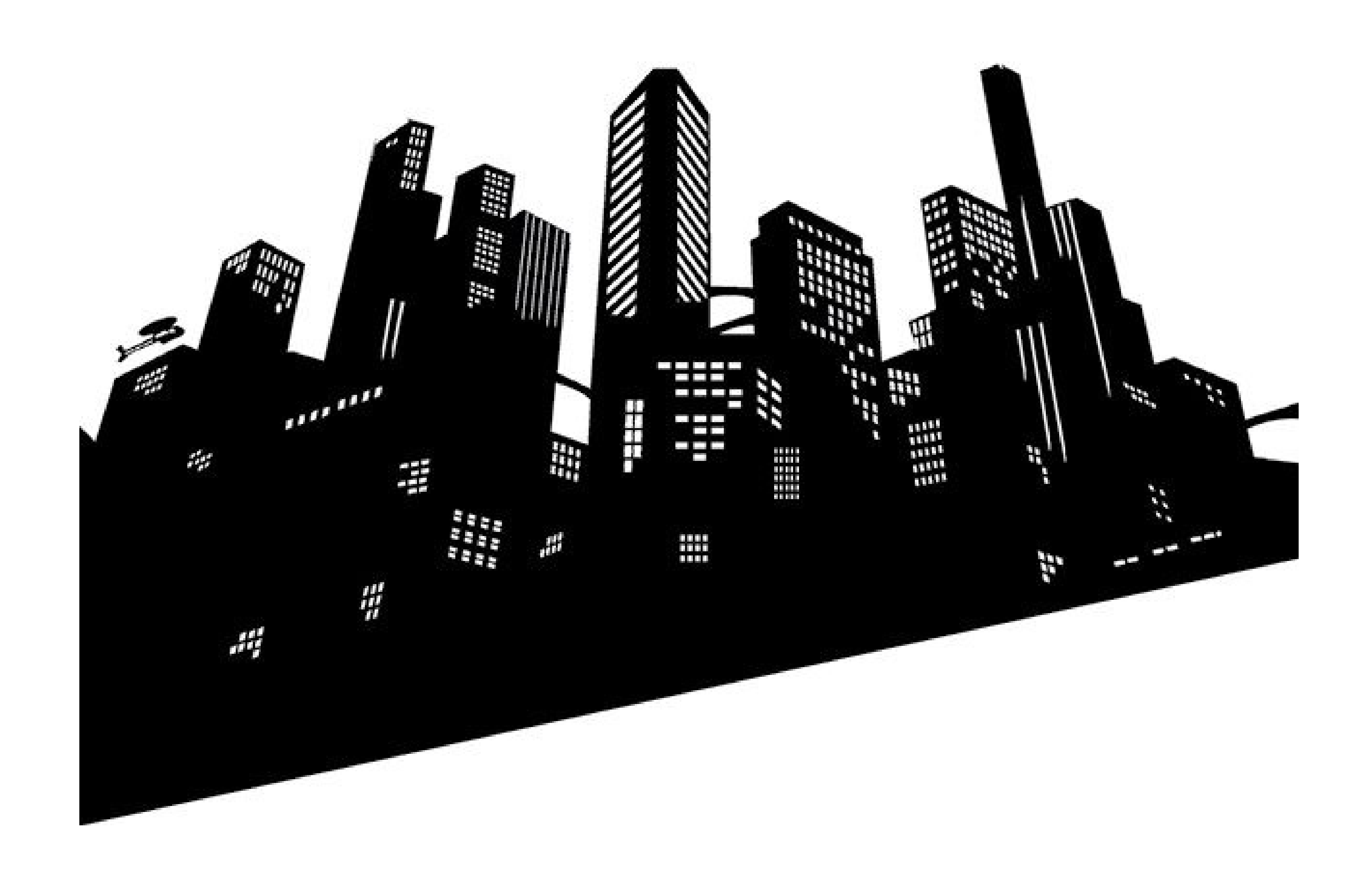
—¡Porque sí! —dijo la enfermera, como si esta fuera una explicación viable—. Necesitamos vigilarte de cerca después de que…

—¿Después de qué? ¿De que un niño de diez años casi me drenara mi poder?

La enfermera suspiró.

—No hay demasiadas personas que hayan estado en contacto con el joven señor Everhart. Debemos ser cuidadosos.

—Bueno —dijo Nova, terminando de asegurar las botas—, si me muero, haré que se lo comuniquen a usted. Hasta entonces, tengo cosas que hacer. Y —señaló a Danna— por lo que parece, usted también.



# Capítulo 35

—Ok, ahí tienes la nueva torre de tu hospital —dijo Adrian, empujando la construcción hacia el recinto de Max—. ¿Qué más se rompió?

—Solo esos apartamentos sobre los que te caíste —dijo Max, señalando la salida.

—Perfecto —Adrian comenzó a dibujar.

Dentro del área de cuarentena, Max llevó la nueva torre al edificio del hospital. La apoyó sobre el tocón quebrado, trabajando mayormente con una sola mano, ya que tenía la derecha recubierta con vendas. Adrian lo observó empleando el antebrazo para sostener la torre en su lugar mientras envolvía la mano izquierda alrededor de la fisura. Lentamente, el vidrio comenzó a fundirse, formó un sello que no fue perfecto —continuaba viéndose una grieta donde el material se había fusionado—, pero parecía lo bastante sólido.

Adrian tragó. Había visto a Max emplear aquel don particular una cantidad de veces, probablemente más que cualquier otro poder que había absorbido. Lo hizo pensar en lo que Nova había visto: Max empleando la telequinesis para mantener en el aire decenas de edificios a la vez. La verdad es que, desde que Nova se lo había contado, aquella imagen mental nunca dejó de rondarle la cabeza. Había estado toda la mañana intentando encontrar un modo de preguntarle acerca de ello, pero aún no veía una manera de hacerlo que no sonara a acusación.

En lugar de formular la pregunta que realmente quería hacer, dijo:

—¿Cómo está la mano?

—Podría estar peor —Max miró la palma vendada—. Tuvieron que cauterizar la arteria por donde salía toda la sangre. Pero la aguja pasó justo por aquí —levantó la mano izquierda para poder mostrarle a Adrian—: en esta parte más gruesa entre el pulgar y el dedo. Así que no tocó ningún hueso ni tendón —encogió los hombros—. Supongo que habría dolido mucho más si la herida hubiera sido más central. Y te aseguro que esto dolió bastante.

—Con un poco de suerte, tendrás una cicatriz épica de recuerdo.

Una sonrisa fugaz cruzó el rostro de Max. Dio un paso atrás para examinar el hospital, luego regresó con cuidado hacia Adrian. Se sentó al borde de la ventana saledriza mientras Adrian bosquejaba el edificio aplastado.

—¿Oye, Adrian? —comenzó a decir, sosteniéndose la mano vendada en el regazo y toqueteando los bordes de la venda.

De inmediato, este levantó la mirada, vacilando. No sucedía a menudo que Max se preocupara por algo.

—¿Qué?

El muchacho enderezó la espalda, pero aún no lo miraba a los ojos.

—Tengo el poder de Ace Anarquía.

Adrian lo observó, esperando que dijera algo más, pero aquello pareció ser todo lo que iba a confesar.

—Sí —respondió por fin—. Lo sé.

Max se removió levemente y aclaró la garganta.

—¿Crees…? —su voz se fue apagando.

—Si creo, ¿qué?

—¿Crees que, tal vez, yo sea malvado?

Las cejas de Adrian se dispararon hacia arriba. Se inclinó hacia atrás, levantando la punta del rotulador del dibujo sin terminar.

—O… —continuó Max— ¿que tenga poderes malignos?

Adrian esperó que el muchacho alzara la mirada hacia él, pero mantuvo los ojos fijos en el suelo.

—No, no lo creo.

La boca de Max se frunció hacia un lado, sin quedar convencido.

—Sabía que dirías eso.

—Porque es verdad —dijo Adrian con una carcajada—. ¿Por eso simulas que no eres bueno haciéndolo? ¿Por eso has ocultado todos estos años lo fuerte que eres?

Max levantó la mirada, el rostro abrumado por el arrepentimiento. No respondió, pero Adrian advirtió la verdad claramente impresa en su rostro.

Con un suspiro, tapó el rotulador.

—Para empezar, la mayor parte de las cosas horribles que hizo Ace Anarquía solo pudo hacerlas gracias a que contaba con aquel casco. Una vez que se lo quitaron,

quedó… me refiero a que seguía teniendo un gran poder telequinético, pero no como antes. Y, lo que es más importante, todas nuestras acciones (lo que cualquiera de nosotros hace) son solo un conjunto de elecciones, ¿verdad? Piensa, por ejemplo, en los elementales de fuego. Cada elemental de fuego puede elegir. Puede incendiar un edificio o puede asar malvaviscos.

Si bien su intención era ser gracioso, Max arrugó la frente, sin dejarse impresionar por los intentos de Adrian de hacerse el listo.

—Si tuvieras los poderes para hacer todo lo que Ace Anarquía podía hacer, elegirías hacer otra cosa. Erigirías construir cosas, no derribarlas —señaló la ciudad de cristal—. A los hechos me remito.

Este último gesto por fin trajo una pequeña sonrisa a los labios de Max.

—Hablando de construir cosas —dijo, con los ojos brillantes—. Esta mañana descubrí algo. ¿Quieres verlo?

Sin esperar una respuesta, se puso de pie y regresó corriendo a sus habitaciones, volviendo un instante después con un delgado rotulador rojo.

Se puso en cuclillas delante de la pared y comenzó a dibujar sobre el cristal. De inmediato, había completado el bosquejo rudimentario de un auto.

Cuando terminó, colocó la tapa al rotulador, presionó el dedo índice sobre el centro del auto y empujó.

Adrian ya se encontraba riendo para cuando el auto saltó de la pared y aterrizó en la palma de su mano. Era aproximadamente del tamaño de esta, aunque se ladeaba un poco y las ruedas no giraban. Tampoco poseía la solidez de sus propias figurillas de cristal; el material tenía una suavidad inherente, una cierta plasticidad, como vidrio a punto de derretirse.

Pero salvo aquello, era real.

—Vaya, pequeño bandido —dijo—. Me robaste mi poder.

Max resopló. Miraba el auto con evidente desaprobación.

—No soy muy buen artista. Y hasta ahora, todas las cosas que he dibujado tienen fallas. No son estables como las tuyas. Al principio, realicé algunos objetos sobre papel, pero se deshacen como papel de seda apenas los arranco.

Adrian volteó el auto, lo sostuvo del capó, cuando todo se desplomó hacia el suelo y se dobló casi por la mitad.

—¡Ay! Perdón.

Max encogió los hombros.

—No estuviste mucho tiempo aquí, así que no pude quitarte demasiado poder. Lo cual es bueno. Si lo hubiera obtenido todo, entonces no tendría más remedio que crear nuevos edificios para la ciudad, y no serían demasiado buenos.

—Es posible que al principio, no, pero podría darte lecciones de dibujo —Adrian intentó devolverle la forma al vehículo doblándolo, pero se deformó rápidamente. A esta altura se hallaba sobre la palma de su mano con la consistencia de una masa de pan. Rindiéndose, apoyó el amasijo transparente sobre el suelo—. ¿Ya sabes cuánto

poder obtuviste de Nova?

Max sacudió la cabeza.

—Estuvo aquí adentro más que tú, pero… de todos modos, no fue *tanto* tiempo. Tú apareciste justo cuando sucedía. De todos modos, supongo que ya lo sabremos —su ceño se volvió aún más pronunciado—. Me gustaría que hubiera una manera de rechazarlo. En realidad, no quiero su poder. Lo último que necesito son ocho horas más de aburrimiento todos los días.

Adrian asintió comprensivamente. Dibujó su propia versión del auto de Max sobre el cristal y lo empujó a través del vidrio. En lugar de tomarlo, el muchacho tan solo hizo un gesto de impaciencia.

—Eres un presumido.

—No puedo evitarlo.

De pronto, la postura de Max cambió. Su columna se tensó, su mirada se volvió más pensativa, aunque vacilante.

—¿Adrian?

Por el modo de decirlo, este también se tensó.

—¿Sí?

—Cuando entraste aquí… después de levantar a Nova… —sus ojos se estrecharon. No lo miró de un modo directo, sino que tenía la mirada perdida en el auto de cristal—. *Volaste*.

El pulso de Adrian martilló en sus oídos.

Las palabras quedaron suspendidas demasiado tiempo entre los dos, tan sólidas como el muro que los separaba. Finalmente, Adrian forzó una pequeña carcajada.

—Creo que debes haberlo imaginado. Seguramente, fue toda la sangre que perdiste.

Un intenso rubor inundó las mejillas de Max, y cuando sí levantó los ojos, centelleaban de furia.

—No soy estúpido.

Adrian tragó saliva.

—No quise decir…

—Está bien, tal vez no fuera volar de verdad, pero lo que hiciste tampoco fue algo normal. Saltaste —miró atrás, midiendo la ciudad con sus ojos— por lo menos cuatro metros, y ni siquiera estabas corriendo en aquel momento. Sencillamente, despegaste.

Adrian fijó la mirada en él mientras su mente buscaba una explicación, pero no se le ocurrió nada. El silencio parecía impermeable. Quería romperlo, pero no tenía nada para decir.

Por fin, Max se hundió de nuevo sobre los talones.

—¿Sabes? He visto videos de otro prodigio que también puede saltar así.

Adrian apretó los labios, como si la confesión pudiera surgir por propia iniciativa. Ya se debatía si contarle a Max la verdad sería tan terrible. Podía confiarle este secreto, ¿verdad? Era evidente que ya lo había descubierto —por lo menos, *adivinado*

—, así que ¿cuánto daño significaba admitirlo?

De todos modos, dudó. Porque por mucho que amara a Max, también sabía que el muchacho amaba al Capitán Chromium. Adrian no sabía con certeza a quién le era más leal, y aún no estaba listo para que sus papás supieran que él era el Centinela. Habían quedado grabadas en su memoria sus expresiones al regresar al cuartel general la noche anterior, después de enterarse de lo que había sucedido en el área de cuarentena. Miedo y pánico, alivio junto con preocupación. No solo por lo que había sucedido, sino más por lo que podría haber sucedido. Adrian sabía que no era solo el temor de que podría haber perdido sus poderes, lo cual hubiera sido difícil de aceptar al principio, pero no el fin del mundo. Seguían conmocionados por el hecho de que él casi hubiera muerto en la biblioteca. También era posible que siguieran intranquilos por el roce del Capitán con la muerte durante el desfile, incluso si ninguno de los dos admitiera lo cerca que había sido.

Ser Renegado era peligroso. Siempre lo había sido, y pocos superhéroes intentaban convencerse de lo contrario. Era solo una realidad de esta vida que habían elegido, o que los había elegido a ellos.

Pero si sus papás se enteraban de que Adrian también era el Centinela… y que había enfrentado a Pesadilla en el desfile, visitado a los Anarquistas en su guarida, desafiado a la Detonadora en la biblioteca y que había precipitado el cuerpo en el fuego… la ansiedad de sus padres se dispararía por las nubes. No hacía falta hacerlos pasar por eso.

Por lo menos, es lo que se decía a sí mismo. Era por ellos. Les estaba ocultando esto por su bien, para protegerlos de sus propios sufrimientos.

Pero también sabía que era una decisión egoísta. No estaba listo para dejar el rol de Centinela, y sabía que se lo pedirían.

Lo que no sabía era si obedecería o no. En este momento, parecía más fácil guardar silencio.

—Está bien, como quieras —dijo Max, una vez que fue evidente que Adrian no admitiría lo que suponía—. No tienes que responder. Vi lo que vi.

Adrian apartó la mirada, sus hombros abatidos por la culpa. Le hubiera gustado explicarle a Max que no era una cuestión personal. En realidad, no estaba listo para contarle *a nadie*.

—Es complicado —dijo sin más.

Max soltó una carcajada.

—Sí, y yo no tengo idea de lo que significa eso.

Adrian se estremeció.

—Pero sí se me ocurrió algo —dijo el muchacho, dando golpecitos con el rotulador contra la palma—. Ese tipo llamado *el Centinela*… ¿tal vez hayas oído hablar de él? ¿El Centinela? Últimamente, ha salido bastante en las noticias.

Adrian le disparó una mirada suspicaz.

—Me suena conocido.

—Pues, por lo que sé, es posible que aquel tipo y yo seamos los únicos prodigios vivos que podamos decir que tenemos más de un superpoder. Es decir, ambos tenemos múltiples superpoderes que no tienen ninguna relación entre sí. No como Tsunami, que puede crear agua de la nada y además manipular la que ya existe. El Centinela, en cambio, puede crear fuego y realizar todos esos saltos, y ahora están diciendo que tiene un nuevo y fantástico haz de energía contusiva. Mientras que yo tengo —dio un golpecito con el bolígrafo sobre la punta de cada dedo mientras contaba—: telequinesis, manipulación metálica, fusión de materia, algo de invisibilidad… —reflexionó—, obviamente, absorción, y ahora lo que sea que tú haces. Por cierto, ¿cómo lo llamas?

Adrian sonreía de nuevo. Sabía que Max intentaba salvar la distancia causada por su secreto y su renuencia a hablar de él. Parecía estar dispuesto a ceder, y él lo agradeció.

—Simplemente lo llamo *dibujar* —dijo—. Pero creo que mi perfil indica «génesis gráfica».

—Génesis gráfica. *Cool*. Es una lista excelente, ¿verdad?

—Es una lista increíble —de veras, era más impresionante de lo que advertía Adrian. Rara vez veía a Max emplear cualquiera de las habilidades que había tomado de los prodigios, la mayoría de las cuales había sido absorbida de niño. La telequinesis, de Ace Anarquía; la manipulación metálica y la fusión de materia, de sus padres; un poco de invisibilidad, de Dread Warden antes de que se dieran cuenta de lo que podía hacer. Ahora, por supuesto, el poder de Adrian, y tal vez incluso, un poco del de Nova. Puede que no dominara a la perfección todas estas habilidades, como lo demostraba el auto, que ahora era una masa gelatinosa junto al tobillo de Adrian, pero Max era lo suficientemente poderoso. De hecho, si no hubiera estado confinado a su área de cuarentena, habría sido un gran superhéroe. Adrian abrió la boca, a punto de decirle justamente esto, cuando Max soltó:

—¿Puede el Centinela darse a sí mismo *algún* poder?

Adrian parpadeó.

—No digas que no sabes —continuó Max apurado—, solo… simula adivinar o lo que sea. Funciona así, ¿verdad? De alguna manera, tú… quiero decir, ¿él lleva sus ilustraciones a la realidad? ¿O… en cambio, tienes… tiene el Centinela la capacidad de imitar poderes, y la génesis gráfica ni siquiera sea el poder original?

Cerrando los ojos, Adrian se masajeó la frente.

—Yo no… —hizo una pausa y exhaló un profundo suspiro—. Está bien, si tuviera que *adivinar*… —volvió a enfocar su atención en Max, mirándolo fijamente, esperando transmitirle que, si alguna vez alguien preguntaba acerca de esto, cuando fuera, era solo una suposición—. El Centinela sigue intentando comprender de cuántos poderes puede dotarse y el alcance general de sus habilidades. En cierto modo, lo va improvisando sobre la marcha.

—Me lo imaginé —dijo Max, en un tono que puso los pelos de punta a Adrian—.

Pero ¿crees… que ya haya intentado ser invencible?

—¿Ser invencible?

—Ya sabes. Como el Capitán.

Adrian se apoyó hacia atrás sobre las manos. Por algún motivo, jamás había prestado demasiada atención a replicar los poderes de sus papás ni ninguno de los del Consejo. Tal vez, le resultara demasiado parecido a cruzar un límite infranqueable. Jamás podría convertirse en el Capitán Chromium o en Dread Warden, jamás podría reemplazarlos y, de cualquier manera, no se trataba de eso. Pero imbuirse de sus habilidades, especialmente, de la invencibilidad o superfuerza del Capitán, habría parecido casi irrespetuoso hacia todo lo que representaba este, hacia todo lo que el mundo admiraba.

Pero, al mismo tiempo, sabía exactamente por qué Max preguntaba acerca de este poder en particular, entre todos los superpoderes del mundo.

Por su invencibilidad, Hugh Everhart era el único prodigio que podía acercarse al niño. Y aunque este disimulaba muy bien su soledad, y Adrian intentaba no pensar demasiado en ella, en aquel momento, quedó claro lo mucho que debía anhelar interactuar con otros sin tener un muro de cristal de por medio ni un traje ribeteado con cromo.

—No lo sé —dijo con lentitud, por fin—. Sinceramente, no lo sé.

Max asintió, comprendiendo, y Adrian advirtió que no se hallaba enfadado con su respuesta. Era la verdad. No sabía si podía otorgarse a sí mismo invencibilidad en algún nivel y, sin duda, no en el nivel de su papá. Max debió reconocer la honestidad de sus palabras.

Pero la mente de Adrian ya se hallaba girando, considerando, *preguntándose*…

—Debes ir a ver cómo está Nova.

Adrian se sobresaltó.

—¿Qué?

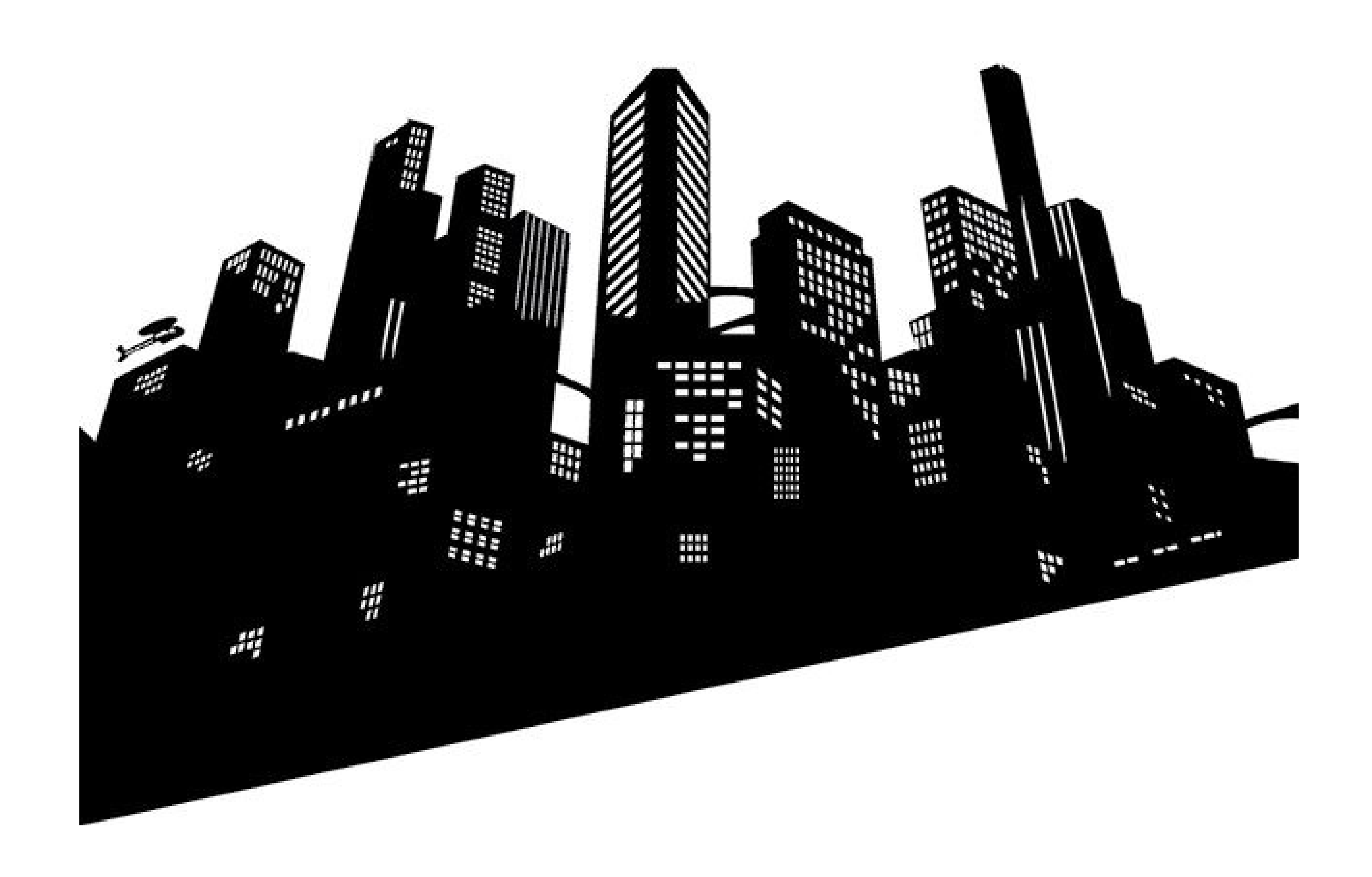
—Apuesto a que sigue asustada. Me daba la impresión de que realmente disfrutaba estando despierta todo el tiempo.

—No estoy seguro de que *disfrutaba* sea la palabra adecuada… —dijo Adrian, intentando recordar sus palabras exactas cuando conversaron sobre cómo pasaba el tiempo—. Pero sí creo que está orgullosa de lo que logró gracias a ello. No se conforma con leer cómics y dibujar, como seguramente haría yo. En cambio, se convirtió en Renegada.

—Justamente —dijo Max—, y tal vez, yo se lo haya quitado.

Sacudiendo la cabeza, Adrian se dispuso a ponerse de pie.

—Jamás. Le guste o no, ahora ella es una de nosotros.



# Capítulo 36

La primera vez que Nova visitó el Cuartel General de los Renegados, las oficinas del Consejo no habían sido parte del recorrido, pero ella sabía que existían. El número de planta figuraba en el directorio del vestíbulo, y se había propuesto echarles un vistazo, pero nunca surgió un motivo para hacerlo. Al menos, nada que pudiera utilizar como explicación si alguien le preguntaba lo que estaba haciendo.

Pero al salir con cautela del elevador, advirtió que no debió preocuparse. A primera vista, la planta parecía desierta. Por lo menos, el mostrador central de la recepcionista estaba desocupado, y Nova no oyó señales de vida que provinieran de la puerta abierta que estaba atrás. Su mirada saltó a las cámaras de seguridad ocultas en el techo, y se recordó a sí misma que debía actuar con naturalidad, simular que tenía todo el derecho de estar ahí.

Algo que, por otra parte, era cierto. Ella *era* una Renegada y, según el directorio de la primera planta, el acceso a este nivel no estaba prohibido. Ni siquiera planeaba hacer nada allí, salvo echar una mirada alrededor, pero saberlo no hizo mucho por calmar la paranoia que acechaba en su cabeza.

Nova dio la vuelta al mostrador de recepción, advirtiendo las fotografías enmarcadas, en las que un apuesto hombre con cabello cano rodeaba con el brazo a Prisma, la prodigio que los había conducido a la Sala del Consejo tras el incidente de

la biblioteca. Pasó a través de una amplia entrada a un vestíbulo circular con relucientes suelos blancos, una espectacular araña de vidrio soplado a mano, y amplios ventanales con vistas a un imponente paisaje de la ciudad y del océano a lo lejos. Una fuente serena burbujeaba en el centro, y cuadros y vitrinas de cristal se alineaban contra las paredes. Cinco corredores emergían del vestíbulo como los rayos de una rueda, cada uno con una placa decorativa encima de la entrada, grabada con los alias del Consejo: Tsunami. Blacklight. Thunderbird. Dread Warden. Capitán Chromium.

Nova se detuvo de nuevo para escuchar con atención. Solo cuando oyó silencio, comenzó a avanzar por la colección de memorabilia. Una vitrina tenía una única piedra preciosa color verde sobre un lecho de seda. No le hizo falta la etiqueta para identificar la Piedra de la Clarividencia: se le atribuía haber otorgado a una prodigio, llamada *Fortuna*, la habilidad de describir a quien fuere el momento más feliz y más triste de su vida, incluso si aún no hubiere sucedido. A continuación estaba el abanico dorado que Torbellino podía emplear para cortar a un enemigo en trozos desde una distancia de hasta quince metros. Luego, una colección de enormes huesos de pez, dispuestos con esmero sobre un platillo de madera. Se trataba del esqueleto de un pez navaja. Se decía que su espíritu había embrujado a Sandprowler, imbuyéndolo de la habilidad de enterrarse rápidamente en cualquier tipo de suelo.

Al llegar a un muro libre de vitrinas, donde colgaba en cambio una enorme pintura, Nova hizo una pausa. El estómago se le contrajo al observar la representación artística de la Batalla de Gatlon. Reconoció las escalinatas de la catedral en el trasfondo, aunque el suelo estaba sembrado de destrucción, restos, cadáveres y sangre. En primer plano, encima de una montaña de escombros, se hallaba el Capitán Chromium de pie. Sujetaba su pica de cromo, con el casco de Ace arponeado en la punta.

En la base de aquel montículo yacía el mismísmo Ace Anarquía, su cuerpo quebrado sobre una de las balaustradas destrozadas de la catedral, su sangre derramada sobre la tierra.

La boca de Nova se resecó. El artista había plasmado los rasgos de Ace a la perfección: aquella espantosa desolación, incluso de muerto. Ojos oscuros abiertos hacia el cielo, labios abiertos con incredulidad.

Sabía que no se basaba en la realidad. Este momento detenido en el tiempo no era más que una interpretación artística de lo que pudo haber sucedido. Tal vez, en la mente de ellos, lo que *tuvo* que haber sucedido. Pero la realidad era que no había quedado nada del cuerpo de Ace sobre el cual proclamar su victoria con arrogancia.

Aquello no volvía la imagen menos desagradable, y en aquel momento Nova juró que, cuando derrocara a los Renegados, volvería a encontrar este cuadro y lo destruiría.

Exhalando un débil suspiro, se obligó a voltearse. Sus botas taconearon sobre el duro suelo al pasar delante del siguiente corredor, pero luego hizo una pausa, el

corazón titubeó.

Retrocedió un paso, alineándose con la entrada del pasadizo —el corredor del Capitán— y miró a lo largo de su extensión.

Su mandíbula cayó. Sintió un hormigueo en la piel.

Allí, en un pedestal al final de la galería, reluciendo de color cobre dorado bajo un pálido reflector, estaba el casco.

El casco de *Ace*.

Nova apenas había avanzado un paso cuando el comunicador de su muñeca zumbó. Quedó paralizada. De seguro que los Renegados habían descubierto quién era y qué planeaba hacer, aunque no estaba del todo segura de estar planeando algo. Solo sabía que, en el instante en que se disparó el comunicador, la culpa y la paranoia la embargaron.

Levantó la muñeca, miró el texto encendido sobre el brazalete de comunicación y soltó un largo suspiro. No era más que Adrian: no la acusaba de nada, solo estaba preocupado por que no estuviera en el ala médica.

Esperó que su pulso acelerado se calmara antes de leer el mensaje completo.

Insomnia, ¡solo porque no duermes nunca no significa que puedas salir de la cama sin el permiso de los sanadores! (es una broma, aunque no tanto). Acabo de llegar al ala médica, y la enfermera me dice que regresaste a casa. Los sanadores parecen preocupados: dicen que podría haber efectos secundarios aún desconocidos por la cercanía a Max. ¿Puedes regresar al cuartel general? O, si te desmayaste en alguna zanja, avísame para irte a buscar, ¿sí? (Otra broma, aunque no tanto).
Sketch.

Nova leyó el mensaje tres veces. La primera vez, estaba demasiado turbada por el descubrimiento del casco de Ace, y gran parte del sentido del mensaje se perdió en el caos de su cabeza. La segunda vez, solo entendió que podía haber efectos secundarios y que los sanadores intentaban darle órdenes, para lo cual estaban usando a Adrian, lo cual halló increíblemente fastidioso.

Pero la tercera vez, vio el mensaje no solo como un texto luminoso color azul, sino que lo escuchó en la voz de Adrian, y para cuando llegó al final, el fastidio había desaparecido, reemplazado por algo más cercano al cálido regocijo.

Porque aunque fuera perfectamente capaz de ocuparse de sí misma y no necesitara de Adrian ni de los sanadores para cuidarse, había algo en sus intentos apenas disimulados por ocultar su preocupación que a ella no podía dejar de resultarle encantador.

Luego levantó la vista de nuevo, y todo el encanto y regocijo desapareció, como un fuego rociado con agua helada.

Sin responder el mensaje, Nova bajó la muñeca, respiró hondo y recorrió el largo pasillo.

Había un riel de focos instalado en el techo, y a medida que Nova se acercaba, el

centelleo de luz reflejado en la superficie del casco fue cambiando. Advertía destellos de su propio reflejo en los paneles que se curvaban alrededor del visor. El filo de la luz se enganchaba en la cubierta rota del casco, donde la pica del Capitán la había atravesado hacía tiempo, y había dejado un enorme agujero y profundas grietas que brotaban hacia fuera. El casco estaba posado sobre una clavija delgada de modo que, desde ciertos ángulos, parecía suspendido en el aire. La hendidura abierta desde donde, alguna vez, se habían asomado los ojos de Ace era ahora un agujero negro. A diferencia de las piezas que se encontraban en el vestíbulo principal, el casco no estaba protegido por cristal, sino dejado al descubierto. Como si no hubiera temor de que alguien se lo llevara alguna vez. Como si a nadie le preocupara que, algún día, pudiera volver a caer en manos de un villano.

¿Y por qué temerlo? Aquel agujero en la parte superior demostraba a las claras que estaba destruido. Cualquiera fuera el poder que alguna vez hubiera contenido, cualquiera la fuerza que su padre hubiera metido en la tela de esta energía transformada en metal, había desaparecido hacía mucho tiempo.

Nova se detuvo cuando llegó a una distancia prudencial del casco, abrumada por los recuerdos.

El tío Ace, parado junto a la figura dormida de un asesino, mirando a Nova con tristeza y asombro.

Ace, haciendo que las campanas de la catedral tronaran y repiquetearan, solo para conseguir que Nova sonriera.

El instante en que había visto aparecer la carroza del desfile, con el Capitán exhibiendo este casco como un cazador orgulloso de su conquista.

Sintió el escozor de las lágrimas en las comisuras de los ojos al levantar la mano, la detuvo un par de centímetros encima de la frente del casco. Imaginó que este emitía débiles vibraciones, casi como si pudiera sentir su presencia. Estaba segura de que sonaría una alarma, pero no pudo resistir la lenta inhalación de aire al apoyar la mano sobre el frío metal.

La alarma no se oyó.

Y el casco se sintió como… un casco. No recibió ninguna descarga de energía a través de la piel. No sintió un débil pulso contra la mano. Tan solo, metal frío.

Al mirar su propia mano apoyada con reverencia sobre la dorada superficie, los ojos de Nova se posaron en el delgado brazalete de filigrana que colgaba alrededor de su muñeca.

Frunció las cejas e inclinó la cabeza de lado. Llevando la otra mano hacia delante, tomó la delicada filigrana y la sostuvo bajo la luz, preguntándose si acaso las sombras la estaban confundiendo.

El corazón comenzó a martillarle con fuerza.

Su propio brazalete y el casco no eran iguales. El primero tenía un característico color rosado, una energía hermosa, pero sutil, introducida en el material, que no poseía el casco que, en sí mismo, era color cobre dorado.

A medida que las justificaciones afloraron a la superficie, su ceño se profundizó. Por cierto, la diferencia se debía a que el casco estaba destruido. Cualquier poder que hubiera imbuido el material, alguna vez, había desaparecido.

Aunque por otra parte… su brazalete también estaba roto. Faltaba el broche original, y las clavijas seguían vacías, esperando la joya que su padre había pensado colocar. ¿No debió también adquirir este tono opaco y sin brillo?

Antes de pensarlo dos veces, Nova extendió el brazo y arrancó el casco del pedestal en el que estaba ubicado.

Seguía sin activar ninguna alarma. El corredor permaneció tan silencioso como siempre al tiempo que Nova lo acercaba, notando, en primer lugar, lo pesado que era cuando recordaba que las creaciones de su padre eran increíblemente livianas.

Lo volteó hacia ambos lados, inspeccionado la rotura que tenía encima. Sintió los bordes en la parte de atrás. Lo dio vuelta y miró dentro.

Una carcajada abrupta burbujeó en su boca. Pues allí, impreso en el interior del casquete, estaban las palabras realizado con 100% de materiales reciclados.

—¿Señorita McLain?

Su carcajada se transformó en chillido y giró rápidamente. Al principio, solo encontró un corredor desierto, pero luego una forma vibró en el aire y se solidificó.

Dread Warden. No llevaba su habitual capa negra ni antifaz, sino *jeans* azules y una camisa de vestir. Era tal la tensión de sus emociones por los recientes *shocks*, desde el descubrimiento del casco hasta el hallazgo de que era falso, y ahora la llegada de uno de sus archienemigos vestido como una persona completamente normal, que todos se combinaron en otra carcajada que brotó maltrecha y levemente delirante.

Simon Westwood frunció el ceño, y Nova tuvo que acomodar el casco contra el costado con un brazo y cubrirse la boca con la otra mano, para intentar detener las risas.

—Lo siento —jadeó. Tragó saliva. Carraspeó—. Lo siento tanto. No quería… Solo estaba… —bajó la mirada al casco y se dio cuenta de que, tal vez, la alarma sí se había disparado después de todo, solo que ella no había podido oírla. Tal vez, manipular los objetos de estas oficinas se anunciaba a los miembros del Consejo de un modo más discreto. La acababan de pillar intentando tomar el casco de Ace Anarquía: hasta donde sabía cualquiera, había estado intentando robarlo.

Nova sacudió la cabeza.

—No intentaba tomarlo, lo juro.

La expresión de Simon permaneció más curiosa que alarmada, y aunque no dijo nada, ella percibió que deseaba que continuara.

Así que lo hizo, intentando urdir los argumentos necesarios para probar su inocencia, hasta que se le ocurrió que… de hecho, era inocente. No iba a robar el casco. Por una vez, en lo que concernía a los Renegados, en realidad, no había hecho

nada malo. Salvo, tal vez, dejar sus huellas digitales sobre un objeto del que solo podía decir con absoluta seguridad que era una reliquia sin ningún tipo de valor.

Una falsificación.

—Me contaron que tenían unas piezas increíbles en este lugar, así que vine a verlas. Me dijeron que no había problema. Que cualquiera podía venir a verlas.

Simon asintió ligeramente.

—Eh… y cuando vi el casco… me intrigó. Quiero decir, es… —apenas pudo evitar reírse de nuevo—. Es el casco de *Ace Anarquía*. Pero luego me acerqué aún más y… me pareció… falso.

—¿Falso? —preguntó Simon.

Ella tragó saliva.

—Es una falsificación. Este no es el casco de Ace Anarquía.

Los ojos oscuros de Simon parecieron suavizarse apenas.

—¿Cómo te diste cuenta?

Nova miró hacia abajo, al casco. Lo tomó con ambas manos de nuevo, extendiendo los brazos para observar su visor vacío. ¿Cómo se había dado cuenta?

—Todas las descripciones que he oído o leído —comenzó— decían que el casco tenía una especie de… luz interior. Pero este es solo… metal. Metal común y corriente.

—Aluminio enchapado en cobre —dijo Simon, atrayendo su mirada hacia arriba una vez más. Ahora lucía una tenue sonrisa—. Me habían contado que eras observadora, señorita McLain, pero tengo que decir que estoy impresionado. Aún no conozco a nadie a quien este casco no haya engañado.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué hay uno falso?

Simon dio un paso adelante y tomó el casco de sus manos. Lo examinó él mismo un instante, los labios apretados, como si estuviera reviviendo recuerdos dolorosos.

—Este es el que usamos cuando queremos exhibirlo. Es un gran símbolo, ¿sabes? La derrota del peor villano de la humanidad. Es un recordatorio visible de lo lejos que hemos llegado desde el Día del Triunfo, y de todo lo que tenemos que perder si alguna vez permitimos que la humanidad vuelva a retroceder a lo que era antes.

—Pero no es real.

Dread Warden encogió los hombros, posó una vez más el casco sobre su pedestal, acomodándolo para que estuviera bien derecho.

—No necesita serlo.

—Pero… —Nova resopló. No entendía cómo podía estar tan tranquilo. No pudo evitar parecer insistente cuando preguntó—: Pero ¿dónde está el verdadero?

—Ah —dijo Simon, un gesto de comprensión en su rostro—. ¿Es eso lo que te preocupa?

Ella frunció el ceño.

—No estoy preocupada.

Simon enarcó las cejas. Aunque su tez color oliva era mucho más clara que la de

Adrian, todos los demás rasgos eran oscuros: gruesas cejas oscuras, grueso cabello oscuro, gruesa barba oscura. Por algún motivo, todo le confería aún más expresividad, como si pudiera contar historias enteras tan solo curvando el labio o arrugando los ojos.

A Nova no le gustó. Estando tan cerca de él, se sentía expuesta, como si pudiera ver lo que sucedía dentro de ella. La idea la hizo sentir incómoda, en especial, al estar enfrentada a un hombre que solía volverse invisible.

—No estoy preocupada —insistió—. Sencillamente, no entiendo por qué hay una copia falsa.

Él vaciló, y ella percibió que no le creía.

—El casco verdadero se conserva bajo máxima seguridad en el depósito de artefactos. Jamás lo hemos expuesto en público. No es el tipo de objeto que a uno le gustaría que cayera en las manos equivocadas.

—¿Por qué no? —preguntó—. No sirve para nada, ¿verdad? El Capitán Chromium lo destruyó.

—Eh… —Simon meció la cabeza hacia el costado, entrecerrando un ojo como para decir que era posible que aquel pequeño detalle hubiera sido un descuido—. Puede que aquella parte de la leyenda haya sido un poco exagerada. Sin duda, nos quedamos con el casco durante la Batalla de Gatlon. Y efectivamente, Hugh intentó destruirlo, pero… —encogió los hombros.

—Pero… ¿qué pasó? —preguntó Nova, quedándose de pronto sin aliento—. ¿No está destruido?

Simon le dirigió una mirada comprensiva.

—No te preocupes. Nadie volverá jamás a usar ese casco para atormentar a las personas de esta ciudad. Nosotros nos ocuparemos de eso.

Los dedos de Nova intentaron asir el aire, como si el casco real estuviera allí, esperando que lo tomara.

—¿Y la gente puede ir a verlo?

—¿El casco de Ace Anarquía?

Ella asintió.

—Me refiero a los Renegados. El público, no, obviamente, pero… si uno de nosotros quisiera verlo, ¿podríamos ir?

Dread Warden soltó una risita.

—Tal vez, si les pagaras un enorme soborno a la gente de armas y artefactos. Me han dicho que Snapshot adora los ositos de goma. Hoy en día son difíciles de conseguir, pero si los encuentras, es posible que te deje echarle un vistazo.

Nova frunció el ceño. No podía darse cuenta de si bromeaba o no.

Pero no importaba. Ella quería más que echarle un vistazo, y él ya le había dado mucha más información de la que esperaba.

El casco estaba intacto. El casco de Ace no estaba destruido, y se hallaba aquí, en este mismo edificio, en algún lugar bajo sus mismos pies.

Su comunicador volvió a sonar. Bajó la vista en forma automática y examinó el nuevo mensaje de Adrian.

En serio, no estás realmente desmayada en una zanja, ¿verdad?

Sacudió la cabeza, incapaz de saber si intentaba hacerse el gracioso. Si era el caso, tenía tal confusión de ideas en la cabeza que no le encontró la gracia.

—¿Todo en orden? —preguntó Simon.

—Oh, sí —sacudió una mano en el aire, hallando que era un desafío mantener la compostura cuando parecía que los fundamentos de todo lo que había creído cierto acababan de cambiar—. Son solo los… eh… sanadores, preguntándose a dónde me fui. Se supone que tengo que estar en el ala médica pero, cuando me quedo en un lugar demasiado tiempo, me vuelvo inquieta.

Él asintió, como si fuera completamente lógico, y comenzó a dirigirse de nuevo al vestíbulo principal. Nova percibió que debía seguirlo, así que miró una última vez el casco y se apresuró por caminar a la par de él.

—Adrian nos contó sobre el episodio con Max. Lo que hiciste fue valiente. Lamento que te hayas lastimado.

—Fue Max quien se lastimó. Yo solo me desvanecí un rato.

Simon le lanzó una mirada de reojo.

—Además, en realidad no sabía lo que me sucedería si entraba, así que no sé si podemos llamarlo *valiente*.

Los labios de él comenzaron a curvarse hacia arriba.

—¿Prefieres que diga que hiciste algo imprudente y peligroso?

Nova le sostuvo la mirada. No sabía si la estaba provocando o condenando… o si esto también era una especie de cumplido.

—Es parte del trabajo, ¿no cree? —respondió Nova finalmente.

Luego, para su desaliento infinito, Simon Westwood soltó una carcajada. Una carcajada ruidosa y real, cálida y gutural.

Fue cuando se le ocurrió que estaba charlando con Dread Warden. Acababa de hacerlo *reír*.

Y ni una vez se le cruzó por la cabeza que, tal vez, debía estar aprovechando la ocasión para pensar en la mejor manera de matarlo.

Lo cual era una actitud sabia, se dijo a sí misma. Había contado las cámaras al salir del elevador. Sabía que no había manera de asesinar a alguien aquí dentro y escapar.

Pero de todos modos… ¿no debió, al menos, ocurrírsele la idea?

—¿Sabe cómo está Max? —preguntó ella, deseando cambiar de tema.

—Estará bien —dijo Simon—. La cantidad de sangre que perdió hizo que la herida pareciera mucho peor de lo que era. Claro que, dada la naturaleza de su don, podemos asistirlo con sanadores de prodigios, pero incluso los médicos normales dicen que se recuperará con rapidez. Tal vez, le quede una cicatriz, pero ¿qué joven

no aprecia una cicatriz nueva de vez en cuando?

Pasaron la pintura del Día del Triunfo, y Simon hizo una pausa para observarla, no tanto con admiración, sino que la contempló reflexivo.

—Quizás —continuó—, esta experiencia le haya servido a Max para tener un poco más de cuidado cuando se trata de experimentar con poderes que aún no domina a la perfección. Es una dura lección para cualquier prodigio, pero creo que para él más que para ninguno.

La mirada de Nova volvió a detenerse en las figuras del cuadro. El Capitán Chromium, sosteniendo en alto el casco que ahora solo podía pensar como el impostor, sabiendo que la pica jamás lo había atravesado, para empezar. Luego miró el cuerpo de Ace, caído a los pies del Capitán, y supo que esta parte de la leyenda también era mentira.

Además…

—Hay alguien más que no está en este cuadro —dijo Nova—. Max también estuvo allí, ¿verdad?

Simon no la miró al responder:

—¿Te contó Adrian o lo descubriste por ti misma?

—Un poco de ambos —apartó la mirada de la pintura—. ¿Qué sucedió realmente? ¿Cómo obtuvo Max el poder de Ace Anarquía?

Simon se rascó la barba.

—Pues, fue casi al final de la batalla. No podíamos meterlo en ella antes porque sus habilidades hubieran afectado a nuestros aliados así como a nuestros enemigos. Pero para ese momento, Ace Anarquía se había separado del resto de las bandas. Se hallaba parado sobre una de las bóvedas de la catedral, atacando a quienes seguían en el suelo. Por supuesto, Hugh era el que más podía soportar sus embates. Advirtiendo que era nuestra mejor oportunidad, fue y buscó a Max, a quien habíamos ocultado en un sótano cercano con una enfermera que lo cuidara. Hugh lo ató a su espalda y regresó a la batalla. Me dijo que es lo más difícil que ha hecho en su vida, sabiendo el peligro al que lo exponía, pero no creía que hubiera otra manera.

La mandíbula de Nova se descolgó mientras escuchaba, intentando imaginar la escena. ¿El honrado e invencible Capitán Chromium… entrando en combate con un bebé atado a la espalda? No sabía si considerar la imagen horripilante o graciosa.

—Escaló uno de los muros laterales —continuó Simon, su voz se tornó distante —. Recuerdo levantar la vista, verlo y advertir lo que estaba a punto de hacer. Hugh llegó arriba, y Ace se dio cuenta de que estaba allí. Cuanto más se acercaban él y Max, más débil se volvía Ace, pero seguía siendo fuerte. Seguía intentando pelear. Sabía que no podía hacerle daño a Hugh, así que concentró sus ataques en Max, sabiendo que debía ser la causa de su debilidad —Simon hizo una pausa antes de añadir—: Recuerdo lo asombroso que pareció en aquel momento que Max no emitiera sonido alguno, ni un solo grito.

Nova se estremeció.

—Finalmente, Ace perdió tanto poder que no pudo seguir peleando. Hugh consiguió quitarle el casco, y en el instante en que lo tuvo entre manos fue como si desapareciera de Ace Anarquía todo el ánimo para luchar. A esa altura, un tercio de la iglesia estaba destruida, un lado estaba incendiándose, casi todos los Anarquistas estaban muertos, y el Capitán Chromium tenía su casco. Ace debió saber que había perdido. Así que… Hugh fue a liquidarlo cuando sencillamente… Ace Anarquía se volteó y saltó. Saltó desde una altura de tres plantas, directo al fuego.

Nova se había puesto a mirar el cuadro de nuevo. Le parecía asombroso que una pieza de arte que tuviera tantos errores siguiera allí, en semejante lugar de honor. Quizás fuera un testamento de lo poco que realmente había importado la verdad en este caso.

—Gracias por contarme —murmuró.

—No, gracias a ti.

Arrugando la frente, levantó la mirada a Dread Warden. No la miraba a ella ni a la pintura, sino que sonreía mirando a la distancia.

—Nunca fui capaz de abrazar a Max. Ni cuando él era un bebé ni ahora cuando está lastimado o triste. Pero de todos modos, lo amo. Es tan hijo mío como Adrian. Así que… gracias —se encontró con la mirada de Nova—, por intentar salvarlo.

—¿Aunque yo no tuviera idea de lo que hacía y, en realidad, haya terminado empeorando las cosas?

Su sonrisa se ensanchó.

—Aun así.

Nova carraspeó y se halló incapaz de sostener su mirada.

—Realmente, debo regresar al ala médica.

—Por favor —dijo él, señalando hacia el elevador—. No permitas que te retenga un minuto más. Los sanadores pueden ser horriblemente pesados cuando creen que hay peligro de ser ignorados.

Sin estar por completo segura de si debía decir adiós o gracias, o algo por entero diferente, Nova levantó la mano saludando con torpeza, inclinó la cabeza hacia abajo y se dirigió nuevamente a los elevadores.

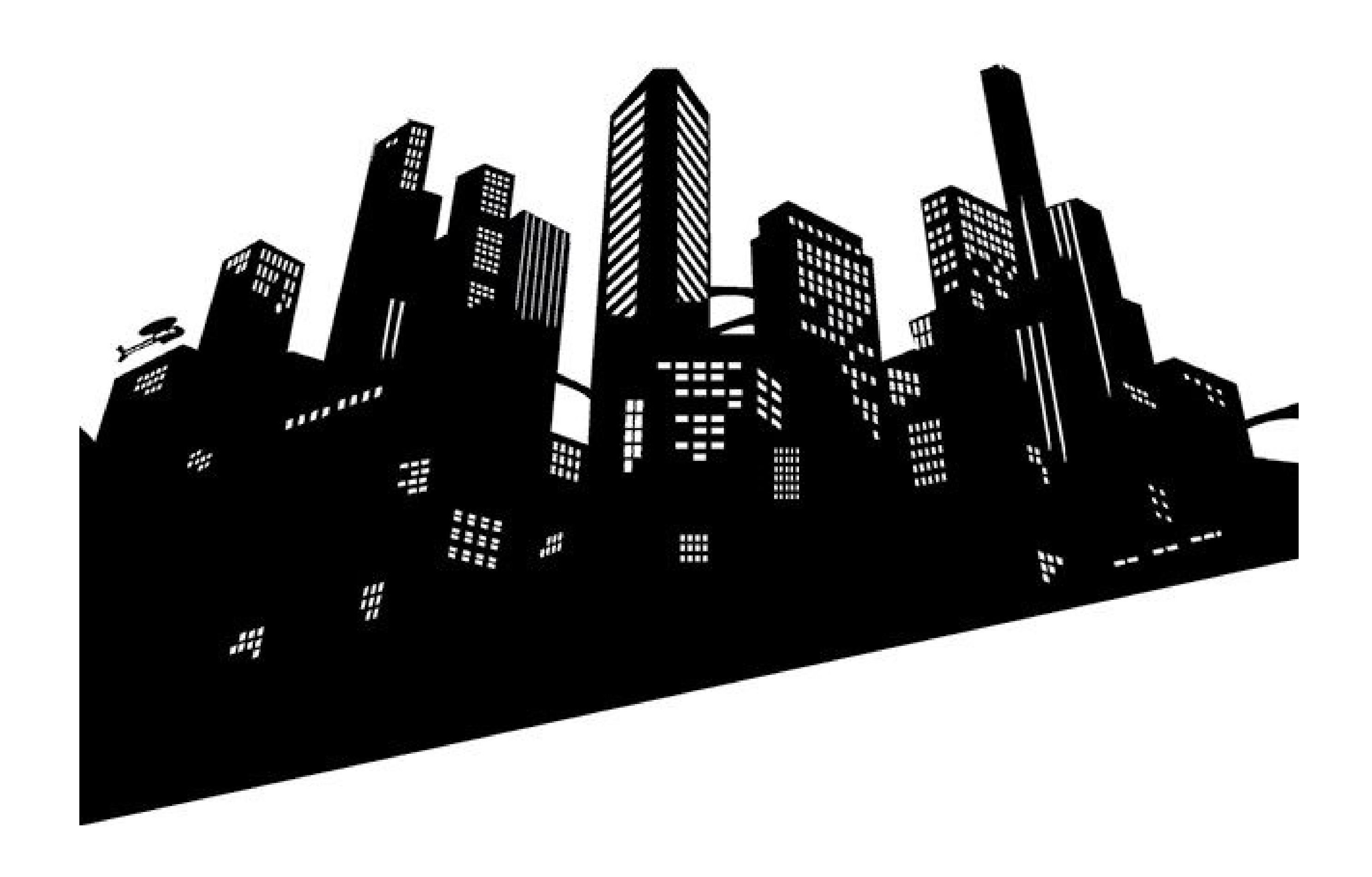
Volvió a pasar junto al mostrador de recepción, donde Prisma se hallaba ahora sentada, y le gorjeó un adiós mientras pasaba.

Una vez que el elevador llegó, Nova entró y se apoyó contra la pared, restregándose la frente. Sus pensamientos se hallaban nublados por el relato de Dread Warden acerca de la Batalla de Gatlon: la participación de Max, cómo Hugh Everhart había puesto en riesgo la vida de un bebé inocente, y cómo Ace había hecho lo posible por matarlo, para protegerse.

Una y otra vez, sus pensamientos volvieron a aquel casco roto sobre el pedestal, tan peligroso como el juguete de un disfraz.

Mientras tanto, en algún lugar dentro del Cuartel General de los Renegados, conservaban el objeto real. El casco de Ace Anarquía. Intacto y aguardando.





# CAPÍTULO 37

Nova dejó que la puerta se cerrara de un portazo detrás de ella. No porque estuviera furiosa, sino porque, incluso después de la larga caminata de regreso a Wallowridge, seguía en estado de *shock* por el descubrimiento del casco de Ace y de todo lo que este implicaba… Para ella, para los Anarquistas, para los Renegados, quienes seguramente tenían tanto poder concentrado en ese único objeto como todas sus unidades de patrullaje juntas. Era posible que, hasta ahora, hubieran optado por no emplearlo para sus propios fines, pero seguía siendo posible que lo hicieran en cualquier momento. Así que, mientras el casco estuviera en sus manos, nadie tendría oportunidad de ganarles.

Al pasar por la sala, Honey apareció en la puerta de la cocina, hundiendo una cuchara en un recipiente de conservas lleno de miel dorada.

—No sueles entrar con tan poco sigilo —dijo, extrayendo la cuchara. La miel comenzó a chorrearse hacia abajo, hasta que Honey giró hábilmente el mango de la cuchara para atraparla—. ¿Pasó algo? —Metió con fuerza la cuchara en la boca, chupándola como si fuera una paleta.

Nova la miró. *¿Pasó algo? ¿Pasó algo?*

—Puede ser —dijo, rozando a Honey para pasar junto a ella y desenrollando el brazalete de comunicación de la muñeca. Lo colocó sobre la mesada de la cocina. Era

la primera vez que se lo quitaba desde que habían decidido abandonar su hogar en los túneles del metro, y parecía faltarle algo a su muñeca. Aunque también la sentía más ligera y suelta.

—Diablos —Honey miró el brazalete enarcando una ceja delineada—. Debes estar por irte a algún lugar, un sitio que no aprobarían los Renegados —se apoyó descaradamente contra el refrigerador—. Por favor, cuéntame.

—Después —dijo Nova—. Hay algo que tengo que hacer antes.

Se dirigió hacia la puerta trasera y acababa de tomar el pomo de la puerta cuando una pequeña explosión vibró a través de las paredes. Levantó la mirada al tiempo que trozos del cielorraso texturizado se desplomaron sobre la mesada.

—Leroy está preparando un lote nuevo de algo —explicó Honey, hundiendo la cuchara de nuevo en la miel—. ¿Ya te vas? Acabas de llegar.

Nova ignoró la pregunta.

—Ustedes son conscientes de que intentamos pasar inadvertidos aquí, ¿verdad?

Honey esbozó una sonrisa de suficiencia.

—Cariño, algunas personas no pueden evitar ser advertidas.

Nova evitó poner los ojos en blanco.

—¿También está Phobia aquí? —preguntó.

—No, no ha estado en todo el día. Creo que pasó la noche de nuevo en los túneles. Le van mejor la humedad y la oscuridad, ¿sabes? ¿En cuanto a mí? Estoy tan feliz de estar de nuevo en el sol —suspiró y lanzó una sonrisa dulce hacia la pequeña ventana sucia sobre el fregadero de la cocina.

Nova giró la manija y salió fuera.

—No te acostumbres —masculló, dando un paso para salir al estrecho porche de cemento.

Caminó a través de la pequeña parcela de malezas y espinos, donde las abejas de Honey se ocupaban de restablecer sus colmenas lo más rápido posible. El día antes, Nova había advertido que zumbaban más contentas de lo que jamás habían sonado en los túneles, pero ahora no eran más que una distracción. Volteó hacia el callejón detrás de la casa y emprendió la marcha en dirección a Blackmire Way. Caía el crepúsculo, y las sombras de las casas adosadas a su alrededor abarrotaban los estrechos espacios entre los edificios. Pasó ventanas tapiadas, cercas cubiertas de grafitis y patios atestados de frondosos dientes de león. Un destello de luz llamó su atención, y echó un vistazo a la segunda planta de la casa de la esquina justo en el momento en que alguien levantaba la hoja de una de las ventanas de guillotina. Se detuvo sorprendida. Se había habituado tanto a pensar que el vecindario estaba desierto que le sorprendió hallar que podían tener vecinos después de todo.

O quizás solo fuera el hombre que había expulsado de su propia casa hacía unos días.

Comenzó a volverse cuando se le erizaron los cabellos de la nuca. Su estómago se contrajo, y llevó la mano automáticamente a la pistola de ondas de choque que

llevaba en el cinturón.

Un segundo después, advirtió que lo que había llamado su atención era un tufillo particular. El dulce aroma de aceite corporal de coco mezclado con el rastro ligeramente descompuesto de azufre y pólvora.

Tras obligarse a relajar los hombros, se dio la vuelta, el arma se desprendió de sus manos.

Ingrid se encontraba apoyada contra el costado del edificio por el que Nova acababa de pasar, un talón afirmado de un modo despreocupado contra el ladrillo, los brazos cruzados sobre el pecho. Llevaba un atuendo que posiblemente tenía la intención de ser un disfraz: pantalones negros ceñidos y una chaqueta de cuello alto que cubría ambos brazaletes y el abdomen. Hasta sus gruesos rizos habían quedado atrapados bajo una boina tejida.

En suma, no lucía tan diferente de la última vez en que Nova la había visto, después de haber huido de los túneles. Al menos, parecía aseada y no estar pasando hambre y, solo cuando lo pensó, Nova se dio cuenta de que una parte de sí misma había estado preocupada por Ingrid.

—¿Qué tal la vida con los Renegados? —preguntó Ingrid, destilando desprecio con cada una de sus palabras—. ¿Ya acabaste de darnos la espalda o aún sigues con la farsa de que estás de nuestro lado?

La mandíbula de Nova se crispó.

—Tú y los demás sabían exactamente cuál era mi plan y mis intenciones desde el primer día que decidí someterme a esto. Tal vez, recuerdes que fuiste tú quien me traicionó *a mí*, y no al revés.

Ingrid sacudió una mano lánguidamente en el aire, como si se hubiera cansado hace rato de estas cavilaciones, aunque Nova consideraba que aún no habían tenido una oportunidad para discutir lo que había sucedido en la biblioteca. Comprendía que Ingrid hubiera querido tomarse venganza contra el Capitán Chromium y contra Dread Warden, tras causarle daño a Adrian, y tal vez incluso, matándolo. Pero aún no se explicaba por qué se lo había ocultado a ella, haciéndola caer en aquella trampa junto con el resto del equipo.

Salvo que también era consciente de que no hubiera accedido a aquel plan. Por lo pronto, no cuadraba con su misión, además de… no estar convencida de que Adrian, Ruby y Oscar merecieran ser incinerados por una de las bombas de la Detonadora.

—¿Qué quieres? —preguntó Nova—. Fue Cianuro quien te dijo que te fueras, así que si te quieres mudar o algo, no soy yo exactamente quien lo decide.

—Por favor —dijo Ingrid resoplando—, he sobrevivido lo suficiente sin recibir tu limosna, ni la de Leroy Flinn ni la de ningún otro. Lo que menos necesito es estar encerrada en este pueblo fantasma —disparó una mirada sombría hacia el callejón circundante.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

—Tengo una propuesta para hacerte, *Insomnia*. Una que nos conviene a ambas.

Nova frunció el ceño. Sabía que Ingrid empleaba el alias de Nova como Renegada solo para irritarla. Pero lo más irritante era que realmente la afectaba.

—Una propuesta… —dijo Nova arrastrando la palabra.

Ingrid asintió, aunque una sonrisa oscura cruzó sus rasgos.

—Si estás dispuesta a escucharla. Claro que… no tienes mucha opción, suponiendo que no quieras que todos tus nuevos amigos en el Cuartel General de los Renegados sepan quién es realmente Nova McLain.

—¿En serio, Ingrid? ¿Me estás chantajeando?

La mirada de Nova se ensombreció, más por el desaliento que por cualquier otro motivo. Levantó la mirada al cielo, que se había oscurecido hasta teñirse de un púrpura sereno.

—¿Qué diablos te pasa? Desde las pruebas de los Renegados te comportas como si, por algún motivo, me hubiera convertido en tu enemiga —se acercó algunos pasos, dando un golpecito con el dedo contra su propio esternón—. Sigo siendo Pesadilla. Sigo siendo la que has estado entrenando durante casi nueve años con un solo propósito: destruir a los Renegados. No solo al Capitán Chromium o al Consejo, no solo a una única unidad de patrullaje, sino a todos ellos. A la organización entera. Así que, *tal vez*, en lugar de sorprenderme en callejones ocultos y poner en peligro la única misión que en realidad nos da una posibilidad de conseguir ese objetivo, deberías tomarte un momento y recordar quiénes somos. Quién soy *yo*.

Apartándose del muro con un empujón, Ingrid se acercó con calma a Nova hasta quedar casi cara a cara con ella.

—Espero que lo digas en serio. Porque esta es tu oportunidad para probarlo. Para demostrarme que lo que sucedió en la biblioteca no fue solo —encogió los hombros pensativamente— una falta de juicio desafortunada, aunque temporal.

Nova la miró azorada.

—Claro —dijo con lentitud—, si te refieres a *tu* falta de juicio. Si hubieras confiado en mí desde el comienzo, se habría evitado todo este fiasco. El Bibliotecario estaría vivo, tendríamos aún acceso a su reserva de armas y a sus distribuidores, y… ah, claro, los Renegados no nos habrían descubierto y expulsado de nuestro hogar.

—¿Nuestro hogar? —preguntó Ingrid, cacareando—. Aquellos túneles jamás fueron nuestro hogar.

—Eso no viene al caso para nada —disparó Nova a su vez.

Ingrid la escrutó con condescendencia.

—Es interesante que menciones al Bibliotecario, dado que el único motivo por el que lo maté fue para protegerte *a ti*.

—Claro —dijo Nova—. Seguro que no te preocupaba en absoluto que él revelara una gran cantidad de tus secretos. ¿Cuántos explosivos les han vendido exactamente Leroy y tú al Bibliotecario para compradores extranjeros? Ahora que lo pienso, no me sorprendería si, de hecho, fuera un crimen de guerra…

Los labios de Ingrid se curvaron. Aunque no tenía nada que ver con una sonrisa

real, era agradable ver algo más que no fuera la mirada enfadada.

—¿Ves? Ahí también tenemos tú y yo algo en común. Aunque a esta altura no importa demasiado si los Renegados descubren mis delitos, tengo el presentimiento de que tú aún estás bastante decidida a ocultar los tuyos. Ahora… imagina lo siguiente —se acercó un paso más y apoyó un codo sobre el hombro de Nova, bajando la voz hasta que se convirtió en un susurro—: Imagina un escenario en el que, a los Renegados, ya no les importa encontrar a la misteriosa Pesadilla. En el que pierden interés en descubrir su identidad. En el que ya no la molestan en absoluto.

Nova estrechó los ojos con recelo.

—Suena improbable.

—No —dijo Ingrid, levantando un dedo—, si les sobran motivos para creer que Pesadilla está muerta.

Un escalofrío recorrió la espalda de Nova, e hizo lo posible por ocultarlo quitándose el brazo de Ingrid de encima.

—Dime que esta no es una manera indirecta de amenazar con matarme mientras duermo, porque ya sabes… —señaló su cabeza—. Lo mío no es precisamente dormir.

Ingrid soltó una carcajada resonante, una que resultaba mucho más estridente de lo que Nova creía que ameritaba su comentario.

—¿Ves? —dijo—. La convivencia con Honey tiene una tendencia a hacernos demasiado melodramáticos. No, no. No quiero matarte. Solo quiero combatirte. Públicamente. Y al final, el mundo entero, en especial los Renegados, nos estarán observando mientras nos despedazamos una a la otra… —encogió los hombros—. Metafóricamente hablando.

Nova la miró, intentando separar el sentido de lo dicho por Ingrid, de sus palabras.

—¿Quieres simular nuestras muertes?

—No exactamente —dijo Ingrid animándose—. Quiero simular las muertes de Pesadilla y de la Detonadora.

Ingrid debió percibir escepticismo en el rostro de Nova, porque se volvió a inclinar hacia ella, los dedos dibujaban una imagen invisible en el aire.

—Haremos que parezca que Pesadilla está furiosa por la muerte del Bibliotecario y que me culpa a mí. O… a la Detonadora.

—Tú eres la Detonadora.

—No te pierdas. Encontramos un lugar público y nos aseguramos de que esté presente, al menos, un Renegado. No demasiados. No queremos que se metan antes de que hayamos terminado. Tú y yo peleamos, a la vista de todo el mundo, y al final… tú me disparas al mismo tiempo que yo te hago estallar por los aires, y todo el mundo lo ve. Salvo que tú estarás usando balas de fogueo y yo… pues, no te haré realmente estallar, pero puedo hacerlo lo suficientemente creíble —guiñó el ojo.

Nova seguía con el ceño fruncido.

—¿Y cuando no haya cadáveres?

—Haremos que parezca que las explosiones nos hacen trizas a ambas. No se sorprenderán si no queda nada. Ahora, deja de distraerte con detalles insignificantes y concéntrate en todo el cuadro —sus ojos ardieron, de repente, con intensidad—. Dejarían de perseguirnos, dejarían de perseguirte *a ti*. ¿No sería acaso mucho más fácil que continuaras con tu trabajo dentro de los Renegados si ya nadie investigara a Pesadilla?

Nova tragó saliva. No se le ocurría ningún argumento para contradecirla.

—Además —dijo Ingrid, arrastrando las palabras con una mueca irónica—, aún me debes una.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Por matar al Bibliotecario.

Nova rio.

—Tú no…

—Sí, lo maté. Di lo que quieras acerca de lo que sucedió aquel día. Él se lo habría contado todo al Centinela, y el Centinela habría ido directo al Consejo con esa información. Yo te protegí.

—No habría necesitado protección si no hubiera sido por tu estúpido plan —replicó.

—No necesitarías protección si fueras capaz de manejar estas situaciones cuando surgen. Si tuvieras las agallas de matar a Cronin tú misma, o a Narcissa, o incluso al Capitán Chromium para el caso. Acéptalo, Nova. A pesar de todos tus discursos, tienes miedo de tomar las decisiones difíciles cuando hay que tomarlas. Por eso sigues necesitando a los Anarquistas. Por eso me sigues necesitando a mí.

Nova apretó la mandíbula, chispas de furia centelleaban delante de su vista. Pero su furia quedó eclipsada por las inseguridades que reflotaban de las palabras de Ingrid. Por vacilar, no consiguió matar al Capitán. No hubiera matado a Cronin ni siquiera para salvarse a sí misma. Eligió dejar escapar a Narcissa, sabiendo perfectamente que ella pondría en peligro seguir adelante con su misión.

—Piénsalo —dijo Ingrid, meciéndose hacia atrás sobre los talones—. Estoy segura de que tomarás la decisión correcta. ¿Qué te parece si regreso esta noche y comenzamos a planear los detalles? En este momento…

Echó un vistazo por encima del hombro de Nova.

—Parece que te buscan.

Nova miró hacia atrás.

El corazón le saltó a la garganta.

A través de un resquicio del callejón, del otro lado de una valla de tela metálica y de un auto medio desarmado, una figura se acercaba por la acera.

Parpadeó con rapidez, segura de que su presencia era una alucinación, tal vez, una secuela de haber estado en contacto con Max. Pues, ¿por qué diablos habría de venir *aquí* Adrian Everhart?

—Míralo, todo distraído y nervioso —comentó Ingrid, gorjeando con suavidad.

Maldiciendo, Nova se volteó y empujó a Ingrid hacia la pared, intentando quitarla de la vista.

—Vete atrás antes de que te vea.

—Oh, por favor. Está sumido en sus propios pensamientos, hablando consigo mismo, de seguro planeando las palabras adorablemente patéticas que te dirá cuando te vea.

—¿Qué? —Nova volvió a mirar, pero Adrian ya había pasado, perdiéndose de vista.

—Confío en que, con lo observadora que eres, habrás advertido cómo te mira —la sonrisa de Ingrid se tornó burlona—. Ten cuidado, pequeña Pesadilla. Ese tiene la sangre de un Renegado, tal vez, más que ningún otro de esta ciudad.

El corazón de Nova seguía martillando, el pánico rugía por sus venas al imaginar a Honey en la cocina, a Leroy arriba… Pero, aun así, algo en la mirada de Ingrid hizo que se detuviera.

—Sabes que es el hijo de Lady Indómita.

Ingrid soltó una carcajada.

—Claro que lo sé. No fue la primera superheroína que matamos pero, tal vez, fue la primera que realmente importó —su mueca cruel heló la sangre de Nova.

—¿Tú la mataste?

—No *yo* —dijo Ingrid, como si fuera obvio—. Después de todo, seguía quedando algo de ella.

—Pero sabes quién lo hizo. ¿Fue un Anarquista?

Ingrid se quedó quieta y escudriñó a Nova, su mirada se oscurecía.

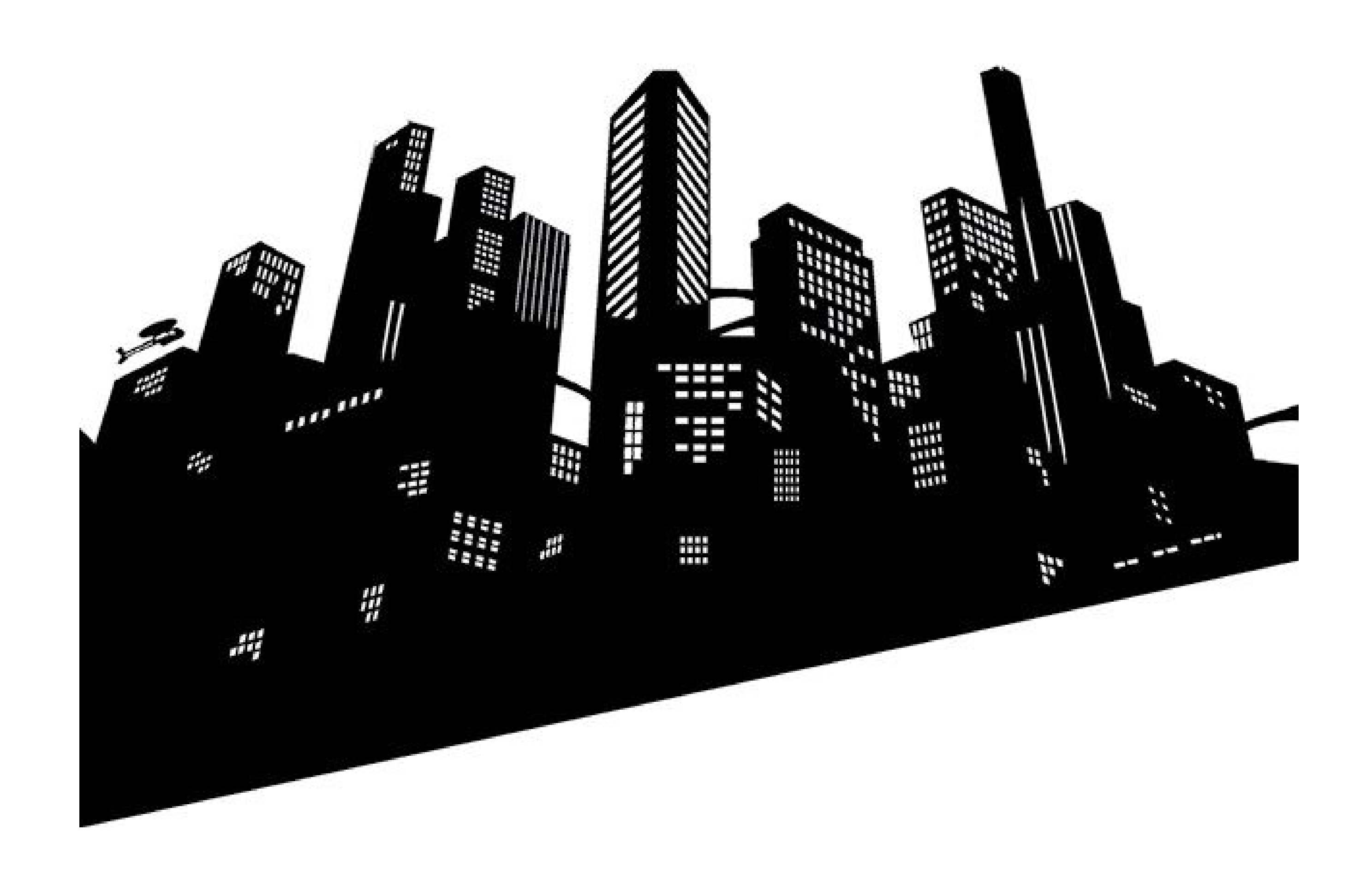
—¿Qué importancia tiene para ti?

Nova dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—Ninguna.

Luego se volteó y comenzó a correr de regreso a la casa.

—¡Nos vemos esta noche! —gritó Ingrid tras ella, y Nova le hubiera disparado con la pistola de ondas de choque solo para callarla, salvo que no tenía tiempo.



# Capítulo 38

No tuvo que correr una gran distancia para regresar a la casa. Sin embargo, al irrumpir por la puerta trasera de la cocina, jadeaba y el pulso le retumbaba en los oídos.

El recipiente de miel había quedado sobre la mesada, la cuchara pegajosa colocada encima, en equilibrio, pero no se veía a la Abeja Reina por ningún lado. Nova cruzó como una flecha hacia las escaleras y estaba a mitad de la subida cuando oyó que llamaban a la puerta principal. Soltó un chillido e irrumpió en la habitación de Leroy. Su equipamiento de laboratorio ocupaba la mitad de la pieza, y un brebaje burbujeaba en un caldero sobre un quemador eléctrico. Pero Leroy mismo había desaparecido.

Tras darse vuelta, Nova cruzó corriendo la distancia que la separaba de la segunda habitación, ahora compartida con Honey, pero también estaba vacía, salvo por las bolsas de dormir, el colchón inflable y algunas prendas de ropa interior arrojadas al descuido sobre el suelo.

Su mirada se dirigió a la puerta de acceso al desván, que se encontraba en el techo. Se suponía que era el reducto de Phobia, aunque no sabía con qué frecuencia lo estaba empleando.

Otro golpe sonó en la puerta.

Tragando saliva, Nova volvió a dirigirse escaleras abajo, se detenía para echar un vistazo detrás de todas las puertas y en cada armario que pasaba, pero no había rastros de Honey ni de Cianuro.

Seguía temblando cuando, finalmente, abrió la puerta principal.

Su primera impresión al ver a Adrian de pie sobre el porche de entrada de la casa adosada fue que aquel estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no parecer fuera de lugar, y no lo estaba logrando.

Sonrió, incómodo e inseguro. Nova seguía demasiado extenuada para devolver la sonrisa.

—Hola —dijo.

—¿Qué haces aquí? —soltó ella a modo de respuesta.

Adrian se sobresaltó, metiendo las manos en los bolsillos.

—Me tenías preocupado.

Aquellas palabras sencillas resquebrajaron la creciente frustración que sentía hacia él, aunque no atenuaron para nada el pánico de tenerlo delante de ella. Los hombros de Nova se inclinaron con ligereza pero, por más que lo intentara, no conseguía recomponer los rasgos en un gesto calmo, seguro, incluso cordial. Así que, en cambio, siguió mirándolo, sin conseguir soltar la manija de la puerta.

—Te envié cerca de un millón de mensajes… —añadió Adrian, incluso mientras su mirada se deslizaba a la muñeca de Nova—. No sé por qué no se me ocurrió que podrías sencillamente haberte quitado el brazalete de comunicación —sacando una mano del bolsillo, se rascó detrás de la oreja—. Imaginaba que estabas desvanecida en alguna zanja.

—Oh, claro —balbuceó Nova, recordando sus mensajes de preocupación cuando ella aún seguía en el cuartel general—. Yo, eh… —intentó encontrar una explicación —. Me lo quito para… ducharme.

En el instante en que lo dijo fue plenamente consciente de su cabello seco por completo y sin lavar, y del hecho de que seguía llevando la misma vestimenta de anoche, cuando él la encontró dentro del área de cuarentena. Nova carraspeó e hizo un gesto impreciso hacia la casa.

—Estaba a punto de hacerlo… pero luego me distraje con un par de cosas… —inhaló bruscamente y, por fin, consiguió esbozar algo parecido a una sonrisa—. Pero como podrás ver, estoy bien. No me desvanecí ni estoy en una zanja.

La mirada de Adrian se deslizó detrás de Nova, moviéndose veloz alrededor de la sala. Los muebles andrajosos, la alfombra manchada, el papel descascarillado de las paredes. Aunque no dijo nada y su expresión permaneció perfectamente neutral, Nova tuvo la inconfundible sensación de que su hogar real no era mucho mejor que la zanja que él había imaginado.

O tal vez, estaba demasiado sensible.

—Eh… no quieres pasar, ¿verdad?

—Claro.

Lo miró horrorizada.

—¿En serio?

Aunque antes parecía entusiasmado, ahora Adrian pareció que dudaba.

—Si no hay problema…

Ciertamente, había un *gran* problema, y Nova hizo lo posible por pensar en una excusa, pero se le ocurrió que resultaría tan sospechoso despacharlo como dejarlo entrar. Presionó los labios y dio un paso atrás para alejarse de la entrada, recorriendo con la mente cada objeto y posesión de la casa, e intentando determinar cómo podía rastrearse a alguno de ellos, a Pesadilla o a los otros Anarquistas. Desde que la reclamaron para sí, no le habían hecho demasiado a la casa, salvo una limpieza superficial para volverla un poco más habitable.

Adrian entró. Nova tragó y cerró la puerta.

Su mirada se dirigió a la disposición de las fotografías sobre la pared. Extendió la mano y enderezó uno de los marcos.

—¿Tienes hambre? —preguntó Nova antes de que pudiera preguntar quién era cualquiera de los desconocidos en las fotografías. Pasó trotando junto a él sin esperar una respuesta. Al pasar, levantó de la mesa de centro una de las horquillas con diamantes falsos de Honey y la guardó en el bolsillo. Reunió las viejas copias de la revista *Apotecario*, de Leroy, y las empujó dentro de una gaveta.

»Tenemos… —al llegar a la cocina, abrió una alacena y se topó con media docena de recipientes de conserva—. Miel.

Adrian la siguió a la cocina y lo sintió detrás de ella, mirando la alacena mayormente vacía. La cerró e intentó la siguiente, descubrió una caja de galletas sin abrir y dos latas de atún. No se atrevió siquiera a simular abrir la refrigeradora, la había abierto una vez luego de recién mudada y halló las repisas mayormente cubiertas de moho. Desde entonces, no se había molestado en volver a abrirla.

Tomó la caja de galletas y las levantó, para que las viera Adrian.

—En realidad, estoy bien —dijo, y fue imposible no advertir la mirada de confusión junto con un atisbo de compasión.

Nova volvió a poner la caja en su lugar y cerró la puerta.

—Por lo general, comemos fuera de casa —dijo a modo de explicación.

La mirada de Adrian se distrajo con algo a través de la ventana trasera y frunció el entrecejo.

Nova se tensó, imaginando que Ingrid estaba en el callejón, o Honey o Leroy en el jardín. Pero cuando miró, solo vio…

Colmenas. Y nidos. Y abejas. Muchas muchas abejas.

—Eso es de… eh… mi tío —se atrevió a decir—. Le dijeron que hoy en día se puede ganar mucho dinero con la apicultura. Supongo que la miel es una… mercancía bastante valorada. Es una especie de… —sacudió la mano en el aire— emprendimiento nuevo que está probando.

Los ojos de Adrian seguían entornados, pero ahora había humor y un poco de

curiosidad.

—Estoy casi seguro de que las abejas melíferas son las únicas que producen miel.

Ella volvió a mirar por la ventana. Había abejas melíferas, pero estaban mezcladas con una frenética variedad de avispones y avispas, avispas chaquetas amarillas e, incluso, pequeños y gruesos abejorros que zumbaban.

—Lo sé. Lo sabía —dijo. Luego alzó las manos en el aire, como si estuviera exasperada—. Es lo que intento decirle todo el tiempo pero, de alguna manera, él hace su vida. No siempre le gusta escucharme.

—Conozco bien esa sensación —asintió Adrian. Sonrió, y ella percibió que su intención era consolarla, como diciendo que no la juzgaba. Que podía relajarse.

Eso le pareció lo más gracioso de todo.

—¿Está en casa tu tío? Pensé que, tal vez, podía presentarme.

—Oh, no. Salió.

Adrian asintió. Su mirada saltó hacia la pequeña mesa de cartas que estaban usando como mesa de comedor improvisada, aunque Nova sospechaba que aún no habían cenado una sola vez allí. También había sillas, pero no se atrevía a pedirle que se sentara.

—Lo siento —dijo Adrian de repente—. Tal vez, no debí haber venido.

Ella se quedó mirándolo, y aunque se dio cuenta de que estaba avergonzado, no estaba segura del motivo: ¿el triste estado de su supuesto hogar o la evidente ausencia de modales de anfitriona?

Adrian se movió incómodo, dando golpecitos con los nudillos sobre la mesada.

—No quise entrometerme. Solo estaba… preocupado. Cuando no respondiste mis mensajes… —su voz se fue apagando. Aclaró la garganta y terminó sin demasiada convicción—. ¿Te encuentras bien?

Nova sintió que los nudos del estómago se tensaban cada vez más.

—Sí, claro. Solo no estoy acostumbrada a que me visiten —agradeció que, al menos, esto no fuera una mentira.

—No, me refiero a si te sientes bien. Los sanadores dijeron que aún no te habían dado el alta. Les preocupaba que hubiera efectos secundarios o incluso… Quiero decir, todavía no estamos seguros de si…

*Si Max te quitó todos tus poderes. Todavía no sabemos si eres una prodigio o no.*

—Me siento bien —dijo, intentando sonar convincente—. Completamente normal —intentó una sonrisa más entusiasta, deseando probar que no había nada de qué preocuparse—. ¡Completamente despierta y llena de energía! —Levantó dos pulgares hacia arriba en un gesto de aliento.

Adrian sonrió.

—Bueno, si comienzas a sentir algo… no solo cansancio, sino… mareos o debilidad o… lo que sea, solo avísame. O a alguno de los sanadores.

—Sí, claro, por supuesto.

Volvió a mirar la mesa de cartas y percibió que estaba considerando algo.

—¿Te importaría si yo…? —extrajo su rotulador e hizo un gesto hacia la mesa, como si este gesto completara la pregunta de un modo adecuado.

—Si… ¿qué?

Sin responder, Adrian se inclinó sobre la mesa y comenzó a dibujar sobre su superficie opaca y gris. Nova ladeó la cabeza, hipnotizada por los movimientos rápidos y seguros de su mano. No había ningún tipo de duda, ninguna falta de certeza respecto de dónde ir apoyando el rotulador, dónde dibujar una línea o una curva. Pronto vio un florero redondo que emergía, rebosante con un arreglo de rosas y lirios.

En el instante en que les dio vida, la fragancia de las flores flotó en el aire de la habitación, apartando el aire rancio de la casa.

Adrian volvió a ponerle la tapa al rotulador y dio un paso atrás, mirando el ramo con desazón.

—Realmente, debo comenzar a llevar más colores.

Nova se rio. Era cierto que los matices monocromáticos de gris levantados de la mesa les daban un aspecto apagado a las flores pero, de todos modos, alegraban la pequeña mesa, la pequeña cocina, la pequeña casa.

Y era evidente, al menos para ella, que parecían estar completamente fuera de lugar.

—¿Morirán? —preguntó, inclinándose hacia delante, para sentir los suaves pétalos exteriores de una de las rosas.

—Como las flores reales —dijo, aunque torció los labios al volver a mirarla—. Pero siempre puedo dibujar más.

Aquella mirada le provocó una sensación de calidez en las mejillas. Se volteó y levantó el brazalete de comunicación de la mesada, ocupándose de ponérselo. Las palabras de Ingrid volvieron a resonar: *Confío en que habrás advertido cómo te mira…*

—Bueno… se me ocurrió algo —dijo Adrian.

Nova levantó las cejas, pero halló que aún no estaba preparada para voltearse por completo hacia él.

—¿Acerca de qué?

—Winston Pratt.

Ella se detuvo. Vaciló. Luego enderezó la columna, preparándose para… ¿qué? ¿Un ataque? ¿Una acusación?

Se dijo que estaba siendo ridícula. Si Adrian había venido para dirigirle una acusación, no habría tardado tanto en hacerlo. Y por cierto, no le habría dibujado antes un florero con un ramo de flores dentro.

—Creo —continuó Adrian— que deberíamos investigar sobre el Parque Cosmópolis.

Con una mano aún aferrada alrededor del brazalete de comunicación sobre la muñeca, Nova se obligó a mirarlo. Pero Adrian estaba ajustando algunos de los pimpollos en el florero.

—¿Qué?

—Solo para echar un vistazo —empujó las gafas sobre el puente de la nariz—. Sé que Winston nos mintió acerca de casi todo, pero el parque de atracciones es una de las pocas pistas posibles que nos dio. Creí que quizás podíamos ir y averiguar un poco. Tal vez puedas hablar con tu antiguo jefe, ver si ha oído hablar acerca de… una chica abandonada allí. O si alguna vez vio algo sospechoso, algo que podría vincularse con Pesadilla o con los Anarquistas en el pasado… —por último, levantó la mirada. Nova no conseguía entender su expresión. La seguridad que había tenido en el momento de dibujar había desaparecido, reemplazada por algo incierto, pero… ¿esperanzado?

—Estás realmente decidido a encontrarla, ¿verdad?

—¿A Pesadilla? —preguntó Adrian, sorprendido—. Es la delincuente más buscada de Gatlon. Bueno… ella y la Detonadora, supongo.

—Sí, pero… ¿cómo fue que *tú* te involucraste tanto con la investigación? ¿Es porque Danna y los demás combatieron contra ella en el desfile?

—En parte, sí —dijo, y una pequeña arruga se formó entre sus cejas—. Pero también atacó al Consejo. Atacó a mi papá.

Ella apartó la mirada.

—Entonces ¿por qué no la busca él?

—En realidad, ellos ya no hacen trabajo de campo. El Consejo quiere encontrarla tanto como cualquiera, pero ese es uno de los motivos por los cuales constituyeron a los Renegados. No pueden hacerlo todo ellos. De cualquier manera, encontrar a Pesadilla es una prioridad para todos —Adrian bajó la mirada, jugueteando con el rotulador—. Hace años que no se realiza un ataque tan flagrante. A plena luz del día, rodeado tanto de civiles como de Renegados. Además, por lo que sé, nunca nadie estuvo tan cerca de matar al Capitán. Demuestra que no hay que subestimarla.

Nova sintió que su pecho se contraía. En cierto sentido, la inundó una oleada de orgullo al pensar que había estado más cerca que cualquier otro. Pero al mismo tiempo, le sirvió para recordar que *estar cerca* no era lo mismo que *tener éxito*. Había fracasado, y ahora tenía a todos los superhéroes de la ciudad buscándola.

Y Adrian… si supiera… si alguna vez se enteraba…

La chispa de orgullo se extinguió rápidamente.

—Entonces… —dijo él, y su tono se volvió un poco más animado—. En cuanto al parque de atracciones, ¿qué te parece?

Ella reflexionó, pero no se le ocurrió ningún motivo para rechazar la idea. En todo caso, ir al Parque Cosmópolis podría servir para alejar a Adrian y a los Renegados aún más de la verdad acerca de su identidad y su paradero.

Al menos, no le pareció que fuera a ser dañino. Incluso si sus documentos decían que ella, Nova McLain, había trabajo allí, de todos modos, Pesadilla no tenía una conexión real con el sitio.

—Claro. Vamos.

—Cool. Genial. Eh… podemos encontrarnos, digamos que… ¿mañana? ¿Al mediodía? *Siempre y cuando* —corrigió— consigas el alta médica para entonces.

Nova puso los ojos en blanco.

—Ve si intentan retenerme.

Adrian sonrió, y el corazón de Nova dio un vuelco al notar los tenues hoyuelos que habitualmente estaban ocultos.

—Bueno, supongo que tengo que dejarte… descansar —arrugó la frente— o lo que sea que estés haciendo.

Pero no se movió, y Nova tuvo la clara impresión de que esperaba una invitación. Un motivo para demorarse.

Se negó a dárselo.

—Gracias por las flores —respondió, acompañándolo de nuevo a la puerta de entrada—, y por venir a ver cómo estaba. Te veré mañana.

—Oh, oye —dijo. Se detuvo justo mientras salía por la puerta—. ¿Planeas regresar al cuartel general esta noche? Porque podría, eh, intentar traerte unos sándwiches de nuevo.

Nova sintió un aleteo en el pecho. Con algo cercano a la tristeza, sacudió la cabeza.

—Creo que me tomaré la noche libre.

—Sí, por supuesto. Definitivamente, es lo correcto.

Vaciló un instante más, luego levantó una mano para saludar y descendió del porche. Nova esperó hasta que él pisara la acera antes de cerrar la puerta.

Dejó caer la frente contra esta con un quejido, expulsando toda la frenética energía que tenía acumulada.

—¿Así que ese es el muchacho Everhart?

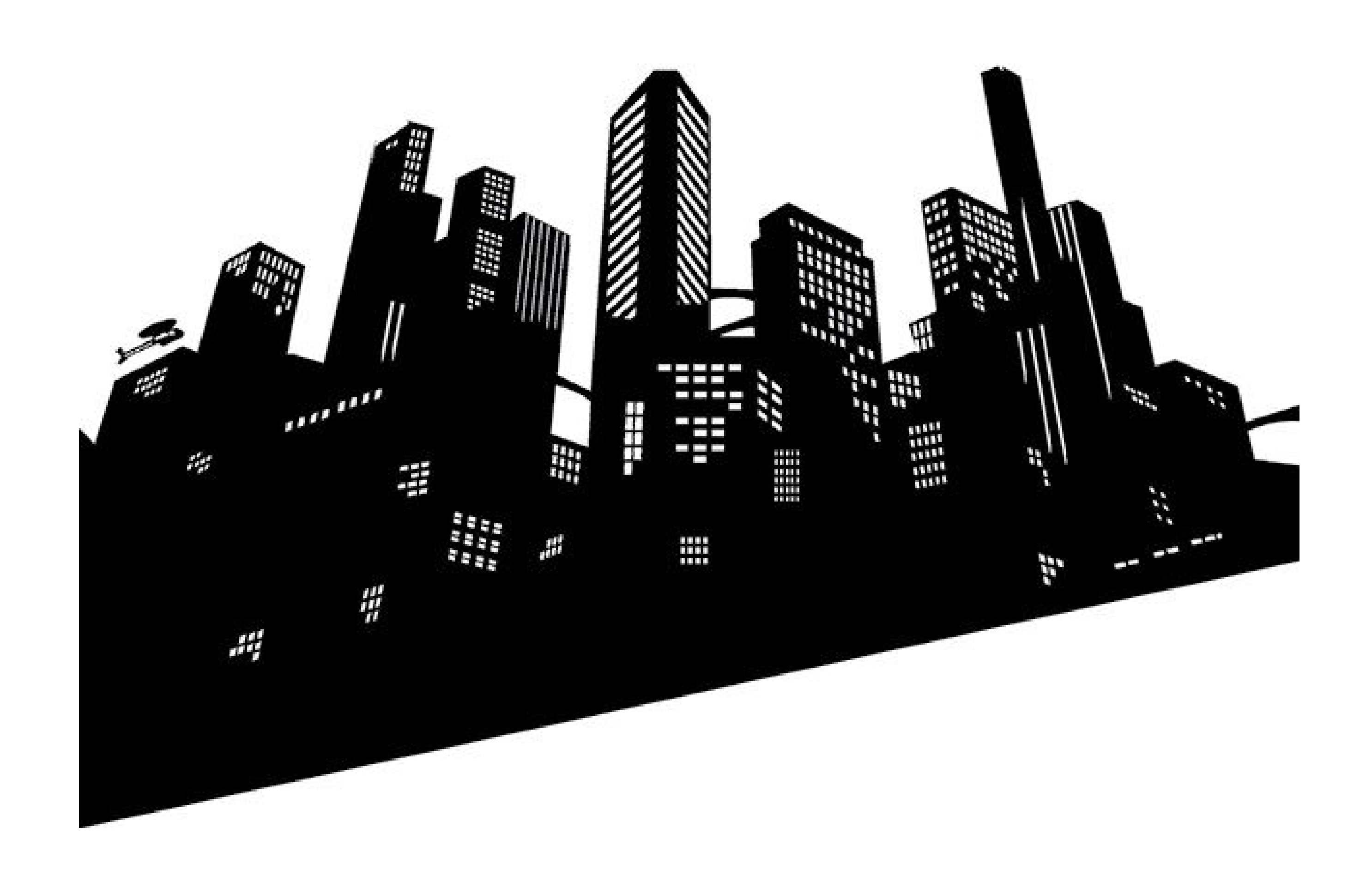
Nova se dio vuelta. Honey y Leroy se hallaban mirando desde la curva de la barandilla de la escalera.

Sacudió los brazos en dirección a ellos.

—¿Acaso no podían quedarse escondidos hasta que, por lo menos, se hubiera marchado de nuestra calle?

Honey soltó una risita.

—Solo nos dio curiosidad —dijo—. Es una pena terrible que sea un Renegado, ¿verdad? De lo contrario, podrías haberlo invitado para que se quedara a cenar.



# Capítulo 39

La entrada al Parque Cosmópolis era un monumental arco de cemento con la forma de un poni gigante de carrusel, que parecía montar guardia sobre el antiguo parque de atracciones. Alguna vez, la escultura había sido pintada con una combinación de colores durazno y blanco perlado, pero se había desteñido y descascarillado con los años. El orgulloso animal también había perdido un lado de la cara, seguramente a causa del vandalismo de la Era de la Anarquía, y nadie había considerado oportuno repararlo aún.

No obstante, el parque era uno de los tantos emprendimientos de Gatlon City que vio un resurgir desde el Día del Triunfo. No es que alguna vez hubiera dejado de operar, pero durante el gobierno Anarquista, algunos villanos habían gastado grandes fortunas a fin de convertirlo en un refugio para el tráfico de drogas, las apuestas y las riñas sangrientas de perros. Todo el mundo sabía que el parque era el feudo del Titiritero, pero este nunca se molestó en imponer ningún tipo de restricción mientras le pagaran por usar el espacio: ya fuera con dinero o con golosinas, como había escuchado Nova una vez.

Cuando los Renegados recuperaron la ciudad, el parque fue una de las primeras áreas que ellos creyeron conveniente reactivar. Derribaron muchas de las antiguas atracciones, deterioradas por la intemperie y, en su lugar, construyeron una tierra de

fantasía, con una montaña rusa, una rueda de la fortuna y un carrusel clásico, rodeados de juegos de habilidad y de azar, y contaron con no pocos vendedores de perritos de maíz y algodón de azúcar. Pero, como tantos de los proyectos en curso que tenía el Consejo, lo interrumpieron justo cuando estuvo a punto de terminarse, por lo que dejaron bastantes detalles a la vista que permitían recordar cómo había sido ese sitio hasta no hace mucho. Las pocas hectáreas del fondo del parque permanecían cercadas con letreros de advertencia, que informaban a los visitantes que aquella área seguía en construcción. Del otro lado de la valla de la tela metálica, los usuarios podían ver una casa de la risa; embarcaciones varadas del decrépito túnel del amor, y una hilera completa de atracciones en ruinas, cuyas paredes aún permanecían engalanadas con docenas de ositos color púrpura que, abandonados a la intemperie, se hallaban desfigurados y llenos de moho.

Adrian estaba esperando a Nova debajo de la boca embridada de la estatua ecuestre. No habían hablado acerca de si debían o no llevar sus uniformes, y al verlo en *jeans* y chaqueta, Nova lamentó al instante la decisión de llevar su entero gris.

El joven esbozó una amplia sonrisa al verla, pero ella lo miró furiosa.

—¿Es una broma? Podrías haberme dicho que íbamos a ir de incógnito.

—No se me ocurrió —dijo. Se llevó la mano al cuello de su camisa y lo descubrió lo suficiente como para revelar la parte de arriba de su propio traje—. ¿Te sentirías mejor si me cambio?

—En realidad, no —masculló—. Así como estás, despiertas suficiente atención.

—Ya compré los boletos —dijo él, sacándolos del bolsillo. Le entregó uno, y luego inclinó la cabeza mirando la verja. Los nudillos de Nova estaban blancos al aferrar el boleto y meterlo en la pequeña máquina bajo el vientre del caballo. Una luz se encendió, y empujó el molinete para pasar a través de él.

Tras franquear la entrada, se detuvo del otro lado, paseando la mirada por la cacofonía de luces y cuerpos, atracciones estridentes, juegos sonoros, y casetas llenas de juguetes inflables baratos y bisutería fosforescente.

De día era un lugar completamente diferente.

—¿Y? —preguntó Adrian, alcanzándola—. ¿Cómo te sientes?

La pregunta despertó una ráfaga de emociones. Se sentía tensa, se sentía nerviosa, se sentía sacudida por la adrenalina en tanto su cuerpo se anticipaba a lo que estaba por suceder.

Pero eso no era lo que Adrian quería saber. Se volteó hacia él con la sonrisa más luminosa que consiguió esbozar.

—No pegué un ojo anoche, así que me siento genial.

Él soltó una risita; su alivio fue evidente.

—Qué bueno. No me gustaría perderte cuando acabamos de encontrarte.

—¿Realmente crees que me expulsarían de las patrullas solo porque deba dormir como todo el resto?

—Si yo lo pudiera evitar, no.

Se abrieron paso a través de la muchedumbre de niños chillones y de padres sonrientes, de los aromas de algodón de azúcar y de churros fritos que flotaban a su alrededor. Al principio, cuando Adrian sugirió venir a echarle un vistazo al parque, Nova lo conocía poco: una sola vez la habían llevado allí Leroy y Winston, varios años atrás. Pero ahora sentía que conocía el lugar a fondo.

Anoche, mientras la ciudad dormía, había venido aquí, a fin de prepararse para el combate simulado que ella e Ingrid representarían.

Hoy, aquí.

Había comenzado a tramarlo incluso antes de que Ingrid llegara a última hora de la noche. Porque si bien repudiaba por completo la idea de que le debía algo a la Detonadora, le resultaba innegablemente atractivo fingir su propia muerte. Basta de Renegados persiguiéndola. Basta de *Adrian* persiguiéndola.

No estaba segura de que estuvieran listas. Hubiera preferido tomarse más tiempo para prepararlo, pero tampoco podía negar que se había presentado la oportunidad y que era demasiado difícil dejarla pasar. Adrian y los Renegados tenían motivos para sospechar que Pesadilla tenía una conexión con el parque de atracciones. Ella y Adrian estaban investigándolo ese día.

Sería la mejor oportunidad para hacerlo creíble.

—Así que dime —dijo Adrian—, ¿dónde debemos empezar?

Ambos volvieron a echar una mirada alrededor. Cerca de allí, había un juego de fuerza. Los chicos intentaban golpear un martillo más grande que ellos mismos, para disparar un objeto hacia arriba con la intención de darle a una campana en la parte superior. Más allá había una gran cantidad de juegos que incluían de todo, desde dardos, globos y botellas hasta pilas de bidones de leche, bolas de *softball* y aros.

Nova se sintió tentada de llevar a Adrian directo a las pistas, las cuales se había pasado toda la noche ubicando estratégicamente a lo largo del parque, pero temió que resultara sospechoso si era demasiado fácil. En cambio, encogió los hombros.

—Si fueras una villana que pasa casi todo el tiempo en un parque de atracciones, ¿qué harías?

—Seguramente, jugaría.

—¿Jugarías? —preguntó Nova frunciendo el ceño.

—No sabemos mucho acerca de Pesadilla, pero sí sabemos que es una buena tiradora. Tiene que practicar, ¿verdad?

—Y tú crees que practica en los juegos de los parques de atracciones.

Los ojos de Adrian brillaban.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que te gane?

Ella señaló con el dedo.

—¿En el juego de un *parque de atracciones*? En absoluto.

Riéndose, Adrian la arrastró hacia un juego, donde el objetivo era dar en un blanco pintado sobre el rostro del Titiritero.

—Qué bueno, porque no tienes nada que temer.

Y tenía razón.

Puede que Adrian haya sido hábil para dibujar un rifle que funcionara o para ilustrar una cerbatana perfectamente equilibrada, pero él mismo resultó ser un pésimo tirador. Caminaron a través de los juegos, y Nova lo derrotó en todas las competencias de tiro, puntería, lanzamiento y de tiro al blanco que el parque tenía para ofrecer, aunque él la superaba fácilmente cuando se trataba de pruebas de fuerza.

Luego de casi una hora, Adrian había ganado una varita mágica con luz que una compañía de *marketing* había estampado con el nombre de *Blacklight*, aunque Nova creía que este jamás había usado una varita mágica. En tanto que ella cambió todos sus minipremios por un muñeco gigante de Dread Warden, casi tan alto como ella. Adrian comenzó a desternillarse de risa cuando Nova lo recibió del empleado del parque.

—Mira, gané un premio para ti —dijo, pasándoselo rápido.

—¿Qué? ¿No lo quieres?

—Realmente, no.

—Tal vez, debería sentirme halagado —Adrian sujetó el muñeco con los brazos extendidos—, pero no puedo evitar sentir que quizás sea un poco siniestro tener un muñeco gigante de tu papá dando vueltas.

—¿Lo crees?

La miró por encima de la cabeza del muñeco.

—¿Te ofenderías si se lo regalo para el cumpleaños? Lo hallará increíblemente gracioso.

El muñeco *era* bastante gracioso, con su melena de cabello de fieltro y su capa endeble.

—Haz lo que quieras con él —dijo—. Mis sentimientos sobrevivirán.

Metió el muñeco bajo un brazo mientras comenzaban a emprender la marcha de nuevo por el parque.

—¿Es muy raro? —preguntó Nova—. ¿Ver que tantas personas idealizan a tus papás tan completa y ciegamente?

—Para ser sincero, lo más insólito es que, después de un tiempo, te terminas acostumbrando —Adrian encogió los hombros—. Y prefiero que las personas los idealicen a que intenten matarlos. Desafortunadamente, no parece haber un término medio respecto de lo que piensan las personas acerca del Consejo.

Nova apartó la mirada bruscamente.

—Por suerte, hoy en día hay más personas que valoran a los prodigios que personas que los detestan. Sé que aún hay gente por ahí que no confía en nosotros, en especial, después de todo lo que sufrieron con las bandas villanas.

Nova sabía que era cierto. Incluso hoy, caminando por el parque en su uniforme de Renegada, no había gran variedad en las reacciones que observaba entre desconocidos completos. O se detenían para mirarla boquiabiertos con sonrisas de incredulidad, susurrando excitados a su paso, o sus expresiones se tornaban amargas

al advertir el uniforme gris y la R roja, y rápidamente cruzaban de lado o cambiaban por completo de dirección.

Nova no estaba segura de si aquel odio estaba dirigido a los Renegados o a todos los prodigios. Las personas seguían teniendo miedo de ellos, y con razón. Incluso quienes admiraban a los Renegados, sus supuestos protectores, seguían guardándoles un respeto que rayaba en una nerviosa incertidumbre.

Héroe o villano, todos los prodigios eran poderosos. Todos los prodigios eran peligrosos.

—… La mayoría de la gente se da cuenta de que no somos así en absoluto —decía Adrian, volviendo la atención de Nova hacia él—. La vida es mucho mejor ahora de lo que alguna vez lo fue cuando Ace Anarquía estaba al mando, y eso es por los Renegados —sacudió el muñeco—. Y por el Consejo.

Nova frunció el ceño.

—En realidad, Ace Anarquía jamás estuvo al mando —dijo antes de poder contenerse—. Me refiero a que él… es probable que técnicamente haya sido quien gobernara a los Anarquistas, pero no creo que en realidad quisiera gobernar, ¿sabes? Sobre todo, solo… quería que los prodigios dejaran de oprimir a la gente —tragó saliva—. Por lo menos, es lo que siempre me pareció.

Los labios de Adrian se torcieron.

—¿Cuánta compasión debe tener alguien para defender a Ace Anarquía?

—No soy compasiva. Solo… solo creo que lo culpan de todo lo que sucedió durante aquellos años cuando, en realidad, gran parte fue por las otras bandas que ascendieron al poder en ausencia de un gobierno. Y tampoco fue lo que él intentaba conseguir. Promovía la libertad y responsabilidad personales, que cada uno se cuidara a sí mismo y a los suyos, en lugar de esperar que fuera otro quien lo hiciera. Quería terminar con la opresión y con las regulaciones que solo beneficiaban a un grupo de personas, y… y… eh —su rostro se sonrojó—. Por lo menos, es… es lo que dicen algunos. Acerca de él.

En lugar de mirarla como si hubiera enloquecido, como esperaba Nova, la sonrisa de Adrian se había ensanchado.

—Pues, tengo la sensación de que, si aquellas personas hubieran conocido realmente a Ace Anarquía, pensarían de modo diferente.

Nova se tensó.

—¿Por qué? ¿*Tú* lo conociste?

—Me temo que no. Y no lamento que nunca tendré una oportunidad de hacerlo.

Su expresión se tornó seria al mirarla.

—Tú no crees realmente que la situación esté mejor ahora a causa de él, ¿verdad?

Nova ponderó un largo rato su respuesta.

—Creo que sucedieron muchas cosas terribles durante la Era de la Anarquía, un montón de cosas que no debieron haber sucedido. Pero también creo que, si Ace Anarquía no hubiera hecho lo que hizo, entonces *esto* —tiró de la capa del muñeco—

no sería posible. Los prodigios seguirían ocultos. Las personas seguirían odiándonos.

Los labios de Adrian se tensaron, y Nova se preguntó si había ido demasiado lejos.

Pero luego suspiró.

—Supongo que no te lo puedo discutir. Pero de todos modos, no puedo evitar creer que había un modo mejor para llegar de allá acá.

Nova pensó en todos los edificios destruidos, en todas las personas asesinadas. Imitó el suspiro que él había emitido antes.

—Y yo no te puedo discutir eso.

—Algo bueno que, definitivamente, se originó en aquel tiempo —dijo Adrian, abriendo los brazos de par en par— es que ahora tenemos superhéroes. Tal vez, esa sea la diferencia. Antes la gente nos veía como locos con poderes que daban miedo. Ahora, nos ven como… una inspiración.

—¿Una inspiración?

—Claro. Todo el mundo quiere ser un héroe. Cuando lo piensas, resulta un poco triste que haya tan pocos que finalmente lo logren.

Nova no pudo evitar un resoplido burlón.

—Sería triste, salvo que, en realidad, no lo dicen en serio.

Adrian la miró inclinando la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—No hay ninguna regla que diga que debes ser un prodigio para ser un héroe —insistió—. Si las personas quisieran valerse por sí mismas o proteger a sus seres amados, o hacer lo que creen en el fondo de su corazón que es lo *correcto*, entonces lo harían. Si quisieran ser heroicos, encontrarían maneras de serlo, incluso sin poderes sobrenaturales —meneó los dedos, ridiculizando dichos poderes—. Es fácil decir que quieres ser un héroe, pero la verdad es que la mayoría de las personas son perezosas y complacientes. Tienen a los Renegados para que las rescaten y salven. ¿Por qué habrían de molestarse? Es más fácil llamar a la línea de emergencias, y luego darse la vuelta y fingir que no es un problema que tú tengas que resolver.

Sus palabras tenían un sabor amargo incluso en la propia lengua, no porque fueran pesimistas, sino porque eran ciertas.

Por culpa de los Renegados, la humanidad se estaba volviendo débil y patética, como *ella misma* había sido, una vez, débil y patética. Esperando en la oscuridad de aquel armario, oyendo cómo silenciaban el llanto de su hermana. Tan ilusa, tan confiada, creyendo con todo el corazón que los Renegados vendrían.

Pero eran ídolos falsos. Mentirosos y tramposos.

Tal vez, si no hubiera estado esperando a los Renegados, no se habría escondido en aquel armario. Tal vez, habría puesto a dormir al asesino de sus padres antes. Tal vez, habría salvado a Evie.

O tal vez, uno de los vecinos habría oído el alboroto y habría venido a ayudar, en lugar de suponer que sería otro quien se ocupara del asunto.

Tal vez… solo *tal vez*.

—¿Qué propones? —preguntó Adrian, deslizando la mano libre en el bolsillo mientras pasaban serpenteando por entre los vendedores de comida—. ¿Debemos abrir un curso para entrenar a héroes, al que pueden venir personas que no son prodigios? Les enseñaríamos ética, artes marciales y… No lo sé. Cómo ser valientes. ¿Crees que se le puede enseñar a alguien cómo ser valiente?

Nova sintió que las comisuras de sus labios se curvaban con ligereza hacia arriba. Sentía alivio de que no hubiera refutado directamente su argumento contra los héroes.

—Un curso de entrenamiento para héroes sería un comienzo, pero no llegaría demasiado lejos. Mientras haya superhéroes, habrá personas que confíen demasiado en ellos. Creo que la humanidad estaría mucho mejor si no hubiera… ningún tipo de prodigio.

Por un instante, casi había dicho *Renegados*, antes de recordar con quién hablaba. Pero al pensarlo con mayor detenimiento, advirtió que era cierto. No eran solo los Renegados quienes habían causado problemas para la humanidad. También eran los villanos, aunque solo hubieran reaccionado a siglos de odio y discriminación.

¿Cuánto mejor estaría el mundo si no hubiera ningún tipo de prodigio?

—Estoy de acuerdo con que la dependencia pueda ser un problema —dijo Adrian, algo divertido—, pero ¿ningún tipo de prodigio? Tal vez, estés yendo demasiado lejos.

—No lo creo.

—¿Y todas las cosas que el Consejo ha construido a lo largo de los últimos nueve años? En realidad, ¿todo lo que los Renegados hacen por esta ciudad y el mundo entero?

—Todo lo que los no prodigios habrían construido si nosotros no estuviéramos. Todo lo que las personas estarían realizando *ellas mismas*. Si no hubiera Consejo, a esta altura, habrían restablecido su propio gobierno o, al menos, estarían intentándolo. Organizando sus propias patrullas y organismos de seguridad, escribiendo sus propias leyes, construyendo su propia infraestructura…

Adrian la miró de reojo.

—El mundo estaría cayéndose a pedazos si no fuera por nosotros.

—El mundo estaba perfectamente bien antes de que los prodigios se metieran con él. Volvería a estar bien. Tal como está, continuará en su estado actual: los prodigios siempre estarán en desacuerdo entre ellos, siempre luchando por el poder y el dominio, y las personas normales siempre sufrirán las consecuencias de ello.

Adrian ladeó la cabeza y Nova se dio cuenta de que reflexionó sobre sus palabras un largo rato.

—Estás convencida de todo esto.

—Sí, lo estoy. No es que importe, pero sí creo que la humanidad estaría mejor sin nosotros. Sin prodigios, ni villanos, ni Renegados. La sociedad encontraría una manera de organizarse, tal como lo hizo cientos de veces a lo largo de la historia, pero

sería mucho más rápido y mucho menos traumático si no fuera por nuestra interferencia.

Adrian le sostuvo la mirada durante un largo rato.

—Qué desalentador —dijo al fin.

Nova encogió los hombros.

—Es la verdad.

Al pasar por debajo de la montaña rusa, se encontraban en silencio, oyendo el rechinar de las vías y los aullidos de los pasajeros.

Cambiando el muñeco al otro brazo, Adrian soltó por fin un soplido exagerado.

—Bueno, ahora que ya nos sacamos de encima esta discusión filosófica tan importante… ¿qué sigue? —señaló—. ¿La montaña rusa? ¿Los carritos giratorios? ¿Tienes hambre?

Nova sonrió. El nudo que sentía en el pecho comenzó a desatarse rápidamente.

—Corrígeme si estoy equivocada, pero ¿no se supone que debemos estar buscando a alguien?

—Tienes toda la razón —Adrian dio un golpecito con el dedo contra los labios—, y creo que debemos buscarla —señaló— en la montaña rusa.

Nova siguió su mirada al juego colorido.

—Sí, aquel parece ser un buen sitio para que se esconda una supervillana.

—Tal vez no, pero nos permitirá tener una vista panorámica del parque, y desde allí, podemos trazar una estrategia.

Era una excusa, y no una demasiado buena. Al abrirse paso entre las multitudes, Nova sintió que el corazón le trastabillaba. Porque, por primera vez desde que habían llegado, comenzó a preguntarse por qué Ruby, Oscar y Danna no se habían unido a ellos. Por qué Adrian le había pedido *a ella* que lo acompañara, y no a uno de sus compañeros más experimentados.

Comenzó a preguntarse si toda esta jornada tendría que ver realmente con buscar a Pesadilla.

Pero imaginar que Adrian podría tener motivos ulteriores solo la llevaba por un camino que hacía que las palmas le transpiraran y el pulso le temblara. Se imaginaba las pequeñas góndolas con ella, Adrian y con el muñeco metidos dentro. Se imaginaba las caderas de ambos apretujadas entre sí. El hombro de él apoyado contra el de ella.

¿O sería tan estrecho el espacio que él la rodearía con el brazo? Sintió un hormigueo en la piel de solo pensarlo.

¿Cómo era que algo que podría haber parecido impensable semanas atrás era ahora tan fácil de imaginar?

—¿Nova?

—Rueda de la fortuna —dijo, y luego carraspeó—. Claro. Está bien.

Pero no habían llegado demasiado lejos cuando un coro de gritos agudos fue a su encuentro: «¡Renegado!».

Nova se volteó para ver una docena de niños corriendo hacia ellos desde una carpa de circo con rayas amarillas, sobre la que colgaba un letrero que decía: centro de fiestas.

Los chicos llevaban diferentes máscaras y capas, como las que Nova había visto en el desfile.

Para su sorpresa, no corrieron hacia Adrian, sino *hacia ella*, y le llevó un instante recordar que era quien vestía el uniforme.

—¡Es ella! ¡Es la que estuvo en las pruebas! —gritó una chica, a lo que un muchacho le respondió:

—¡Sí, la que le ganó a Gárgola!

Nova miró a Adrian, que parecía tan desconcertado como ella, pero la mirada se transformó rápidamente en una sonrisa cálida.

—Oigan, chicos. Tienen razón. Esta es Insomnia.

—¡Insomnia! —dijo el chico—. ¡Eso es! Yo estuve aquella noche. Sin duda, te di el letrero de Héroe.

—Oh, gracias —comenzó a decir Nova.

—¿Vendrás a mi fiesta de cumpleaños?

Bajó la mirada para ver a un niño menudo de cabello negro, al que le faltaba un diente delantero. Levantaba la cabeza y les sonreía. Era el único niño que llevaba todo el traje de superhéroe: un disfraz del Capitán Chromium. Su sombrero de fiesta decía en letras grandes: ayudante del capitán chromium.

—¡Vengan rápido! Es una fiesta con temática de superhéroes.

Nova se halló arrastrada hacia la carpa. Miró hacia atrás a Adrian, perpleja, pero aliviada de ver él que los seguía. Adrian vio su expresión y comenzó a reír.

Acababan de pasar bajo el alero de la carpa cuando Nova consiguió librarse de los chicos.

—Esperen —dijo, levantando las manos—. Sí, soy Insomnia. Pero él —señaló a Adrian— es el héroe verdadero. Deberían molestarlo a él, en lugar de a mí.

Adrian enarcó una ceja desafiante hacia ella, pero solo demoró un instante para que los niños se congregaran a su alrededor. El niño del cumpleaños daba saltitos sobre las plantas de los pies.

—Pareces conocido. ¿También eres un Renegado?

—Sí —dijo Adrian, horriblemente tranquilo.

Nova lo miró furiosa.

—¿Qué puedes hacer? —preguntó una de las chicas.

Adrian miró a su alrededor, y Nova siguió la mirada. La pequeña carpa estaba atiborrada de largas mesas de pícnic cubiertas con telas plásticas, y sillas plegables que lucían racimos de globos. Sobre una mesa, había un pastel casero y una pequeña pila de regalos. También había adultos: los padres de todos estos niños, supuso Nova, muchos de los cuales habían dejado de conversar para mirar a los recién llegados.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Adrian, y Nova vio su mano acercándose poco

a poco a su bolsillo. Sus ojos se iluminaron al inclinarse sobre una rodilla, para estar a la misma altura que el niño del cumpleaños—. Dime, ¿qué es lo que realmente quieres que te regalen para tu cumpleaños este año?

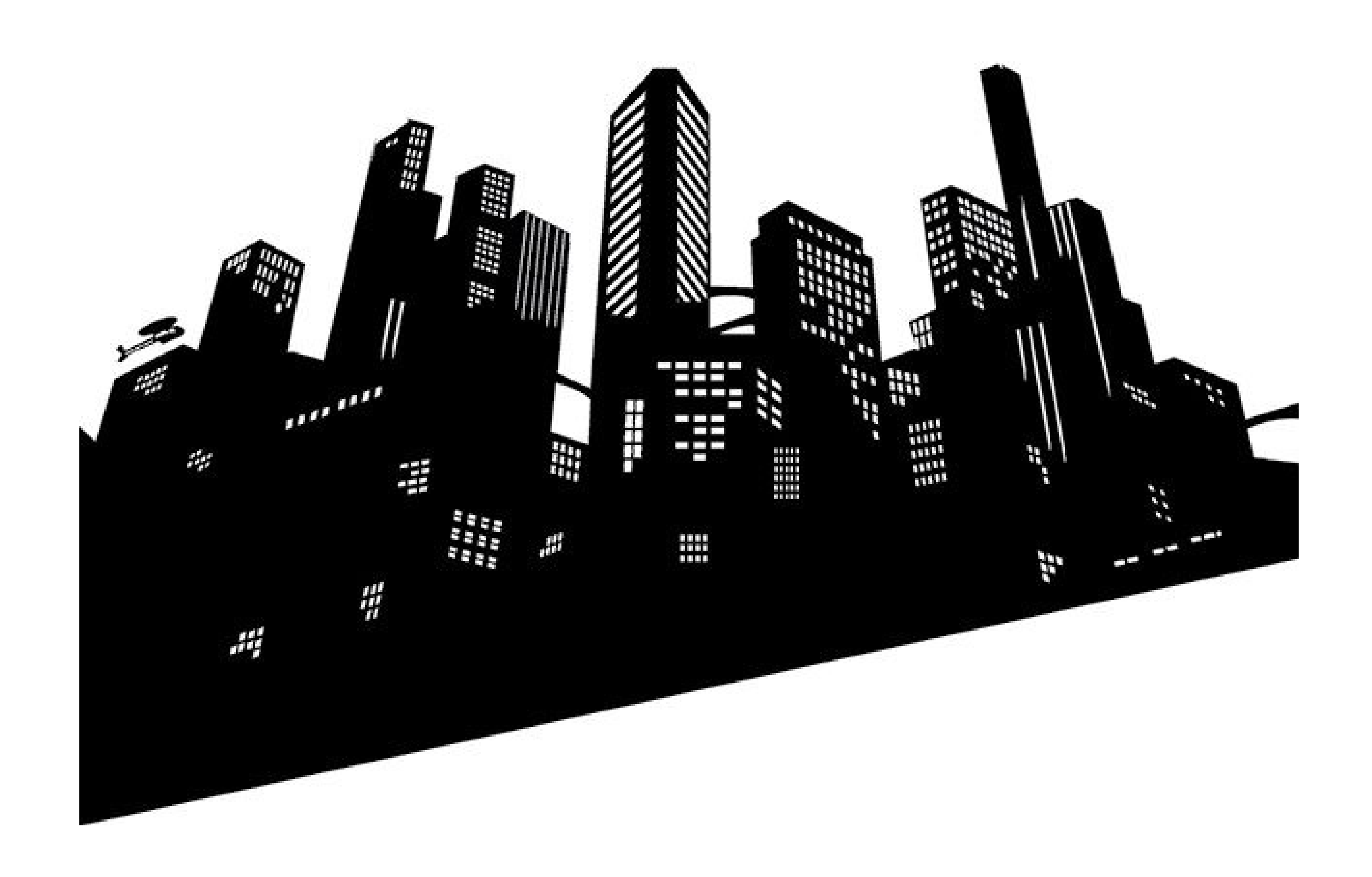
El muchacho soltó de inmediato:

—Una bici.

—¿Una bici? —Adrian miró rápidamente hacia arriba, a la mujer que se parecía al muchacho—. ¿Está de acuerdo?

—¿Si estoy de acuerdo? —preguntó la mujer, afligida—. No es exactamente… No tengo dinero suficiente para… —parecía impotente, como si le partiera el corazón no poder cumplir este único deseo para su hijo—. Me encantaría darle una, si pudiese.

—Bueno —dijo Adrian, sacando el rotulador—. Veamos qué podemos hacer.



# Capítulo 40

Nova merodeaba por las afueras de la carpa, observando la fiesta con una mezcla de fascinación por el inocente entusiasmo de los niños, pero también, de bastante consternación cuando pensaba en lo desacertado que era ese entusiasmo.

*Los Renegados* —quería decirles— *terminarán partiéndoles el corazón*.

Salvo que no podía convencerse de que *este* Renegado fuera a hacerlo.

Ya hacía varios minutos que el muchacho del cumpleaños se tambaleaba sobre su bicicleta e, incluso, había logrado levantar los pies del suelo y dar media vuelta alrededor de la carpa antes de entrar en pánico y estrellarse contra una mesa, por suerte, sin lastimarse. En el instante en que el resto de los chicos advirtieron lo que Adrian podía hacer, comenzaron a acosarlo con pedidos: *¡Dibújame un osito… una paleta… un avión!* Hasta que la carpa quedó llena de obsequios, todos del mismo color amarillo canario, sacados directamente de las paredes de la carpa de lona.

Adrian nunca decía que no, ni siquiera cuando los pedidos se volvieron más y más extravagantes (*¡Ahora una casa en el árbol… una casa en el árbol con cañones… una casa en el árbol con cañones y un foso custodiado por un tiburón robot!*), y jamás parecía enfadarse, ni siquiera cuando los chicos se apiñaron en torno a él y le dejaron poco espacio para, justamente, dibujar lo que le pedían.

—¿Disculpa?

Nova miró hacia abajo. La hermana mayor del niño del cumpleaños, tal vez de ocho o nueve años, estaba de pie junto a ella.

—No me mires a mí —dijo Nova, levantando las manos—. Mis habilidades son insignificantes comparadas con las suyas.

La niña parpadeó, y a Nova se le ocurrió que quizás no tuviera la menor idea de lo que significa la palabra *insignificante*. Intentaba pensar en un sinónimo cuando la chica preguntó:

—Yo estuve en las pruebas.

Nova pestañeó.

—Oh, eso. Claro.

—Estuviste asombrosa —dijo la niña, emocionada—. ¡Y ni siquiera empleaste un superpoder!

—No. Es cierto, la cuestión es que mi poder… no es… —echó un vistazo a Adrian—. No es llamativo como el suyo.

—Sí, pero eso es lo genial —las orejas de la niña se habían teñido color rosado—. Yo no soy prodigio, pero… verte me hizo pensar que, tal vez, también podía ser una Renegada, ¿sabes?

Nova abrió la boca, pero vaciló, sin saber qué responder. Dudaba de que los Renegados fueran a reclutar, alguna vez, a alguien que no tuviera, al menos, algún grado de superpoder, pero Danna y Adrian habían sugerido que ella podía quedarse en el equipo incluso si Max hubiera robado su habilidad. Y si aquello era posible, quizás algún día también aceptarían a un no prodigio.

Recordó su conversación con Adrian. Él creía que eran una inspiración para la gente. Pensaba que la existencia de superhéroes podía animar a todos a ser más heroicos. Nova había insistido en que estaba equivocado, pero después de ver cómo la miraba esta chica, comenzó a dudar.

Así que, en lugar de rechazar el sueño de la pequeña, se inclinó hacia delante.

—¿Puedo contarte un secreto?

La niña se acercó un poco más, asintiendo entusiasmada.

—No tienes que ser Renegada para ser una superheroína.

La niña ladeó la cabeza hacia un lado.

—Eso parece algo que diría mamá.

—Lo siento —rio Nova—. Quiero decir, es verdad, pero… también es una salida fácil, ¿no?

—¿Comiste pastel?

Sorprendida por el cambio de tema, Nova sacudió la cabeza.

—No, pero yo no…

—¡Te traeré un poco! Lo preparó mi mamá. Es *muy* rico —la niña salió corriendo antes de que pudiera declinar la oferta.

Nova la observó irse, perpleja, cuando oyó la voz de Adrian abriéndose paso entre las risas.

—¡Por supuesto que no! No le dibujaré a nadie un poni de tamaño real. ¡Esto se acabó, niños!

Sostenía el rotulador encima de la cabeza como si *este* fuera el premio que los niños peleaban por conseguir.

A pesar de fingir estar irritado, sonreía. No… estaba radiante, como si emanara una luz interior.

Miró a Nova, y ella sintió que se le contraían las entrañas. Desde el comienzo, fue consciente de que era apuesto pero, en ese momento, había algo en él que iba más allá de su atracción. Se dijo a sí misma que era la luz de la carpa o el mareo, por no haber almorzado aún. Pero era… simplemente, Adrian. Con esa naturalidad que Nova no entendía. Una alegría que se reñía con todo lo que ella había conocido alguna vez.

—¡Aquí tienes!

Un trozo de pastel apareció delante de la nariz de Nova, y ella desvió la atención de buena gana, con las mejillas ardiendo. Jamás había estado tan agradecida por una tajada de pastel que, en realidad, no quería.

—Gracias —dijo más efusivamente que lo necesario. Tomó el plato y se metió un trozo en la boca.

Miró la hora en su brazalete de comunicación. No faltaba mucho para que Ingrid ocupara su lugar.

Echó un vistazo atrás a Adrian, que ahora miraba en otra dirección, y él se encontraba, por supuesto, dibujando un poni sobre los muros de la carpa.

—Oye… en realidad, creo que deberíamos marcharnos —dijo, disparando una sonrisa a la chica, y luego comió ávidamente otro trozo más de pastel que, de hecho, estaba delicioso—. Gracias de nuevo.

Levantándose de la banca, se abrió paso entre el grupo de niños. Adrian la vio e hizo una pausa con el poni a medio terminar.

—En primer lugar —dijo Nova—, antes de darles a cualquiera de ellos un poni de verdad, deberías consultarlo con los padres. En segundo lugar, quizás deberíamos continuar.

—En primer lugar —dijo él—, te quedó una chispa pegada —extendió la mano y le pasó el pulgar por la comisura de la boca. Nova quedó inmóvil, la sensación de su piel le provocó un estremecimiento por dentro. Cuando él retiró la mano, una pequeña chispa naranja descansaba en la yema de su dedo. Adrian la metió en su boca, con ojos burlones—. En segundo lugar, tienes toda la razón.

Se volteó y terminó de bosquejar el poni pero, cuando lo jaló de la pared de la carpa, no era una criatura viva, sino un simple caballo de juguete.

—Y ese es el último regalo, niños —dijo, tapando el rotulador y alejándose de los muros de la carpa en medio de un coro de quejidos.

—Ya sé, ya sé. ¡Pero tenemos tareas heroicas que cumplir! —hizo una pausa para saludar con la mano al niño del cumpleaños y a los padres, agradeciéndoles su hospitalidad. Luego tomó la muñeca de Nova y la sacó de la carpa, riendo.

—De nada —dijo Nova, aún conmocionada, y sintiendo un hormigueo en la mejilla donde él la había tocado.

Él sonrió, sacudiendo la muñeca.

—Muy agradecido. Aunque eso fue ameno.

—Supongo que es difícil no divertirse cuando eres tan popular.

Adrian resopló burlón.

—Como si no lo supieras —imitó una voz aniñada mientras chillaba—: ¡Es Insomnia! ¡Le ganó a Gárgola! ¡La amamos!

Elevando los ojos al cielo, Nova le dio un puñetazo en el brazo.

—Oye, ¿dónde está el Dread Warden?

—Se lo regalé al niño del cumpleaños. ¿Sabías que *realmente* le gustan los superhéroes?

—¿En serio? No me di cuenta.

Él le dirigió una sonrisa amplia y, a pesar de saber que era un error, Nova se encontró devolviéndola. Cuando consiguió apartar la mirada, vio que habían llegado a algunos de los juegos para niños pequeños: a ambos lados, había trencitos y montañas rusas temáticas de dinosaurios.

—No sé por qué —dijo Nova—, pero me da la sensación de que no encontraremos a Pesadilla en este lugar.

—¿Cuál era el juego que accionabas? —preguntó él, ignorándola.

—¿Qué? Oh… Eran muchos. Nos rotábamos.

—¿Viste a alguien con quien trabajabas en aquella época?

Nova tragó saliva y echó un vistazo a los operadores de juegos. Según sus documentos, no hacía tantos meses que había dejado de trabajar. Sin duda, si aquella historia fuera real, debía reconocer a muchos de los empleados.

—En realidad, no —balbuceó—. Yo, eh… no trabajaba los jueves.

Dieron la vuelta hasta llegar al último rincón del parque, donde se veían las viejas y deterioradas estructuras del otro lado de la valla de tela metálica. La mandíbula de Nova se contrajo al mirar los senderos cubiertos de malezas entre los juegos, el techo de la casa de la risa, que parecía a punto de derrumbarse.

—¿Tienes hambre? —preguntó Adrian.

Ella asintió.

Pero habían llegado demasiado lejos. Todos los puestos de comida se encontraban atrás, en las zonas más populares del parque.

Nova respiró hondo.

—Hay un puesto de palomitas de maíz por aquí —dijo, señalando con el dedo—. Pasando el… —se pasó la lengua por los labios—. Pasando la galería.

La galería era un túnel largo de madera que dividía el rincón de los niños de los juegos más veloces y audaces del otro lado. Los muros del túnel cubiertos de paneles estaban adornados con viejas fotografías de la historia del parque, de cuando se había fundado hacía casi setenta años. Al ingresar, Nova se dirigió hacia la primera

colección de fotografías, fingiendo curiosidad mientras leía la leyenda debajo de una imagen que mostraba a un payaso posando detrás de un grupo de chicos. En la siguiente, aparecía la estatua ecuestre de la entrada cuando aquella había sido nueva. En la tercera, una mujer con un gorro de papel, entregándole un cono de algodón de azúcar a un hombre vestido de traje. Todo era muy antiguo y pintoresco. Antes de la Era de la Anarquía. Antes del ascenso de los Renegados. Un lugar diferente, una época diferente.

—Qué increíble que haya durado tanto tiempo, ¿verdad? —preguntó Adrian, caminando con lentitud a lo largo de la pared contraria.

Nova permaneció donde estaba, esperando que la viera. Esperando que la encontrara solo…

—Increíble —exhaló ella. Continuó por la hilera de fotografías, lenta y expectante. Ya no veía las imágenes; de todos modos, la noche anterior las había observado con suficiente detenimiento. Familias felices, embarcadas en la desvencijada montaña rusa. Parejas felices, subiéndose a las góndolas del túnel del amor. Niños felices, saludando con la mano desde el carrusel.

—Nova.

Por el tono de voz, supo de inmediato que la había hallado.

Se quedó quieta, cerrando los ojos, y exhaló.

—Nova, mira.

Se volteó y lo encontró mirando la fotografía. *La* fotografía, aquella que le había llevado tres horas trucar, empleando una imagen que Honey tenía de la casa de la risa, tomada durante le época de Winston. La noche anterior, cuando el parque estaba en silencio y tranquilo, la había colocado con cuidado en el lugar de la fotografía original.

Durante setenta años, la casa de la risa, abandonada y destruida en el terreno trasero del parque, había sido llamada, sencillamente y de manera poco inspirada: la casa de la risa.

Pero aquí, en esta fotografía retocada de manera meticulosa, habían cambiado el nombre.

Nova se acercó para pararse junto a Adrian, mirando la lámina enmarcada en blanco y negro, y las letras sobre la enorme entrada. No decía la casa de la risa, sino la pesadilla.

—¿Una coincidencia? —preguntó Adrian.

—Puede ser —respondió ella.

—Ahora solo la llaman *la casa de la risa*, ¿verdad? Me pregunto cuándo decidieron cambiarla.

Ella no dijo nada.

Él la miró, y Nova advirtió la convicción en su mirada: no creía que fuera una coincidencia en absoluto.

—¿Crees que debamos ir a hablar con tu antiguo jefe acerca de esto? Es posible

que nos diga cuándo cambiaron el nombre o… —su voz se fue apagando, y fue evidente que intentaba encontrar cualquier fuente que pudiera conducir a una pista real, por más tenue que fuera la evidencia.

—Dudo de que sepa algo —dijo Nova—. Durante la Era de la Anarquía, fue una casa de la risa, así que debieron cambiar el nombre hace mucho tiempo —tragó saliva antes de añadir—. Mi opinión es que deberíamos ir a verla.

Adrian no dudó demasiado antes de asentir.

—Tienes razón, vamos.

—¿Crees que tendríamos que pedir refuerzos?

—Aún no hemos encontrado nada —dijo él. Parecía casi divertido, aunque no completamente—. Pero ante la primera señal de peligro, lo haremos, ¿estás de acuerdo?

Ella enroscó los dedos a los lados.

—De acuerdo.

Al salir de la galería, Nova podía sentir que todo había cambiado. La actitud relajada y divertida de Adrian cedió a la tensión y a un interés renovado. Vio que tenía otra vez el rotulador en la mano, casi como un arma, aunque no estaba segura de cuándo lo había tomado. Ella halló su propia mano buscando el cuchillo de caza que se había metido en el cinturón aquella mañana, aunque el motivo de su ansiedad era inexplicable.

Sabía exactamente lo que estaban a punto de encontrar.

No se veía verja alguna a lo largo del perímetro de la valla metálica, así que Adrian sujetó el rotulador entre los dientes, enroscó los dedos alrededor de la tela metálica y la escaló. El metal se sacudió bajo su peso, pero él era un hábil trepador. Se dejó caer del otro lado sobre la blanda tierra y miró hacia atrás, para ver cómo estaba Nova, pero ella ya se encontraba en la parte de arriba, encaramada ágilmente sobre el travesaño de metal.

—Mira —susurró ella.

Adrian obedeció. Su cuerpo se quedó quieto solo un instante antes de caminar hacia delante e inclinarse sobre un tramo de tierra blanda. Apartó las malezas de los bordes, descubriendo los rastros entrecruzados de las huellas de botas: las pisadas de gruesas suelas de goma que indicaban un camino despejado entre el rincón más alejado de la cerca y los juegos abandonados a la distancia.

Era la última pista que Nova decidió dejar temprano esa mañana, ni una hora antes de que el parque abriera. Con las botas que había encontrado asombrosamente cómodas en su rol de Pesadilla —aunque tuviera que admitir que eran inferiores en calidad al calzado que le habían entregado como parte de su uniforme de Renegada —, había ido y venido, ido y venido caminando, esperando sugerir la idea de un sendero recorrido con frecuencia.

Nova bajó de un salto para unirse a él.

Adrian tomó el rotulador de entre los dientes.

—Son frescas —dijo, poniéndose de pie y mirando la casa de la risa. Ella vio el conflicto en el rostro de él antes de que este levantara la muñeca y la dirigiera a la boca.

—Envíen a un equipo de comunicación. Insomnia y yo estamos en el Parque Cosmópolis. Creemos que puede haber una conexión entre Pesadilla y la casa de la risa abandonada en el terreno trasero. Vamos a investigar. Hasta ahora, no hay rastros de la villana, pero nos preparamos para un altercado y podríamos necesitar refuerzos.

Terminó el mensaje y dejó caer el brazo.

—¿Crees que esté allí dentro?

—Sería un buen lugar para ocultarse.

Adrian comenzó a recorrer penosamente el camino cubierto de malezas. Pasaron un cementerio de cohetes y vehículos destartalados de una de las montañas rusas originales. Los arbustos de zarzamoras cubiertos de espinos brotaban ahora entre sus carcasas metálicas. Aunque la pintura estaba descolorida, los colores estridentes no concordaban con la desolación de este rincón del parque: con las pistas y los aparejos mecánicos oxidados, con los trozos rotos de cercas y los carros de comida.

Adrian se detuvo un momento en una ventanilla de boletos que había sido blanca una vez, pero ahora se hallaba tan cubierta de mugre y dañada por el agua que era difícil de reconocer. Dibujó dos juegos de esposas sobre la pared de madera. Le entregó una a Nova y se metió el otro juego en el bolsillo. A ella se le ocurrió que, si realmente hubiera tenido intención de buscar a Pesadilla aquel día, las habría tenido desde el principio. Observó su perfil en tanto él volvía a apoyar la punta del rotulador contra la ventanilla de boletos.

—¿Adrian? —él detuvo su mano y se volteó para mirarla.

Nova tragó saliva.

—¿Se supone que esto era una cita?

Los labios de él se abrieron, al principio, sorprendidos, pero luego, insinuaron una duda mientras buscaba una respuesta. Apartando el rotulador del puesto, se rascó detrás de la oreja con el extremo tapado.

—Pues, fue la primera vez que una chica ganó un enorme muñeco de peluche de Dread Warden y me lo regaló, así que… tú dirás.

Un músculo tembló en la mejilla de Nova.

—Eso no fue una respuesta de verdad.

—Lo sé.

Se quedaron mirándose, y el corazón de Nova comenzó a darle saltos en el pecho.

—¿Habrías dicho que sí —preguntó Adrian— si lo era?

*No*, le advirtió el cerebro. Contundente y enérgico. *No*.

Mientras algo más susurraba en cambio… *Quizá*.

Pero Nova, de pronto acobardada, miró más allá del hombro de Adrian y frunció el ceño forzadamente.

—Creo que acabo de ver algo.

Adrian giró con rapidez mientras extendía el brazo, para ocultar a Nova detrás de él, algo que fue tan odiosamente cortés que ella se encontró queriendo apartarle el brazo de un empujón y tomar su mano en la suya al mismo tiempo. De hecho, al mirar los dedos que apenas rozaban los suyos, se le ocurrió la absurda idea de entrelazarlos y levantar su mano a la boca, para posar un único beso contra aquellos nudillos.

El arrebato de fantasía la paralizó.

—¿Dónde? —preguntó Adrian.

—Dentro de la casa de la risa —dijo Nova. Las palabras parecían automáticas y ensayadas—. Oh, espera. Creo que solo fue aquel muñeco siniestro en el balcón.

Levantó los ojos a los restos de un maniquí en la segunda planta. Llevaba un disfraz de payaso empapado de agua, aunque alguien se había llevado su cabeza hacía tiempo.

Lo observaron, sin moverse, un largo rato.

—Quizás deberíamos entrar y echar un vistazo —dijo ella.

Adrian asintió.

—Si vemos a Pesadilla, sabes que no debes dejar que te toque, ¿verdad?

Ella se estremeció, volviendo a mirar su tez oscura, sus hábiles dedos que la tocaban, pero no realmente.

—Lo sé —murmuró, y retrocedió solo lo suficiente para romper el contacto incierto.

Adrian levantó la mano y comenzó a dibujar de nuevo sobre el costado de la ventanilla de boletos. Nova cerró los ojos mientras esperaba. Se concentró en su aliento, intentando ahogar la oleada de sensaciones que inundaban su cuerpo. Tenía que dejar de pensar en sonrisas galantes y en roces de piel, en besos y en citas. Si le caía bien a Adrian —si realmente le caía bien— era solo porque él no la conocía de verdad.

La chica detrás de la mentira jamás le agradaría. Nova Artino jamás le caería bien. Y de cualquier manera, a ella no le importaba porque jamás se enamoraría de un Renegado.

Aquella palabra despedazó la sombra de duda que se cernía sobre ella. Abrió los ojos, firme de nuevo en su determinación.

Él era un Renegado.

Él era su enemigo.

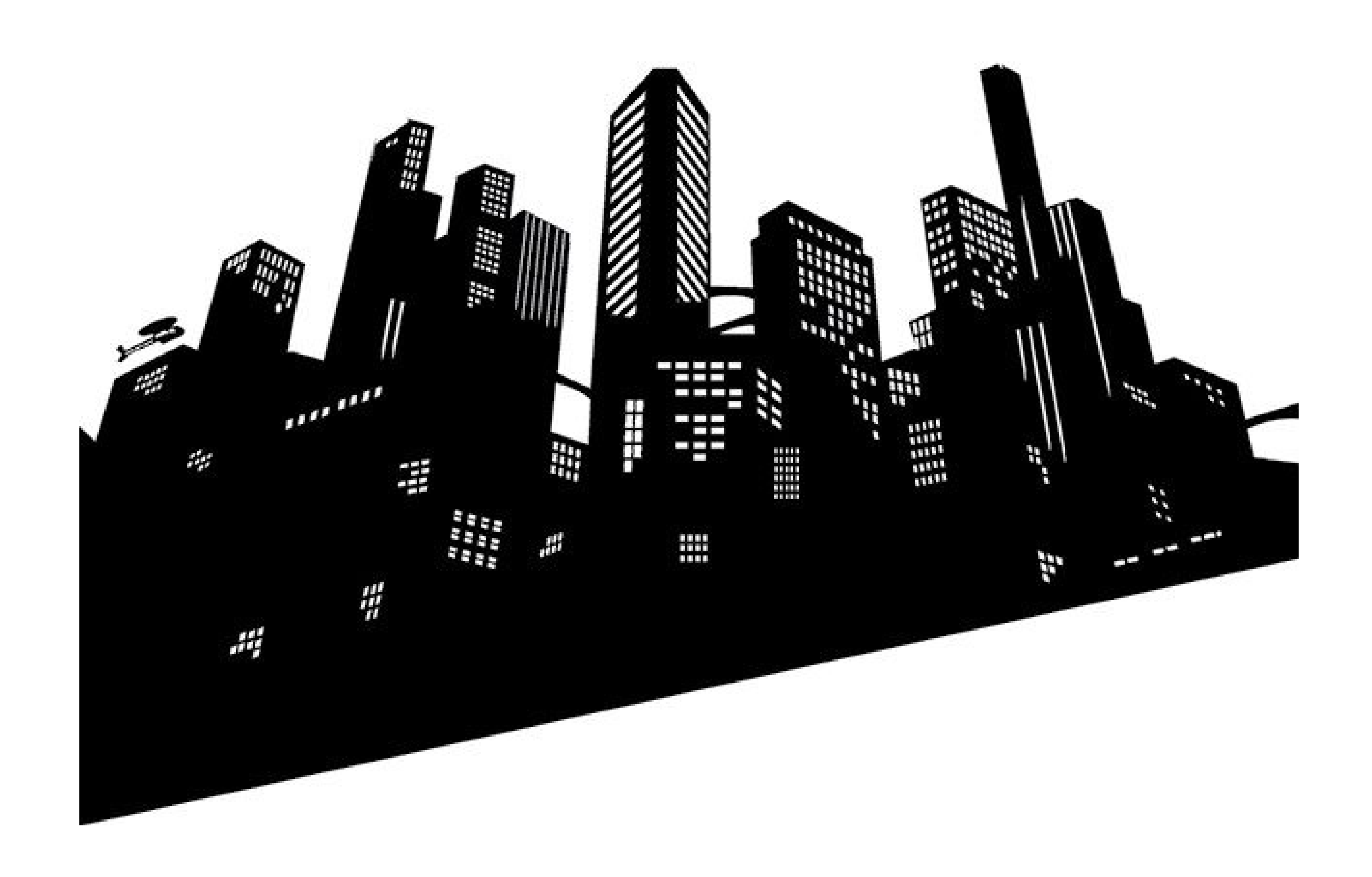
Quizás había venido hoy con segundas intenciones, pero también ella lo había hecho.

—¿Lista? —preguntó Adrian.

Nova se sobresaltó. El temor le erizó la piel. Él se había dibujado una pistola.

Al mirar más de cerca, advirtió que se trataba de una pistola paralizante. Esto solo debió hacerla vacilar, salvo que lo había visto disparar hacía muy poco. No creyó que hubiera demasiado de qué preocuparse.

Asintió con ímpetu.
—Estoy lista.



# Capítulo 41

La casa de la risa —lo que la fotografía mostraba que, alguna vez, fue La Pesadilla— era un ruinoso edificio de dos plantas, cubierto con pintura descascarillada blanca y naranja. Sus pocas ventanas lucían postigos torcidos y se hallaban cubiertas con tablillas clavadas hacía mucho tiempo. El cristal era inexistente. Las telarañas, algunas tan gruesas y oscuras como lana, colgaban de la marquesina del porche envolvente. Al pasar por debajo, Adrian levantó su mirada al payaso sin cabeza. Supuso que alguna vez la había tenido, pero era difícil saberlo con certeza. El lugar era tan siniestro que solo una frondosa imaginación permitía fantasear acerca de lo que había sido una vez: un sitio de diversión y ensueño. Un espacio en el que las personas no entraban con el estómago contraído por el terror.

El porche crujió bajo su peso al subir a la entrada de puerta doble, donde un mural de bailarinas idénticas había sido pintado para darles la bienvenida a los visitantes. Una de ellas tenía una burbuja de diálogo que decía: «¡Bienvenidos a nuestra casa de la risa!». Y la otra: «¡Disfruten su estadía!». Y Adrian podía imaginar sus pequeñas cabezas girando en tanto empujaba las puertas para abrirlas, sus voces metálicas añadiendo con un cacareo perturbador: *De lo contrario*…

Pero el mural era solo un mural, y no se oyeron voces estremecedoras cuando él y Nova entraron en la primera recámara de la casa. No había sonido alguno, más allá de

la música distante que provenía del parque de atracciones que habían dejado atrás.

La primera habitación carecía de ventanas. Adrian mantuvo la puerta abierta el tiempo suficiente para orientarse, aunque no alcanzaban a ver demasiado dentro de la vieja atracción. A solo dos metros de la puerta, habían construido un muro, que alentaba a los visitantes a abandonar el vestíbulo con rapidez e internarse en lo que fuera que había más allá.

—Alguien ha estado aquí recientemente —dijo Nova, señalando el suelo, donde se veían huellas nítidas que habían transitado encima de años de polvo acumulado.

Metió la mano en el morral que llevaba en el cinturón y extrajo un pequeño dispositivo. Tras encenderlo con un chasquido, comenzó a emitir un brillo amarillo luminiscente, y lo dirigió hacia la siguiente entrada.

—Qué ingenioso —dijo Adrian.

—Microbengalas exotérmicas. Las fabrico yo misma.

Él le sonrió.

—Si se te acaban, también puedo sacar una linterna.

Ella hizo un gesto contrariado mientras avanzaba hacia las sombras.

Adrian soltó la puerta. Esta crujió sonoramente y luego se cerró con un golpe seco y atronador, los atrapó dentro con el aire rancio y silencioso. Él siguió a Nova volteando el recodo y a través de una serie de sendas serpenteantes que volvían y daban vueltas sobre sí mismas varias veces. Nova dejó su microbengala al pasar, tal vez como una manera de rastrear la dirección por donde habían venido, encendiendo otra, y luego otra a medida que se abrían camino por los estrechos callejones. Adrian arrastró la mano izquierda sobre la pared, para evitar volver a caminar por el mismo terreno. Aunque el laberinto parecía un tanto infantil, imaginó lo turbador que debió ser recorrerlo completamente a oscuras.

Luego de terminar en dos callejones sin salida, se encontraron en el final del laberinto, parados ante un largo corredor que parecía de una casa vieja y pintoresca. Dos ventanillas cuadradas exhibían cortinas de encaje, y los muros estaban cubiertos de empapelado a cuadros color azul.

Al avanzar hacia el corredor, el suelo se ladeó bajo sus pies.

Nova soltó un grito ahogado y se tropezó hacia el costado, chocando contra Adrian. Instintivamente, él la rodeó con los brazos en tanto su espalda golpeaba contra la pared.

Quedaron paralizados. Ninguno atinó a moverse mientras el corredor se estabilizaba a su alrededor. Adrian podía sentir los latidos del corazón de Nova, y cuando ella lo miró, él tenía las mejillas sonrojadas.

Adrian no pudo evitar envolver los dedos ligeramente alrededor de la tela del uniforme de ella.

Nova soltó un suspiro de impaciencia consigo misma.

—Advertencia: el suelo se mueve.

Adrian esbozó una ancha sonrisa:

—¿En serio?

Para su decepción, ella se apartó, apoyándose en cambio en la pared.

—Se activa con el peso —dijo—. Si ambos nos quedamos de este lado, deberíamos poder mantenerlo bastante estable.

—Guau, realmente eres buena en física.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿*Ahora* decides ser sarcástico?

Un ligero temblor sacudió la mejilla de Adrian. La siguió por el corredor, cada uno pisaba lo más cerca posible de la pared, para evitar que el piso volviera a bambolearse por debajo.

Al final del pasillo ondulante, atravesaron una cortina, y Adrian vio dos figuras en sombras corriendo hacia ellos. Soltó un aullido y tomó el codo de Nova, para jalarla detrás de él, cuando su cerebro captó lo que tenía ante sus ojos. Un espejo les estaba devolviendo el propio reflejo.

Por lo menos, el propio reflejo distorsionado. Uno de los espejos de suelo a techo estaba curvado, para hacer que Adrian pareciera bajo y fornido, mientras que el de Nova estaba trucado, para que pareciera medir dos metros y medio.

Adrian exhaló.

—Lo siento, este lugar me pone un poco nervioso.

Nova apartó el brazo y se volteó para mirarlo, apoyando las manos sobre las caderas.

—Que conste que, si bien resulta encantador que intentes a toda costa protegerme, me gustaría recordarte que, en realidad, sé defenderme.

Él hizo un gesto.

—Lo sé. Es solo… el instinto.

—Pues, no lo hagas más.

Él levantó las manos.

—No volverá a suceder —vaciló—. Es decir, salvo que esté casi seguro de que estás a punto de morir, entonces no tengas la menor duda de que te rescataré, te guste o no.

Nova entornó los ojos y se dirigió hacia la galería de los espejos, otro laberinto de corredores que iban y venían serpenteando. De este modo, por momentos, estaban rodeados de incontables versiones de sí mismos reflejadas hasta el infinito y, por otros, la ilusión óptica de la galería hacía imposible ver dónde se interrumpían los espejos, lo que daba la impresión de que no había salida. En cierto momento, Adrian se halló mirando horrorizado una versión de sí mismo en la que sus piernas y cabeza se reducían a las dimensiones de una muñeca, y el torso se estiraba eternamente entre ambos. Justo en ese instante, podría haber jurado ver a Pesadilla pasando como un rayo por detrás.

Aferró la pistola paralizante y giró para ir tras ella. Pero de inmediato, chocó contra un muro. Cuando logró doblar el recodo, solo se topó con Nova, que lo miraba

preocupada.

—¿Qué pasó?

Parpadeando, Adrian se libró de la visión, advirtiendo que debió ser ella a quien había visto. Se había dejado llevar por la imaginación gracias a otro reflejo distorsionado.

—Nada —dijo—. ¿Cómo salimos de acá?

Dieron varias vueltas durante otro minuto más hasta encontrar una escalera. Adrian notó pequeños agujeros en el suelo al subir y sospechó que tenían como propósito soplar chorros de aire, seguramente, hacia las faldas de las muchachas desprevenidas. Pero cualquiera fuera el mecanismo que los causaba, debió estar averiado, y consiguieron subir hasta arriba sin incidentes.

Adrian contempló el siguiente corredor. Era más ancho que el de abajo. Aquí no había ventanas, tan solo tablones de madera oscura y una colección de pinturas al óleo enmarcadas que colgaban sobre el empapelado de gruesas rayas. En su mayor parte, se trataba de retratos de aristócratas con rostros estoicos. Apiladas contra el muro más cercano, había decenas de colchonetas de arpillera.

Esta vez, Adrian tomó la delantera, listo para sujetarse para no caerse, pero el suelo se mantuvo firme.

Avanzaron uno al lado del otro, esperando descubrir qué nueva sorpresa ofrecería este recinto.

—Creo que usaban esas colchonetas de arpillera como toboganes —dijo Adrian, escudriñando el cuadro de un hombre con una tiesa barba gris. Frunció el ceño. La pintura tenía algo extraño, algo en los ojos que lo hizo titubear. ¿Los había imaginado moviéndose, siguiendo sus pasos y los de Nova por el corredor?

De seguro que había sido una ilusión óptica, pero no pudo resistir la tentación de acercarse a él. En ese momento, oyó un fuerte golpe, y Nova gritó.

Él giró justo a tiempo para verla desaparecer por una trampilla cuadrada. Adrian se lanzó hacia delante, intentando sujetarla, pero la puerta se cerró de golpe. Solo alcanzó a ver un tobogán de metal que conducía nuevamente a la planta de abajo.

—¡Nova! *¡Nova!* —Cayó al suelo en el lugar por el que ella había atravesado, intentando meter los dedos en los bordes de la trampilla, pero sin suerte.

—¡Nova!

Desde abajo, la oyó gritando:

—¡Estoy bien!

Al mismo tiempo, el cuadro que tenía enfrente se abrió de golpe, y una cabeza se lanzó hacia delante. Adrian lanzó un alarido, levantó la pistola y disparó.

El dardo paralizante pasó como un rayo junto a la cabeza sin cuerpo, se clavó inofensivamente en la pared que tenía al lado.

—*¡Je-je-je-je!* —rio con malicia una aguda voz mecánica—. *Has perdido a tu amigo, ¡qué pena! Pero no te detengas ahora… ¡La única manera de salir es entrando!*

La cabeza se meneó un instante más, y Adrian alcanzó a ver que estaba sujeta a una base de resortes, como una caja de sorpresas. Pintada como un payaso, tenía labios rojos llamativos y un rombo negro en la mejilla. Se preguntó si sería la cabeza que le faltaba al muñeco que se encontraba fuera.

El marco del cuadro se cerró con estrépito. Dentro de la pared, oyó el chasquido del engranaje, que indicaba el restablecimiento del mecanismo.

Tragó, advirtiendo que se encontraba temblando.

—¿Adrian? —gritó Nova desde abajo.

Adrian se sobrepuso al pánico, guardó la pistola y extrajo el rotulador.

—Espera, ya voy —arrodillándose de nuevo sobre los tablones del suelo, comenzó a dibujar su propia trampilla.

—No… ¡espera!

Entonces hizo una pausa, inclinando la cabeza para oír mejor.

—Creo que debe haber dos caminos que cruzan esta casa —gritó Nova—. Deberíamos seguir avanzando para investigarlos.

Adrian arrugó la frente. No le atraía nada estar separado de Nova, en especial cuando esta podría ser realmente la guarida secreta de Pesadilla. Por otra parte, cuanto más permanecían aquí dentro, más se preguntaba cómo alguien podía soportar estar más tiempo del necesario.

Finalmente, Adrian movió los hombros, para descargar algo de la tensión creciente.

—Está bien —le gritó a Nova—. Nos encontraremos a la salida.

Ella no respondió; tal vez, ya hubiera seguido adelante.

Él se tomó un momento para dibujarse otro dardo paralizante y cargó la pistola antes de salir del corredor. Al llegar al final, abrió la puerta y quedó estupefacto al encontrarse de pie en una habitación hexagonal: cada pared tenía una idéntica puerta verde.

«Genial», masculló. Dejando que la puerta se cerrara tras él, volteó y la marcó con una X, para reconocer que ya había pasado por allí. Abrió la primera puerta a su derecha con un firme tirón, la que reveló un muro sencillo de ladrillos. Extendió la mano y golpeó sobre este. Habiendo determinado que eran ladrillos reales y no una ilusión óptica, cerró la puerta y la marcó.

Abrió la siguiente puerta y el pulso se le aceleró.

El suelo, las paredes y el techo de aquella habitación estaban pintados con remolinos blancos y negros. Daba la impresión de que el recinto se achicaba más y más ante sus ojos.

Pero no fue eso lo que hizo que tomara una pausa.

En cambio, la ilusión óptica estaba interrumpida por tres objetos: una bolsa de dormir, una almohada y un enorme bolso negro.

Entró en la habitación, recorriendo rápidamente todas las superficies. Casi esperaba que Pesadilla saliera de algún oscuro rincón pero, en este recinto, no había

ningún lugar para que ella ni nadie se ocultaran.

Adrian se puso de cuclillas junto al bolso y cerró la cremallera. Adentro encontró una muda de ropa, calzado deportivo y un arma con dimensiones de una bazuca, la que Pesadilla había empleado para arrojarle aquellas cuerdas alrededor del cuerpo durante su pelea encima del desfile.

Fue toda la confirmación que hizo falta.

Se puso de pie y levantó la muñeca, para enviarle un rápido mensaje a Nova, con el fin de pedirle que se encontrara con él de nuevo en la segunda planta. Luego alertó al Consejo, le informó lo que él e Insomnia habían encontrado.

Acababa de enviar el mensaje cuando oyó el crujido de tablones. Adrian se quedó inmóvil, conteniendo la respiración para oír. Tras un largo silencio, en el que alcanzó a percibir de nuevo y a la distancia las notas metálicas de la música del parque, le llegó a los oídos otro chirrido de tablones viejos.

Regresando a la puerta, se asomó a la habitación hexagonal. Mientras intentaba adivinar de dónde provenía el ruido, ajustó la posición de la mano sobre la pistola y cruzó hacia la puerta contraria. La abrió lenta, silenciosamente. Agradeció que no rechinaran las viejas bisagras.

Dentro había un estrecho vestíbulo, apenas lo bastante grande para que pasara una persona. Estaba completamente a oscuras, salvo una serie de agujeros diminutos en cada pared, ubicados de a dos a diferentes alturas. Adrian dio un paso adelante, y la puerta se cerró tras él, lo sumergió en una oscuridad impenetrable. Se acercó a uno de los pares de agujeros y se inclinó, para mirar a través de ellos. Del otro lado del muro, reconoció el corredor de los retratos, donde Nova había caído a través de la trampilla, y advirtió rápidamente que estaba mirando a través de los ojos de uno de los cuadros.

La sangre se le heló al recordar la extraña sensación de ser observado por una de las pinturas.

Adrian se volteó hacia la otra pared y se halló observando otra habitación torcida, donde los muros estaban pintados con el objeto de engañar la mente, para que pareciera que se caminaba hacia abajo, dirigiéndose hacia la izquierda, mientras el suelo mismo escoraba en la dirección contraria. A ambos lados de la extraña habitación había puertas, y mientras observaba, la de la izquierda se abrió.

Esperó que apareciera Nova pero, en cambio, una figura envuelta en una capucha negra irrumpió en la habitación.

Adrian ahogó un grito, sus pulmones comprimidos dolorosamente en el pecho.

*Pesadilla*.

La había encontrado.

Sin pausa alguna, la villana avanzó con paso decidido hacia la siguiente puerta y desapareció dentro de la habitación hexagonal. Adrian oyó puertas que se abrían y se cerraban de golpe. Luego le pareció oír que movía objetos en la pieza donde él había hallado el bolso. Frunció el ceño: ¿sabría que su ubicación estaba comprometida? ¿Estaría preparándose para huir?

Su mandíbula se tensó, decidido a no dejar escapar a la villana.

Respirando breves bocanadas, preparó la pistola y volvió a deslizarse dentro del recinto hexagonal a fin de cruzar hacia la otra puerta. Su mano aterrizó sobre el picaporte, pero del rabillo del ojo advirtió la X negra que había dibujado sobre la siguiente puerta, y la siguiente.

¿Habría Pesadilla notado…?

Alguien le arrancó la pistola de la mano, y un pie se estrelló contra el dorso de su rodilla, y lo arrojó al suelo.

Lanzó un codazo hacia atrás y le dio en el estómago. Pesadilla emitió un gruñido y se lanzó hacia delante, estrellándose contra el hombro de Adrian. Él se dispuso a empujarla hacia atrás pero, en aquel instante, ella tomó el dobladillo de su chaqueta y la jaló hacia arriba, atrapando los brazos de él dentro de las mangas. Lo empujó al suelo, donde él aterrizó bruscamente sobre un costado.

Mientras luchaba por desembarazarse de la chaqueta que lo inmovilizaba, oyó una puerta que se abría y se cerraba con un golpe, y el ruido de las pisadas de ella, que se alejaba corriendo.

Con un grito de furia, Adrian se arrancó la chaqueta y la arrojó sobre el suelo. Jadeaba, aunque más por la frustración que por ninguna otra cosa. Emitiendo un gruñido de furia, se lanzó hacia la puerta por la que creyó que ella había pasado y se encontró mirando hacia abajo, a un largo cilindro horizontal.

Un sonido gutural escapó de sus labios al levantar el brazalete de comunicación.

—Sketch a Cuartel General, pidiendo refuerzos. He localizado a Pesadilla. Está huyendo. Me encuentro persiguiéndola en este momento.

En aquel instante, se arrancó la camiseta, y se reveló la parte superior del uniforme de los Renegados. Cruzó el cilindro a los tropiezos, ni siquiera se sorprendió cuando comenzó a cabecear y a balancearse bajo sus pies, luego por una pista de obstáculos de puentes de cuerdas colgantes y hacia abajo por una escalera espiralada. Atravesó una galería de marionetas animatrónicas que, afortunadamente, no cobraron vida mientras pasaba esquivándolas, y luego subió por otra rampa de ilusión óptica hasta que, por fin, se abrió paso con un empujón y traspasó un par de puertas dobles que lo llevaron afuera.

La oscuridad era más intensa ahora que cuando habían entrado. En esta época del año, el atardecer caía con rapidez, y ya la sombra de la casa de la risa se alargaba sobre las hierbas crecidas por delante.

Hizo una pausa, sus ojos se desplazaron con rapidez hacia todos lados, buscando y atentos a cualquier señal de Pesadilla, o de Nova, para el caso, pero el desolado rincón del parque parecía tan abandonado como nunca.

*Nova.*

No quería preocuparse por el hecho de que no la hubiera visto ni oído desde que los dos se habían separado, pero ahora que sabía que Pesadilla estaba cerca, el temor comenzó a invadirle la cabeza. ¿Y si Pesadilla la había encontrado? ¿Y si…?

*Y si.*

Había demasiadas posibilidades para perder más tiempo con cualquiera de ellas. En este momento, tenía que encontrar a Pesadilla o encontrar a Nova.

Descendió corriendo los escalones de salida y echó un vistazo a la parte posterior del edificio. No vio ni oyó nada.

Con un gesto de preocupación, se volteó de nuevo hacia la casa de la risa. ¿Y si ella seguía adentro?

Tan pronto se le ocurrió, advirtió la sombra de la casa que se extendía sobre la tierra, y la figura encapuchada que se hallaba de pie en la cima.

La mirada de Adrian se dirigió hacia arriba.

Posada con tranquilidad sobre el borde del tejado a dos aguas, Pesadilla miraba hacia abajo, estaba contemplándolo. La capucha le cubría gran parte del rostro, y con el sol a la espalda, ella misma parecía una sombra. Tenía un arma en cada mano: la pistola paralizante de Adrian y un revólver.

Levantó el revólver.

Adrian la miró con furia y se agazapó, preparándose para lanzarse él mismo hacia el tejado, cuando ella disparó…

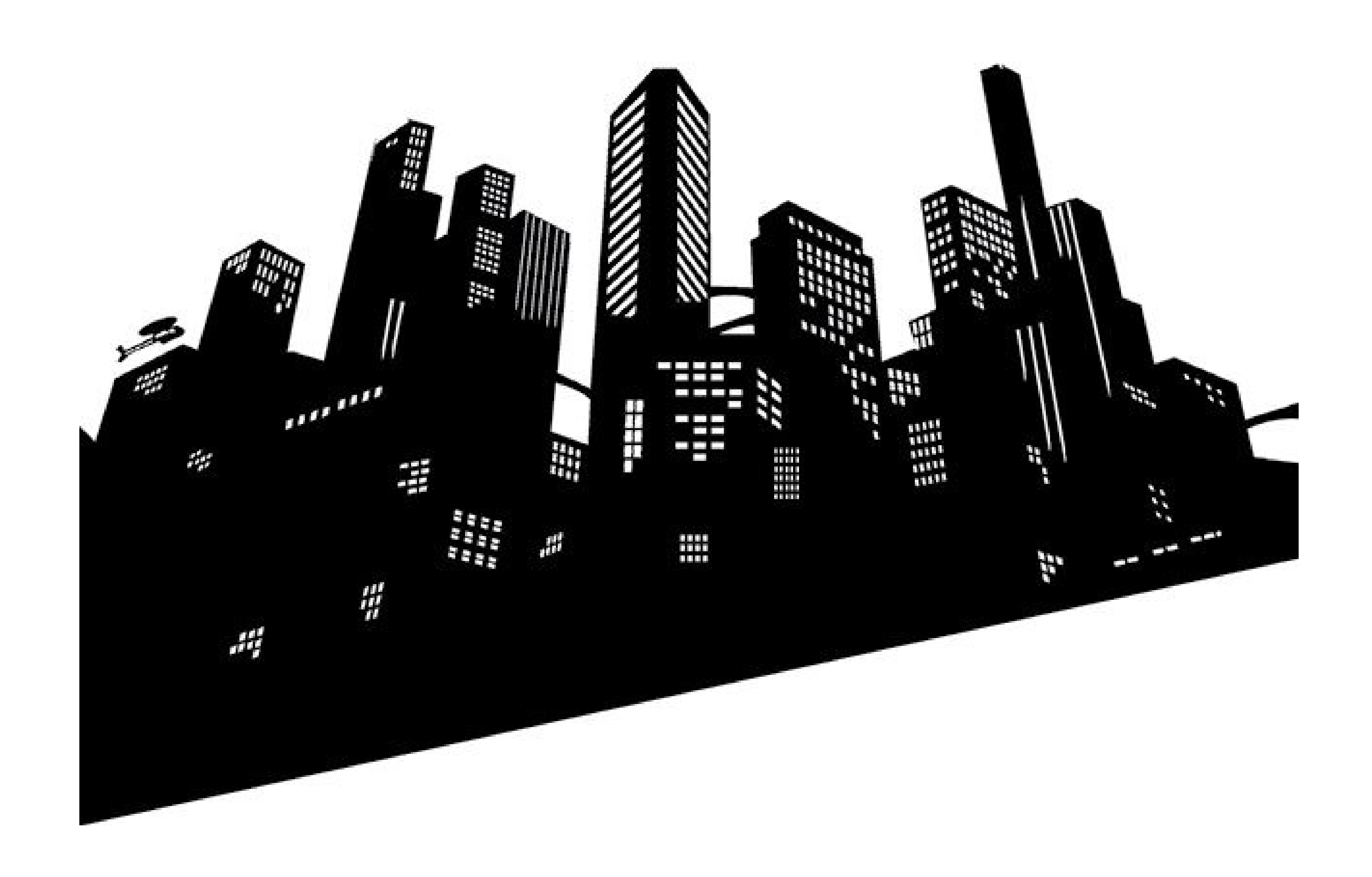
Y falló. Por… mucho.

El disparo seguía resonando en los oídos de él cuando fue reemplazado por una carcajada divertida.

—Creí que estabas más entrenada, Pesadilla.

Adrian volteó con velocidad.

Directamente frente a la salida de la casa de la risa, encaramada sobre el escenario de un viejo teatro de marionetas, se hallaba sentada la Detonadora.



# Capítulo 42

La Detonadora no recibió el impacto de la bala. En cambio, le pegó a una de las dos marionetas que colgaban lánguidas dentro del teatro, la marcó justo entre los ojos. Aunque Pesadilla no había alcanzado ni a la Detonadora ni a Adrian mismo, este tuvo la sensación de que había dado exactamente en el blanco al que había apuntado.

Pero en cuanto al mensaje que quería enviar, lo dejó perplejo:

—Tú sí que eres atrevida apareciendo por acá —dijo Pesadilla, la voz baja, amortiguada tras la máscara.

Adrian sintió un cosquilleo en los antebrazos, como si los tatuajes mismos estuvieran preparándose para un combate. De todos modos, buscó su rotulador, no supo si por costumbre o por instinto. Pero al levantar la mirada nuevamente, Pesadilla parecía estar mirando a la Detonadora, y no a él.

—¿Qué? —preguntó la villana, moviendo la pierna cruzada de arriba abajo. Llevaba el mismo traje que en la biblioteca, aunque él advirtió que tenía la parte superior del brazo envuelto en vendas, donde Nova había intentado dispararle al intentar huir—. ¿Acaso no puedo venir a saludar a una querida amiga?

—Por *tu culpa* —dijo Pesadilla, con un hosco gruñido—, perdí una valiosa conexión cuando fuiste tras el Bibliotecario y toda su reserva de armas. ¿Sabes el esfuerzo que fue establecer un vínculo comercial con él? ¿Cuánto demoré en cultivar

aquella relación? Todo para nada, gracias a ti.

Adrian dio un paso atrás, quitándose del camino entre ambas. Cuando ninguna de las dos le prestó atención, volvió a retroceder un paso, y luego otro.

—Échame toda la culpa que quieras por tus desgracias —dijo la Detonadora encogiendo uno de los hombros—, pero no olvidemos que tú comenzaste todo esto cuando decidiste ir tras el Capitán Chromium. Nada menos que el jefe. Si no hubieras sido tan torpe, los Renegados ni siquiera estarían persiguiéndonos, ¿no te parece? No te habrían quitado la pistola, no la habrían rastreado hasta el Bibliotecario, y la vida seguiría normalmente.

—Salvo que no nos atacaron tras el desfile, ¿verdad? Se llevaron al Titiritero, y el resto de los Anarquistas quedamos libres. No fue sino hasta que te volviste perezosa e impaciente, y decidiste tomar un riesgo que no debiste haber tomado. ¿Sabes lo que creo? —Pesadilla volvió a levantar el arma—. Creo que los Anarquistas estarán mejor sin ti.

Disparó de nuevo, y la Detonadora gritó y cayó de espaldas del reborde del pequeño escenario, y desapareció dentro del diminuto teatro.

Adrian se precipitó tras una canoa deteriorada, seguramente, un vestigio del túnel del amor.

Pesadilla siguió con los disparos, liberó cuatro balas más hasta que la pistola emitió un chasquido metálico vacío.

Cuando Adrian levantó la cabeza, vio que la fachada del teatro de madera estaba acribillada a balazos y cubierta de madera astillada. Las marionetas se mecían sobre sus cuerdas, y una mancha oscura salpicaba el telón de fondo. No alcanzó a ver si era sangre o mugre.

Pesadilla enfundó la pistola y saltó del tejado, aterrizó como un felino sobre el suelo, donde Adrian había estado parado minutos antes. Vaciló, mirando el teatro. El joven no pudo ver su rostro debido al pliegue de la capucha, pero percibió que ella esperaba, preparándose para lo que viniera. Su pistola paralizante seguía en la otra mano.

Apretando la mandíbula, Adrian destapó su rotulador, lo más silenciosamente posible y trazó una nueva pistola sobre el costado de la canoa. Se trataba de un dibujo apresurado, sucio por los años de mugre incrustada en la madera, pero lo alivió estar armado de nuevo. Bosquejó un puñado de dardos extra y los metió en el bolsillo.

Acababa de terminar cuando oyó el sonido sordo y melodioso de madera hueca. Al levantar la mirada, vio que la Detonadora se impulsaba hacia arriba, empujando las marionetas a un lado. Cayó desplomándose por encima de la saliente de la caseta. Cuando él fijó su mirada, ella tenía el rostro desfigurado por el dolor, los ojos hirviendo de indignación.

Ella tomó impulso para subirse a la saliente y cayó sin gracia del otro lado.

Toda la parte delantera de su camisa estaba cubierta de sangre. Otro poco caía escurriéndose sobre su estómago, empapando las vendas alrededor de sus brazos.

Al hacer un esfuerzo por pararse sobre sus piernas tambaleantes, las fosas nasales se ensancharon. Maldijo y luego escupió sobre la tierra entre ella y Pesadilla.

Avanzó a los tumbos, un paso incierto por vez.

Chispas azules comenzaron a crepitar en las puntas de sus dedos.

Pesadilla retrocedió, subiendo al escalón inferior de la casa de la risa.

—Ace jamás debió dejarte entrar —dijo la Detonadora. Al principio, las chispas convergieron en un puñado no más grande que una bola de tenis, pero esta crecía rápidamente—. Es posible que, alguna vez, tuvieras el potencial, pero ¿ahora? No has resultado más que una decepción.

Avanzó otro paso más y gimió, cayendo con fuerza sobre una rodilla.

Adrian levantó la pistola, apoyando las manos sobre el borde de la canoa. Apuntó primero a la Detonadora, y luego, a Pesadilla. No sabía bien qué hacer. Estaban peleando entre sí. Tal vez, terminaran matándose.

Sospechaba que la Detonadora no duraría mucho con esas heridas.

Pero seguía necesitando a Pesadilla con vida.

Apretando los dientes, volvió a dirigir el objetivo hacia la Detonadora. La bomba que flotaba sobre su palma ya había adquirido el tamaño de su cabeza y seguía creciendo.

Los ojos de Adrian se estrecharon. Ni siquiera en la biblioteca la había visto fabricar un mecanismo explosivo de semejante tamaño. Ella sonreía ahora, una sonrisa maliciosa y delirante.

Adrian oprimió el gatillo.

El dardo desapareció entre las hierbas detrás de ella. Él maldijo. La Detonadora rio.

—Vaya, debes esperar tu turno por allá, querido. Me ocuparé enseguida de ti —el explosivo era más grande que una bola de básquet, brillaba intensamente con remolinos color azul.

—¿Ingrid? —preguntó Pesadilla, y el ligero temblor de su voz hizo que Adrian volviera su atención de nuevo hacia ella, incluso mientras él se apresuraba por cargar otro dardo—. ¿Qué haces?

Adrian titubeó. Aquel gesto le resultó familiar y lo dejó pensando. ¿Alguna vez Pesadilla había parecido vulnerable, aunque fuera por un instante, cuando él peleó contra ella? No lo creía.

—Si voy a morir —dijo la Detonadora—, no será sola.

Pesadilla se removió ligeramente, un cambio casi imperceptible. Separó las piernas aún más e inclinó la cabeza hacia abajo. Sus hombros se tensaron al voltearse, lista para lanzarse desde las escalinatas y alejarse de la casa de la risa.

La Detonadora le arrojó la bomba.

Pesadilla reaccionó un instante demasiado tarde.

La explosión derribó a Adrian de espaldas. Un resplandor cegó sus ojos, hizo que desapareciera el cielo por lo alto. Parpadeó para despejar el estallido de estrellas que

le poblaba la vista. La cabeza le daba vueltas. Todo el cuerpo le vibraba por el impacto. El mundo olía a humo y a polvo.

Tosiendo, rodó de costado y se quitó las gafas, frotando las lentes sobre el uniforme, para eliminar la suciedad. Seguía afectado por las chispas en la vista cuando se las puso otra vez y se levantó sobre los codos. La canoa se había dado vuelta sobre un costado, y se preguntó cuánto lo había protegido de la lluvia de esquirlas y de escombros lanzados por el aire.

La mitad de la casa de la risa había desaparecido.

Habían quedado expuestos tablones de madera rotos y algunas de las habitaciones del interior, incluidos el tobogán de metal y la sala de los espejos, ahora cubierta de trozos de cristal roto esparcidos por el suelo. Vigas de madera, revestimiento y tejas se hallaban dispersos por todos lados. El tejado a dos aguas se derrumbaba hacia dentro, y en cualquier momento, se desmoronaría sobre la madera y el yeso humeantes que se encontraban debajo.

La Detonadora había caído hacia delante sobre el estómago. Su cabello y vestimenta estaban cubiertos de un polvillo ceniciento, y la sangre de sus heridas comenzaba a aglutinarse con el polvo que la rodeaba. Se encontraba inmóvil.

Adrian buscó alguna señal de Pesadilla. Había estado parada en el lugar mismo donde ahora ardía la enorme montaña de escombros. Podría estar sepultada dentro o, más bien, podría haber volado por los aires a causa de la explosión.

Temblando, él volvió a ponerse de pie y guardó la pistola en la parte trasera de sus pantalones. Miró el interior expuesto de la casa de la risa. Pequeñas fogatas se esparcían entre las ruinas, enviaban columnas de humo negro hacia el cielo, que comenzaba a oscurecerse. En algún lugar del interior, oyó las carcajadas del payaso.

El corazón comenzó a latirle erráticamente.

—Nova…

La incredulidad dio paso de inmediato a la negación, y levantó la muñeca.

—Nova… Insomnia, ¿dónde estás? Repórtate —rodeó la canoa a los tumbos y se abrió camino a través de los restos del edificio, buscando entre los rincones de la ruinosa estructura.

»¡Nova!

Intentaba atravesar el muro exterior demolido cuando le llamó la atención algo brillante bajo un postigo caído. Pateó el trozo de madera, se inclinó y levantó el delgado trozo de acero moldeado.

El antifaz de Pesadilla.

Volteándola, notó que un lado estaba manchado de sangre.

Una risilla le provocó un hormigueo en la piel. Adrian arrojó el antifaz a un lado y se volteó, para ver a la Detonadora sobre las manos y rodillas, aún riendo. Escupió y luego, volvió a sentarse en cuclillas, quitándose la tierra de la boca con la parte posterior de la mano.

Estaba empapada de sangre.

Adrian la miró, pasmado. No le sorprendió que hubiera sobrevivido a la explosión. Por lo que había visto en la biblioteca, ella parecía inmune a los estallidos de sus propias bombas. Pero le habían disparado tantas veces, había perdido tanta sangre…

¿Cómo podía seguir estando viva? ¿Y… *riendo*?

Con una sonrisa delirante, la Detonadora consiguió ponerse de pie. Por un momento pareció tambalearse, pero luego sacudió su melena apelmazada, y su postura se afirmó.

—No sé quién es más ingenuo —dijo, rotando los hombros—. Pesadilla… o tú.

Adrian estaba demasiado distraído como para prestarles atención a sus baja. Se halló desviando la atención constantemente por todo el parque, esperando ver alguna señal de Nova.

La Detonadora aplaudió las manos, sacudiendo un poco de polvo.

—Eso fue divertido, ¿verdad? Nuestro pequeño altercado. Fue todo un montaje especialmente preparado para ti, sabes, así que espero que te haya entretenido.

Adrian frunció el ceño. Su pulso comenzó a acelerarse, sus instintos palpitaban con advertencias, pero también con curiosidad.

—¿Ves? —dijo la Detonadora, pasando los dedos por la sangre que cubría su estómago—. Sangre falsa. Pesadilla disparó municiones de fogueo. ¿Sabes? La Abeja Reina cree que es la única actriz experimentada, pero yo he demostrado lo contrario.

Adrian sacudió la cabeza.

—¿De qué hablas?

—¿Acaso no lo ves? Nosotros planeamos todo esto para hacerte creer que ambas estábamos muertas. Para que dejaras de buscarnos. ¿Lo entiendes ahora?

Él se quedó mirándola.

—Lo sé, lo sé. Estás pensando… entonces, ¿por qué Pesadilla está *realmente* muerta? ¿Y por qué te revelo ahora nuestro malvado plan cuando casi conseguimos concretarlo? —Avanzó tambaleando, y aunque no parecía estar sufriendo, tampoco se movía con la gracia de siempre. Adrian se preguntó si crear una bomba de aquel tamaño la había agotado—. Es una lástima, de verdad. Me gustaba Pesadilla. Siempre me ha gustado. Se parecía en muchos sentidos a mí, siempre dispuesta a hacer lo que debía hacerse. Lo vi venir. Era una cuestión de tiempo antes de que nos traicionara, nos traicionara a todos. Y no podía dejar que eso sucediera. Así que… tuvo que marcharse. Problema resuelto.

Adrian seguía frunciendo el ceño, aún confundido.

—¿Es acaso… —comenzó, consternado— un discurso *villano*?

Ingrid rio.

—Tal vez. Es horrible tramar todo esto y no tener a nadie que lo aprecie. Además, tú también estarás muerto pronto, así que no es realmente importante.

Adrian llevó la mano a la pistola, pero apenas hubo rodeado la empuñadura del arma con los dedos cuando una bolita brillante color azul se hundió con violencia en

el suelo a sus pies, que provocó un pequeño cráter en la tierra y lo derribó sobre una pila de material astillado y de clavos de madera. Un dolor intenso rasgó su tríceps y él lanzó un grito, arrancando el brazo del clavo que atravesaba uno de los viejos tablones del revestimiento.

Tras emitir un silbido, se sentó con dificultad.

La Detonadora se acercó todavía más, concentrando aún más poder alrededor de las manos.

—Es hora de acabar lo que comenzamos en la biblioteca.

Adrian gruñó y apretó el puño con fuerza, buscando el poder del tatuaje cilíndrico del antebrazo. En segundos, el brazo desde los dedos hasta el codo había comenzado a brillar como lava incandescente.

La Detonadora hizo una pausa.

Antes de que Adrian estuviera completamente seguro de que esto funcionaría sin la armadura del Centinela, un largo cilindro metálico emergió de su piel. Disparó y le dio a la villana en el pecho con un único rayo de energía enceguecedora. Salió arrojada hacia atrás y golpeó con fuerza el teatro de títeres. Los muñecos temblaron y chocaron entre sí con un estrépito.

El cilindro se retrajo dentro de su piel, y Adrian trepó con dificultad, intentando afirmarse sobre las tambaleantes pilas de escombros. Avanzó a los tumbos, extrayendo su pistola una vez más.

La Detonadora tosió y colocó una mano sobre el pecho, donde la había golpeado el rayo. Cuando sus miradas se encontraron, ella respiraba con dificultad, entrecortadamente.

—Muy bien. Terminemos lo que comenzamos en la biblioteca —dijo Adrian—. No, en realidad, terminemos lo que comenzamos hace diez años —se detuvo a media docena de pasos de la Detonadora y levantó la pistola, confiando en que incluso él podía alcanzarla desde esta distancia—. Pesadilla sabía quién mató a mi madre, y tú acabas de arrebatarme aquella única pista. Pero eres una Anarquista, así que quizás tú también tengas algunas respuestas.

A modo de réplica, ella comenzó a reír de nuevo. Una risa trastornada y macabra.

—El Centinela —jadeó—. Tú eres el Centinela. Oh, eso sí que es genial.

La ceja de Adrian comenzó a crisparse.

—¿Quién mató a Lady Indómita? —El cacareo de ella se convirtió en un resuello mientras lo observaba con detenimiento—. Me vas a someter amenazándome con… ¿qué? ¿Una pistola paralizante? ¿Cadena perpetua? —Hizo una mueca burlona—. Creo recordar que estabas ansioso por negociar con el bibliotecario. ¿Acaso no merezco el mismo trato?

Él le sostuvo la mirada, considerando, intentando discernir si realmente ella tenía la información que quería o si era solo un intento de volver a manipularlo.

E incluso si lo supiera, ¿podía en serio hacer un trato con ella después de todo?

—No —dijo—. Los Renegados no negociarán más con los Anarquistas.

Avanzando, metió la mano en el bolsillo para sacar las esposas, y jaló las muñecas de la Detonadora hacia delante, uniéndolas. Él advirtió un chispazo divertido en el ojo de ella cuando extrajo su rotulador y comenzó a dibujar líneas que entrecruzaban sus manos.

—¿Qué haces?

En lugar de responder, terminó su trabajo y jaló las cadenas de su piel, asegurando las manos y los dedos con fuerza suficiente como para impedirle producir más explosivos.

Ella levantó la mirada para escrutarlo, curvando el labio.

—¿Y cómo planeas que guarde silencio acerca de tu pequeño secreto?

—No pienso hacerlo —dijo—. La misión del Centinela era encontrar a Pesadilla. Habiendo muerto, ya no importa quién conoce la verdad.

No lo decía completamente en serio; su secreto terminó siendo más complicado de lo que imaginó al concebir la idea. Pero no permitiría que esta Anarquista empleara la información para controlarlo. No permitiría que tuviera ningún tipo de poder sobre él.

—¡Adrian! —alguien llamó. Al oír el sonido de un aleteo que rasgaba el aire, levantó la mirada. Thunderbird estaba cayendo del cielo, con un rayo que crepitaba en su puño. Tamaya advirtió a la Detonadora con sorpresa—. ¡Tu mensaje indicaba que habías encontrado a Pesadilla!

—La encontré —dijo Adrian—. Está muerta. Y… Nova… —volteó la mirada de nuevo hacia la casa de la risa o hacia lo que quedaba de ella, al tiempo que más trozos de material seguían resquebrajándose y cayendo con estrépito sobre los escombros que estaban debajo.

Hacía mucho que no la veía. Quería que hubiera algún tipo de explicación… tal vez, habría ido a buscar ayuda. Tal vez, los efectos de estar cerca de Max finalmente le hubieran hecho efecto y se había quedado dormida en un rincón seguro de algún lugar.

Pero sabía que era la desesperación la que hablaba.

—Oh, *Nova* —dijo la Detonadora, haciendo que la atención de Adrian volviera a desplazarse hacia ella—. *Ya me ocupé de ella*.

Adrian se tensó, poco dispuesto a creerle. Solo lo estaba provocando, intentando hacer que él reaccionara. Pero aquella mirada altiva… aquella mueca de desdén…

Con un rugido, se arrojó hacia ella, sin ver más que lívidos destellos ante los ojos al repetirse aquellas palabras en su cabeza. *Ya me ocupé de ella*.

Thunderbird lo atrapó del brazo y lo frenó solo para que otro brazo, infinitamente más poderoso, rodeara su pecho con firmeza y lo jalara hacia atrás. Peleó para liberarse, pero lo hicieron girar. Dos manos cayeron sobre sus hombros y se encontró mirando a los ojos de su padre. Los ojos del Capitán Chromium.

—¡Adrian! —gritó, escudriñándolo de arriba abajo—. ¿Qué pasó? ¿Te encuentras bien?

—¡No! —le respondió gritando, porque ¿acaso no debía ser obvio? ¿Acaso no había oído lo que ella acababa de decir?

Pero sabía que su padre no preguntaba por sus pensamientos desesperados y furiosos. Hugh Everhart apartó una mano y miró sus dedos húmedos de sangre. Adrian ya se había olvidado de la herida del clavo. No era nada. Nada. No cuando Nova… cuando Nova estaba…

*¿Dónde estaba Nova?*

Se apartó bruscamente y comenzó a girar en círculos. Vio a Evander disparando una serie de luces blancas hacia el aire, iluminando el campo que rodeaba la casa de la risa. Luego distinguió a Kasumi y, un momento después, también a Simon, que se hacía visible. El Consejo. El Consejo entero estaba aquí. ¿Era por Pesadilla… o por él?

Después vio a Ruby, Oscar y Danna, cruzando el parque abandonado a toda carrera, gritando su nombre.

—Vaya, vaya —dijo la Detonadora—, esto sí que resultó un *show* con todas las estrellas. Qué amable que hayan decidido venir a acompañarnos —aunque se hallaba desplomada contra el teatro de madera, con los brazos asegurados sobre el estómago, seguía riendo al girar para mirar a los recién llegados—. Caramba, esto salió mejor de lo que esperaba. Los *cinco* miembros del Consejo —chasqueó la lengua—. ¿Qué dirá la gente una vez que sepan que estuvieron justo aquí? *Tan cerca*… ¿y que ni siquiera de esa manera pudieron salvarlos?

—¿De qué habla? —preguntó Hugh.

Adrian sacudió la cabeza, con un gesto sombrío.

—No lo sé. Todo esto fue una trampa: mató a Pesadilla. Dijo algo acerca de que creía que traicionaría a los Anarquistas. E intentó matarme a mí. Pero no…

Una explosión distante hizo temblar el suelo bajo sus pies. Todos se voltearon para ver una columna de humo negro estallando desde el parque de atracciones del otro lado de la cerca.

Oscar y el resto quedaron paralizados y se voltearon. Eran los que más cerca estaban de la explosión, y solo dudaron un instante antes de que Danna estallara en un enjambre de mariposas y levantara vuelo hacia la cerca, con Ruby y Oscar corriendo tras ella al tiempo que los gritos se diseminaban por el parque.

Adrian avanzó algunos pasos a los tropiezos, parpadeando incrédulo. El sol se había puesto. Luces titilantes y destellos de color iluminaban el parque, provenientes de los juegos y de los puestos. Al principio fue casi imposible detectar, pero al mirar fijo divisó una tenue bruma azul que emanaba de todo el parque. Decenas, tal vez cientos de pequeñas esferas azules se mezclaban con la cacofonía de bombillas centelleantes. Incluso mientras observaba, se volvieron más y más brillantes, su vibrante resplandor color zafiro dominaba poco a poco los tonos coloridos del parque.

Pero… si estaba *aquí*. La Detonadora estaba aquí, capturada, atada. ¿Cómo podía…?

Sus pensamientos se fueron apagando, respondiéndose a sí mismos.

También lo había hecho en la biblioteca. Instaló una bomba contra el muro del sótano y la detonó desde el otro lado del recinto, sin nada más que el chasquido de los dedos. No solo fabricaba bombas para lanzar acá y allá, y usar como granadas de mano. Podía ser mucho más artera, más calculadora. *La Detonadora*. Lo decía justamente su seudónimo.

Adrian miró sus manos amarradas. Horrorizado, lo invadió una sensación de vacío en el estómago.

El chasquido de los dedos solo había sido para impresionar.

Ella podía detonar aquellas bombas sin otra cosa que sus pensamientos.

Tsunami se lanzó hacia el parque mientras Thunderbird se echaba a volar, remontando vuelo en dirección a la explosión. Un instante después, otro estallido hizo estremecer la tierra y, a la distancia, el pilar que sostenía los columpios gigantes cayó en plena rotación. Avanzó girando como un trompo, lanzando a los desventurados pasajeros hacia la verja y hacia el otro lado de la acera.

La Detonadora se encontraba riendo de nuevo, con la mirada en el cielo, aturdida y satisfecha.

—Para mañana por la mañana, te van a *odiar*… —canturreó.

Otra explosión destruyó un tramo de vía de la montaña rusa.

Thunderbird cambió de dirección, apresurada por llegar a la atracción antes de que los viajeros salieran despedidos desde el borde.

Y aquella tenue bruma azul brilló aún más intensa.

Había bombas hacia donde mirara.

¿Y si las hacía detonar todas a la vez?

Adrian apretó los puños y sintió nuevamente una descarga de fuerza en el antebrazo. Pero el rayo de energía había sido diseñado para paralizar, no para matar. Y el único modo de detenerla, de estar seguro de que el resto de aquellas bombas jamás sería detonado, era…

Un disparo resonó sobre el césped. La cabeza de la Detonadora cayó bruscamente hacia atrás y golpeó los tablones del teatro.

El mundo pareció detenerse, suspendido en un espacio sin tiempo. Luego la Detonadora se derrumbó sobre el suelo. Adrian soltó una larga exhalación y la observó caer derribada de costado, dejando un rastro de sangre sobre la madera.

Sangre real.

Adrian flexionó los dedos, deshaciéndose de la energía creciente, y escudriñó entre las sombras de la casa de la risa.

Nova empujó a un lado una barrera de tablones de madera y salió arrastrándose del cilindro rotatorio que había caído de la segunda planta y aterrizado no lejos de las puertas de salida o donde, alguna vez, habían estado. Empuñaba una pistola. El cabello, la piel y el uniforme se hallaban cubiertos con una gruesa capa de polvo.

—Encontré esto —balbuceó, sacudiendo la pistola ligeramente—. Dentro de un…

un bolso —parecía preocupada, como si a alguien le importara que hubiera robado la pistola que detuvo a la Detonadora.

Conteniendo el aliento, Adrian volvió a echar un vistazo hacia el parque. Thunderbird se encontraba en la cima de la montaña rusa, frenando el tren de coches a escasos centímetros de la brecha entre las vías.

El resto del parque era un caos, con civiles que gritaban y corrían por todos lados. Imaginó que, a esta altura, Danna y el resto habían llegado a la ubicación de las primeras dos explosiones.

Nubes de humo se henchían todavía sobre el predio, pero el resplandor azul había desaparecido. El resto de las esferas se había extinguido, se había evaporado una vez más en la atmósfera.

—Muy bien, presten atención —dijo Simon, siempre el primero en sacudirse el *shock* de encima—. Consigamos de inmediato la mayor cantidad de unidades de patrullaje para que vengan a ayudar a los heridos y comiencen a limpiar el predio.

Adrian ignoró la orden, volviéndose de nuevo a Nova. Todo su cuerpo temblaba de alivio.

—Nova…

Ella se paró entre las ruinas e intentó sacudirse de encima la mugre del cabello. Luego lo miró y bajó los escalones a los tumbos, tropezándose sobre una viga caída. Adrian saltó hacia delante, la atrapó antes de que cayera dentro de los escombros. Se trataba, pensó, de un salto razonable, incluso si hubiera empleado un poco los resortes sobre las plantas de los pies.

Pero si alguien lo advertía, lo tendría sin cuidado.

—¿Estuviste allí todo el tiempo? Cielos, Nova, ¿sabes lo preocupado que estaba?

Ella soltó la pistola y se hundió contra él. Lucía atontada.

—Jalé el gatillo —murmuró.

El Capitán Chromium avanzó decidido hacia ellos, abriéndose paso entre los escombros.

—Actuaste más rápido que cualquiera de nosotros. De todas las veces en las que me enfrenté con la Detonadora durante la Era de la Anarquía, nunca supe que ella podía realizar semejante treta. Para cuando advertí cómo detener la situación, sospecho que mucha más gente habría quedado herida.

Nova miró al Capitán y tragó saliva.

—¿Nova? —preguntó Adrian.

Desplazó la atención hacia él.

—En este momento, me voy a comportar como un caballero y te voy a llevar a un lugar seguro.

La expresión de Nova se suavizó.

—Está bien —suspiró.

—¿En serio? ¿No me vas a pelear por eso?

Su única respuesta fue caer desplomada en sus brazos.

Adrian apoyó la mejilla contra la parte superior de su cabeza, disfrutando un instante de su cercanía, de saber que se encontraba a salvo. De que ambos estuvieran a salvo. Luego se inclinó y la levantó en brazos.

—¿Sabes? —dijo Evander, arrojando orbes de luz blanca en el camino de Adrian, para que pudiera ver por dónde caminaba al tiempo que la oscuridad descendía sobre el parque—, esto es una prueba de que no todos los prodigios merecen sus poderes. Es por villanas como ella que necesitamos el Agente N.

Nova presionó la mano contra el pecho de Adrian, girando el cuerpo para mirar a Blacklight.

—¿El Agente N? ¿Así llaman *al Centinela*?

—¿El Centinela? —Evander sonrió enigmáticamente y sacudió la cabeza—. No, no. No se trata de una persona. Es más un antídoto. Y una vez que esté listo… —cruzó los brazos y miró furioso el cuerpo de la Detonadora—. El mundo será un lugar mucho más seguro.

Nova se removió de nuevo, y Adrian percibió que intentaba librarse de sus brazos, pero reaccionó sujetándola con más fuerza.

—Nova, ¿qué sucede?

—Nada —dijo rápidamente—, solo quiero saber de qué habla.

—Lo que dijo es confidencial —replicó Simon, dirigiendo una mirada de advertencia a Evander, que la devolvió poniendo los ojos en blanco con exageración.

—Anda, no tardarán en enterarse.

—No está listo todavía —dijo Simon. Miró a Nova como pidiendo disculpas.

—Como quieras —añadió Evander—. Baste decir que jamás tendremos que volver a preocuparnos por estos villanos. No falta mucho para que todos los prodigios sean Renegados… o no se tolerarán sus poderes en absoluto.

Nova inclinó la cabeza.

—¿De qué…?

—No, suficiente —interrumpió Hugh—. Simon tiene razón. Sigue siendo confidencial. Además… parece que ustedes necesitan un poco de descanso —miró con severidad a Nova—. Y eso también va para ti, Insomnia.

El zumbido de vehículos atrajo su atención hacia la verja. Adrian vio patrullas de vehículos de los medios pasando a toda velocidad la verja de entrada para entrar al parque. Los periodistas comenzaron a descender rápidamente.

Los restantes miembros del Consejo soltaron un quejido colectivo.

—Yo me ocuparé de rechazar a los reporteros —dijo Hugh—. Consigamos algo para cubrir a la Detonadora antes de que tomen fotografías del cuerpo. Adrian, Nova, regresen al cuartel general, que los revisen los médicos. Pueden entregar su informe mañana.

Asintiendo, Adrian comenzó a caminar a grandes pasos en la dirección contraria, alejándose de las camionetas de los medios. Pero apenas habían dejado atrás el cementerio de coches de la montaña rusa, Nova lo detuvo y se desembarazó de sus

brazos.

—Respecto de aquel Agente N —dijo sorprendiéndolo—, ¿sabes lo que es?

Él la miró parpadeando. Su mente seguía agotada, intentando comprender todo lo que había sucedido.

—No —dijo lentamente.

Nova cruzó los brazos y lo fulminó con la mirada.

Adrian suspiró.

—He oído que lo han mencionado varias veces. Sé que tiene algo que ver con Max… con todos estos test que le realizan. Pero eso es todo. Es todo lo que sé. Te lo juro —extendió la mano para tomar la de ella—. Nova, ¿te encuentras bien? ¿Sufriste algún tipo de herida?

Ella miró las manos entrelazadas, y tras un momento, también lo hizo Adrian. Aunque él se había pasado la primera mitad de aquella tarde intentando armarse de valor para tomarle la mano, esta era la primera vez que de hecho lo hacía.

Cuando no la apartó de la suya, se acercó un poco más, atreviéndose a tomar también la otra.

—Creí que estabas muerta —dijo, pronunciando las palabras que se había negado a admitir en su propia mente. Ahora advirtió que eran ciertas. Bajo la negación y el rechazo, había creído que estaba muerta.

Nova se pasó la lengua por los labios, atrayendo la mirada de él hacia ellos.

—Nunca respondiste mi pregunta —dijo él.

—¿Qué pregunta?

—Si te pidiera una cita real, ¿me dirías que sí?

Ella pareció tensarse. Sus dedos oprimieron aún más los suyos.

—¿Me lo estás pidiendo?

Adrian vaciló. Nova lo observaba de cerca, sus ojos azules, curiosos, pero también nerviosos.

*Nerviosos.*

De alguna manera, ver su propia incertidumbre reflejada en ella lo ayudó a mitigar la ansiedad que formaba un nudo en su pecho. La jaló aún más cerca hasta que los dedos de sus pies estaban prácticamente tocándose. Ella no se resistió. No desvió la mirada.

—Estoy pidiéndotelo.

En lugar de esperar una respuesta, estiró la cabeza y cerró los ojos.

Nova retrocedió un paso, apartando las manos de un tirón.

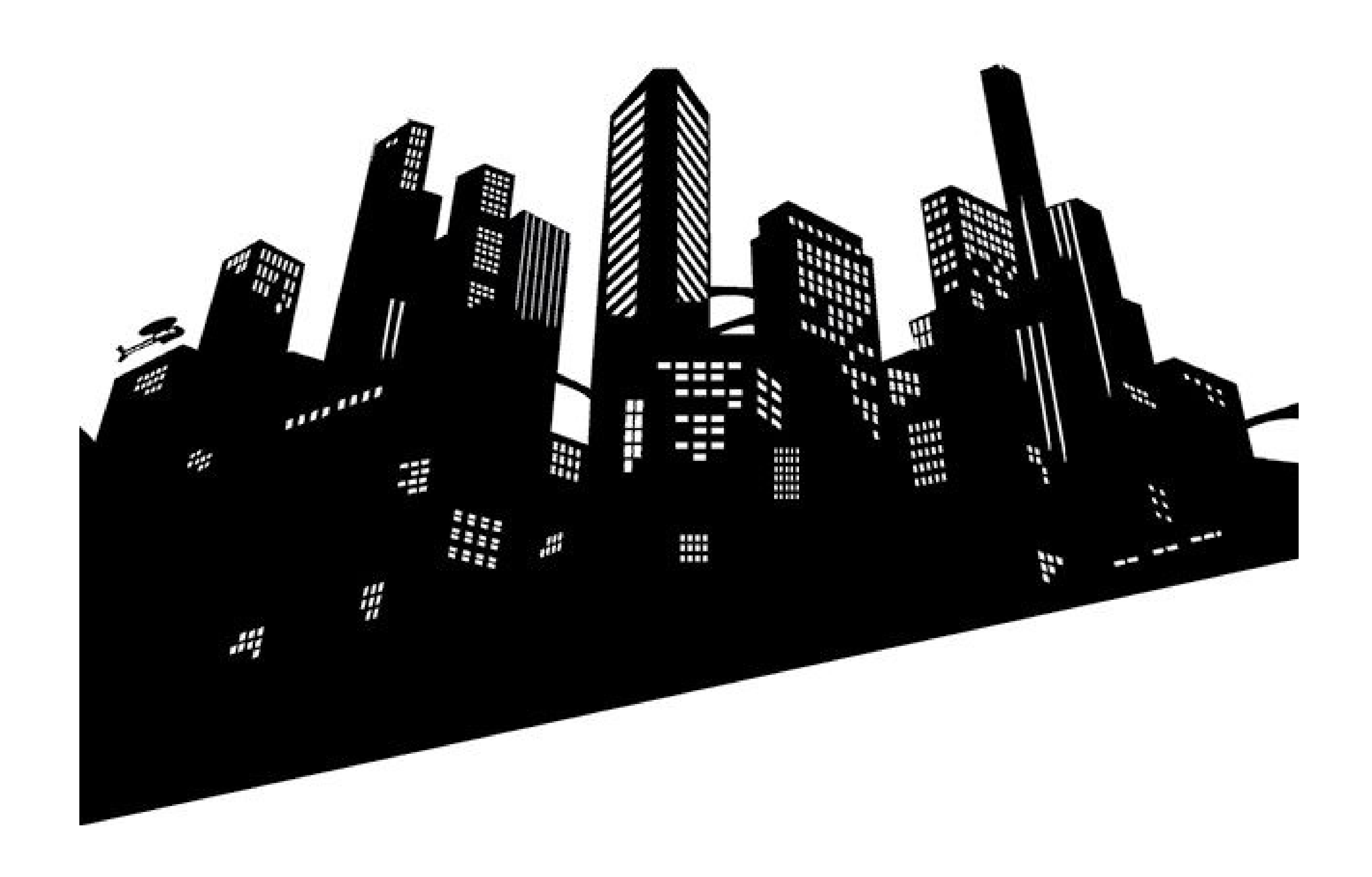
Los ojos de Adrian se abrieron con rapidez.

Incluso a la tenue luz que provenía del parque, percibió que sus mejillas se habían enrojecido. Ya no lo miraba, sino que ojeaba la casa de la risa que estaba atrás.

—Seguramente, mi tío estará mirando las noticias —balbuceó—. Se preocupará. Creo… creo que debo regresar a casa.

Antes de que Adrian aventurara una respuesta u ofreciera acompañarla de

regreso, ella se volteó, trepó la cerca más próxima a toda velocidad y desapareció.



# CAPÍTULO 43

La entrada al metro de Blackmire Way, donde Ingrid había hecho volar parte del muro y había dejado en él un enorme agujero el día que los Anarquistas huyeron, estaba precintada con cinta amarilla. Nova se inclinó para pasar por él y presionó una mano contra el costado del hueco de la escalera, para abrirse camino entre las sombras. Los pies le pesaban; el cuerpo le dolía. Pero ahora tenía un propósito claro. Algo que debió haber hecho hace veinticuatro horas, pero se distrajo tramando muertes simuladas, investigaciones de los Renegados y la búsqueda exhaustiva de Pesadilla.

Pesadilla, su *alter ego*.

La que había sido declarada oficialmente muerta, según los relatos que había recogido acechando las ventanas de los apartamentos y mirando las noticias en las pantallas de TV. Su muerte encabezaba las noticias de aquella tarde, aunque había casi tanta información acerca de los heridos del Parque Cosmópolis: hasta ahora, treinta y seis heridos confirmados, pero ninguna víctima mortal. Aclamaban a Thunderbird como a un héroe, por haber rescatado a los pasajeros a bordo de la montaña rusa. Irónicamente, Pesadilla también recibía elogios, por haber matado a la Detonadora antes de que hubiera podido provocar más destrucción. Sin embargo, el resto de la organización de los Renegados ya estaba siendo criticada por no haber

respondido lo suficientemente rápido a la amenaza.

Una vez que se volvió demasiado oscuro para ver el más mínimo resplandor de las vías metálicas, Nova extrajo una microbengala del bolsillo, la quebró con los dientes y la arrojó por encima hacia el andén que estaba abajo. Aterrizó sobre el concreto y rodó un poco antes de detenerse a algunos centímetros del borde.

Este había sido el andén de Winston, pero sus carpas habían desaparecido, acarreadas por los Renegados. Podrían constituir algún tipo de evidencia.

Seguramente, una de estas noches esperarían que Nova las etiquetara con sus datos y las catalogara en la base de datos. Se preguntó si habían llegado a encontrar el baúl de ropa de Honey o qué habían decidido hacer con todos los productos químicos y los venenos que Leroy había dejado atrás. ¿Los habían confiscado o destruido? Tal vez, estuvieran todos en el cuartel general. Seguramente, si hubiera realizado la diligencia debida como una espía competente, a esta altura ya conocería las respuestas a estas preguntas.

Sus botas golpearon el pie de la escalera, haciendo crujir los fragmentos de grava y escombros del túnel cuyo derrumbe había sido provocado por otra de las bombas de Ingrid durante la persecución de los Renegados. El aire estaba impregnado de polvo, tan espeso que era casi como entrar en una tumba perdida.

Una *tumba*.

La palabra quedó grabada en su cabeza, y la ironía pudo haberle provocado una carcajada si no hubiera estado tan agotada, tan dispuesta a hacer lo que había venido a hacer y comenzar a preparar lo que vendría después.

Lo que tendría que venir después.

Un nuevo plan. Una nueva estrategia. Un nuevo foco para avanzar.

Tenía el estómago anudado desde que había dejado a Adrian. El día había causado estragos en su estado de ánimo. Había habido demasiados momentos cuando quedó hechizada por su encanto. Sus sonrisas cautivadoras, aquella arruga adorable entre sus cejas, su irreprochable y exasperante *bondad*.

Durante un breve tiempo, casi había disfrutado de estar con él. Y no solo eso… había disfrutado siendo una Renegada.

Pero las palabras expresadas tan despreocupadamente por Evander Wade volvieron a hacerla caer en la realidad con un sacudón.

*No todos los prodigios merecen sus poderes. Es por villanas como ella que necesitamos el Agente N.*

El Agente N.

Un antídoto, lo había llamado.

Un antídoto que tenía que ver con Max. El Bandido. El niño que podía robar poderes… que había robado el poder *de Ace*.

Y de pronto lo supo. Supo por qué le estaban haciendo tantos test a Max. Supo lo que estaban desarrollando a puertas cerradas. Los Renegados querían librar a los prodigios de sus poderes. Una manera de castigar a cualquier prodigio que no se

uniera a ellos.

La sola idea le heló la sangre.

Porque, sí, era posible que una persona como Ingrid Thompson causara más daño que provecho, especialmente tras una noche como esta. Pero ¿dónde trazarían la línea? ¿En el momento en que alguien rechazara unirse a los Renegados o a asistir a las pruebas? ¿O cuando un prodigio desobedeciera una ley impuesta por el Consejo, aunque la gente aún no tuviera ningún tipo de voto o de representación? ¿O tal vez decidieran despojarlos de poderes basándose en el potencial para la violencia, el daño o incluso la deslealtad?

No sabía dónde trazarían la línea, y no confiaba en los Renegados para trazarla.

Especialmente sabiendo que los Anarquistas serían los primeros a quienes estarían dirigidas las medidas.

No podía permitir que sucediera. Ace había luchado por salvar a los prodigios de la opresión, y ahora los Renegados querían obligarlos a someterse a un nuevo tipo de opresión. Una nueva forma de persecución.

Nova siempre había creído que el mundo estaría mejor si desaparecían los prodigios. Los superpoderes siempre llevarían al conflicto: los débiles versus los fuertes. Y, mientras las personas dependieran de los superhéroes para que cuidaran de ellas, jamás aprenderían a valerse por sí mismas de nuevo. Era una espiral descendente de la que temía que jamás saldrían.

Y tal vez, solo tal vez, todo ello estaría bien, salvo que los Renegados no habían cumplido su parte del trato. Prometieron proteger a la gente, pero todos los días seguía habiendo delitos. Las personas seguían resultando heridas, seguían siendo asesinadas. Y sí, los Renegados tenían que asumir la responsabilidad por ello, pero la gente ni siquiera parecía comprender que su propio desánimo era igualmente reprochable. Consideraban a los Renegados héroes, a los Anarquistas villanos. Veían a los prodigios mismos solo como buenos o malos; el resto de la humanidad quedaba en algún lugar neutro.

En todos lados había potencial para el mal, y la única manera de combatirlo era si más personas elegían el bien. Si más personas elegían el heroísmo.

No la pereza, ni la apatía, ni la indiferencia.

Pero mientras el Consejo estuviera a cargo, nada cambiaría. Sabía eso. Seguirían haciéndose más fuertes. La gente seguiría haciéndose más débil. Y nadie más se daría cuenta de lo defectuoso que era este sistema hasta que fuera demasiado tarde.

Durante su breve tiempo con los Renegados, Nova había comenzado a perderse a sí misma.

Pero ya no.

Años atrás hubo una niña que creyó que vendrían los Renegados. ¿Cómo se había alejado tanto de las esperanzas traicionadas de aquella pequeña? ¿Cómo había olvidado los sueños y los propósitos de Ace Anarquía, que la había salvado, que había soñado con una sociedad en la que todas las personas se liberaban de la tiranía?

Ace falló.

Pero también los Renegados le fallaron a su familia. Le fallaron *a ella*.

Y seguirían fallando hasta que alguien los detuviera.

Encendiendo cada tanto una nueva bengala para guiar su camino, Nova se abrió paso otra vez a través de los túneles mientras estos pensamientos la acosaban y se enredaban en su cabeza. Acababa de llegar a su viejo vagón cuando las tinieblas comenzaron a arremolinarse encima de ella. Surcos tenebrosos descendieron y se escurrieron por los muros de concreto, goteando hasta formar la lánguida figura de una capa larga, una capucha y una guadaña.

Nova hizo una pausa. Casi no había visto a Phobia desde que habían huido de los túneles y, por momentos, se preguntó si había decidido regresar al único lugar donde se sentía más cómodo una vez que los Renegados dejaron de buscarlos.

Aunque no podía ver sus ojos por la capucha volada sobre el rostro, percibía que la observaba, debido a la agitación ominosa de la tela con cada respiración.

—Siempre le has temido al fracaso —dijo, y su voz parecía más áspera que lo habitual—, pero esta noche es un temor particularmente fuerte.

—No estoy realmente interesada en el psicoanálisis —dijo ella, avanzando para pasar junto a él.

Él movió la guadaña, atrapándola con la cuchilla.

Nova hizo un gesto contrariado.

—Y también un temor de que todo será en vano… —Nova puso los ojos en blanco y esperó que terminara—. La Detonadora está muerta —bajó la voz—. Temes que puedas arrepentirte de ello.

—Solo dime cuándo habrás terminado.

Phobia acercó la punta de la cuchilla a la mejilla de Nova, volteando su cabeza hacia él.

—Estas dudas… estas inseguridades… te servirán mucho, Pesadilla —inclinó la cabeza hacia ella—. Después de todo, quien no tiene temor no puede ser valiente.

Ella miró hacia las sombras donde debió haber un rostro. La nada misma le devolvió la mirada.

Una vez Leroy le había contado que Phobia no necesitaba un cuerpo porque era la encarnación del temor. Aún no estaba segura del sentido de sus palabras.

—Sí —dijo tomando el mango de la guadaña y apartándola—, ya lo has dicho antes.

Pasó al lado de su vagón, y cuando se atrevió a mirar rápidamente hacia atrás, Phobia se había disuelto de nuevo en las sombras.

Nova le dio la espalda al coche que había sido su hogar durante tantos años e hizo una pausa para recomponerse. Las manos le habían comenzado a temblar, pero no sabía bien por qué. No tenía ningún temor. Por lo menos, no lo creía. Sin duda, Phobia se habría dignado decírselo si fuera así.

Nerviosa, tal vez. O incluso aterrada de tener que confesar todos los modos en

que había fracasado hasta ahora.

Por lo menos, en ese sentido, Phobia tenía razón. Ella siempre había temido al fracaso.

Motivo por el cual no iba a dejar que sucediera.

Inspiró profundamente, se acercó al viejo póster pintarrajeado con grafitis y apartó de la pared una esquina de él. Se deslizó dentro del túnel. Esta vez, no se molestó en encender las bengalas. En este lugar, solo había un camino: podía avanzar perfectamente sintiendo la áspera piedra que raspaba contra sus codos.

Cuando era una pequeña temerosa que huía de la catedral, el camino a través de este pasadizo estrecho y húmedo había parecido eterno. Pero desde entonces, el sendero parecía acortarse cada vez que lo transitaba. Tal vez, saber que no era infinito, que aquel túnel inmundo y angosto tenía de hecho un final, cambiaba por completo la experiencia.

Sabía que se acercaba cuando el aire dejaba de oler a ratas y a agua estancada, y en cambio, comenzaba a oler a muerte y a una lenta descomposición.

Llegó al final y presionó la mano contra el pequeño y sencillo cajón que hacía las veces de puerta improvisada, la apartó a un lado solo lo suficiente para deslizarse dentro de las tumbas de la catedral. Adentro habían dispuesto una bandeja con una cena para una persona. Una copa con vino tinto y una servilleta de tela, un plato de porcelana con un triángulo de queso blanco duro, un racimo de uvas, un trozo de pan. Un cirio blanco brillaba en un candelabro de plata. Sentía el olor sulfúrico de un fósforo que había sido recién encendido, y la vela estaba lo suficientemente alta como para que Nova supusiera que la cena no había estado allí mucho tiempo. Se preguntó si Phobia la había llevado, o si alguno de los otros también había estado peregrinando hasta allí.

Se sintió culpable de que fuera la primera vez que venía desde que habían abandonado los túneles.

Pasando por encima de la bandeja, dejó atrás las pilas amontonadas de sarcófagos de piedra, sus inscripciones tan recubiertas de telarañas y de polvo que eran imposibles de leer. Pasó bajo una puerta arqueada con palabras de una lengua muerta talladas por encima, cerca del muro de escombros y de piedras quebradas, donde Ingrid había cerrado el acceso a estas tumbas desde la catedral que estaba encima.

Llegó a los huesos, apilados tan densa y profundamente que formaban un muro de suelo a techo.

La mayoría eran calaveras, pero también había otro tipo de huesos. Fémures y costillas, e incluso, diminutos huesos de dedos que, por algún motivo, eran lo que más había asustado a Nova de niña.

Miró las cuencas vacías de los ojos de las incontables calaveras de santos, curas y guerreros, o de quienesquiera que fueran todas estas personas. Se halló preguntándose, como incontables veces anteriores, si alguno había sido un prodigio. Y si fuera el caso, ¿se habían atrevido a usar sus poderes o los habían ocultado? En su

época, ¿habían considerado sus dones milagros o, incluso, los devotos habían sentido la necesidad de disimular quiénes eran y lo que eran de verdad?

Aquello era algo en lo que todo el mundo coincidía cuando hablaba de Ace Anarquía. Gracias a él, los prodigios ya no tenían que ocultarse.

Por lo menos, la mayoría de los prodigios no tenían que hacerlo.

Nova se sentó sobre sus piernas dobladas. Miró los rostros de la muerte y sintió que la parca le devolvía la mirada.

Inhaló una bocanada de aire temblorosa y pronunció las palabas imposiblemente sencillas respecto de todo lo que significaban:

—El casco no está destruido.

Las palabras retumbaron en la recámara, y aunque fue casi un cambio imperceptible, podría haber jurado que algunas de las calaveras se voltearon para mirarla con más interés.

—Lo tienen los Renegados, conservado bajo llave porque… porque sigue intacto, y les preocupa que alguien intente usarlo de nuevo. Pero yo creo… —su voz descendió hasta ser un susurro—, creo que puedo recuperarlo.

El muro de huesos comenzó a temblar. Primero, con suavidad, lo suficiente para desplazar trozos de tierra, haciendo que algunos de aquellos diminutos dígitos rodaran sobre el suelo en dirección a las rodillas de Nova.

Los huesos se abrieron todos a la vez, como las cortinas que enmarcan el escenario de una gran producción, desplazándose suave y lánguidamente.

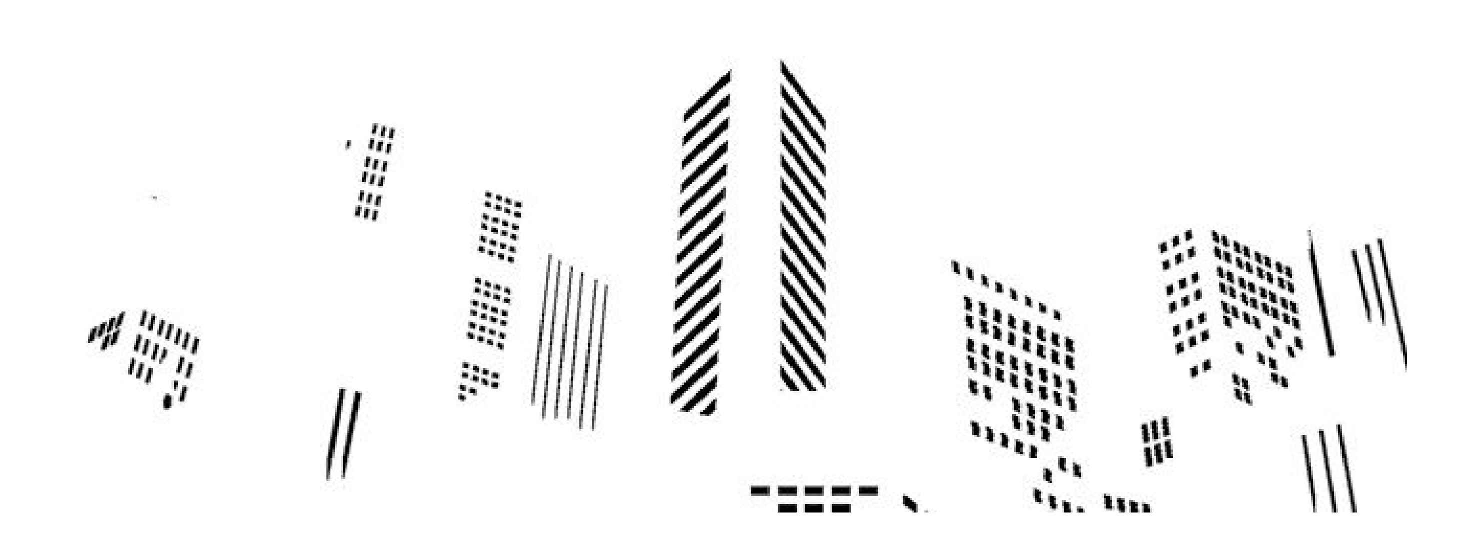
La recámara del otro lado no estaba demasiado amueblada, pero lo que había era lujoso: una cama con dosel envuelto en terciopelo, un escritorio surtido de papel de lino y los bolígrafos más finos. Y libros. Tantos libros que el Bibliotecario habría sollozado de alegría si los hubiera visto.

Aunque Ace había amado la catedral, siempre se había sentido más feliz cuando estaba aquí abajo. No era tan macabro como a la gente le gustaba creer, decía. Gozaba de la paz que había, la soledad y la tranquilidad. Una vez le había dicho, con un brillo en la mirada, que estar aquí lo mantenía anclado a la tierra.

Por eso, al mirar dentro de la pequeña recámara, Nova observó con ironía al tío Ace levitando a un metro del suelo, las piernas cruzadas y el rostro sereno. Pensó en un monje en plena meditación, salvo que sus ojos estaban abiertos, la observaban con la misma suavidad y calidez que siempre habían servido para recordarle a su padre.

—Sabía que te iría bien —dijo, los labios se curvaron en una sonrisa— mi pequeña pesadilla.

# Continuará



# Agradecimientos

Escribir este libro terminó siendo un viaje mucho más complicado de lo esperado cuando pensé en crear una historia acerca de superhéroes y supervillanos, y me siento profundamente agradecida de haber contado con el apoyo de tantas personas increíbles que me guiaron y alentaron a seguir adelante.

A mi agente, Jill Grinberg, que realmente me salvó (¡y salvó a Nova y a Adrian!), echando luz sobre el corazón de su historia cuando yo misma la había perdido de vista. Y también, por las excelentes visualizaciones. ¡Sin duda, funcionaron! Realmente, no saben lo que su constancia y serenidad han sido para mí a lo largo de los años. Y, por supuesto, a Cheryl, Katelyn y Denise, por ser las mejores todo el día, todos los días.

A todos —¡y realmente me refiero a todos!— los que integran el equipo en Macmillan Children’s. Primero y principal, a mi excepcional editora, Liz Szabla, por orientarme, tranquilizarme, entusiasmarme (¡ya lo tenemos!) y lo más importante, por todo el chocolate. En serio, gracias por todo aquel chocolate. Gracias a Jean Feiwel, que siempre les da prioridad a sus autores. A Mary, una ídola, junto con Jo, Caitlin y todo el equipo de publicidad y *marketing*: sus ideas geniales no dejan de sorprenderme. A Rich, por otra tapa más que te quita el aliento (*¡no sabes cómo me gusta!*). A Mariel, por todo lo que haces pero, más que nada, por mi *banner*. ¡Qué banner! Y a Jon, Allison, Angus e *incontables* otros, incontables otros, que trabajan tanto por producir libros preciosos y estupendos, y ponerlos en manos de lectores, tal vez, la manera más efectiva de pelear contra el mal.

Para mis increíbles, brillantes y dedicados lectores beta, Tamara, Meghan y Jojo, que tuvieron que padecer un primer borrador absurdamente lleno de baches (de hecho, Tamara tuvo que soportar dos… ¡lo siento!) y, sin embargo, su apoyo y estímulo jamás claudicaron. Gracias por creer en mí y siempre ayudarme a ver la historia y los personajes de maneras que jamás se me habrían ocurrido.

A mis colegas escritores, que me mantuvieron cuerda durante largos encuentros en los que bebíamos café y escribíamos, y también durante los retiros en los que nos recluíamos para escribir (realmente, tenemos que organizar más): Anna Banks, Kendare Blake, Jennifer Chushcoff, Kimberly Derting, Corry Lee, Lish McBride, Ayesha Patel, Rori Shay y Breeana Shields. También a Leilani y Emily, que siempre

parecen tener una palabra amable cuando más la necesito.

A mis padres, que siempre me recuerdan que debo tomarme un momento para cuidarme a mí misma, y a mi hermano mayor, Jeff, que me presentó a los superhéroes vía los cómics de *X-Men* cuando éramos chicos, y que fue capaz de describirme exactamente lo que se siente ser apuñalado en la mano con un objeto semicontundente. ¿Quién se hubiera imaginado que aquel accidente tendría un día su lado positivo? ¡Vamos por la investigación!

Y en nombre de la Luna, ¡tengo que agradecer a todas las (Sailor) Moonies y a las Lunárticas! Es imposible expresar lo mucho que ha significado para mí su entusiasmo a lo largo de los años.

Finalmente, a mis propios Renegados: Sloane y Delaney, que han traído más alegría a mi vida de lo que creí posible. También gracias a Sarah y a todos los abuelos dispuestos a cuidar de niños a último momento, a medida que se acercaban las fechas de mis plazos.

Y siempre, siempre, a mi increíble esposo, Jesse, un verdadero caballero. (En serio, si alguna vez lo conocen, pregúntenle acerca de la vez que corrió tras el carterista en Londres. Le *encantará* contarles la historia). Más allá de actos de heroísmo literales, me ha rescatado incontables veces mientras escribía este libro. No puedo ni comenzar a enumerar todos los motivos por los cuales agradezco tu presencia en mi vida y por todo lo que haces: como hombre, esposo y padre.